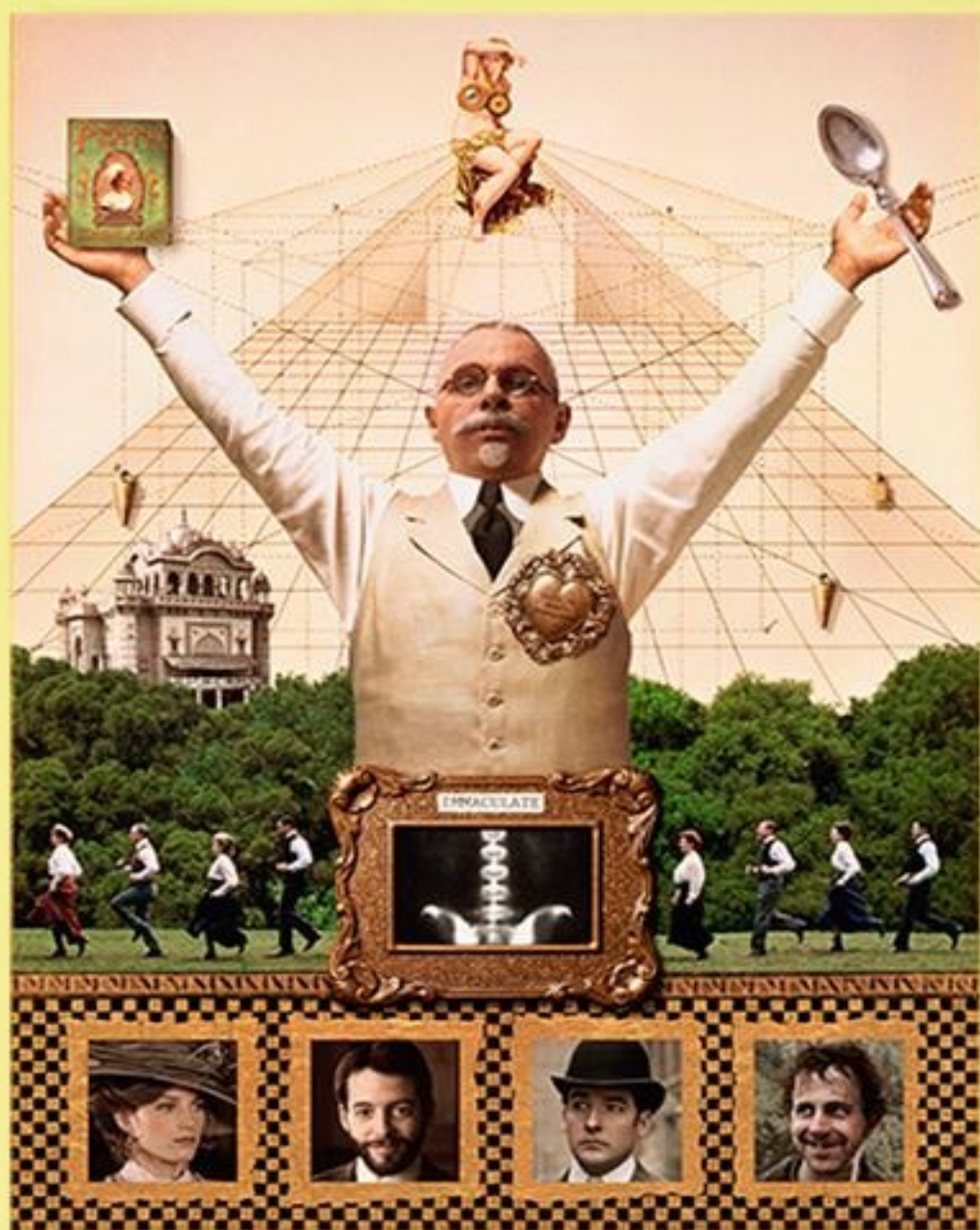


T. CORAGHESSAN BOYLE

---

# *El balneario de Battle Creek*



Lectulandia

Por extraño que parezca, en los albores del siglo, en Battle Creek, Michigan, se desarrollaban acontecimientos trascendentales para la humanidad. Allí tenía su centro de operaciones uno de los hombres más relevantes en la historia de los hábitos alimenticios de nuestro siglo: John Harvey Kellogg, inventor, entre otras cosas, de los copos de cereales, los celeberrimos *corn flakes*. Pero el doctor Kellogg no se limitó a legar a sus semejantes tamaña maravilla; fue además un apóstol, un cruzado, un adalid, un gurú de la vida sana —o al menos de lo que entendía como tal—, que escribió libros sobre el tema y puso en práctica en su famoso sanatorio —frecuentado por clientes tan distinguidos como Edison o Henry Ford— un tratamiento consistente entre otras cosas en unas severísimas dietas sin pizca de carne, una más que generosa aplicación de enemas y una estrictísima abstinencia sexual.

En semejante baluarte de la «vida sana» aparecen diversos personajes, como el matrimonio Lightbody, que acude en busca de salud y otras cosas menos confesables; Charlie Ossining, que intenta abrirse camino en el negocio de los cereales matutinos, enfrentándose al todopoderoso Kellogg; George, ferviente carnívoro y único hijo díscolo de los cuarenta y dos que adoptó —abstinencia sexual obliga— el inventor de los *corn flakes*, o el peculiar doctor Siegfried Spitzvogel, padre de la *Die Handhabung Therapeutik*, una sorprendente técnica de relajación genital, aplicada a poder ser con todo el personal en cueros.

T. Coraghessan Boyle, que ya dio cumplida cuenta de sus dotes para la sátira y el disparate más desenfrenado en *Oriente*. *Oriente* se supera a sí mismo con esta nueva e hilarante novela, que ha sido llevada al cine por Alan Parker, con Anthony Hopkins como protagonista. «Boyle emprende una nueva, brillante y despiadada campaña contra la estupidez congénita de la especie humana» (Stephen Becker, *Chicago Sunday Times*).

«Su prosa es una auténtica maravilla, y atrapa al lector desde el principio hasta el final, gracias a sus agudos matices, su punzante inteligencia y su sutil musicalidad» (Jane Smiley, *The New York Times Book Review*). «Un libro de lo más apetitoso, repleto de personajes impecablemente contruidos, un tono satírico a un tiempo jovial y amargo, una atmósfera de época bellamente integrada en la narración y una escritura llena de matices» (*Publishers Weekly*).

«Una revivificante y despiadada sátira» (Elizabeth Young, *The Guardian*). «Una novela hilarante y admirablemente contruida... Boyle es el escritor más divertido de los Estados Unidos» (D. Lipsky, *The Boston Globe*).

**Lectulandia**

T. C. Boyle

# **El balneario de Battle Creek**

ePub r1.0

Castroponce 07.05.2017

Título original: *The Road to Wellville*  
T. C. Boyle, 1993  
Traducción: Isabel Nuñez & José Aguirre  
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

---

Rosemary Post  
1923-1981

---

## AGRADECIMIENTOS

Dos textos fueron indispensables para inspirar y documentar esta novela: *Cornflake Crusade*, de Gerald Carson, y *The Nuts Among the Berries*, de Ronald M. Deutsch, y me siento en deuda con sus autores. También agradezco la ayuda de Kevin McCarey, James Kaufman, Janet Griffin, Gordon Dale y el equipo de la Charles Willard Memorial Library de Battle Creek, Michigan.

La vida es una victoria temporal sobre las causas que inducen a la muerte.

SYLVESTER GRAHAM  
*A Lecture on Epidemic Diseases*

PRIMERA PARTE

# Diagnóstico



---

## 1. FILETES Y PECADOS

El doctor John Harvey Kellogg, inventor de los copos de maíz y la mantequilla de cacahuete, por no mencionar el sucedáneo de café a base de cereales tostados, Bromose, Nuttolene y otros setenta y cinco preparados alimenticios gástricamente correctos, hizo una pausa para dirigir la mirada hacia la gruesa mujer de la primera fila. Apenas daba crédito a lo que acababa de oír. Lo mismo le ocurría al público, a juzgar por el murmullo que se había elevado cuando ella alzó la mano, se levantó temblorosa y preguntó qué había de pecaminoso en un buen filete de solomillo: ¿acaso no había servido para alimentar a los pioneros, y a su propio padre, y a su abuelo?

El doctor empujó pensativo la redonda montura blanca de sus gafas. En apariencia, era un paradigma de concentración, un científico formulando su respuesta, pero en realidad intentaba desesperadamente recordar el nombre de la mujer. ¿Quién era? La conocía, ¿verdad? Aquella nariz, aquellos ojos... Los conocía a todos, los conocía por sus nombres, era cuestión de puntillo... De pronto, un relámpago pareció iluminar su mente: Tindermarsh. Señora Violet Tindermarsh. Problema: obesidad. Causa subyacente: autointoxicación. *Tindermarsh. Por supuesto.* No pudo evitar una leve oleada de orgullo y satisfacción. Casi un millar de pacientes, y podía llamarlos por sus nombres tan naturalmente como si tuviera sus gráficas extendidas ante él... Pero basta de divagaciones. El público se agitaba, era una fuerza monolítica, una gran psique desnuda esperando la mano que la vistiera. El doctor Kellogg se aclaró la garganta.

—Mi querida señora Tindermarsh, le agradezco mucho la cuestión que nos plantea —empezó, haciendo verdaderos esfuerzos para que sus delicados pies no rompieran a bailar mientras la respuesta perfecta acudía a sus labios—, pero no puedo menos que preguntarme: ¿Cuántos de aquellos pioneros que abusaban de la carne vivieron más allá de los cuarenta años? —Un murmullo surgió del público mientras la imagen colectiva de un hombre esquelético con gorra de piel de mapache, muerto por un exceso de tocino salado y tortas, se alzaba ante sus ojos—. ¿Y cuántos de ellos, incluyendo a sus ilustres antepasados, se acostaban cada noche y no tenían ni un minuto de sueño libre del tormento de la dispepsia y la pesadilla del envejecimiento carnal? —Hizo una pausa para que aquel horrible pensamiento calara hondo en el público—. Le aseguro, señora Tindermarsh, así como al resto de señoras y caballeros del público, y lo digo con todo mi corazón —pausa, dos latidos—, que cada bocado de filete es tan mortífero como un arma. Peor. Porque si uno se apunta una pistola a la sien y aprieta el gatillo, por lo menos el fin llega con piadosa

celeridad, pero un filete... ¡ay qué intensa e implacable es la agonía del comedor de carne, con el colon atascado por su carga putrefacta, con la sangre apoderándose de sus intestinos y la rabia del carnívoro desarrollándose en su frágil corazón...! Un filete mata día a día, minuto a minuto, a través del martirio de toda una vida.

Ahora los había atrapado, veía el miedo y el asco en sus ojos, la torva contorsión de sus mandíbulas, como si todos sumaran interiormente los filetes, salchichas, chuletas, pollos y patos consumidos en el curso de ávidos e inconscientes años.

—Pero no se fíen simplemente de mi palabra —dijo, extendiendo expresivamente los brazos—. Tratemos esta cuestión de modo científico. Al fin y al cabo, el sanatorio es un monumento al análisis científico y la vida biológica, una auténtica universidad de la salud. Hagamos un pequeño experimento aquí, ahora mismo, sin dilación. —Se alejó de la lámpara y llamó con voz estentórea—: ¡Frank! ¡Doctor Frank Linniman!

Hubo cierta agitación al fondo del salón de reuniones, acompañada por el movimiento de trescientas nuca estirándose, y de pronto el ayudante requerido recorrió vigorosamente el pasillo, con la barbilla apuntando hacia adelante y el porte impecable. Los espectadores lo miraron y comprendieron que se hallaban ante un hombre que se arrojaría intrépidamente por un acantilado si su jefe se lo pidiera. Se detuvo ante la tribuna y levantó la vista hacia la brillante luz.

—¿Sí, doctor?

—¿Conoce el Post Tavern, el mejor hotel de Battle Creek y tal vez de todo este gran estado de Michigan?

Aquello era intrascendente, un pequeño golpe de teatro que el doctor había interpretado docenas de veces, pero aun así la imagen de Charlie Post, insípidamente guapo, inmerecidamente alto, un auténtico Judas, se irguió ante él como el cuchillo de un asesino y le amargó ligeramente aquel momento.

—Sí que lo conozco, doctor.

El doctor Kellogg era un hombre pequeño. No es que fuera bajo, le gustaba matizar, su único problema era que no tenía las piernas lo bastante largas. Sentado en una silla, era tan alto como cualquiera que tuviera al lado. Naturalmente, a medida que avanzaba en la cincuentena se había ensanchado un poco en el plano horizontal, pero le sentaba bien, le daba un aire de salud y autoridad imponentes, un efecto que él subrayaba vistiendo de blanco. Aquella noche, como siempre, era una maravilla de blancura, un Santa Claus de la salud, desde sus impecables botines blancos hasta el extremo de su puntiaguda perilla y el ralo pelo que se aferraba a su cráneo con tenacidad. Se detuvo un momento para tomar un sorbo de su vaso de agua y aclararse el sabor de Charlie Post de la boca.

Dejó el vaso, levantó los ojos un instante y vio que el público seguía cada uno de sus gestos; media docena de los asistentes incluso estaban boquiabiertos. Les dirigió una mirada llena de astucia y luego se volvió a su ayudante.

—Frank, quiero que vaya a ver al chef del Post Tavern, un cocinero de prestigio internacional, según me han dicho, un epicuro que el señor Post se ha traído de París,

un tal Monsieur Delarain, creo... Y quiero que le compre el mejor filete que tenga y nos lo traiga aquí, a esta misma tribuna, para que podamos inspeccionarlo.

Un tímido murmullo de risas, acompañado del arrastrar de sillas.

—Bueno, Frank, vaya volando. ¿A qué espera?

—¿Un filete, señor?

Frank se sabía bien su papel. ¡Que Dios le bendijera, porque era el hombre más firme y honrado que cabía imaginar!

—No simplemente *un* filete, Frank, sino el mejor filete que se pueda comprar con dinero.

La cara de Frank era un libro abierto. No sabía de qué iba aquello, estaba tan desconcertado como el público, y su único deseo era complacer a su jefe.

—Volveré en un abrir y cerrar de ojos —anunció, y ya se había vuelto y estaba a punto de recorrer el pasillo a grandes zancadas, cuando el doctor le habló otra vez.

—Ah, Frank —dijo para dar más emoción a la cosa—. Frank, ¿me haría otro gran favor?

Silencio. Todos contenían la respiración.

—¿Podría pasar por la caballeriza y tomar una muestra de otro producto para hacer una comparación? —El doctor emitió una amistosa risita ahogada, familiar, cálida, la mismísima encarnación de la simpatía y el sentido común—. Me refiero a un poco de... bueno... excremento de caballo —esta vez despertó un estallido de carcajadas sorprendidas, tan vehementes que apenas pudo oírse lo que siguió—, unos quinientos gramos, para ser exactos..., o sea, más o menos, el tamaño de un buen filete.

Era una típica noche de lunes en el sanatorio de Battle Creek, bastión del pensamiento recto, el vegetarianismo y el cultivo de la propia mente, ciudadela del rechazo de las bebidas alcohólicas y de la reforma de la indumentaria, y, no por casualidad, el único lugar realmente saludable del planeta. Las mujeres iban sin corsé, los hombres llevaban los tirantes flojos, y ambos sexos asimilaban tranquilamente la carga de una cena sin toxinas en una atmósfera donde no tenían cabida el tabaco, el alcohol, la carne en conserva, las costillas de cordero y el café. Con los estómagos llenos y las mentes en reposo, se congregaban en el salón de reuniones para escuchar cómo su jefe les instruía en las cuestiones relativas al bienestar físico y su feliz consecuencia, la longevidad. Podían haber estado en Baden Baden, Worishofen o Saratoga, pero estaban reunidos allí, en el gélido sur de Michigan —y pagaban un bonito precio por aquel privilegio—, porque no había ningún otro lugar en el mapa que pudiera comparársele.

En los treinta y un años de su dirección, el doctor Kellogg había transformado el San, como se conocía afectuosamente al sanatorio, de la simple casa de huéspedes adventista, especializada en pan integral y curas termales, que había sido, en el

Templo de la Salud que era ahora, un lugar célebre de costa a costa y al otro lado del inmenso, amplio y tumultuoso Atlántico en Londres, París, Heidelberg e incluso más allá. Dos mil ochocientos pacientes atravesaban anualmente sus puertas, y mil empleados, incluyendo un equipo de veinte médicos y trescientas enfermeras y encargados de los baños, atendían a sus necesidades. Con seis plantas, un rutilante vestíbulo del tamaño de medio campo de fútbol, cuatrocientas habitaciones e instalaciones capaces de atender a un millar de pacientes, ascensores, calefacción y refrigeración centrales, piscinas cubiertas y toda una serie de diversiones terapéuticas y entretenimientos saludables, el San era el no va más del negocio de la salud, hotel de lujo, hospital y balneario al mismo tiempo.

Y el empresario y supervisor, el genio que presidía aquel complejo, era John Harvey Kellogg. Predicando la contención dietética y la vida sencilla, conducía a muchas amas de casa con exceso de peso y a no menos hombres de negocios dispépticos por el camino de la ilustración y la recuperación. Los casos graves —los cancerosos, los moribundos, los desequilibrados mentales y los deformes— eran rechazados. Los pacientes del San solían ser de bastante categoría, y realmente no tenían ningún interés en sentarse a la mesa del comedor frente a plebeyos o personas corrientes y molientes, ni junto a quienes tenían la desgracia de estar real y peligrosamente enfermos. No, ellos acudían al San para ver y ser vistos; para mezclarse con los célebres, los ricos y los desmesuradamente ricos; para pensar positivamente, comer con sensatez y sobrellevar sus aflicciones con una buena dosis de excelentes cuidados, abstinencia y reposo.

Por aquel entonces, en el otoño de 1907, el San contaba entre sus huéspedes con personajes tan rutilantes como el almirante Nieblock de la Academia Naval de los Estados Unidos, Upton y Meta Sinclair, Horace B. Fletcher y Tiepolo Cappucini, el gran tenor italiano, además de numerosas personalidades de todos los campos, tales como políticos federales y estatales, grandes industriales, figuras del mundo del espectáculo y diversos duques, condesas y barones europeos. Se esperaba la visita de Henry Ford, Harvey Firestone, Thomas Edison, el almirante Richard M. Byrd y el voluminoso William Howard Taft. El doctor Kellogg no era tonto y sacaba todo el provecho posible de aquellas celebridades, tanto en lo que se refería a la publicidad como a los donativos en efectivo. También sabía que una dieta de filetes de Protose, sumidades de remolacha y caldo de nueces con especias, combinada con la prohibición de ingerir ningún estimulante artificial y con largos e ininterrumpidos períodos de tiempo para pensar, era un tratamiento que podía resultar un tanto... bueno, un tanto aburrido para aquellos de sus pacientes acostumbrados a la vida mundana o amantes de la acción. De modo que procuraba mantenerlos ocupados con un régimen de deportes, ejercicio, reposo y tratamiento, y procuraba entretenerlos, también. Había conciertos, conferencias, paseos en trineo, grandes bailes de gala y recitales. Una noche cantaban los Jubilee Singers y a la noche siguiente aparecía George W. Leitch, con sus veinte años en la India auestas y sus diapositivas

estereoscópicas a punto. O bien acudía el «profesor» Sammy Siegel, una estrella del circuito del vodevil, para tañer las cuerdas de su mandolina, o los gemelos Tozer con sus perros salchicha amaestrados. Y los lunes por la noche, ineludiblemente, el propio doctor tomaba posesión de la tribuna y la acaparaba durante dos horas y media de aguda cháchara, mediante la cual ilustraba a sus pupilos, los formaba y, en la medida en que le era posible, los aterraba mortalmente.

En los quince minutos que tardó Frank Linniman en ir trotando al Post Tavern y volver, el doctor se enfrentó a dos preguntas más. La primera procedía de un caballero sentado al fondo (¿no era el señor Abernathy? ¿Gota, tisis y trastornos nerviosos?) que quería saber los peligros que conllevaba apretarse el cinturón para las mujeres elegantes, que constreñían de un modo antinatural sus abdómenes a fin de lograr una «cinturita de avispa». El doctor repitió la pregunta para aquellos que no la hubieran oído y luego, tras mesarse un momento la blanca seda de su barba, levantó un dedo admonitorio en el aire:

—Señor mío, puedo decirle, sin exagerar, que, si se registrara como es debido el número de muertes anuales que son resultado del frívolo ceñido de la ropa interior, quedaría usted impresionado. Como médico interno en Bellevue, tuve ocasión de presenciar la autopsia de una de esas desafortunadas mujeres, una mujer que, debo añadir, no llegaba a los treinta años. El caso es que, para nuestra sorpresa, descubrimos que tenía los órganos totalmente trastocados, el hígado elevado hasta oprimir los pulmones y los intestinos tan bloqueados como si se los hubieran obturado con un tapón de corcho. —Sacudió su bien formada cabeza y emitió un suspiro que pudo oírse hasta las últimas filas—. Una lástima —dijo, en tono muy bajo—. Mire, se me llenaron los ojos de lágrimas.

La segunda pregunta la hizo una joven sentada en la quinta fila; era alta y atractiva, pero, desgraciadamente, tenía la piel de un tono verdoso (señorita Ida Muntz; clorosis, autointoxicación). Se levantó, visiblemente nerviosa ante la idea de que tantos ojos curiosos se posaran en ella, y se aclaró la garganta.

—Doctor —preguntó con voz mojigata y quejumbrosa—, ¿podría darnos su opinión sobre la práctica de fumar cigarrillos, en privado, por supuesto, entre las jóvenes de hoy?

El doctor Kellogg frunció el ceño. Estaba furioso, encolerizado, era una torre de autoridad moral y santa indignación. Se detuvo para dejar que su mirada cayera sobre los reincidentes fumadores de puros o cigarrillos que hubiera entre el público.

—Señora... ¿o debo llamarla señorita? Señorita Muntz, sólo tengo una cosa que decir, y vale por igual para ambos sexos. El tabaco... —y aquí el doctor dejó que le recorriera un largo estremecimiento—, el tabaco destruye las glándulas sexuales.

Alguien dio un respingo. La señorita Muntz se hundió en su asiento, muy afectada. El doctor mantuvo su pétrea mirada.

—Y esto —dijo— es un hecho clínicamente demostrado.

En aquel momento surgió el doctor Linniman por la puerta trasera, con aire apresurado, sin aliento, y tendiendo frente a sí, como si hiciera una ofrenda, dos paquetes idénticos envueltos en el papel parafinado de carnicería.

—¡Ah! —exclamó el doctor, ajustándose las gafas—. El doctor Linniman. —Y levantó la cabeza para dirigirse a su público en general—. Y ahora, volvamos, si les parece, a la pregunta de la señora Tindermarsh respecto al filete de solomillo y a su valor como alimento. —Se interrumpió para inclinarse hacia adelante y darle al doctor Linniman, que ahora estaba de pie frente a él, las instrucciones siguientes—: Frank, por favor, ¿quiere comprobar las balanzas, pesar las muestras y preparar portaobjetos con una porción exactamente igual de ambas? Gracias.

Hubo un murmullo entre el público. Se oyeron algunas risitas, e incluso hubo un leve estallido de aplausos.

—Señoras y señores, voy a ofrecerles un par de demostraciones que, espero y deseo fervientemente, deberían hacerles desdeñar para siempre un manjar tan desagradable y antinatural como éste. Digo «desagradable» por su alto contenido bacteriano, y les demostraré que ese contenido es igual o mayor que el del excremento de los establos. Y digo «antinatural» porque utilizar la carne como alimento es una innovación y una corrupción del hombre moderno, cuyos antepasados eran, según han demostrado eminentes investigadores de la talla de Von Freiling, en Alemania, y Du Pomme, del Institut Pasteur, exclusivamente frugívoros. Y, además, afirmo que tal alimento es en realidad «pecaminoso», utilizando el término que ha empleado la señora Tindermarsh, y no sólo por el pecado cometido al acabar con la vida de esas pobres criaturas... Me gustaría que los mugidos lastimeros de esos rebaños de bestias inocentes conducidas al matadero resonaran en los oídos de los comedores de carne todas las noches, desde el momento en que apoyan la cabeza en la almohada... Como iba diciendo, comer carne es pecaminoso en el sentido más grave de todos, porque contamina el santuario del cuerpo humano.

Ahora los espectadores estaban en silencio, extasiados e inmóviles en las sillas ortopédicamente correctas que había diseñado el propio doctor. Alguien —¿era el señor Praetz, de Cleveland?— ahogó un acceso de tos.

—Frank. —El doctor se volvió bruscamente hacia la parte posterior del pequeño escenario, donde se hallaba su ayudante—. ¿Preparados?

Tras él había una sencilla mesa de madera. Sobre ella, expuestos de modo que pudieran verse bien, estaban el filete de buey del Post Tavern y la veteada y acre muestra de los establos. Entre ambos productos el doctor Linniman había colocado un par de microscopios iguales y una pequeña bombilla desnuda e incandescente a modo de iluminación.

—Sí, señor —contestó—. Todo está listo.

—Bien. —Volviéndose una vez más hacia el público, el doctor Kellogg mostró una dentada y fulgurante sonrisa y se frotó las manos con fruición—. Ahora

necesitamos a una persona neutral como observador. ¿Tenemos algún voluntario? ¿No? ¿Y usted, señorita Muntz?

Un leve respingo, una risita, y la señorita Muntz, sentada en la quinta fila, se ruborizaba encantadoramente.

—No sea tímida, señorita Muntz. Todo esto es en interés de la ciencia.

Hubo murmullos de ánimo, y al cabo de un momento Ida Muntz, agarrando nerviosamente con las manos los lados de su falda, avanzaba por el pasillo y subía delicadamente los escalones del escenario.

—Veamos, señorita Muntz... —empezó a decir el doctor, pero perdió momentáneamente el hilo de sus pensamientos al verla erguirse, más alta que él. Era guapa, sí, y valía la pena mirarla, a pesar del color verdoso de la clorosis, ¡pero tendría que haber elegido a alguien con las piernas menos largas, diantre! Titubeó un momento, algo nada habitual en él, e incluso se repitió—: Señorita Muntz... señorita Muntz, le ruego que examine las muestras que hay bajo esos microscopios idénticos y nos describa lo que vea. Y recuerde que sólo el doctor Linniman sabe cuál de ellas es el filete de la señora Tindermarsh y cuál es la... bien... —risas del público—, el desecho de un animal bastante parecido al sacrificado para los placeres venales de los *gourmands* del Post Tavern.

El momento era delicioso: la muchacha inclinada graciosamente sobre el microscopio; los hombres echados hacia adelante en sus asientos para ver mejor; las mujeres esbozando secretas sonrisas; el doctor, como siempre, consciente de su dominio, de su benevolencia, de su sabiduría... pastor de su rebaño.

—¿Puede describirnos lo que ve en la primera muestra?

—Hum, está oscuro... Pero no, ahora veo...

—¿Sí?

—Cosas pequeñas. Moviéndose. Como trocitos de paja o granos de arroz, pero vivos.

—Bien, muy bien, señorita Muntz. Son bacterias —el doctor se volvió hacia el público—, y están quebradas, igual que granos de arroz, como ha dicho usted, porque son bacterias hostiles, la *Bacteria welchii*, la *Bacteria coli* y la *Proteus vulgaris*, que a menudo encontramos en las deposiciones de nuestros pacientes recién llegados al sanatorio. ¿Puede contar con precisión las bacterias, señorita Muntz?

Ella volvió la cabeza, mirándole con sus ojos cristalinos y brillantes, y dejó escapar un leve grito de sorpresa.

—¡Oh, no, doctor! Hay muchísimas, cientos y cientos de ellas.

—Y ahora, señorita Muntz, ¿nos haría el gran favor de examinar la muestra que hay bajo el segundo microscopio?

Un revuelo de faldas, un rápido y seguro gesto para corregir la posición del peinado y el sombrero, y la señorita Muntz ya estaba inclinada sobre el segundo microscopio.

—¿Puede describirnos lo que ve ahora, señorita Muntz?

—Sí, doctor, es... es muy parecido...

El público respiró, un murmullo que se convirtió en una marejada.

—¿Y podría contar las bacterias que hay en esa muestra?

—¡Oh, no, doctor...!

—Pero, según usted, ¿hay más o menos que en la primera muestra?

Con el ojo aún fijo en la lente del microscopio, la señorita Muntz se cogió sin darse cuenta un mechón suelto de pelo y bajó su voz a un tono más reflexivo.

—Esta está más llena. Mucho más.

—¿Diría usted que hay un cincuenta por ciento más que en la otra muestra?

—¡Oh, sí! —La señorita Muntz respiró con fuerza, apartó el ojo de la lente y miró hacia la cara del doctor y la multitud alineada miópicamente tras él—. Como mínimo, doctor. Como mínimo, un cincuenta por ciento más...

—Muy bien. Y ahora, doctor Linniman, ¿puede revelar al público la identidad de cada una de esas muestras?

Frank tenía una expresión inmutable. «Maravilloso, maravilloso», pensó el doctor, y le invadió una oleada de triunfo. *¡Cómo le gustaba aquella vida!*

—La primera muestra...

—¿Sí?

—... es la de los establos.

Al oír esto, el público estalló. Hubo risas clamorosas, gritos de sorpresa y asombro, y, por fin, un aplauso sostenido que resonó por el salón de reuniones como el firme arrastrar del mar sobre la arena. Pasó un largo momento hasta que el doctor, radiante y con ambas manos levantadas, logró calmarlo.

—Les pido —exclamó sobre el clamor que se apagaba— que suban aquí individualmente esta noche, cuando acabemos, y confirmen con sus propios ojos las observaciones de la señorita Muntz. Y gracias, señorita Muntz, ya puede bajar. Y gracias a usted, doctor Linniman.

Pasaron unos instantes, mientras continuaban los murmullos del público, durante los cuales el doctor Linniman ayudó a la joven a bajar del escenario y la acompañó a su sitio para sentarse después en una silla de la primera fila. El doctor sentía que el entusiasmo del público disminuía imperceptiblemente desde el punto culminante al que lo había transportado. Sabía que ahora eran vulnerables, arcilla en sus manos: era el momento de la *pièce de résistance*.

—¡Señoras y caballeros —exclamó—, muchas gracias por su atención! Dejaré que saquen sus propias conclusiones de lo que acaban de ver —añadió astutamente—, pero ahora tenemos un problema... ¿qué hacemos con el solomillo del señor Post? —Alzó una mano para acallar las risas incipientes—. Propongo una segunda y pequeña demostración de los principios del sanatorio... —De nuevo el doctor Kellogg miró significativamente a la parte posterior del salón. Los de la primera fila empezaron a estirar el cuello y a volverse—. Doctor Distaso, ¿preparado?

Un áspero y afrancesado ladrido de asentimiento se elevó desde el fondo de la



estancia, y allí estaba el doctor Distaso, el distinguido bacteriólogo que el doctor Kellogg se había traído del Institut Pasteur de París, conduciendo a su pupilo por el pasillo. Éste era una vieja, maloliente y malhumorada chimpancé llamada Lillian, un animal que el doctor había adquirido en un circo unos años atrás y que mantenía en el sanatorio para ocasiones como aquélla. Cuando los espectadores vieron a Lillian, que habitualmente estaba confinada en una jaula en uno de los laboratorios traseros, hubo un estallido universal de aprobación. Algunos incluso se pusieron en pie para verla mejor, y un par de matronas situadas en una de las filas centrales aplaudieron como colegialas. El doctor dirigió la mirada hacia un hombre en particular (Jennings, de Bigelow; flatulencia crónica, pérdida de la agudeza auditiva), que se reía con tal fuerza que los ojos se le hundían en la cara, hinchada hasta el doble de su tamaño habitual. En medio de aquella conmoción, el doctor Kellogg tomó la correa de Lillian de manos del doctor Distaso y la hizo subir al escenario, donde, tan conocedora de su parte del ritual como Frank Linniman de la suya, trepó a un taburete situado en el extremo más alejado y concentró su atención en el doctor. Levantando las manos por encima de la cabeza, el doctor Kellogg pidió silencio.

Esta vez les costó más callarse, pero cuando casi lo habían conseguido el doctor elevó la voz y les dio un rápido y breve discurso sobre los males de la carne en el que explicó hasta qué punto su consumo era contrario a la naturaleza humana.

—A modo de ilustración —dijo—, voy a ofrecerle algo a nuestro simiesco pariente aquí presente, Lillian, y que conste que no se parece a nadie de mi familia. —Hizo una pausa para las risas—. Voy a darle a elegir entre el mejor filete de solomillo del señor Post y el contenido de esta bolsa. —Y cogió una bolsa de papel marrón que tenía detrás de la tribuna—. Veamos cuál prefiere.

El doctor retrocedió y se puso un par de guantes que habían dispuesto para él sobre la mesa. Levantó entonces el trozo de carne, lo sostuvo en alto para que todo el mundo lo viera, y luego se lo tiró a Lillian sin decirle nada. La chimpancé estaba bien enseñada. Lo cazó al vuelo con su mano de araña y se lo llevó a la nariz, emitiendo un sonido bajo y expectorante y doblando los labios sobre los dientes. Los espectadores se agitaban, se inclinaban unos sobre otros, se reían. Perpleja, Lillian rozó con la punta de la lengua la superficie de la carne, hizo una exagerada mueca de desdén y luego, de pronto, con bastante violencia, le arrojó el filete al doctor, que lo cogió al vuelo. Dejando a un lado el solomillo, el doctor sacó un plátano de la bolsa. Con un grito de «*Voilà!*», se lo lanzó a la chimpancé, que inmediatamente lo peló y se lo comió.

—¡Ju, ju, ju! —murmuró, volviendo hacia él sus ojos de color chocolate con una expresión de puro y obediente amor.

El doctor Kellogg le arrojó otro, y, de pronto, todo el público se puso en pie, vitoreando, silbando, con las caras animadas. Habían olvidado por completo las enfermedades, el dolor, las punzadas y los accesos histéricos. El aplauso era atronador. El doctor Kellogg se inclinó profundamente, y cuando Lillian hundió con

avidez el segundo plátano entre los pliegues de su boca y sus pacientes le vitorearon con entusiasmo, se alejó saludando hasta cruzar la puerta y salir al vestíbulo, dejándose llevar de la exaltación del momento.

Fuera, entre los tiestos con palmeras y bañado por el suave resplandor de las lámparas eléctricas, estaba su secretario, Poultney Dab. Dab había esperado pacientemente que saliera y tenía un manojo de papeles en una mano y un maletín en la otra.

—¿Los oye, Poult? Hoy les hemos enseñado un par de cosas que no olvidarán en mucho tiempo, ¿eh? —El doctor ya se apresuraba por el vestíbulo con sus zancadas cortas y vigorosas, lanzando las palabras por encima del hombro hacia la amplia y ansiosa cara de Dab—. Ocúpese de que Lillian tenga una ración extra esta noche y de que el nuevo cuidador... ¿cómo se llama...?, ¿Murphy?, le cambie el jergón, porque es bastante descuidado. Y necesito una segunda copia del informe del consejo de administración, creo que ya se lo he dicho, y, ah, sí, ha habido una queja respecto a malos olores procedentes de la cocina en la quinta planta, en la habitación de la señora Crouder, la 519, creo, y quiero que haga que Sturman lo compruebe, y que esté preparado para el dictado en mi oficina a las once de la mañana, ¿de acuerdo?

Dab era un hombre bajo y grueso que andaba con un desafortunado balanceo de pato. Cuanto más corría tras su jefe, más pronunciado se hacía su defecto.

—Doctor Kellogg —dijo; su voz era áspera y jadeante, y parecía eternamente preocupada por algún problema urgente—. Doctor Kellogg...

El doctor se paró en seco en medio del ancho y relumbrante corredor que se extendía a lo largo de ciento sesenta metros desde el salón de reuniones hasta el vestíbulo, un corredor enlosado con un immaculado mármol italiano que había elegido él mismo, y se volvió en redondo para encararse con su secretario. Por encima del hombro de Dab veía a la gente saliendo del salón, un desfile de distinguidos, ricos y famosos. Pasó un grupo de enfermeras, todas muy guapas, que le sonrieron tímidamente.

—Buenas tardes, doctor —murmuraron.

—Buenas tardes, chicas —respondió majestuoso—. Y ahora, dígame, Poult, en nombre del cielo, ¿qué es lo que tanto le agobia?

Pero el doctor no tuvo que esperar a la respuesta de su secretario: allí estaba, haraganeando indolente contra la pared, a menos de seis metros de distancia. Allí estaba, mirándole a la cara. De pronto, su buen humor se hizo añicos como el cristal de una ventana. Sintió que le invadía la rabia.

—¿Cómo te atreves? —exclamó sofocado, dirigiéndose furioso a la harapienta figura apoyada contra la pared—. ¿Es que no te he dicho que...?

Pero la figura se movió y le habló, interrumpiéndole. Fue como si las palabras surgieran de sus profundidades mientras el rutilante público fluía a través de las puertas del salón y avanzaba en grupo hacia ellos; unas palabras escupidas como una

maldición, retorcidas por aquellos labios sin afeitar, lanzadas desde los harapos malolientes y los ojos febriles:

—Hola, padre. ¿No va a presentarme?

---

## 2. CARROÑEROS DEL MAR

Ignorando el delicado y pequeño tenedor tridentado, Charlie Ossining elevó la ostra hacia su boca, inclinó ligeramente la concha hacia adelante y, con un rápido y diestro gesto de los labios, la engulló. Ante él, sobre un lecho de hielo picado, yacían otras once, relucientes con el jugo de la vida. Se inclinó a tomar la segunda, que aderezó con un poco de salsa de cóctel y una rodaja de limón antes de mandarla a la cama con su hermana. El momento le envolvió con un cálido bienestar gástrico mientras daba un placentero sorbo de su Pommery & Greno del 96, y contemplaba el liso y negro cuello de la botella que sobresalía de su cuna helada. Aquello era vida, desde luego, pensó, mientras se acariciaba los labios con un suave toque de la névea servilleta de hilo y dejaba que su mirada vagara ociosa por el brillante interior del vagón de tren.

Fuera el panorama enmarcado por las ventanas era tan frío y deprimente como el esófago de una ostra. ¿Tenían las ostras esófago?, se preguntó fugazmente antes de echarse otra al gaznate. Pero allí, en el abrazo suavemente iluminado del vagón restaurante, todo era caoba y cristal. Realmente sorprendente. Era difícil creer que iban casi a sesenta y cinco kilómetros por hora. El coche apenas temblaba, y el champán no rebasaba el borde de la copa, mientras la palmera colocada en una maceta oscilaba serenamente sobre la mesa. Charlie sentía la vibración de los raíles, desde luego, pero aquello no era nada, apenas un rumor distante, como si unas hebras de seda le empujaran suavemente a través del paisaje desierto.

Estaba a mitad de la bandeja de ostras —seis conchas vacías y seis esperando ser vaciadas— cuando el camarero negro apareció en el pasillo con un par de cartas apoyadas en el pecho y una pareja de aspecto cadavérico siguiendo sus pasos. Con un rápido vistazo a su alrededor, Charlie advirtió, descorazonado, que la suya era la única mesa de cuatro ocupada por un solo comensal, y además vio que iban directos hacia él. Aquello daba al traste con sus placeres solitarios.

—Perdone, señor —dijo el negro, inclinando la cabeza como si le pidiera disculpas, y luego apartó la silla opuesta a la de Charlie para la señora (treintena, demasiado pálida, demasiado delgada, de ojos bonitos y con un sombrero de tres pisos que recordaba la torre de Pisa y provisto de frutas artificiales, encajes, cintas, adornos surtidos y un pálido pajarito disecado con ojos de cristal posado sobre una ramita de alambre) y a continuación la de al lado para el hombre (demasiada nariz, pelo indisciplinado, vestido como un príncipe que fuera a la ópera). Charlie sintió inmediata aversión hacia ellos, pero se esforzó por mitigarla, siempre dispuesto a hacer concesiones con los ricos.

—Buenas noches —dijo amablemente. Llevaba un traje de sarga azul marino, tal

vez un poco deshilachado, pero la camisa mil rayas rosa y blanca sólo se la había puesto tres o cuatro veces, y el cuello y los gemelos eran nuevos, comprados aquella misma mañana.

La mujer sonrió; su dentadura también era hermosa. Y sus labios.

—Buenas noches —murmuró el hombre, devolviéndole la carta de vinos al camarero como si fuera un pedazo de carroña y dejando el menú sobre la mesa sin echarle siquiera una ojeada. Miró fijamente a Charlie con una expresión levemente estrábica, mantuvo la mirada tal vez un poco más de la cuenta, y luego sonrió. De pronto, una mano descarnada, seguida de una huesuda muñeca, atravesó el espacio por encima de la mesa, y Charlie, sorprendido, le tendió la suya—. Will Lightbody —dijo el hombre, y su voz se elevó ahora con un exceso de entusiasmo.

Charlie dijo su nombre, soltó la otra mano y se volvió hacia la mujer.

—Señor Ossining —dijo Will con voz que sonaba extrañamente a hueco, como si hablara desde el fondo de un pozo—. Le presento a mi esposa, Eleanor.

El alto sombrero se estremeció bajo sus excrecencias, un par de ojos burlones agarraron a Charlie como pinzas, y la señora Lightbody murmuró un saludo convencional. Siguió un momento de silencio, mientras Eleanor leía la carta. Will esbozaba una sonrisa inoportuna, desnuda, como un escolar de treinta años con su nuevo juguete. Charlie empezó a preguntarse si no estaría un tanto desequilibrado.

—Ostras —dijo súbitamente Will. Eleanor levantó los ojos de la carta.

Charlie miró las seis ostras que quedaban en su fuente y luego levantó la vista hacia la sonrisa equina de Will.

—Sí. *Bluepoint*<sup>[1]</sup>. Y están deliciosas, muy suaves... ¿Quiere probar una?

La sonrisa de Will se desvaneció. Su labio inferior tembló imperceptiblemente. Miró por la ventana. Esta vez fue Eleanor quien rompió el silencio.

—Está mal del estómago —explicó.

El estómago. Charlie titubeó, buscando la respuesta apropiada. ¿Simpatía? ¿Asombro? ¿Una defensa vehemente de las propiedades digestivas de las ostras? Contempló con añoranza la bandeja de ostras. Tenía que airear el ambiente antes de comulgar con otra, aquello estaba bastante claro.

—¿Dispepsia? —preguntó en voz alta.

—Llevo tres semanas sin dormir —anunció Will. Jugueteaba con las esquinas de la carta, y había empezado a golpetear nerviosamente la pierna contra la mesa. Sin el adorno de la sonrisa, su cara se había vuelto más larga y estrecha, los ojos se le habían hundido en el cráneo, y mostraba dos pronunciadas cavernas bajo los huesos de los pómulos. Parecía tener un pie en la tumba.

—¿De verdad? No me diga... —Charlie trasladó la vista del marido a la mujer y luego a la inversa. Ella tenía unos ojos increíbles, pero el brillo burlón se había desvanecido, como la sonrisa de su marido—. ¿Tres semanas?

Will asintió tristemente.

—Eso es. Me echo en la cama mirando al techo y el estómago se me pone como

una máquina de vapor, como una caldera, y en seguida empiezo a tener visiones en la oscuridad... —Se inclinó hacia adelante—. Pasteles, naranjas, filetes de buey, todos con brazos y piernas, danzando por la habitación y burlándose de mí. ¿Sabe lo que quiero decir?

En aquel momento reapareció el camarero, que revoloteó por encima de ellos con su cuadernillo y le ahorró a Charlie la molestia de responder.

—¿Qué tomarán los señores?

La noche caía al otro lado de las ventanas, un descenso del cielo gris opaco sobre el paisaje gris opaco. Las sombras se intensificaban, los árboles se sumergían en el olvido y el río se ennegrecía. Charlie descubrió de pronto su imagen reflejada, mirándole. Vio a un hombre hambriento con un traje azul deshilachado inclinado sobre una fuente de ostras. Aprovechando la momentánea distracción, deslizó ávidamente una ostra por su garganta, escanció su copa y la rellenó, y el frío cuello de la botella en la mano se le antojó lo más agradable que nunca hubiera tocado.

—¿El potaje es *realmente* de puerros? —preguntó Eleanor.

—Sí, señora.

—¿No tiene carne ni pollo?

Su voz adquirió un matiz de advertencia que el camarero reconoció en seguida.

—No, no, señora. Es sólo a base de verduras.

—¡Ah! Muy bien. No hay ningún entrante aceptable. ¿Podría traerme verdura, por favor? Supongo que no tendrán *crudités*, ¿verdad?

El camarero parecía incómodo. Desplazó el peso del cuerpo de un pie al otro. La blanca chaquetilla estaba tan inmaculada que parecía fosforescente.

—Todo lo que tenemos es de la mejor calidad, señora, eso puedo asegurárselo... —vaciló—. Le preguntaré al chef. —Y luego, tras escrutar el suelo como si buscara algo, añadió—: Esta noche tenemos una deliciosa ensalada de pepinos.

Eleanor suspiró.

—De acuerdo. Ensalada de pepinos, entonces. Y un vaso de agua. —Mientras se inclinaba para devolverle la carta al camarero, pareció que se le ocurría otra cosa—. ¡Ah! —dijo—, y un cuenco de salvado. Para echarlo en la ensalada.

—¿Salvado? —El camarero pareció confundido—. Será mejor que lo consulte con el chef, señora.

Ella resopló levemente.

—Bueno, da igual —dijo—. Sólo la sopa y la ensalada.

Con aspecto aliviado, el camarero cogió la carta y se inclinó hacia adelante, observando atentamente el rostro de Will.

—¿Y el señor?

Mientras deglutía otra ostra, Charlie no pudo evitar observar la expresión de pánico en los ojos casi imperceptiblemente estrábicos de su compañero de mesa. Will hizo un gesto de rechazo con la mano, como si no estuviera allí para comer nada, como si aquél no fuera el vagón restaurante de la Twentieth Century Limited, la

primera línea de ferrocarril del mundo, que se vanagloriaba de ofrecer la mejor cocina y el mejor servicio imaginables.

—No, yo nada, gracias. Unas tostadas, tal vez.

—¿Tostadas, señor?

—Tostadas.

Hubo un silencio mientras el camarero consideraba la petición. Aquélla era una época de rica y abundante alimentación, de comidas de doce platos, sopas, salsas y condimentos, de tres platos de carne y uno de pescado, por no mencionar las cascadas de vinos: jereces, claretos, oportos, vinos californianos y vinos del Rin, así como una larga serie de oleaginosos postres. La cocina bullía de costillas a la brasa, ganso asado y tajadas de venado. Los cocineros abrían ostras y escalfaban esturiones con una actividad frenética, los camareros iban y venían a toda velocidad por el pasillo cargados con pesadas bandejas, y Will Lightbody pedía unas tostadas. El silencio se hizo opresivo, y Charlie percibió en aquel momento el ruido metálico de los raíles. En la mesa vecina, una mujer envuelta en pieles emitió una risita tintineante en respuesta a un comentario que su compañero —un hombre mayor con inmensos bigotes— farfullaba en un murmullo ahogado.

—¿Y... cómo las desearía el señor?

El nuevo conocido de Charlie parecía en Babia.

—¿Cómo dice?

—Las tostadas del señor.

—¡Ah, sí! Tostadas, por favor. —Will miró a su mujer, incómodo—. Y una taza de consomé —añadió atropelladamente, como si temiera que le arrancaran la lengua de la boca antes de que pudiera dejar salir las palabras.

—¡Nada de consomé! —exclamó Eleanor con la misma rapidez, en un tono que no admitía réplica: el camarero tachó la palabra «consomé» tan expeditivamente como la había escrito—. Está lleno de creatina —añadió, dirigiéndole a Charlie una mirada que éste no supo calibrar.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el camarero, uniendo las manos frente al pecho como si rezara y haciendo breves y obsequiosas inclinaciones de cabeza.

Will le miró secamente.

—No, no, nada más.

El camarero se retiró, la mujer de la mesa contigua volvió a reírse y la noche oscureció un poco más, de modo que los comensales ya no podían ver el paisaje que corría hacia atrás. Charlie inclinó la cabeza para engullir una nueva ostra.

—Carroñeros del mar —dijo Will de pronto.

Eleanor sonrió, apretando ligeramente los labios. Otra vez tenía una expresión incisiva en los ojos.

—¿Perdone? —inquirió Charlie, levantando la copa de vino hacia sus labios cuando todavía notaba entre los dientes la suave pulpa de la ostra, que luego se deslizó por su garganta para reunirse con sus compañeras.

—Las ostras —dijo Will, volviéndose hacia su mujer—, ¿verdad, querida? ¿No es así como las llama el doctor Kellogg?

Aquello debía de ser una broma; Charlie lo notaba en la expresión de los ojos de la mujer, y él parecía ser el motivo. Eleanorladeó la cabeza un poco, de tal modo que los brillantes ojos sin vida del pájaro que llevaba encima refulgieron lívidamente a la luz.

—Sí, Will, querido —dijo, sin dejar de mirar a Charlie—. Es la pura verdad. Después de todo, las ostras *son* sucias. Viven en los detritos y la inmundicia, y se alimentan de ellos. El doctor Kellogg dice que el jugo de la ostra no es ni más ni menos que orina.

Charlie bajó la vista hacia los tres pobres bivalvos que le quedaban en la fuente.

—¿Orina?

Eleanor sonrió aún más.

—Meados, por decirlo de un modo vulgar. Aguas menores.

Will le sonreía de nuevo, con los ojos hundidos en una filigrana de arrugas, algunas permanentes y otras formadas por su sonrisa. Parecía una gárgola mirando acechante desde su canal.

—No me gustaría comerme a un carroñero, ¿y a usted?

Charlie sintió que se le ponían los pelos de punta.

—La verdad es que... —empezó, pero Eleanor le interrumpió.

—El doctor Kellogg cogió una muestra de este mismo tren, ¿lo sabía? —dijo blandiendo un enguantado dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Hizo que la enviaran a Battle Creek desde la estación término de Chicago y la analizó en los laboratorios del San... —Hizo una pausa, para causar más impresión—. Y descubrió que el jugo de cada una de aquellas ostras era casi el equivalente de una cucharada de... bueno, de orina *humana*.

Charlie estaba dispuesto a defender a sus ostras —fueran orina o no, eran una forma perfecta de empezar una velada o de acabarla—, pero había aparecido un nuevo elemento en la conversación y lo aprovechó para cambiar de tema.

—¿Battle Creek? ¿Ha dicho Battle Creek?

Eleanor asintió. Will movió la cabeza.

—Pues ése es mi destino, Battle Creek. Allí es adonde me dirijo. Cuando lleguemos a Chicago, haré transbordo a la Michigan Central Line.

Le gustaba cómo sonaba: *Michigan Central Line*. Le hacía sentirse mundano, un viajero experimentado, un hombre importante que hacía cosas importantes. No importaba que antes nunca hubiera estado más al oeste de las Palisades<sup>[2]</sup>, ni que su única relación con los grandes expresos nocturnos hubiera sido contemplar su rugiente salida de la estación, con las ventanillas rebosantes de su carga de potentados.

Le hubiera gustado darle más énfasis, pues todo lo relacionado con los horarios de trenes, los mozos de cuerda y los transbordos le parecía maravillosamente exótico,



pero no pudo continuar. Los Lightbody habían estallado en una carcajada simultánea, y Eleanor palmoteaba como una niña en una fiesta.

—¡Es maravilloso! —dijo jadeante—. ¡Qué fantástica coincidencia!

—¿Ustedes también? —infirió Charlie.

—Sí —contestó Will, y su sonrisa palideció un tanto—. Vamos camino del sanatorio, a hacer una cura. —Titubeó, y la desolación volvió a su rostro: estaba acosado, muerto de hambre, condenado a muerte antes de tiempo—. Yo... yo nunca he estado, pero Eleanor...

—Ésta será mi tercera visita —anunció ella, alargando graciosamente las manos para arreglarse el sombrero—. Creo que me he convertido en uno de esos «fanáticos de Battle Creek» de que hablan los periódicos.

Charlie no pudo evitar mirarla de arriba abajo rápidamente: los esbeltos brazos y las manos delicadas, el blanco arco de su garganta sobre el apretado cuello, cerrado con un broche de alfiler, sus pechos prominentes. ¿Cuál era el problema? Tenía buen aspecto; quizá estaba un poco pálida y ojerosa, pero no era nada que no pudiera curar una semana en el campo. El marido era un hipocondriaco, pero ella... ella le intrigaba. Estaba dándole vueltas a aquel interrogante en su mente, preguntándose cómo tratar de desentrañarlo, cuando apareció el camarero con los dos vasos de agua y los puso en la mesa con gesto ceremonioso frente a los Lightbody.

—¿Ha terminado el caballero? —murmuró el camarero, indicando con un ademán las ostras que quedaban.

Charlie miró los ojos burlones de Eleanor y luego el rostro de Will, que le dirigió una dolida mirada de soslayo. Hizo un gesto y las ostras desaparecieron.

—Dígame, señor Ossining —dijo Will—. ¿Puedo preguntarle qué le lleva a Battle Creek? ¿Convalecencia? ¿Negocios? ¿Placer?

Charlie se había quedado un tanto fuera de juego desde que los Lightbody se habían sentado a su mesa —aquella gente era rara, no había ninguna duda—, pero comprendía muy bien que la rareza era una prerrogativa de los ricos, y que su trabajo y su misión consistían en explotarla lo mejor que pudiera. De pronto sintió una nueva oleada de su vieja confianza en sí mismo.

—Negocios —dijo solemnemente—. En el ramo de los desayunos de cereales. Creo que llevo una tarjeta. —Hurgó en el bolsillo de la chaqueta—. Sí, aquí está.

Le tendió la tarjeta a Will, que la cogió y se puso a hurgar en sus bolsillos buscando una de las suyas.

—¿Cuál es el suyo, señor Ossining? —Eleanor se inclinó a escudriñar la tarjeta que su marido tenía en la mano—. ¿Cero-Fruto? ¿Tyrabita? ¿Force? ¿Vim?

Charlie sacó una segunda tarjeta —le llenaban de orgullo— y la dejó ante ella sobre la mesa:

PER-FO CO., INC., DE BATTLE CREEK  
*El «Alimento Perfecto», predigerido,  
peptonizado e impregnado de apio.*

*Purifica la sangre y alivia el intestino.*

CHARLES P. OSSINING,

Presidente del Consejo de Administración

—Impresionante —murmuró Eleanor; Charlie no supo si lo decía en serio o no.

—Mucho —añadió Will.

—Yo, perdóneme que se lo diga, nunca habría pensado que usted fuera un defensor de la alimentación científica, señor Ossining —dijo Eleanor—. Y esta frase: «alivia el intestino», es una de las máximas del doctor Kellogg. Aunque él dice: «el intestino se alivia», para hacer hincapié en que los intestinos deben aliviarse por sí solos.

Charlie sintió que la sangre le afluía a la cara. Bebió un sorbo de vino para disimular su agitación.

—Sí —dijo por fin—. Bueno, en realidad, no lo sé. Yo lo leí en una revista.

Pero entonces llegaron la ensalada de pepinos de Eleanor y las tostadas de Will, dos tostadas de pan de molde blanco sin ningún acompañamiento, cortadas netamente en diagonal y a las que se había quitado la corteza. Haciendo girar diestramente la bandeja, el camarero le sirvió a Charlie su segundo plato: una fuente de porcelana cubierta por una tapa en la que se condensaba el vapor. Con un ceremonioso ademán, muy del oficio, la destapó para mostrar su cremoso y caliente contenido: estofado de ostras.

Will contempló sus tostadas malhumorado. Parecía haberse olvidado de las tarjetas, aunque finalmente consiguió sacar una del bolsillo y la mantuvo entre el pulgar y el índice mientras observaba las crujientes tostadas sin mantequilla que tenía en el plato. De pronto, se le iluminaron los ojos y miró rápidamente a Charlie:

—¿Cuánto tiempo lleva en el negocio, señor Ossining?

Charlie había empezado a remover el guiso con la cuchara, esperando disfrazar la ondulada anatomía de los carroñeros de las profundidades, que despuntaban aquí y allá a través de la cremosa mezcla de patatas, cebollas y zanahorias. (Bueno, sí, le gustaban las ostras, ¿y qué? ¿Acaso era un crimen? ¿Cómo iba a saber que comerse una ostra era igual que ingerir una cucharada de su propia orina?). Eleanor estaba absorta en su ensalada, que espolvoreaba concienzudamente con algo que sacaba de una bolsa de papel marrón.

—¡Ah! —dijo Charlie, sorprendido por la pregunta—. Bueno, a decir verdad, la empresa acaba de constituirse.

Will enarcó las cejas.

—Es decir... —prosiguió, golpeando las ostras como si fueran sus enemigos jurados—, la constituiremos... ejem... mañana por la tarde.

—Ah, ya —dijo Will. Tenía los labios apretados, dos agudas láminas de piel en un rostro descarnado—. ¿La constituirán? Así pues, ¿tiene socios en esa empresa?

La imagen de Goodloe Bender, con su traje flamante y sus bruñidos zapatos, se

irguió fugazmente ante los ojos de Charlie. Bender estaría esperándole en Battle Creek, con el equipo comprado y los trabajadores contratados, cursando los primeros pedidos. En seis meses serían millonarios.

—Sí —sonrió.

Eleanor cortó un trozo de pepino con el tenedor y levantó la vista.

—¿Y ya ha reunido todo el capital que necesita, si me permite la pregunta?

—Sí, sí. Por supuesto. —En aquel momento, Charlie era tan consciente del fajo de billetes que llevaba contra el pecho como si se hubiera hinchado hasta convertirse en un maletín. Eran ochocientos cuarenta y cinco dólares en efectivo, más de lo que había visto junto en su vida, y un cheque que le extendió la señora Amelia Hookstratten, de Peterskill, Nueva York, por la cantidad de tres mil dólares—. Nuestro mayor inversor es un miembro destacado de la buena sociedad del condado de Westchester.

—¿Westchester? —Otra vez el tono de voz de Will saltó, y la transformadora sonrisa le iluminó la cara—. ¡Pero si nosotros somos de allí! Supongo que conoce Peterskill.

Esta vez le tocó a Charlie sorprenderse.

—¡Esto sí que es una coincidencia! Desde luego. ¡Vaya coincidencia! Nuestro inversor... quiero decir, nuestro principal inversor... es de Peterskill. ¿Conocen a la señora Hookstratten?

Los cielos se abrieron, sonaron las trompetas, hubo gritos de asombro y sorpresa que silenciaron el diálogo en la mesa vecina y en la mitad de las que ocupaban el resto del vagón.

—¡Amelia Hookstratten! —exclamó Will—. ¿Que si la conocemos?

Intercambió una mirada de complicidad con su mujer, que dejó por un momento su ensalada con los ojos súbitamente brillantes.

Charlie sonrió con exagerado entusiasmo. El hombre maduro de los grandes bigotes les miró descaradamente. Los raíles crepitaban débilmente bajo el tren.

—¡Cómo no! —exclamó Will con su voz hueca—. Si es íntima de mis padres, la mejor amiga de mi madre de toda la vida. ¿Que si la conocemos? —Y su risa se convirtió en un ahogado relincho.

De pronto, Charlie se sintió bien, muy bien, genial. El dorso de su tarjeta llevaba impreso algo que los Lightbody no habían visto todavía; era un apartado de correos de Manhattan y un modesto anuncio: «Hay un pequeño número de acciones a disposición de los inversores interesados en colocar bien su capital». No era algo que fuera a intentar en aquel momento, pero, por supuesto, los costes de la puesta en marcha de Per-Fo iban a ser elevados —por lo menos, Bender siempre lo decía—, y necesitarían todos los inversores que pudieran encontrar.

Se acabó la botella de vino sin dejar de sonreír a sus nuevos conocidos, aquella gente rica y maravillosa —percibía el olor de su dinero como una comadreja huele un gallinero, claro que sí, desde luego—, aquella gente maravillosa, los Lightbody de

Peterskill. Aquel lugar era una mina de oro; quizá debieran abrir una fábrica de cereales allí. Había una en Buffalo, ¿verdad? Estaba a punto de brindar a su salud — los restos de su champán contra el agua pura y abstemia de sus copas—, cuando el camarero se acercó de nuevo, balanceando ágilmente la bandeja a la altura del hombro, y le sirvió a Charlie su primer plato de carne como si fuera un obsequio del sultán de Marruecos: filete de solomillo medio hecho bañado en el mar de sus ricos y sangrientos jugos.

---

### 3. LA CURA DE LICOR SEARS' WHITE STAR

Aquella noche, tarde, mucho después de que se hubiera lavado el último plato y se hubieran apagado los fogones, mucho después de que el coche salón se hubiera vaciado y el último mozo, lleno de cansancio, hubiera caído en profundo sueño, Will Lightbody yacía en su litera, en la oscuridad del compartimiento, y contemplaba los campos de Ohio, llenos de rastrojos, que se alejaban por la ventanilla. Eleanor había insistido en dormir en compartimientos separados, aunque contiguos. En casa aún dormían juntos, es decir, en la misma cama, un lecho con dosel que la bisabuela de Will se había traído de Bournemouth, una cama enorme y oscura como una fortaleza donde cabían seis personas y aún quedaba espacio para un par de perros. Pero desde que Eleanor había perdido la niña y el estómago de Will había perdido el norte, tenían poco contacto físico. Al principio, él había protestado, pero ella aducía su delicada salud, y la de Will. *Además, le había explicado, cuando estemos en el San no habrá ocasión, ni razón, para esta clase de expansiones.* Por lo visto, el doctor Kellogg tampoco aprobaba las relaciones maritales.

Will cerró los ojos. Se había imaginado que el suave balanceo del tren le adormecería, como un niño mecido en su cuna, pero todo era inútil. Ya llevaba horas tumbado, insomne, tan exhausto que incluso quedarse dormido parecía un esfuerzo excesivo. Era a causa del estómago, por descontado. El dolor era agudo e intenso, y pintaba los contornos de su insomnio con un pincel de metal fundido. Y en las raíces de aquel dolor, en algún lugar muy hondo, estaba la tostada. Inocua, sin mantequilla, doblemente tostada, un alimento que no tenía nada de fuerte. Pero allí estaba, en sus entrañas, y se las quemaba de tal forma que se preguntó si no se habría tragado una jarra de ácido, que subía por su garganta para prenderles fuego a sus amígdalas al mismo tiempo que bajaba hasta lo más profundo, al asalto del otro extremo de su aparato digestivo. No era extraño que Eleanor no quisiera dormir con él, en aquel aire lleno de olores pestilentes, mientras su cuerpo era atormentado por las convulsiones hasta dejar las sábanas retorcidas como el nudo de un ahorcado... ¡Dios del cielo, qué no hubiera dado por unos instantes de paz...!

Dormir, sólo una hora. Y comer algo, lo que fuera, y digerirlo como Dios manda, silenciosa, decente, inconscientemente, en vez de sentir cómo se le quemaban las entrañas en medio de todos aquellos ruidos peristálticos y aquellas emanaciones de gases. Había mirado las ostras que se comió Charlie Ossining, y el estofado, y el filete, y había sentido cierto cosquilleo en las mandíbulas al tiempo que la boca empezaba a hacerle agua. ¡Ojalá hubiera podido zamparse semejante comilona! Pero no, él sólo se había comido una tostada, e incluso aquello le resultaba venenoso.

El doctor Brillinger, médico de su madre y tan respetado en Peterskill como el propio Chauncey Depew<sup>[3]</sup>, le había dicho que era un mero trastorno estomacal, una indigestión, y le había prescrito ipecacuana, el famoso antiácido Hostetter, el depurativo Warner's Safe Cure y aceite de ricino. Como un poseso, los probó todos, empapándose de digestivos después de cada vinagreta y de cada embutido, hasta que al final no era capaz de comer nada sin acompañarlo de aquellos fármacos llenos de alcohol. Antes de que pudiera darse cuenta, empezó a depender del alcohol, y durante una larga temporada —cuando Eleanor se fue al San por primera vez— pasó ratos cada vez más prolongados en Mapes' o en Ben's Elbow, tomando whisky con cerveza y algún que otro huevo escabechado para acallar las punzadas del hambre. Aquello fue el principio del fin.

Cuando Eleanor volvió a casa, con casi cinco kilos más y predicando una nueva religión de vegetarianismo y «alimentación científica», le encontró con los ojos nublados y aturdido por la bebida. El perro apenas le reconocía, los criados estaban aterrados, no se había cambiado de ropa desde hacía una semana, y tenía una botella de bourbon Old Crow escondida en cada habitación de la casa. Ella le alimentó a base de puré de judías blancas, pan integral con mantequilla de nuez y crema de chirivías, pero sin ningún resultado. Llamó al padre de Will para que le hablara, le concertó encuentros «casuales» con el reverendo Tanner, de la Iglesia episcopalista, y con Willa Munson Craighead, de la Asociación de Mujeres Cristianas por la Abstinencia de Bebidas Alcohólicas, pero fue en vano. El gazzate le pedía alcohol, y seis noches a la semana Sam Lent le llevaba a casa borracho, tumbado en el asiento posterior de su coche de punto.

Entonces fue cuando Eleanor, en su desesperación, vio por primera vez el anuncio en el catálogo de Sears Roebuck. CURA DE LICOR SEARS' WHITE STAR, proclamaba en letras mayúsculas, y más abajo: *Querida amiga, ¿está cansada de pasarse las noches sola en una casa vacía mientras su marido arruina su digestión y tira el dinero en el bar más cercano? Pruebe la cura de licor Sears' White Star: cinco gotas cada noche en el café de su marido, y no volverá a pisar un bar.* De pronto, Will empezó a quedarse dormido en el sillón cada noche, después de su pastelillo de arroz, galletas Granose y nueces de lichi. Diez, doce, a veces trece o catorce horas después, se despertaba en la cama, con las aristas de su mente suavemente difuminadas.

En aquella época trabajaba para su padre: llevaba las cuentas de la fábrica de la calle Water y, al menos en teoría, aprendía a dirigir el negocio del que un día tendría que tomar las riendas, pero ahora se sentía tan atontado que raro era el día en que llegaba a la oficina antes de las diez. La reacción de su padre hubiera debido ser, pura y simplemente, el despido. Por lo general, el viejo ponía el grito en el cielo si no llegaba un cuarto de hora *antes* («Tienes que ser un ejemplo para el personal, Will»), pero nunca le decía nada. Y cuando Will se levantaba cada mañana tan aturdido que apenas recordaba su nombre, Eleanor siempre se las arreglaba para estar allí con un desayuno tan apetecible como permitía el régimen de Kellogg, y él se lo comía,

realmente se lo comía, antes de recobrar del todo la conciencia. Luego se vestía y llegaba a la oficina, y antes de darse cuenta ya volvían a ser las seis y estaba otra vez en casa, robando un sorbo furtivo de Old Crow y a continuación se sentaba a comer su sopa de lentejas con tomate y sus berenjenas asadas con brotes de soja, y luego ya estaba en su sillón, con su café, y volvía a adormecerse.

Tardó tres meses en descubrir el engaño, y eso gracias a que se le ocurrió hojear un catálogo de Sears en una lluviosa y desolada tarde de domingo mientras su mujer dirigía una reunión de la Sociedad de Damas de Peterskill en pro de la Vida Biológica en la habitación contigua. El anuncio le hizo pensar. Mientras predicaba sobre las virtudes de los alimentos puros y la vida simple ante un grupito de sus reformistas amigas, entre ellas la señora Amelia Hookstratten, Eleanor estaba drogando a su propio marido. El licor Sears' White Star, del cual descubrió seis botellas en el fondo de un cajón de la cocina, resultó no ser más que un preparado a base de opio.

Se sintió ofendido. Ofendido y engañado. ¡Su propia mujer, su propio padre! Allí, en la cocina, escuchando a Eleanor hablar con vivacidad del colon perezoso y de los males del tocino salado y los alimentos ahumados, sintió que le invadía la rabia y estuvo a punto —sólo a punto— de hacer añicos las botellitas de cristal opaco color café, allí mismo y en aquel preciso instante. Pero en lugar de romperlas, volvió a guardarlas en su sitio y esperó a que llegara la hora de la cena y de su café vespertino.

Aquella noche, en el salón, con un buen fuego en la chimenea y Dick, el terrier de pelo duro, echado a sus pies, Will Lightbody hizo un esfuerzo y no tocó el café. No era un esfuerzo fácil, porque se había habituado a aquellas cinco gotas nocturnas de licor curativo Sears' White Star, y tuvo que luchar contra la visión y el aroma de aquel café como si fuera un veneno del mismísimo demonio. Pero resistió, y media hora después, cuando Eleanor entró en la habitación con su cestito de bordar, se sobresaltó al verle sentado contemplando el fuego, la mar de consciente.

—Pero, Will —dijo—, ¿es que no vas a tomarte el café?

Aquella era la mujer que él amaba, la mujer con la que se había casado el mismo mes en que se graduó en Columbia, la mujer cuyo aspecto y cuyos movimientos le excitaban de un modo que no sabía describir (por más que lo había intentado, una y otra vez, con sus compañeros de clase, con las raras chicas de Barnard<sup>[4]</sup> a las que había invitado al teatro o a un concierto, y con las prostitutas que encontraba en las tabernuchas y en los alrededores de los teatros de variedades). Aquella era su mujer, y había intentado envenenarle.

—No quiero café —dijo, levantándose de la silla. Por primera vez desde hacía meses, tenía el cerebro despejado. Sabía quién era, lo que hacía y por qué—. Me voy a Mapes' —dijo llanamente—, a tomarme un buen bistec y un vaso de whisky. No, cinco vasos de whisky, uno por cada gota de licor curativo Sears' White Star.

Entonces vinieron las lágrimas. Y con las lágrimas, las recriminaciones. Nunca la había visto tan alterada. Incluso Dick, rascándose los cuartos traseros desconcertado y mirando dolorosamente hacia atrás por encima del hombro, tuvo que dejar la

habitación.

—Yo no quería hacerte daño —sollozó—, pero estaba al límite de mis fuerzas... habías cambiado tanto... eras un desconocido, un borracho, un borracho desastrado en nuestra propia casa. —Enderezó los hombros y le miró a los ojos—. Va contra todos mis principios —le dijo, recobrándose un poco—, y tú sabes que no creo en las drogas ni en las sustancias extrañas de ninguna clase. El doctor Kellogg tiraría a la basura toda la farmacopea de este país, y creo que tiene razón, de verdad, pero...

Pero le había drogado. Por su propio bien. Y con la complicidad, según descubrió después, tanto de sus padres como del cocinero y el doctor Brillinger. Su reconciliación fue magnífica y tumultuosa. Ella se había ido tres meses a Battle Creek, y él se había abandonado a su hábito alcohólico y narcótico durante los tres siguientes, así que aquella noche se unieron con lo que a él le gustaba pensar que había sido auténtica hambre. Todavía creía fervientemente que aquélla fue la noche en que Eleanor quedó embarazada.

Muy bien. Pero quedaba un pequeño problema: Will estaba ansioso por hacerse con aquellas seis botellas de licor curativo Sears' White Star. No, «ansioso» no era una palabra lo bastante fuerte: se sentía impelido, obsesionado, loco de deseo, anhelante. Y, por supuesto, cuando fue directamente de los brazos de Eleanor al cajón de la cocina, las seis botellas habían desaparecido. Aquella noche empezaron sus fiebres. La piel se le hinchó hasta hacerle sentir que ejércitos enteros corrían por debajo de sus capas; y luego se le encogió hasta hacerle temer que iba a asfixiarse; el estómago se le redujo hasta adquirir el tamaño de una avellana, y luego se le abrió en la garganta como si fuera un paraguas; los pies se le convirtieron en bloques de hielo, sus manos parecían garfios. A medianoche se cayó al suelo en la cocina, y arrastrándose sobre manos y rodillas, entre arcadas y espasmos, por el comedor llegó al salón, donde despertó a Dick, volcó el cubo del carbón y se rascó la piel de los brazos hasta que le sangraron como pedazos de carne para asar envuelta en papel parafinado.

Por la mañana, sobre la mesita, junto a su cama (donde se encontró sin saber cómo), había una botellita de cristal opaco color azul con una preciosa etiqueta azul, muy historiada, en la que aparecía aquel simple, compasivo, maravilloso, redentor y salvador nombre: Sears' White Star. No se detuvo a pensar: botella marrón, botella azul, ¿qué diferencia había? Al cabo de un momento la había descorchado y ya tenía el cuello de cristal en los labios... Pero ¿qué era aquello? Sabía... distinto. Distinto, pero no desagradable. En absoluto. Vació media botella antes de pararse a examinar la etiqueta: CURA ANTINARCÓTICA SEARS' WHITE STAR, decía. Y debajo, en letra pequeña: *Querida amiga, ¿está harta de pasarse las noches sola mientras su esposo arruina su digestión y tira el dinero en un letargo narcótico en el salón de su propia casa? Pruebe la Cura Antinarcótica Sears' White Star: cinco gotas cada noche en el café de su dormilón marido y se volverá despierto y alerta como una ardilla.* No se le escapó la ironía. Pero ¿qué importaba? Tenía el estómago malherido, su vida estaba



hecha un desastre, sentía ansias que no podía dominar y su mujer cada día se mostraba más distante. Muy bien, pensó, muy bien; ya casi sentía la cura antinarcótica trabajando en sus venas. Así que se bebió el resto de la botella.

Más tarde hizo que el farmacéutico analizara la segunda botella que encontró —sabía que habría una segunda, una tercera y una cuarta, *ad infinitum*— en un cajón del tocador de su mujer. Según el análisis, la cura antinarcótica sólo contenía un dos por ciento menos de alcohol que el Old Crow. Volvió, pues, al bourbon, que, después de todo, era más de fiar y, comparando el contenido de ambas botellas, resultaba diez veces más barato. Sea como fuere, todo aquello le impresionó profundamente, y, unido al embarazo de Eleanor, hizo que su vida empezara a adquirir un nuevo sentido. Volvió a entusiasmarse por su trabajo, pasaba menos tiempo en Mapes' y en Ben's Elbow, y, al cabo de un tiempo, empezó a reducir progresivamente los vasos de Old Crow y se esforzó por comer científicamente. Y lo habría conseguido de no haber sido porque su estómago se vino abajo.

Era una tarde de finales de primavera, todavía fresca pero con insinuaciones del calor que se avecinaba, y Will salió de trabajar temprano, se paró en Offenbacher's a comprar una botella de Coca-Cola, dos paquetes de chicles Wrigley's y la bebida favorita de Eleanor, cerveza de jengibre, la de la gran botella verde, y emprendió el camino de casa muy pronto, para darle una sorpresa. Avanzó por la calle División con el paquete bien sujeto bajo el brazo, y luego tomó el camino particular que daba a la casa de tres pisos, de ladrillo rojo, que su padre les había construido. El cornejo sanguinuelo estaba en plena floración, rosa y blanco, y el aire era fragante. En aquel momento sintió que todo iba bien para el mundo, para Eleanor y para él, y para el hijo y heredero que esperaban. Mientras subía las escaleras a grandes zancadas, vio la casa bañada en una nueva luz, tal como hubiera podido verla un niño, un niño que llevara un gran cuello blanco cubriéndole los hombros, al estilo de la época, y cuyo padre le hubiera llevado a dar de comer a los patos del parque y a ver cómo rugían los trenes al entrar en la estación.

—¡Eleanor! —exclamó—. ¡Eleanor!

La encontró en el dormitorio, haciendo las maletas, con la criada —una delgada y pálida muchacha de dieciocho años, tan animada como un bloque de piedra— a su lado.

—¿Qué haces? —le preguntó—. ¿Te vas de viaje? ¿En tu estado?

Así era. Y no había nada que discutir. Volvía a Battle Creek, al sanatorio, y pensaba quedarse allí hasta que naciera su hijo.

—Pero ¿por qué? —farfulló Will, y fue entonces cuando notó el primer síntoma, como una ardiente espada clavándose en lo más hondo de sus entrañas—. Y ¿por qué no aquí? Tenemos un hospital nuevo y los mejores...

—Higiene —dijo ella—. Alimentación científica, vida biológica... Allí hay una atmósfera totalmente distinta. Tú no puedes imaginártelo. No te lo creerías. Quiero que mi bebé... *nuestro* bebé... tenga lo mejor. ¿Tú no?

Sí que lo quería. Claro que lo quería.

Al día siguiente, Eleanor se marchó. Y su estómago reventó. Le atacó con todas sus fuerzas cuando la vio desaparecer en la estación Grand Central: un dolor tan odioso, tan insoportable, tan despiadado, que le hizo caer de rodillas. Sin saber cómo, tomó el camino del tren de la Hudson Line y llegó a su casa. Durante la semana siguiente yació postrado en cama, y nada, ni el doctor Brillinger, ni un bocadillo de hamburguesa de Mapes', ni el Old Crow, ni el licor Sears' White Star, pudo ayudarle.

Le escribía cada día. Y ella le contestaba con largas y entusiásticas cartas llenas de términos como «autointoxicación», «fécula dextrinizada» y «corriente sinusoidal». Pasaron cuatro meses, y Will se había convertido en un inválido. No podía comer, no podía beber, apenas podía levantarse de la cama. Perdió nueve kilos, diez. Dejó de ir a trabajar. Dos veces le propuso ir a visitarla, pero ella le desanimó. Las dos veces. Por cable. Sería demasiado para sus nervios, argumentaba. Bien sabía Will que ella padecía neurastenia, y, si tenía los nervios de punta, ¿cómo creía que le iba a sentar al bebé, al bebé que ya llamaban Alfred, como el padre de Will? No, tenía que ser paciente. Eleanor le cablegrafiaría cuando llegara el momento; entonces él tendría que ir inmediatamente al San y organizarse para quedarse allí una temporada.

El telegrama llegó un bochornoso día de principios de septiembre:

BATTLE CREEK, MICHIGAN, 4 SEPT. 1907

SR. WILLIAM FITZROY LIGHTBODY  
PARSONAGE LANE  
PETERSKILL, NY

QUERIDO. STOP. NIÑA. STOP. DOS KILOS OCHOCIENTOS. STOP.  
VEN PRÓXIMO TREN. STOP.

ELEANOR

Will estaba ya de camino, en la estación de Peterskill, con las maletas a sus pies y Battle Creek —un destino que hasta aquel momento le hubiera parecido tan inconcebible como Sarawak o Mongolia— esperándole al final del viaje, cuando el coche de su padre aparcó en los adoquines enfrente de la estación. El padre de Will era un hombre corpulento, tan grueso como flaco era Will, y tenía la cara estoica y carnosa de un carnicero o un panadero. Mientras el chófer sujetaba la portezuela para que bajara el anciano, Will, que corría por el andén, vislumbró su cara —fúnebre, mortecina y enterrada en surcos y arrugas— y comprendió lo que se avecinaba. Lo comprendió incluso antes de que su padre le abrazara rígidamente y le tendiera el segundo telegrama.

La niña se había muerto. Durante la noche. Nadie sabía cómo. Ni por qué. Eleanor se estaba recuperando. Estaría de vuelta a casa en dos semanas.

Stop.

Y allí estaba él, siete semanas después, mientras las frías garras del invierno asían con fuerza la tierra, con el estómago destrozado, Eleanor hundida, la niña muerta, traqueteando sobre los raíles hacia Battle Creek y la cura. Permaneció tendido,

insomne, durante la noche y parte de la mañana, cambió de tren en Chicago y se sentó muy erguido, con un libro sin leer en el regazo, mientras Eleanor bordaba junto a él. Vio colinas, árboles desnudos, los mismos campos llenos de rastrojos que había visto en Nueva York, Pensilvania, Ohio, Indiana e Illinois. Tres semanas y un día sin dormir. Recostó la cabeza, cerró los ojos e intentó dormir... Entonces los frenos chirriaron, el tren redujo su marcha, como si una cuerda de goma elástica infinitamente sutil tirara de él hacia atrás, y allí estaban. Eleanor le dijo algo en tono agudo. Will no la oyó. Tenía la vista clavada en los macizos arcos de piedra arenisca de la estación de Battle Creek y en el cartel que se alzaba contra el cielo por encima de ella como una profecía:

RECOBRE LA SALUD EN BATTLE CREEK

---

#### 4. PADRE DE TODOS, PADRE DE NADIE

*Padre. Hola, padre.*

¡Y se atrevía a llamarle *padre*! ¡Con qué gusto le habría pegado una buena patada en el trasero! ¡Por Dios, qué desagradable era! Con diecinueve años parecía que tuviera sesenta. Mugriento, fétido, un vagabundo que dormía en portales y callejones, tal como había hecho su madre. Y ¿no le olía a carne el aliento? ¿Carne? Sí, claro que sí. Al doctor se le revolvió el estómago.

Y su postura. Sólo su postura era suficiente para que a John Harvey Kellogg se lo llevaran los demonios: el pecho cóncavo, los hombros caídos y la mandíbula colgante, los pies torcidos hacia dentro y las piernas zambas. Y aquella expresión enfermiza, socarrona y canallesca que incluso ahora mostraban sus ojos de crápula. ¿Cuántas veces le había ordenado que se pusiera derecho como un ser humano en lugar de encorvarse como un simio infernal? ¿Cuántas? Y no había más que verle. ¡No había más que verle!

El público se acercaba por el pasillo, con Bigelow Jennings y la señora Tindermarsh en cabeza, deseosos de atraer su atención, y Dab no cesaba de implorarlo, con su voz de tono agudo y chillón:

—¡Aquí no, doctor, delante de todo el mundo, no!

La gente ya empezaba a darse cuenta, tanto los miembros del personal como los pacientes; algunos desviaban la vista tímidamente, pero otros miraban sin ambages a aquel joven estafalario, aquella encarnación de la mugre y la degeneración que había brotado como un hongo venenoso entre el doctor y su secretario. Era exasperante. El doctor se quedó parado, sin saber qué hacer, durante un largo momento, de pie en medio del amplio y reluciente suelo de terrazo; aquel hombre decidido, aquel cruzado de lo limpio y lo correcto, estaba penosamente paralizado.

—George —dijo, sin aliento, y pronunció aquel nombre casi involuntariamente, como si no pudiera soportar individualizar el montón de estiércol que tenía ante sí.

George no dijo nada. Se limitó a repantigarse, harapiendo y retorcido, feo como un nabo, y sonrió para enseñar sus dientes amarillentos y sus podridas encías.

Era demasiado. Aquel chico era una pesadilla andante y parlante, la jadeante negación y antítesis de todo lo que defendía el doctor Kellogg con su sanatorio, un insulto, una provocación, una bofetada en la cara. De pronto, casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, el doctor Kellogg se movió con fiereza y le agarró del brazo, y al momento siguiente avanzaban velozmente por el pasillo hacia el vestíbulo; George remoloneaba malhumorado mientras la mano del doctor tiraba de él dura como el acero.

—Sal de aquí, George, sal de aquí *ahora mismo* —siseó el doctor.

—Quiero dinero —le espetó George mostrando de nuevo los dientes, y el doctor le tiró del brazo como si fuera la correa de un perrillo dócil.

Cruzaremos el vestíbulo, se dijo el doctor, y entraremos en mi despacho, en el corredor del fondo. Ciento veinte pasos más y estaremos en lugar seguro. Pensarán que es un caso de caridad, y punto, y luego se largará por la puerta y se perderá en la noche.

—¡Dinero! —murmuró torciendo la boca—. Ya me has sacado todo el dinero que has podido, y no tendrás más.

Ahora George avanzaba a grandes zancadas junto a él, como un hombre adulto; tenía las piernas más largas que el doctor y, pese a su desmañada postura, era una cabeza más alto que él.

—Ya lo veremos —dijo burlón.

Ya salían del corredor y entraban en la inmensidad del vestíbulo, con sus diligentes botones, sus bancos y sus palmeras, su aglomeración de equipajes y de nuevos ingresos. Grupos de pacientes se paseaban ociosos, sorbiendo plácidamente leche y néctar de melocotón en vasos alargados; las enfermeras se inclinaban solícitas hacia las matronas hipocondríacas sentadas en sillas de ruedas; un murmullo de voces hablaba del mercado de valores, del teatro, de Caruso y Farrar, y de los nuevos automóviles que Ford y Oldsmobile habían sacado al mercado. Allí estaba el doctor Baculum con aquella mujer de Pittsburgh, esposa de un magnate del acero. ¿Cómo se llamaba? ¿Wallford? ¿Walters? ¿Walldorp? Y el almirante Nieblock, en la cabina del telégrafo, con la mujer de Crouder. Y un enjambre de enfermeras. Y Meta Sinclair. El doctor Kellogg avanzó decidido por la estancia, saludando con la cabeza y la mano, como si no pasara absolutamente nada inusual, con cierta prisa, eso sí, y llevando a un pobre desgraciado cogido del brazo; por supuesto, sabía que sus pacientes preferían ignorar aquel aspecto de la vida, pero el sanatorio *era* una institución caritativa, después de todo, y su jefe era un santo, tenían que comprenderlo, un auténtico santo.

A medio camino —cuando al menos cincuenta personas se apiñaban en el mostrador de recepción y al pie de la escalera, se sentaban en los bancos o entraban y salían del Jardín de las Palmeras, que se abría detrás—, George soltó bruscamente su brazo de la presa del doctor y se detuvo.

—Cien dólares, papá, padre, papi. Cien dólares o me pongo a gritar hasta desgañitarme.

Cincuenta pares de ojos les miraban. El doctor era todo sonrisas, lanzaba besos, hacía guiños, saludaba con la mano y con la cabeza. No pasaba nada. Dirigió una penetrante mirada a su hijo.

—En mi despacho. Allí hablaremos.

Dab se abrió paso hacia ellos. George no quería moverse.

—¿TENDRÉ QUE...? —ladró súbitamente, y su voz sonó como un harapiento

desgarrón en el delicado tejido de la estancia antes de caer hasta convertirse en un susurro—. ¿Tendré que levantar la voz?

Nadie podía con John Harvey Kellogg, nadie. El doctor era señor de sus dominios, jefe, rey, confesor y patriarca de sus miles de pacientes dispépticos y de los cuarenta y dos chicos que Ella y él habían adoptado en el transcurso de los años. Sin duda, había muchos Charlies Post en el mundo, sin olvidar a su hermano, Will, que se había hecho con la licencia para fabricar los copos de maíz en sus propias barbas, había muchos Phelps y Macfadden y tipos similares, y a veces le vencían en las escaramuzas, pero John Harvey Kellogg ganaba las guerras. Siempre. Sin embargo, aquélla era una situación delicada, lo sabía, y luchó para contener su ira.

—Ve por ese pasillo y entra en mi despacho, ahora mismo —dijo con un áspero susurro—, y serán tuyos.

George se quedó inmóvil un instante más, con el bigote brillante y la malicia danzando en sus ojos turbios. Luego dejó caer los brazos y hundió los hombros.

—Trato hecho —dijo.

De pronto, los tres volvieron a avanzar, mientras el público procedente del salón de actos se desparramaba por el vestíbulo a sus espaldas. El doctor, que prácticamente saltaba sobre sus cortas piernas, repartía miradas de salutación a diestro y siniestro y por encima del hombro, y llevaba a George ante él con mano firme y constante. Estaban a punto de llegar, casi fuera de peligro, casi a salvo, cuando una perentoria voz femenina se clavó en él como un férreo garfio.

—¡Doctor Kellogg! —exclamó la voz, y se encontró entre la espada y la pared. Los pies le temblaron, una cansada sonrisa maquinal acudió a sus labios, y se volvió para ver una figura femenina impecablemente ataviada y enterrada en un montón de equipaje. Junto a ella, dos pasos atrás, se erguía, semejante a un espectro, un joven esquelético y narigudo con los pies planos y que muy bien hubiera podido tener desviada la columna, dado lo atroz de su postura.

—Doctor... —gorjeó la mujer—. Doctor Kellogg, ¡cómo me alegro de volver a verle! —Y la mano del doctor desapareció, aprisionada por el guante negro de cabritilla.

El grupo se había parado en medio de la estancia, Dab detenido en mitad de su contoneo, George desmoronándose como una planta quemada por la helada, y el doctor cortado en seco.

—¡Cómo! —boqueó, sonriendo radiante, siempre encantador anfitrión y cortés médico—. ¡Si es la señora... la señora...!

—Lightbody —le ayudó ella—. Eleanor. Y éste —señalando a la demacrada y hundida figura que tenía al lado— es mi marido, Will.

Hubo una incómoda pausa. Aunque George había retrocedido un paso, el doctor no podía quitarse su olor de la nariz, un hedor enfermizo y corrupto, a moho y fermentación, a grasa, a secreciones corporales y a mugre. Olía como un cubo de basura. Peor: como un vagón de ganado.

—Lightbody, por supuesto —exclamó el doctor—. ¿Y cómo va su... su problema? Neurastenia, ¿verdad? Y autointoxicación, ¿no? Confío en que siga combatiendo ambas cosas. Ganando la batalla de la vida biológica, ¿verdad?

Hizo ademán de retirar la mano, pero Eleanor se la sujetó vivamente.

—Ya sé que debemos pensar positivamente, doctor, y que usted va a obrar maravillas en él, en nosotros dos, pero quiero decirle, debo decirle —y aquí la voz de Eleanor descendió mientras se inclinaba confidencialmente hacia el doctor—, que mi marido es un hombre muy enfermo.

—Sí, claro —dijo el doctor—. Claro que sí. —De pronto había recuperado su viejo yo, volvía a ser un generador de energía, saltaban chispas de las puntas de sus dedos y la gran cabeza leonina ondeaba majestuosamente sobre sus hombros—. Ha venido al lugar adecuado, joven —dijo, y soltó a la esposa para sacudir la inerte y esquelética mano de Will Lightbody.

A su alrededor la estancia resplandecía con una serena y eupéptica salud. La vida, la promesa de un futuro mejor y el progreso germinaban en cada esquina, desde el corro de los millonarios que sorbían leche mientras holgazaneaban apoyados en las columnas corintias hasta las tranquilas y desencorsetadas grandes damas, marquesas y amas de casa que entraban y salían silenciosamente del Jardín de las Palmeras. La platanera, en toda su exótica gloria, se divisaba a través del alto arco del pórtico destacándose sobre las palmeras, las plantas carnosas y las orquídeas, desafiando la latitud y la estación; era la pieza central de la selva privada del doctor.

Ignorando a George —no le pasaría nada por esperar un minuto—, el doctor se volvió a su secretario.

—Dab, que traigan una silla de ruedas para este señor, y haga que el doctor Linniman le vea esta misma tarde. Que le atiendan los mejores enfermeros... Murphy, busque a Murphy, por favor. Y Graves. Quiero que el señor Lightbody tenga todas las comodidades —continuó, expansivo, sagaz, el intrépido hombre que lo curaba todo y para el que ningún caso era irremediable, ningún colon estaba demasiado obturado, ningún estómago contenía demasiado ácido—. Y quiero examinarle personalmente mañana a primera hora.

Eleanor le miró con expresión de sorpresa. Su marido parecía inquieto.

—¡Personalmente! —exclamó. Era un raro don que había sido depositado en su regazo, un regalo de los dioses—. ¡Pero, doctor, qué amable...! Sabemos lo ocupado que está, y...

—Usted ha sufrido una gran pérdida —empezó el doctor, dubitativo, casi con el tono de una echadora de cartas o un sabio hindú, pero entonces su memoria, aquella facultad experta, acorazada e infalible que le había mantenido en la cúspide durante todos aquellos años, empezó a devanar los particulares del historial. *Lightbody, Eleanor, Mujer, Caucasiona, Veinti... veintiocho años de edad. Peterskill, Nueva York. Neurastenia, autointoxicación, pérdida de un hijo.* Sí, sí, eso era—. Nada puede remediarlo, lo sé, y sepan que cuentan, y siempre contarán, con mi más sincera

condolencia y simpatía, los dos. Pero tienen que salir adelante, y la alimentación científica, el descanso y el aire fresco les ayudarán a recuperarse, con toda certeza, como han hecho recuperarse a cientos y cientos de personas que han pasado por aquí antes que ustedes. Ya lo verán. —Hizo una pausa y miró a la mujer a los ojos, como si decidiera algo—. Y también supervisaré personalmente su caso, señora, desde luego.

Eleanor se sintió como si la recorriera un geiser de excitación. Le temblaron los labios y se le ruborizaron las mejillas; por un momento, el doctor temió que cayera de rodillas.

—¡Oh, doctor, doctor! —exclamó; era un cántico, una oración, un *hossanna* de dicha y de acción de gracias.

El doctor hizo un gesto con la mano, como dando a entender que aquello no tenía importancia. Luego se volvió hacia el marido.

—Me doy cuenta de lo que sufre, joven. Lo noto en la palidez de su piel y en el blanco de sus ojos, y... —Se acercó, abrió los labios de Will Lightbody y le metió los dedos en la boca como un tratante de caballos—. Sí, sí, diga «ah»... la lengua sucia, ¡lo sabía! Es uno de los casos más serios de autointoxicación que he visto en mi vida...

La cara de Will se volvió cenicienta. Eleanor parecía impresionada.

—Pero no hay nada que no podamos curar aquí, se lo aseguro —añadió rápidamente el doctor—. Por supuesto, no puedo decírselo con certeza hasta que no le hayamos examinado a conciencia, pero tengo muchas esperanzas...

Se interrumpió bruscamente. ¿Dónde estaba George? Le dirigió a Dab una significativa mirada, y sus ojos se cruzaron sin querer con los de media docena de pacientes —¡Hola! ¡Hola!— y tuvo que dar una vuelta completa sobre sí mismo antes de localizarlo. Apretó las mandíbulas. George, el hijo de Hildah, harapiento y maloliente, un vagabundo, un pobre diablo con sus zapatos abiertos por la punta, estaba en el otro extremo de la habitación, tocándole el codo a J. Henry Osborne, *júnior*, el rey de la bicicleta, mendigando unas monedas.

—¡George! —gritó el doctor, y toda la sala se volvió hacia él.

Se sintió mortificado. Aquél era un lugar de curación, de paz y tranquilidad, en cuyos ámbitos resonaban los sosegantes acordes del Cuarteto de Cuerda del Sanatorio de Battle Creek y donde todo el mundo hablaba en susurros. Y allí estaba él, gritando como un italiano en un bloque de pisos de alquiler.

Segundos después, Dab corría por el suelo de mármol y un par de ordenanzas, altos y nervudos, de pechos que parecían rocas y hombros intransigentes, convergían junto al errático hijo del doctor. Tenso, con la profiláctica sonrisa congelada en el rostro, el doctor se inclinó cortésmente ante los Lightbody.

—Es un caso de caridad —murmuró—. No hay por qué alarmarse. —Y se fue presuroso en dirección al corredor del fondo, indicando con un ademán a los ordenanzas que le siguieran, como un experto general desplegando sus tropas.



En su despacho, instalado tras la inmensa plancha de caoba de su escritorio, con la visera baja, el doctor era otro hombre. De nuevo había tomado el mando, dominaba la situación, todo estaba en su sitio y todo iba bien en el mundo. Excepto George, claro. Sin un ápice de contrición, estaba sentado frente a su padre adoptivo, hundido en su silla, con la omnipresente sonrisa burlona labrada a fuego en la cara. Tras George, enmarcado por los retratos de Sócrates e Ilia Mechnikov<sup>[5]</sup>, Dab permanecía erguido, apoyado en la pared, en su mejor imitación del escudero, con los brazos cruzados, los hombros cuadrados y sacando la barbilla. Los dos ordenanzas esperaban fuera, junto a la puerta.

El doctor se levantó. Nunca se sentía del todo cómodo si no estaba en movimiento, de modo que empezó a andar por la alfombra. Pese a lo mucho que hablaba de la vida biológica y sencilla, él no paraba. Trabajaba desde las cuatro de la mañana hasta medianoche, siete días a la semana. ¿El sueño? El doctor lo desdeñaba. ¿Quién tenía tiempo para dormir? Había viajado a Argelia, a Italia y México, a París, Londres y Lisboa, había dado conferencias ante la Asociación de Cultivadores de Nueces del Norte y el Congreso Lácteo Nacional, les daba conferencias a sus pacientes, dictaba sus libros (*La verdad sobre la vida sexual; El hombre, la obra maestra; El colon incapacitado, y El itinerario de un desayuno*, entre otros), supervisaba la administración del San, organizaba la Sociedad para la Mejora de la Raza y la Liga en pro de la Salud Eficiente de América, presidía la Universidad Americana de Medicina Misionera y otra media docena de asociaciones, y aún le quedaba tiempo para hacer a veces hasta veinticinco operaciones gastrointestinales en un solo día. Si no disponía del tiempo que hubiera querido dedicarle a Ella, que se había vuelto sorda y cada día estaba más débil, o a sus cuarenta y dos hijos adoptivos, ¿quién podía reprochárselo?

—George —dijo, sin dejar de andar, con la cabeza baja—, me has decepcionado. No, quiero ser sincero: me disgusta profundamente tu conducta. Me desagrada. Yo te traje aquí. Te rescaté. Es verdad, tu madre no era más que una vulgar, una vulgar...

—Venga, dígalo, una puta. Era una puta.

—Sabes que no me gusta oír ese lenguaje, George.

La columna vertebral de George estaba curvada como un alambre. Se deslizó más y más en su asiento, hasta que pareció que la tapicería de la butaca lo había engullido. Uni6 las puntas de sus mugrientos dedos como si rezara y sonrió, absorto. No dijo nada.

El doctor seguía andando. Su visera de celuloide veteado reflejaba la luz. Aquella visera era un elemento clave del atavío del doctor cuando estaba en su oficina. Ocultaba la expresión de sus ojos, y siempre se la ponía para dictar, dar instrucciones a su equipo y enfrentarse a entrevistas desagradables como aquélla. Mientras paseaba, se permitió a sí mismo soltar un suspiro apesadumbrado.

—Te has convertido en una espina que tengo clavada, George, y no lo comprendo. Te eduqué, te lo di todo...

La risa de George, áspera como el choque de una ola contra la proa de un carguero, le interrumpió.

—¿Qué me dio? ¿Cinco minutos de su tiempo? ¿Una palmadita en la espalda? ¿La excitante oportunidad de ser su criado gratis? —George se había animado, tenía los ojos congestionados, y subía y bajaba la cabeza como si fuera un pollo—. Mi vida es un montón de mierda, eso es todo. Un montón de mierda.

John Harvey Kellogg se volvió en aquel instante, con los labios contraídos bajo la sombra que caía sobre su rostro.

—¡Ingrato! —le dijo ahogadamente—. ¡Rufián mal hablado, carnívoro! ¿Cómo te atreves...?

Pero no pudo continuar. Era malo para su corazón, para sus nervios, para su digestión. George era el mayor error que había cometido en su vida, no le cabía duda. Y aunque le disgustara admitirlo, en el fondo de su corazón sabía que toda la culpa era suya. Y la arrogancia había sido la causa.

Trece años atrás, tras una conferencia en Chicago, había acudido a una cena vegetariana con los doctores Johannes Schloh, Mortimer Carpenter y Ben Childress, del Hospital Pediátrico del Buen Samaritano, y se habían enzarzado en una discusión sobre la educación infantil. Carpenter y sus colegas sostenían que todo dependía del origen familiar —«Una mala semilla dará una mala hierba al germinar, John, por decirlo de un modo claro y sencillo»—, pero el doctor Kellogg, con su creencia mesiánica en el perfeccionamiento de la raza humana, insistía en que no. Las circunstancias hacían al hombre, afirmaba, blandiendo enfáticamente un dedo, y cualquier niño marginado, del arroyo, cualquier pobre infortunado de los barrios bajos, aquellos barrios tan putrefactos como las cloacas que desembocaban detrás de ellos, se convertiría en un joven honrado y útil como el que más si le daban la oportunidad.

—Traedme el peor caso que podáis encontrar —les dijo—, el chico más miserable de todo Chicago, y yo le acogeré y le educaré como a mi propio hijo, igual que he educado a los demás, y os garantizo que lo convertiré en un ciudadano modelo. Estoy convencido de ello, amigos míos. Lo sé.

Bien, pues se equivocaba.

Encontraron a George —entonces conocido sólo como «el hijo de Hildah», pues carecía de nombre y apellidos— sentado junto al cadáver de su madre en una casucha sin calefacción de una mísera barriada del South Side. La policía no pudo determinar cuánto tiempo llevaba muerta la madre —el frío que reinaba en aquella pocilga la había conservado—, pero las marcas que presentaba en la garganta y las contusiones de su cara sugerían que su muerte no había sido natural. Nadie supo cuánto tiempo llevaba el chico sentado allí, ni qué horrores había presenciado. Tenía seis años, se protegía del frío con un pedazo de alfombra vieja y todavía no sabía hablar. A su

alrededor, esparcidos como huesos, estaban los restos de las velas que había masticado para vencer el hambre.

El doctor le acogió, le puso el nombre del tío de Ella y le dio su propio apellido. Había otros dieciocho niños en su casa en aquella época, incluyendo cuatro chicos mexicanos que el doctor había encontrado abandonados durante su viaje a Guadalajara y Ciudad de México, tres niñas que habían quedado huérfanas al morir su madre en el sanatorio y un chico mulato que habían encontrado vagando por las calles de Grand Rapids con quemaduras de segundo grado en el pecho, los muslos y las plantas de los pies. La casa del doctor, o la Residencia, como solían llamarla, se había construido un año antes, diseñada para albergar a una multitud. Había veinte habitaciones en total, incluyendo un ala aparte destinada al doctor Kellogg y a su mujer (por muy condescendiente que fuera, a veces necesitaba huir de la cacofonía de voces chillonas), un despacho, una biblioteca, varios cuartos de baño, una sala de estenografía (nunca sabía cuándo iba a sentir la necesidad de dictar un libro), un pequeño laboratorio y un gimnasio para los chicos.

Los niños dormían en distintas habitaciones, según su edad y sexo, eran atendidos y educados por enfermeras y personal del San, y se desarrollaban según todos los sencillos y puros principios de *la vie simple*, desde la gimnasia calisténica matinal al soufflé de remolacha, la sopa de quingombó y los ochenta y cinco gramos de pan de harina integral de maíz al horno por la noche. Tenían que trabajar, desde luego. John Harvey Kellogg creía firmemente en los principios gemelos de que el trabajo forma el carácter y de que nadie debe recibir nada sin ganárselo. Los más pequeños tenían asignadas tareas en la casa, el jardín y el huerto, mientras que los mayores eran animados a trabajar en el San al acabar las clases.

Y prosperaron. Todos ellos. Dos de los niños mexicanos —los chicos Rodríguez— se licenciaron en medicina, y media docena de las niñas se hicieron enfermeras. Hablaban bien, tenían sus habitaciones ordenadas y siempre ofrecían un aspecto presentable. El doctor estaba orgulloso de ellos. Eran su logro, su creación, como los copos de maíz y la manta eléctrica, y constituían un honor para Battle Creek, para el sanatorio y para el gran país democrático y progresista que les había criado. Es decir, todos, excepto George.

Desde el principio, George se había mostrado taciturno y misántropo; era la clase de niño que tan pronto se arrancaba la yema del dedo de un mordisco como esbozaba una cuarteada sonrisa. No quería —o no sabía— hablar. Arrancaba páginas de sus libros, ensuciaba su pupitre en la sala de clase, destrozaba el equipo del gimnasio y se peleaba sombría e incesantemente con los demás chicos. Pequeño, siempre sucio, pese a la atención que prestaba el doctor a la higiene personal, y con los ojos nublados de dolor e ira, era un pequeño tornado de desorden y pesar.

El doctor Kellogg decidió utilizar un método que, andando el tiempo, se conocería como modificación de la conducta. Empezó por el problema del desaliño de George. Cada día, el niño llegaba de la calle y dejaba caer la chaqueta en el suelo

del corredor trasero, mientras que todos los demás, incluso la pequeña Rebecca Biehn, de cuatro años, colgaban las suyas en los ganchos que tenían en las habitaciones. Era un detalle insignificante, pero el doctor intuía que allí estaba la base de todo lo demás.

Una tarde, cuando George entró en casa de vuelta de la escuela —había pasado un mes desde el día de su llegada—, John Harvey Kellogg le estaba esperando. No importaba que el doctor tuviera asuntos urgentes que atender en el sanatorio, no importaba que hubiera tenido que modificar su programa de operaciones, y posponer una reunión con sus colaboradores, y dejar sin contestar su abundante correspondencia: la educación del chico —la educación de *aquel* chico— estaba a punto de empezar. Dos enfermeras del San conducían a los niños más pequeños por el corredor trasero y escaleras arriba, hacia sus habitaciones, y los niños las seguían dócil y responsablemente. No había empujones, ni voces discordantes, ni saltos, ni correteos, ni trotes, ni carreras. Y no se quitaba ninguna chaqueta hasta que los niños estaban arriba y llegaban junto a los colgadores. Aquélla era la norma. George, como de costumbre, iba el último.

Si a los niños les sorprendió ver al doctor sentado en un banco en un rincón a una hora tan inusual del día, no lo demostraron. Algunos de los más pequeños —sobre todo Rebecca— le dedicaron una tímida mirada, pero sabían muy bien que no tenían que mostrarse demasiado expansivos en presencia de su patriarca y benefactor. Al doctor no le gustaba el ruido, y todos lo sabían.

George iba cabizbajo. Siempre iba cabizbajo, como si el suelo fuera más fascinante que el ancho mundo que le rodeaba, y aquello le molestaba al doctor, no sólo porque era un reflejo de la actitud del chico, sino porque constituía una postura inaceptable. Cabizbajo, George no vio a su padre adoptivo sentado en la penumbra, y, como de costumbre, de un modo tan despreocupado como si fuera un simio vestido en plena jungla, se despojó de la chaqueta y la dejó caer al suelo, a sus espaldas.

—George —le llamó el doctor en tono autoritario—. George Kellogg.

El chico tenía un pie en el primer escalón. Los otros niños, guiados por sus enfermeras, con las que el doctor Kellogg había hablado antes, subían las escaleras sin detenerse hacia sus habitaciones. George se detuvo, contempló durante un largo momento el pie que tenía levantado y luego, despacio, elevó la cabeza y levantó la mirada hacia el doctor.

—Eso es —dijo el doctor, intentando suavizar su tono. El chico entendía lo que le decían, después de todo, y, por otra parte, pensó el doctor, sólo Dios sabía las condiciones de miseria y depravación en que había vivido. El doctor atrajo al chico hacia sí con un ademán de las dos manos—. Ven aquí, George —le persuadió—. Vamos. No te voy a morder.

El chico volvió a mirar el suelo. Cabizbajo y arrastrando los pies, tan encogido como un perro azotado, a pesar de todo se acercó y pareció que entendía lo que le decían.

El doctor era poco expresivo físicamente, peculiaridad suya de la cual él mismo no era consciente. En el fondo, no veía ninguna necesidad de contacto físico entre los seres humanos, más allá del apretón de manos profesional o el leve beso del marido en la mejilla de la esposa, por supuesto. El contacto era inevitable, lo sabía, pero también era el medio a través del cual se propagaba la enfermedad. El caso fue que, cuando George cruzó la habitación y se quedó de pie frente a él, al doctor no se le ocurrió abrazarle y explicarle su transgresión. En lugar de ello, se levantó de su asiento, se frotó las manos un momento y posó los ojos en la coronilla de la cabecita del niño.

—George —empezó—. Me gustaría que me hablaras, que le hablaras a la señora Kellogg, a tus enfermeras y a tus hermanos y hermanas. Sé que entiendes el lenguaje hablado, y aprenderás a escribir, y sé que aprecias... o que llegarás a apreciar las normas de esta casa. —Pausa—. Ahora bien, te han dicho cientos de veces lo de tu chaqueta.

George no hizo ningún gesto de estar de acuerdo con aquella propuesta. Siguió allí, mirándose los pies, tan inmóvil e insensible hacia el resto del mundo como un poste.

—No voy a castigarte, George —continuó el doctor—. Sé que eres nuevo aquí, y también que has sufrido mucho, pero vas a tener que hacer un ejercicio, llamémosle así, un ejercicio que te servirá para recordar tus propios deberes y responsabilidades.

George seguía sin vida, mudo, desligado del mundo y sus corrientes de animación.

—Ven conmigo —dijo el doctor, y se puso los guantes antes de darle la mano al niño, decirle que recogiera la chaqueta y conducirlo escaleras arriba hasta el dormitorio para detenerse ante el gancho desnudo donde tenía que colgarla—. Y ahora, George —dijo—, quiero que pases las próximas veinticuatro horas, excepto las que has de dedicar a tu descanso de esta noche, por supuesto, y las comidas de mañana, realizando una sola tarea. Quiero que te pongas la chaqueta, salgas de la casa, vuelvas a entrar, atraveses el pasillo trasero y subas las escaleras hasta esta habitación. Luego, te quitas la chaqueta, la cuelgas del gancho, y empiezas el proceso otra vez. George, quiero que no hagas nada más que quitarte esta chaqueta, colgarla y volvértela a poner, que lo hagas mil veces. ¿Me has entendido?

El niño, cabizbajo, no dijo nada.

El doctor miró significativamente a Hannah Martin, una de las enfermeras de los niños, que había aparecido en el rellano.

—Hannah, usted se encargará de supervisar a George. Él entrará en la casa, cerrará la puerta, subirá las escaleras, se quitará la chaqueta y la colgará en el gancho, y continuará haciéndolo hasta la hora de dormir, y volverá a empezar el proceso mañana al levantarse. Y continuará con este ejercicio hasta mañana a esta misma hora. —El doctor consultó su reloj de bolsillo—. Las cuatro de la tarde. —Levantó la vista—. ¿Me ha entendido?

Hannah asintió.

Cuando el doctor llegó a la casa a la tarde siguiente para cenar, con cientos de cosas en la cabeza, se sorprendió al ver la figura encorvada y encogida de George arrastrando los pies por el pasillo trasero con la chaqueta puesta. Se detuvo a observarle mientras el niño subía despacio las escaleras, como si cada escalón fuera un obstáculo infranqueable, y le siguió cuando llegó arriba. Recorría el trecho de pasillo, se volvía hacia el dormitorio y, como un autómatas, se quitaba la chaqueta y la colgaba del gancho, la dejaba descansar allí un momento y luego volvía a ponérsela. Eran más de las siete de la tarde. Los otros niños ya habían cenado, y Hannah vigilaba a los más pequeños, que practicaban sus ejercicios nocturnos en el gimnasio, mientras que los mayores estaban ocupados con sus tareas y lecciones. Aparte del doctor y de George, el dormitorio estaba desierto.

Cuando el chico volvió a encogerse dentro de la chaqueta y se dispuso a volver sobre sus pasos, el doctor le habló:

—George —le dijo—, ya puedes parar. Sólo tenías que hacerlo hasta las cuatro. Creo que ya has aprendido la lección. Ahora cuelga la chaqueta y ve volando a hacer tus ejercicios junto con los otros niños.

Pero George no colgó la chaqueta. Ni tampoco salió volando. Se limitó a arrastrar los pies fuera de la habitación, siempre con la cabeza gacha, bajó las escaleras, salió por la puerta y volvió a entrar, para subir de nuevo las escaleras, quitarse la chaqueta y colgarla del gancho por un momento, antes de volvérsela a poner y repetir todo el proceso una vez más.

El doctor volvió a hablarle dos veces, pero George le ignoró. Para él, John Harvey Kellogg podía haber sido un agujero en la pared, una lámpara o un perchero, un fantasma envuelto en su invisible mortaja. Los pies del niño golpeaban los escalones, se arrastraban sobre la madera. Muy bien, pensó el doctor. Muy bien. Si quiere ponerse tozudo con esto, dejémoslo. Después de todo, el doctor tenía cosas mejores que hacer, como sentarse a cenar, por ejemplo, y luego volver al San para encargarse del trabajo que había dejado la tarde anterior. El niño se cansaría. Era inevitable.

Pero George no se cansó. Continuó igual, día tras día, noche tras noche. Nadie le vio comer ni dormir, y ninguna súplica, ninguna amonestación pudo apartarle de su obsesiva tarea. Atravesaba el umbral, subía las escaleras, cruzaba el pasillo hasta el gancho desnudo y volvía a empezar. La fricción de los pies del niño empezó a señalar un camino sobre la madera del suelo, los zapatos se le agrietaron, la chaqueta empezó a descoserse por los dobladillos. Pasó una semana. Dos. Nadie le había visto tomar alimento alguno, ir al baño, dormir. Desde la puerta, avanzaba escaleras arriba, recorría el tramo del pasillo hasta el gancho desnudo. El doctor se despertaba por la noche y a lo lejos, a través del espectral silencio de aquella inmensa y penumbrosa casa, oía el arrastrarse de los minúsculos pies: *tris, tras, tris, tras, tris, tras...* Le irritaba. Le enfurecía. Le quitaba el sueño. Finalmente, exasperado, cuando George ya llevaba dos semanas y media haciendo aquello y la casa entera estaba alborotada,

una noche el doctor apartó la colcha de la cama, salió intempestivamente de su cuarto, pasó ante el dormitorio de su mujer, bajó por las escaleras centrales y entró en el ala de los niños, al fondo de la casa.

El corredor estaba débilmente iluminado con la pálida luz de la luna, que se derramaba entrando por las ventanas. Se detuvo. Escuchó. Se oía los latidos del corazón en los oídos, pero nada más. Nada. Ni un sonido. Y luego, como la acometida de un cuchillo, le llegó el chirrido de la puerta sobre sus goznes, y ante él, arrastrándose interminablemente, apareció el fantasma de una figura diminuta, entregada a su compulsiva tarea: puerta adentro, escaleras arriba, y por el pasillo hasta el gancho desnudo.

—¡George! —vociferó el doctor—. ¡Maldita sea, George! He dicho que pares. ¡Para ya de una vez!

Sus palabras no surtieron ningún efecto. Se quedó en la trayectoria del niño, bloqueándole el camino, pero George no se inmutó. Sus diminutos pies se arrastraron dos pasos a un lado y dejó el obstáculo tras de sí. Al doctor se le ocurrió que si se quedaba allí toda la noche, si se quedaba de pie hasta que llegara la primavera y los árboles florecieran y anidaran los abejarucos, y mil abdómenes dejaran de experimentar los beneficiosos efectos de sus herramientas quirúrgicas y sus dedos curativos, George continuaría dando dos pasos a un lado para sortearlo, sin palabras, interminablemente, como si el doctor no fuera más que una estatua de piedra. Y fue aquel pensamiento, la idea de la ceguera, la estupidez y la tozuda ingratitud del chico, lo que le hizo perder los estribos.

Entonces tenía cuarenta y pocos años, y, pese a su baja estatura, se contaba entre los hombres más saludables y en mejor forma física. De un salto se situó en el rellano superior de la escalera, y allí cogió el cuerpo del niño en sus manos, sintió el contacto de la carne de George contra la suya y retorció sus flacos bracillos como si fueran toallas mojadas. Gruñendo por el esfuerzo, arrancó la chaqueta de los hombros del niño, la hizo jirones, y luego, bajo la pálida luz de la luna y en el silencioso y oscuro vestíbulo, abofeteó aquella obstinada carita hasta que la mano se le quedó en carne viva. Cuando acabó, cuando se hartó, le volvió la espalda al chico y se fue a la cama. Por primera vez en una semana, durmió, durmió a pierna suelta.

Por la mañana, George, con su nueva chaqueta, estaba en el colegio con los demás niños. Según Hannah, había dormido en su cama, que había hecho nada más despertarse, y luego se había bañado, se había lavado los dientes, había ido al lavabo y había ingerido sus comidas como se esperaba de él. No hubo más arrastrar de pies en el pasillo, ni se reprodujo el eterno susurro de aquellos pies diminutos en sus ajados y diminutos zapatos, ni la cabeza gacha y la expresión de reproche. El doctor Kellogg sintió una punzada de remordimiento cuando pensó en la violencia por la que se había dejado llevar. ¿Habría visto Hannah las señales en el niño? Pero se encogió de hombros. Era un hombre ocupado. ¿Ocupado? Era un malabarista con cien mazas de gimnasia en el aire al mismo tiempo. Así que se apresuró hacia el San para volver

a tomar las riendas del mundo.

El día fue muy movido, de los más agitados que recordaba. Tuvo un áspero encuentro con la hermana Ellen White y media docena de ancianas adventistas que aún controlaban el San; trabajó furiosamente en el laboratorio para conseguir que su fórmula de leche vegetal no delatara por su sabor lo que era en realidad: una mezcla de almendras y cacahuetes; visitó a sus pacientes; reparó la luz eléctrica de los lavabos del gimnasio de señoras (el cable estaba defectuoso), y dio su conferencia habitual de los lunes por la noche, con turno de preguntas, sobre el tema de la masturbación y la atrofia de los testículos. Cuando llegó a casa, era medianoche pasada y la mansión estaba silenciosa. Se sentía cansado pero animoso, pensando ya en el trabajo del día siguiente, en el potencial de los brotes de soja y las algas japonesas, en el dinamómetro universal, el neumógrafo, la silla ortopédica y el modo de aprovechar las ventanas para canalizar el aire saludable del invierno hacia los pacientes tapados y durmientes, eslabones todos ellos de una infinita y brillante cadena de inspiración que propulsaba su cerebro durante el día y la noche. Le pareció que se sentía bien por primera vez desde hacía semanas.

Al cruzar el pasillo trasero para coger una revista de la biblioteca —el último número de *Vegetationsbilder*, que quería hojear—, tropezó con algo que yacía al pie de la escalera, algo que se agarró como una mano a su zapato. Tardó un momento en descubrir qué era, inclinándose hacia el objeto como un paleontólogo para coger un hueso del barro, e incluso entonces sus dedos tuvieron que deducir de qué material se trataba.

Una chaqueta. Una chaqueta de niño.

Sí, y un buen día George habló por primera vez. Llevaba ocho meses viviendo con ellos, ocho meses comiéndose su comida, asistiendo a sus clases, llevando la ropa y durmiendo en el lecho que ellos le proporcionaban, y en todo aquel tiempo ni una sola palabra había surgido de sus labios. El doctor examinó al chico y llamó a sus colegas a consulta, pero éstos no descubrieron nada: el aparato vocal de George era tan normal como el de William Jennings Bryan<sup>[6]</sup>. El porqué de que se negara a hablar era un enigma para todos. El doctor lo achacó a tozudez, pura y simplemente.

Una noche, cuando estaba sentado al piano en uno de sus raros momentos de diversión, interpretando una versión bastante aceptable del popular tema *Después del baile* para la pequeña Rebecca, el doctor sintió una repentina punzada en los riñones. Sorprendido —nadie interrumpía a John Harvey Kellogg en sus momentos de asueto—, tensó los dedos sobre el teclado y volvió el torso mientras el último acorde flotaba suspendido en el aire. George estaba frente a él, agarrando con la mano un trozo de lápiz despuntado. El doctor lo miró asombrado, y George, aunque casi nunca levantaba la vista hacia su padre adoptivo, le devolvió la mirada. Al cabo de un momento, el doctor le preguntó si quería algo, esperando una torpe pantomima como respuesta. Pero George le sorprendió. Se aclaró la garganta y dejó que una tensa sonrisita le hendiera los labios.



—Sí, padre —le dijo, y su voz sonó impecable, fuerte y segura—. Sí, quiero algo. ¿No tiene una moneda para mí?

George. El hijo de Hildah. Deberían haberle dejado en la casucha donde lo habían encontrado, deberían haberle dejado morir de hambre y marchitarse hasta que la luz se borrara de sus ojos y las encías se hubieran separado de sus labios. Era un pensamiento terrible para un hombre dedicado a salvar vidas, pero no podía evitarlo. George sólo había significado problemas desde que el doctor había puesto los ojos en él por primera vez, y esta vez ya no era ni siquiera un níquel lo que le pedía.

—¿Cien dólares? —repitió el doctor.

Los ojos de George eran fríos. Dab tragó saliva ruidosamente al oír mencionar aquella suma de dinero.

—Eso es —gruñó George—. Cien dólares y desapareceré de su vista. —Hizo una pausa, y aquella venenosa sonrisita, la misma que había esbozado junto al banco del piano hacía tantos años, volvió a su rostro—. Me da la sensación, padre Kellogg, de que soy una vergüenza para usted. ¡No puede imaginarse cómo me duele! ¿No quiere que me quede a entretener a sus pacientes? Podría montarles un número inolvidable.

John Harvey Kellogg no era un hombre que regalara un dólar sin más ni más. De hecho, era bien conocido por su frugalidad, una de sus virtudes dominantes. Si había logrado convertir el San en una gran institución, había sido en gran parte porque había dispuesto de un personal que cobraba una miseria. En los primeros tiempos, su equipo estaba compuesto casi exclusivamente por voluntarios adventistas del séptimo día, y ahora que había vencido en la lucha por arrebatarse a la Iglesia adventista el control del centro, contaba con un personal casi igual de barato, formado por estudiantes de la universidad afiliada al sanatorio, quienes se veían obligados a trabajar en las cocinas, los baños y los gimnasios para poder matricularse. Y también explotaba a sus clientes. En verano, por ejemplo, prescribía a sus pacientes masculinos el saludable ejercicio de cortar leña, y de este modo se aseguraba un generoso suministro de combustible para las chimeneas del San en invierno. Paró de andar para volverse por segunda vez hacia George.

—Eso es chantaje —dijo.

George hizo una mueca. Se pasó una sucia mano por el pelo y el doctor tomó nota mentalmente de que debía hacer fumigar la alfombra y la butaca en cuanto se hubiera librado de él.

—¿Chantaje? Me ofende, padre, de verdad.

—Veinticinco dólares —dijo John Harvey Kellogg—, con la condición de que no vuelva a verte nunca.

—Cien dólares —repitió George—, y me lo pensaré.

—¿Te lo pensarás? —le espetó el doctor como respuesta, y ya se imaginaba durmiendo tan mal como en aquella noche sombría, tantos años atrás—. ¿Te lo pensarás? ¡Ja! Puedo echarte de aquí en un minuto.

George empezó a animarse. Dejó vagar los ojos por los retratos que decoraban las

paredes: Luther Burbank<sup>[7]</sup>, John Wesley<sup>[8]</sup>, Thomas Parr, alias «Viejo Parr», un inglés del que decían que había vivido hasta la inconmensurable edad de ciento cincuenta y dos años.

—Una gran fanfarronada, padre. Aunque no dudo que pueda cumplirla, con sus secuaces apostados en la puerta, pero le diré una cosa. Me he dado cuenta de lo mucho que me gusta Battle Creek. De verdad. Echaba de menos esta ciudad en mis vagabundeos.

—Cincuenta dólares. Es mi oferta final.

—He venido aquí a mejorar mi salud, padre, como todo el mundo. Intente imaginarme mejorando mi salud ahí fuera, en la calle, a la vista de todo el mundo, justo enfrente de su puerta. Imagíneselo.

Dominio de sí mismo. El doctor era un modelo de dominio de sí mismo, desde luego que lo era, así que cerró los puños y apretó las mandíbulas. No dejes que los demás adviertan tus emociones. Eso era algo que sabía hacer muy bien, y también sabía cuándo tenía que ceder; al final, ganaría, ganaría él, de eso estaba seguro. George, Charlie Post, Bernarr Macfadden, Ellen White y su turba de linchadoras adventistas: al final, se reiría de todos ellos. Permaneció erguido un momento, inmóvil sobre el borde de la alfombra, luego se soltó los puños de la camisa y se ajustó la visera.

—De acuerdo —dijo, con un suspiro que pareció arrancarle los pulmones—. Dab, saque cien dólares de la caja.

---

## 5. EL INTESTINO CIVILIZADO

Will Lightbody cayó en la silla de ruedas como si le hubieran propulsado desde gran altura; por ejemplo, desde un lugar situado a la izquierda de la araña del techo. De pronto, sus rodillas habían perdido la elasticidad, las pantorrillas se le habían reblandecido, y allí estaba, en la silla de ruedas, mirando al techo como un torpe octogenario con manchas de huevo en el regazo. El doctor —el doctor Kellogg, el jefe, el grande y famoso galeno, el de los botines blancos y la nivea perilla—, había desaparecido, había atravesado corriendo el vestíbulo hasta borrarse en la distancia como un pedacito de papel levantado por el viento. Había sido bastante cordial —Will no podía criticarle en eso—, pero parecía nervioso, agotado, muy distinto de la sólida e inamovible roca que él se había imaginado.

No es que le importara. Ya no. No después de aquel examen breve pero aterrador. El gran hombre le había metido los dedos en la boca, aunque era tan bajo —otra sorpresa— que había tenido que ponerse de puntillas, y Will había visto la expresión de alarma en sus ojos. Era una expresión que había calado hasta lo más hondo de su ser, una expresión que prefiguraba el ataúd y las coronas, y de pronto Will se había sentido más enfermo y débil que nunca en su vida. Se había sentido podrido. Mareado. Condenado. Y su estómago... —allí estaba, tan palpable como las manos que tenía ante la cara—, su estómago estaba contraído como si le hubiera llegado una vaharada de la tumba.

—Es uno de los casos de autointoxicación más serios que he visto en mi vida —había asegurado el doctor.

Las palabras dieron en el blanco. Will se tambaleó, literalmente, y luego le acercaron la silla de ruedas y perdió todo control consciente de sus músculos, de un modo tan definitivo como si se hubiera bebido una jarra de Old Crow de un trago. Estaba aterrado. El corazón le aporreaba el pecho como un martillo. Le pareció que el techo caía sobre su cabeza y luego retrocedía de nuevo.

—¡Eleanor! —exclamó una voz, y aquel sonido, animoso y fresco, liso como una oleada de agua sobre las piedras pulidas y azuladas de un arroyo, sacó a Will de su abstracción. Se le tensaron los músculos de la nuca, los nervios y los tendones empezaron a trabajar, y de pronto, el techo ya era un recuerdo y estaba mirando los ojos aniñados, la barbilla hendida y los brillantes dientes desnudos del doctor Linniman—. Ha adelgazado —le regañó el doctor Linniman, que tomó la mano enguantada de Eleanor y la hizo girar como si fuera una bailarina.

Eleanor le llamó Frank. No «doctor», ni siquiera «doctor Linniman». Frank a secas.

—Sí, Frank, ya lo sé, ya lo sé, pero es casi imposible comer científicamente en Peterskill, Nueva York —por la forma en que pronunció el nombre de su pueblo natal, parecía que hablara de un grupo de chozas en el Congo—, y aunque la cocinera es un encanto, todavía no les ha cogido el tranquillo a las recetas del doctor y de la señora Kellogg. —Eleanor estaba resplandeciente, con las mejillas coloreadas, y sus ojos refulgían a la luz de la araña. Hizo un leve mohín, encogió un hombro y agachó la cabeza casi imperceptiblemente para poner en movimiento el pájaro artificial que llevaba en el sombrero—. Le diré una cosa, Frank —jadeó—, es maravilloso estar aquí otra vez.

En aquel momento, el miedo a su propia muerte que sentía Will fue sustituido por otra emoción, más comúnmente asociada a los jóvenes y vigorosos: los celos. Después de todo, aquélla era su esposa, la mujer que amaba, la mujer que había dado a luz a su trágica hija, la mujer cuyos pechos había sostenido en sus manos y cuyas curvas y lugares más íntimos conocía como nadie, por lo menos antes... Sí, y allí estaba, adulando a aquel individuo, a aquel *médico* de la bata blanca almidonada y la sonrisa radiante. ¡Por Dios, si tenía mucho más aspecto de jugador de béisbol que de médico! Parecía un *catcher* pendenciero de puños como porras o un corpulento primera base. Will se aclaró la garganta.

—Will Lightbody —dijo, o intentó decir, pero, por desgracia, sólo logró emitir un graznido incoherente.

—¡Oh! —boqueó Eleanor llevándose una mano al pecho, y en aquel momento el grupito que se había reunido en torno a Will (su mujer, el botones, el enfermero que tenía detrás y el doctor Linniman) pareció converger, como si el mundo y el universo entero dependieran de aquel pequeño boqueo—. Perdónenme —continuó Eleanor—. Frank, doctor Linniman, le presento a mi marido. —Y añadió, en un susurro apremiante—: Está muy enfermo.

De pronto, el serio rostro de Frank Linniman flotó por encima del de Will, y su enorme mano curadora sacudió la inerte, arrugada y huesuda diestra de Will como si fuera la palanca de la bomba de un pozo.

—No tema —dijo el facultativo, versado en las trivialidades habituales—. Ha venido al lugar indicado. Dentro de nada le veremos escalando montañas.

Luego, la mano se retiró, se dieron las órdenes pertinentes, el equipaje desapareció (y con él, Eleanor) y Will se vio propulsado a través del vestíbulo por un enfermero tan fuerte, digno y lleno de benevolente optimismo como el propio Frank Linniman. Las ruedas se movían sin ruido, sin esfuerzo, y los rostros de los pacientes que iban a ser sus compañeros —un grupo tan alegre y robusto como nunca había visto— flotaban hacia atrás, vagamente curiosos. Para ellos, Will era un enfermo más en silla de ruedas.

Pero lo que no sabían, lo que Will hubiera querido gritarles, era que nunca se había sentado antes en una silla de ruedas. Las sillas de ruedas eran para los veteranos de la guerra de Secesión, los amputados, los inválidos, los impedidos, los deformes.

Eran para los viejos marchitos y los ancianos pensionistas con un pie en la tumba. Pensó en Philo Strang, el hombre más viejo de Peterskill, una ajada reliquia que había perdido las dos piernas en Sharpville a los cuarenta y dos años y desde entonces había tomado el sol a la puerta del estanco de su hijo, en su rústica silla de ruedas casera, con los ojos extraviados, medio sordo, mechones de pelo amarillo brotándole de las orejas y la nariz, y un colgajo de flema prendido en la barba. Bueno, ahora tenían algo en común el viejo Philo Strang y él, aunque Will contaba apenas treinta y dos años, y un año antes había sido tan enérgico como el hombre que ahora le empujaba.

Enérgico. Él había sido enérgico, eso era lo que hubiera querido decirles.

Pero ¿qué importaba? Ahora iba en silla de ruedas. Ahora era un inútil. Precocemente senil. Consumido, marginado, colgado a secar como un trapo. Deslizándose a través del vestíbulo por entre el zumbido de la conversación y las risas ahogadas que gorjeaban a su alrededor como si estuvieran en un acto social, un cotillón o un suntuoso baile, Will sintió una honda caverna de autocompasión abriéndose en su interior: seguramente era el hombre más enfermo que existía.

Las plateadas ruedas se detuvieron en la puerta del ascensor y Will se sintió balancear suavemente mientras el enfermero hacía girar con destreza la silla para hacerla entrar de espaldas. La sensación era extrañamente familiar, una impresión de ligereza y de fácil suspensión que no le resultó desagradable, y Will se dio cuenta de que había pasado de ser un anciano a convertirse en un niño en un instante, del viejo Philo Strang con la flema en la barba a un bebé en su cochecito.

—Buenas tardes, señor —dijo el ascensorista, sonriéndole con cara de misionero—. Parece cansado —añadió, chasqueando la lengua—. ¿Qué piso, Ralph? —le preguntó al enfermero.

La voz del enfermero habló desde detrás de Will, como si fuera un ventrílocuo:

—Quinto.

—¡Oh! —murmuró el ascensorista, guiñando un ojo—. Está muy bien, le gustará, señor. Es la planta más aireada y tiene una vista preciosa. —Se detuvo, suspiró y tendió la mano para cerrar la puerta de rejilla—. El viaje en tren —comentó, sacudiendo la cabeza—. El pobre hombre parece agotado, Ralph.

En aquel momento, cuando ya iba a cerrar la puerta, una enfermera se unió a ellos. Will estaba atemorizado, al borde del delirio, y al principio ni siquiera advirtió su presencia, pero mientras se elevaban, desafiando la gravedad, ella se volvió hacia él con una sonrisa intensamente evangélica. Pese a todo su agotamiento y desesperación, pese a todo su dolor y su ruina, Will no pudo evitar sentir la fuerza de aquella sonrisa. Levantó la vista.

—¿El señor Lightbody? —inquirió ella.

Will asintió.

—Soy la enfermera Graves —dijo, y su voz era un leve soplo de aliento, como si no estuviera acostumbrada a hablar por encima del susurro—. Bienvenido a nuestra

universidad de la salud. Seré su enfermera personal durante su estancia, y voy a hacer todo cuanto pueda para que le resulte agradable y fisiológicamente sana. —Mantuvo la sonrisa, perfecta, confiada, tranquilizadora. Aquélla era la sonrisa que la primera mujer de las cavernas había utilizado con el primer hombre de las cavernas, una maravilla de sonrisa, una novedad y una invención. ¿Quién había pensado siquiera en sonreír antes de que aquella enfermera llegara al mundo?—. Pero debe de estar cansado —dijo ella, y la sonrisa se redujo levemente para subrayar la preocupación y la simpatía de sus palabras.

Will quería contestar afirmativamente. Quería que le desvistieran y le metieran en la cama como el niño antediluviano en que se había convertido, quería el alivio de las curas de licor y narcóticos, quería caer muerto allí mismo y acabar con todo. *Sí*, iba a decir, *sí, cansado hasta el tuétano*, pero el ascensorista le interrumpió.

—Es el viaje en tren, Irene —le dijo, ahogando otro suspiro—. Es una tortura como las de la Inquisición, lo digo en serio.

—Bueno —dijo ella en su tono bajo y susurrante—. No tengo ninguna duda, aunque yo nunca he ido más allá de Detroit. —Y enderezó la cabeza, alerta, mientras la cuarta planta pasaba hacia abajo al otro lado de la reja. Seguía erguida como un monumento, como un anuncio de la vida biológica, respirando limpia y profundamente, con la barbilla alta y la columna tan erecta que hubiera podido utilizarse para tirar una plomada. Y su uniforme era un campo blanco sin mácula, desde el dobladillo de su falda hasta la cofia colocada sobre la masa de pelo sujeto en alto, y contorneaba perfecta y naturalmente la forma de su cuerpo, libre de los corsés y tirantes que tanto denostaba su jefe. A pesar de su confusión, Will no pudo dejar de admirar la perfección de aquel uniforme. Y desde el ventajoso punto de mira de la silla de ruedas, detrás y por debajo de ella, adivinaba las paletillas de sus hombros cuadrados, y el pelo de su nuca recogido en alto y las delicadas y minúsculas conchas de sus orejas. Se concentró en aquellas orejas. En aquel momento, le parecieron las cosas más preciosas que nunca había visto. Pequeñas joyas. Pequeñas orejitas de mono. Deseó besarlas.

—Para el señor Lightbody casi ha llegado el final del día —añadió ella, volviendo el torso para dirigirle aquella radiante sonrisa—, y estamos aquí para recibirle, reconfortarle y ponerle bien otra vez.

Will no se atrevía a mirar, aunque tampoco eso le ayudaba. Algo le estaba ocurriendo, un tirón entre las piernas, un ardor que no había sentido desde hacía meses. Enfermo como estaba, reducido a un montón de huesos y de nervios desencajados, miró aquella sonrisa, observó aquellas orejas y más, mucho más —aquel trasero, aquellos tobillos, el perfil del pecho—, y de pronto vio a la enfermera Graves extendida en su cama en toda la gloria de su cuerpo desnudo y flexible, y él, Will Lightbody, montándola como un sátiro de ancas peludas. Pechos, pensó. Vagina. ¿Qué le estaba pasando?

—No he dormido desde hace veintidós días —graznó.

La enfermera Graves sostuvo la mirada. Era joven, muy joven. En realidad, no era más que una niña.

—Esta noche dormiré —le dijo—. Para eso estoy aquí.

El ascensorista anunció la quinta planta, la puerta de reja se abrió y, al cabo de un momento, Will ya estaba atravesando un iluminado pasillo, con la enfermera Graves a su lado y Ralph ocupándose de la locomoción. Había casi una multitud en el corredor, considerando que eran las diez y media de una noche de lunes, en noviembre. Enfermeras, enfermeros y botones corriendo de aquí para allá, hombres y mujeres vestidos de noche con aire de volver del teatro, pacientes elegantemente vestidos hablando en tono bajo a las puertas de sus habitaciones. *Magnífico*, le dijo una mujer vestida de largo y con turbante a otra, *simplemente magnífico*. De no haber sido por el resplandor blanco de los uniformes del personal, Will hubiera pensado que se hallaba en el Plaza o el Waldorf.

Y entonces sucedió algo extraño. Cuando la enfermera Graves abrió la puerta de su habitación y Ralph hizo girar la silla para entrar, Will tuvo la curiosa sensación de que alguien le observaba. Casi desprovisto de movimientos volitivos, dejó reposar la cabeza sobre el respaldo de cuero de la silla y levantó la mirada para ver a una mujer joven, que le observaba con curiosidad desde una puerta abierta al otro lado del pasillo. Era alta, llamativa, bien formada, y de nuevo afluyeron a su mente pensamientos salaces... pero aquel flujo cesó tan súbitamente como había empezado: la mujer padecía alguna enfermedad. Una enfermedad terrible. Su piel tenía el color verdoso de la levadura. Y sus labios... eran mortecinos, negruzcos, como dos berenjenas atadas bajo la nariz en una broma morbosa. Enferma. Estaba enferma. Aquello no era ningún hotel. Intentó esbozar una especie de sonrisa, triste y conmisericordiosa, pero ella le dirigió una mirada inexpresiva y cerró la puerta.

—Es aquí —dijo la enfermera Graves cuando entraron en la habitación—. ¿Verdad que es alegre?

Will echó un vistazo: alfombra oriental, cortinajes, recia cama de caoba con armario a juego, cuarto de baño... Intentó responder, intentó mostrarse interesado, pero se sentía enfermo hasta los tuétanos.

—Pechos —dijo—. Vagina.

La sonrisa de la enfermera Graves parpadeó fugazmente, como una bombilla de cien vatios entre la conexión y la desconexión.

—¿Cómo dice?

La voz de Ralph sonó llena de entusiasmo:

—Dice que es muy bonita. Pero no intente hablar, señor Lightbody. En su estado, vale más que no hable.

La enfermera Graves —Irene, ¿no la había llamado Irene el ascensorista?— le indicó a Ralph que levantara a Will de la silla y le echara en la cama. Will no protestó. Ralph extendió un brazo bajo las rodillas de Will, le rodeó los hombros con el otro y le levantó de la silla sin apenas un gruñido de esfuerzo para depositarlo en la

cama. Will se encontró sentado mientras dos pares de manos le quitaban la chaqueta, la corbata, la camisa y el cuello, y luego los zapatos, los calcetines y los pantalones, hasta que se quedó sentado frente a ellos cubierto tan sólo por su ropa interior. Ya había llegado demasiado lejos para preocuparse por el pudor. Ninguna mujer, excepto su madre y Eleanor; le había visto nunca en calzoncillos. Y ningún hombre, por otra parte. Pero allí estaban Ralph (no sabía su apellido), y la enfermera Graves, viéndole en ropa interior como si fuera lo más natural del mundo. Perversamente, la entropierna empezó a agitarse de nuevo. Se hundió en la cama y cerró los ojos.

Oyó el tintineo de una bandeja, el susurro de las ruedas de la silla. La enfermera Graves —Irene— iba a hacerle dormir. Le deseó suerte. Se la deseó de verdad. Hacía veintidós días que no dormía, que apenas había comido ni descargado el intestino, lo cual tampoco era de extrañar. Era a causa de Eleanor, por supuesto. En cuanto le anunció que se iban al San, los dos, para una estancia indefinida, Will había empezado a yacer insomne durante noches eternas, y el estómago le bullía de miedo. ¿Miedo de qué? No lo sabía. El sanatorio era un club del que le habían excluido, un club que le había quitado a su mujer, a su hija y a su estómago, y que le acechaba como una pesadilla durante las horas más oscuras de la noche. Añoraba el olvido que le proporcionaba la cura de licor Sears' White Star, aquellos sueños opiáceos de contornos rojos y rosáceos que se abrían a la nada. *Si lo tomaba*, dormiría, claro que dormiría. Pero había luchado contra esa necesidad, había luchado contra ella como un hombre al borde de su extinción, pues ése era exactamente su estado. Y, por tanto, no había dormido. En absoluto. Ni un instante. Cada vez que cerraba los ojos, era absorbido por su esófago y conducido a su propio estómago, donde se alojaba como una pelota de comida sin digerir; chuletas, patatas fritas, vasos de whisky y ostras con rostro humano brincaban y retozaban a su alrededor mientras él se revolvía en sus propios jugos. Le deseaba suerte a la enfermera Graves, pero ¿cómo podría lograr lo que Sears, Eleanor y el Old Crow eran incapaces de conseguir?

Se oyó correr el agua en el baño, y de nuevo sintió las manos de Ralph en su cuerpo, desabrochándole los calzoncillos.

—Aquí. Ahora —murmuró Ralph—, levante el brazo.

Will abrió los ojos. La enfermera Graves, de espaldas, parecía ocupada con una bandeja de instrumentos.

—La pierna derecha, eso es, ahora la izquierda —le indicaba Ralph, quitándole la ropa por los tobillos y los pies, y, de pronto, Will estuvo desnudo, totalmente desnudo, en presencia de extraños. La agitación de su entropierna murió en el acto. Se sintió mortificado. ¿Y si se volvía la enfermera? ¿Qué pasaría?

Ralph, con su bata blanca, sus manos seguras y su mandíbula cuadrada, desplegó un pedazo de ropa, una prenda de tela blanca del tamaño de una servilleta sujeta a la cintura por una estrecha cinta elástica. En realidad, era un simple pañal. Will cogió la prenda de la mano tendida de Ralph, deslizó los pies por los agujeros y se la subió rápidamente por encima de los muslos.



—¿Todo listo? —gorjeó la enfermera Graves volviéndose hacia ellos en aquel preciso instante, como si fuera clarividente. Will la miró, rendido y desvalido—. Bien —resopló, frotándose las manos—. Dentro de nada se dormiré como un niño. Ralph, ¿acompañarás al señor Lightbody al cuarto de baño?

Will le dirigió una mirada sorprendida.

—Baño neutral y lavado de colon —dijo ella, con voz ligera como el aire.

—¿Lavado de colon?

Will apenas pudo balbucear las palabras mientras se ponía en pie tambaleándose. Ralph le asió y le ayudó en sus laboriosos pasos por el suelo.

—Un enema —dijo la enfermera Graves—. Parafina caliente, jabón y agua tibia. Todavía no le han examinado a fondo, mañana le harán una serie de pruebas, pero el jefe y el doctor Linniman han diagnosticado que sufre usted de autointoxicación, entre otras cosas. Mire, señor Lightbody, ha ido envenenando su propio sistema. Es algo muy corriente entre la gente que come carne.

Habían llegado al cuarto de baño, y Will se inclinó sobre el borde del retrete vestido con su blanquísimo pañal. Ralph asintió y se dirigió a la puerta.

—¡Pero si no como carne, ya no! —protestó Will—. Mi mujer no me deja. En los últimos seis meses sólo he comido bizcochos integrales, chirivías y tostadas con tomate.

La enfermera Graves le estaba observando de cerca. El aparato —una gran pera de caucho terminada en una especie de jeringa— era acunado por sus brazos como un objeto sagrado.

—Eso es admirable, señor Lightbody, es un buen comienzo. Pero debe comprender que todos esos años de abusos han dañado seriamente su sistema. No soy médico, y sé que aún no le han examinado a conciencia, pero si usted es como los miles de pacientes que han llegado aquí desde todas las partes del mundo, diría que sus intestinos están totalmente infestados de enfermedades y de gérmenes, gérmenes nocivos.

En aquel cuarto de baño la temperatura era de veintidós grados, la temperatura que el doctor Kellogg mantenía en todo el sanatorio, invierno y verano. Veintidós grados, pero Will sintió escalofríos.

—¿Nocivos?

Ella le había puesto en la espalda una mano caliente como una pepita de oro contra su piel desnuda.

—Ahora inclínese hacia adelante, señor Lightbody, eso es, un poco más, así. —Will notó que ella hurgaba en el interior del pañal, lo sintió resbalar por sus caderas—. Sí —jadeó ella, animosa—, hay tantas clases de bacterias... la gente no se da cuenta... aunque muchas de ellas son naturales y forman parte indispensable del organismo humano, especialmente en el aparato digestivo. —Hizo una pausa, hurgando, hurgando—. Tenemos que erradicar las malignas para que las benéficas puedan... prosperar...

Sus manos. El cálido bulbo del aparato. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pasando?

—Eleanor —balbuceó—. Mi esposa. ¿Dónde está Eleanor?

—Silencio —susurró Irene—. Se encuentra bien. Está en la segunda planta, habitación doscientos doce, y sin duda le están aplicando el mismo tratamiento... para aliviar su sistema, para relajarla.

Will estaba atónito.

—Entonces ¿no estará aquí, conmigo?

La voz de la enfermera le acarició la oreja, tranquilizante, suave, integrándose en él como la voz secreta que hablaba en su cabeza.

—¡Oh, no! El jefe coloca a las parejas por separado en el sanatorio. Por razones terapéuticas, por supuesto. Nuestros pacientes necesitan calma, descanso, y cualquier tipo de estímulo sexual sería fatal.

*Estímulo sexual.* ¿Por qué aquellas palabras le sonaban de pronto tan trascendentales?

—Relájese —susurró ella, y de pronto Will sintió la sorpresa del líquido caliente fluyendo por sus interioridades como si se hubiera desbordado una presa, como si todos los ríos tropicales del mundo fluyeran repentinamente a través de su cuerpo, irrigándole, inundándole, limpiando, agitándose en sus más hondos rincones y cavidades en una tumultuosa y catártica oleada. Fue el momento más intenso y mortificante de su vida.

Aquella noche durmió como un niño.

Por la mañana, tras su enema matinal, un baño de asiento semicupial y un masaje de fricción en seco administrado por una enfermera de aspecto viril, que era tan mecánica como tierna había sido Irene, Will avanzó cansinamente por su propio pie por el corredor y cogió el ascensor hacia el comedor para desayunar. Cuando su segunda enfermera —la enfermera Bloethal— apareció con el aparato colónico, Will protestó. Ya había sido bastante enojoso que la guapa y delicada enfermera Graves le administrara el tratamiento, pero aquella mujer... bueno, le parecía imposible.

—Si ya me pusieron uno anoche —dijo, con un ligero matiz nasal en la voz, mientras adoptaba una posición defensiva en el lecho y se ajustaba tímidamente el batín de algodón. La enfermera Bloethal, fortachona, con brazos como jamones, jamones como sacos de grano, con la cara cuadrada y una sonrisa llena de dientes torcidos, estalló en una carcajada.

—Perdone que se lo diga, señor Lightbody, pero aún tiene usted mucho que aprender.

Se refería, como Will descubrió más tarde, a la obsesión del jefe con la limpieza interna y externa. El doctor Kellogg, pulcro hijo de un fabricante de escobas, no sólo creía en la dieta voluminosa y rica en fibra para animar a los intestinos a

autoaliviarse, sino que era un estricto defensor de un régimen a base de cinco enemas diarios. Había recibido la inspiración para aquel tratamiento unos años antes, durante un viaje al África. Allí tuvo la oportunidad de estudiar a un grupo de monos que vivían en un montón de rocas blanquecinas y árboles marchitos, en un oasis a las afueras de Orán. El doctor los observó durante una semana, a veces durante dieciséis horas al día, esperando sacar de aquellos gregarios y frugívoros primates algunas conclusiones aplicables a la dieta homínida. Lo que descubrió —tan obvio, en realidad, y que sin embargo hasta entonces había pasado inadvertido— era que los simios descargaban sus intestinos de forma casi continua. Prácticamente cada bocado que ingerían iba acompañado de una evacuación complementaria.

Simple. Natural. Como tenía que ser. Ningún miembro de aquella tribu sufría de estreñimiento, autointoxicación, obesidad, neurosis, hipoclorhidria<sup>[9]</sup> o histeria. Pero el hombre, sí. Porque el hombre había civilizado sus intestinos, los había educado, adaptado. En su vida diaria, el hombre no podía ir eliminando sus desechos a su antojo. La sociedad, simplemente, no podía funcionar así, y la suciedad que aquello habría causado... Bueno, pensó el doctor, valía más no pensar en eso. En cualquier caso, gracias a su observación de los monos de Orán, el doctor Kellogg hizo uno de sus mayores descubrimientos: la necesidad, la urgencia, el imperativo, de asistir mecánicamente al intestino para compensar el daño provocado por la civilización. De ahí los cinco enemas diarios, como mínimo. Y de ahí Will en el cuarto de baño y la enfermera Bloethal con el ya familiar aparato.

Will fue recibido en el comedor por una maternal mujercita de grandes pechos y ojillos hundidos, tan azules que parecían artificiales. Llevaba una decorosa cofia blanca prendida sobre una explosión de pelo de color rubio ceniciento.

—¿Señor...? —preguntó, con la sonrisa del sanatorio de Battle Creek congelada en los rasgos de su cara.

Desgarbado, tímido, dolido por su reciente encuentro en el lavabo y sintiendo bullir las profundidades de sus tripas, Will le dirigió una lacónica mirada.

—Lightbody —le dijo con su voz sorda y resonante. Algunos comensales de la vasta estancia que se abría ante él levantaron la vista de sus platos.

—Sí, claro —dijo la mujer—. Le tengo aquí, en mi lista: Lightbody, William Fitzroy. —Hizo una pausa para dirigirle una mirada rápida esperando confirmación. Will asintió—. Dice aquí que, hasta que le hayan examinado por completo, le prescribamos una dieta baja en proteínas, laxante y atóxica. Pero ¡ay!, perdóneme —dijo, tendiéndole la mano—. Soy la señora Stover, la directora dietética. Supervisaré su dieta durante su estancia entre nosotros, bajo la dirección de su médico, naturalmente. Y ahora, si mira un momento por el comedor, verá una serie de chicas con cofia blanca, como la mía. ¿Las ve? Ahí, ahí tiene una, Marcella Johnson, es una de mis subordinadas. Si necesita ayuda o consejo para elegir sus platos científicamente, háganos una señal a cualquiera de nosotras, por favor.

Will le estrechó la mano, la soltó y le dijo que así lo haría. Hizo además de

avanzar, pero la señora Stover permaneció clavada en la puerta, bloqueando el camino de Will hacia los comestibles, mientras otros pacientes pasaban junto a ella y eran acomodados en la majestuosa y quietamente bulliciosa estancia. A Will no le importaba mucho comer —no recordaba la última vez que había sentido apetito ni que lo que había comido no hubiera incendiado su aparato digestivo—, pero tampoco tenía interés alguno en quedarse allí de pie toda la mañana como un idiota mientras varios cientos de comensales le observaban subrepticamente.

—¿Sí? —le preguntó—. ¿Alguna cosa más?

—Sólo una. —La señora Stover avivó su sonrisa todavía más. Demasiada alegría, pensó Will amargamente. Total, ¿para qué? Todos iban hacia sus tumbas, pese a tanta alimentación científica—. ¿Dónde le gustaría sentarse? Intentamos acomodar a nuestros huéspedes según sus gustos, aunque no todo el mundo tiene la oportunidad de sentarse junto a un Horace Fletcher o un almirante Nieblock, desde luego.

Will se encogió de hombros.

—Con mi esposa, claro.

La sonrisa de la señora Stover se contrajo hasta convertirse en una leve rendija entre sus labios secos y vagamente reprobadores. Parecía dolida, ofendida.

—¡Oh, no! —canturreó—. ¿Está seguro de que eso le gustaría? ¿No cree que sería mejor mezclarse con otras personas, conocer a algunos de los huéspedes, sus compañeros?

Will creía que no.

La señora Stover parecía abatida. Habló con rapidez, deteniéndose apenas para tomar aliento.

—Haré lo que pueda para la cena, pero me temo... bueno, la verdad es que ya he acomodado a Eleanor, la señora Lightbody... una mujer encantadora, tiene usted mucha suerte..., y su mesa, la número sesenta, está completa, por el momento. ¿No le gustaría sentarse con alguna otra persona?

—¿Tengo elección?

La señora Stove examinó el suelo un momento antes de contestar, y cuando lo hizo, su sonrisa parpadeó y su voz pareció vacilar.

—No —dijo—. Francamente, no.

La camarera, una robusta joven que le recordó a la enfermera Graves por el color del pelo y la forma de las orejas, le condujo por el interior de la inmensa habitación ornada de palmeras, con sus claraboyas y sus columnatas gemelas. Will intentó mantenerse erguido, consciente del escrutinio de los otros pacientes, pero se sintió inestable y débil, y sus hombros le parecieron exageradamente afectados por el peso de la gravedad. Vio una masa de cabezas inclinadas, cien manchas calvas, bigotes, barbas, los postizos y crepados de los peinados monumentales de las mujeres, el fulgor de la vajilla de plata y el sereno pero constante movimiento de la hueste de camareras con sus uniformes oscuros y sus delantales blancos. Un murmullo de conversación gorjeaba en torno a él: risas, réplicas, comentarios superficiales de

política y economía... Distinguió el nombre de Teddy Roosevelt al pasar junto a una mesa ocupada por seis caballeros bigotudos, ninguno de los cuales parecía en peligro inminente de inanición. De hecho, advirtió que todas las mesas estaban puestas para seis: sin duda, el jefe había dispuesto que se trataba del número óptimo para la comida fisiológica y social, por no mencionar la digestión superior. Una frase acudió a la mente de Will —«el peristaltismo óptimo»—, y sonrió sin poderlo evitar.

Alargó el cuello en busca de Eleanor, pero no se la veía por ninguna parte en aquel mar de cabezas científicamente comedoras, y cuando la camarera se detuvo de pronto en una mesa del rincón más alejado, Will no estaba todo lo atento que hubiera debido. Por un momento, perdió el control de sus pies, que eran estrechos pero muy largos, y bruscamente se abalanzó hacia adelante con un espasmódico y desgarrado movimiento justo cuando la camarera echaba hacia atrás una silla para él. *¡Qué vergüenza!*, pensó. *¡Oh, qué vergüenza!*, pero en el último momento pudo estirar un brazo para agarrarse al rígido respaldo de la silla y consiguió asirla, rodearla, ladear las caderas y caer pesadamente en el asiento, aunque no sin despellejarse las dos tibias y golpearse la rótula con un inesperado y agudo sonido que resonó en la estancia como un disparo.

—¿Se encuentra bien, señor?

La camarera parecía impresionada.

¿Bien? ¿Estaba bien? La descarga inmediata de dolor en la tibia y en la rótula no era nada comparada con el infierno que le rabiaba en las tripas. Hubiera querido aullar a la luna como un lobo, arañarse, ponerse a cuatro patas y arrancarse las entrañas como un perro envenenado. ¿Bien? ¿Había estado alguna vez bien? Nunca.

Con lágrimas de angustia en los ojos, miró los rostros sorprendidos sentados en torno a la mesa que había ante él, y se encontró mirando los ojos verde pálido y los altos y verdosos pómulos de la chica que había visto la noche anterior en el vestíbulo. Verla allí le aturdió, y bajó la vista hacia sus manos, en las que la camarera, con mil disculpas, insertó una carta.

—Estamos un poco nerviosos hoy, ¿verdad? —dijo una voz en su oído. La voz pertenecía a un inglés, de unos sesenta años, con una incipiente calva y dientes de caballo. Estaba sentado a la derecha de Will—. Está impaciente, ¿eh? Conozco la sensación. Esta vida simple estimula el apetito, no hay ninguna duda.

Will se mostró de acuerdo sinceramente, con los ojos fijos en la carta.

—Endymion Hart-Jones —anunció la voz inglesa tras una pausa; al principio, Will pensó que le recomendaba un plato, pero no, se estaba presentando.

Will se había criado en una familia distinguida y había asistido a los mejores colegios. Sabía comportarse en sociedad. De hecho, normalmente era gregario, extrovertido, pero decir que en aquellos momentos estaba de mal humor sería un eufemismo. Cruzó la mirada con el británico.

—Will Lightbody —le dijo con su voz cavernosa.

El caballero inglés le presentó a los demás, y Will le dedicó una inclinación de

cabeza a cada uno. La gruesa señora sentada a la izquierda de Will era la señora Tindermarsh, de Indianápolis; junto a ella se sentaba un hombre pequeñajo de barbita puntiaguda y cabeza bulbosa, un tal profesor Stepanovich, de la Academia de Ciencias Astronómicas de San Petersburgo, Rusia; al otro extremo de la mesa, la señorita Muntz, la chica verdosa, de Poughkeepsie, Nueva York; y junto a ella, Homer Praetz, un industrial de Cleveland.

—El bistec de nuez Lisboa con salsa de gluten con nata es absolutamente divino —le sugirió la señora Tindermarsh sin un ápice de ironía.

Como respuesta a su sugerencia, Will sólo pudo parpadear. Notaba la presencia de la camarera —¿o era una de las dietistas de la señora Stover?— aleteando tras su codo mientras intentaba descifrar el menú:

#### DESAYUNO

Martes, 12 de noviembre de 1907

	<b>Proteínas</b>	<b>Grasas</b>	<b>Hidratos de carbono</b>	<b>Gramos</b>	<b>Ración</b>
<i>Sopas</i>					
Tapioca de judías	2,17	0,4	8,9	125	1/2
Sopas escaldadas	0,54	0,2	5,24	125	1/4
Crema de guisantes	7,1	5,2	8,6	125	1
<i>Entrantes</i>					
Bistec de nuez Lisboa	22,89	34,47	16,8	60	1 1/4
Pastelillos de Protose	18,6	21,85	9,15	60	1
Nuttolene con gelatina	12	22	26	75	1 1/2
<i>Verduras</i>					
Pulpa de maíz	3,7	2,9	23,2	75	3/4
Tomates asados	1,4	0,5	4,7	75	1/4
Apio con nata	1,9	11,9	4,6	125	3/4
<i>Panes</i>					
Bollo de salvado (2)	21	31	73	30	1 1/4
Pan integral (1)	10	4	61	30	3/4
Bollo de Granose (2)	7	1	42	30	3/4
Bollo de arroz (2)	8,5	0,9	96,6	30	1
<i>Frutas</i>					
Peras estofadas	0,7	1,1	23,3	125	1
Rodajas de plátano con batido de Meltose	2,6	2	106,3	125	1 1/2
Buñuelos de ciruela	3,4	10,5	24	90	1 1/4
<i>Cereales</i>					
Gachas de gluten	3,2	0,3	14,68	180	1
Sémola de maíz integral	2,1	0,3	14,9	180	1
Granuto	19,1	5	91,8	50	2
Copos de maíz	10,8	1,4	91,3	25	3/4
Copos de Granose	13,4	1	83,8	25	3/4
<i>Bebidas</i>					

Té de sorgo	1	1	8	125	1/10
Sanitas Koko	13	89	23	180	2 1/4
Cumis	3,3	5,6	6,3	180	3/4
Nueces malteadas calientes	36	96	68	50	2
Leche	23	67	35	200	1 1/4
<i>Postres</i>					
Pastel de calabaza	4,27	22,7	36,5	165	3 1/2
Bizcocho borracho indio	3,64	9,4	23,3	90	1

—¿Le apetecerá un entrante, señor Lightbody?

Will miró los amplios y honrados rostros de la camarera y la dietista, jóvenes rollizas que irradiaban salud, sensatez y el secreto conocimiento de la dieta y la salud que su jefe e ídolo les había revelado.

—Me llamo Evangeline —dijo la más alta de las dos—, y seré su consejera dietética durante su estancia entre nosotros. Y ella —dijo, indicando a la segunda chica— es Hortense. Será su camarera. Y ahora, ¿puedo explicarle la carta, señor? —Se aclaró la garganta—. Espero que se haya fijado en los números impresos junto a cada plato...

Will agarró la carta como si fuera una cuerda suspendida sobre un pozo lleno de cocodrilos. Sus compañeros guardaban silencio, absortos en sus propias deliberaciones: aquello no era el mero acto de comer, sin más ni más, aquello era algo científico.

—Bien —continuó Evangeline—, esos números, una vez sumados, nos darán el total de calorías consumidas. Simplemente, sume las cifras de la primera, la segunda y la tercera columnas y coloque los resultados al pie de las columnas respectivas. Indique cada plato ingerido, firme el menú y dáselo a su médico, tras cada comida, cada día. Es bastante sencillo, ¿no?

—Sí —concedió Will, mientras sus ojos saltaban de la dietista a la señorita Muntz y los demás—. Sí, supongo que sí.

—Muy bien. Entonces —dijo Evangeline en tono vivaz— le repetiré la pregunta: ¿le apetece un entrante? El Nuttolene con gelatina o los pastelillos de Protose serían muy terapéuticos para una persona en su estado.

Will se pasó una mano por el pelo. Su estómago empezaba a dar señales de vida, como un viejo adversario arrinconado pero no dispuesto a abandonar sin más pelea.

—Ah, bueno... —Will no encontraba las palabras—, pues... creo que tomaré sólo una tostada. Y agua. Un vaso de agua.

—¿Una tostada? —corearon las chicas, con una expresión incrédula en la cara.

—Pero seguro que... —empezó la más alta, y titubeó un momento—. Podemos traerle la tostada, señor, si usted quiere, pero le recomiendo que pruebe la pulpa de maíz, la crema de guisantes y los buñuelos de ciruela, para empezar. Comprendo que no se sienta preparado para digerir una comida abundante, pero le aconsejo que coma generosamente y que limpie su sistema de sus venenos.

En este punto, intervino el caballero inglés:

—Exacto, amigo, limpie su sistema. Así también renovará la flora, seguro —y aquí, inexplicablemente, toda la mesa estalló en risas—, y nunca es demasiado pronto para echarles una mano a esas pequeñas defensas nuestras.

Will se ruborizó. ¿De qué demonios hablaba aquel tipo? ¿Y la carta? También era un sinsentido. Nuttolene, pastelillos de Protose, batido de Meltose, gluten y todo el resto... igual que aquellas recetas de Eleanor, que eran lo más alejado de la comida que nunca se había llevado a la boca. Tensó la mandíbula. Fijó los ojos en la camarera.

—Tostada —repitió con tono firme—. Sin acompañamiento. Y nada más, gracias.

Súbitamente dóciles, las chicas se alejaron de él. Cuando se volvió de nuevo hacia la mesa, se encontró mirando los asombrados ojos amarillos de la señorita Muntz, hasta que ella se volvió bruscamente hacia el bulboso ruso y empezó a hablar del tiempo. Hacía un frío terrible para aquella época del año, ¿verdad? El inglés se había quedado repentinamente absorto en los gemelos de su camisa, y la señora Tindermarsh miraba el paisaje que se extendía tras los ventanales. Homer Praetz, advirtió, masticaba un pedacito de algo que parecía vagamente orgánico. Fue entonces, en aquel momento de relativa calma, cuando Will pensó en Eleanor. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había venido a su mesa a darle los buenos días? ¿Era aquél el método de Kellogg, abrir una brecha entre marido y mujer? ¿Segregados? Bueno, que se condenaran si estaba dispuesto a comerse su tostada sin ella.

Se estaba levantando de la mesa cuando la camarera reapareció con su tostada y una copa de cumis para la señora Tindermarsh. De mala gana, Will volvió a hundirse en su silla, sin dejar de atisbar por encima del hombro en busca de Eleanor. No se la veía por ninguna parte. Pero había otras mujeres, cientos de ellas, de todas las edades desde los quince hasta los ochenta, y todas vestidas a la última moda (con las modificaciones impuestas por el jefe, evidentemente), y disfrutando de una saludable, efervescente y sociable comida. Su charla era electrizante, penetrante, como el zumbido de un campo de insectos haraganeando en el corazón de la tarde. Will inclinó la cabeza y levantó morosamente la tostada hacia su boca.

En cuanto mordió un pedacito, su estómago empezó a murmurar, y no sólo a murmurar, sino a gruñir y expectorar como un animal enjaulado al que pincharan con un palo.

—¡Venga, muchacho! —exclamó el inglés, ofreciendo a la mesa una exhibición de sus dientes de caballo. La señorita Muntz se llevó una hermosa mano verde a la boca y se rió entre dientes. Will le dedicó una sonrisa enfermiza y mordisqueó la tostada.

Cuando transportaba una segunda brizna de pan tostado a su boca, con el estómago murmurando como el Vesubio y la saburrosa lengua hinchándosele en la garganta, sintió una presión en el hombro, y al volverse vio una cara enorme, semejante a un perspicaz globo, que pendía sobre él igual que un farolillo chino. La



cara pertenecía a un hombre rubicundo de pelo blanco hecho a imagen y semejanza del jefe, es decir, robusto, bajito y con tendencia a expandirse por el centro. Aquel hombre tenía la mano en el hombro de Will. Su expresión de sagacidad se convirtió casi inmediatamente en consternación y empezó a emitir un húmedo chasquido.

—¡No, no, no! —dijo, blandiendo enfáticamente un dedo—. Lo ha hecho muy mal.

Will estaba confuso. ¿Conocía a aquel hombre? Estudió aquellos relucientes ojos azules, las firmes quijadas, el pelo descolorido que danzaba alrededor de su cabezota, semejante a una gran calabaza... Pensándolo bien, le era vagamente familiar...

—Mastique —dijo el hombre, y lo convirtió en una orden—. ¡Mastique! —exclamó con voz que parecía elevarse serpenteando—. ¡Mastique! ¡Fletcherice!

Y apartó la mano del hombro de Will para señalar la pancarta de tres metros que pendía de pared a pared justo bajo la arcada que se abría en el extremo más lejano de la estancia. La pancarta, en gruesas letras negras de un metro de altura, se hacía eco de la exhortación del rollizo hombrecillo:

¡FLETCHERICE!

La comprensión empezó a iluminar la mente de Will. Aquel hombre era, ni más ni menos, el propio Horace B. Fletcher, erguido junto a él en toda su gloria mandibular. Will lo conocía. Claro que lo conocía. ¿Había algún hombre, mujer o niño en los Estados Unidos que no lo conociera? Fletcher era el genio naturópata que había revelado al mundo el principio más fundamental de la buena salud, la dieta y la digestión: la masticación. La masticación a conciencia. Fletcher mantenía (y el doctor Kellogg coincidía con él de todo corazón) que lo más próximo a una panacea contra las enfermedades gástricas y los trastornos de la nutrición era la digestión total de la comida en la boca. Y no se contentaba meramente con masticar cada mordisco de comida una vez con cada una de las treinta y dos piezas dentales de la boca humana, aunque admitía que era un buen principio. No, uno tenía que masticar cada pedacito cincuenta, sesenta o incluso setenta veces, hasta que se disolviera en la boca, se abriera la «puerta de la comida» y el bocado desapareciera. Con un estruendo de aclamación, la comunidad alimentaria entera había celebrado aquel simple pero trascendental descubrimiento. Y, de pronto, allí estaba aquella prestigiosa figura, aquel héroe de la cavidad oral, aquel hombre eminente, erguido ante Will en medio de aquel comedor abarrotado de celebridades, y le iniciaba en los intrínquilis de la masticación de un bocado de tostada. Will no pudo dejar de sentirse impresionado.

Masticó lenta y concienzudamente, masticó como nunca había masticado, mientras Horace B. Fletcher, con tono fluido y magistral, contaba los golpes que daban sus mandíbulas detrás de él: «Diez, once, doce, eso es, trece, catorce, sí, muy bien». E incluso, a pesar de lo profundo de su concentración, Will sintió el tacto de los fuertes y cuadrados dedos del Gran Masticador que hacían suavemente presa en

su cerviz y forzaban su cabeza hacia abajo, hacia la posición correctamente fletcherista. Will masticó y masticó. Al llegar a veinte, sintió un agudo dolor en uno de sus molares inferiores, al fondo; al llegar a veinticinco, tenía la lengua entumecida; a los treinta, la tostada era una pasta; a los treinta y cinco, era agua; a los cuarenta, empezó a dolerle la mandíbula, y la tostada ya era saliva. Y luego, milagrosamente, había desaparecido.

Toda la mesa observó la operación en silencio. Cuando se acabó, y Will levantó cautelosamente la cabeza, el Gran Masticador le dio una congratuladora palmada en la espalda, le guiñó un ojo azul intenso y se alejó con aire satisfecho. Will vio que la señora Tindermarsh le sonreía radiante; todos ellos, la mesa entera, le sonreían. Por un momento, pensó que iban a prorrumpir en aplausos. No podía comprender por qué el simple acto de triturar un pedacito de tostada con los dientes podía producirles tamaña emoción, pero aun así se sintió complacido, y sonrió tímidamente mientras se inclinaba para repetir su actuación.

Pero no fue así. Porque en aquel preciso instante una voz se destacó durante unos segundos del murmullo general —una voz que Will conocía como la suya propia—, y se volvió en su silla como electrizado. *Eleanor*. Inmediatamente se puso en pie y echó la silla hacia atrás mientras escudriñaba a la multitud en su busca. Volvió a oír aquella voz, ahora elevándose hasta un tono agudo para después arrastrarse en la risita musical que ya había empezado a añorar. *Eleanor*. Las cabezas de los comensales se hundían y se levantaban, las camareras servían, las consejeras dietéticas aconsejaban. Súbitamente, Will sintió terror, terror y náuseas.

—¡Eleanor! —gritó como un ternero herido—. ¡Eleanor!

La vio en aquel momento, levantándose sorprendida de una mesa situada a menos de diez metros, con la seda oscura de su pelo recogida en lo alto de la cabeza y sus vivaces ojos verdes mirándole con una expresión de horror y admonición. *Aquí no*, le avisaba aquella expresión. *Ahora no*. Vio las caras de sus compañeros de desayuno fijadas en él, unos compañeros distinguidos, brillantes, sin ninguna duda. Y ¿quién estaba junto a ella, con la servilleta quirúrgicamente doblada en su regazo? ¿Quién era el del pelo de lino y la quijada diamantina? ¿Quién era el de la dentadura perfecta y las sutiles manos curadoras?

*Aquí no. Ahora no.*

A Will no le importaba. Ya se abría camino hacia ella, con el puño que sentía dentro del estómago golpeándole como si quisiera salir de su cuerpo. Él no quería estar allí, no quería estar en Battle Creek, no quería estar en un lugar donde perdía a su mujer y había gente que se consideraba con autoridad para decirle cómo masticar su tostada. No sabía lo que se hacía, pero habían pasado diez horas desde que la vio por última vez, diez horas, simplemente eso, y se sentía invadido por intensos sentimientos de añoranza y pena.

—¡Eleanor! —gritó.

Todos le observaban, todos los ungidos, mimados y fletcherizados, pero de pronto

dejó de importarle. Tropezó con una silla ocupada por un hombre grueso e inamovible, rebotó en él y sintió que las piernas le flaqueaban. Aun así, siguió avanzando tambaleándose, sin pensar en nada, ansiando únicamente abrazarla, decirles a todos que era suya, allí, en medio de la inmensa habitación.

Eleanor estaba de pie, apoyada en la mesa, y ya no parecía sorprendida, ni siquiera enfadada. No: parecía avergonzada, eso era todo.

---

## 6. LA PEQUEÑA CIUDAD MÁS GRANDE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Charlie Ossining llegaba con un poco de retraso.

No era que el tren le hubiera retrasado; el tren llegó puntual, rodó por la estación de la calle Mayor de Battle Creek a la hora en punto, con los frenos chirriando y el vapor elevándose en penachos; la pequeña ciudad estaba iluminada como un adorno navideño por las ventanas empañadas a causa de las ricas exhalaciones de los viajeros, los agentes inmobiliarios y los magnates de los alimentos para el desayuno. Inclinandose a mirar por la ventanilla, Charlie sintió que el estómago se le contraía de excitación, y le volvió un fugaz sabor de la cena —bocadillo de lengua y pepinillos— al fondo de la garganta. Así que aquello era Battle Creek. El filón. Miró el gran cartel colgado por las fuerzas vivas de la localidad, que se mecía agitado por el viento, y le pareció que se dirigía directamente a él. Él no iba simplemente a recobrar la salud, sino a prosperar, estaba seguro de ello, al igual que estaba seguro de que los 3849 dólares de la señora Hookstratten —reducidos a 3846,55 después de las propinas al mozo y al camarero y las bebidas y bocadillos en el bar del tren— no eran más que la primera pepita de oro de la montaña que estaba destinado a conquistar. Aquélla era su oportunidad y aquél era el lugar. Battle Creek, la pequeña ciudad más grande de los Estados Unidos, el bol de cereales del mundo, la ciudad de la comida.

—A la hora en punto —oyó que murmuraba un hombre con sombrero hongo y gabardina, y al cabo de un momento desembarcaba en el excitante frío de la estrellada noche del Medio Oeste.

El andén era un hervidero de hombres de negocios, gente deseosa de recobrar la salud, buhoneros, cocheros, mozos de cuerda, vendedores de periódicos, limpiabotas, chicos que no parecían tener ningún objetivo definido, y todos parecían querer ir en la misma dirección y al mismo tiempo. Charlie se quedó de pie, desconcertado, en medio de la multitud, estrechando su maletín de falsa piel de cocodrilo contra el pecho mientras con un ojo vigilaba al negro que le llevaba el baúl y con el otro buscaba a Bender.

—¡Cyrus! —gritó una mujer junto a él—. ¡Eh, Cyrus! ¡Aquí!

Charlie observó cómo los pasajeros anónimos encontraban las animadas caras y los brazos tendidos de los que habían ido a esperarles a pesar del frío, y se sintió más inseguro que nunca, preocupado por su baúl y por el importe de la propina que tendría que darle al mozo de cuerda y por el lugar donde pasaría la noche. No pudo evitar una punzada de dolor cuando el hombre del bombín pasó apresurado junto a él y se precipitó en los brazos de una pulcra mujercita que llevaba sombrero y manguito

mientras un niño de unos seis años se agarraba a sus piernas gritando: «¡Papá! ¡Papá!» ¿Dónde estaba Bender? Todas sus expectativas parecieron aguarse en aquel momento, y de pronto sintió nostalgia de la cálida comodidad del vagón bar.

Fue entonces cuando vio a la señora Lightbody. Bajaba del vagón más cercano como un miembro de la realeza, electrizante en sus pieles, y el revisor revoloteaba en torno a su enguantada mano como si ella acabara de descender de las nubes. Tras ella, con la cabeza flotando en el vacío como un globo con su cuerda, iba el patán de su marido, seguido muy de cerca por un trío de mozos de cuerda que transportaban una carga de bolsas, maletines, cajas de sombreros y baúles, todos de la misma piel y con el mismo monograma. *Hay un pequeño número de acciones a disposición de los inversores interesados en colocar bien su capital*, pensó Charlie, que miraba directamente a los intensos ojos de Eleanor Lightbody. Sonrió y se quitó el sombrero a modo de saludo. Ella se lo devolvió con una leve inclinación de la barbilla y otra sonrisa, y luego su esposo pasó bamboleándose entre ellos como un ciego, como un cadáver ambulante, los mozos de cuerda le siguieron, y todos se alejaron. Charlie contempló cómo el grupito seguía su camino a través de la multitud que se dispersaba, cruzaba la sala de espera y salía a la calle, donde un automóvil se acercó al bordillo para recibirlos.

—¡Eh, señor! —Charlie sintió un tirón de la manga y al volverse vio a uno de los chicos que no parecían tener nada que hacer, el cual le miraba expectante bajo el ala de un sombrero de ala ancha y copa baja. De unos catorce años, tenía los ojos adormilados y era un tanto grueso, y su sobretodo y sus botas de goma le daban el aspecto de un anciano, del anciano que algún día llegaría a ser. Un grupo de sus compañeros —unos siete u ocho— se mantenía a unos pasos de distancia, observando la escena con interés.

Bender, pensó Charlie. Debía de haberle mandado Bender.

—¡Ah, hola! —murmuró, inclinándose hacia él—. ¿Viene de parte del señor Bender?

Algo se despertó y tembló fugazmente en las profundidades de los estúpidos ojos del chico. Frotó la punta de una bota contra la otra y dejó escapar un sibilante jadeo que envolvió su rostro en una nube blanca.

—Pues no lo sé —dijo—. Yo... bueno, quería saber si le interesaría una oportunidad de invertir, la posibilidad de ser accionista del alimento para el desayuno más nuevo que hay en Battle Creek, pagando sólo cincuenta centavos por acción. Le estoy hablando, señor —y entonces sacó un prospecto impreso del interior de los pliegues de su abrigo y bajó la voz como si revelara un secreto celosamente guardado—, de Push.

Charlie no sabía cómo reaccionar. ¿Hablaba el chaval en serio? ¿O era simplemente una broma que los chicos del pueblo les gastaban a los confiados viajeros? ¿Era lo que él mismo hubiera podido hacer unos años atrás?

—¿Push? —repitió, distraído en aquel momento por el chirrido de los frenos del

tren, que avanzó unos centímetros y volvió a detenerse. ¿Dónde estaba aquel maldito mozo?

—Sí, señor, eso es: *Push*. El producto para el desayuno más innovador de Battle Creek, y por sólo cincuenta centavos la...

—¡Ah, no, no le haga caso! —Ahora tenía un segundo chico a su lado, más alto, más delgado, con la cara salpicada de pecas y las orejas de soplillo—. Lo que le conviene es Grano-Fruto. Sólo por noventa centavos puede ser accionista de uno de los alimentos para el desayuno preferidos del país...

Pero le interrumpió otro, que ensalzaba el Vita-Malta y blandía un prospecto ante el rostro de Charlie, mientras un cuarto chaval gritaba: «¡Veinticinco centavos la acción, veinticinco centavos la acción!», y todo el grupo le rodeaba esperanzado.

Charlie llegaba tarde, y justamente empezaba a intuirlo. Ya sabía que allí había un montón de empresas que producían cereales —Post había ganado su primer millón en 1901, y también estaban los Kellogg, por supuesto—, pero aquello era ridículo. Por primera vez, mientras los chicos pregonaban las marcas con sus voces roncadas y jadeantes y blandían sus ofertas en el aire, empezó a dudar de Bender. La incertidumbre debió de reflejarse en el rostro, porque los chicos redoblaron sus esfuerzos, y se le echaban encima de tal modo que empezó a temer por su cartera, su maletín, la tela de su abrigo.

—¡Largaos! —les espetó—. ¡Venga! ¡Largo!

Los chicos se alejaron de él revoloteando como hojas secas, pero pronto se reagruparon y volvieron a la carga con renovado brío, pregonando sus mercancías en tono agudo. «¡Pep! ¡Push! ¡Vim!» Impaciente, irritado, trémulo, Charlie dejó el maletín en el suelo e hizo una pausa para encender un cigarrillo. Pero allí estaba el negro con su baúl, de pie al otro extremo del andén, mostrando una actitud tan despreocupada como si estuviera acurrucándose junto a la estufa de la sala de espera para dormir la siesta.

—¡Oiga! —gritó Charlie, agitando un brazo por encima de su cabeza—. ¡Aquí!

No hubo respuesta. ¡Así se reventara! Aquel hombre parecía sordo, tonto y ciego.

—¡Oiga, mozo! —exclamó, pero de pronto se sintió cansado, muy cansado. Cansado de viajar, cansado de preocuparse por los 3846,55 dólares de la señora Hookstratten, cansado de los mozos perezosos y los camareros incompetentes, cansado incluso, ya, de Battle Creek. Sintió que el agotamiento se filtraba en sus miembros como el grisú en una mina de carbón, mientras levantaba cansinamente el maletín y avanzaba por el andén, esperando que el cansancio le hiciera estallar y le convirtiera en mil añicos inertes y sin voluntad.

No había dado ni media docena de pasos cuando sintió que una mano se le posaba en el brazo.

La mano pertenecía a un hombre de su edad —veinticuatro años, veinticinco quizá— y ejercía sobre él una presión que al mismo tiempo que resultaba insinuante le pedía disculpas.

—Perdone, amigo —dijo el hombre—. ¿Tiene una cerilla?

Charlie la tenía, y dejó el maletín en el suelo, atisbando a través del humo de su cigarrillo, para sacar la caja. Mientras sostenía la llama junto a la punta recién cortada del cigarro del desconocido, no pudo evitar fijarse en su ropa: un traje de lana entallado y a la última moda, de cuadros grises y marrones, un peludo abrigo, una camisa de rayas blancas y rosas idéntica a la que llevaba Charlie, un elegante sombrero gris de ala ancha que lucía en su cabeza con tanta gracia como si hubiera nacido con él puesto. Charlie estaba sorprendido. Llegaba a aquella región del interior, lejos de toda urbe, y el primer hombre con que se topaba parecía uno de aquellos petimetres que iban al teatro en Broadway o al parque de atracciones de Coney Island. Nunca habría imaginado que los del Oeste vistieran tan bien. Esperaba encontrar patanes, aldeanos, vaqueros.

El hombre irradiaba satisfacción.

—¡Gracias! —le dijo—. ¡Muchísimas gracias! —Y le tendió la mano—. Harry Delahoussaye —dijo—. Encantado de conocerle.

Charlie le estrechó la mano y se presentó, y levantó la mirada justo en el momento en que el mozo bostezaba y consultaba su reloj de bolsillo.

—Lo siento —dijo Charlie—. Tengo que...

—Ah, no se preocupe —respondió Delahoussaye—. Ya lo comprendo. Negocios, negocios, negocios, ¿verdad?

Sí, eso era: *negocios*. Charlie estaba allí por negocios. Negocios importantes. Se sintió halagado, se sintió importante, se sintió presidente del consejo de administración de la Per-Fo Company. ¿Debería darle una tarjeta a aquel hombre?

—Se nota por la manera como va vestido y por su actitud —dijo Delahoussaye—. Recién llegado de la ciudad, ¿verdad? ¿De Filadelfia? ¿Chicago? ¿Nueva York?

—De Nueva York —susurró Charlie, y las palabras fueron como un bálsamo en sus labios, calmantes, protectoras, unas palabras que confirmaban su estrecho lazo con aquella gran ciudad, con su riqueza y su elegante encanto.

—Lo sabía. Lo sabía. —Y entonces, antes de que Charlie pudiera darse cuenta, Delahoussaye le había agarrado del brazo otra vez—. Mire, un hombre como usted, un hombre de negocios, no deja escapar las oportunidades que se cruzan en su camino, ¿verdad?

Una ráfaga de viento recorrió el extremo del andén y arrojó un puñado de cenizas al rostro de Charlie. La luz se hizo en su mente: aquello era una encerrona, una encerrona más. El descubrimiento le entristeció, le devastó, fue como una estaca que se clavara en el corazón de la ya encogida pelota de optimismo que todavía llevaba en su interior.

—Charlie, le estoy hablando de *Push*, el alimento para el desayuno que es la última novedad en Battle Creek, y sólo por un dólar veinticinco centavos la acción. Pero un hombre como usted querrá un paquete de acciones, estoy seguro, y yo puedo arreglárselo sin problemas. ¿Cuánto le interesaría invertir? Saldría beneficiado,

créame.

Sin una palabra, Charlie se inclinó a coger su maletín y avanzó por el andén.

—¡Eh! —exclamó Delahoussaye a sus espaldas—. ¡Puedo conseguirle Vita-Malta a setenta y cinco...!

Charlie despidió al mozo secamente. Le dio unos centavos de propina y él mismo arrastró el baúl por la sala de espera hasta la fría calle iluminada por las farolas de gas. Para entonces, la multitud se había dispersado, y Charlie estaba solo en la acera. Incluso los pocos coches de punto habían desaparecido calle arriba. Pasaba por allí un tranvía interurbano, pero Charlie no tenía ni idea de adónde debía dirigirse. Bender se alojaba en el Post Tavern Hotel, aquello era lo único que sabía. Estaba a punto de preguntarle la dirección a un viejo de ojos lacrimosos y barba manchada de tabaco, cuando, por tercera vez desde que bajó del tren, notó un tirón en la manga.

Era demasiado. Demasiado. ¿Por quién le habían tomado? ¿Por un palurdo? ¿Un retrasado? ¿Un ciego? Se volvió irritado, al tiempo que se soltaba el brazo, y vio a un nuevo muchacho.

—¡Largo! —le dijo con una voz que se le ahogaba en la garganta por la rabia acumulada.

El chico se mantuvo firme. Llevaba pantalón corto y los labios le temblaban de frío. Dos regueros de mocos le colgaban de la nariz.

—¿Usted es Charlie Ossining? —preguntó en un hilo de voz.

Charlie asintió cansinamente. Dejó escapar un suspiro de resignación. Así que aquél era el emisario de Bender, aquélla era su bienvenida, aquélla su entrada triunfal en la pequeña ciudad más grande de los Estados Unidos.

—El señor Bender me ha dicho que le acompañe —graznó el chico, que alargó un pequeño grupo de nudillos para coger el maletín de la mano de Charlie.

Aliviado —por lo menos Bender no le había olvidado—, Charlie se suavizó y le tendió el maletín, pero luego echó una rápida ojeada a la calle y, al no ver coche ni carruaje alguno, la ira volvió a hervir en su interior.

—Oye, ¿quién llevará mi baúl?

El chico se miró los zapatos. Su voz sonó como un susurro lejano que llegara del otro extremo de la calle.

—No creo que yo pueda con él, señor.

Recorrieron a pie veinte manzanas bajo un viento aullante, el chico encorvado y sorbiendo, y Charlie bamboleándose como un borracho bajo el peso de su baúl. Había logrado levantarlo hasta la inestable plataforma de su inclinada espalda, y lo mantenía en posición utilizando su rabadilla como tope y agarrando las asas por encima de los hombros con dos manos entumecidas que se asían como garras. Apenas llevaban una manzana y media cuando empezó a notar que el marco reforzado con metal del baúl presionaba a través del abrigo, la chaqueta y la camisa hasta hincarse con dolorosa



precisión en su columna vertebral y sus caderas.

—¿Adónde me llevas, chico, al polo norte? —jadeó.

El chico arrastraba los pies, cabizbajo, y la base del maletín de piel de cocodrilo de imitación se paseaba por la costra de hielo endurecida que cubría los listones de madera de la acera.

—No está lejos —dijo con su triste hilo de voz, que dejaba jirones de su aliento humeando tras él.

¿No estaba lejos? Diez manzanas después todavía seguían andando penosamente, y cada nervio del cuerpo de Charlie parecía haber tomado vida a causa de los torturantes dolores procedentes de sus miembros que le recorrían la columna arriba y abajo como fuegos de San Telmo. Los pies se le habían muerto, eran bloques de hielo, piedras, desechos glaciales, su nariz era sólo un recuerdo, sus dedos parecían haberse convertido para siempre en garfios. Las luces de la ciudad quedaban tras ellos, las aceras habían dejado paso a surcos de barro helado, y las casas eran cada vez más escasas.

—¡Maldita sea! —murmuró, dejando caer el baúl al suelo con un impacto frío y distante y luchando por enderezar su espalda, lo que parecía una empresa imposible—. ¡Tú, chico! —rugió en la noche—. ¿Adónde demonios me llevas?

El chico parecía una mula que tirara de una noria, hierático, insensible; sus piernas como palillos se movían automáticamente dentro de sus raídos calcetines y sus deshilachados pantalones cortos. Volvió la cabeza con desgana y redujo la marcha, pero sin detenerse del todo.

—Sólo unas calles más —pió—. Allí delante. ¿Ve aquellas luces?

Había una distancia de varias manzanas y la calle que se extendía ante ellos estaba oscura a ambos lados, pero se veía un intenso y penetrante resplandor de luz eléctrica frente a ellos, como si estuvieran llegando a otra población. ¿Habrían andado todo el camino hasta Ypsilanti? Eso parecía.

—¿Qué es eso? —preguntó Charlie, levantándose el cuello del abrigo para cubrirse la garganta.

Esta vez el chico se detuvo, a unos diez pasos delante de él.

—Es la Ciudad Blanca.

¡La Ciudad Blanca! Incluso Charlie, un recién llegado, había oído hablar de la Ciudad Blanca, y hasta había soñado con ella. Aquél era el hogar de Postum y Grape-Nuts, el eje del emporio de C. W. Post, una fábrica y una comunidad residencial tan prístinas y esclarecidas que habían tomado su nombre de la gloriosa Ciudad Blanca<sup>[10]</sup> que había alojado la Exposición Colombina Universal celebrada en Chicago en 1893. Durante un largo momento, aunque le dolía cada fibra del cuerpo y el hiperbóreo viento soplaba implacable contra él, Charlie se quedó inmóvil, impresionado por aquel distante y eléctrico fulgor. Aquello era una inspiración, y hacía que las insignificantes molestias de su viaje parecieran nimiedades. ¿Había alguna persona emprendedora en los Estados Unidos que no conociera la historia del

ascenso de C. W. Post desde la precaria salud y la pobreza hasta convertirse en uno de los grandes industriales? Aquel hombre había llegado a Battle Creek hecho una ruina, casi incapaz de andar, y había trabajado en las cocinas del sanatorio para pagarse el tratamiento mientras su mujer cosía tirantes a destajo en una buhardilla sin calefacción. Sí: *y seis años después, era millonario.*

—Venga, señor —relinchó el chico—. Me estoy helando.

—Sí, claro —dijo Charlie, distraído—. Pero creía que el Post Tavern estaba en el pueblo. ¿Está aquí, en las afueras? ¿Junto a la fábrica?

El chico ya había vuelto a ponerse en camino.

—No vamos al Post Tavern —dijo por encima del hombro—. El señor Bender me ha dicho que le llevara a la pensión de la señora Eyvindsdottir.

—¿Adónde?

La casa de huéspedes de la señora Eyvindsdottir era visible desde la propia Ciudad Blanca, y era limpia, espartana y deprimente. Charlie y el chico se quedaron de pie, temblando, en el frío vestíbulo. Charlie contó otros tres dólares y veinticinco centavos del fajo de la señora Hookstratten mientras el chico se secaba la nariz en la manga. Media docena de hombres pálidos y de aspecto desesperanzado se apiñaban en torno al débil calor del hogar del salón. La señora Eyvindsdottir miraba a sus huéspedes rebosante de alegría. Era una mujer de hombros cuadrados con un leve bigotillo rubio, que siempre tenía el aspecto de acabar de recibir un regalo inesperado y hablaba un inglés impenetrable, por lo menos para Charlie. Su voz subía y bajaba por la escala como la de una diva ejecutando sus ejercicios de calentamiento mientras Charlie contaba el dinero y la miraba sin entender lo que le decía, hasta que al fin otro de los huéspedes —un hombre calvo con una bufanda a cuadros rojos— se levantó de su silla junto al fuego y le tradujo:

—Las semanas se pagan por adelantado, los sábados; desayuno a las siete, comida a la una, cena a las seis y media, y los huéspedes que llegan tarde se las arreglan como pueden.

Cuando se formalizó el acuerdo y la señora Eyvindsdottir depositó los tres dólares y veinticinco centavos de la señora Hookstratten en los pliegues de su delantal, subió un tramo de plañideras escaleras para enseñarle a Charlie su habitación.

No era gran cosa. Recordaba el sótano de la mansión Hookstratten donde guardaban los tubérculos, aunque apenas tenía la mitad de su tamaño. Apretada bajo el armazón del tejado, refrigerada a conciencia, lóbrega, húmeda y mortalmente silenciosa, la habitación sólo necesitaba unos cuantos sacos de patatas y una cesta de nabos para completar el cuadro. Un quinqué de petróleo desgastado de tanto frotarlo proporcionaba la luz y, al parecer, todo el calor que Charlie iba a recibir. No había radiador, ni chimenea, ni estufa. La estrecha cama estaba arrinconada junto a un palanganero con una gastada jofaina de porcelana; tres ganchos sin barnizar clavados

en la pared hacían las veces de armario ropero. La única decoración era un cuadro al óleo muy pomposo que representaba el sol de medianoche colgado sobre los fiordos de Noruega.

—¿No hay ventana? —preguntó Charlie en voz alta mientras intentaba soltar el baúl sobre las desnudas maderas del suelo sin deslomarse.

La señora Eyvindsdottir gorjeó algo a modo de respuesta mientras el chico entraba cansinamente en la habitación y dejaba el maletín de piel de cocodrilo de imitación de Charlie en un rincón.

—¿Cómo dice? —preguntó Charlie irguiéndose cautelosamente. Los músculos de su espina dorsal, adormecidos durante largo rato, dieron señales de vida: ardían, latían en carne viva y se agitaban en una cuba de grasa chisporroteante.

—Dice que se la quedó el señor Bagwell —dijo el hombre calvo, que había metido la cabeza por la puerta e intentaba sonreír. Era realmente sorprendente, no tenía un solo pelo, y parecía una fantástica criatura de alguna atracción de feria. Ni siquiera tenía cejas—. Soy yo —añadió, a modo de aclaración. Señaló la pared frontal de la habitación de Charlie, un tabique barato que no llegaba al techo—. Yo tengo la habitación de la ventana, lo siento, pero tuve que esperar dos años y medio, hasta que se murió el señor Bjornson, para poderla conseguir.

De acuerdo, pensó Charlie, de acuerdo. Bender está ahorrando; mejor así. Necesitarían hasta el último centavo para que Per-Fo despegara, y despegaría, a pesar de los ganchos, los embaucadores y los vocingleros chicos de la estación. La pensión de la señora Eyvindsdottir estaba muy lejos del compartimiento privado en el Twentieth Century Limited, con ostras, pato e incluso caviar a su disposición con sólo pedirlo; pero él estaba dispuesto a apretarse el cinturón durante un tiempo, no tenía ningún problema. Si C. W. Post pudo hacerlo, él también.

—Gracias, señora —dijo, acompañando a la señora Eyvindsdottir a la puerta, junto con el intérprete—. Y a usted también. Muchas gracias.

Cuando cerró la puerta y se volvió, preguntándose qué vendría después, se encontró frente a los obtusos ojos del patético y pequeño mensajero de Bender.

—Bueno —dijo, sin poder evitar que su tono fuera un poco más incisivo de lo que quería—. ¿Y ahora qué quieres?

El chico bajó la cabeza.

—Lo siento, señor, pero el señor Bender dijo que usted me daría una buena propina y que debería acompañarle a verle al Post Tavern, aunque fuese muy tarde...

El Post Tavern Hotel, no faltaría más. Charlie iba a vivir como Peary entre los esquimales, en una habitación aislada y vacía de la pensión de la señora Eyvindsdottir, mientras Bender residía en el mejor hotel de la ciudad. Sí, naturalmente. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Porque dijo que los bancos están cerrados por la noche y él cree que... bueno, dijo que usted tendría que dejar el dinero de los accionistas en la caja fuerte de allí. Por seguridad. Bueno, eso me dijo. Eso, y que me daría una buena propina.

A las nueve y media de la noche, el viento había cambiado demoníacamente para volverle a soplar en la cara, y Charlie Ossining avanzaba esforzadamente por la calle oscura camino de la ciudad, volviendo sobre sus pasos. El chico iba medio paso por delante de él, como si fuera una cuestión de honor, y no se oía sonido alguno excepto el crujido de sus pasos y el ronco raspar de su aliento golpeado por el viento. En un momento dado, el tranvía interurbano pasó junto a ellos, iluminado como un cielo estrellado, pero el chico no hizo ningún intento de pararlo, y cuando Charlie le interrogó irritado, el chico apartó la vista y murmuró:

—El señor Bender ha dicho andando. Ida y vuelta.

Cuando llegaron al hotel, Charlie echaba chispas. Si alguien hubiera arrojado una efígie de Bender en su camino, le hubiera dado una patada y le hubiera prendido fuego encantado. Había tenido que arrastrar su propio baúl a lo largo de veinte manzanas contra un viento ártico y en compañía de un chico enano, flaco y mocososo que llevaba un andrajoso pantalón corto y una chaqueta que parecía sacada de un estercolero, y luego volver a recorrer las veinte manzanas para su audiencia con el todopoderoso Bender... y Bender ni siquiera había asomado la nariz en todo aquel tiempo. No, él no podía molestarse en ir a buscarle a la estación y decirle: *¡Hola, Charlie, bienvenido a la ciudad! Por cierto, te he metido en el culo del mundo, en una pensión de tres dólares y veinticinco centavos, mientras yo me hartó de beber y pido bandejas de ostras al servicio de habitaciones.*

El aspecto imponente del hotel —era de primera, evidentemente— tampoco contribuyó a mejorar su humor. Charlie no podía dar crédito a sus ojos. Seis plantas, toda una manzana, con sus hileras de ventanas resplandeciendo confiadamente contra la negra noche del Medio Oeste. Era impresionante, moderno, regio, igual que los que había visto en Nueva York o en cualquier otro lugar.

Pasaron ante el cobertizo para los vehículos, y justamente cuando el portero se adelantó a abrirle la puerta el chico desapareció. Se detuvo a buscarle con la vista y el portero se quedó mirándole. Entonces lo vio. Estaba fuera, en la calle, acechando en las sombras, con los hombros hundidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie mientras se acercaba al chico, medio encorvado en la calle.

—Nada.

—¿No entras?

El chico se secó la nariz con la manga.

—Yo entro por la entrada de servicio —murmuró—. Cuando el señor Bender me necesita. Además, mañana tengo que ir al colegio.

*Colegio*, Charlie sintió un peso sobre sus hombros. Él llevaba toda la noche lamentándose y aquel chico de piernas flacas le había esperado aguantando el frío de la estación y luego había callejeado durante una eternidad sólo para evitar que él no se perdiera. ¿Cuántos años tendría? ¿Nueve? ¿Diez? *Colegio. Tenía que ir al colegio.*

Charlie se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—Oye —le dijo, mirando por encima del hombro hacia la iluminada y radiante entrada del hotel—. Te agradezco tu ayuda de esta noche, de verdad... Ni siquiera sé tu nombre...

—Ernest —dijo el niño—. Ernest O'Reilly.

—Irlandés, ¿eh? Bueno, oye, Ernest O'Reilly, muchas gracias. Vuelve. Quizá el señor Bender y yo tengamos más encargos que hacerte. Vamos a abrir una empresa de comida para el desayuno y seguro que necesitaremos un mensajero fijo.

Ernest O'Reilly no dijo nada. Se quedó allí de pie, encorvado contra el viento, con una expresión perruna en la cara.

—El señor Bender me dijo que usted me daría una buena propina —repitió.

A Charlie se le había olvidado. Después de todo aquello, el chico seguramente pensaba que no quería pagarle. Incómodo, Charlie buscó en el monedero.

—Toma —dijo, sintiéndose súbitamente magnánimo—. Aquí tienes quince centavos.

Agarrando el dinero y metiéndoselo en el bolsillo, Ernest O'Reilly le dedicó una mirada en que se mezclaban la gratitud y el desdén.

—¡No se arruinará! —dijo, y desapareció batiendo sus espigadas piernas.

La transacción le dejó un sabor amargo en la boca. ¡Pequeño ingrato! ¿Qué se había creído? Y mientras preguntaba en recepción por el señor Goodloe Bender, sintió una oleada de indignación ascendiéndole por la garganta.

—¿El señor Bender? —repitió el recepcionista, como si Charlie hubiera hablado en un idioma extranjero. El empleado lo miró de arriba abajo un momento, ahuecando las mejillas en una fría apreciación, y luego se volvió bruscamente para sostener una breve conversación telefónica en voz baja. Al cabo de un momento, dejó el receptor en su gancho como si de una piedra preciosa se tratara y se volvió para encararse con Charlie.

—El señor Bender está ocupado en este momento. ¿Quiere sentarse, por favor?

Charlie estaba cansado, agotado hasta la médula. Le parecía que llevaba toda la vida viajando. Y sin embargo, en aquel momento, apenas podía contenerse para no agarrar a aquel hombre por el cuello. *¿Quién te crees que eres, patán?*, pensó. *Dentro de seis meses podré comprar y vender a los tipos como tú cuando me dé la gana.* Sostuvo la mirada del recepcionista hasta que el hombre apartó los ojos, y luego echó a andar por el vestíbulo y se dejó caer en una butaca tapizada de terciopelo rojo que había en una esquina. Le recorrió un largo escalofrío, y se abrazó los hombros y golpeó con los pies sobre la alfombra. Al cabo de unos instantes, empezó a desabrocharse los botones del abrigo con dedos dolorosamente entumecidos.

El vestíbulo estaba silencioso a aquella hora. Eran más de las diez, y los últimos viajeros ya debían de haberse acomodado. Charlie seguía sentado jugueteando con sus botones, consultando el reloj, bostezando a su pesar en el lujoso y envolvente calor. El lugar era ciertamente suntuoso, no había ninguna duda. Tapices, óleos,

candelabros, aquel silencioso aire de elegancia y holgura flotando sobre las habitaciones como si estuvieran suspendidas en el tiempo. Charlie supuso que aquello era lo que anhelaban los ricos, la suspensión de todo el orden temporal de las cosas, la liberación de los quebraderos de cabeza y las preocupaciones de los plebeyos como él. Para eso servía el dinero.

Y C. W. Post lo entendió mejor que nadie. Había llegado a aquella población sin nada, nada —ni siquiera cincuenta centavos que invertir—, pero lo entendió en seguida. Desde luego, ya no pasaba demasiado tiempo en Battle Creek; recorría el mundo, conquistando un mercado tras otro, construyendo una ciudad entera en Texas, influyendo en los votos y la política de Washington, haciéndoles comer Grape-Nuts y Elijah's Manna a los ingleses, los franceses y los alemanes; pero cuando estaba en la ciudad, vivía allí, en el Post Tavern Hotel. Charlie había oído decir que tenía una planta entera para él, una magnífica suite con todas las comodidades... Y los recepcionistas debían de deshacerse en reverencias en cuanto le veían entrar por la puerta: *Sí, señor Post, sí, señor, sí, señor, sí, sí...*

Charlie debió de quedarse adormilado. No recordaba haber visto al botones cruzar la habitación para inclinarse solícito ante él y ponerle suavemente dos enguantados dedos en el hombro.

—¿Qué? —dijo, sobresaltado.

—El señor Bender le recibirá ahora —respondió el botones, hablando en aquel susurro que todos parecían imitar, como si utilizar un tono de voz normal pudiera agrietar las columnas, resquebrajar los candelabros, desmoronar hasta sus cimientos el opulento edificio—. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Charlie siguió al botones a través del vestíbulo y por un pasillo que al parecer conducía a la entrada posterior del hotel, concentrando la vista todo el tiempo en los hombros cuadrados y estrechos de aquel muchacho y en la pálida depresión de su nuca. El botones se detuvo junto a una amplia y confortable habitación decorada con roble de Flandes, con una alacena empotrada, paneles de cristal esmerilado y una serie de recias mesas oscuras con sus sillas a juego. Sobre la puerta había un rótulo de hierro forjado: «The Wee Nippy», rezaba.

Cuando entró, Charlie vio a Bender levantándose de una de las mesas con un grupo de hombres de aspecto próspero. La mayoría de ellos tenía una expresión ovejuna, como si hubieran hecho un trato contra su propio criterio y ya lo estuvieran lamentando. La mesa estaba sembrada de jarras de cerveza vacías, vasos de whisky, servilletas, ceniceros, y había también una bandeja de bocadillos medio vacía y dos barajas de cartas muy manoseadas. El humo se elevaba de los cigarrillos de los caballeros. Se oía el sordo murmullo de las conversaciones. Pero si algunos de los hombres parecían vagamente incómodos, el propio Bender era el retrato de la absoluta confianza, el optimismo, e incluso el triunfo. Sostenía la mano de uno de los hombres en un firme y político apretón, mientras recogía un montón de billetes verdes de la mesa con la mano libre y alzaba la voz en un ronquido jocoso y cordial.

*Póquer.* De pronto, Charlie lo comprendió. *Bender le había hecho esperar mientras jugaba una partida de póquer.*

En aquel momento, Bender le vio, y su expresión se alteró aunque muy levemente, como si se hubiera despertado en medio de un sueño, como si por un instante no reconociera a su socio, que había venido desde Nueva York con los medios para poner en marcha Per-Fo, pero mantuvo el tipo admirablemente.

—¡Charlie! —rugió, atravesando la estancia con sus prodigiosos pies, como un sudoroso y bamboleante hombre-tornado de cara rubicunda, rotundo, expansivo, con sus ojos de saponita fragmentada saliéndosele locamente de las órbitas y los brazos extendidos para el opresivo abrazo. Un instante antes de cerrarlos, Charlie advirtió que se había teñido la barba para que contrastara con la pelusa blanca que coronaba su cabeza, y no sólo eso, sino que ahora se la peinaba aristocráticamente con raya al medio. Parecía un general recién vuelto de la guerra, un senador, un banquero, un magnate de la industria.

Cuando se abrazaron en el deslumbrante bar, cuando Charlie sintió la fuerza en los brazos de aquel hombre mayor que él y percibió el intenso y embriagador olor a agua de lilas, habano y buen whisky escocés que le envolvió como un súcubo, no pudo evitar sentirse aliviado, incluso orgulloso: aquella dinamo, aquel titán, aquella figura imponente, era su socio. Estaba deslumbrado y confuso cuando Bender le presentó a sus compañeros (narices, mostachos, barbas; no pudo entender un solo nombre), pero no parecía importar, el grupo empezaba a disolverse. Bender repartió adioses, los otros se enfundaron en sus chaquetas y abrigos y el humo empezó a disiparse. Y entonces, resplandeciente en sus pantalones a cuadros, la chaqueta azul celeste con chaleco a juego y los zapatos amarillos, tan lustrosos que reflejaban la luz como dos espejos danzantes, Bender le condujo majestuosamente por los pasillos hasta el vestíbulo y luego por la alfombra hasta el ascensor.

Cuando Charlie consiguió recobrase, Bender le estaba llevando a su habitación de la cuarta planta, o mejor dicho, a su suite. Bender tenía un salón, con lámparas eléctricas y un escritorio de cortina; un dormitorio visible a través de una puerta abierta a la izquierda, atractivamente iluminado por una lámpara Tiffany con pantalla de color ámbar; y un reluciente cuarto de baño de porcelana y azulejos, más grande que el cuchitril de Charlie en la pensión de la señora Eyvindsdottir. Mientras Bender cruzaba la habitación hacia el aparador y servía dos copas de brandy de una licorera de cristal tallado, Charlie se acomodó en el sofá de color vino y vio con sorpresa que los servicios de la habitación incluían un teléfono. *Bender tenía su propio teléfono. En el salón.* La comodidad y el lujo que aquel detalle suponía fueron una revelación para él. Se quedó atónito. Casi escapaba a su comprensión. Desde luego, la señora Hookstratten tenía teléfono en su mansión de dieciocho habitaciones que daba al lago Lounsbury. Y suponía que los Lightbody y la gente de su categoría también tenían teléfono, pero ¿un teléfono en la propia habitación? Aquello era demasiado.

—Bueno, bueno, bueno, amigo mío —exclamó Bender, volviéndose en redondo

hacia él y avanzando a trompicones por la estancia con las bebidas—. ¿Qué tal el viaje? Primera clase, ¿eh? Probar un poco de lo bueno no le hace daño a nadie, y eso es sólo el principio, Charlie, sólo el principio.

Bender no esperó a la respuesta.

—Hubiera ido a buscarte, por supuesto, ya lo sabes, pero esta gente que acababan de presentarme, Bookbinder, Stellrecht y el resto, vaya, son los príncipes de esta ciudad, los notables, y uno tiene que cultivar la relación con gente así, hay que hacerlo, ya sabes a lo que me refiero. —Bender se había plantado en el brazo del sofá, y sus extravagantes ojos color humo tiraban de los de Charlie como si estuvieran conectados por invisibles alambres. Levantó la copa hasta la nariz e inhaló—. Esto es bueno, Charlie. El mejor. Otard Dupuy del 78.

Charlie nunca había estado tan cansado en su vida. Sorbió el fuerte licor y observó cómo Bender se henchía de orgullo ante él.

—Sí, muy bueno —murmuró, intentando esbozar una sonrisa.

—Sí, estupendo —sonrió Bender levantándose de un salto y echando a andar arriba y abajo por la habitación, inhalando el aroma de su bebida y mesándose las puntas de la barba alternativamente—. Me alegro de que te guste. Después de todo, tu protector... ¿o debería decir protectora...?, es quien lo paga, lo paga todo... Y, por cierto, tienes el cheque, supongo... —Hizo una pausa, deteniéndose sin acabar de dar una gigantesca zancada, y dedicó toda su atención al planteamiento de la pregunta y a su respuesta—. ¿Y el dinero en efectivo?

De pronto, Charlie se reanimó, se sintió totalmente despejado por primera vez desde que bajó del tren. Oyó el leve susurro de un carrito avanzando al otro lado de la puerta, el gorgoteo de un lavabo distante, un murmullo de voces. *El cheque. El dinero en efectivo.* A Bender no le importaba él, no le importaba Per-Fo, no le importaba nadie ni nada: lo único que le importaba era el dinero de la señora Hookstratten. Ya se había llevado los primeros mil dólares, un cheque que la señora Hookstratten había extendido y firmado en su propio salón en una gloriosa y soleada tarde de octubre, casi cinco semanas atrás. Y ¿dónde estaba el dinero? ¿Invertido en Otard Dupuy y cigarros habanos? Charlie quiso preguntar, forzar el tema, pero era tarde, estaba exhausto y no sabía cómo empezar.

—Oye, Goodloe...

—Good, Charlie. Llámame Good a secas. Deja para mis enemigos lo de Goodloe, o señor Bender.

—¿Qué hay de la fábrica? ¿Y del papel para los envases? Me escribiste que estabas haciendo progresos...

—Bueno, tenemos un problema. —Bender volvía a andar, estirándose los puños de la camisa, jugando con el grueso sello que llevaba en el índice de la mano derecha—. Teníamos la vieja fábrica de Malta-Vita prácticamente comprada, incluyendo los dos hornos, tan poco usados que están como nuevos...

—¿Malta-Vita? ¿Quieres decir que ha cerrado?



Charlie sintió un escalofrío.

—¡Puf! —Bender manoteó en el aire, como ahuyentando una mosca—. Quebró hace casi cuatro años, Charlie. Se quedaron sin capital. El producto era demasiado caro y no valía nada. Copos de trigo. ¡Ja! El dinero está en el maíz, Charlie, ahí está el dinero. Mira a Kellogg. Él sí que conoce su cereal.

—Pero... pero si esta noche me acaban de ofrecer acciones... Nada más bajar del tren, una caterva de chicos harapientos se me ha tirado encima como si pareciera tonto.

Bender apuró su coñac y le volvió la espalda para servirse otro.

—Estás pensando en Vita-Malta, Charlie, Vita-Malta. Empezaron con la vieja fábrica de Map-L Flakes, en la carretera de Marshall, hará unos seis o siete meses. — Se volvió, la copa se empequeñeció en su manaza carnosa, y extendió un retórico dedo—. Y de ahí salen seis carretadas *diarias*, Charlie, *seis carretadas al día*.

La mente de Charlie se quedó flotando en una nube de admiración: seis carretadas al día. Aquello eran buenas noticias. Las mejores que había oído desde que al bajar del tren pareció caerse como una piedra en la noche más infernal de su vida. Si Vita-Malta podía hacerlo, también podría Per-Fo. Charlie sonrió, sin poder evitarlo.

—Entonces, ¿qué problema has tenido? Con la fábrica, quiero decir.

La risa de Bender hizo vibrar la habitación.

—¿Estás preocupado, Charlie? Pareces preocupado. De verdad. Confía en mí. Confía en Goodloe H. Bender para que te oriente. Y a tu amiga la señora Hookstratten también. ¿No conozco el negocio? ¿No lo conozco? —Volvió a apoyarse en el brazo del sofá y bebió un breve sorbo de su copa—. No es nada —dijo—. El hijo de perra que es ahora dueño de las instalaciones pide demasiado dinero, al ver que hay alguien interesado, y yo me estaba quedando sin blanca y no tenía la pasta para pagarle al contado, ya sabes lo que quiero decir...

—¿Sin blanca? —El miedo volvió. Charlie vio el futuro abierto ante él como un agujero negro. De pronto, se puso en pie—. ¿Supongo que no quieres decir que te has...? —No podía articular las palabras; se ahogaba con ellas, se le pegaban a la garganta—. ¿Quieres decir que te lo has *gastado* todo, todo el dinero que teníamos para empezar el negocio? ¿Ya?

La cara de Bender se puso rígida.

—No me gusta tu tono, Charlie. No me gusta nada. —Contrajo la mandíbula de un modo truculento y levantó tres dedos vigorosos hasta su garganta para arreglarse la pajarita. Charlie se fijó en aquella pajarita: era de seda, amarilla brillante, y pendía del cuello de Bender como una mariposa—. ¿Estás poniendo en duda mi integridad? Si es así, tendrás problemas, amigo mío. Graves problemas. Nadie pone en duda la honradez de Goodloe H. Bender. Nadie.

Charlie apartó la vista. Estaba cansado, eso era todo. Cansado.

—Escúchame, Charlie. No se puede empezar un negocio como Per-Fo chasqueando los dedos, de un día para otro. —Ahora su tono era más suave, y cada

sílaba era como una mullida almohada de plumón que se pegaba bajo la cansada cabeza de Charlie. Era una voz que aliviaba, que reconfortaba, era la voz de la razón y la reconciliación—. Necesitas capital, Charlie. Dinero para engrasar las ruedas. ¿Has visto a esos señores que había ahí abajo esta noche? Pues bien, hemos jugado una partida de cartas amistosa, o por lo menos así es como lo ven ellos. Pero para mí son negocios. Stellrecht posee ocho fábricas de papel en este estado, ocho, ni más ni menos, y Bookbinder era el ingeniero jefe de C. W. Post antes de que Vim se lo birlara ofreciéndole un sueldo muy superior. ¿Hace falta decir más? Sí, ya sé que te sientes mal porque yo no estaba allí para recibirte y porque no te he enseñado la nueva y magnífica fábrica Per-Fo con sus huestes de trabajadores aplicados y la oficina revestida de madera para su presidente, con la placa de cobre con su nombre en la puerta, y ya sé que te he mandado a una sórdida pensión mientras yo me arrellano en el regazo del lujo, pero tienes que tener sentido de los negocios. —Se detuvo, y cuando prosiguió había un matiz de irritación en su voz—. ¿Quién te crees que nos va a dar ni la hora en esta ciudad si no estoy en el mejor hotel que haya y no les monto un buen número? ¿Alguna vez has pensado en eso?

Charlie no lo había pensado. Cayó otra vez en el sofá y examinó la alfombra. Se sintió ruin, se sintió como un traidor, un criticón quisquilloso, el elemento débil y secundario, el pesimista que pensaba negativamente en una empresa positiva. Se sintió avergonzado.

Bender se inclinó sobre él y le rodeó los hombros con un brazo.

—Dime, Charlie, antes te he hecho una pregunta: Has traído el dinero, ¿verdad?

Más tarde, mucho más tarde —tan tarde, que los tranvías habían dejado de funcionar y los conductores de coches de punto y sus jamelgos reposaban pacíficamente en sus lechos y establos, respectivamente—, Charlie Ossining subió a grandes zancadas las escaleras de la pensión de la señora Eyvindsdottir, entró tambaleándose en su habitación y se arrojó en la cama. Aturdido por el brandy de Bender, helado hasta el tuétano, rígidos y doloridos los largos músculos de sus piernas a causa de sus caminatas, que en conjunto sumaban unas sesenta manzanas, se echó boca abajo sobre el jergón, demasiado exhausto incluso para quitarse el abrigo. Por un momento pensó que volvía a estar en el tren, y que la cama se balanceaba bajo su cuerpo, y el sonido de los fantasmales raíles le palpitaba en los oídos, y luego estaba en casa, en la casita del portero de la propiedad de la señora Hookstratten, rodeado de las cosas de su niñez y de los familiares y pulidos muebles de madera de arce de su dormitorio. El sueño cayó sobre él como un alud.

En cierto momento de la noche —¿diez minutos después, una hora, dos?— se despertó en la helada oscuridad al oír el intenso sonido rasposo de una tos, y por un momento no supo dónde estaba. Instintivamente, agarró su cartera: *el dinero de la señora Hookstratten*. Pero luego recordó. Estaba en la pensión de la señora

Eyvindsdottir, en Battle Creek, en medio de la primera noche de su nueva vida, la vida que le convertiría en millonario y le haría igual a los demás, y que aquel ruido lo hacía el señor Bagwell tosiendo hasta salirse las entrañas al otro lado del tabique, y hacía tanto frío que el agua de su jofaina era ya un sólido ladrillo de hielo. El dinero estaba a salvo. Los tres mil ochocientos cuarenta y tres dólares con quince centavos, menos los cinco dólares que Bender le había dado para sus dietas, estaban finalmente fuera del alcance de cualquier accidente, robo o pérdida, guardados en la caja de seguridad de dos toneladas del Post Tavern. Era un alivio haberse librado de aquella responsabilidad, y no era un alivio menor estar al fin allí, en el mismísimo principio de algo, algo grande.

Pero el frío le habló —hacía tanto calor allí como el que podía haber hecho en su propia tumba—, de modo que se despojó de sus ropas, se metió bajo las mantas, y se tapó la cabeza con el embozo para beneficiarse de la única fuente de calor que había allí: su propio aliento. Mientras yacía en el lecho temblando, arrebujándose y percibiendo cada matiz de la irritante y terminal tos de Bagwell, no consiguió encontrar ninguna posición cómoda. Incluso después de haberse calentado lo suficiente para estar varios minutos sin tiritar, intervalo en que la tos de Bagwell se había convertido en una áspera serie de ronquidos intermitentes, Charlie no logró volver a conciliar el sueño. Era el colchón. Parecía relleno de mazorcas de maíz... o no, una especie de papel de relleno, de periódico o cinta de teletipo. Intentó dormir sobre el costado izquierdo, sobre el derecho, de espaldas, sobre el estómago, intentó la posición fetal, se acuclilló, extendió los brazos y las piernas. Todo en vano. Yacía allí, a oscuras, exasperado, en el límite del cansancio humano. Por fin, hastiado y habiendo llegado al colmo de su paciencia, se incorporó en la cama, buscó a tientas una cerilla y encendió la mecha del quinqué de petróleo.

La habitación se inundó de luz. Las sombras se refugiaron en los rincones. Había grietas en el yeso y el papel de la pared estaba descolorido. Bagwell roncaba como un bendito al otro lado de la pared. Charlie soltó una maldición, saltó de la cama y se puso a arreglar vigorosamente el colchón. Lo levantó del somier y lo sacudió vigorosamente para que adquiriera una superficie uniforme. Pero ni aun así encajaba el relleno: tenía tantas protuberancias como una saca de correos. Confundido, furioso y maldiciendo —por otra parte, estaba medio borracho—, acercó su navaja a la costura que había en la base del colchón y cortó los hilos con la intención de introducir el brazo y colocar bien el relleno.

Pues sí, era papel. Eso mismo, papel. Cogió un puñado con disgusto y lo sacó por el descosido.

Le esperaba una desagradable sorpresa, la última de una serie interminable que había empezado en el momento en que bajó del tren. No era un papel cualquiera. No, era un papel de gran calidad, casi tan flexible como un billete de banco, adornado con la magnífica ilustración verde azulada de una gavilla de trigo en relieve. En la cinta que unía los tallos, impresa en negros caracteres de imprenta, podía leerse la siguiente

inscripción:

UNA ACCIÓN PREFERENTE  
MALTA-VITA BREAKFAST FOOD CO., LTD.  
BATTLE CREEK, MICHIGAN

---

## 7. SINTOMITIS

Después que el techo se desplomara y el suelo se abriera bajo sus pies, Will Lightbody se encontró en el pasillo, escrutado por la atenta y claramente reprobadora mirada de la señora Stover. Eleanor había esquivado su abrazo en medio del alborotado comedor —y con toda la razón: ¿qué se había creído?— y luego le había acompañado por el pasillo central, bajo la pancarta exhortatoria y a través de los helénicos pórticos de la amplia y pomposa entrada. Eleanor estaba de pie ante él, con los labios tan apretados que parecían segmentados; cada uno de sus pliegues era un segmento independiente. Estaba muy enfadada, más de lo que nunca la había visto.

—No pienso tolerar esto —dijo mordiendo cada palabra para escupirla luego. Las pupilas se le habían contraído hasta quedar reducidas a alfileres, y entre las cejas se le había dibujado una arruga petulante.

Hacia un momento, en el comedor, vencido por las molestias gástricas y sus confusas emociones, Will parecía a punto de desmayarse. Nunca se le habría ocurrido que una dieta a base de tostadas sin mantequilla y agua pura y cristalina tal vez no fuera capaz de cubrir todas sus necesidades nutritivas, o que su aspecto demacrado, aquella sensación de estar medio muerto de hambre, aquel mareo y aquella agonía peristáltica que experimentaba pudieran ser consecuencia, simplemente, de la inanición. No, tenía que ser algo más complicado. Después de todo, estaban en la Era del Progreso, y «reforma» era la palabra de moda. Will estaba enfermo porque llevaba una vida que no era sana. Se pondría bien en cuanto cambiara sus hábitos alimentarios y se sometiera al régimen prescrito por el doctor John Harvey Kellogg y los grandes mandamases de la salud. Por lo menos, eso era lo que le habían dicho.

El caso fue que Eleanor no se echó en sus brazos, se apoderó de él un aturdimiento que ya le era familiar, y notó que los ojos se le ponían en blanco. Como por arte de magia, la bajita señora Stover se presentó allí, con sus anchos hombros y sus grandes senos, y también una de sus fornidas dietistas. Una chica robusta, alimentada con cereales y templada a base de yogures. Y, finalmente, un enfermero. La escena se desarrolló en un abrir y cerrar de ojos, y Will fue conducido con toda suavidad en brazos de extraños, bajo la supervisión de su mujer, y sacado del comedor. Ahora, en la relativa intimidad del pasillo, Eleanor quería una disculpa. Quería contrición, promesas, protestas, pero también reconvenciones; quería clavar el primer poste de la valla que los mantendría separados.

Will tenía las palabras —*Lo siento*— en la punta de la lengua, pero no pudo pronunciarlas. Cuanto más pensaba en ello y más miraba las menguantes pepitas verde oscuro que eran los ojos de su mujer, más creía en su propia inocencia. Lo

único que deseaba era un poco de consuelo, que su mujer le abrazara. Era un hombre enfermo, todo lo que le rodeaba era nuevo para él y se sentía completamente abrumado. Quizá no había escogido el lugar apropiado, quizá los abrazos eran algo que se había de prodigar tras las puertas cerradas y no en medio de una asamblea de masticadores. Pero, aun así, ¿no podía haber sido Eleanor un poco más considerada con su estado mental y sus necesidades?

—No me gusta este sitio, Eleanor —dijo por fin—. No llevo ni un día aquí y ya me he visto sometido a toda clase de indignidades. Desde tu doctor Kellogg metiéndome los dedos en la boca a la enfermera Bloethal aplicándome al otro extremo del aparato digestivo sus tubos, botellas y no sé qué más.

Se detuvo al llegar allí, absteniéndose de nombrar a la enfermera Graves. La enfermera Graves y lo que había sucedido entre ellos en la intimidad de su cuarto de baño era algo que instintivamente sabía que debía guardar para sí.

Eleanor se mantuvo firme. La señora Stover, que permanecía apartada y no podía oírles, parecía deseosa de acudir en ayuda de su mujer.

—No lo estropees todo, Will Lightbody —le advirtió Eleanor. Su voz era un fiero susurro—. No empieces a compadecerte con tus sermones y tus, tus...

De repente, pareció agobiada. Se le habían dilatado las pupilas, sus ojos parecían flores abiertas al amanecer, y derramaba lágrimas. Lágrimas.

Will se sintió avergonzado de sí mismo. Se sintió como un bárbaro, un apóstata... y, sin embargo, no pudo evitar una fugaz sensación de satisfacción por la actitud que había tomado, aunque no hubiera podido explicar por qué.

El pañuelo de Eleanor hizo su aparición. Se dio unos golpecitos en los ojos mientras un par de enfermeras vestidas de blanco pasaban presurosas por el pasillo con la mujer más gorda que Will había visto en su vida, camino del comedor. Una vez había visto a una mujer casi tan gorda como aquélla, en el Circo Ringling, y estaba pensando en ello, perdido en una fantasía de mujeres barbudas, felinos rugientes y paquidermos danzantes, cuando la voz de Eleanor volvió a hablar, suave y dubitativa:

—No sé cómo hacértelo comprender. Pero éste es el único lugar en el que puedo ser feliz... y después de lo de la niña... no sé, Will. Si hay alguna esperanza de que vuelva a sentirme bien, éste es el lugar donde lo conseguiré, entre mis amigos y mis mentores. Aquí es donde he aprendido a vivir de la manera correcta, Will, de la *única* manera posible. —Se detuvo, mirándole fijamente—. Mírate, Will, también es el lugar para ti, el único que conozco.

Notó un tono conciliador en la voz de su mujer, incluso cierta súplica, pero no pudo contenerse.

—Aparte de las páginas del catálogo de Sears Roebuck, querrás decir. Y ¿por quién estabas tan preocupada durante el desayuno? Por el doctor Linniman, ¿verdad? ¿Frank? ¿También es parte del programa que los médicos coman con sus pacientes?

—No pienso discutir contigo, de ninguna manera. —Sus ojos eran duros otra vez, metálicos, como un par de verdes e iridiscentes libélulas—. El doctor Frank

Linniman es uno de los mejores médicos del país, estudió bajo la guía del propio doctor Kellogg, y ha hecho por mí más que cualquier otra persona... bueno, desde que murió mi madre. Si no fuera por él, no creo que tuviera las fuerzas necesarias para levantarme de la cama cada mañana. —Miró al fondo del pasillo—. Cuando perdí a mi hija, fue el único que estuvo aquí, conmigo.

—¿El único? —Will no podía creer lo que estaba oyendo—. Yo estaba en Peterskill, con el estómago hecho polvo por la preocupación, esperando tu telegrama. ¿Qué querías que hiciese, que me presentase a tu lado como el Fantasma de las Navidades Pasadas?<sup>[11]</sup> Fuiste tú quien me pidió que me mantuviera alejado.

—¡No, no, no! —dijo ella, elevando cada vez más la voz mientras alzaba las manos para taparse los oídos. La señora Stover hizo ademán de acercarse, pero Will le lanzó una mirada asesina y se contuvo—. No quiero discutir, Will. No puedo, soy una mujer enferma.

—Yo soy un hombre enfermo.

—Yo estoy más enferma.

—¿Más que yo? Bromeas.

—Yo estoy más enferma, mucho más enferma. Y tú lo sabes.

—Yo no lo sé. Siempre estás diciendo «yo, yo, yo». ¿Cómo crees que estoy yo?

Pero Will se quedó sin respuesta. Eleanor le volvió la espalda. Dio media vuelta, sin más, y avanzó majestuosamente por el pasillo. La pregunta, su patética pregunta, aquella pregunta que le había salido de lo más hondo del corazón en su intento por justificarse, se quedó flotando en el aire. Contempló cómo los hombros de Eleanor se alejaban, contempló sus furiosas zancadas y el firme subir y bajar de sus pies, la contempló hasta que dobló un recodo y desapareció.

—Señor Lightbody...

Una voz le habló a sus espaldas, una voz familiar, meliflua, dulce y susurrante. Era la voz de la enfermera Graves. Will se volvió hacia ella un tanto aturdido.

La joven tenía un aspecto fantástico, como si acabaran de rociarla de salud y color, con el brillo de una mañana sin complicaciones centelleando en sus ojos y en la parábola de sus labios sonrientes. Aquélla no era la típica sonrisa del sanatorio de Battle Creek. Era una sonrisa genuina, natural, sincera. Era la sonrisa de la resurrección y la salvación. La enfermera Bloethal desapareció de su mente. El doctor Linniman se evaporó. Incluso Eleanor retrocedió a un segundo plano. Will notó su propia sonrisa, amplia y dentada, y luchó por controlar un tic repentino en la mejilla izquierda.

—Buenos días —dijo, inclinando la cabeza—, enfermera Graves.

—Buenos días —le contestó, sonriéndole y mirándole cándidamente a los ojos.

Aquella mirada sorprendió a Will y le hizo sentirse desnudo. A pesar de lo mal que se encontraba, Will no pudo evitar preguntarse qué podía significar. ¿Expresaba bastante más que la fría y distante preocupación de una enfermera por su paciente? ¿O tal vez se estaba engañando? Recordó el tacto de su mano al meterla en la cama,

el calor de la piel de Irene contra la suya, y lanzó una mirada furtiva a aquellos pies hundidos en los zapatos blancos del uniforme. Observó cómo la fina falda de algodón se adhería a sus caderas y a su joven y liso abdomen. Ostras. ¿Qué tenían de malo las ostras?

—Bien —dijo ella—. ¿Está preparado?

—¿Preparado?

¿Acaso la joven se reía tontamente? No, claro que no. Pero le mostraba las encías de un modo tan abierto, que Will temió que de un momento a otro la chica empezara a segregarse algo dulce y pegajoso.

—¿Se burla de mí, señor Lightbody?

—No, no —insistió Will, también sonriente—, en absoluto.

Ella echó la cabeza hacia un lado, como para verle mejor, y dejó escapar un suspiro.

—Es la hora de su revisión. ¿Se le había olvidado?

Diez minutos más tarde, después de intercambiar banalidades con el ascensorista y de aprovecharse de las reducidas dimensiones del habitáculo para aspirar el aroma embriagador y ligeramente antiséptico del cabello de la enfermera Graves, recogido con unos alfileres, Will se encontró sentado en una silla fisiológica de respaldo acanalado, que le destrozaba la espalda, en la oficina climatizada del doctor Frank Linniman. El despacho estaba situado en la primera planta, en la sección de neurología, y sus ventanas daban al helado césped del parque donde vivían los ciervos que el doctor Kellogg mantenía a modo de edificante ejemplo para sus pacientes. (El poder de la sugestión: ¿qué hombre o mujer decente y racional podría seguir devorando carne en presencia de unas criaturas tan gentiles, tiernas e inocentes?). Will trató de echarse hacia atrás, pero el doctor Kellogg había diseñado aquella silla con la idea de evitar que sus pacientes se repantigasen. El repantigarse en una silla era el primer paso en el camino de las posturas nocivas y la salud arruinada. La silla era una especie de instrumento de tortura; sus duros y abultados listones de roble sobresalían para empujar la parte inferior de la columna vertebral de la persona sentada hacia la caja torácica al tiempo que forzaban sus hombros hacia atrás; era como si estuviera atada a un barril.

Will se retorció en la silla, consultó su reloj de bolsillo, estudió los dibujos frenológicos que colgaban de las paredes y la hilera de cráneos amarillentos que se alineaban en el estante superior de la librería, tétrico testimonio de la suerte que corrían aquellos que volvían la espalda a la vida biológica. ¿Dónde estaba el doctor Linniman? Disertando acerca del salvado y Meltose, seguro, dando consejos, vagando por el comedor, insinuándose a mujeres casadas y entrenándolas en los íntimos detalles de la salivación, la masticación y el uso adecuado de los músculos de la garganta. Y ¿qué era aquel olor? Will no podía localizarlo, pero el despacho



parecía saturado de cierta esencia mohosa, como si contuviera unos huevos milenarios de la China o polvo procedente de los rincones de un sarcófago egipcio. Se le revolviéron las tripas.

—¡Ah, señor Lightbody! —Frank Linniman apareció de pronto por una puerta disimulada que había al fondo del despacho e irrumpió en la habitación como si hubiera atravesado la pared. En dos zancadas se acercó hasta donde se hallaba Will, inmovilizado en la torturante silla fisiológica. El doctor Linniman se inclinó un momento sobre la silla, radiante, luminoso, contorsionándose con vegetariana energía y el vigor de un gran espíritu animal, y luego se apoyó con familiaridad en una esquina de la mesa y enfocó unos límpidos ojos en su paciente—. ¿Cómo estamos esta mañana? ¿Ha dormido bien? ¿Ha comido algo?

Will escuchó el sordo retumbar de su propia voz tañendo a modo de réplica. Estaba muy bien, gracias. ¡Oh, no! ¿Qué estaba diciendo? ¡Pero si estaba enfermo! Enfermo. Desesperadamente enfermo. Había dormido, sí —por primera vez en tres semanas—, y había comido un trozo de tostada. Su estómago, ése era el problema.

El doctor Linniman absorbió esta información sin un solo comentario. Colocó la nalga izquierda en la esquina de la mesa y se golpeó la rodilla con sus manos carnosas, estirándose como un animal en su jaula. En la pared que tenía detrás, frente a la librería con la hilera de cráneos amarillentos, había unas cuantas fotografías. Hasta aquel momento, Will no se había fijado en ellas. En cada una aparecía Frank Linniman en una pose deportiva: con una raqueta de tenis, un palo de golf, un bate de béisbol o un palo de lacrosse<sup>[12]</sup>; a horcajadas en un caballo o sujeto al extremo de una cuerda con los dientes.

*Frank. Eleanor le había llamado Frank.*

—Bien, así pues —exclamó Linniman súbitamente, bajando de la mesa con un movimiento tan brusco que asustó a su paciente—, hoy es el gran día. El día en que cambiaremos su vida. El día de su revisión.

Pasó la media hora siguiente sentado en la implacable silla, y dejó que le fisgaran, estrujaran, pellizcaran, oprimieran y palparan mientras el doctor Linniman anotaba en un cuaderno y le hacía preguntas muy concretas respecto a sus funciones corporales, historial y genealogía. Will las contestaba con toda la paciencia de que era capaz, pero se sentía ofendido. Odiaba las revisiones físicas. Cuando terminaban se sentía incómodo, incompetente, violado. Y, lo que era peor, moribundo. El doctor Brillinger le había sometido a la misma rutina, oprimiéndole y pellizcándole en su propia cama, en Peterskill. Le escudriñó oídos y garganta, le golpeó las rodillas, le levantó el brazo para luego dejarlo caer, y al final acabó diciéndole que estaba desconcertado. Le recordó a Will que no era más que un humilde médico general y que no estaba plenamente impuesto de los pormenores de la dieta antitóxica, la naturopatía, la helioterapia, la corriente sinusoidal y el resto de los últimos avances. Pensaba que lo que Will necesitaba —y el hecho de que su diagnóstico coincidiera exactamente con el de Eleanor era pura coincidencia— era una prolongada estancia en un buen

sanatorio. Allí podrían examinarle los mejores y más capacitados médicos. Allí encontraría las respuestas.

Sí. Y allí estaba él, en el magnífico, prestigioso y carísimo sanatorio de Battle Creek, y lo único que había sacado en claro era un montón de preguntas. ¿Cuánto hacía? ¿Con qué frecuencia? ¿De qué color? ¿Cuándo? ¿Y qué notaba? ¿Aquí? ¿Su padre? ¿Y su madre? ¿Y sus abuelos? ¿Y sus tatarabuelos? ¿Tuberculosis? ¿Viruela? ¿Fiebre amarilla?

Will lo hizo lo mejor que pudo. Pasó media hora allí, sentado, contestando las indecorosas preguntas de aquel indeseable, mientras el estómago le ardía y las articulaciones le dolían, hasta que no pudo más. Cortó a Frank Linniman en medio de una pregunta concerniente al color y la textura de su última deposición.

—¡Basta de preguntas! —ladró Will—. ¿Qué es lo que tengo?

El doctor Linniman parecía ofendido. Sus cejas, tan blancas que casi resultaban invisibles, se alzaron en un gesto de sorpresa.

—Señor Lightbody —empezó, bajando la vista al cuaderno de notas para luego posarla sobre Will con expresión admonitoria—, en estos momentos, no estoy en posición de emitir un diagnóstico. Esto es sólo el principio. Necesitaremos análisis de sangre, recuentos, análisis de heces y de orina, tendrá que pasar por rayos X y exploración del colon, nuestros especialistas han de examinarle la dentadura, los ojos, las amígdalas y la lengua. Necesitamos saber la cantidad de acetona que produce y el aspecto de sus fluidos intestinales. No tendremos un cuadro completo hasta esta noche, como muy pronto. —Hizo una pausa, sacó la mandíbula y se estiró la corbata—. Claro que podría hacer algunas conjeturas sensatas basándome en el color de su piel, el estado de su lengua, su debilidad e intranquilidad generales...

Will volvió a sentirse hundido y condenado, pero luchó contra ello. ¿Debilidad? ¿Intranquilidad? ¿Quién era aquel autosuficiente, engreído y pomposo cara de caballo para emitir aquellos juicios sobre él?

—En realidad —prosiguió Linniman como si pronunciara un sermón—, hemos visto muchos casos como el suyo. Pero no quisiera sacar conclusiones precipitadas. Agotamiento nervioso. Neuralgia provocada por el café. Hiperclorhidria. Autointoxicación, con toda seguridad. Pero el jefe ya ha hecho ese diagnóstico. —Su rubia cabeza asintió con aire sesudo, chasqueó los labios y cerró suavemente el bloc de notas—. Le haremos las pruebas. Nunca se sabe lo que podemos encontrar.

Will se hundía, se ahogaba, engullido por un remolino en un inmenso sumidero de fatalidad.

—¿Y mi mujer? —gruñó, y se levantó súbitamente de la silla, tratando de sobreponerse con todas sus fuerzas—. ¿Qué pasa con Eleanor?

La enfermera Graves le estaba esperando en el pasillo. Los azulejos brillaban monótonamente, los pacientes se arrastraban en las sillas de ruedas, una multitud de

enfermeras y enfermeros iba arriba y abajo. *Neuralgia provocada por el café. Hiperclorhidria. Autointoxicación.* Todo aquello era jerga médica, vudú, cosas sin sentido, y no pensaba dejar que le afectasen. ¿Qué tenía de malo tomarse tres o cuatro tazas de café al día? No era cicuta, ni estriquina. Aun así, mientras la enfermera Graves le sonreía y charlaba con él, acompañándole por el pasillo a la sala de fluoroscopia para su sesión de rayos X, Will no lograba sacudirse el hechizo de las expresiones de Frank Linniman: las pruebas apenas habían empezado y ya había un nombre —*varios nombres*— para el mal que le aquejaba.

Su estómago había empezado a quejarse y no pudo evitar que le temblasen las piernas mientras la enfermera Graves le conducía a una sedante sala de espera con paisajes en las paredes y alfombras turcas en el suelo. Se quedó de pie torpemente en medio de la habitación. La enfermera Graves le pasó su ficha a un enérgico y pequeño médico, con los ojos ligeramente orientales, peinado con raya en medio y que llevaba monóculo. Will no pudo evitar una leve punzada de disgusto cuando la enfermera le dejó allí, con la promesa de volver a recogerle al cabo de veinticinco minutos. ¿Qué esperaba de ella?, se preguntó Will mientras se decidía por una silla en el rincón, bajo una de las omnipresentes palmeras. Seguro que aquella chica tenía cosas mejores que hacer que sentarse a su lado y cogerle la mano todo el día. Debía de tener otros pacientes, seguro; y familia; y tiempo libre para desayunar, para comer, biológicamente, por descontado; seguro que su verdadera vida empezaba fuera de aquellos terapéuticos muros.

Cuatro hombres y dos mujeres compartían con él la sala de espera, y todos ellos —Will incluido— estaban sentados en torturantes sillas del doctor. Eran sorprendentemente jóvenes —entre treinta y cuarenta años— y parecían tan sanos como cualquier persona con que uno pudiera cruzarse por la calle. Aparentemente, claro. ¿Quién sabía qué miserias atormentaban sus entrañas o qué sombras perniciosas aparecerían en la pantalla fluorescente del cuarto de al lado? Después de una breve lucha, Will abandonó toda intención de buscar una posición cómoda. Cualquier cosa hubiera sido mejor que aquella silla: estar echado boca abajo en el suelo, o colgado de una cuerda del techo, o ser pasado bajo la quilla por los piratas de la costa de Berbería. Se encogió torpemente sobre sus rodillas mientras leía en el *Morning Enquirer* de Battle Creek las noticias de partos de vacas y accidentes en las granjas.

Así consumió diez minutos de su vida antes de cambiar el *Enquirer* por un ejemplar del boletín informativo —y publicitario— del establecimiento del doctor Kellogg, *The Battle Creek Idea*. En primera página, emparedado entre un artículo que ensalzaba las virtudes del sanatorio escrito por uno de aquellos plutócratas de San Francisco que se habían hecho multimillonarios haciendo negocios de lo más sucio y un artículo de chismes sobre la villa florentina de la condesa Spalancare, había un recuadro en el que aparecían los nuevos pacientes. Su nombre y el de Eleanor le saltaron desde la página, adquiriendo forma y contenido gracias a la letra impresa: *El*

señor y la señora William Fitzroy Lightbody, de Peterskill, Nueva York. Cruzó las piernas y gruñó. Por más que les hubieran alojado en habitaciones separadas y en plantas distintas, por lo menos allí permanecían unidos, en blanco y negro, en el boletín informativo del gran médico.

Un enfermero salió por la puerta del santuario interior y pronunció en voz alta un nombre —«¿Señora Pratt?»—, y una de las mujeres se levantó de su silla con agilidad y cruzó la habitación. Will la observó furtivamente. No tenía más de treinta años, iba vestida con elegancia, no mostraba ningún signo de cojera, joroba, articulaciones inflamadas, cicatrices de viruela o úlceras, y, además, encarnaba el porte ideal del sanatorio de Battle Creek, por lo que podía ver a simple vista, hombros rectos y una columna vertebral tan cóncava que podría haber servido de molde para la silla fisiológica. ¿Qué le pasaría? Se imaginó que sería algo interno, oculto bajo los pliegues de su vestido... y pensar en las ropas de aquella mujer y en lo que ocultaban, le provocó una tremenda erección.

¡Santo Cielo, era un sátiro! ¿Cómo le podía pasar una cosa así a un hombre de su clase? Primero la señorita Muntz, luego la enfermera Graves y ahora aquella desconocida, aquella pobre mujer enferma, habían despertado en él pensamientos lujuriosos; incluso ahora, sentado en la sala de espera de rayos X del sanatorio de Battle Creek, tenía una erección. Pensó en las malas hierbas que el jardinero arrancaba cada verano en su casa de Peterskill: cortadas, agostadas, perdidos sus jugos vitales y la lozanía de antaño, muertas, desechadas, un montón de basura para quemar, y aun así se las arreglaban para soltar sus semillas, unas pelusas blancas que al flotar en la brisa parecían una tormenta de, nieve en pleno mes de agosto. Quizá era aquello lo que le pasaba. Quizá estaba a las puertas de la muerte y su cuerpo intentaba desesperadamente propagar su simiente, tal vez su organismo sentía locas ansias de procrear y transmitir sus facciones antes de que fuera demasiado tarde, sin detenerse a pensar en los vínculos del matrimonio o en la conveniencia del receptáculo. Era un hecho totalmente darwiniano. Le habían negado a su hija, y las remotas voces de sus antepasados gritaban con priápica urgencia: le amenazaban con la extinción, con una tumba yerma, de modo que sentía tremendas erecciones ante la simple visión de una mujer... Se dio cuenta de que la estaba mirando y bajó los ojos al periódico. *El señor y la señora William Fitzroy Lightbody*. ¿Dónde estaba Eleanor cuando la necesitaba?

—¿El señor Lightbody? —El enfermero estaba en la puerta, un hombre bajito, calvo, cetrino, mucho menos saludable que cualquiera de los presentes en la habitación; pero, eso sí, con la sonrisa típica del sanatorio de Battle Creek estampada en los labios, como si hubiera salido de una cadena de montaje—. ¿Quiere venir, por favor?

El resto de la mañana dio testimonio de los progresos y el avanzado estado de la

ciencia diagnóstica. Will permaneció frente a la pantalla de rayos X, inspirando y espirando ante el médico oriental —el doctor Tomoda, el primer japonés que Will había visto en carne y hueso— y su cetrino y bajito auxiliar.

—Usted no respirar mucho hondo —le informó el doctor Tomoda, mirándole con severidad tras el brillante disco de su monóculo—. Tener que llenar pulmones. — Para demostrárselo, hizo que el auxiliar se colocase detrás de la pantalla e inspirase y espirase hondamente, y Will pudo observar los brillantes huesos de su caja torácica expandirse y encogerse cada vez que los pulmones se llenaban de aire para luego expulsarlo. Era realmente curioso, parecía un truco de magia, como si hubieran insertado unas pequeñas varillas luminosas en el esqueleto de aquel hombre—. Así debe coger aire con pulmón suyo —canturreó solemnemente el doctor Tomoda. El auxiliar, que parecía fatigado (sin duda por el estrés de tener que dejarse iluminar los huesos para edificación de todo paciente con poca capacidad respiratoria que se presentase), sonrió débilmente.

La siguiente parada de Will fue el departamento de otorrinolaringología, donde un médico de barba erizada y lanosa escrutó minuciosamente todas sus cavidades craneales mientras le soltaba un interminable sermón que revivía todas las jugadas que había tenido que hacer para meter la pelota en cada uno de los hoyos en los partidos de golf que había jugado el verano pasado. Mientras le describía un par tres especialmente complicado por la configuración del terreno, Will se dejó arrastrar por la imaginación y pensó en su niñez, donde los exámenes eran muy claros: blanco o negro. Una niñez en la que había sido tan saludable y vivaracho como un grillo, y la respuesta era una suma, un tiempo verbal, una fecha o un lugar. Pero aquel examen era distinto. Las respuestas eran recónditas, estaban más allá de su conocimiento o su control: corrían por sus venas, se escondían en sus huesos y sus órganos, hervían en sus tripas. No había nada correcto ni incorrecto, sólo buenas o malas noticias.

Después de veinte minutos o así, el otorrino dejó el instrumental. Will fue informado, por tercera vez desde que había llegado al San, de que tenía la lengua sucia (aunque cómo y por qué afectaba eso a su salud seguía siendo un misterio), y mientras le acompañaba a la puerta, el médico le recomendó que comiera correctamente y que hiciera ejercicio al aire libre: quizá un deporte que combinara andar y golpear bolas de caucho con palos de diversas formas.

La enfermera Graves le acompañó a la sala del dinamómetro, donde esperó turno en uno de los aparatos destinados a medir la capacidad muscular. Un par de joviales y musculosos jóvenes vestidos de gimnastas le instruyeron sobre el modo de tirar de distintas palancas, encorvarse, sostenerse a la pata coja y atarse correas de cuero a la frente, el codo, el abdomen y la rodilla, así como de luchar contra la resistencia que le ofrecía el firmemente inamovible aparato. Sus esfuerzos quedaban recogidos en un dial instalado en una urna de cristal. Y aunque a Will le aseguraron que el aparato había sido creado por el todopoderoso jefe con el objetivo de realizar diagnósticos precisos y vitales, le pareció que toda la operación guardaba cierta semejanza con

esos aparatos para medir la fuerza que hay en las ferias de pueblo.

En el transcurso de la mañana, Will dio sangre, soportó la incómoda introducción del gastroscopio y el rectoscopio, sopló en un frasco con un líquido claro para determinar la tasa de acetona en su aliento y arrastró una especie de noria como un caballo con los ojos vendados mientras un pequeño y minucioso médico con un cronómetro enorme le auscultaba el pecho y garabateaba unas notas en un formulario que llevaba el membrete de John Harvey Kellogg. A la una en punto, la enfermera Graves le dejó en la puerta del comedor al cuidado de una frígidamente sonriente señora Stover. Will volvió a sentarse con Hart-Jones, la señorita Muntz y los demás, y se llevó a la boca apesadumbrado un par de cucharadas de arroz a la Carolina que las dietistas le forzaron a ingerir. También mordisqueó una tostada de pan integral. Si Eleanor estaba presente, no la vio, aunque después del ejercicio con el dinamómetro universal no tenía fuerzas ni para volver la cabeza.

Pero el bondadoso doctor Kellogg, en su benevolencia y sabiduría, había pensado en la necesidad de descanso, por lo que prescribió una hora de siesta para aquel día de implacables reconocimientos. Aquello le había parecido muy bien a Will, pero había una pequeña trampa: la siesta tenía que dormirla fuera, en la terraza, en la helada y umbría atmósfera de una tarde de noviembre. Pero ¿por qué? Pues porque el doctor Kellogg creía en los poderes curativos de la naturaleza y no se cansaba de hacer hincapié en la importancia de respirar el aire puro del campo, fuera verano o invierno. La enfermera Graves le entregó a Will una bolsa de agua caliente y luego, con la ayuda de un enfermero —¿era Ralph?—, le envolvió con un montón de mantas de algodón tan fuertemente que Will pensó que el peso le aplastaría. Le colocó un gorro de dormir y le llevó en una silla de ruedas hasta la galería, donde le trasladaron a una tumbona de madera y le pusieron de cara al sol, o, mejor dicho, hacia el punto del firmamento donde habría estado de no haberse ido al sur a pasar el invierno.

Will observó el cielo plomizo. Un indefinible pájaro gris pasó volando por el horizonte. El viento ártico erizó el vello de las concienzudamente examinadas fosas nasales de Will, azotó sus pulmones y causó un leve pero evidente dolor en la fina capa de carne que le cubría las mejillas. Por lo que alcanzaba a ver, a ambos lados de él se extendía una falange de pacientes envueltos en capullos de mantas, como bebés en pañales. Se preguntó si se sentirían tan ridículos como él. Era una persona mayor, un adulto responsable, tirado en una terraza enlosada en pleno invierno de Michigan, como si fuera una playa del sur de Francia. Más allá, en el amarillento césped, duro como una piedra, un par de ciervos del doctor hundían sus hocicos en una bala de heno. A pesar de todo, Will empezó a sentirse soñoliento.

Entonces percibió una voccecita incorpórea que le hablaba desde el vacío gris.

—¡Hola! —dijo la delicada voz—. Una tarde encantadora, ¿verdad?

No le fue fácil, a causa de las mantas que le envolvían, pero con un gran esfuerzo Will consiguió volver la cabeza y enfocar la figura que tenía a la derecha. Descubrió un gorro de dormir idéntico al suyo, una nariz protuberante y llena de surcos y un par

de párpados de color púrpura.

—Aquí —dijo la voz con una risita—, a su izquierda.

Will volvió la cabeza, mientras un frío glacial atacaba su desnuda barbilla y enviaba helados chorros de aire por el interior de su cuello, y se encontró contemplando el caldo amarillento de los ojos de la señorita Muntz. O, por lo menos, intuyó que eran los ojos de la señorita Muntz. Nunca había visto unos ojos de aquel color, como de sopa de pollo hecha gelatina tras toda una noche en la cocina, que enmarcaban una nariz decididamente verdosa.

—¿La señorita Muntz? —aventuró.

Ella respondió con una segunda risita, aún más prolongada.

—¿No le parece que esto es muy acogedor? —preguntó su voz delicada tras una pausa; el aliento se condensaba al brotar de aquellos amoratados labios y aquellas fosas nasales color verde pálido.

¿Acogedor? Su idea de lo acogedor era un sillón junto a la chimenea en una taberna, frente a un plato de carne con patatas fritas y una jarra de cerveza, y con un estómago capaz de digerirlo todo. Pero no quería parecer descortés, y recordó el porte y la figura de la señorita Muntz, a pesar de su tinte verdoso, y la mirada que le había dedicado en el pasillo aquella noche. *Su dormitorio está sólo dos puertas más allá*, pensó, y de nuevo le recorrió el cuerpo una comezón sexual.

—Sí —dijo por fin. Lamentaba que la señora Stover le hubiera sentado las dos veces en el extremo opuesto de la mesa, alejado de la señorita Muntz, y que aquel tonto del culo de Hart-Jones hubiera dominado así la conversación prandial, de forma que Will no había podido dirigirle ni siquiera dos palabras.

El rostro de la señorita Muntz adoptó una expresión de exaltación. Los ojos le ardían, una misteriosa sonrisa surgió en sus labios, y dejó escapar un suspiro de satisfacción cósmica echando la cabeza hacia atrás y dejando que su mirada pasara por el cielo, los árboles desnudos y el césped que tenían más abajo. Al cabo de un rato, durante el cual una fuerte brisa procedente de las heladas y negras aguas del lago Michigan sacudió la terraza y elevó una hoja de periódico por encima del muro, ella murmuró:

—¿Verdad que son encantadores?

—¿Los ciervos?

—Sí. Son tan elegantes... son parte de un mundo natural que nosotros nos empeñamos en brutalizar con nuestras escopetas, nuestras trampas y nuestras vallas, nuestras carreteras y nuestras casas de ladrillo. Son tan... tan *correctos*...

Will le dio la razón sinceramente, aunque no podía evitar ver a los ciervos como agentes de propaganda del jefe. El pensamiento de un filete de venado, jugoso, espolvoreado con tomillo y acompañado por unas zanahorias y cebollas rehogadas, le hizo la boca agua.

—Sí, son encantadores —se oyó contestar Will, pero ahora que había empezado a hablar de banalidades, sintió la tentación de pasar a una conversación más morbosa.

¿De qué estaba enferma? ¿Qué era aquella enfermedad que la volvía verde? ¿Era mortal? ¿Contagiosa? Sabía que no debían hablar de síntomas, el jefe les había dado órdenes estrictas al respecto, que si el pensamiento negativo y todo aquello... Pero la curiosidad pudo más. Carraspeó y tragó aire, tan profundamente, que notó cómo le llegaba hasta la rabadilla.

—Ejem... señorita Muntz —empezó—, si no le importa que le pregunte, sólo por curiosidad, me intriga por qué una mujer tan joven... ejem..., cómo es posible que esté usted en una institución como ésta... Bueno, es decir, espero no parecerle maleducado, pero ¿qué es lo que tiene usted?

Hubo un momento de silencio, y luego la señorita Muntz se volvió hacia él. Will comprobó que la exaltación había desaparecido de su rostro, absorbida por sus verdes poros como la tinta el depósito de una estilográfica.

—Mire, no debemos hablar de nuestras enfermedades, ya lo sabe. Pero le perdono porque es nuevo. Y porque me gustan sus ojos. Y su nariz.

Aquella información le produjo un leve escalofrío: le gustaban sus ojos y su nariz. Era un hombre casado, claro, y algo aún más importante, un hombre casado profundamente enamorado de su mujer. Y no iba a caer rendido por los halagos de otra mujer, pero... bueno, sintió un leve estremecimiento de placer.

—El doctor Kellogg lo llama «sintomitis». No quiere que sus pacientes estén todo el día como viejas cotorras, hablando de enfermedades y síntomas.

—Eso es verdad. Pero como le gustan mis ojos y mi nariz, y aunque acabo de conocerla, señorita Muntz, tengo que confesarle que estoy muy preocupado... si usted no estuviera en mi mesa, yo estaría a merced de la señora Tindermarsh y de ese inglés charlatán... bueno... no quisiera precipitarme, pero ¿no podría apagar mis temores? Dígame que no es nada. —¿Habría ido demasiado lejos?—. No es nada grave, ¿verdad? —Notó el frío en sus encías mientras le dedicaba la mejor de las sonrisas. De pronto se había vuelto muy importante, casi imprescindible, que ella se lo contase. Eran dos almas confusas y engañadas que se estaban intercambiando confidencias, y nada más. ¿Acaso había algo malo en ello?—. Yo estoy aquí por culpa del estómago —se adelantó Will—. Por eso estoy aquí. No puedo comer ni dormir. Me siento como si tuviera un centenar de mineros en miniatura manifestándose con antorchas en mi interior.

Una mano bastante verdosa logró salir del capullo que formaban las mantas de la señorita Muntz. Se la llevó a los labios para ahogar una sonrisa. ¿Le parecía tan divertida su sonrisa? ¿O era su sufrimiento? Will se puso colorado... Había intentado ser sincero con ella.

—Tengo la enfermedad verde —anunció de pronto y mirando a otro lado—. Es una anemia. El nombre técnico es clorosis. El doctor Kellogg dice que el mío es un caso bastante grave, pero me ha diagnosticado una plena recuperación si sigo la dieta antitóxica, por supuesto.

—¡Por Dios! —exclamó Will—. ¿No le parece horrible la comida? Eso de la



pulpa de maíz y los filetes de Protose...

—Si es por mi bien, me comeré lo que sea —dijo la señorita Muntz con una expresión de desdén—. Y, además, he descubierto que la carne me ha estado envenenando durante todos estos años. Mi madre es totalmente... bueno, toma tocino en el desayuno, chuletón en la cena, y pollo, riñones, chuletas y cosas por el estilo en el almuerzo. No es extraño que yo esté anémica.

Will meditaba sobre aquello, el espectro de una madre amorosa envenenando involuntariamente a la carne de su carne y sangre de su sangre, cuando apareció la enfermera Graves para cambiarle la bolsa de agua caliente y ver cómo se encontraba.

—Descanse —le regañó con leves resoplidos mientras le colocaba la bolsa de agua caliente bajo las mantas—, a las dos y media le pondremos el enema de la tarde, luego iré al departamento de exploración del colon, la sala de radiografías y el departamento antropométrico. Y después —se detuvo un momento como si fuera a anunciar la visita de un miembro de la realeza europea—, el jefe le verá.

---

## 8. RENOVANDO LA FLORA

Era la última hora de la tarde, las ventanas se volvían opacas con la oscuridad pegajosa de la noche y una calma reflexiva se había apoderado de los pasillos del sanatorio, mientras pacientes y empleados hacían sus preparativos para la cena. La hora, en fin, en que en otras instituciones —más felices— la gente se reuniría a tomar un cóctel. Will estaba sentado solo en un banco del Jardín de las Palmeras, respirando la opresiva humedad y la inquietud tropical del lugar, y escuchando cómo los componentes del Cuarteto de Cuerda del sanatorio (cuatro envarados caballeros que lucían unas barbas simétricamente cortadas) rasgaban dócilmente sus violines interpretando algo de Schumann. O, por lo menos, a él le pareció Schumann. Tenía aquel aire de fluida tristeza, aquel preciso torrente de júbilo teutón. Schumann. Seguro. Miró a su alrededor y bostezó. Se sentía agotado, débil y terriblemente aburrido, sentado entre aquellas ancianas señoras en sus sillas de ruedas, tan inválidas como él. Miró el reloj y sofocó una oleada de gases provocada por los tres bocados del arroz a la Carolina que se había tomado. ¿Dónde estaba Eleanor? ¿Qué le ocultaba?

Cuando por fin se rindió, cuando cerró los ojos para escuchar el adagio y dejó que sus pensamientos vagaran por las soleadas y adoquinadas calles de Peterskill hasta un lejano desfile del Cuatro de Julio, con Eleanor cogida de su brazo, la merienda en una cesta y la banda tocando una marcha militar de Sousa, notó que alguien le tocaba el codo. Era la enfermera Graves, la de suaves ojos castaños y habilidosas manos, dispuesta a llevarle ante el insigne doctor, al lugar donde por fin se enteraría de cuál iba a ser su suerte.

—Pobre —resopló mientras le ayudaba a ponerse de pie—, debe de estar agotado. Siento tener que interrumpir su siesta...

—No estaba durmiendo —dijo Will dedicándole una débil sonrisa—. Estaba pensando, meditando.

—Claro, claro —susurró ella mientras cruzaban el corredor y el vestíbulo. Su paso, que normalmente era bastante vivo, se adaptó al lento caminar de su inválido paciente—. Yo también me concentro mejor cuando ronco. Y no me lo niegue, usted estaba roncando. Fíjese, un solo día en el San, un pequeño paso en dirección a la vida fisiológica, y ya está usted dando cabezadas como un bebé. Usted, que llevaba tres semanas sin pegar ojo.

Avanzaban por el pasillo hacia la derecha, con todas las luces encendidas. Algún paciente ocasional volvía de un análisis de sangre de última hora o de un chequeo de colon mientras los médicos cerraban sus consultorios y se iban a sus casas a paso

fisiológico. Will no pudo menos que reconocer lo que le había dicho. Se había dormido, lo cual ya era algo. Quizá el sanatorio fuera útil, quizá empezaba a recuperar la salud, con la compañía de Eleanor o sin ella. Pensar en aquellas cosas — poder andar de nuevo, pasear por los bosques, interesarse por la vida, tomarse un cóctel, fumarse un cigarrillo, atiborrarse como todo el mundo para luego aliviarse en el cuarto de baño— le inundó con un chorro de esperanza.

—Deje a cualquiera delante de esa orquesta y se quedará inconsciente al cabo de treinta segundos —bramó Will, burlándose de nuevo, casi jubiloso, camino de la consulta de su galeno, del brazo de su ángel benefactor—. Si lo hubiera sabido, lo hubiera contratado para que tocaran en el salón de mi casa todas las noches a eso de las once, con un vaso de leche en una mano y una mala novela en la otra.

La risa pura y cantarina de la enfermera Graves resonó en todo el pasillo, contagiosa, provocando la sonrisa de las enfermeras y los médicos que pasaban por allí y emocionando a Will hasta hacerle creer que era el hombre más ingenioso de la tierra. Seguía riéndose cuando llamó a la pesada y pulida puerta de roble del despacho del doctor Kellogg. Will reconoció al hombre obeso que contestó a la llamada, era el amanuense del doctor Kellogg, y detrás de aquel hombre vio una inmensa oficina, tan iluminada y aséptica que podía haber sido una sala de operaciones. El único detalle que rompía la monotonía, aparte de los radiadores de la calefacción, era una hilera ininterrumpida de retratos que ocupaba las tres paredes visibles por encima del dintel de madera. Su efecto era inquietante. Filósofos griegos, vegetarianos famosos, héroes de la medicina y magnates de la industria contemplaban al pobre paciente con una mirada fría y despiadada. Aquellos famosos y egregios personajes —Lord Byron, Isaac Newton, Benjamín Franklin, Abraham Lincoln, Platón, Joseph Listen, Sylvester Graham—, todos, parecían mirarle acusadoramente, exigiéndole que abandonase su pecador comportamiento carnívoro y siguiera el camino de la rectitud vegetariana.

—¿El señor Lightbody? —preguntó el secretario. Se golpeaba las cejas con un pañuelo húmedo como si estuviera perdido en medio del desierto del Sahara, aunque la temperatura exterior era de quince grados bajo cero y la interior se mantenía siempre uniforme en veintidós grados centígrados, tal como ordenaba el jefe.

—Sí —respondió por él la enfermera Graves—. El señor Lightbody está aquí para su cita de las cinco cuarenta y cinco con el doctor Kellogg.

—¿Le importaría entrar y tomar asiento? —respondió el secretario, esta vez secándose las gafas, como si su propio clima interior las hubiera humedecido—. El doctor Kellogg le espera.

Pero Will no consiguió moverse. Se quedó de pie en el umbral, dubitativo, con el corazón saliéndosele de la caja torácica (*ahora, ahora* lo descubriría todo, para bien o para mal, y la sola idea le paralizaba), mirando atónito el enorme escritorio de caoba del centro de la habitación como si fuera un altar para sacrificios. La brillante superficie del escritorio sólo albergaba tres objetos: a un lado, una lámpara; al otro,

un tintero; y en medio, un archivador, lleno de informes de laboratorio. Era bastante extraño, pero el doctor Kellogg no aparecía por ninguna parte. Si estaba en la habitación, debía de haberse escondido debajo de la mesa.

—Venga, señor Lightbody —le apremió la enfermera, mientras el secretario le inducía a entrar con un movimiento de rotación, bastante curioso, de sus manos regordetas. El secretario murmuraba una excusa sobre una cita anterior del doctor Kellogg cuando a sus espaldas se oyó una voz nerviosa y vivaz:

—¡Ah, pero si es el señor Lightbody!

El doctor Kellogg, vestido de blanco, entró apresuradamente por la puerta y esquivó a Will como un niño jugando a la peste. Llevaba una cesta de fruta colgando de un brazo y un montón de libros bajo el otro. Con un rápido y único movimiento le pasó los libros a su nervioso secretario, y se acercó a la enfermera y a Will con la cesta de fruta.

—¿Quiere fruta, enfermera Graves? ¿Señor Lightbody? ¿Dab?

La cesta era de paja trenzada, y estaba llena de manzanas, peras, naranjas, aunque no era la temporada, plátanos, quinotos, mandarinas y una única granada de color rojo cereza. La enfermera Graves cogió una mandarina, impecable con su floja cáscara encerada color naranja, y Dab eligió un plátano, esforzándose para alargar una mano y no dejar caer los libros del doctor Kellogg. Will, aún en la puerta, alargó la mano torpemente para coger la granada, no tanto por comérsela sino por cogerla, acariciarla, cualquier cosa con tal de apaciguar al inquieto y dominante hombrecillo.

—Pero, doctor... —empezó Dab dubitativo—, ¿le parece que... cree usted...?

—Claro —dijo Kellogg—. ¿En qué estaría yo pensando? —espetó el doctor soltando la cesta como si la fruta estuviera envenenada, como si hubiera estado ofreciendo setas venenosas o belladona, como si su mero contacto pudiese matarlos. Al instante siguiente estaba en su escritorio, todavía de pie, con la cesta de fruta fuera de alcance, en la estantería que había a sus espaldas, y la ficha de Will en la mano. Le observó con una expresión intensa, como de pajarillo inquieto y perspicaz atento al movimiento de la menor brizna de hierba—. Perdóneme, señor Lightbody. No se quede ahí como si me tuviera miedo. No le voy a comer. Entre, entre. Estaba haciendo la ronda, dándoles fruta a mis pacientes... el mejor refrigerio que nos ha proporcionado el Señor, antitóxico, antiescorbútico, lleno de fibra, sobre todo la granada, una fruta excepcional... y se me ha ido la cabeza durante un momento. Porque usted todavía no debe comer fruta, no de momento. ¡No, no, no, no, de ninguna manera! ¡De ninguna manera!

Will tomó asiento frente al escritorio, sintiéndose tan mareado como si tuviera la cabeza llena de helio, y con el estómago en un puño por la aprensión. Dab seguía afanándose con los libros del doctor, colocándolos en el lugar que les correspondía en la estantería. La enfermera Graves se quedó en la puerta, con la mandarina protegida como una ofrenda entre sus manos, esperando instrucciones. El doctor iba y venía masticando una manzana de brillante piel verde y pasando las páginas de la extensa

ficha de Will, o de lo que Will pensaba que era su ficha. Observó que, sobre las cejas del doctor, había aparecido como por arte de magia una visera de celuloide ahumado que frenaba el brillante reflejo de sus lentes.

—Enfermera Graves —dijo el médico paseándose todavía, con la cabeza gacha y un tono de voz como el retumbar del motor de un coche al primer golpe de manivela —, ya no la necesito, gracias. He dispuesto que la enfermera Bloethal la sustituya durante el resto de la tarde.

La enfermera Graves cerró la puerta suavemente tras de sí y desapareció, con su porte fisiológico, sus hermosas orejitas, sus manos terapéuticas y todo lo demás. Will se sintió súbitamente perdido, como una vez, de pequeño, que fue con su madre de compras a Nueva York y se soltó de su mano entre los empujones de una amenazante multitud.

—Bueno, señor Lightbody —dijo de pronto el doctor, desplegando el expediente sobre la mesa para poner más énfasis—. Se lo diré francamente: usted es un hombre muy enfermo. Todas las pruebas concuerdan con los síntomas descritos por el doctor Combe en su magistral estudio sobre la autointoxicación intestinal, tal y como yo sospechaba. Aspecto cansado, expresión triste, pelo seco —Will se tocó reflexivamente el cuero cabelludo—, ojos hundidos, lengua sucia, estrechez de pecho, uñas quebradizas... —El frenético hombrecillo agarró la mano de Will, le inspeccionó las uñas un momento, la soltó y continuó—. Por no mencionar las palpitations de su corazón, trastornos neurasténicos, tensión baja, heces sin forma, prurigo, eccemas y furúnculos. ¿Ha tenido alguna vez pérdidas de memoria? ¿De nombres propios?

—Bueno, yo...

Will estaba atónito. ¿Furúnculos? ¿Trastornos neurasténicos?

—¿Nombres de conocidos, y cosas así? ¿Nombres de lugares, ciudades, países, ríos? Rápido, ¿cuál es la capital del Paraguay?

—¿Del Paraguay...? Pues... No es Buenos Aires... ¿o sí?

—¿De Delaware? ¿De Suecia? ¿De Luisiana? ¿Qué río atraviesa el Brasil?

El doctor se había inclinado sobre su escritorio con expresión de suficiencia, la expresión complacida de quien ve confirmadas todas sus sospechas. Dab, el sudoroso secretario, había acabado de ordenar los libros y tomaba notas en un cuaderno con tapas de piel; alternaba las notas con el gesto de enjugarse la frente con su pañuelo, que estaba salpicado de manchas de tinta. Se había metido descuidadamente en el bolsillo de la pechera el plátano que le había dado el doctor, y destacaba como si fuera una flor en el ojal de su traje azul oscuro.

—El Amazonas —dijo Will—. Y la capital de Luisiana es... Nueva Orleans, ¿no? ¿Qué más me ha preguntado?

—Tiene usted una mujer fantástica —dijo el doctor, sin que viniera a cuento—. Es usted un hombre de suerte.

Will se agitó en la silla. *Palpitaciones, ojos hundidos, uñas quebradizas.* No sabía

qué decir. Intuía que no era el momento de sacar a colación lo de las habitaciones separadas y la situación en el comedor.

—De todas formas, y siento decirlo, ella también tiene destrozado el sistema nervioso... Pero, eso sí, su esposa intenta seguir la vida biológica con toda su alma, y estoy convencido de que va por el buen camino. Después de todo, ésta es su tercera estancia con nosotros. Y la neurastenia de su esposa, así como la suya, no es más que un síntoma, un signo externo de un problema más profundo, y ese problema es, evidentemente, el envenenamiento de sus sistemas por bacterias putrefactivas y anaerobias. Ésa es la raíz del problema.

—Pero doctor, ¿cómo voy a estar neurasténico? —protestó Will. ¿Acaso padecía todas las enfermedades del mundo? ¿Por qué no un cáncer cerebral? ¿O cólera? ¿O beriberi?—. Yo creía, bueno... que ésa era una enfermedad de mujeres...

—¡Alto, alto, señor Lightbody! —El doctor Kellogg alzó una arrugada y saludable palma blanca—. Me sorprende usted. De verdad. Como ya han demostrado Begany y Grünweiss, esa enfermedad ataca sin distinción de edad o de sexo. Nuestro propio presidente la padeció de joven.

La imagen de Theodore Roosevelt, con su ceremonioso bigote y sus severos anteojos, de pie junto al cadáver de un bison de casi mil kilos en las llanuras del Lejano Oeste, surgió en la mente de Will. ¿Teddy Roosevelt? ¿El héroe de la colina de San Juan?<sup>[13]</sup> ¿Aquel personaje viril y vigoroso, de cuadradas mandíbulas? ¿Aquel hombre que se había enfrentado a los trusts? ¿Aquel amante de la caza mayor? ¿Teddy, neurasténico?

—No hay por qué avergonzarse —observó el doctor—. Hay hombres más propensos que otros, hombres más sensibles y atentos de lo que es bueno para ellos, con una mente demasiado intelectual y poética, y una forma de ser demasiado urbana y esteticista. Si no fuera por mis rigurosos hábitos fisiológicos y las lecciones de la vida sencilla, estoy seguro de que yo sería un buen candidato a padecer de neurastenia. Pero bueno, ya basta de este tema. —El doctor Kellogg se inclinó hacia adelante, con los brazos rígidos. Tras él, en la pared que quedaba a sus espaldas, se veían las cejas arqueadas y moralizantes de Abraham Lincoln—. He sacado a colación a la señora Lightbody, Eleanor, por una razón.

Will estaba aturdido. Tenía la garganta seca —como si se la hubieran rascado con un cepillo y luego se la hubieran llenado de arena caliente—, y el duendecillo que moraba en sus intestinos apoyó un dedo de fuego en su estómago. ¿Qué sería lo siguiente?

El inflexible y bajito galeno vestido de blanco le miró con una expresión que habría enorgullecido a un maestro de escuela.

—De nuevo quiero ser sincero con usted, y le diré que si abordo el tema de la salud de su mujer es porque quiero poner énfasis en la contención que va a tener que ejercer con respecto a sus necesidades naturales. En mi opinión, las relaciones conyugales le harían mucho daño a su mujer, a los dos.

El sudor brillaba en la calva e hinchada cabeza de Dab. Escribía furiosamente, sin osar levantar la vista. Will sintió que se ruborizaba.

—¿Por eso nos ha colocado en plantas separadas? ¿Por eso no puedo ni siquiera sentarme a comer con ella?

—Así pues, y espero que me sea franco —continuó el doctor, ignorándole y alzando la voz como un orador que se ciñe a su tema—, debo preguntarle con qué frecuencia ha mantenido relaciones físicas íntimas con su mujer durante el período de su enfermedad, y de la de ella.

El pie derecho de Will se disparó y empezó a dar golpes bajo el escritorio como si se hubiera separado de su cuerpo. Apartó los ojos de la mirada inflexible del doctor y contempló el arrugado y asexuado semblante del «Viejo» Thomas Parr, que había muerto a los ciento cincuenta y dos años.

—Bueno —dijo moviéndose torpemente para recobrar la compostura, sintiéndose como un criminal, un violador de esposas, un océano de venalidad—, solíamos... ejem... unirnos una vez a... eh... a la semana —alzó la vista y pudo ver que el bueno del doctor fruncía el ceño—, o menos, a veces menos, mucho menos, y luego ella se quedó...

—*Embarazada* —añadió el doctor.

—Sí. Y nosotros, nosotros... —De pronto surgió ante él la imagen de su hija, la niña a la que nunca vio, a la que nunca había podido coger en brazos ni comprarle un helado, la visión idealizada de una niñita con trenzas, el destello de una gorrita y una cesta, un campo de flores meciéndose al sol, y se derrumbó—. Pero se *murió* —dijo ahogadamente—, se murió antes de que pudiera verla, verla al menos una vez...

Silenciosamente, como un gato, el doctor rodeó el escritorio y se quedó rígido al lado de Will, ofreciéndole mecánicamente un planchado pañuelo de lino.

—No se preocupe —dijo con un tono lleno de simpatía—. Lo comprendo. Lo más triste de la existencia humana es que tenemos que dedicarnos a esas peligrosas prácticas, peligrosas para la esposa y también para el marido, a causa de la excitación del sistema nervioso, la pérdida de los fluidos vitales, el trauma para la salud de ambos miembros de la pareja. Quiero decir que tenemos que hacerlo para perpetuar la especie. Es nuestra ofrenda a la vida. Pero no se culpabilice, señor Lightbody, he visto casos mucho peores. Hombres que saciaban sus apetitos todas las noches. Tuve un caso de un hombre que hizo el amor cada noche durante veinte años. Aquel hombre era como una bestia salvaje. Enterró a tres mujeres.

Hubo un largo silencio. Dab seguía escribiendo furiosamente —Will oía el rasgar de la pluma sobre el rumor del vapor en los radiadores y los ruidos ocasionales que llegaban del pasillo—, pero se había vuelto, como si aquel tema fuera demasiado doloroso para él. Al cabo de un momento, el doctor avanzó muy despacio hacia su sillón tras el escritorio y se sentó, por primera vez durante la entrevista.

—El mundo es un lugar muy atareado, señor Lightbody —dijo para empezar. Formó una pequeña pirámide con los dedos. La manzana, mordida caprichosamente,

se apoyaba en su codo—. Las calles están llenas de huérfanos. Mi mujer y yo hemos adoptado a todos nuestros hijos, y estamos muy orgullosos. Yo predico la abstinencia, señor, la más estricta abstinencia. Por supuesto, así será mientras esté a nuestro cuidado y con su incierto estado de salud, y espero que en el futuro también... *Podemos dominar nuestros apetitos, podemos hacerlo.* Dios nos ha dado ese don.

Rascándose la nuca, pensativo, el doctor se puso a mirar la ficha. Sin levantar la vista, y con su tono clínico e insinuante, escarbó un poco más en el lodo.

—¿Echa de menos el alcohol? ¿Y los opiáceos? ¿Ha superado esos problemas?

Will apenas podía hablar. Estaba mortificado, avergonzado de su cuerpo, de sus furtivos deseos y secretos, avergonzado de los pensamientos lujuriosos que le habían perseguido durante todo el día, avergonzado de volver a mirar a la enfermera Graves.

—Sí —tragó saliva, medio atragantándose con aquella única palabra.

—Bueno. —El doctor lo miró por debajo de la visera—. Vamos a renovar la flora intestinal, eso es lo primero que vamos a hacer. Supongo que ya sabrá usted que en el tracto digestivo humano hay más de ciento sesenta tipos diferentes de bacterias, ¿verdad?

Will asintió débilmente. Sí. Bueno, no. No, no lo sabía.

—Cada especie separada forma sus propios productos finales y ácidos peculiares. Las dos clases principales de bacterias son las aerobias y las anaerobias, según han descubierto Tissier y otros. ¿Conoce la obra de Tissier? No importa. En cualquier caso, las aerobias son generalmente beneficiosas. De hecho, son vitales para nosotros, y producen sobre todo ácidos inocuos. Pero las anaerobias, las bacterias que se encuentran en la carne, son patológicas y putrefactivas. Son perniciosas, señor Lightbody, y son su azote.

El doctor volvió a ponerse de pie. Le dio un mordisco a la manzana, que tenía unas señales pardas producidas por su propia dentadura, y empezó a masticar y a pasearse, acariciándose los mechones blancos de su pelo. Luego se detuvo bruscamente y giró en redondo para encararse con Will.

—¿Ha estudiado las costumbres de los búlgaros, señor Lightbody? ¿No de los que viven en las ciudades, sino de los pastores, los leñadores de los Balcanes o de los montes Ródope?

Will no lo había hecho.

—Pues bien, tal como descubrió Mechnikov, son sorprendentemente longevos. Quizá no tan longevos como Parr, pero... Bueno, Parr es la feliz excepción. De todas formas, como grupo, y considerando que Massal y Mechnikov han sometido el asunto a un riguroso análisis estadístico, esos rudos montañeros búlgaros viven más que cualquier otro habitante de nuestro magno y variado planeta. Y ¿sabe por qué?

El diminuto médico no esperaba que le contestara. Así lo entendió Will, ya recuperado de la vergüenza. Se incorporó y sintió en sus riñones el fisiológico costillar de la silla, pero logró emitir un fuerte gruñido de interrogación.

—Yogur.



—¿Yogur?

—Yogur. —El doctor estaba radiante, y unió sus exiguos labios para dibujar una delgada y triunfante sonrisa—. Ésa es la clave. Porque el yogur, señor Lightbody, que es la base de la dieta de los búlgaros, contiene la beneficiosa bacteria *Lactobacillus bulgaricus*, que sirve para exterminar las bacterias patógenas, productoras de toxinas, *Bacteria welchii* y *Proteus vulgaris*, que se instalan en los organismos exhaustos, en su propio exhausto sistema, señor mío, por la acción putrefactiva de los alimentos cárnicos. Como dice sir Arbuthnot Lane: «El colon no es más que una cloaca». Tenemos que renovar esa flora.

Las facultades críticas de Will parecían socavadas por el torrente de información y las extrañas sensaciones que había experimentado durante el curso de las últimas veinticuatro confusas horas. Estaba derrotado, insensible, era una masa de protoplasma instalada sobre el asiento de hierro de una silla fisiológica en una pequeña y abovedada habitación de un enorme edificio de ladrillo en Battle Creek, Michigan. No sabía si reír o llorar.

El doctor se volvió bruscamente hacia su secretario.

—Dab, el régimen y la dieta para el señor Lightbody, por favor.

Sudoroso y jadeante, con el plátano sobresaliéndole del bolsillo y el cuello de la camisa apretándole el cuello, Dab se desplazó por la habitación y le pasó al doctor dos hojas muy llenas escritas a máquina a un solo espacio; evitó mirar a Will.

—¡Ah, sí! Sí, sí —murmuró el doctor Kellogg volviéndose a Will—. Durante los tres primeros días empezaremos con hijiki y semillas de zaragatona. La zaragatona, que se tomará como si fuera una medicina... (es una regla fundamental, señor, y le aseguro que no toleraré ninguna desviación ni ninguna tontería con las dietistas en el comedor)... Como le iba diciendo, la zaragatona es higroscópica, absorbe el agua y se expande en el estómago, depurándolo mientras pasa por el cuerpo, tan a conciencia como si un minúsculo ejército de barrenderos pasara por ahí con sus escobas. Y lo mismo ocurre con el hijiki, que es un alga marina japonesa que me dio a conocer el doctor Tomoda, de la Escuela Imperial de Medicina de Kioto. Absolutamente indigerible. Es como comerse una escoba, pero una escoba que le limpiará, señor Lightbody. Le limpiará. Luego empezaremos con la dieta láctea.

Will estaba confuso. Yogur, leche, algas marinas... Y de comer, ¿qué?

—¿La dieta láctea?

—¡Ah, sí! Perdona. El yogur se le administrará, principalmente, por el extremo inferior del tubo digestivo, en una especie de asalto por dos frentes, si se me permite la expresión. —El doctor se detuvo y apostilló la broma con una suave y ponderada carcajada. Obedientemente, Dab se unió a él, pero en la garganta del secretario la carcajada se convirtió en una risa estúpida y luego en un ahogado resoplar que no tenía la más mínima gracia—. Aquí es donde interviene la enfermera Bloethal —continuó el doctor—. Dos veces al día, además del enema después de cada comida le pondremos una inyección colónica de suero y *Lactobacillus bulgaricus*, es decir, la

bacteria del yogur, recogida especialmente para el sanatorio en Bulgaria y que se encuentra exclusivamente en nuestra institución. Con el tiempo, erradicaremos la bacteria dañina de su colon y lo repoblaremos con una colonia de flora saludable, para que pueda usted digerir correctamente la comida. Cíñase a la dieta, cíñase al régimen de ejercicios, y sus problemas estomacales serán cosa del pasado. Tres meses, señor Lightbody. En tres meses, señor mío, será usted un hombre nuevo.

La entrevista estaba tocando a su fin, y aquello le levantó el ánimo a Will. Además, había un rayo de esperanza, aquella visión radiante del colon sano y el estómago sereno. Se levantó de la silla y se atrevió a gastar una broma de su cosecha:

—Tres meses y estaré en el camino del bienestar, ¿no?

Apenas aquellas palabras habían salido de su boca, Will se dio cuenta de que había cometido un error. En la habitación se hizo un silencio sepulcral. El doctor se puso rígido. Dab bajó la mirada y se refugió en un rincón.

—¿Qué pasa? —dijo Will con una sonrisa avergonzada—. ¿He dicho algo que no debía?

Un terrible y lisiado momento pasó renqueando.

—Aquí no empleamos ese tipo de expresiones, señor —dijo por fin el doctor, con los labios muy apretados—. En esta institución, no. Eso no son más que eslóganes baratos. Eso es obra de un individuo que, que...

No hacía mucho tiempo que se conocían, pero aquélla era la primera vez que Will veía al doctor quedarse sin palabras. Y su color habitual —aquel brillo rosado de carne bienaventurada, de despreocupación, de salud lozana y campestre— fue sustituido por un feo e intenso tono rojizo, el matiz furioso y magullado de una salchicha a punto de estallar en la sartén. De pronto se le hizo una luz en la memoria: *El camino del bienestar*. ¡Aquél no era ningún eslogan del doctor, claro que no! Era de C. W. Post. Todos los paquetes de veinticinco centavos de semillas tostadas en polvo que vendían como sucedáneo del café contenían un vehemente opúsculo que cantaba las excelencias del producto en tonos de autoalabanza, arena y pensamiento positivo. El texto exponía la edificante historia de cómo el «capitán» C. W. Post se había curado y había hecho su fortuna. Y ¿cuál era el título del opúsculo? ¿Cuál era el eslogan que estaba en boca de todos los hombres, mujeres y niños estadounidenses?

Will había metido la pata. Pero ¿cómo podían culparle? Hasta que Eleanor se dejó seducir por el hechizo del buen doctor, él no distinguía el grano de la paja entre aquella turbamulta de partidarios de la comida cruda, chiflados por el salvado de avena, antiviviseccionistas, faquires indios, nudistas... todos le parecían iguales, cortados todos por el mismo patrón.

—C. W. Post —dijo Will, con ánimo de ayudar.

El doctor estaba que ardía, hecho un basilisco. Se quitó la visera y la arrojó a la mesa como si fuera un guante.

—En esta institución no se menciona ese nombre —tronó, martilleando las palabras como si fueran clavos—. Nunca.

Will pensó que tal vez debía disculparse —era inocente, no había querido molestar a nadie, se había confundido y nada más—, pero no tuvo la oportunidad. Al cabo de un instante, el doctor volvió la cabeza airado y dio una voz para llamar a la enfermera Bloethal.

Se abrió una puerta en la parte posterior de la oficina y la enfermera avanzó pesadamente por la habitación, desgarbada, con sus brazos rollizos y el pelo pegado a la cabeza como hebras de alambre bajo la cofia. Sonreía, pero su sonrisa no tenía ni un ápice de la ingenuidad de la de la enfermera Graves, ni de la artificiosidad de la de la señora Stover. No, la sonrisa de la enfermera Bloethal era dura y presuntuosa, y sugería sutilmente que podía ser mucho más dura todavía.

—¿Sí, doctor?

La ira del doctor Kellogg se había apagado con la misma rapidez con que se había encendido. Su tono de voz volvía a ser seguro, propio del hombre que tiene respuestas para todo.

—El señor Lightbody ya está preparado para el tratamiento. Recibirá la dosis máxima, y a continuación el cultivo de suero y *Lactobacillus*. Después le acompañará al comedor. Y recuérdale a la señora Stover, aunque ella ya debe de tener su dieta en estos momentos, que estará en régimen laxante hasta el viernes.

Había llegado el momento de la liberación, aunque no fuese ni mucho menos tal como Will lo había previsto. Esperaba a la enfermera Graves, la de los tratamientos dispensados con amabilidad y la carne cálida, y aquélla era su antítesis.

—Ejem, doctor Kellogg... gracias, gracias por su ayuda —dijo Will torpemente.

Otra vez la palma blanca.

—No hay de qué, sólo queremos que se ponga bien.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—No estoy muy seguro... es decir, no he entendido sus instrucciones a la enfermera. ¿Adónde tengo que ir?

El doctor le miró con dureza. Will notó en él una tensión que no tenía nada que ver con la desafortunada referencia a Post. Quizá le molestaba tener que levantar la cabeza para mirar a la gente. Sus ojos eran claros, fríos: los firmes ojos de un científico.

—La enfermera Bloethal le llevará a los baños. En su caso, la irrigación manual del colon no ha sido tan efectiva como esperábamos. Tenemos dos sistemas mecanizados muy eficaces, capaces de introducir hasta sesenta litros de solución en el colon en cuestión de segundos, para asegurar una correcta evacuación.

¿Correcta evacuación?

Dos instantes. El vapor hacía rechinar los radiadores. Dab se enjugó la frente.

—No se preocupe, la enfermera Bloethal le ajustará las tuercas.

---

## 9. PER-FO

La primera comida de Charlie Ossining en Battle Creek, su primera comida como presidente del consejo de administración en funciones de la Per-Fo Company, Inc., consistió en un bol de sopa de pescado tibia y un puñado de rancias galletitas saladas. Comió de pie, encorvado sobre la comida como un mendigo cualquiera de la calle, con las nalgas pegadas a la cocina de la señora Eyvindsdottir en la vana esperanza de obtener aunque fuera una pizca de calor de sus anémicas ascuas. Eran las dos de la tarde pasadas, y los otros huéspedes, incluyendo seguramente al bronquítico de Bagwell, ya debían de haber desayunado y comido. La señora Eyvindsdottir estaba frente al fregadero, limpiando un pescado con un cuchillo viejo y muy afilado.

—Esta vez última —dijo en su ininteligible lenguaje—. Usted comer tarde pero nunca más. ¿Quedar entendido?

Charlie asintió, apenas incapaz de engullir la sopa, salpicada como estaba de espinas, escamas, colas y otros desperdicios inidentificables. Era tragón, y estaba muerto de hambre después de aquella novecita, pero la sopa le dejaba un regusto muy desagradable a fondos lodosos y algas de agua dulce, y la visión y el olor del pescado que su patrona estaba limpiando en el fregadero no contribuía en nada a mejorar las cosas. El cuchillo de la señora Eyvindsdottir brillaba mientras introducía hábilmente su hoja entre las hendiduras de las agallas de dos enormes lucios color amarillo verdoso, les cortaba las cabezas y las arrojaba a una reluciente olla. Charlie entrevió las sangrantes agallas y la mirada fría y apagada del ojo de un lucio, y tuvo que apartar la vista. Dejó el bol en el fogón.

—Pescado bueno —observó la patrona, señalando orgullosa la cesta que había en una esquina con ocho o diez lucios más, cada uno de ellos largo como la pierna de un hombre, rígidos por el hielo, tiesos contra la pared. Entonces Charlie aún no lo sabía, pero vería esos lucios en distintos guisos y a diario durante la siguiente semana: desayuno, comida y cena. La señora Eyvindsdottir era viuda, rolliza y ahorrativa. Un trampero que vivía en el lago Gull y bebía los vientos por ella —un tal Bjork Bjorksson— le suministraba el pescado y la caza. Un día era lucio, otro rata almizclera, castor, lince o marmota. No, Charlie no lo sabía, pero llegaría el día en que lamentaría que Bjork Bjorksson hubiese entrado en la vida de su patrona y todo su sistema gastrointestinal se contraería, agarrotándose, al oír el adjetivo «bueno» aplicado a cualquier criatura de pelo, pluma o escamas. Pero en aquel momento todavía era lo bastante ingenuo para mostrarse de acuerdo.

—Sí, muy bueno —gruñó.

Se pasó el resto de la tarde intentando seguirle la pista a Bender. El genio

dirigente y tesorero temporal de la empresa Per-Fo Company le había dejado un mensaje bastante críptico en la recepción del Post Tavern: «Ido Club Náut. Goguac Almuerzo c/Stellrecht para papel cajas Per-Fo. Cita 11 mañana para examinar lugar fábrica, esq. Verona Wattles. Tuyo, salds. sincers. y crdials., Good». Charlie se quedó de pie un buen rato junto al brillante mostrador de mármol, leyendo y releendo el mensaje. Le mortificaba pensar que se había quedado dormido y se había perdido aquel almuerzo, pero no quedaba muy claro si él estaba invitado o no. ¿Le había comentado algo Bender la otra noche? No lo recordaba. Estaba demasiado cansado. Borracho. Pero si no estaba invitado, debiera haberlo estado. Sintió que la irritación se iba apoderando de él. Después de todo, él era presidente de aquella santa compañía, y fuera lo que fuese el Club Náutico Goguac, tenía la sospecha de que cualquier comida que se sirviera allí estaría a años luz de distancia de la helada pensión de la señora Eyvindsdottir y su sopa de pescado.

Bueno. ¿Qué podía hacer? Tal vez fuera un almuerzo tardío y aún estuviera a tiempo de ir. Quizá los encontrara de sobremesa, tomando jerez y fumándose unos puros. Se imaginó un hotel rústico con techo alto, vigas y un enorme fuego en una chimenea de piedra, camareros con chaquetillas blancas entrando y saliendo respetuosamente del comedor, Bender y Stellrecht hablando de papel en un tono fraternal. Lo querían rígido, ¿no? Cartón. ¿Cómo lo vendían? ¿En bobinas o resmas? *Están despachando seis carretadas diarias, Charlie, seis carretadas diarias.* Charlie no conocía los rudimentos de los almuerzos de negocios, y era el primero en admitirlo. Pero difícilmente iba a aprenderlos si Bender le excluía incluso de la más rutinaria de las reuniones de negocios. O, lo que era peor, si se excluía él mismo quedándose dormido.

Preguntando en recepción, Charlie se enteró de que había un tranvía al lago Goguac, que era una zona de recreo al sur de la ciudad, pero, para su disgusto, sólo funcionaba en verano. Había ido andando desde la pensión de la señora Eyvindsdottir, con un viento polar y por unas aceras que eran como pistas para carreras de trineos, así que decidió tomar un coche de caballos y ahorrarse una neumonía o una pierna rota. Y tampoco tenía por qué sentirse culpable, era un ejecutivo, ¿o no? El principal ejecutivo, además. Si Bender se sentía obligado a vivir en grande con el dinero de la señora Hookstratten, ¿por qué no iba a hacerlo él?

—Al Club Náutico Goguac —dijo con aire grandilocuente dirigiéndose al cochero, y se hundió en el asiento como una princesa aburrida.

El cochero era una especie de gnomo de aspecto cansado, canoso y enjuto, encorvado sobre un penco aún más cansado, y del que salía una nube de vapor a causa del frío de la calle. Se volvió.

—¿Seguro que quiere ir allí? —dijo, carraspeando y lanzando un escupitajo a la calle. Estaban sentados bajo el complicado y protegido puente que conectaba la segunda planta del Post Tavern con el Edificio Post, situado al otro lado de la calle. El portero del hotel, rígido como una figura de indio de las que se ponían ante los

estancos a modo de reclamo, le miraba fijamente.

Quizá fue a causa del portero, o del tiempo, o de la esperanza de una buena cocina, o quizá de la pavorosa responsabilidad que creía haber contraído de salvaguardar la inversión de la señora Hookstratten, pero la respuesta de Charlie no fue muy cortés.

—Al Club Náutico Goguac —repitió haciendo rechinar los dientes para poner mayor énfasis.

El chófer no movió un músculo. Más allá de la curva de sus hombros y la copa de su sombrero, el cielo era una cosa muerta, triste y sombría. ¿Siempre hacía tanto frío allí?, se preguntó Charlie, y tuvo una visión de C. W. Post en la Riviera francesa, en Italia, en Post City, Texas, con el sol tostando la tierra hasta que se cuarteaba como una piedra en un horno. Al cabo de un momento, el cochero volvió a inclinarse hacia adelante para soltar otro esputo. Se secó la boca con la manga y murmuró, sin molestarse en volver la cabeza:

—¿Adónde vamos?

—¿Está sordo? —Charlie no pudo evitar levantar la voz—. Al Club Náutico Goguac. Muévase, ¿quiere? Tengo asuntos urgentes que resolver.

El cochero se volvió a medias, enseñándole el perfil.

—¿Seguro que quiere ir allí? —repitió, y Charlie ya estaba a punto de bajarse del coche cuando el hombrecillo se explicó—. En esta época del año no va nadie. Está todo helado. O casi todo. Creo que no he vuelto por ahí desde septiembre.

—Pero hoy hay una comida en el Club Náutico.

—¿Cómo va a haber una comida? Allí no hay nada excepto un cobertizo para botes, y durante el invierno está cerrado. ¿Quién iba a salir en bote con este tiempcito? Esta mañana ha hecho más frío que en los últimos veinte años. —El conductor se quitó el sombrero un momento para ajustarse el cuello y la bufanda, dejando a la vista en el proceso un pequeño fragmento de cuero cabelludo rosado—. Como no sea Stellrecht...

—¡Sí, Stellrecht! —exclamó Charlie—. Stellrecht, eso es. He quedado allí con él, en el Club Náutico. Con él y con mi, con mi... —¿cómo podía llamar a Bender?—, mi socio. —Y antes de darse cuenta de lo que decía, soltó—: Necesitamos papel.

El cochero se volvió ahora del todo y se quedó mirándole. Se llevó un sucio dedo al ojo y bajó con él el párpado, como haciéndole un guiño, mientras la mucosa de su garganta emitía un sonido que casi parecía un ronroneo preparándose para expectorar.

—Usted y todo el mundo —dijo—. A ver, déjeme que lo adivine... ha quedado para una comida de negocios, ¿verdad?

Fueron veinte minutos tonificantes hasta el lago Goguac, un paseo que empezó entre los prósperos desfiladeros urbanos de Battle Creek, calles adoquinadas cruzadas por hilos telefónicos y cables de tranvías, y bordeadas de casas de tres y cuatro pisos, y acabó en un camino desolado que desembocaba en una extensión de agua despiadadamente negra que, por los signos de vida que había en sus orillas, podría

haber sido uno de los anónimos lagos del territorio del Yukón. El lago todavía no estaba helado, no del todo, y sus aguas tenían una desagradable capa de hielo medio deshecho que amenazaba con una ominosa caída en sus profundidades al que se atreviera a pisarla. Aquello no era Westchester, con sus tranquilos estanques y sus vacas rumiantes; aquello era el Oeste, y la vista del lago Goguac, con toda su primitiva indiferencia, le enviaba a Charlie Ossining aquel mensaje con una intensidad que ningún paisaje visto desde las ventanillas de la Twentieth Century Limited hubiera podido conseguir. Era un lugar sombrío, sin ninguna duda. Supo que se había equivocado desde el momento en que lo vio, pero era demasiado cabezota para reconocer su error. Además, la broma iba a costarle unos cincuenta centavos y quería sacarles todo el provecho posible. Así pues, cuando el chófer se volvió como para decirle: «Ya se lo había dicho», Charlie pronunció las palabras:

—*El Club Náutico.*

No había ningún albergue. No había camareros, ni restaurantes; no había ni chimenea, ni comida, ni calor. El Club Náutico Goguac consistía en un edificio alargado de madera blanca, que podía haber sido un taller o un almacén de pienso si no hubiera estado construido sobre el agua. Charlie se empeñó en bajar del carruaje e intentar abrir la puerta. (Y sólo Dios sabía el frío que hacía. El frío era intenso incluso bajo el toldo de lona del coche de caballos. Y fuera, era asesino). El edificio no tenía ventanas y la puerta estaba cerrada con candado. Charlie la golpeó desesperanzado con los nudillos mientras el chófer le miraba burlón y se dedicaba a lanzar un esputo tras otro, como si quisiera volver sus pulmones del revés. Escupió, brevemente, tres o cuatro veces, luego alzó la vista y dijo:

—¿Y ahora adónde vamos, amigo?

Buena pregunta. Si Bender no estaba allí, y, desde luego, nadie en su sano juicio hubiera estado allí, a menos que fuera un cazador de lobos o un trampero, ¿dónde estaba? Y ¿para qué tanto subterfugio? Acurrucado en el coche, Charlie sacó la nota de Bender del abrigo y la releyó. Estaba clara, en inglés corriente: *Ido Club Náutico Goguac. Almuerzo c/Stellrecht.* Luego se le ocurrió que a lo mejor el Club Náutico Goguac había trasladado sus comedores fuera de las inhóspitas orillas del lago, capaces de embotar el cerebro a cualquiera, a otro sitio. Algún lugar de Battle Creek, por ejemplo. Alguna taberna bien caldeada, un restaurante, un albergue o un salón de reuniones. Aquel aficionado al esputo que era el conductor sacó un pañuelo, se sonó y volvió a escupir. Charlie permaneció sentado, sintiéndose como un imbécil. Entonces sus ojos vieron la segunda parte del mensaje de Bender, la dirección de la empresa, en Verona Wattles, dondequiera que estuviese. Tal vez no iba a perder el día. Podía ir allí, verlo con sus propios ojos, empezar a hacerse una idea de cómo estaban las cosas.

—¡Oiga, cochero! —exclamó, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Conoce un sitio llamado Verona Wattles?

El chófer conducía encorvado. El caballo soltó una boñiga y se estremeció. No se

oía nada, excepto el sonido del viento entre los árboles y el golpear de las olas contra la desnuda orilla.

—Conozco la avenida Verona —dijo finalmente, sin volverse—. Conozco el camino de Wattles. Le costará otros veinticinco, además de lo que ya me debe.

Por mucho que intentase racionalizarlo, o por muy enfadado que estuviese con las extravagancias de Bender, a Charlie no le gustaba malgastar el dinero de nadie, y menos el de la señora Hookstratten. Sí, se dijo a sí mismo, él era frío, cínico, cruel y calculador, un magnate de los negocios en ciernes que había nacido para desplumar a los ricos, pero la señora Hookstratten había sido buena con él y quería devolverle el dinero que había invertido, además de enriquecerse, claro que sí. Por otro lado, se sentía ansioso de hacer algo, cualquier cosa, ansioso por ver la empresa funcionando y con beneficios a la vista. No iba a conseguir nada yéndose a la pensión de la señora Eyvindsdottir a comer raspas de pescado, eso seguro. Alzó la voz por encima del viento:

—Vamos —dijo.

Oscurecía cuando llegaron a la vieja fábrica de Malta-Vita en la esquina de la avenida Verona y el camino de Wattles. La empresa había disfrutado de una breve pero espectacular prosperidad unos seis años antes, había mejorado los copos del doctor Kellogg endulzándolos con jarabe de malta y había sacado una patente del nuevo producto. Un par de promotores venidos de fuera, no muy distintos de Goodloe H. Bender y Charles P. Ossining, tentaron al encargado de la panadería de la empresa de alimentación del sanatorio, lograron que trabajara para ellos, se gastaron la parte del león del capital en publicidad, y pronto tuvieron cinco gigantescos hornos rotatorios trabajando día y noche (los hornos, de una altura de tres pisos, funcionaban según el principio de la rueda de Ferris, es decir, de un modo semejante al de una noria, y los copos de trigo circulaban hasta que adquirían un tueste seco, crujiente y apetitoso). El público estaba muy bien dispuesto hacia el producto. Todo el mundo estaba cansado de los copos de avena, hartos de la sémola, empachados de tocino, pan de maíz y tortas, y la publicidad de Malta-Vita aparecía hasta en la sopa y era realmente eficaz, y por otra parte aquel producto parecía conveniente, nutritivo, científico, fisiológico, higiénico y sencillo: sólo había que abrir el paquete, servirlo, añadirle leche y comérselo. El éxito fue unánime. Los magnates de nuevo cuño levantaron una segunda fábrica en Toronto; cargaron contenedores y más contenedores de sus crujientes y uniformes copos de trigo, carretadas, vagones de mercancías llenos hasta los topes, y los enviaron a México, Francia, Alemania, Noruega y Checoslovaquia. Pero los promotores originales vendieron la empresa, y no barata precisamente, y el producto se deterioró. El hombre de Kellogg se fue a otra parte, seducido por una oferta que no pudo rechazar, y las cosas empezaron a ir mal en la fábrica. Los copos enmohecían. Se ponían rancios. Llegaban podridos a las estanterías de las tiendas y a los platos. Y Grape-Nuts, Golden Manna, Norka Oats, Tryabita, Cero-Fruto, Egg-O-See y más de cuarenta productos nuevos se apresuraron



a llenar el vacío que dejó Malta-Vita.

¿Y Charlie Ossining? La verdad sea dicha, había llegado un poco tarde.

Charlie bajó del coche y avanzó decidido hacia las ruinas de la fábrica, atónito al observar lo rápidamente que se destruía todo en unos pocos años. El edificio, antaño impresionante, una imponente fortaleza, con paredes de ladrillo y techos abovedados, era un amasijo de ruinas. Se había incendiado, como podía verse desde la calle. Había dedos de carbón agarrados a las ventanas, el techo estaba derrumbado y vigas de madera ennegrecidas aparecían por todas partes. Al caerse, una de las vigas había abierto una grieta en forma de uve en una de las paredes posteriores, y a través de los ladrillos se divisaban las copas invernales de los árboles. Las puertas también habían desaparecido, y las ventanas eran meros agujeros: los cristales se habían hecho añicos mucho tiempo atrás y la carpintería había sido reducida a cenizas o arrancada para ser vendida. Allí no podía vivir nadie, pero había gente que se refugiaba en aquellas ruinas desde hacía meses y años, vagabundos, temporeros y obreros sin casa ni albergue durante 1902 y 1903, los años del boom, y que habían ido dejando los detritos de sus vidas tras de sí. Había un típico revoltijo de frascos vacíos de medicinas que podían comprarse sin receta, latas, cajas, huesos, restos de periódicos y revistas ajados, y también algunos objetos más personales: una tabla de lavar, un escritorio con el tablero roto y sin cajones, una bota, un calcetín, un jirón de tela. Y, por debajo de todo, una fina y rutilante alfombra de cristales rotos.

Lo que más le impresionó fue la sensación de devastación. Era como una poesía que había tenido que recitar en la escuela sobre una cabeza de piedra enterrada en la arena<sup>[14]</sup>. Aquel sitio también era como una cabeza de piedra enterrada en la arena. No había ninguna esperanza para aquello. Ninguna. Sintió que se le agarrotaba el estómago. Se le agitó la respiración, y, a pesar de las ráfagas de viento helado, empezó a transpirar por los sobacos, bajo el ala del sombrero, y un único y húmedo dedo le recorrió la columna vertebral. De pronto sintió miedo por la señora Hookstratten, miedo por sí mismo. ¿Era aquél el lugar que había escogido Bender? ¿Era aquél el lugar donde tenía que ponerse en marcha Per-Fo? Era un lugar maldito, gafado, un lugar ominoso, de desesperación y fracaso. Empezaba a dudar del criterio de Bender, e incluso de su cordura.

Su primera intención fue dar media vuelta, ir a ver a Bender y decirle que lo olvidara todo. Pero la morbosa fascinación del arqueólogo que llevaba en su interior le impelió a avanzar entre los escombros hacia la nave donde se hallaban los hornos. Cuando cruzó el umbral, un pájaro —¿o era un murciélago?— salió volando hacia la oscuridad que se cernía fuera, y algo se agitó —¿ratas?— en un rincón del fondo. Luego se hizo el silencio, una quietud pavorosa.

Dos de los tres enormes hornos de tres pisos se mantenían aún en pie, elevándose hacia el cielo entre las ruinas, oxidados, destrozados, salpicados de nidos de golondrinas y de los desperdicios de media docena de otoños, y pese a todo, intensamente sugestivos. Durante largo rato se quedó allí de pie, impresionado ante la

maquinaria que tenía ante sí. En aquel momento *era* un arqueólogo, un cazador de tesoros que llegaba al templo soñado, al descubrimiento más raro, a la joya. Estaba asombrado. Aquélla era la fuente, el origen; de allí venían los cereales, las pepitas de oro, el dinero, los coches y los carruajes, las bibliotecas, las bodegas y las mesas de billar. Que era lo que él ansiaba, especialmente la mesa de billar. Y también una biblioteca, claro. Y no es que hubiera leído gran cosa fuera de novelas baratas, Nick Carter, Frank Reade, Big-Foot Wallace y cosas por el estilo, pero él quería una biblioteca, llena de libros encuadernados en piel, de lomos dorados, con el coñac, Otar Dupuy del 78, en una licorera de cristal tallado. Aquello era lo que tenían los aristócratas, los genios de las finanzas, los millonarios y los magnates con emporios de cereales. Se hubiera jugado la cabeza a que C. W. Post tenía el lote completo, mesas de billar, trajes ingleses, bibliotecas, limusinas, establos y miles de cosas que Charlie no podía ni siquiera imaginar. Y aquéllas eran las máquinas que lo habían hecho posible: la casa de la moneda federal de Washington no le hubiera impresionado más.

Aún seguía allí, en medio de los escombros, mirando los enormes hornos móviles e intentando imaginárselos en funcionamiento, nuevos y relucientes, arrojando una lluvia de exquisitos copos dorados, cuando se repitieron los ruidos en el mismo rincón de antes. Un rumor de rasguños y arañazos se convirtió en un claro crujido y un estrépito acompañado de apagadas maldiciones. Charlie no estaba solo. Se volvió y miró a través de dos marcos de puerta perfectamente alineados hacia el lugar donde el cochero se acurrucaba en su coche, y luego al rincón, detrás del horno más alejado, donde empezó a emerger una figura de entre la penumbra, maldiciendo y pegando patadas a la basura que le rodeaba.

—¿Hola? —llamó Charlie. Luego añadió, estúpidamente—: ¿Hay alguien ahí?

La figura titubeó. Era un hombre, Charlie ya lo distinguía, un hombre vestido con un raído y roto abrigo y una vieja chistera de seda con la copa tan rota que parecía que llevara un pedazo de tubo de chimenea pegado a la cabeza. Un mendigo. Un pobre diablo. Charlie se llevó reflexivamente la mano a la cartera, pero recordó que el dinero de la señora Hookstratten ya no era una preocupación y se relajó. Le llegó la voz del hombre, lóbrega, ronca, amenazadora.

—¿Quién diablos lo pregunta?

El vagabundo avanzó hacia él, con los ojos borrosos por el alcohol y una salpicadura de vómito cayéndole por el abrigo. Tenía el pelo enmarañado, oscuro, festoneado con pegotes de barro y una fina filigrana de pelusas y telas de araña, como si se hubiera dedicado a barrer el suelo con él. Apeataba como una rata de alcantarilla.

Charlie no estaba intimidado. Era capaz de hacer frente a cualquiera, y lo había demostrado infinidad de veces, en la St. Basil Academy —donde era el más joven de los alumnos, gracias a la indiferencia de sus padres y a la generosidad de la señora Hookstratten—, y posteriormente en las tabernas y trastiendas de Peterskill,

Tarrytown, Croton y Ossining. A Charlie no le eran desconocidas las artes pugilísticas, y, además, si alguien tenía derecho a estar en aquel lugar funesto y olvidado de Dios, era el presidente de la empresa que estaba negociando su compra. Charlie no retrocedió ni un milímetro.

El vagabundo se acercó a unos cinco pasos, se detuvo repentinamente y miró a su alrededor un momento, como si se le hubiera perdido alguna cosa. Luego alzó los ojos, vivos y acerados, y la embriaguez pareció una nube incendiada por algo más caliente, más intenso, más duro de lo que Charlie se podía imaginar.

—Cree que soy un vagabundo, ¿verdad? —dijo el hombre—. ¿De esos que piden dinero y duermen en los portales? ¿Verdad?

—Oiga, amigo —siseó Charlie cruzando los brazos y levantando la mandíbula—. Me importa un pito quién es usted ni dónde duerme, y tampoco le he pedido que se presente.

Al hombre le cayó una cortina de pelo grasiento mientras se echaba hacia adelante para escupir, y estuvo a punto de caerse. Charlie estaba dispuesto a arrojarle al suelo de un puñetazo, si es que era eso lo que quería. Pero el vagabundo parecía abstraído. Se echó el pelo hacia atrás con un movimiento del cuello y sonrió a Charlie. La sonrisa era íntima, para sí, sin sentido, un reflejo de los labios que cubrían unos dientes podridos. Charlie se dio cuenta entonces de que era un hombre joven, más joven que él.

—No, oiga usted —dijo el vagabundo, con el aliento convertido en un humo ascendente—. ¿A que no se lo creería si le digo que tengo cien dólares en efectivo? Contantes y sonantes. En billetes canjeables del Tesoro. ¿Qué se juega? Cien dólares... o un poco menos... quítele uno o dos whiskies. —En aquel momento se levantó una ráfaga de viento que entró por las ventanas, dio un par de vueltas por el pequeño anfiteatro y salió otra vez como una exhalación—. Si quisiera, podría tomar una habitación en el Tavern, todo de primera, ¿a que no se lo imaginaba?

Charlie se sintió repentinamente hastiado. Que aquel pobre idiota durmiera donde quisiera. ¿A quién le importaba? Aquel lugar no significaba nada para él. Tal vez pudiera ser interesante imaginarse cómo era antes, pero desde luego no era lo que buscaban. También se lo diría a Bender. Tendrían que encontrar nuevos inversores, eso era todo. Se volvió bruscamente y desanduvo el camino entre los escombros para salir a la calle.

—¡Eh, señor! —le llamó el vagabundo a su espalda, pero Charlie siguió andando—. ¡Eh señor, le hablo a usted!

Charlie se detuvo en la entrada principal para sacar un cigarrillo y encenderlo. Se volvió hacia la semipenumbra donde estaba el hombre con una expresión excitada en su barbuda jeta.

—Es por el negocio de los cereales, ¿verdad? —exclamó—. Por eso está aquí, entre esta mierda, con los zapatos limpios y el abrigo nuevo, por el negocio de los cereales, ¿a que sí?

Charlie no se molestó en contestarle. Dio una calada al cigarrillo y notó que tenía hambre. Quería un buen filete. Y unas ostras. ¡Que se fueran al diablo todos aquellos pirados de Battle Creek, puristas de la dietética y chiflados por la vida sana! Se imaginó la perspectiva de una comida en la pensión de la señora Eyvindsdottir, sopa de cabeza de pescado a la noruega o cualquier porquería por el estilo, e intentó pensar dónde podría comerse un buen bocadillo de hamburguesa sin que le costara un ojo de la cara.

El vagabundo seguía despoticando.

—Se le nota en la cara —le espetó, con la voz cascada y rota—, ese aire de millonario de pacotilla, igual que mi tío. O peor, como mi supuesto padre, el sumo sacerdote. ¿Le conoce, conoce a mi padre?

Charlie no conocía a su padre, ni le importaba. Tiró lo que le quedaba del cigarrillo, se volvió y salió andando tranquilamente entre la basura para dirigirse al frío asiento trasero del coche.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó el chófer.

Tendría que haber ido a defender su dinero, pero estaba cansado, irritado, muy deprimido por el ruinoso estado de la fábrica, el colchón lleno de acciones sin valor, el barullo de los chicos en la estación —¡por Dios, si hasta los vagabundos callejeros hablaban de cereales!—, y decidió que tenía que ver a Bender enseguida, en aquel mismo instante, sin importarle el precio. El malestar que había sentido a lo largo del día se le había instalado en el estómago como una pelota de cereales fríos, como las gachas que se pegan a la sartén, y pensó que iba a vomitar. ¿Si otros habían fracasado, por qué iban a triunfar ellos? ¿Cómo iban a conseguir dinero, comprar equipamientos, contratar publicidad y pagar a los trabajadores? Había sido un estúpido, ahora lo veía, comiendo ostras y bebiendo champán en el tren, jugando a ser un pez gordo. ¿Qué se había creído, que el dinero iba a lloverles del cielo? ¿De dónde iban a sacar el cereal? ¿Quién iba a rellenar las cajas? ¿Quién iba a venderlas? *Bender. Tenía que ver a Bender.*

—Lléveme al Post Tavern —dijo, y su voz era tan débil que tuvo que repetirlo para que el cochero le oyera.

Cuando llegaron frente al hotel las farolas resplandecían suavemente y los escaparates de las tiendas ya estaban encendidos. Había un par de coches y media docena de carruajes cargando y descargando pasajeros. Las calles se agitaban con el bullicio típico de última hora de la tarde, las parejas paseaban del brazo, la gente entraba y salía de las tiendas, los trabajadores se dirigían a cenar a sus casas, y, a pesar de sus recelos, Charlie pensó que la gente de la ciudad tenía sus encantos. Seguro que era positivo relacionarse con ellos. Aquella gente tenía dinero —dinero ganado gracias a los cereales— y se lo gastaba. Decidió —y tomó nota mentalmente — dar una vuelta y ver qué marcas tenían en las distintas tiendas, después de ver a Bender, por supuesto, y comer algo. Estaba hurgando en el bolsillo cuando el cochero se volvió y le dijo:

—Son ochenta y cinco centavos, a menos de que quiera volver al Club Náutico.

—¿Ochenta y cinco centavos? ¿Está loco? Me dijo que eran cincuenta centavos hasta el lago, veinticinco centavos a la fábrica y...

—Y diez centavos la vuelta.

Charlie sintió que le invadía la frustración. Todos los chistes y bromas típicos de cocheros le vinieron a la cabeza en aquel tenso momento.

—Pero usted no... Yo había entendido que...

—¡Una mierda, ha entendido! —gruñó el cochero, arrastrando la mucosidad por la garganta y haciéndola rodar adelante y atrás por el paladar antes de lanzarla a la calle—. ¿Qué pasa, tengo cara de hermanita de la caridad?

Charlie estaba a punto de replicarle violentamente, ya tenía las palabras en los labios, cuando levantó la vista y se fijó en la atenta cara del portero del hotel. Aquel hombre tenía un aire de superioridad, como si fuese capaz de conocer al dedillo la capacidad económica de las personas que atravesaban la puerta del Post Tavern, y atrajo la atención de Charlie al acercarse con su impecable uniforme a abrir la puerta del carruaje. Charlie se sintió súbitamente avergonzado. Allí estaba él, el presidente de la Per-Fo Company, regateando por unos centavos en las escalinatas del mejor hotel de la ciudad. Unos centavos. Y justo el día anterior se había estado pavoneando en esas mismas escalinatas con casi cuatro mil dólares en el bolsillo. El portero ayudó a una mujer a bajar de un coche parado delante del suyo y luego se volvió hacia el de Charlie.

—¿Por lo menos tendrá cambio? —murmuró Charlie, entregándole al cochero una moneda de oro de dos dólares y medio. En aquel momento se abrió la puerta como por arte de magia, y Charlie saltó a la calle, dispuesto a adoptar un aire señorial en cuanto recibiera el cambio y a saludar fríamente al portero.

—¡Santo Dios, pero si es el señor Ossining! —dijo una voz a su espalda.

Dio un bote e hizo un esfuerzo para no salir corriendo. Luego se volvió y se encontró con los ojos burlones de Eleanor Lightbody. Llevaba un abrigo de piel —uno distinto del que llevaba puesto la noche antes en la estación— e iba en compañía de un hombre bastante bien parecido, de pelo rubio y cara aniñada, de esos que llegan a la madurez y la pasan como si acabaran de romper la cinta de llegada en una pista de atletismo. Charlie intentó mantener la compostura. Allí tenía un inversor potencial, se dijo, y además, una mujer que en cada encuentro parecía ofrecerle algo más.

—¡Ah! —dijo, adoptando un tono casual, de magnate de los cereales que llega en coche tras visitar sus dominios—, señora Lightbody, Eleanor, es un placer.

La presencia del portero a su lado le hacía sentirse muy incómodo, y también la del cochero, encorvado como una gárgola en el pescante y hurgando en un sucio monedero con dedos torpes y cubiertos de mitones.

Eleanor le miró a los ojos un momento —todo el grupo parecía congelado como en un cuadro, *La llegada del magnate*, o una tontería por el estilo—, y luego se volvió para presentarle al joven atleta que tenía al lado.

—Señor Ossining, le presento a mi médico, el doctor Linniman. Frank, el señor Ossining.

Charlie estrechó la mano del hombre con fuerza.

—Llámeme Charlie, por favor —dijo—. Y usted, señora Lightbody —repitió, mirando aquella boca siempre alegre y aquellos ojos burlones—, llámeme también Charlie. Espero que no la moleste que la llame Eleanor. Después de todo, hemos sobrevivido juntos a la Twentieth Century Limited, sin mencionar la Michigan Central Line. —Dejó escapar una sonrisa urbana, como si para él, viajar en ferrocarril fuera sólo una molestia inevitable.

—Sí, claro —murmuró Eleanor, pero no se unió a él en cómplice sonrisa, como esperaba Charlie. En lugar de eso, se volvió a su acompañante (iba cogida de su brazo, se fijó Charlie), y emitió un tímido gorgogeo—: El señor Ossining es el presidente de una empresa de cereales, Frank...

—¿Ah, sí? —Frank no parecía muy impresionado.

En aquel momento, el cochero terció en la conversación.

—Oiga, señor —le llamó, limpiándose la nariz con el dorso de la manga e inclinándose hacia adelante para mirar socarronamente al grupo—, tendré que devolverle el cambio con un montón de monedas de uno y cinco centavos, no me quedan piezas de...

Charlie le despidió con un gesto de la mano.

—Para usted —dijo Charlie—, quédese con la vuelta.

El hombre no se lo creía.

—Pero si...

—Quédeselo —repitió Charlie.

—¿Cómo se llama su empresa, señor Ossining? —preguntó Eleanor soltando el brazo de su acompañante y arreglándose el sombrero—. ¿Cereales Perfectos o Alimentos Perfectos, o algo así?

—Per-Fo —murmuró Charlie, abatido por el dólar sesenta y cinco centavos que acababa de regalar como si fuera el propio J. P. Morgan, deseando olvidarse de todo aquello, arrastrarse hasta su madriguera y lamerse las heridas. Pero una voz le susurraba en la cabeza, *un inversor, aquí hay un inversor*, y se quedó allí mientras el coche volvía traqueteando a la estación.

—Sí, Per-Fo —pronunció Eleanor—, cómo he podido olvidarme... ¿Y ha conseguido encontrar, señor Ossining, una nave para fabricar esa maravilla de comida peptonizada e impregnada de apio?

Se estaba burlando de él.

—Pues no. Acabo de llegar de inspeccionar una planta muy... ¡ejem...!, importante, tiene un aspecto estupendo, con toda la maquinaria en perfecto estado, aunque no funciona, claro. Pero no creo que sea para nosotros. Habíamos calculado que necesitábamos un espacio mayor. —Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado deprisa—. Por cierto, ¿le he dado ya mi tarjeta?

Eleanor alzó una mano enfundada en un guante de terciopelo negro.

—Sí, señor Ossining. Gracias. En la cena de la otra noche tuvo la amabilidad de darnos su tarjeta a mi marido y a mí. ¿Le dio Will una tarjeta suya?

Distraída, había olvidado que su marido le había dejado la tarjeta bajo el plato de la mantequilla. *William Fitzroy y Eleanor O. Lightbody, Parsonage Lane, Peterskill.* Aquélla era toda la información que contenía, pero Charlie se había aferrado a ella, la había atesorado como si fuera la clave para sus futuros contactos. Asintió.

—Bueno —sus penetrantes ojos verdes y sus labios fruncidos eran un anuncio de despedida—, tenemos que irnos, me alegro mucho de haberle vuelto a ver. El doctor Linniman ha sido muy amable conmigo y me ha acompañado en mi paseo higiénico de la tarde, pero ahora tenemos que volver. Está intentando aumentar mi apetito, ¿verdad, Frank? —Una pausa, una mirada al médico y otra vez le contempló con sus ojos burlones—: ¿Se hospeda aquí, señor Ossining?

Charlie dirigió una mirada a la imponente entrada, las luces, el rígido portero.

—Sí, ciertamente. Es un lugar espléndido, cuidan hasta el último detalle, todo es muy elegante, como el mejor de los hoteles de Nueva York. Y el servicio es bastante correcto. Me han dicho que no hay un lugar igual en toda la ciudad.

—Pues está usted equivocado —dijo Eleanor, que parecía seguir tomándole el pelo—. Tendría que visitar el sanatorio del doctor Kellogg. Pero... bueno, supongo que un ser tan sano como usted no lo necesitará.

Charlie se rió, tapándose la boca tal como le había enseñado la señora Hookstratten.

—Bueno —dijo—, no sé si estoy sano, pero...

Ella ya se había vuelto para marcharse.

—Tenga cuidado con las ostras —le advirtió, gritándole alegremente por encima del hombro, y desapareció luego calle arriba del brazo del médico. Charlie la siguió con la vista hasta que dobló la esquina y luego subió las escaleras hasta el vestíbulo de los dominios de Bender, sintiéndose repentinamente tan cansado como si llevara sobre sus hombros uno de aquellos hornos de tres pisos.

Bender no estaba. No había ningún mensaje. Abrumado por la culpabilidad de su actitud dilapidadora —sólo era el primer día y ya se había gastado la mitad de lo que Bender le había dado para toda la semana— agachó la cabeza y atravesó las veinte calles que había hasta la pensión de la señora Eyvindsdottir. Cuando estuvo sentado a la mesa junto a sus jadeantes, resollantes y cenicientos compañeros de pensión, comiendo las insípidas bolas de pescado y el lucio correoso de la patrona, se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en Eleanor Lightbody y en la forma en que sus ojos se encendían, como si le divirtiera verle, como si fuera un payaso o un bufón recién llegado a la tierra para la diversión de su real persona. Era como una comezón, como un dolor, y todavía seguía rascándose mientras subía las crujientes escaleras, se echaba en el frío y arrugado colchón y dejaba que la noche le venciera.

Por la mañana desayunó huevos fritos con lucio rebozado, mantequilla de rábanos y una torta que sabía a pescado —a lucio, más concretamente—, y luego hizo el largo y solitario camino hasta el Post Tavern. Bender no estaba. No había ningún mensaje. Irritado e impaciente, deseando hacer algo, lo que fuera, Charlie se encontró recorriendo el vestíbulo de un lado a otro, hasta que empezó a atraer algunas miradas. El conserje, el narizotas mentecato de mejillas chupadas que hacía dos noches había estado a punto de estrangular, parecía especialmente atento, celoso de cada paso que se daba sobre sus valiosas alfombras y en sus impolutos suelos. También el portero, aunque ahora que había visto a Charlie dar una propina tan generosa al cochero, parecía un poco más respetuoso. Incluso unos cuantos huéspedes —engreídos, canosos y farisaicos— se fijaron en él. No hubiese quedado muy bien que al presidente de la Per-Fo, Inc., le echasen del mejor hotel de la ciudad como a un vagabundo, así que Charlie se subió el cuello del abrigo y volvió al encuentro de la helada mañana. En la esquina encontró una tienda de bocadillos, donde invirtió diez centavos de sus menguados recursos en una taza de café y un emparedado de jamón y queso —cualquier cosa menos pescado— y se sentó a leer por segunda vez el periódico de la víspera y a apurar el café hasta que el reloj señaló las 10.40. Se puso los guantes, se arregló el ala del sombrero y se dirigió a su reunión con Bender en la vieja fábrica de Malta-Vita, en el cruce de Verona con Wattles.

El día era frío, pero no tanto como el anterior; y si no le hubiesen dolido los pies de tanto usarlos, casi habría disfrutado del paseo. El ejercicio le tranquilizó, y cuando llegó a la altura de la avenida de la Capital ya volvía a sentirse optimista. Bender sabía lo que se hacía, estaba convencido. No tenía sentido enfadarse por una nimiedad. Por primera vez desde que bajó del tren se mostró receptivo a los signos que le rodeaban, como si se hubiera despertado de un sueño profundo. Un carruaje se deslizaba suavemente por la calle, y pudo escuchar el crujir de los arneses y de las ballestas bajo el rumor apagado de las pezuñas del caballo. Un par de mujeres vestidas con gorro y chal pasaron por la acera junto a él, con un susurro de faldas. En algún sitio ladró un perro, como preludio a su paseo matinal. En su conjunto, la escena parecía sacada de una novela: las calles limpias, las casas recién pintadas, los árboles en perfectas hileras... todo estaba en su sitio. Aquello era el centro de Norteamérica, y era sólido, virtuoso, noble, acaudalado. Charlie observó las extravagantes torrecillas y los chapiteles de las casas, los porches cubiertos y sus mecedoras inmóviles, las brillantes ventanas emplomadas y los grandes ventanales que parecían invitar a entrar al paseante, y se preguntó qué se sentiría viviendo en aquellas casas, cómo sería salir a trabajar por la mañana y volver a casa por la noche, al encuentro de una mujer de ojos verdes... y en aquel momento le vino a la cabeza la imagen de Eleanor Lightbody, frívola y superior, ridiculizándole con su inasequibilidad. La imagen se quedó en su mente, y le acompañó durante todo el camino de Capital a Verona, y por Verona al cruce de Wattles.

Charlie llegó a las once en punto, pero no había ni rastro de Bender. Las ruinas



estaban tan silenciosas y solitarias como una tumba etrusca. No había pájaros que dieran vida a sus muros, ni ratas moviéndose en los rincones. Incluso parecía que el vagabundo se había trasladado a los verdes pastos. Charlie dio un par de vueltas por allí, revolvió entre los escombros, contempló los tres inmensos hornos e intentó conjurar algo del temor que había sentido la otra tarde. Miraba el reloj reflexivamente, casi a cada minuto, con el ritual de tirar de la cadena, sacarlo del bolsillo y abrirlo, como si fuera un tic nervioso. Dieron las once y veinte, y media, las doce menos veinte. Bender no aparecía. Al cabo de un rato, Charlie se acuclilló en el rincón del fondo, protegido del viento, y volvió la cara hacia el lánguido sol cubierto de nubes que finalizaba su breve aparición del día. A las doce y media Charlie se rindió y volvió cansinamente al hotel.

Estaba de un humor de perros. Si antes había sentido un atisbo de esperanza y las calles le habían parecido prístinas y alegres, ahora su corazón se había petrificado y las mismas calles le parecían estériles y muertas. Bender le había engañado, estaba seguro. Se había quedado con los ahorros de la señora Hookstratten y se había largado de la ciudad, dejando que Charlie cargara con el muerto. Cuando llegó al Post Tavern estaba muy excitado. Pasó bruscamente junto al portero sin mirarle y caminó a grandes zancadas hacia el mostrador de recepción, donde el conserje estaba ocupado con una pareja que acababa de llegar en el tren de Chicago.

—Si lo prefieren, tenemos una suite en el último piso —dijo el conserje. La mujer estaba muy tiesa cogida del brazo de su marido, inclinando la cabeza como un pájaro en un alambre, con una sonrisa en los labios que parecía manifestar lo contenta que estaba de encontrarse allí. El jefe de botones, un hombretón embutido en un uniforme de lana roja con charreteras y galones, se colocó detrás de la mujer, atento al despliegue de maletas de la pareja.

Charlie se abrió paso entre el pequeño grupo y puso una mano en el mostrador.

—¿El señor Bender? —exclamó.

El conserje le miró como si fuera un trozo de estiércol que acabara de quitarse de la suela del zapato. No pudo evitar que se le notara cierto desdén en la voz.

—Un momento, por favor —le respondió.

El puño de Charlie cayó como una maza sobre el mostrador.

—¡Y una mierda, un momento! —exclamó sofocado—. Quiero ver a Bender. Vaya a buscarle ahora mismo.

El vestíbulo se convirtió en una fábrica de susurros y la nobleza del edificio se tambaleó con su explosión de rabia. La pareja retrocedió un paso. Nadie se atrevió a mirarle a los ojos. Al conserje se le contrajo el labio superior y adoptó una expresión herida; parecía un estudiante al que hubiesen castigado injustamente. Charlie se sentía lleno de una alegría brutal: aquel pobre tonto parecía a punto de echarse a llorar.

—Bender —le espetó en un tono tan duro que sonó como una bofetada—. ¡Ya!

Pero no consiguió ver a Bender. Ni tampoco consiguió ver al conserje rompiendo

en sollozos, ni a la nerviosa parejita ejecutando una danza de impotencia y conmoción. No. En aquel preciso momento sintió como si le agarrasen un par de gigantescas pinzas. El jefe de botones, en otro tiempo luchador, le había aplicado una llave Nelson, y entre él y el portero le arrastraron por el vestíbulo, atravesaron la puerta, bajaron las escalinatas y le arrojaron sin ningún miramiento en medio de los excrementos de caballo que había en la calle. Los dos hombres, el jefe de botones y el portero, un par de titanes, se quedaron silenciosos a su lado, cruzados de brazos, deseando que intentase volver a subir los escalones del hotel para poderse llevar a un callejón y darle su merecido. Charlie se quedó tendido, con un hombro dislocado y un dolor muy vivo en la base de la nuca, maldiciéndoles débilmente. Al cabo de un momento se le acercó el portero y, como aquel que no quiere la cosa, casi con ternura, le propinó un par de puntapiés en las costillas.

Charlie hubiera deseado quedarse allí, tirado. La fuerza de la humillación era mil veces peor que todo el dolor físico que pudieran haberle causado. Pero la gente miraba, y Charlie sabía que la policía se le echaría encima en cualquier momento. También se imaginaba lo amables que serían los agentes con el hombre que aseguraba ser el presidente de la Per-Fo Company, Inc., cuando le vieran la pernera del pantalón rota y las boñigas de caballo pegadas al abrigo. Así que sacó de tripas corazón, se levantó como si la cosa no fuera con él —¡Dios mío, había resbalado en el hielo!—, se agachó para recoger su sombrero y abandonó la calle cojeando con toda la dignidad que le permitieron las circunstancias.

Pero por dentro ardía de rabia. Vengarse era la única idea que ocupaba su mente. Le hubiera gustado encontrarse a aquel simiesco jefe de botones a solas en un bar o en una calle oscura, buscar la dirección de aquel portero con cara de alcornoque y pegarle un buen puñetazo en la cocina de su casa. Eso era lo que pensaba hacer, y además, se sentía capaz de hacerlo. Bender. ¡Maldito Bender! Maldijo el día en que hizo caso de aquel hijo de puta. Haría pedazos a aquel cabrón en cuanto lograra ponerle las manos encima. Avanzaba a ciegas, hablando solo, sin importarle adónde iba, se metía por una calle y salía por otra, paseaba para que se le pasara la rabia que sentía. Y la desesperación. Per-Fo. ¡Qué chiste! Bender era un hombre que inspiraba confianza y había jugado con Charlie como con un pez en el anzuelo. ¿Y la señora Hookstratten? ¿Qué le iba a decir a la señora Hookstratten?

Cuando por fin se decidió a levantar la cabeza para seguir un camino en concreto, se dio cuenta de que había aterrizado prácticamente en la puerta principal del edificio más imponente de Battle Creek, la roca sobre la que se había erigido la ciudad: el mismísimo sanatorio. Se quedó al otro lado de la calle, en la acera de una manzana muy concurrida, y la solidez e inmensidad del lugar le quitaron el miedo. Así que aquél era el lugar donde Eleanor Lightbody iba a curar sus palpitaciones y sus pequeños achaques, allí era donde habían nacido los cereales gracias a los cuales miles de especuladores se habían hecho de oro. El lugar era impresionante, tenía que reconocerlo. Eleanor tenía razón, dentro de él cabían tres Post Tavern.

Charlie estaba arrobado, admirado, cuando una voz con un pitido familiar le habló a su espalda:

—¡Eh!

Se volvió y vio a Ernest O'Reilly, el lastimoso y pequeño mensajero de Bender.

—¡Eh! —le contestó con voz apagada—. ¿Qué haces aquí, Ernest O'Reilly? ¿No tendrías que estar en el colegio?

El niño era muy pequeño, enjuto, patético, como un homúnculo conservado en un bote. Se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Nada. Negocios, nada más.

*Negocios. Claro.* Charlie le agarró.

—¿Dónde está?

Ernest O'Reilly era un saco de huesos, no pesaba nada, resultaba lastimoso.

—Me hace daño —dijo con su tímida voz aflautada, pero no había en ella rencor, ni tampoco protesta, sólo triste resignación.

—Bender —dijo Charlie, apretándole con más fuerza—. ¿Dónde está?

El muchacho levantó la cabeza para señalarle el edificio que tenían detrás. Era un sitio con el que Charlie estaba destinado a familiarizarse en los meses venideros, pero su primera visión fue desfavorable. Vio una marquesina, una hilera de ventanas, una puerta. Al otro lado de las ventanas, mesas y sillas, gente encorvada sobre platos y cubiertos: un restaurante. Como tantos de otros. Un cartel sobre la puerta anunciaba: «The Red Onion», y debajo, en letras pintadas a mano, blancas sobre un fondo rojo, rezaba la siguiente inscripción: *¿Está harto de salvado y de verduras? Pruebe nuestros famosos filetes. Nuestras chuletas con patatas. Nuestro bocadillo especial de hamburguesa Detroit.*

Dentro, el lugar olía a grasa, a cerveza rancia, a sudor, a puros baratos y a la ambrosía de un tentador filete de cuatrocientos cincuenta gramos friéndose en la sartén sobre un lecho de cebollas. Bender estaba sentado solo, al fondo, frente a una jarra de cerveza a medias y un plato con los restos de un chuletón.

—¡Bender! —ladró Charlie mientras cruzaba el suelo de baldosas blancas y negras en media docena de zancadas. La gente le miró con cara de susto, levantando los ojos de sus chuletas, salchichas, pollos o salchichas de Viena. Charlie bajó la voz hasta convertirla en un dolorido rumor—: ¿Dónde te has metido?

Bender se levantó de la mesa y respondió con un bramido, saltando de la silla como un gran león marino que se dirige a una batalla en las playas de California, gritando:

—¡Charles, muchacho! —Y lo repitió una y otra vez, como si estuviera muy contento de verle—. ¡Siéntate, siéntate! —continuó, diciéndolo todo dos veces, y Charlie se dio cuenta de que, bajo la apariencia exterior, estaba muy nervioso—. ¡Coge una silla, coge una silla, siéntate muchacho, mi buen amigo, mi buen amigo y socio!

Charlie no se sentó. Bender todavía no le había contestado, y se mostraba

reticente a rendirse ante aquel torrente de entusiasmo.

—¿Dónde estabas? —repitió—. Teníamos una cita, ¿no te acuerdas? A las once de la mañana. ¿Sabes que te he esperado en esa fábrica destrozada durante más de hora y media, helado hasta los huesos?

—Siéntate Charlie, estás montando un número —siseó Bender, que ya se había hecho otra vez con el control de la situación. Tenía el rostro sereno, imperturbable, sumergido en la máscara que solía llevar siempre. Se sentaron juntos. Bender le sirvió un poco de cerveza a Charlie—. ¿Has comido? —le preguntó—. ¿Tienes hambre?

Y, sin esperar su contestación, se volvió ostentosamente en su asiento y llamó al camarero con la voz melosa que usaba en público, como un viejo imitador del teatro de Shakespeare. Al volverse, sacó un cigarro del bolsillo, cortó la punta y se inclinó hacia adelante para encenderlo en la vela de sebo que había sobre un platillo, en el centro de la mesa.

—¿Y bien? —exigió Charlie—. Estoy esperando una explicación. Óyeme bien, Goodloe, si vamos a ser socios, será mejor que dejemos claras algunas cosas, como...

Bender le interrumpió.

—Charlie, Charlie, Charlie —canturreó suavemente, imponente, paternal, utilizando toda la autoridad de su edad, su corpulencia y sus éxitos legendarios (*Era millonario y me arruiné dos veces antes de los treinta años*, le había contado a Charlie en numerosas ocasiones)—. Te pido disculpas, de verdad. Lo cierto es que se me fue de la cabeza. —Al decir esto levantó la mano para cortar cualquier protesta—. Esa fábrica es una bagatela, Charlie. Ahora tenemos algo mejor. Algo que vale más que veinte fábricas de cereales quemadas.

En aquel momento, el camarero avanzó furtivamente hacia ellos, obsequioso y culebreante como un perro apaleado, un hombre convertido en la quintaesencia del lameculos.

—¿Sí, señor Bender? —susurró. Todo el mundo parecía conocer a Goodloe H. Bender, el pasado y futuro magnate—. ¿Desea alguna cosa más?

Bender le tuvo esperando hasta que retiró el cigarro de la hendidura de sus barbudos labios y exhaló una nube de humo con fragancia de caña, franchipán y las vaporosas lluvias del trópico.

—Sí, por cierto. Tráigale al señor el chuletón Delmonico, poco hecho, cubierto de champiñones y cebolla, y tráigale también un plato de sus mejores patatas fritas y un poco de sopa y medio pollo asado. Parece que no ha comido desde que hace dos días bajó del tren.

El camarero desapareció. Bender se recostó en su silla como si fuera un sultán, pagado de sí mismo, con el aromático humo azulado del tabaco retorciéndose encima de su cabeza como si fuera una corona. Charlie se sintió culpable. ¿Cómo podía haber dudado de un hombre así? Bender había nacido para reinar sobre la tierra, para comer en vajilla de plata y beber en copas de oro, no le cabía ninguna duda.

—¿De qué me hablas? ¿Qué es lo que va a pasar?

Contra su voluntad, apenas podía contener la excitación.

Una amplia sonrisa, una pausa autocomplaciente.

—Pues, nada más y nada menos, que nos vamos a hacer ricos a una velocidad seis veces mayor que con las posibilidades que teníamos ayer. Sólo eso. ¡Ah, sí! Vamos a cambiar el nombre de la empresa.

—¿Cambiar el nombre? —Charlie se llevó involuntariamente la mano al tarjetero de piel que llevaba en el bolsillo. ¡Cómo le gustaban aquellas tarjetas!—. Pero ¿por qué?

—Es un cambio mínimo, Charlie, no tiene mucha importancia. Vamos a añadirle otro nombre, nada más. —De nuevo una pausa, prolongada y teatral. Hubo mundos que colisionaron y barcos que naufragaron en el tiempo que Bender empleó para tirar la ceniza de su puro—. ¿Estás preparado? Kellogg's Per-Fo Company, Incorporated, así es como la llamaremos.

—¿Kellogg's? ¿Pero qué estás diciendo? No podemos...

Pero en ese momento se abrió la puerta y entró el hombre al que Bender estaba esperando. Iba bien afeitado, se había cortado el pelo y alguien había enterrado el abrigo vomitado y le había comprado un traje nuevo, pero Charlie le reconoció al instante. Se tambaleó un poco mientras se acercaba a la mesa, y Charlie, desconcertado, hizo caso de la indicación de Bender y se levantó a saludarle.

—Ah, George —ronroneó Bender mientras le daba la mano al hombre—, gracias por haber venido. Perfecto. —Y volviéndose hacia Charlie—: Te presento a mi socio, el señor Charles P. Ossining.

Los ojos seguían siendo turbios, los dientes conservaban sus manchas amarillentas, y no mostraba ni el más mínimo atisbo de haberle reconocido.

—Charlie, querido, mi buen Charlie —le abrumó Bender, ruborizado por su genialidad, cogido del brazo de los dos—. Charlie, te presento a George Kellogg.

---

## 10. UN AVE AGRADECIDA

Dos semanas antes del Día de Acción de Gracias<sup>[15]</sup>, la fiesta universal de la glotonería, Will detectó un cambio sutil en la atmósfera del comedor. Fue durante el desayuno, o, mejor dicho, durante el período en que él se sentaba a la mesa observando cómo la señora Tindermarsh engullía su ensalada de remolacha picada mientras Hart-Jones se reía como un imbécil ante sus huevos pasados por agua y la señorita Muntz daba unos mordisquitos a su muslo de Protose, o lo que fuese. Will no comía. Era el segundo de sus tres días de dieta laxante, y se tragó las gomosas semillas de zaragatona y el hijiki, que tenía la textura y el sabor del cartón piedra, como si estuviera tomando un montón de píldoras. Para beber le daban agua. Sea como fuere, el ambiente del lugar parecía un poco distinto, casi festivo; el ruido de las conversaciones era más animado, las risitas entre dientes y las explosiones de risas eran más joviales y frecuentes. Se estaba cociendo algo.

Un poco dolorido tras su sesión matinal con la enfermera Bloethal y el aparato de irrigación, Will saludó rígidamente a sus compañeros de mesa, se acomodó y se puso la servilleta en el regazo. No había necesidad de molestarse en mirar el menú, pues apenas se había colocado la servilleta cuando una de las dietistas apareció con su plato de arrugadas algas y amargas semillas, que tenía el mismo aliciente que un cuenco de virutas de madera y pelusa. El profesor Stepanovich le miró con conmisericordia y volvió a sus copos de maíz. Los demás, incluyendo a Homer Praetz, un hombre poco dado a las frivolidades, tenían la sonrisa en los labios, como si apenas pudieran aguantar la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Will, y no pudo evitar que apareciera una estúpida sonrisa en la comisura de sus labios—. ¿Hay algo que yo no sepa?

La señorita Muntz, su encantadora amiga de ojos verdes, a la que habían colocado a su lado en la terraza, envuelta en mantas, las últimas tres tardes, soltó una risita cantarina. Homer Praetz se puso una mano en la boca y armonizó con un falsete agudo.

—¿No se ha fijado en...? —empezó a decir la joven, pero no pudo contener una risita de colegiala.

—Lo que quiere decirle, señor Lightbody —añadió la señora Tindermarsh, que también estaba en el ajo—, es que el vestíbulo parece un poco rústico hoy. ¿No piensa usted lo mismo?

—¡El corral invade el redil de los buscadores de la salud! —profirió Hart-Jones atropelladamente, agitando una cuchara manchada de yema de huevo y mostrando una contundente y amarillenta dentadura de caballo.

Con aquella pista, Will escudriñó la habitación. Vio la habitual horda de comensales, famosos, ricos, dispépticos y neurasténicos. Columnas que se elevaban hasta el techo; camareras corriendo por los pasillos en incesante torrente. Vio la mesa de Eleanor y advirtió, con una ligera punzada de alarma, que no estaba allí, ni tampoco el doctor Linniman. Tal vez había desayunado antes, o tal vez se había quedado dormida. O quizá el doctor Kellogg le había recomendado un régimen matinal de enemas y ejercicios... Pero ¿dónde estaba Linniman, el sonriente, el parangón de la salud, el hipnotizador de mujeres casadas, el devorador de desayunos? Will se había enterado de que era soltero, y la noticia le había deprimido aún más. Ninguna apuesta mujer fisiológica esperaba en casa al sensual doctor, ningún rumor de pies contestaba al ruido de su llave en la cerradura. Todo aquello eran más razones para que el médico diera rienda suelta a su libido de soltero y codiciase a las mujeres de otros hombres.

Pero no, seguramente Will se estaba imaginando cosas que no eran ciertas. ¿Y si Linniman solamente era simpático, muy simpático, con su mujer? ¿No era ése su trabajo? Y, además, Will confiaba en Eleanor, ella podía envenenarle, pero nunca le abandonaría, no se le ocurriría hacer una cosa así. ¿Cómo iba a ocurrírsele? Habían hecho las paces. Convinieron en que aquello fue una tontería. Lo único que pasaba era que los dos estaban enfermos y sometidos a una gran tensión, a lo que había que añadir el cambio de escenario y de régimen alimenticio, y aquel viaje tan agitado. Ella se había presentado en su habitación la noche anterior, vestida con una sencilla blusa y una falda negra, para ver cómo estaba. Acabó quedándose una hora, sentada a su lado en la cama, leyéndole *La historia de mi vida* de Helen Keller, y al marcharse se inclinó sobre él, le cogió la cara con las manos y le dio un prolongado y prometedor beso.

—Venga, señor Lightbody —la señorita Muntz se rió desde el otro extremo de la mesa—, no me diga que todavía no se ha dado cuenta.

Se levantó, rodeó la mesa con un crujido de la seda de su falda, se inclinó sobre él y le señaló la maravilla, la sorpresa, el centro de las miradas del comedor.

Will lo vio. Y, arrebatado por el aura del perfume de la señorita Muntz y estremecido por la conciencia de su proximidad, no pudo controlarse y soltó una carcajada. ¿Cómo no se había dado cuenta? Allí estaba, la comidilla del refectorio, justo frente a sus ojos, emitiendo un rumor monótono para sí, en una jaula de tablillas de madera colocada en una mesa del rincón. Un pavo. Un ave gorda, barbada, con plumas, y emperifollada, que miraba a los comensales desde la espesura de sus rutilantes y estúpidos ojos. Y sobre el pavo, otra de las pancartas didácticas del doctor:

#### UN AVE AGRADECIDA

¿Por qué estaba agradecida? Porque dentro de dos semanas los casi mil pacientes

que constituían la población hospitalaria del San cenarían filetes de Nuttolene, ¿qué se habían creído?, con menudillos de imitación y salsa de gluten y soja, acompañados de nabos, puré de patatas y salsa de arándanos. Will tuvo que reconocerlo: Kellogg nunca desaprovechaba las oportunidades.

—¿No es desternillante? —le susurró la señorita Muntz al oído, con el rostro radiante de verdoso resplandor.

Fue como si a Will le hubiesen quitado un peso de encima. Era hilarante, sí que lo era. Y más, mucho más. Ahí estaba aquella noble ave, aquella encarnación del vuelo alado y la piel tostada en el horno, aquella proveedora de muslos y alas, de carne blanca que se volvía oscura al cocerse, aquella criatura amiga que tenía todo el derecho a la vida, a la libertad y a la consecución de una carunculada felicidad<sup>[16]</sup>. Ahí estaba, pavoneándose de su plumaje y comiendo las mismas nueces y cereales que ellos, salvada para siempre del tajo y el golpe de la cuchilla de carnicero. No había mejor manifestación del carácter distintivo del vegetarianismo, una nueva forma de espiritualidad y lazos morales, y Will vio allí aquella manifestación, picoteando ante él, y la sintió en lo más hondo de su estómago. Por lo menos, creyó que la sentía. Claro que, incluso en aquel momento de arrebató, no pudo evitar pensar que, a lo mejor, aquella sensación sólo era una semilla de zaragatona expandiéndose en su escondrijo secreto.

Después del desayuno, la enfermera Graves acompañó a Will al gimnasio masculino para una sesión de movimientos manuales suecos y de ejercicios de risa, seguida de otra de vibroterapia y de media hora de inmersión en el baño sinusoidal. Los movimientos manuales suecos, que había desarrollado el sueco Ling cien años antes, a partir de la lectura de la traducción francesa de un antiguo texto chino, consistían fundamentalmente en dar saltos y palmadas contorsionándose en unas posturas muy poco naturales. Por lo menos, eso le pareció a Will. Un centenar de hombres de todas las edades y condiciones participaban en rebaño en el ejercicio, mientras que el terapeuta jefe —un sueco de frente muy abultada y músculos prominentes que parecían panes— les animaba. Para los ejercicios de risa, ideados no sólo para mejorar el humor de los pacientes, sino también para enseñarles a respirar más profunda y naturalmente, el mismo grupo se reunía en el mismo gimnasio a observar a un par de mimos maquillados de negro que se caían de culo mientras Tiepolo Cappucini, el rechoncho tenor, les dedicaba una torturante sesión de risa operística. Purgado, muerto de hambre y desorientado, con los miembros atontados por la gimnasia sueca y las tripas pesadas como el plomo a causa de las algas marinas que las llenaban, Will no se divirtió en absoluto. Pero tras efectuar algunas cabriolas, trotar arriba y abajo, y agitar sus magras nalgas junto con sus compañeros de sufrimiento —los viejos con tirantes, los obesos y los demacrados, los aparentemente sanos y los visiblemente decrepitos—, y casi sin darse cuenta, empezó a reírse de un



modo incontrolable, desesperadamente, sin razón ni causa, como un lunático que golpease los barrotes de su celda.

La vibroterapia le pareció casi un alivio. Uno de los enfermeros les explicó, a Will y a media docena de hombres igualmente agotados por el esfuerzo de la risa, que era un ejercicio pasivo. Consistía en sentarse en una silla o taburete, o tumbarse en una mesa, a los que se había adaptado un motor eléctrico que hacía que el aparato se estremeciese, vibrase y se tambalease como una calesa con las ballestas rotas bajando por un camino lleno de baches. Will escuchó una pequeña disertación sobre cada una de las tres formas de vibración —percutiente, lateral y centrífuga— y se enteró de que Vigoroux, Granville, Schiff y Boudet las habían encontrado efectivas tanto para incrementar como para disminuir la sensibilidad nerviosa, según el caso, después de lo cual le ataron a una silla atornillada a una plancha de acero y se vio sacudido como un batido durante los siguientes tres cuartos de hora. En realidad, no se lo hubiera pasado demasiado mal de no haber sido porque el hombre atado directamente detrás de él, un quejica al que no paraban de castañetearle los dientes, se pasó el rato dando testarazos contra el cabezal de la silla de Will, y por el hombre que tenía a su izquierda, que peroraba sin parar con una especie de chillidos clónicos sobre las vicisitudes del mercado de valores. Cuando se acabó aquello, Will conoció los vibradores especiales para manos, brazos y pies, así como el taburete vibrador, la mesa vibradora y la camilla vibradora. Cuando salió de la sala de vibroterapia, las paredes, cortinas y lámparas también vibraban, y tardó más de cinco minutos, mientras recorría varias veces el pasillo de un extremo al otro con la enfermera Graves, en conseguir que el mundo dejara de temblar bajo sus pies.

Su visita final de aquella mañana, antes de que le envolvieran como a un recién nacido y la enfermera Graves le depositara sobre las heladas baldosas de la terraza, fue al departamento eléctrico. Allí los pacientes eran sometidos a descargas eléctricas de diferente intensidad a fin de estimularles o deprimirles grupos de nervios y músculos. Según los síntomas y necesidades de cada uno, por supuesto. Will tenía programado el guante caliente, seguido de media hora de baño sinusoidal. Él no estaba entusiasmado por ninguna de las dos cosas. Por una parte, se sentía malhumorado y cansado, pues ya le habían sometido a demasiadas vejaciones a lo largo del día. Por otra, no le gustaba cómo sonaba el nombre del primer tratamiento —guante caliente—, y siempre había sentido una especial aversión por los baños públicos y las piscinas, por aquella exhibición de carne: hombres simiescos de hombros peludos con mechones de pelos en los muslos y las pantorrillas, y entre los dedos de los pies, mujeres que parecían melones estrujados dentro de sus apretados trajes de baño. Durante su noviazgo, y en los primeros años de su matrimonio, Eleanor y Will se habían bañado en el Hudson en aquellos abrasadores días de julio y agosto perpetuamente azules, pero siempre conseguían encontrar un rincón para ellos solos, bien en la finca de Brinckerhoff, bien en la de su padre o en algún paraíso privado similar. En el colegio, por supuesto, no había forma de escaparse de los baños

públicos, y durante sus ocho años en la Crowley Preparatory School for Boys de New Milford, Connecticut, Will no había tenido más remedio que convertirse en uno más de la caterva de muchachos desnudos. Pero no le gustaba. Y ya no iba al colegio. Se sentía molesto por tener que quitarse la ropa en presencia de desconocidos y, lo que venía a ser lo mismo, por tener que soportar la visión de extraños que se desnudaran en su presencia o que aparecieran en público con cualquier atuendo que no se hubiera considerado apropiado para una noche en Sherry's o Delmonico's.

Pero el departamento eléctrico le sorprendió. No se veía ni rastro de la multitud de barbudos e hirsutos personajes en taparrabos cuya visión le había horrorizado cuando Ralph le llevó a hacer un recorrido por las instalaciones del sanatorio y abrió la puerta que daba a la piscina masculina. No había ningún extraño, hombre o mujer, paseándose perezosamente en *deshabillé*. El enfermero, vestido con traje, camisa, cuello y corbata, como cualquier hijo de vecino, le llevó a un vestuario privado, le pidió que se quitara la camisa y le indicó que se tumbara boca abajo en una camilla almohadillada y cubierta con una sábana inmaculadamente blanca. El guante caliente, que teóricamente tenía que excitar los músculos de la mitad inferior de su cuerpo (y, al volverse, de su maltratado abdomen), incluso le resultó agradable. Las descargas que le administraba eran mínimas, y su calor fue como un sedante. Después el enfermero le indicó que se vistiese, aunque sin ponerse la chaqueta, y que se arremangara la camisa y los bajos de los pantalones para sumergir los antebrazos y las piernas en las cubetas de agua del baño sinusoidal.

Obedeció pasivamente. Todo aquello habría sido tolerable de no haber sido por la presencia de un segundo paciente, no exactamente un desconocido, pero sí un hombre con el que Will apenas había cruzado alguna que otra palabra: Homer Praetz. Estaban sentados codo con codo, Will y el gigante de la industria, en sillas idénticas, provistas de cuatro cubos galvanizados y equipadas con los cables que proporcionaban las terapéuticas descargas. Era evidente que Homer Praetz acababa de llegar de la piscina o de uno de los más vulgares baños, porque llevaba el pelo húmedo e iba ataviado con un enorme albornoz de algodón azul.

—¿Lightbody, no? —gritó, tendiéndole a Will su mano húmeda y blanda—. ¿Qué, tomando un baño sinusoidal? —Luego bajó la voz—: Desde luego, no puedo decir que esto me guste mucho. Es como si tuviera un montón de hormigas recorriéndome las piernas. Y las partes, eso es lo que me mata. Duele un poco... no es que sea algo terrible, pero de vez en cuando das un respingo.

Suspiró y se quitó el albornoz, dejando a la vista una prominente, colgante y arrugada barriga moteada de vello negro. Luego dio un par de vueltas por la sala en taparrabo, como para mostrarla bien, antes de sentarse en su silla, junto a Will. Despreocupadamente, como si estuviera metiendo una camisa en el barreño de la colada, introdujo primero un pie, grueso, pálido y de aspecto mortecino, en su receptáculo, y luego el otro.

—Lo que hay que hacer para curarse, ¿no? —susurró, guiñándole un ojo a Will.

Pero Will no tuvo oportunidad de responderle. Lo notó en aquel mismo instante; el enfermero, vestido con un correcto traje oscuro, conectó el aparato, el gran generador del jefe se puso en marcha en algún lugar en las profundidades del edificio, y sintió una pequeña sacudida que empezó a mordisquearle, a pellizcarlo, a tironearle, pero no era como sentir que las hormigas recorrieran sus piernas. No, pensó Will, cerrando los ojos ante aquella extraña sensación, era como un enjambre de peces, un enjambre de peces en un estanque, un colegio de peces hambrientos picoteando cada pequeña hebra de vello descolorido a lo largo de sus cansadas piernas, hasta que tuvo la sensación de que se lo estaban comiendo vivo.

El sábado, el día en que Will acababa el régimen laxante, el jefe había dispuesto un ceremonioso «Banquete de Bienvenida a los Recién Llegados», una actividad habitual del departamento de relaciones públicas que pretendía presentar a los recién llegados a un selecto grupo formado por los cien pacientes más distinguidos. Will y Eleanor habían sido invitados a asistir, juntos, del brazo, como marido y mujer, como pareja, como cohabitantes de la hermosa casa de ladrillo que el padre de Will había construido para ellos en Parsonage Lane. A Eleanor la habían engatusado para que preparase un breve discurso sobre su trabajo de organizar la Sociedad de Mujeres de Peterskill por la Vida Biológica. Will estaba entusiasmado. No sólo por la oportunidad de pasar un rato con su mujer —y mostrarla, con toda su rara belleza y elegancia, a todos aquellos millonarios achacosos—, sino también porque, por fin, las semillas de zaragatona y las algas marinas formaban parte del pasado.

Por supuesto, no todo era de color de rosa: todavía tenía que lidiar con el nuevo régimen. La dieta láctea. La había empezado justo después del enema matinal con la ingestión exacta de ciento diez gramos de leche pura extraída de la immaculada vaquería del sanatorio, donde se limpiaba a las vacas con aspirador dos veces al día, para evitar la más remota posibilidad de que una partícula de caspa o un pelo bovino se colasen en el producto final. La dieta prescribía una toma de ciento diez gramos de leche cada quince minutos durante las horas de vigilia, y cada hora durante las de sueño, mientras el doctor Linniman y el doctor Kellogg lo considerasen necesario. El problema era que a Will nunca le había gustado la leche, ni siquiera cuando era pequeño. Y durante los últimos quince años sólo la había ingerido en algún ponche que se tomaba muy de tarde en tarde, o si le apetecía beberse un cortado por la mañana. Si le hubieran dicho que tomaba más de un litro de leche al año, se habría llevado una sorpresa. Y ahora le ahogaban en leche. Le inundaban, empapaban y saturaban de leche. Todo sería leche, leche y más leche, hasta que le saliera por los poros y no soñase más que con pastos y ubres colgantes. Pero aun así, incluso en el contexto de aquel siniestro régimen, había un motivo para la esperanza: el doctor Kellogg —siempre encantador, siempre haciendo guiños, siempre resplandeciente de salud y pensamiento positivo— había insinuado un cambio, en algún punto del

camino, hacia la dieta de uvas.

El banquete se celebraba en la cuarta planta, en una imponente sala de reuniones justo enfrente del comedor principal. La estancia estaba decorada con las mismas palmeras, las mismas columnas y las mismas pancartas admonitorias (¡LA IDEA DE BATTLE CREEK!) que el comedor principal, pero allí las mesas eran más largas —podían sentarse a ellas veinte personas o más— y habían instalado una tribuna sobre un escenario de madera que había en la pared del fondo. Eleanor llevaba un vestido de seda verde que hacía juego con sus ojos, un collar de marfil y un bolsito de malla a juego. Estaba muy hermosa, con su cuello longilíneo y su aspecto grácil, de pájaro exótico, y Will tuvo que reconocer que el sanatorio le estaba sentando muy bien. Alguien que no conociera su estado de salud nunca habría adivinado que padecía alguna enfermedad. Como hacía todas las noches, aunque sólo fuera para comer semillas o beber leche, Will se puso una inmaculada pechera con un frac negro un tanto anticuado.

Estaban sentados cerca de la cabecera de una de las largas mesas, ya casi totalmente ocupada por un grupo que incluía a la señora Tindermarsh, al almirante Nieblock, a Upton Sinclair, novelista y reformador, y al Gran Masticador en persona, Horace B. Fletcher. La iluminación era tenue, con apliques en las paredes y candelabros en las mesas. Will miró aprobadoramente los claveles, la rutilante cristalería y la plata, y contuvo las ganas de meter la mano en un cuenco de almendras saladas que había junto a otros llenos de apio, aceitunas y salvado, dispuestos con el fin de estimular el apetito de los invitados. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Will sintió una punzada de hambre, pero la voz del doctor le habló al oído —*Para usted no hay almendras, señor, ni salvado, ni apio; todavía no, todavía no*—, de modo que juntó las manos y esperó pacientemente la llegada de la primera de sus tomas de leche supernumerarias.

La comida en sí —la comida que a los otros les estaba permitido ingerir— era alta cocina del sanatorio, desde los entremeses, a base de las casi milagrosas rodajas de tomates madurados en invernadero con guarnición variada, hasta el pastel de carne vegetal, los pimientos morrones rellenos de crema de queso, el helado de nata y el Health Koko para la sobremesa. Will encontró realmente encantadora a la mujer que estaba sentada a su izquierda (una tal señora Prendergast, de Hackensack, Nueva Jersey), y que además adoraba a los perros. Will le regaló los oídos, una y otra vez, con historias de Dick, su terrier escocés, de sus hazañas y diabluras caninas. El hombre que tenía enfrente también era simpático, un hombretón rubicundo de aspecto escocés que tenía mal el corazón y parecía obsesionado con el general Cipriano Castro, el truculento dictador venezolano, pero que cuando Will cambió bruscamente de tema pareció encantado de exponer minuciosamente su análisis de las posibilidades del ejército en la inminente confrontación estratégica entre ejército y marina. Y si había un polo de atracción en su extremo de la mesa, aquel polo era Eleanor. Estaba brillante, arqueaba la nuca y erguía la cabeza para lanzar uno de sus

ataques verbales, o bien se detenía en medio de una frase y ponía los ojos en blanco para parecer cómicamente angustiada. Aquello era pura seducción. El hombre sentado a la derecha de Eleanor —Will no recordaba su nombre— no sabía hablar de otra cosa que de sus propiedades y de cómo las había incrementado, de su avenida de plátanos y de sus rododendros. Eleanor lo hizo picadillo.

Cuando llegó el momento de los discursos, la maestra de ceremonias, una doctora tan saludable que podía haber sido candidata al concurso de «Miss Cereales», alzó su copa de zumo de ciruela y dio la bienvenida a Battle Creek a Eleanor y Will, a la señora Tindermarsh y a otros doce pacientes más.

—Por el cosquilleo de un guante helado en un frío y gris amanecer —dijo con la copa en alto—, por el hormigueo de esa corriente sinusoidal que te recorre el espinazo, y por las recompensas de una vida sin carne.

A continuación habló una mujer cuadrada como un bloque de piedra antes de ser esculpido, una mujer tan maciza que hacía parecer silfídea a la señora Tindermarsh. Resultó ser una misionera islandesa, y recitó un poema en dialecto noruego sobre ciruelas en compota y gélidas y rápidas excursiones al excusado situado fuera de la casa, bajo una luna menguante. Luego llegó el turno de Eleanor.

Will notó cómo se le iba acelerando el corazón mientras su mujer subía a la tribuna y ordenaba sus notas. A él no se le daba bien hablar en público —de hecho, le habían suspendido dos veces en elocución—, de modo que se quedó maravillado de su sangre fría viéndola tan serena, calibrando a todos aquellos extraños, dignatarios, personalidades y gente así. Eleanor no tuvo ni siquiera que carraspear o beber un sorbo de agua, empezó sin más, con un tono coloquial que se proyectaba hermosamente por la habitación.

—He querido hablarles esta noche, señoras y caballeros, amigos, de mi vida anterior a Battle Creek, de mi propia y personal Edad de las Tinieblas, cuando todos mis sagrados templos eran asediados por las bárbaras hordas de la gula, los alimentos cárnicos y las noches de insomnio. Yo era un alma perdida. Veinte veces al día me encontraba sumida en lágrimas por cosas tan triviales que me da vergüenza mencionarlas, pero lo haré porque quiero que comprendan lo enferma y desamparada que estaba antes de descubrir al doctor Kellogg y *la vie simple*. —Se detuvo, con los ojos enormemente abiertos y la boca esbozando un patético y determinado puchero—. Un sello de correos roto. Las huellas, elegantemente exquisitas, dejadas por el paso del tiempo en una de mis tazas de Sèvres. Un pájaro enjaulado. El pensamiento de una ciénaga en el bosque, melancólica y olvidada, con la noche cerniéndose en torno a ella como una aparición. Una pluma con la punta rota. Los adornos de plumas para el peinado. Los albaricoques. Los rayos oblicuos del sol entrando por las ventanas del salón a última hora de la tarde e iluminando el retrato de mi madre con su mejor vestido y tocado. Amigos míos, ésas eran las cosas que me hacían llorar.

Siguió en aquel tono durante cinco minutos más, se mostró encantadora y sencilla, y todos sus oyentes se quedaron impresionados con lo que les contó, pero

ella hablaba para iniciados, a una sociedad de neurasténicos, ¿por qué narices se mostraba tan mojigata? Will se removió incómodo en la silla, preguntándose cuándo sacaría a relucir su ironía y añadiría así más salsa a su relato. Se preguntó si haría un poco el payaso, como la dama islandesa. Pero la espera fue en vano. Eleanor se explayó hablando de sus síntomas y sus sufrimientos con cierto regusto a sintomitis, pero Will se imaginó que formaba parte de su estrategia retórica. Todo valía a fin de tocarles la fibra sensible, para después sacar la artillería pesada, en atronadora salva, en honor del santón con barba de chivo gracias al cual todo aquello era posible.

Aunque estaba muy orgulloso de ella, dejó de prestarle oídos cuando Eleanor pasó a explicar las etapas de su regeneración, aunque la expresión «mi querido esposo» volvió a captar su atención. Su «querido esposo» estaba experimentando en aquellos momentos los mismos sufrimientos que ella había padecido en su búsqueda de la luz. Y todavía tenía muy arraigada la pasión por la carne animal y los licores, y tal vez, al menos eso temía ella, también por las drogas.

Will estaba mortificado. Eleanor le miraba directamente a los ojos, y un leve brillo de compasión iluminó su rostro de tal forma que parecía irradiar luz como un santo de la Iglesia católica; todas las miradas se concentraron en Will, que hubiera querido esconderse bajo una silla, convertirse en discípulo del padre Kneipp<sup>[17]</sup> en Worishofen y andar descalzo por la nieve, flagelarse. Pero, por encima de todas las cosas, quería fumar, beber whisky, devorar chuletas y filetes y engullir muslos de pollo. No le importaba lo que pensara aquella gente. Se encogió contra las fisiológicas púas de su silla.

Eleanor continuó detallando los excesos de su marido y el grado de desesperación al que había llegado. A pesar de eso, Will había apoyado su estancia en el sanatorio. Le contó al público que a su regreso lo había encontrado embrutecido, con la ropa destrozada, el perro y los sirvientes enloquecidos y todo el vecindario conmocionado. Luego inspiró de una forma tan profunda como si todos los reunidos inspirasen a través de sus pulmones.

—¡Y era yo! —exclamó de pronto, alargando los brazos, exhausta—. Sólo yo. Yo era la culpable. Llevada por mi egoísmo, mi enfermedad, mi pasión por pensar positivamente y quererme poner bien a toda costa, me olvidé de mi apoyo, mi compañero, mi marido. Él se hundía mientras yo daba los primeros pasos hacia la recuperación.

No se oyó ni un ruido en la sala. Ni una respiración, ni el taconeo de un pie, ni una tos osaron romper el impresionante silencio que se había apoderado de su público.

—Pero la historia no acaba aquí, queridos amigos, médicos y recién llegados que ahora os embarcáis en la aventura de la vida biológica. He de deciros que él está sentado aquí, entre nosotros. —Pausa, dos latidos—. ¡Will! ¿Will? —¿Se estaba dirigiendo a él? ¿Le estaba señalando? ¿Pensaba que se iba a levantar para que le dieran la bienvenida en el rebaño? Pues sí, y además lo hizo—, Will, cariño,

levántate, por favor.

Sintió que tenía las rodillas como bisagras oxidadas, las piernas tan pesadas como la cadena de un ancla. A su alrededor sonaron aplausos y algún «¡Bravo!» y algún «¡Eso es un hombre!». Y Eleanor estaba allí, dulce, dulcísima, toda dulzura. Esta vez fue ella la que le abrazó.

Después de la conferencia hubo un pequeño refrigerio y se entablaron las conversaciones habituales. Los aduladores se arracimaron como moscas en torno a Eleanor, mientras que Will, encogido en un rincón, fue avasallado por un ejército de perfectos desconocidos vacilantes que andaban arrastrando los pies, los cuales le cogieron del brazo y le dieron golpecitos en la espalda mientras le ofrecían toneladas de consejos que no había pedido, pensamientos caritativos y expresiones de preocupación maternal. Fue angustioso, y duró el tiempo suficiente para que le administraran tres de sus raciones de leche, una forma de medir el tiempo que a Will ya le parecía tan natural como el tañido de las campanas de la iglesia de San Eustasio en Peterskill. Cuando por fin terminó todo aquello, cuando el último de aquellos personajes, bienintencionados y sobrios, acabó de darle la lata con la retahíla de pesados consejos y divagaciones sobre las borracheras del tío Bill y la furtiva costumbre de empinar el codo de la tía Molly, Will se quedó a solas con Eleanor. Salieron solemnemente por la puerta y avanzaron por el pasillo.

Pero ¿adónde se dirigían?

La sentía resplandeciente a su lado, como si la recorriera una corriente eléctrica, más cálida que el baño sinusoidal, más ardiente que el guante caliente. Estaba muy orgullosa de sí misma. Muy orgullosa. Había representado su papel en favor del sanatorio —¡ella sí que era un buen agente publicitario!— y el público se había quedado encantado, realmente encantado. Había sido todo un éxito. Era la comidilla del lugar.

—¿Has visto cómo se arremolinaba la gente a mi alrededor? Casi no podía respirar. ¡Will, oh, Will! —exclamó efusivamente, cogiéndole del brazo y apoyándose en él como una niña pequeña—. Para mí ha sido un honor hablar ante gente como los Sinclair. ¿Era Meta la que estaba en el extremo de la mesa, aquella morena de aspecto agitanado...? Y también ante Horace B. Fletcher, por supuesto. ¿Y has visto a ese hombrecito vestido de negro y que parecía que estuviera en un entierro? Es Almus Overstreet, el banquero. Es un hombre encantador, no te puedes imaginar lo que me dijo después de la conferencia.

Will se agarró al brazo de su mujer. Le gustaba sentir que el brazo de Eleanor descansaba sobre el suyo y que su cuerpo avanzaba al unísono con el suyo. Y de pronto se sintió cargado con la electricidad que recorría el cuerpo de su mujer.

—¿Qué te ha dicho? Déjame que lo adivine... Te ha dicho que quiere que te asocies con él. —No pudo contener la risa, una risa fuerte y exuberante, casi un

rebuzno, pero se sentía tan bien que no pudo evitarlo—. No, no, te va a organizar una gira de conferencias para que aconsejes a las mujeres cómo resucitar a sus maridos caídos.

—No seas ridículo, Will. Es un encanto, y tú también eres un encanto y estoy muy contenta de que estés aquí. —Pausa, sonrisa. ¡Qué labios y qué dientes! ¡Dios mío, cómo la quería!—. Me ha dicho que era el discurso más conmovedor que había escuchado desde que John L. Sullivan<sup>[18]</sup> explicó en una cena, en una logia de los Elks<sup>[19]</sup>, cómo la bebida había arruinado su vida. Me ha comentado también que eres el hombre más afortunado del mundo, y que se jugaría la mitad de su fortuna a que con una mujer como yo te recuperarás enseguida. Es un encanto, ¿verdad? Aunque seguro que lo dijo por educación...

Estaban a la puerta del ascensor. El locuaz ascensorista de la mañana había sido sustituido por un hombre mayor y más reservado, que parecía un poco fuera de lugar con el ajustado uniforme color verde loro que compartía con el jefe de botones y sus muchachos.

—Lo dijera por educación o no, El —dijo Will cediéndole el paso a su mujer ante la puerta del ascensor—, tiene razón. Soy el hombre más afortunado del mundo. Y estoy contento, de verdad, de que me hayas traído aquí contigo.

Tenía todo un discurso preparado, una especie de acto de contrición que había ensayado en silencio mientras ella estaba en la tribuna, un reconocimiento de que a veces se había mostrado difícil, recalcitrante, de que se había dejado llevar por el pensamiento negativo. Pero ahora, aunque ella había aludido a unos temas demasiado personales frente a unos extraños, había empezado a ver la luz. Las palabras estaban en sus labios, pero no tuvo la oportunidad de pronunciarlas.

—¿A qué piso? —dijo el del turno de noche en un tono muy lúgubre, como si les estuviera preguntando en qué nicho del cementerio de Oak Hill deseaban ser enterrados, y Will se quedó un tanto confundido.

Eleanor contestó por él:

—Segundo.

—Sí, claro —susurró Will apretándole el brazo—. Te acompañaré hasta la puerta. —Luego, mientras el ascensorista abría las puertas ceremoniosamente, bajó un poco más el tono de voz y acercó los labios a la tibieza de su oído—. ¡Dios mío, es como volver a ser novios!

Eleanor no dijo nada, pero le miró de una forma que le pilló por sorpresa. Era una mirada que pertenecía a un período lejano de sus vidas, una época anterior a la neuralgia causada por el café, a los nervios a flor de piel y a su triste y yermo embarazo. Sintió que el corazón le daba un vuelco.

Él hubiera dudado en la puerta —la rigidez del doctor estaba grabada en las vetas de la madera, en el latón del pomo de la puerta, en la pintura de las paredes—, pero no lo hizo. Aquella mirada le animó, así que siguió a Eleanor flotando como una brisa primaveral y la estrechó en sus delgados brazos antes de que ella pudiera resistirse.



La sostuvo contra sí, y la seda verde de su vestido crujió contra su esmoquin, y pudo sentir el ansia de su nuevo y desencorsetado cuerpo fisiológico bajo sus faldones y enaguas, y de la prenda interior más sutil. Estaba desesperado. Temblaba. Se inclinó a besarla.

—Pero Will... —su voz era un hilo, el suspiro de un buscador de perlas que sube a la superficie en busca de aire—, cariño, querido mío, necesito... Frank, el doctor Linniman quiero decir, me está sometiendo a una dieta diurética y necesito... necesito... ir... al lavabo.

Will se deshizo en disculpas, apartándose de ella como si se hubiera quemado en una estufa. De pronto no sabía qué hacer con sus manos, con sus pies, con todo aquel tenso fardo de frustraciones, deseos y heridas que le invadían. Esperó en una de las sillas del doctor, con las piernas cruzadas, mientras el agua fluía y burbujeaba tras la puerta cerrada y Eleanor hacía sus secretas abluciones.

—Ha sido un discurso fantástico, El —observó Will, dirigiéndose a la inexpresiva superficie de la puerta. Hablaba para oírse a sí mismo—. Quizá has contado demasiadas intimidades. Y apenas has mencionado a la Sociedad de Señoras por la Vida Biológica de Peterskill. —Desde el otro lado de la puerta se escuchaba el ruido del agua, misterioso, incitante—. Me he sentido humillado, El. De verdad. Delante de todos esos extraños...

La puerta se abrió con un suave y erótico chasquido y Eleanor entró graciosamente en la habitación. Iba descalza y llevaba puesto un camisón, se había cepillado el pelo, que le caía por los hombros como a una exótica hechicera o una geisha. Se acordaba de aquel camisón —franela rosa con encaje en el talle y las mangas—, y el reconocerlo le excitó. *Mi mujer está en camisón*, se dijo, *y estamos juntos en la misma habitación*. Luego vio fugazmente sus tobillos; fue un atisbo breve, chispeante, de carne blanca y movimientos ondulantes, y se levantó de la silla.

Ella le abrazó. Se besaron. Will sintió el aleteo de su lengua, el calor de su cuerpo, y súbitamente sus manos entraron en escena, vagando, acariciando, explorando un territorio que les era familiar. Ella le cogió del brazo y le llevó a la cama.

—Chitón, Will —susurró—, no te enfades. Mi discurso ha sido por... tu bien. Y por el del San. Ven conmigo, Will. Quítate la chaqueta.

Will manipuló torpemente su ropa, tirando del corbatín, de la pechera, sintiéndose mareado y confuso.

—Pero, pero en tu estado... —protestó—. El doctor Kellogg...

Ella le estaba observando. Su mirada era firme, fuerte, sin la más mínima vacilación.

—Quiero una hija, Will. Dame una hija.

*Una hija. Dame una hija, Will*. Estaba fuera de sí, temblando como el mejor de los pacientes del vibroterapeuta, y Will se le echó encima, quizá un poco torpemente, pero con verdadera pasión y total convicción.

Por desgracia, en aquel preciso momento, sonó un golpe en la puerta. Un golpe. Después de todo, no estaban en casa, acurrucados en la enorme cama de dosel venida de ultramar, mientras los sirvientes se afanaban en las distantes regiones de la casa y la suave luz del anochecer se condensaba en las ventanas. No, eran huéspedes del sanatorio de Battle Creek, donde el mismísimo doctor John Harvey Kellogg les había prohibido las relaciones conyugales, y habían llamado a la puerta. Se quedaron helados. Culpables, aterrados, descubiertos. Will estaba a punto de saltar hacia el armario, cuando Eleanor, en una sorprendente demostración de fuerza, lo apartó como si fuera un montón de ropa vieja. Hubo un momento de tensión sostenida. ¿Insistiría el intruso? ¿Se marcharía? El picaporte de la puerta giró con un clic, y luego, desde el pasillo, se oyó la voz jadeante de la razón y el régimen:

—¿Señor Lightbody? ¿Está ahí, señor Lightbody?

La enfermera Graves.

Eleanor se levantó para contestar a la llamada, totalmente recompuesta, regia, indiferente. Ella, que hacía un momento se había mostrado tan apasionada entre sus brazos.

—¿Sí?

La enfermera Graves estaba en la puerta, con un platillo en la mano. El plato sostenía un vaso con capacidad para un decilitro, truncado, opaco y con su dosis de leche.

—Siento molestarla, señora —dijo en un murmullo apenas audible, con las mejillas ruborizadas—, pero su marido tiene que tomarse la ración de leche de cada cuarto de hora. Señor Lightbody —dijo, mirando por encima de Eleanor hacia donde Will estaba agazapado, en camiseta y con la chaqueta del esmoquin encima—, debería irse a la cama. Son las diez pasadas. Las diez y cuarto, señor.

Eleanor no movió un músculo. Escuchó en silencio el discurso de la enfermera, y el tono suave y transparente de las palabras de aquella mujer más joven pareció reforzar su compostura. Era más alta que la enfermera Graves —Irene—, unos cuatro o cinco centímetros, más delgada, y tenía una sangre fría a prueba de bombas. Eleanor, claro está, era una mujer de mundo, sofisticada hasta la medula. En cambio, la enfermera Graves era una niña ingenua, firme, saludable, rolliza, con una sonrisa que era como el sol sobre un campo de trigo, pero terriblemente ingenua. Aunque estuvieran en el sanatorio, Eleanor era la que llevaba la batuta.

—Deje aquí la leche, señorita Graves. Como puede ver, el señor Lightbody está ocupado en este momento. Y aunque apreciamos su solicitud, no creo que haga falta que nos siga como si fuéramos unos niños pequeños —dijo Eleanor, sin apartar la vista de la enfermera—. Eso es todo, gracias.

Pero la enfermera Graves sorprendió a Will. En lugar de pasarle el vaso con la leche medicinal y salir humildemente de la habitación, se mantuvo firme.

—Lo siento mucho, y le repito mis excusas, señora. Pero las órdenes del doctor son que tengo que administrar la dosis personalmente y vigilar al paciente hasta que

termine de tomársela.

Hubo unos momentos de suspense, y Will se imaginó ejércitos atrincherándose, colocando centinelas, montando líneas de comunicación, levantando defensas. Finalmente, Eleanor dejó escapar un suspiro de desesperación.

—De acuerdo —dijo—. Administre la ración, observe al paciente. Es usted mi invitada.

La enfermera Graves entró en la habitación de forma ceremoniosa, con pasos cortos y rápidos y la espalda rígida. Sin decir palabra, se inclinó hacia Will, le pasó el platillo y esperó hasta que se bebió su vaso número sesenta y uno del día. Y luego, toda profesionalidad, atravesó la habitación con el vaso balanceándose en el platillo, dudando un momento al llegar a la puerta. Ignorando a Eleanor, se dirigió a Will con un hilo de voz.

—Le espero en su habitación, señor Lightbody. —Y luego se marchó dejando la puerta entreabierta.

Tres rápidos pasos y Eleanor cerró la puerta de tal forma que hizo temblar el dintel y la jamba, al tiempo que a Will le silbaban los oídos. Estaba rabiosa, tenía los ojos hinchados y los labios apretados.

—¿Quién se ha creído que es, tu niñera? Dios mío, ¿has visto cómo se me ha enfrentado, en mi propia habitación? Como si no se fiase de mí para que te bebieras tu preciada leche.

—Déjalo, Eleanor —dijo Will en un arrullo, levantándose de la cama para abrazarla y empezar donde lo habían dejado—, sólo estaba cumpliendo con su deber.

—¿Su deber? —exclamó, apartándole enfadada—. ¿Es su deber dar a entender que tu mujer es una incompetente? ¿Indigna de confianza? —Su rostro era pequeño y duro, y estaba de puntillas, medio acuclillada, como un luchador dispuesto a derribar a su rival. Will dio un paso atrás—. ¿Cómo se llama? —exigió súbitamente, y en su voz había un sutil tono de impaciencia.

Las palabras se le atragantaron a Will en la garganta.

—Enfermera Graves.

—¿Graves? De acuerdo, gracias. —Se dio la vuelta y se dirigió al escritorio que había en una esquina, donde cogió una pluma y escribió furiosa su nombre en una hoja.

Will se sentía hundido en la miseria. Si le quitaban a la enfermera Graves, ya no le quedaría nada, nada excepto una interminable sucesión de días con aquellos océanos de leche, los místicos discursos de los doctores K. y L., y la mano de hierro de la enfermera Bloethal.

—Es muy buena, de verdad —murmuró—. En serio, El. Es muy atenta.

Pero Eleanor no le escuchaba. Se había metido en el cuarto de baño, y Will la vio echando algo que tenía un sospechoso parecido a hijiki en copos dentro de un enorme vaso que llenaba con agua del grifo. Mientras se inclinaba en el lavabo, el camisón se le pegó a las caderas, revelando sus contornos y formas y dejándole atisbar otra vez

sus blancos, blanquísimos tobillos. Will no pudo contenerse. Avanzó ágilmente, se deslizó en el cuarto de baño y la rodeó con sus brazos.

—El —le susurró, ronco de pasión—, vamos a la cama.

—Oh, Will —suspiró ella—. Estoy demasiado nerviosa. No sé en qué estaba pensando. Creo que sería un error para ambos. Ya sabes lo que dice el doctor Kellogg. —Él la miró a los ojos en el espejo, pero no vio nada que le animase—. Vuelve con tu enfermera, Will. Cuídate. Vete a la cama.

La escuchó, pero tenía la sangre caliente y no podía detenerse. La cogió suavemente de la mano, delicadamente, la llevó a la cama, alargó la mano para apagar la luz en la mesilla de noche y se echaron juntos en el colchón fisiológico, duro como una piedra. La oscuridad los envolvió como una manta. Los más mínimos ruidos rebotaban por toda la habitación, el tictac de un reloj en el escritorio, una respiración suave... Al cabo de un momento se vieron dos rendijas de luz, una en las cortinas y otra por debajo de la puerta. Se volvió a besarla y notó su pelo en la boca.

—No, Will —dijo con tono firme—. Mis nervios no lo resistirán.

—¡Por favor! —la voz de Will era como un chirrido en la oscuridad, una patética e infantil súplica—. Ya estoy mejor, de verdad. Y te necesito. —Estaba desesperado, y se agarró a un clavo ardiendo—: ¿Y nuestros votos matrimoniales? ¿Y nuestra hija?

Mientras hablaba, era consciente de que estaba condenado al fracaso. Ningún argumento iba a conmovier a Eleanor. Su padre la había malcriado descaradamente y, desde que Will la conocía, había hecho siempre lo que le daba la gana. Y si alguna vez, excepcionalmente, parecía dar su brazo a torcer, lo hacía sólo para sacar ventaja, eran concesiones interesadas. No, era como el pedernal. Inquebrantable. Lo mejor era que se rindiese y se arrastrara hasta su celda.

—Oh, Will, de acuerdo —susurró ella en la oscuridad, y su aquiescencia le dejó atónito y electrificado—, pero por favor, date prisa. Se te puede calentar la leche.

Ella se echó en la cama y se quitó el camisón con un rumor de franela, y sus muslos brillaron pálidos bajo la semipenumbra. Will se arrancó los botones de los pantalones —deprisa, deprisa— y se quitó los calzoncillos. Un momento —ya— y se puso encima de ella. Pero algo no funcionaba. Él no parecía... no había... no había nada. Estaba estupefacto, se inclinó para examinarse y descubrió que tenía el miembro flácido. *Flácido* después de toda aquella descarga de sucios pensamientos y después de la indecorosa erección en la entrepierna, *flácido*, ahora que se había presentado la ocasión.

—Venga, Will. Mis nervios. Acaba de una vez. —La voz de Eleanor se oyó desde el vacío.

Intentó concentrarse, trató de pensar en la enfermera Graves y en la mujer de la sala de espera, pero no funcionó. Era un fracasado, un barco a la deriva, un desecho de hombre. Incluso aquello, el acto humano más elemental, estaba fuera de su alcance. Se quedó helado de miedo. Estaba enfermo, grave.

—¿Will?

Se apartó de ella y buscó su ropa en la oscuridad.

—Creo que tienes razón, El. No podemos hacerlo. En este momento, no. Estamos muy enfermos, los dos, estamos...

—Will, deja de decir tonterías. Ven conmigo. —Se sentó en la cama y Will la vio tender los brazos hacia él—. Will. —Su tono era más duro ahora—. *Ven. Conmigo.*

Will se levantó de sopetón, se vistió como si se estuviera escapando de un incendio, abrió la puerta de golpe y salió descalzo al pasillo, con la pechera y los zapatos en la mano.

—¡Will! —le llamó ella a sus espaldas, imperiosa, exigente, chillona, aún más chillona—. ¡Will, Will, Will!

No sabía cuánto tiempo había estado vagando por los pasillos, arrastrándose desesperado, enfermo para siempre, como un inválido, un eunuco, un castrado, un semental retirado. Tenía la mente aturdida por aquella triste verdad y, por primera vez en su vida, se planteó la razón de continuar viviendo. ¿Qué sentido tenía? Ya no le quedaba nada.

Se arrastró a la deriva, ocupado sólo en refugiarse tras una puerta o una palmera cada vez que se cruzaba con una enfermera o un enfermero. A aquellas horas ya debían estar buscándole, la enfermera Graves habría dado la voz de alarma. Will se había saltado la última de las tomas del día, sin mencionar el enema de antes de irse a dormir, y si la enfermera Graves se había ido a su casa, la enfermera de la noche, que le despertaba bruscamente cada hora para la dosis nocturna, se estaría preguntando el motivo de la cama vacía. Se escondió en el Jardín de las Palmeras, sintiéndose como un niño que juega al escondite, y cuando el San se hundió en las profundas cavernas de la noche empezó a moverse otra vez, deambulando por pasillos, rincones oscuros y trasteros. Entonces se acordó del pavo, aquel ave agradecida descansando en su jaula, en un rincón del comedor. Se lo imaginó graznando, envuelto en sus plumosos sueños, ajeno a los fraudes de la vida. Un ave agradecida. Sí. Y ¿por qué tenía Will que estar agradecido?

Era tarde y empezaba a fallarle el entendimiento. El pavo estaba ante él como un espantajo, encarnación y símbolo de todas las falsas promesas hechas por el San, de todas sus insulsas garantías y perniciosas transacciones. El ave estaba agradecida, pero él no. Quería ver a aquel pájaro retorciéndose de dolor. Quería que conociese el dolor, quería cogerle las carúnculas y retorcerlas desde el estúpido y estrecho bulbo de su agradecida cabeza. Quería retorcerle el pescuezo, desplumarle, arrancarle las alas del cuerpo y los pies de los muslos. Inconscientemente, como si le impulsara una fuerza misteriosa, avanzó hacia el hueco de la escalera y empezó a ascender, sonámbulo, zombie (pero no tan zombie para coger el ascensor, seguro que estarían esperándole). Eran seis pisos. Cuando llegó al último, estaba jadeante, luchando por respirar, y el sudor le empapaba la espalda.

Se pasó varios minutos recuperándose en el lóbrego escenario del hueco de la escalera. El San estaba envuelto en un silencio absoluto, y se imaginó a la señorita Muntz dormida en su habitación. Al doctor en su residencia, respirando correctamente y con toda propiedad, también en sueños. Linniman roncando con todo su poderío en sus cuarteles de soltero. Eleanor por fin instalada en su sueño ligero, tortuoso, sin ensoñaciones. A aquella hora, la planta superior estaba desierta, no había ni pacientes, ni médicos, ni enfermeras, nadie. Will salió al pasillo y, pegándose al muro, avanzó hasta la imponente entrada del comedor, casi esperando encontrarse a la señora Stover plantada allí como un perro de tres cabezas. Pero incluso la señora Stover tenía que dormir. No había nadie. Will permaneció largo rato inmóvil antes de agarrar el pomo, abrir la puerta y colarse dentro.

La estancia parecía aún mayor bajo la tenue luz que se colaba por las ventanas procedente de las farolas que punteaban el jardín. Solemnes columnas, espectrales palmeras... parecía un cavernoso mausoleo. A un nivel más alto que el de su cabeza, vislumbró el precepto de Horace B. Fletcher en letras de imprenta, y en el rincón del fondo, el pálido brillo de la pancarta que colgaba sobre la cabeza del pavo. Vio que las mesas estaban dispuestas para el desayuno. El ave agradecida no hacía ningún ruido.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Qué estaba haciendo? Se sentía como un ladrón, un asesino. Toda su vida había sido respetuoso con la ley, y ahora estaba a punto de llevar a cabo una mutilación. Aquella ave inocente, aquella vida sin culpa. Pero luego pensó en el doctor, relamido e infalible, con sus consignas siempre preparadas, su salud sonrosada y todo lo demás. Y la seductora ironía de su hazaña le abrumaba. Un ave agradecida estrangulada en su jaula. ¿La recogerían al amanecer y la tirarían al cubo de la basura? ¿Colocaría el doctor otro pavo para que nadie se diera cuenta? ¿Cómo explicaría la jaula vacía, la muerte en el lugar de la vida? Will apretó los dientes y avanzó a grandes zancadas por la estancia con el despiadado gozo del verdugo. Allí estaba la jaula, frente a él, con los barrotes espectralmente blancos, como estacas destacando en la intensa penumbra del comedor.

No vio nada. No oyó nada. ¿Dónde estaba? ¿Gritaría cuando abriese la puerta y sus dedos rodeasen aquel cuello agradecido? Tenía que andarse con cuidado. Si alguien le descubriría... Se imaginaba el rostro severo del doctor, su firme perilla, sus implacables ojillos de arpía. *¿Qué demonios está haciendo con mi pavo, señor?* Tenía la mano en el pestillo. ¿Cómo se abriría? Cerraba de golpe, pero tenía un tirador por fuera. Allí, junto a sus dedos. Lo abrió. Nada. El hedor del pavo le llegó a las fosas nasales, áspero, penetrante, amoniacal; era un olor a corral, a campos abonados, a la humedad que produce moho en el rincón más sombrío del más sombrío de los sótanos. Y luego, el animal se materializó, como un montón negro de plumas en el fondo de la jaula, basura ya, un saco de nada. Respiró hondo y alargó la mano.

Ni un graznido, ni un aleteo, ni un resuello de sorpresa: aquel cuerpo estaba inerte. Frío. Exangüe. Laxo. Atónito, Will cerró su mano alrededor de las patas

desnudas y tiró de ellas hacia fuera de la jaula en un torbellino de plumas y polvo. Con cierto esfuerzo, lo levantó para verlo a la débil luz. El largo cuello del animal colgaba flácido, las alas asimétricas. Will sintió un escalofrío. Colgando, eternamente agradecido, aquel cuerpo se retorció como un ahorcado buscando su centro de gravedad en el extremo de la cuerda.

Muerto. Ya estaba muerto.

SEGUNDA PARTE

# Terapéutica



---

## 1. ¡FELIZ NAVIDAD!

A medida que se acercaba la Navidad, el sanatorio se transformó. Los pasillos fueron engalanados con musgo y acebo, y en el vestíbulo se instaló un abeto de seis metros. Mirase hacia donde mirase, la vista encontraba siempre adornos de oropel, serpentinas o muérdago. El doctor Kellogg aprovechaba sensata y prudentemente todas las fiestas, desde el Día de la Marmota<sup>[20]</sup> hasta el Cuatro de Julio, haciendo todo lo posible para apropiarse del espíritu del día y convertirlo en una victoria de sus ideas en favor de la vida sana, pero en navidades se superaba a sí mismo. Sus colaboradores no paraban de organizar carreras de trineos y audiciones de villancicos, así como de preparar paquetes con sorpresas navideñas y cosas por el estilo (un paciente entretenido nunca incordia, solía decir), mientras la orquesta del sanatorio ensayaba temas de Bach, Haendel y Monteverdi, y el «profesor» Sammy Siegel se paseaba por el comedor con un triángulo y un silbato, interpretando versiones de villancicos tradicionales, que unas veces eran cómicas y otras sentimentales. Las enfermeras parecían moverse con energías redobladas, los médicos y el personal del comedor silbaban alegres tonadas navideñas al cruzarse en el vestíbulo, e incluso los pacientes más taciturnos parecían de mejor humor. Todo aquello formaba parte esencial de la experiencia de Battle Creek.

Pero, a pesar de la alegría de las fiestas y de la perspectiva de pasearse de un lado para otro repartiendo pastelillos antiescorbúticos que sacaba de un cesto como si fuera un cuerno de la abundancia, vestido como el verdadero y original Santa Claus, un papel con el que siempre había disfrutado, a John Harvey Kellogg le parecía aquella una época sin alicientes. Se sentía deprimido. Hundido en un agujero. En un pozo. Su depresión era tan profunda, que, de haber sido su propio médico, se habría recetado la vida fisiológica o el régimen antineurasténico radical, lo cual resultaba paradójico, porque si alguien practicaba la vida fisiológica al pie de la letra, era él, y, sin embargo, en el fondo parecía que no le sirviera de nada. Tal vez, simplemente, estuviera cansado. Tal vez fuera sólo eso.

Sentado tranquilamente en su despacho, comiendo yogur y preparando sus notas para la charla vespertina en la que respondía a las preguntas dejadas en el buzón, intentó identificar la causa de su malestar. Era George, supuso, el último de una caterva de imitadores, intrigantes, farsantes, parásitos, estafadores y vividores, que no sólo deseaban apoderarse de los frutos del genio de Kellogg, sino incluso de su propio nombre. Se sentía como un fiero y viejo rey acosado por unos súbditos rebeldes, como Laocoonte atacado por las serpientes<sup>[21]</sup>: te deshaces de un anillo y en seguida salta otro a reemplazarlo. ¿Por qué no podían dejarle en paz?

Desde el principio habían intentado hundirle, aprovecharse de él, beneficiarse de aquello a lo que no tenían derecho. Cuando inventó el sucedáneo de café a base de cereales tostados, allí estaba Charlie Post para piratear la fórmula, ganar dinero a espaldas con una publicidad bastante chabacana, comprar media ciudad, incluido el periódico matutino, y convertir la vida del doctor en un infierno. Cuando inventó los copos de maíz cayó sobre la ciudad una pandilla de truhanes vocingleros que sobornaron a sus empleados y montaron empresas para competir con él en cualquier chabola que tuviera dos puertas y una ventana; y su hermano Will era el que peor se había comportado de todos. El doctor todavía hervía de rabia al pensarlo. El abismo que se había abierto entre ellos durante aquel invierno era mayor que el Gran Cañón y que el océano Pacífico, y aumentaba sin cesar. ¡Y pensar que había confiado en él, que había sido lo bastante ingenuo para imaginarse que la sangre podía más que la ambición...! Por lo menos, aquello le había servido de escarmiento, eso estaba claro. Pero aun así, le dolía. Le dolía como si le sacaran una muela, como si le estuvieran sacando la misma muela desde hacía cien días.

El doctor había rescatado a su hermano pequeño de la oscuridad y lo había convertido en contable, encargado de recaudar fondos, factótum jefe y mayordomo del sanatorio, pero Will no estaba contento. Ni agradecido. Quería ponerse a la altura de Post comercializando los copos de maíz del doctor como si de cualquier infernal preparado vegetal o de aceite de serpiente se tratara, pero John Harvey Kellogg no había cedido un ápice. ¡No, señor! ¡De ninguna manera! Le preocupaba su reputación como médico y cirujano, por lo que no le interesaba convertirse en un charlatán que promocionara sus propios productos. Además, la clase médica censuraba ciertas cosas; por ejemplo, la publicidad vulgar y el afán de ganar dinero de cualquier modo, así como todo lo que llevaban aparejado. Había tardado treinta años en lograr que no le incluyeran entre los santones, los nudistas, los antiviviseccionistas y los encantadores de serpientes, y ahora no pensaba dar marcha atrás.

Y por eso, a cambio de una módica suma de dinero, había dejado que Will se quedase con su patente y montara una empresa independiente, la Battle Creek Toasted Corn Flake Company (a la que Will llamaba ya la *Kellogg's* Toasted Corn Flake Company), con una cláusula que le aseguraba su control al doctor como presidente del consejo de administración y accionista mayoritario. El doctor recibió 35 000 dólares en efectivo y bastante más del cincuenta por ciento de las acciones. Y algo aún más importante: la posibilidad de ganar dinero sin mancillarse con maquinaciones comerciales ni tener que contestar a preguntas embarazosas relativas a las exenciones de impuestos de que gozaban el sanatorio y sus empresas asociadas. Pero Will se volvió contra él. ¡Su propio hermano! Se había vuelto contra él como un extraño, un enemigo, una serpiente de dos cabezas con la que se hubiera tropezado en un camino.

Y lo más irónico era que Will había aprovechado una de las virtudes de las que el doctor se sentía más orgulloso —el ahorro— y la había utilizado contra él. Porque

durante el año anterior, en lugar de subir los sueldos, el doctor había entregado pequeños paquetes de acciones a los médicos y al resto del personal, con lo que además de ahorrarse dinero en efectivo beneficiaba a sus empleados con una especie de ahorro forzado. Perfecto. Así mataba dos pájaros de un tiro. Pero Will... —y, al llegar a este punto, el doctor sentía que el corazón se le encogía como una esponja seca—, Will se asoció con un emprendedor agente de seguros de Saint Louis, reunió cierto capital y se dedicó a comprar subrepticamente aquellas acciones pagando la mitad de su valor nominal hasta que logró hacerse con la mayoría. Fría y solapadamente, como el traidor que era, esperó hasta que todos estuvieron sentados en una reunión del consejo, y entonces, mirándole por debajo del ala de la gorra de campesino que llevaba siempre, le anunció con voz retadora:

—Ya no vas a tomar más decisiones en *esta* empresa, John.

Era exasperante. Repugnante. Un testimonio patente de la venalidad y la depravación de la naturaleza humana... aunque no culpaba del todo a Will: culpaba también a sus médicos, por haberle vendido sus acciones. Pero habían pagado por ello, y con creces. Kellogg había echado ya a media docena, y pensaba irlos despidiendo a todos a medida que consiguiera encontrar sustitutos competentes.

Sí. Y por si todo aquello no fuera lo bastante malo, estaba el negocio del sanatorio. Aunque John Harvey Kellogg no podía atribuirse su invención —en 1876, cuando se hizo con el Western Health Reform Institute, ya había unos cincuenta balnearios y centros de hidroterapia funcionando en los Estados Unidos—, sí que podía enorgullecerse plena y totalmente de haber convertido una empresa adventista que iba a la deriva, una covacha de madera de veinte camas con un puñado de pacientes reumáticos, en uno de los mayores y más modernos hospitales quirúrgicos del mundo, y obteniendo pingües beneficios mientras realizaba la transformación. Y ¿cuál había sido su recompensa? Apenas había realizado su proyecto, apenas había logrado implantar sin ninguna ayuda el método Battle Creek y había hecho de Battle Creek, Michigan, la meca de la salud del mundo, cuando una docena de imitadores, entre ellos Post y los hermanos Phelps, trataron de hacerle la competencia. La Posada La Vita, de Post, no era por aquel entonces más que un anejo de su fábrica, un lugar en el que almacenaban viejos hornos giratorios y barriles de malta, o por lo menos eso le habían dicho sus espías al doctor. Y los Phelps, que operaban siguiendo el despreciable y cínico principio de hacer todo lo contrario de lo que propugnaba el doctor —servían carne, cerveza, licores; tenían incluso un salón de fumadores—, se habían hundido en menos de dos años. Pero su edificio seguía allí, justo al otro lado de la calle, enfrente del sanatorio, y el doctor tenía que verlo cada día. «El edificio de piedra sin labrar más grande del mundo», como lo llamaban llenos de vanidad, fue comprado en pública subasta por Charlie Post, que se lo alquiló a Bernarr Macfadden, un tipo atolondrado, presuntuoso y fanfarrón, absurda caricatura de un profesional de la salud, que había bautizado el lugar como «Casa de Salud Macfadden» y lo usaba como pantalla para promocionar su propia marca de copos de maíz, Strengtho.

¡Maldición, qué rabia le daba!

Pero aquello no fue lo peor. Pisándoles los talones a los explotadores de la salud llegaron los timadores, los vividores, los mercachifles y toda clase de gentuza. Un buen día apareció un hombre que decía llamarse Frank J. Kellogg —el Kellogg «Antigrasa»—, con una partida de nacimiento que ratificaba su derecho a utilizar ese apellido y a comercializar una pócima cuya fórmula contenía alcohol y que vendía como «el tratamiento seguro para reducir la grasa de Kellogg». Los abogados del doctor le dijeron que no podía hacer nada para evitarlo.

Y ahora tenía que enfrentarse al asunto de George. No contento con los cien dólares que le había extorsionado en noviembre, volvía a la carga con una nueva maquinación. Aquel mismo día, poco antes —y ésa era la causa de la desmoralización del doctor, de su melancolía: George, George una vez más—, el muchacho se había presentado en su despacho con dos hombres. El doctor acababa de visitar a sus pacientes y se disponía a almorzar rápidamente en la mesa de su despacho al tiempo que dictaba un par de docenas de cartas y atendía a la consulta que le hacía Murphy, el cuidador de Lillian, acerca de la súbita pérdida de apetito de la chimpancé, cuando se oyeron unos golpes en la puerta. El hecho de que llamaran ya era de por sí muy poco habitual: todo el personal, y casi todos los pacientes —a excepción de unos pocos muy influyentes—, sabían que no debían acudir al doctor sin pedir audiencia. Sólo podían molestarle en caso de extrema urgencia. Dab se levantó del estenógrafo para abrir la puerta, y allí estaban, la más impía asociación que el doctor hubiera podido imaginar.

George le sorprendió. Iba bien afeitado, vestido con ropa bastante presentable, incluyendo un par de botas que sólo estaban arañadas y aún no se habían abierto por las puntas ni tenían los tacones gastados, y daba la sensación de que hacía menos de una semana que se había metido en una bañera. El individuo que tenía a su derecha era un hombre de aspecto bravucón y bastante mayor, de unos sesenta años y pico, calculó el doctor, que llevaba una barba ridícula y un chaleco confeccionado con un tejido brillante, de color dorado. El otro, casi tan joven como George, vestido de un modo que quería ser elegante pero resultaba vulgar, tenía la desenvoltura atractiva y el aire fanfarrón de un aprendiz de estafador. Nadie se movió. Nadie dijo una palabra. George sonrió.

El doctor tardó cinco segundos en reaccionar y pasar de su sorpresa inicial a una rabia estupefacta. Dab se puso pálido. Murphy, un hombre sinuoso y huesudo como un contorsionista y cuya cara parecía componerse exclusivamente de cejas y nariz, se retorció deferente en su silla.

—¿Qué significa esto? —farfulló el doctor.

—Perdone, *padre* —dijo George entrando en la habitación con su escolta—. Ya sé que debería haberle pedido audiencia, como el resto de los humildes mortales, pero tuve la sensación... bueno, tuve la sensación de que quería verme.

—¿Que yo quería verte? —dijo el doctor, incrédulo—. ¿Verte? ¿Para qué?

El muchacho le sacaba de quicio por su sonrisa zalamera y su manera de hablar confianzuda y llena de unción.

—Tenemos que hablar de negocios.

El hombre mayor, el de la barba teñida y el chaleco brillante, hizo ademán de hablar, pero el doctor le interrumpió. Mirando sucesivamente a cada uno de sus interlocutores, como un volcán en erupción de furia psicológica, el doctor Kellogg escupió sus palabras igual que si estuvieran a punto de estallarle en la boca:

—No quiero negocios contigo. Ni ahora, ni nunca.

El pequeño grupo, enmarcado por la puerta, parecía indeciso. George se frotó las manos, como si quisiera calentárselas. Su sonrisa era artificiosa y repugnante, un despliegue de encías podridas y dientes amarillentos que le revolvió las tripas al doctor. Al fin, George dijo:

—No, padre, creo que se equivoca.

A continuación se desarrolló uno de los espectáculos más penosos que el doctor había presenciado nunca. Aunque les ordenó que salieran de la habitación con un gesto de impaciencia, y aunque Dab y Murphy se encargaron de que lo hicieran, y aunque los tuvo cuarenta y cinco minutos concomiéndose en el pasillo, estaba claro que no tenían intención de marcharse. Sin duda, podría haber mandado que los expulsasen del sanatorio, pero se arriesgaba a que George hiciera una escena. No, decidió, los recibiría y les escucharía, aunque le irritaba profundamente. Se entretuvo con las cartas y con las instrucciones a Murphy (que consistían, fundamentalmente, en reforzar la alimentación de Lillian con los sobrantes de Protose de la cocina y darle una purga a base de zaragatona e hijiki), hasta que, por fin, se levantó del escritorio con un suspiro y abrió la puerta para que entraran los intrusos.

Murphy salió rápidamente —sus cejas se arrastraban como orugas por su rostro—, y Dab adoptó una postura defensiva detrás de su jefe. La sonrisa de George se había desvanecido, y el trío parecía más serio mientras cruzaban la puerta a los acordes del villancico «¿De quién es hijo este Niño?», que resonaban por el pasillo.

El doctor no les invitó a sentarse.

—Y bien, ¿de qué se trata? —espetó, con la visera ahumada colocada sobre las cejas como la visera de un yelmo.

El mayor de los tres empezó a hablar, y las palabras brotaban de su boca como el gas de un tubo de fermentación. Era el señor Goodloe H. Bender, y se sentía muy complacido de presentar a sus colegas, el señor Fulanito —el doctor estaba demasiado irritado para concentrarse en trivialidades— y, por supuesto, el celebrado hijo del doctor, George.

—Ese joven, George —cacareó Bender—, es una persona muy perspicaz para los negocios y de una sagacidad notoria. Debe estar orgulloso de él.

¿Sabía el doctor Kellogg que George se les había unido para fundar una empresa? ¿No? Bueno. Entonces Bender soltó tal perorata sobre copos de maíz y carretadas de maíz dentado, suelo industrial y otras zarandajas, que los ojos del doctor brillaron con

rabia contenida y, una vez más, le interrumpió.

—Señor —le espetó—, debo recordarle que soy una persona muy ocupada. ¿Por qué supone que me interesan esas cosas?

Los tres se miraron con aire de complicidad. La sonrisa de George volvió a aparecer, y los labios de los otros dos también se distendieron brevemente.

—Pero doctor —bramó Bender—, si ni siquiera nos ha preguntado el nombre de nuestra empresa...

A John Harvey Kellogg le rechinaban los dientes. Tenía tres reuniones a las que asistir, dos horas de consultas con pacientes, una conferencia que preparar y las galeradas de su opúsculo *Los frutos secos pueden salvar a la raza humana* por corregir. Y allí estaba, retenido en su propio despacho, escuchando los delirios de un asno.

—Le repito, señor, ya que parece un poco duro de oído, o corto de entendederas, que no tengo tiempo para...

—*Kellogg's* —dijo Bender recalcando las sílabas—, la *Kellogg's Per-Fo Company, Incorporated*, de Battle Creek, Michigan. ¿Qué le parece? Suena bien, ¿verdad?

El doctor, que se había puesto a pasear por detrás del escritorio, se detuvo bruscamente.

—¡De acuerdo! —exclamó—. ¡Suéltenlo! ¿Qué es lo que quieren?

Era la señal que parecía esperar el otro acompañante de George. Avanzó un paso, esbozó una sonrisa nerviosa y se puso a manosear el ala del sombrero que tenía en la mano:

—Nos interesa saber si estaría dispuesto a respaldar esa empresa. Si estuviera interesado, podríamos ofrecerle un paquete de acciones...

—A un precio de ganga —terció Bender—. No creo que nuestra pequeña empresa pueda afectarle ni poco ni mucho, doctor, ni que cause... bueno, *confusión* entre el gran público... —Se detuvo para chasquear los labios pensativo, como si estuviera contemplando innumerables cuencos de copos de maíz preparados para el desayuno en infinidad de mesas a lo largo y ancho de los Estados Unidos, una superficie interminable de madera encerada, hules y manteles de lino—. Pero claro, si su aportación fuera... generosa, digamos, no habría necesidad de que nos pusiéramos a fabricar el producto. No sé si me explico...

Ya había soltado su discurso, ya le había apretado las clavijas. El doctor Kellogg sabía perfectamente lo que aquel hombre odioso, fanfarrón, barrigón y de vida evidentemente nada fisiológica quería decir. Y ahora podría enorgullecerse de su superioridad moral y dejar que su ira cayera sobre aquellos estafadores como los rayos caían del cielo.

—¡Ah, sí! —dijo bajando el tono de voz para darles una falsa sensación de seguridad—. Sí, ya sé de lo que me hablan. Quieren ayudarme a evitar una situación embarazosa, ¿verdad?

Bender y el otro hombre asintieron ansiosamente. George le dedicó una mirada maliciosa con sus ojos negros; su petulante sonrisa seguía impertérrita en sus labios.

—A mantener impoluto mi buen nombre, ¿verdad?

De nuevo asintieron, y además el hombre de más edad le hizo un guiño, como si acabaran de concluir un mudo trato.

—Extorsión, ¿verdad? —prosiguió el doctor elevando el tono de voz—. ¡Amenazas! ¡Chantaje! —bramó de pronto, dando un puñetazo en la mesa—. ¡Violan todos los principios en que se basa la honradez humana! ¡Desprecian olímpicamente la ley! ¿Tengo razón, caballeros?

Sobresaltados, los tres vividores dieron un paso atrás. Se desvaneció la risita presuntuosa de George. El más joven puso cara de asustado. Sólo Bender parecía imperturbable y miraba con aires de superioridad al colérico hombrecillo.

El doctor cogió el teléfono. Su tono fue lacónico y profesional. Mientras hablaba, mantuvo la mirada fija en Bender.

—¿Schroeder? Soy el doctor Kellogg. Hay una emergencia en mi despacho. Quiero que vengan cinco ordenanzas inmediatamente. —Colgó el auricular como si fuera un arma cargada, extendió las manos y las apoyó en el escritorio. Bajo la visera, sus anteojos lanzaban destellos de luz. Cuando volvió a hablar, su tono de voz fue medido y tranquilo—. Mejor será que se vayan con sus amenazas a otra parte, señores. Y que conste que uso ese término por pura fórmula. Para empezar, les sugeriría que fueran a ver a mi hermano Will. Se les ha adelantado, ha usurpado ya mi nombre. «Desconfíe del producto que no lleve esta firma». ¡Ja! Un montón de estiércol vale mucho más que eso. Mis abogados se ocuparán de él, y también de ustedes.

Nadie dijo esta boca es mía. El silencio hubiera sido total de no ser por el rumor de pasos cada vez más próximos que llegaba del pasillo. El doctor apuntó con el dedo a su descarriado hijo.

—En cuanto a ti, George, tus pequeñas artimañas funcionaron, y más de una vez, en el pasado, pero no quiero saber nada más de ti. Si intentas volver a molestarme, o se te ocurre molestar a mis pacientes, haré que Farrington, el jefe de policía, te meta en la cárcel en menos que canta un gallo.

George soltó un taco. A continuación, sonaron unos golpes impacientes en la puerta y cinco jóvenes forzudos, uniformados de blanco, entraron en el despacho. El doctor miró a Bender.

—Y usted, señor, tan sólo es una desagradable pejiquera. Me produce la misma sensación que ciertas cosas que uno pisa a veces en la calle. Si le vuelvo a ver por aquí, no dudaré en librarme de usted y limpiarme la suela del zapato contra el bordillo. ¿Me ha comprendido?

Bender se puso bravucón —le habían herido en su orgullo, y el doctor lo lamentaría— pero Kellogg hizo un ademán y sus ordenanzas sacaron a empellones a los tres estafadores de la oficina, los arrastraron por el pasillo y salieron por las

imponentes puertas de roble del lado norte del edificio. El doctor contempló desde la ventana cómo el recalcitrante grupito era conducido a la calle, fuera de sus instalaciones. Hubo un breve altercado y el más joven de los acompañantes de George perdió el sombrero, pero al fin el doctor Kellogg pudo ver que se retiraban. ¿Chantajearle a él? ¿Qué se habían creído, que era un polluelo recién salido del cascarón?

El doctor Kellogg se había dejado llevar por unos instantes del envanecimiento del triunfo: incluso le hubiera gustado estar presente cuando cayeran sobre Will. Pero aquel sentimiento pasó, y el doctor pasó el resto de la tarde rumiando amargamente la perfidia de George. ¿Por qué le odiaba tanto el muchacho? ¿En qué se había equivocado con él? Había sido caritativo con aquel chico, intentó ser un buen padre y le trató igual que a los demás. Y no había más que fijarse en lo buenos que eran los Rodríguez, y el pequeño Nathaniel Himes, el mulato, o Lucy DuPlage, que siempre se acordaba de mandarle un regalo el día de su cumpleaños y cada verano acudía desde Boston para hacerle compañía a Ella y ayudar al doctor en sus tareas. Se pasó toda la tarde en una especie de trance, recordando cosas del pasado, buscando entre los escombros de la memoria, tratando de recordar el más breve momento de alegría. ¿Había demostrado George alguna vez siquiera un ápice de gratitud?

No, nunca. Ni el más leve murmullo de disculpa ni un simple susurro de agradecimiento. Era muy triste, pensó el doctor levantándose del escritorio y consultando la hora. Tenía que estar en la sala de reuniones dentro de diez minutos. Era triste y le hacía sentirse impotente, como si hasta cierto punto fuera culpable de aquel fracaso. En el escritorio, junto a sus notas, estaba el cuenco vacío con restos de yogur y de salvado, y mientras lo miraba, se apoderó de él una indecible lasitud. Quizá por vez primera en su vida, no se sentía con ánimos para pronunciar una conferencia, y al darse cuenta de ello se encendió una luz de alarma en su mente. Allí estaba él, el mesías del bienestar, un bastión de fortaleza, un hombre orgulloso de su incansable dedicación, y no tenía ganas de subir a la tribuna. Pero, si desfallecía, ¿quién predicaría la verdad, quién mejoraría la raza humana?

Maldijo a George. Era una calamidad, una calamidad andante. Incluso en aquel momento, mientras la gente se congregaba para escucharle, el doctor no lograba apartar de su cabeza la imagen del muchacho, una imagen que le devolvía al primer invierno que había pasado en el seno de la familia Kellogg. Tenía siete años, una edad grata y llena de alicientes, una edad suspendida entre la razón y la inocencia, una edad en la que los niños llegan llenos de energía a participar en el sacramento de la vida y en sus múltiples júbilos. Bueno, eso era lo que hacían la mayoría de los niños, claro. George era distinto. Por lo que podía ver el doctor, no había cambiado nada. Andaba arrastrando los pies, cabizbajo, y se paseaba indolente por la casa como un sordomudo, sin hablar ni escuchar a los que le hablaban. Un año después de su llegada, seguía mostrándose tan obstinado e inexpresivo como al principio. Y si la lección de la chaqueta había puesto de relieve su terquedad, su testarudez, su



desprecio de la razón y de la comprensión humana, la llegada de las navidades —el doctor lo recordaba muy bien— había profundizado aquellos sentimientos, había encendido en George el odio y la rebelión hasta hacerlos brillar como si fueran piedras preciosas.

Aquella Navidad había veinte muchachos en la casa, de edades que iban desde los tres hasta los dieciocho años. Los chicos Rodríguez, que ya hablaban bien el inglés, sacaban buenas notas en la escuela; Lucy DuPlage, que tenía entonces doce años, demostraba verdadera vocación por el piano; Nathaniel Himes, que ya estaba recuperado de sus quemaduras, se distinguía en la carpintería, el ajedrez y el encerado de suelos; y Rebecca Biehn, una de las favoritas del doctor, a sus cinco años tenía la voz de soprano más angelical que jamás se había oído. Muchas noches, antes de irse a dormir, el doctor entraba sigilosamente en el dormitorio para escuchar el suave subir y bajar de sus respiraciones y echar un vistazo a los despreocupados rostros de aquellos pequeños, que yacían abrigados en sus sueños. Esa experiencia le sosegaba más que cualquier sedante que hubieran inventado o pudieran inventar todos los farmacéuticos y los alquimistas del mundo. En general, era un buen grupo de niños, un grupo merecedor de su afecto y agradecido, y apreciaban de todo corazón lo que el doctor Kellogg y su mujer habían hecho por ellos. Y cuando se acercaban las navidades, aunque tenía la agenda tan cargada de compromisos como siempre, el doctor pensó que merecían una recompensa.

Para empezar, tuvieron los obsequios de la escuela dominical después de su actuación en la representación teatral de cada Navidad: caramelos y golosinas. John Harvey Kellogg desaprobaba los caramelos —la sacarosa no era un sustituto de la fructosa, y, por descontado, en todo un saco de caramelos de menta no había ni un ápice de fibra—, pero se mostró indulgente con los niños y dejó que hicieran lo que quisieran con los regalos de sus profesores. Por su parte, el doctor y su mujer habían planeado colocar en los calcetines de los niños un puñado de nueces, una manzana, una naranja y una barra de hijiki endulzado, y dejar muñecos y muñecas de trapo en el árbol de Navidad para los más pequeños. Los mayores, de siete años en adelante, recibían prendas de ropa en consonancia con su edad y estatura. Y, por supuesto, para la cena de Navidad, el servicio de cocina preparaba para los niños un menú especial en su comedor: un falso pavo confeccionado a base de Protose y gelatina, aderezado con avellanas, tortillas mexicanas en honor de los Rodríguez y los Díaz, Nuttolene a la parrilla, ensalada de cogollos y pomelos, aliñada a la francesa, y, de postre, pastel de semillas de soja con crema batida.

La víspera de Navidad, tras visitar a unos cuantos pacientes y supervisar los últimos detalles para las fiestas del sanatorio, el doctor pudo escaparse a la iglesia a presenciar la parte final del programa de los niños. Se unió a Ella, que estaba medio dormida en el primer banco, y se sentó entre su esposa y Clara, su hermana, en el preciso instante en que Nathaniel Himes se levantaba a recitar el conocido poema «Al acercarse la Navidad, me porto tan bien como puedo». Nathaniel se defendía muy

bien, y el público lanzaba murmullos de aprobación ante el contraste entre los solemnes votos del joven y su expresión de pilluelo. El doctor se ruborizó de puro orgullo, inspiró profundamente los aromas de pino y de jabón rojo Life Buoy, y miró a su alrededor con aire de satisfacción. Los niños, la mitad de los cuales vivían bajo su tutela, estaban limpios y relucientes. La iglesia había sido adornada de forma acogedora y agradable, y fuera caía suavemente una fina nieve que envolvía las calles en un silencio secular. El mundo era una balsa de aceite. El doctor se sentía relajado.

Jonella McGimpsey, que a sus quince años ya se había convertido en una mujercita turbadoramente bien desarrollada, se levantó a recitar «La oración de Annie y Willie». El doctor Kellogg se inclinó hacia adelante, ansioso de escuchar. Era un sentimental —en determinados momentos, por supuesto—, y no le importaba reconocerlo, y aquel poema siempre le había parecido muy conmovedor. A medida que la voz adolescente de Jonella subía y bajaba, aquella historia familiar empezó a hechizarle: el padre de Annie y Willie, absorto en sus problemas, era un hombre ciego al espíritu de la Navidad, y al oír a sus hijos hablar de la fiesta y de los regalos que esperaban recibir, los reprendió y los mandó a la cama. Más tarde, al pasar delante de la habitación de los niños, los oyó rezar por él, y se conmovió tanto que salió corriendo a buscar una tienda abierta y comprarles todo lo que le cupiera en las manos. Jonella estuvo perfecta, no dudó ni un momento, y dotó a aquellas sencillas estrofas de un aire de patetismo y tragedia; cuando llegó a la parte en que los niños descubren sus regalos, el doctor sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

En aquel momento empezaron las interrupciones. Un ruido muy desagradable —la liberación de gases intestinales, o una imitación de dicho sonido— cortaba cada verso de la niña. Los asistentes pidieron silencio. La niña vaciló y por fin prosiguió decidida, pero los ruidos continuaron.

El doctor Kellogg estaba exasperado. Se irguió en el banco de la iglesia, escudriñando las caras de los participantes —cuarenta y tres niños en total— para detectar la fuente de aquella ultrajante y vulgar exhibición. Adolfo Rodríguez clavó una agresiva mirada en sus hermanos y sus compañeros de clase; Lucy DuPlage parecía a punto de echarse a llorar; Rory McAuliffe estaba blanco como un muerto. Sólo George —el más pequeño de los niños, a excepción de Rebecca Biehn y otro que tenía cuatro años— estaba la mar de tranquilo, como si nada ocurriera. Miraba al frente, como en trance, inmóvil, imperturbable. Jonella había llegado a la última estrofa, y el ruido le hizo perder una vez más la compostura. Era George, tenía que ser él. ¿Se frotaba las manos? ¿Lo hacía frotándose las húmedas axilas con los bíceps? ¿Acaso se trataba de algún truco de ventrílocuo? Soportar aquello era demasiado para el doctor, que apenas podía contener su ira.

—«Padre ciego» —declamó Jonella con voz trémula—, «¿quién hizo ablandar tu duro corazón» (*¡prrrff!, ¡prrrf!*)/ «y que tus impulsivas palabras tan pronto lamentaras?» (*¡prrrfff!, ¡prrrf!*)/ «Fue el Ser que te ordenó subir despacio las escaleras» (*¡pprrrf!, ¡prrrf!*)/ «y que hizo de ti Su enviado para responder a nuestras

plegarias». (¡Prrrrf!)

El doctor no se había sentido tan humillado en su vida. Tenía el estómago más retorcido que un muelle y el corazón se le salía de la caja torácica. ¡Qué vergüenza, uno de sus hijos y en público! No escuchó los himnos y villancicos que cantaron a continuación, ni vio las calles cubiertas de amarillenta nieve medio derretida. Agarró del brazo a Ella y le ordenó a Clara que se apeara del trineo, como si fuera una sirvienta. Una vez en casa, puso en fila a los niños, a los veinte, e inició un interrogatorio inquisitorial que para sí hubiera querido Torquemada. No habría navidades, bramó, ni regalos, ni cena especial, ni prerrogativas para ninguno de ellos durante un mes, a menos que el culpable diera un paso al frente. Sabía quién había sido. Lo sabía desde hacía un buen rato; no tenía ningún sentido que cargaran con las culpas sus hermanos o los niños del pueblo, y aquella persona tendría que disculparse no sólo ante él y la pobre Jonella, sino ante Dios, que le había creado, y cuya santa casa había profanado. ¿Y bien?

Los niños permanecieron mudos. Ninguno dio un paso al frente.

—¡Brazos en cruz! —rugió el doctor. Cuarenta brazos se levantaron como una ola, a la altura de los hombros y paralelos al suelo—. ¡Os quedaréis aquí, con los brazos en cruz, hasta que el culpable dé un paso al frente! ¡Y no me importa si os tenéis que pasar toda la noche o hasta Año Nuevo, Pascua o el Día de los Caídos!<sup>[22]</sup> ¿Me habéis entendido?

La pequeña Rebecca Biehn se puso a lloriquear. Sus gordezuelos bracitos de bebé temblaban. George, que estaba justo detrás de ella, seguía inexpresivo.

—¡Hannah Martin! —gritó el doctor, y apareció cabizbaja la niñera de su prole—. Quédese aquí vigilando. —Luego, John Harvey Kellogg dio media vuelta y se recluyó en sus habitaciones.

Veinte minutos más tarde oyó una vacilante llamada a la puerta de su estudio, adonde se había retirado con un montón de papeles del sanatorio y un vaso de ponche (sin alcohol, por supuesto). Era Hannah Martin. A su lado, sin atreverse a mirar al doctor, estaba Adolfo Rodríguez, que tenía catorce años.

—¿Sí? —dijo el doctor.

Hannah Martin bajó la cabeza, agotada, tragó saliva y habló tan bajo que el doctor, a pesar de la finura de su oído, apenas pudo entenderla.

—Adolfo ha confesado.

El doctor estaba aturdido. Tardó un momento en comprender la verdad: Adolfo, que era un chaval muy valiente, con principios, noble y, sacrificado, pretendía cargar con las culpas.

—Lo siento, señor —dijo el niño—. He sido yo.

—Ven aquí —ordenó el doctor.

Adolfo, con la espalda muy recta, cruzó la habitación como un soldadito. Se detuvo a metro y medio del escritorio.

—Acércate —le dijo el doctor.

Adolfo obedeció y avanzó hasta estar a un palmo de la brillante y pulida superficie de la mesa.

—Está bien —dijo el doctor Kellogg—. Sé muy bien lo que quieres hacer, Adolfo, y estoy muy orgulloso de ti. Pero también estoy seguro de que no te atreverías a mentirme. Una mentira tuya me dolería más que un centenar de viles acciones como la de esta tarde. ¿Me comprendes?

El muchacho bajó la cabeza.

—Tú no eres el culpable, ¿verdad?

—No. —La respuesta fue apenas audible.

—Me lo suponía. —El doctor estaba de pie, apenas podía contenerse. Cogió un transportador y volvió a dejarlo inmediatamente—. Y ¿quién ha sido, entonces? Recuerda que no debes tratar de proteger a nadie si eso te lleva a faltar a la verdad. Que te sirva de lección para el presente y para el resto de tu vida. ¿Quién ha sido? Habla como un hombre.

Liberado de su peso, Adolfo levantó sus oscuros ojos aztecas hacia el doctor e intentó contener una leve sonrisa.

—George —dijo—. Ha sido George, señor.

Sin decir palabra, el doctor salió majestuosamente, cruzó el vestíbulo y entró donde estaban los niños, que seguían con los brazos en cruz.

—¡George! —bramó el doctor—. ¡Da un paso al frente!

Pero el interpelado no estaba allí.

—¿Dónde está? —bramó el doctor fuera de sí, lleno de rabia. ¡Vaya fiestecita de Navidad se preparaba! Pero los demás niños no sabían nada de George. Ni siquiera le habían visto escabullirse. Sinceramente. De verdad. No se habían dado cuenta.

Les ordenó que bajaran los brazos, cosa que hicieron con un suspiro de alivio; luego les dijo que quería tener a George en su presencia antes de cinco minutos.

—¡Buscadle! —gritó—. ¡Cuando le encontréis, celebraremos la Navidad! No permitiré que un niño farsante, malévolo y maleducado nos agüe la fiesta. ¡Encontradle!

Los niños salieron en desbandada, dando gritos, y rastrearon el sanatorio como una jauría de sabuesos. Buscaron en la despensa, debajo de las camas, en los armarios y el sótano, en baúles y vestuarios, en el garaje y el granero y también, con su permiso, en las habitaciones privadas del doctor. George no apareció. Eran las cinco de la tarde, ya había oscurecido, los niños querían su cena y ansiaban disfrutar de la fiesta, el mundo entero esperaba la llegada de su Salvador, y George no aparecía. El doctor telefoneó a regañadientes al jefe de policía, a Dab y a media docena de sus más fieles ayudantes. El muchacho debía de estar por los alrededores, bajo la tormenta de nieve, y aunque una voz interior le decía que valía más dejar que el chiquillo se fuera, no la escuchó. Habría provocado un gran escándalo, y él no quería quedar en mal lugar. Bill Farrington y los hombres del doctor recibieron instrucciones de iniciar la búsqueda procurando levantar el menor revuelo posible: el muchacho no

había cogido ropa de abrigo, y podía helarse si no lo encontraban antes del amanecer.

La noche siguió su curso. Hubo canciones junto a la chimenea, ponche y bizcocho de salvado para los niños. El doctor se sentó al piano y tocó para los más mayores su repertorio de villancicos, y Clara y Ella cantaron a dúo algunas de las canciones que compuso Schumann basándose en poesías de Heine y Eichendorff<sup>[23]</sup>. Reinaba gran animación, los pequeños se fueron a la cama deslumbrados, la nieve se amontonaba en los alféizares de las ventanas... y, sin embargo, en la mente de todos estaba la imagen de George, diminuto, flaco como un alambre, cabezón e iracundo, solo contra los elementos. Farrington telefoneó a Kellogg a las once para decirle que no habían encontrado ningún rastro de George y que iban a suspender la búsqueda. A las doce, con un nudo en el estómago —¡maldito chiquillo!—, el doctor Kellogg se metió cabizbajo en la cama.

Por la mañana, tras intercambiar regalos con su mujer, su hermana y su cuñado durante el desayuno, el doctor y sus allegados fueron paseando hasta el ala de los niños, para verles vaciar sus calcetines y abrir sus regalos. A primera hora de la mañana había llegado un nuevo mensaje de Farrington: ni rastro de George. ¿Podía el doctor proporcionarles alguna prenda de vestir de George para que la olieran los sabuesos de Michael Doyle? Pero el doctor había archivado aquel asunto en uno de los cajones más ocultos de su mente, decidido a que nada arruinara la fiesta y la felicidad de los niños. Al menos exteriormente, podía decirse que se mostraba animado, casi jovial, mientras se encaminaba al comedor infantil, con su rutilante árbol navideño y la repisa de la chimenea festoneada de calcetines.

Contemplar a los niños vestidos para ir a la iglesia, con sus caras radiantes y llenas de anhelo al pensar en los regalos y los obsequios, era una auténtica visión celestial. El doctor los saludó uno por uno, les felicitó las pascuas y les invitó a mirar sus calcetines. Los niños se dirigieron a la chimenea todos a una, pero ordenadamente, en silencio, sin perder la compostura ni el respeto que les había inculcado el doctor por el silencio y la paz. Cogieron sus calcetines con tranquilidad y alegría. El doctor sonreía. Ella sonreía. Hannah Martin, Clara y su marido, Hiland, sonreían. Era un momento especial, cargado de una emoción cálida y tangible, como una bolsa de agua caliente que se desliza entre las sábanas en una noche helada. Pero, sorprendentemente, a medida que los niños miraban sus calcetines, los contenidos gorjeos de alegría y sorpresa se tornaron en decepción. Hubo un murmullo de incredulidad y sus rostros se entristecieron, tanto los de los pequeños como los de los mayores.

¿Qué ocurría? El doctor avanzó, confundido, con diecinueve pálidos rostros ovalados fijos en él. Vio a la pequeña Rebecca Biehn estallar en lágrimas mientras sostenía la barra de hijiki con una mano y volvía el calcetín del revés con la otra: estaba vacío. Todos estaban vacíos: ni nueces, ni manzanas, ni naranjas. Sólo habían dejado el hijiki.

*George.* Aquel nombre quemó como un ácido el cerebro del doctor. Se quedó

inmóvil, paralizado, con una expresión de dureza en su rostro, del que la alegría había desaparecido como la tierra que arrastra el agua se va por un sumidero. ¡Y pensar que se había preocupado por él, que aquella noche había permanecido insomne, angustiado por su salud, por el frío, por la tormenta, mientras durante todo aquel tiempo George había estado escondido en algún lugar de la casa como una rata y lleno de soberbia!

—¡Encontradle! —fue lo único que pudo decir.

—¿A quién? —replicó Ella, y su voz se hundió en un pozo de silencio que sólo quebraban los amargos sollozos de Rebecca y sus hermanitos. El rostro de su mujer mostraba una expresión de confusión que en muy pocos años acabaría instalándose en él de forma permanente—. ¿Encontrar a quién?

El primer impulso del doctor fue echar al pequeño ingrato en aquel mismo instante, arrancar las maderas del suelo, echar abajo las paredes, lo que fuera; pero se contuvo. Los niños tenían que disfrutar de las navidades, de otro modo le seguiría el juego a George. Mandó traer del sanatorio nueces, manzanas, naranjas y bizcochos de salvado, supervisó la apertura de regalos y recibió el que le ofrecieron los niños — una pluma estilográfica que llevaba grabadas sus iniciales— con afabilidad y serenidad. Pero constantemente veía el flaco rostro de George ante él, las marcadas cuencas de sus ojos de degenerado, la curva burlona de sus labios, y determinó desmontar la casa ladrillo a ladrillo, si era necesario, hasta descubrirle.

No fue necesario.

Cramden, el mozo de cuadra, le estaba esperando cuando salió a la nieve para ir a la iglesia.

—El muchacho que busca, doctor Kellogg, está en la despensa de los tubérculos, al fondo, detrás de las patatas y los nabos. Le vi allí hace diez minutos, cuando fui a buscar un par de manzanas secas para Bosco y Maisie. Espero que no le importe, pero creo que los caballos también tienen derecho a celebrar las fiestas.

El doctor no hizo ningún comentario; sólo dijo:

—Sujete el trineo —y luego, vestido con sus mejores galas, guantes, abrigo y botas negras de charol, avanzó por el estrecho camino que los pinches de cocina habían abierto hasta la despensa, empujó la puerta, que era muy baja, y metió la cabeza dentro—. ¿George? —llamó—. ¿Estás ahí, George Kellogg?

La despensa era una angosta e incómoda gruta con techo de tablones de madera, excavada en el suelo y muy pendiente, paraíso de arañas, cochinillas y típulas. Olía a tierra y a sus fríos y secos secretos, y al doctor Kellogg siempre le hacía pensar que prefería los ambiciosos vegetales, que absorbían los saludables rayos solares, a aquellas gotosas e insalubres reliquias que le rodeaban formando polvorientos montones. Se enderezó, y su cabeza golpeó inadvertidamente el marco de la puerta, de modo que su chistera nueva de seda, de unos veinte centímetros de altura, rodó por el suelo.

—¡George! —gruñó mientras rescataba su sombrero del polvo y lo golpeaba

contra el muslo para limpiarlo—. ¡Contéstame!

Cegado por el fulgor de la nieve, al principio no pudo ver nada. Pero hubo un movimiento en el rincón del fondo, y se oyó el leve susurro de un maloliente roedor humano al que debiera haber dejado morir de hambre en aquel tugurio de Chicago. Encorvando la espalda, el doctor avanzó hacia él.

—¿George?

Tardó un momento, pero al fin sus ojos se acostumbraron a la débil luz y empezó a distinguir los parduscos montones de patatas, rábanos, nabos, zanahorias, contraídos como los dedos de los muertos. En medio de ellos, con los pequeños miembros sacudidos por escalofríos, los dientes castañeteándole y la nariz goteándole, yacía George sobre un montón de mondaduras de naranja, corazones de manzana y cáscaras de nuez. Parecía deslumbrado, confundido, como si estuviera todavía acucillado junto al cadáver de su madre en aquel sombrío y desolado cuartucho. Sus fríos ojos negros se fijaron en el doctor como si no le reconociese. Tosió.

—¡George! —exigió el doctor, todavía furioso, furioso por las trampas de la naturaleza, furioso consigo mismo y con aquel desgraciado que le amargaba la vida—, ¡George, sal de ahí y recibe tu castigo!

El muchacho no se movió, pero sus labios esbozaron una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes amarillos.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Feliz Navidad!

---

## 2. LOS APETITOS MÁS BAJOS

Un expectante silencio se apoderó de la multitud congregada en la sala de reuniones para la conferencia vespertina. Las palmeras se erguían firmes en sus macetas de barro. Aquí y allí, un paciente sometido a la dieta de zaragatona reprimía la necesidad de ir al retrete, y los grandes financieros ahítos de leche se mostraban de pronto tan alertas como pavos que acabaran de advertir un punto brillante en el polvo del corral. El doctor Kellogg, que había comunicado a su auditorio un hecho que siempre causaba sensación —entre ellos estaba sentado un matrimonio, les anunció, novicio en el régimen fisiológico, que había mantenido relaciones sexuales contra su expreso mandato y, por tanto, sufriría las consecuencias—, hizo una pausa, con los anteojos brillantes por el reflejo de la luz, para que la sorprendente información hiciera su efecto. Trescientos pares de ojos estaban clavados en sus regordetas y blancas manos de cirujano, mientras se servía un vaso de agua de la jarra que había en la tribuna. Trescientos pares de ojos le observaron mientras alzaba el vaso a la luz como si fuera a decir: *Aquí, aquí está todo lo que el animal humano necesita para satisfacer sus apetitos, agua pura y un puñado de raíces y frutos secos*, y trescientos pares de ojos siguieron sus movimientos mientras se llevaba el vaso a los labios y observaron el fisiológico ascenso y descenso de su nuez al vaciarlo.

Si hasta aquel momento el doctor no se había sentido inspirado, nadie se había dado cuenta; sin embargo, todos habían estado esperando aquel momento. La conferencia había sido desafiante, estimulante e informativa, sí, pero echaban de menos sus juegos de palabras, y a la charla le había faltado un poco de chispa, el impacto que se habían acostumbrado a esperar. Es decir, le había faltado hasta aquel momento.

Había empezado casi una hora antes, respondiendo a media docena de preguntas que otros tantos pacientes habían dejado en el buzón durante la semana; primero disertó largo y tendido sobre la relación entre el trabajo intelectual y la dispepsia, y acerca de la utilización de los baños fríos como medio de autoendurecerse contra el resfriado común, y a continuación hizo una digresión para lamentarse de que los pies de los norteamericanos, así como sus dentaduras, o más bien, en general, los norteamericanos, hombres y mujeres, estaban atravesando una etapa de decadencia. Y para demostrar este último aserto, se refirió a los pies de los filipinos, que tienen el dedo gordo mucho más largo que los demás y tan separado que les sirve para sujetar cosas, igual que les ocurre a los japoneses. Había conocido a japoneses que podían andar descalzos por tejados situados varios pisos sobre el nivel del suelo, así como tejer, escribir y, en un caso, incluso tocar el violín con los pies desnudos. Como todos



sus públicos, aquél era receptivo, integrado por adeptos ansiosos de iniciarse en los secretos de la salud y el vigor. Le escuchaban embobados, aunque el doctor sabía que no estaba en su mejor momento. Pero luego atisbo a los Lightbody, sentados en la quinta fila, y empezó a intuir lo que podía ser el auténtico tema de la noche; entonces el viejo fuego empezó a alimentar sus calderas una vez más.

Había sido la enfermera Graves quien le informó de la ocasión en que el señor Lightbody había dado rienda suelta a su lascivia con su debilitada y bastante postrada esposa, casi dos semanas atrás, más o menos cuando el pavo del Día de Acción de Gracias había aparecido muerto. Pero el doctor tuvo que viajar por aquellas fechas, llamado por sus obligaciones, a Sioux City, Minneapolis y Saint Louis, para dirigir la palabra a la Asociación del Trigo Triturado del Oeste de los Estados Unidos, al Congreso Nacional del Queso y a la Asociación Norteamericana de la Soja (de la que era miembro fundador), de modo que no había tenido oportunidad de hablar en privado con cada cónyuge y cerciorarse de la veracidad de aquel desliz. Aunque, sin duda, todas las pruebas los acusaban. El señor Lightbody, según todas las evidencias, había pasado la noche en la habitación de la señora Lightbody, y aunque, por supuesto, nadie podía decir lo que había sucedido detrás de la puerta, aquello parecía bastante sospechoso. En especial para alguien que conocía la naturaleza humana tan profundamente como el doctor. Tal vez el marido sólo se había sentado al lado de su mujer, o había dormido —simplemente dormido— junto a ella. Sin embargo, por muchas excusas que se adujeran, no dejaba de ser una grave falta, hubiera ocurrido algo culpable o no, y el doctor, todavía afectado por la pequeña confrontación con George y sus compinches, estaba decidido a que pagaran por ello de un modo u otro.

—No menciono esta transgresión a la ligera, señoras y señores —dijo, dejando el vaso vacío y clavando una mirada severa en los asistentes—, sino para que les sirva de ejemplo a todos ustedes, y también como severa advertencia a fin de que eviten el mayor de los riesgos para la vida y la salud que puedo imaginar.

Empezaba a animarse, y en su cerebro se agolpaba una masa de términos médicos, estadísticas espeluznantes, nombres de eminentes galenos e impresionantes historiales; sus brazos se retorcían iniciando espontáneos ademanes, sus pies parecían querer andar solos... de pronto, se encontró fuera de la tribuna, de pie, osado y probo, en medio de aquella masa de gente bien intencionada, pero mal aconsejada hasta entonces, que se había reunido a escucharle para que la guiase.

—Incluso los más jóvenes, saludables y vigorosos de nosotros se ven afectados, amigos míos, por los debilitantes efectos de los excesos sexuales. Siento tener que decirlo, pero tiemblo al pensar en las consecuencias que esto puede tener cuando los sistemas de los dos miembros de la pareja están totalmente agotados, como sucedía en el caso de ese matrimonio en concreto, por el doble trauma de la autointoxicación y la prostración neurasténica. —Ahora su voz había captado la atención del público, y exigía, proclamaba, pontificaba—. En el matrimonio hay que observar una higiene, señoras y caballeros, una higiene que no puede pasarse por alto, como no se pasa por

alto bañarse ni cambiar la ropa de cama.

Hubo cierta agitación entre los asistentes. Varios hombres —¿no era aquél Homer Praetz?— apartaron la vista de su mirada implacable.

—Déjenme que les pregunte una cosa, ¿por qué creen que en las consultas de nuestros ginecólogos abundan tanto las mujeres consumidas y exhaustas, siendo la nuestra una sociedad que se supone tan civilizada? Pues porque los maridos abusan del débito conyugal, ésa es la razón. La creencia popular es que cualquier pasión queda autorizada con un certificado de matrimonio. ¡Nada más erróneo!

El pequeño doctor avanzó entre ellos a grandes zancadas, como un coloso, ora girando rápidamente, ora apuntándoles con un dedo declamatorio, sin dejar de posar los ojos en un avergonzado marido tras otro. Mientras hablaba, cada vez más animado a medida que se adentraba en aquel tema, denunciando los más bajos apetitos y los impulsos priápicos, las mujeres del público parecían ir tomando vida silenciosamente, florecían igual que las flores en un invernadero. La señorita Muntz estaba envuelta en un halo verdoso y sus ojos parecían devorar su propia cara; la señora Tindermarsh asentía sonriendo tímidamente, aunque a aquellas alturas su comprensión de los asuntos que trataba el doctor sólo podía basarse en recuerdos que se remontaban a tiempos muy remotos; la enfermera Graves, situada modestamente en la parte de atrás, junto a otras enfermeras, mostraba una actitud virginal. Incluso Eleanor Lightbody, que hubiera debido avergonzarse de sí misma, parecía extrañamente animada por las palabras del doctor. Regia, desenvuelta, escuchaba con atención.

—En nuestra universidad de la salud no hay sitio para sátiros ni disolutos, ni para libertinos ni sibaritas, como tampoco lo hay para quienes abusan del whisky, el tabaco o los alimentos fritos. Permítanme que cite a una autoridad como Jeremy Taylor<sup>[24]</sup>, señoras y caballeros, y que les diga, además, que estoy de acuerdo con todas y cada una de sus palabras. Dice Taylor: «Es una creencia común que el hombre y la mujer, por el hecho de estar unidos en matrimonio, tienen el privilegio de poderse entregar al goce desenfrenado del placer amoroso. Esto es un error. La naturaleza, en la aplicación de sus leyes, no reconoce los dictados humanos, y está igualmente dispuesta a castigar cualquier incumplimiento de aquéllas en quienes están legalmente casados como en quienes no lo están». —El doctor Kellogg se detuvo para observar a su público; no había una sola persona en la sala que no estuviera sentada en el borde de su silla. Kellogg se aclaró la garganta—. Llegados a este punto, quisiera subrayar algo, señoras y caballeros, buscadores de la salud y de una vida equilibrada, porque el señor Taylor da en el clavo: «La conducta desenfrenada entre los casados tiene consecuencias perniciosas tan graves y devastadoras como entre los solteros, y no es nada más ni nada menos que *prostitución legalizada*». Repito, señoras y caballeros: «*prostitución legalizada*».

Una de las pacientes más jóvenes —Froeble, ¿no? Annaliese, catorce años, Chapel Hill, Carolina del Norte; enfermedad de Bright<sup>[25]</sup>, diabetes,

*autointoxicación, obesidad*— estaba boquiabierta. Su expresión hizo que el doctor se interrumpiera un instante: ¿quizá aquellas verdades eran demasiado perturbadoras para unos oídos tan jóvenes? Pero desechó esa idea con la misma rapidez con que se le había ocurrido. Muy pronto, la joven descubriría toda la dureza de aquellas verdades a manos de algún animal y libidinoso marido; era mucho mejor que cuando llegara el momento estuviera provista de la necesaria armadura fisiológica.

Agitando el brazo como si fuera un derviche, girando sobre sus diminutos pies, se abrió paso hacia el pequeño escenario y subió a la tribuna.

—Síííí —silbó con un largo y constreñido torrente de aire—, y ¿cuáles son los efectos de no dominar los apetitos carnales? ¿Cuál es el peligro al que he aludido tantas veces esta noche, la triste suerte que aguarda a los matrimonios que creen que pueden realizar la cópula casi con tanta frecuencia como las comidas?

No hubo respuesta. Todos estaban silenciosos como tumbas, pero los tenía atrapados, los tenía cogidos de las orejas, lo notaba en sus alertas miradas de reojo, en sus cabezas inclinadas y en sus nerviosos movimientos de manos y pies.

—Pues bien, ¿cuál sería el efecto de echarle gasolina a un motor que sólo hubiera conocido el agua? La mayoría de los hombres... la mayoría de los hombres decentes, por lo menos, y todas las mujeres respetables llevan una vida de continencia hasta el matrimonio, y de pronto, se ven arrojados a un torbellino de excitaciones nerviosas que, literalmente, quema su sistema nervioso, y ese mismo proceso destruye su aparato digestivo y destroza su aparato excretorio. Para el hombre, por lo menos, realizar, tal como es habitual, tan numerosas emisiones de fluido vital es una ruina, una ruina absoluta.

La señorita Muntz saltó en su asiento, dirigió al doctor una breve mirada dolorida y enseguida desvió los ojos. La señora Tindermarsh hubiera parecido una estatua de no ser por su levísima sonrisa. Varios hombres, entre ellos Will Lightbody y J. Henry Osborne, júnior, el rey de la bicicleta, parecían incómodos, incluso indispuestos.

—Y por lo que respecta a las mujeres —aquí la voz de Kellogg se llenó de compasión—, al ser de una constitución más débil, y por tanto menos capaz de soportar esos horribles traumas, las consecuencias van desde la histeria leve y el agotamiento nervioso hasta el cáncer, el marasmo y la muerte. No es de extrañar que Midulet haya definido a nuestra era como «la de las enfermedades del útero» —y luego, agitando la cabeza con aire de conmiseración y moviendo sus brillantes cejas de arriba abajo como un péndulo que se debatiese entre el dolor y el alivio, se levantó para asestar el último golpe—. Finalmente, amigos míos, pacientes míos, compañeros en este viaje hacia una vida libre de enfermedades y en plenitud de facultades, os pregunto lo siguiente: ¿Cuántas mujeres, de las que se encuentran ahora entre nosotros, pueden decir: «No he vuelto a estar bien desde mi noche de bodas.»? Piensen en ello, damas y caballeros. Piensen en ello y actúen en consecuencia. — Juntó las manos, como si estuviera rezando, e inclinó la cabeza—. Muchas gracias.

Entonces empezaron los aplausos, sorprendidos, traumatizados, unos aplausos

que no acababan de creerse que estuvieran sonando, pero que iban creciendo por momentos en intensidad y firmeza. Unos aplausos sentidos y agradecidos, una ofrenda al hombre que les había hablado de algo verdadero, aunque doloroso. El doctor Kellogg inclinó la cabeza con un gesto de agradecimiento. Pasó un minuto largo hasta que los aplausos empezaron a perder entusiasmo, y cuando comenzaban a desvanecerse y el doctor recogía ya sus notas, una mano se levantó en la primera fila y una voz se alzó entre el clamor general:

—Una pregunta, doctor Kellogg. ¿Responderá a una pregunta del público?

La petición tuvo un efecto tranquilizador; la ovación se convirtió en unos pocos aplausos y luego cesó del todo. El doctor se fijó en un hombre de unos veinte años que tenía cierto aire crapuloso. Llevaba un fino bigote negro, engominado en los extremos, y una perilla de artista. Bajó el brazo lánguidamente y se levantó para plantear su pregunta. Pero ¿quién era? John Harvey Kellogg tenía que conocerle, seguro. Rebuscó en su memoria: ¿Crampton? ¿Cruthers? ¿Crowley? No, no. ¡*Krinck*, eso era! *John Hampton Krinck, júnior; Hyde Park, Nueva York; adicción a la morfina, enfermedad venérea, autointoxicación.* ¡Oh, sí! Un libertino de tomo y lomo, lector de las obras teatrales de Shaw y de todas aquellas estupideces de Dreiser<sup>[26]</sup>.

—¿Sí, señor Krinck? —dijo el doctor, preparándose para un desafío.

El joven Krinck se quedó quieto un momento, con los hombros caídos hacia adelante, como si fueran de mantequilla, y una expresión enfermiza, furtiva y rebelde en su rostro de sensualista. Su voz salió disparada como una saeta, nasal y desagradable:

—Siento tener que decirle esto, doctor, pero me da la sensación de que usted aboga por la destrucción de la raza humana. Si hay que evitar la cópula a toda costa, incluso dentro de los vínculos matrimoniales, ¿qué futuro hay para nosotros, como no sea el nacimiento virginal?

La pregunta provocó unas cuantas risitas ahogadas —evidentemente, aquel impúdico y bobalicón jovencillo quería provocarle, gastarle una broma de mal gusto, la clase de gracia con la que habría disfrutado George—, pronto reprimidas. El doctor estaba enfadado. Aquel adicto, aquel consentido, aquella mocosa esponja empapada de vergonzosos deseos y desenfreno, aquella oveja negra que constituía la desgracia de una de las familias más ricas y respetadas de Nueva York... ¿Cómo se atrevía a mofarse de él? ¡Ja! Podía destrozarle, hundirle con una sola frase... pero no, no era ése el estilo fisiológico de hacer las cosas. Todos los presentes, incluido el señor Krinck, debían aprender una lección de aquella experiencia. Demostrando un notable control de sí mismo, el doctor sostuvo un momento la mirada del joven antes de levantar la vista para dirigirse a los asistentes.

—¿Nacimiento virginal, ha dicho? Bueno, como científico, lo veo poco factible —pausa para unas risitas que alabaran su agudeza—, pero como moralista y médico, no podría desear nada mejor.

Como siempre, Dab le estaba esperando en el pasillo, y como siempre, por alguna u otra razón, su sudoroso secretario parecía angustiado y desbordado. Fuera cual fuese el motivo, el doctor no quería ni oír hablar de ello. Estaba disfrutando de la gloria del momento, y sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio a Dab abalanzarse sobre él, retorciéndose las manos y hablando de un modo ininteligible. *Ahora no*, pensó, *hoy no*, pero permitió que su secretario le siguiera. Se detuvo lo justo para gruñir:

—Está bien, Poult, ¿qué pasa?

Pero no había un solo problema. Había problemas, plurales y variados, que adquirirían individualmente categoría de crisis y requerían su atención inmediata. Primero estaba George. Al parecer, se hallaba resentido por lo rápidamente que se había deshecho el doctor de él. El muchacho había aprovechado aquellas horas para emborracharse de un modo intenso y vergonzoso, y estaba tirado en la calle, frente a la entrada principal del sanatorio, desde donde insultaba a la flor y nata de la alta sociedad de los buscadores de la salud perfecta, mientras subían a sus carruajes en el amplio paseo circular que daba acceso al edificio.

—Los llama «granívoros» y «comedores de paja», doctor, y el portero me ha informado de que ha arrojado un proyectil contra uno de los pacientes.

Avanzaban a grandes zancadas por el pasillo hacia el vestíbulo principal. Los adornos navideños brillaban en las paredes. Pronto les envolvió el gentil clamor del vestíbulo. El doctor miraba al frente, intentando dominarse. Cada palabra que salía de la boca de Dab era un alfiler que se clavaba en sus terminales nerviosas. Tenía que descansar, tenía que concederse un respiro. Ningún simple mortal podía soportar todo aquello.

—¿Un proyectil? —dijo mientras avanzaba furioso, saludando con una breve inclinación de cabeza a algún que otro médico.

—Ejem... bueno, jefe —dijo Dab sin aliento y haciendo todo lo posible para no quedarse rezagado—, en realidad, era una caja de copos de maíz, de las de su hermano, llena de... ejem... de mazorcas, señor. *Mazorcas usadas*, si se me permite la expresión.

John Harvey Kellogg se detuvo bruscamente. Una paciente en silla de ruedas le sonrió con expresión bobalicona. *¿La señora...? ¿La señora qué? Bueno, ¿a quién diablos le importaba?*

—¿Usadas? —dijo el doctor.

Dab se miraba las manos.

—Debió de meterse... bueno... en algún retrete, y... bueno... en fin...

El doctor aspiró intensa y poderosamente, como si le fuera la vida en ello.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Maldito muchacho, maldito sea, mil veces maldito!  
—Veinte cabezas se giraron rápidamente para mirarle y con idéntica rapidez

apartaron la vista de él. El doctor se había puesto en movimiento y avanzaba por el vestíbulo como un soldado de infantería con la bayoneta calada. Cuando entraba en el último pasillo y se dirigía a grandes zancadas a su despacho, se detuvo para dirigirse bruscamente a su secretario—. ¡Que le encierren! —exclamó—. ¡Llame a Farrington, y que le metan en la cárcel! ¿Me ha entendido? —Luego dio media vuelta y entró en su despacho.

Dab entró detrás de él.

Había más cosas. Se había estropeado la calefacción de los invernaderos, y los tomates, los quingombos, los mangos y los crisantemos se estaban helando; un tal señor Smotkine, de Sedro Woolley, Washington, se había roto un diente al morder un bizcocho de canela que comercializaba una fábrica del doctor, y amenazaba con denunciarles; y Lillian, la chimpancé, había encerrado a Murphy en su jaula, le había roto la pernera del pantalón al doctor Distaso desde el dobladillo a la ingle, y ahora estaba suelta y correteaba hecha una furia por las cocinas experimentales... y, por último, el estado del ganso de Navidad.

En toda su vida, a pesar de las crisis que había capeado, incluso cuando cinco años atrás un misterioso incendio dejó el sanatorio reducido a cenizas, nunca se había sentido tan próximo a derrumbarse. ¡Aquello era demasiado! ¡Demasiado! Había llegado a su altar, su escritorio. Se quedó de pie detrás de él, con la visera colocada firmemente en su sitio.

—¿Estado? —repitió, y notó que su voz temblaba—. ¿Qué estado?

—¿Doctor?

—¿Qué le ocurre al ganso?

—Está algo alicaído, doctor. No quiere comer. Murphy opina que se ha resfriado, y no conviene que se repita lo del pavo del Día de Acción de Gracias. Bueno, supongo que a usted no le gustaría que se repitiera, y por eso se lo digo.

¡Aquello era justamente lo que faltaba! Lo del pavo había sido muy embarazoso. El comedor estaba medio lleno de obedientes seguidores del fletcherismo cuando una de las enfermeras descubrió el cadáver. ¿Cómo explicárselo a sus novicios de la vida fisiológica? Si no era capaz de mantener con vida a un pavo, ¿cómo iba a hacerlo con la abuelita o con la tía Emmeline? Para distraer a sus pacientes, había colocado en su lugar al ganso de Navidad antes de tiempo, bajo una pancarta que decía: ¿COME GANSO ASADO? NO EN EL SANATORIO DE BATTLE CREEK. ¡Qué desastre! Sólo faltaba que se muriera un paciente.

—¡Está bien, está bien! —exclamó secamente, y notó que su estómago se contraía de un modo que no tenía nada de fisiológico. Le temblaban las manos, le temblaban de verdad, como si fuera un adicto del café o algo por el estilo. Había llegado el momento de la verdad.

Pero el doctor estuvo a la altura de las circunstancias. ¿Quién, si no? Hizo un esfuerzo para sobreponerse a los pensamientos negativos que le habían angustiado durante aquel día. Se concentró interiormente y reunió las fuerzas necesarias para

apartarlos de sí, como había hecho siempre, indómito, infatigable, pensando positivamente y viviendo del modo correcto, el único hombre entre los millones que poblaban el mundo capaz de emprender tamaña cruzada y llevarla a buen puerto. Era un reformador, un titán, una fortaleza. Una vez más se había hecho cargo de la situación y se paseaba por la habitación como un tigre enjaulado, disparando órdenes con voz clara, potente y decidida:

—Que envuelvan al ganso con una manta y le hagan un enema de suero de yogur, es un caso claro de autointoxicación ansarina. Que busquen a un cerrajero para que suelte a Murphy. Que saquen a Barker de la cama para que arregle la calefacción, *tout de suite*. Que rocíen con agua las plantas de los invernaderos, así se helarán superficialmente y sus partes vitales se conservarán a la perfección. Que encierren a George. Ofrézcanle al señor Smotkine... ¡qué nombre tan raro, debe de ser de Polonia o Bohemia...! Bueno, sea de donde sea, ofrézcanle un año gratis de Health Koko y de copos de trigo Sanitas a cambio de que retire la denuncia. Me ocuparé personalmente de Lillian. ¿Me ha entendido?

Dab tomaba notas vigorosamente en su cuaderno mientras repetía «Sí, sí, claro» en un murmullo y movía la papada al unísono. *Debía convencerle de que se sometiera a tratamiento con emanaciones de radium para adelgazar; no era la mejor propaganda de los menús del sanatorio.* Tras dar sus órdenes, el doctor alzó la mirada y vio en el marco de la puerta a Will Lightbody. Estaba solo, de pie, y parecía inseguro. Sus manos desnudas, parecidas a lajas de piedra, colgaban a sus costados, y sus enfermizos y pálidos rasgos flotaban contra el alegre pasillo que tenía detrás como una mancha en una fruta perfecta.

—¿Tiene un minuto, doctor Kellogg? —dijo en tono grave y sepulcral. Miró a Dab y luego otra vez a Kellogg—. Necesito... tengo que hablar de una cosa con usted. En privado. Sobre su charla, o sea... si este momento no le parece...

Un problema más. Justo cuando estaba haciendo acopio de todas sus fuerzas, cuando estaba reuniendo todas sus energías interiores para combatir los misteriosos caprichos del destino y pasar por la espada a sus enemigos, el doctor se veía enfrentado a una nueva decepción. Aquel hombre era un cadáver andante, además de un buscador empedernido del deleite carnal, y había desobedecido sus consejos médicos de forma flagrante. Y ahora se presentaba arrepentido. El doctor Kellogg sintió crecer la ira en su interior. Despidió a Dab.

—Me ocuparé de Lillian personalmente —dijo mientras su secretario se retiraba—, mantenga al personal alejado de las cocinas. —Luego le dijo a Will que cerrara la puerta y se sentase. Él permaneció de pie—. ¿Sí, señor Lightbody? ¿Cuál es el problema?

El hombre parecía incómodo. Se movió en su asiento, carraspeó, sacó un pañuelo y se limpió alternativamente los orificios nasales.

El doctor le observaba con mirada firme.

—Siento comunicarle, señor, que sólo dispongo de sesenta segundos para

escucharle. Se ha presentado un montón de pequeños problemas que requieren mi atención. Ha dicho que mi charla le había afectado. ¿Conoce, tal vez, la identidad de la pareja a la que me he referido?

Lightbody le miró inexpresivo.

—Vamos, vamos —explotó el doctor—, no se haga el inocente conmigo. Sé con toda seguridad que la noche del dieciséis de noviembre, vencido por su enfermiza lujuria, abusó de su inválida esposa, poniendo en peligro su vida, la *vida* de su mujer, igual que si le hubiese colocado un cuchillo en la garganta. Y en cuanto a usted, mírese. Sus fluidos vitales están agotados, su digestión es una ruina, la firma podrida de la muerte aparece garabateada por todo su cuerpo.

Ceniciento, con las piernas temblándole, Will Lightbody se puso de pie, vacilante.

—¿Qué está diciendo? —balbuceó—. Yo... yo sabía que no me encontraba bien, pero hago todo lo que puedo. ¿Tan mala es mi situación?

El doctor Kellogg no quiso escatimarle un ápice de sufrimiento. Era el momento de sacar el látigo.

—¡Claro que sí! Y aún será peor si no deja de hacer estupideces.

—¿Estupideces? Pero si no... lo niego. No «abusé» de mi mujer, y me siento ofendido por su tono y por las insinuaciones que está haciendo... —Se interrumpió confundido, cargando su peso alternativamente sobre ambas piernas, la ropa colgaba de él como colgaría de una percha en un armario—. Bueno, la verdad es que perdí el norte —reconoció, con voz que se quebraba en su garganta—, ya sabe lo que pasa cuando un hombre y una mujer... bueno, pero no hubo excitación del sistema nervioso, ni consumación. —Vaciló. Tenía los dedos tiesos y los labios húmedos. Su ligera bizquera le daba un aire de caballo tímido. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro—. De eso quería hablarle.

La chimpancé estaba medio loca, el ganso, moribundo, a George lo iban a encerrar, el sistema de calefacción se había averiado y se enfrentaba a un nuevo proceso judicial, y el doctor no podía irse de allí. A lo largo de su vida había escuchado muchas confidencias indecorosas y había visto a hombres y mujeres en las peores situaciones, de modo que se preparó para cualquier barbaridad.

—Continúe —dijo, en tono algo más suave.

—No sé qué decir —murmuró Lightbody con la cabeza gacha—. En aquel momento era esclavo de mis más bajos apetitos, me acerqué a Eleanor con... bueno, con la idea de mantener relaciones conyugales con ella, hice caso omiso de sus consejos. Espero que me perdone, pero debe saber que yo no... bueno, que hasta... lo que quiero decirle es que no pude.

El doctor estaba disgustado. Era lo que se temía, y el muy idiota encima había dejado de tomarse la leche aquella noche. ¿Cómo demonios se iba a poner bien si no seguía sus instrucciones? Y eso que estaba bajo vigilancia...

—¿No pudo? —repitió.

Aquel grande y ganglioso saco de libidinosos deseos propios de un adolescente y



completamente nocivos para su salud se puso como la grana. No se atrevía a mirar al doctor a la cara.

—No me comporté como un hombre —susurró.

—¿Quiere decir que se sintió impotente?

Will Lightbody parpadeó al oír el término *impotente*, y luego asintió.

El doctor Kellogg no pudo evitar un bufido de satisfacción.

—No me extraña en lo más mínimo —exclamó de pronto, tirando del borde de la visera—. ¿Qué otra cosa podía esperar? Pero, de todas formas, ¿qué fue lo que impulsó a un hombre en su estado a someterse a semejante prueba? ¿No se da cuenta de la gravedad de la situación? ¿Por qué se comporta como un crío, señor?

El paciente no supo qué responder. Se hizo un silencio interminable. Por fin, el doctor habló:

—Me alegro por usted, señor. Su propio cuerpo se ha rebelado contra los estragos a los que pretendía someterlo. Ya que no fue capaz de dominarse, ni de pensar en su mujer, debería ponerse de rodillas y dar gracias al cielo por esa intervención de la naturaleza. ¿Dice que se sintió impotente? Pues le felicito.

Sin decir ni una palabra más, John Harvey Kellogg pasó rápidamente junto a Will, cruzó la puerta y salió al pasillo. Si había sido un poco duro con él, era porque el paciente debía comprender que la responsabilidad del médico llegaba hasta cierto punto, a partir del cual era incumbencia suya dominar los impulsos animales que podían llevarle a la tumba. El doctor torció por el pasillo a la derecha y se dirigió a la escalera, cuyos escalones bajó de dos en dos. Aceleró la marcha cuando pensó en los daños que Lillian podía estar causando en las instalaciones, en sus relucientes ollas, pucheros y retortas, por no mencionar la comida que podría echar a perder. El doctor había experimentado últimamente con nueces de macadamia, tratando de preparar con ellas una mantequilla semejante a la que extraía del cacahuete, la cual proporcionaría a los consumidores sensatos de los Estados Unidos una nueva opción para sustituir de sus bocadillos al cerdo y la vaca, alimentos de los que se empapuzaban como si fueran bestias salvajes de Alaska. Lo último que le faltaba era que la chimpancé se pusiera a manosear la mezcla.

Cuando llegó a la cocina, encontró un pequeño grupo de ayudantes y dietistas plantados ante la puerta en actitud timorata, los cuales se apartaron para dejarle pasar. Alguien había colocado una cuña debajo de la puerta con objeto de evitar que la chimpancé intentara escaparse, y el doctor se agachó ágilmente a retirarla antes de abrir un poco la puerta para ver lo que ocurría en el interior.

—Lleva gritando un buen rato, señor —dijo alguien a sus espaldas.

—Sí, señor. Y ha montado un alboroto de mil demonios con las ollas, las sartenes y otros utensilios de cocina —dijo Abraham Lincoln Washington, a quien el doctor tenía contratado para barrer la cocina—. El doctor Distaso ha intentado contenerla, pero le ha roto los pantalones. Tenga cuidado, doctor. Está de muy mal humor.

El doctor Kellogg los ignoró. Aquellas ocasiones parecían cortadas a su medida,

para que tomase el mando cuando los demás se quedaban inmóviles retorciéndose las manos. Intrépido, abrió la puerta y entró en la cocina.

Nada, ni un ruido. Sus penetrantes ojos azules evaluaron los daños de un vistazo: lámparas rotas, mesas volcadas, un grifo descoyuntado que perdía agua. El ábaco incansable que era la ahorrativa mente del doctor lo iba convirtiendo todo en dólares y centavos.

—¡Lillian! —gritó, y su voz comprimió el silencio como un collar de acero—. ¡Ven aquí ahora mismo! ¡Niña mala! ¡Mala! —En aquel instante llegó el hedor a sus fosas nasales, un hedor pútrido y primitivo que hablaba del África profunda: Lillian se había escagarrizado. Por doquier. Sus excrementos, expresión de un intestino primitivo y carente de inhibiciones, ensuciaban el mobiliario, los suelos e incluso las paredes. El doctor avanzó cauteloso, furtivo, mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo, moviendo los pies tan silenciosamente como un cazador. Luego oyó algo, el susurro de un leve movimiento; miró rápidamente a su izquierda: nada—. ¿Lillian?

Como un felino, el doctor se acercó de puntillas hasta la gran tina de hierro fundido que contenía la mantequilla de macadamia. Tenía casi cincuenta kilos de aquel producto, batido concienzudamente y espesado con maizena, y pensaba dárselo a probar a algunos pacientes en el desayuno. A primera vista parecía en buen estado, y se sintió muy aliviado. Había traído las nueces de macadamia de las islas Hawai, pagando un precio que le daba escalofríos sólo de pensarlo. Pero volvió a mirar y vio la mancha, y su nariz le dijo de qué era.

En aquel momento, como si se enorgulleciera de su obra, apareció Lillian, separándose lentamente de la sombra proyectada por las tinas mezcladoras. Estaba sólo a unos cinco metros. El doctor se quedó inmóvil, sintiendo el amargo sabor de la derrota que le había perseguido durante todo el día. Lillian le hacía muecas; tenía los labios negros, como de goma, doblados hacia atrás, y largos dientes de color sepia. En aquel momento se parecía mucho a George.

---

### 3. FRÍA POR DENTRO

Caían gruesos y húmedos copos de nieve cuando Will Lightbody salió del sanatorio y se encaminó a buen paso hacia la avenida Washington. El día anterior había llovido, y por la noche había helado; entonces, a última hora de una larga y gris tarde de diciembre, había empezado a nevar. Por supuesto, ninguna de estas cosas afectaba a los residentes del sanatorio, que disfrutaban de una temperatura de veintidós grados en medio de hibiscos y palmeras, o salían a la terraza envueltos en media tonelada de mantas para una siesta preprandial. Pero para Will aquello era toda una aventura. Delgado y encorvado como un alambre torcido, con el cuello envuelto en una bufanda de lana y las manos hundidas en las profundidades de los bolsillos, chapoteaba por el aguanieve con sus botas de goma como un escolar que hubiera salido temprano del colegio.

Hasta entonces, en seis semanas de residencia, sólo había salido del sanatorio dos veces. Una para acompañar a Eleanor a la ciudad, a comprar algunas cosas en la papelería, y otra para participar en un paseo en trineo que había preparado la enfermera Graves como parte de las actividades de Navidad para tres de sus más selectos pacientes. El paseo hasta la ciudad con su esposa era una de las pocas cosas buenas que había experimentado desde su llegada al sanatorio. Fue una sencilla alegría, una revelación... el aroma del humo de leña en el aire, los niños jugando al corre que te pillo, el cielo retrocediendo hacia sus confines más lejanos y etéreos... Aquella vida sí que merecía la pena ser vivida, era una vida de verdad, y no aquella especie de limbo deprimente con ejercicios para estimular la risa y corrientes sinusoidales. Por desgracia, Eleanor disponía de poco tiempo —antes de una hora tenían que darle las friegas de gachas saladas y el masaje de colon— y la excursión fue muy breve. Pero el mero hecho de poder salir de aquellos prístinos pasillos de olor neutro y luces perpetuas, simplemente el haber escapado de las miradas escrutadoras de aquellos estirados y santurriones amantes de la vida biológica, aunque sólo fuese durante una hora, hicieron que Will se sintiese como si hubiera vuelto a nacer.

Y lo mismo le ocurrió en la excursión con la enfermera Graves.

Will estaba contento, realmente contento, de que le hubiera incluido, sobre todo considerando cómo le había tratado Irene desde la noche en que le siguió hasta la habitación de Eleanor, una noche que Will hubiera deseado olvidar por completo. Por la forma como se comportaba la enfermera, cualquiera habría pensado que Will era un pederasta, un bígamo o algo por el estilo. Fría, rígida, mecánica, cumplía con sus obligaciones en silencio, y a medida que pasaban los días Will fue advirtiendo que

cada vez veía menos a Irene y más a la enfermera Bloethal. Y no podía hacer nada para cambiar las cosas. Una noche, mientras recibía su ración de las ocho, cogió el vaso de las manos de la enfermera y, en lugar de bebérselo de golpe, lo dejó deliberadamente en la mesilla de noche. Irene estaba agitada. Will se dio cuenta por el mohín que hizo con la boca y por la forma en que frunció el ceño, con expresión de reproche. Primero lo de su mujer y ahora aquello: no tomarse la leche, como si quisiera jugar con ella y burlarse de las órdenes del doctor.

—Enfermera Graves... Irene... ¿qué le pasa? —imploró. Y como sabía la respuesta, como sabía lo mucho que había afectado su conducta a la enfermera, y como sabía que todas las pruebas estaban contra él, no pudo evitar ponerse colorado.

La interpelada se volvió e hizo unos ajustes innecesarios en el mecanismo de su respirador exterior. No le respondió. Will la observó un momento mientras se movía por la habitación, dándole la espalda, con el uniforme pegándosele a las caderas y a las nalgas de tal forma que tuvo una milagrosa erección, pese a su estómago destrozado, a su fracaso con Eleanor y a la leche que saturaba sus poros y bañaba su cerebro impidiéndole incluso pensar. Los codos de Irene volaban mientras arreglaba la habitación, y Will los admiró, así como la redondez de sus brazos y la silenciosa fuerza de sus hombros.

—Irene —tartamudeó, casi ahogándose con sus palabras—, escúcheme... a veces las apariencias engañan... entre Eleanor y yo no sucedió nada, nada, se lo juro.

Ella se volvió y le dirigió una mirada punzante como una espada.

—Si un paciente a mi cargo *no quiere* ponerse bien —empezó, y la voz le temblaba por el esfuerzo que hacía para controlarse—, no puedo hacer nada. Nada. Sin embargo, a pesar de lo que diga y haga, el fracaso no me deja indiferente. No quiero que mi conciencia tenga que cargar con el peso de su *decadencia*... —Apartó la mirada. Will oyó una camilla que pasaba por el pasillo, ruedas de caucho sobre el pétreo suelo italiano—. Yo... me preocupo mucho por usted —dijo finalmente, con la voz reducida a un tímido susurro, y luego se marchó. Por primera vez, le dejó solo para que se bebiera la leche.

Se fue suavizando poco a poco —no era una persona rencorosa, ni siquiera en cuestiones de terapéutica y principios médicos—, y cuando llegó el día en que fue a buscarlo y le hizo subir, muy abrigado, a un trineo delante del sanatorio, en medio de una ventisca helada y un popurrí de villancicos interpretados por la coral del sanatorio, ya habían reanudado su antigua amistad. El día era tempestuoso y frío, y el viento le quemaba los pulmones y le irritaba la nariz y los oídos, pero Will sentía un vivo interés por el mundo que le rodeaba. El olor de los caballos (nunca había oído una cosa tan vivificante y potente), la visión de los gorriones arracimados como pensionistas en las ramas azotadas por el viento de olmos y robles, la música de las campanillas de los trineos y el regocijo del helado aire estrellándose contra sus orejas. Era un banquete para los sentidos. Y también tuvo que reconocer que se sintió aliviado al comprobar que los otros dos afortunados pacientes eran mujeres. La

condesa Masha Tetranova, quien, pese a ser oriunda de San Petersburgo, afirmaba no haber oído hablar nunca del profesor Stepanovich, y la señora de Solomon Teitelbaum, la joven esposa de un fabricante de manteca de cerdo de Brooklyn. Se sintió aliviado, porque había temido que fueran hombres, otros hombres a los que la enfermera Graves habría aplicado la misma terapia íntima que le había aplicado a él, y suponía que se sentiría molesto por tener que compartir su atención. ¿Estaba celoso? Sí, lo estaba. Y ¿qué significaba que lo estuviera? Prefería no preguntárselo.

El caso fue que pasaron buena parte de la tarde corriendo por el campo, con las campanillas del trineo tintineando rítmicamente al compás del mudo trote de las pezuñas de los caballos. Éstos despedían pequeñas partículas de nieve que iban a parar sobre las mantas, mitones, bufandas, cuellos de piel y sombreros. Su destino — una sorpresa— era la granja de los padres de la enfermera Graves, a unos diez kilómetros al este de la ciudad. Dejaron la carretera de Marshall, cruzaron un estrecho puente de troncos partidos por la mitad y llegaron a una bonita casa de piedra con el gris tejado de pizarra cubierto de nieve, la cual se levantaba en medio de muretes de piedra y edificios auxiliares de aspecto muy antiguo. Un camino bordeado de pinos y abetos pasaba junto a un estanque bastante amplio —helado en aquella época del año— y conducía hasta la puerta de la casa, donde les aguardaban un par de pastores escoceses de ojos acuosos. La condesa comentó que el lugar era «realmente encantador», pero el tono de su voz daba a entender otra cosa; en cuanto a la señora Teitelbaum, nunca había salido de la ciudad —de cualquier ciudad—, y tenía todo el aspecto de estar desconcertada.

A Will no le resultaban simpáticas. Estaba encantado, sencilla e ingenuamente encantado. Tiró de las orejas a los perros, admiró la guirnalda de acebo de la puerta y casi se desmayó con el celestial aroma de los *pfeffernüsse*<sup>[27]</sup> de la señora Graves (¡qué lástima!, no pudo comer ninguno porque seguía con el régimen de leche, e Irene se había llevado consigo dieciséis botellines de un decilitro, sellados con cera, para que se los bebiese a lo largo de la tarde). Allí estaban los hermanos de la enfermera, ocho en total, de edades comprendidas entre cero y diecisiete años. Will le dio una moneda a cada uno y estudió sus caras como si hubiera sido antropólogo, maravillado por la increíble repetición de rasgos que culminaban con su más gloriosa expresión en la hermana mayor. La tribu Graves tenía una mandíbula característica que daba a sus miembros un aire de callada determinación, incluso de astucia, que se remontaba a sus antepasados, que habían luchado contra los belicosos potawatomi, aunque suavizado por una levísima curva hacia arriba en la comisura de los labios que les daba el aspecto de alguien que acabara de escuchar un chiste muy bueno. Sus orejas eran perfectas, como las de Irene, y los ojos, insondables, eran uniformemente castaños; su pelo tenía un color indeterminado, ni rubio ni moreno. Will estudió también a los padres y observó que la enfermera Graves había heredado la naricilla de su padre y los brazos, hombros, labios, dientes y sonrisa de su madre (por no mencionar un montón de cosas aún destacables en la todavía generosa aunque algo

ajada figura de la señora Graves).

La tarde iba avanzando. El fuego crepitaba en la chimenea; cantaron villancicos; la condesa Tetranova aceptó un vaso de sidra como si le estuvieran ofreciendo carroña; Leila Teitelbaum se acurrucó en un rincón hasta que la madre de Irene la rescató hablándole de la manteca de cerdo; el olor a castañas asadas llenaba la habitación; Will cantó y jugó con los niños a atrapar manzanas con la boca; y los perros, los gatos, un mapache domesticado y la animada barahúnda de los hermanos de la enfermera mantuvieron un continuo y alegre alboroto hasta la caída de la tarde. Will lo pasó realmente bien. Tan bien, que durante muchos minutos se olvidó de que era un inválido (aunque la enfermera Graves se lo recordaba cada cuarto de hora, destapando un nuevo botellín de leche de un decilitro, y su vejiga le obligaba a atravesar la puerta de la cocina y dirigirse al excusado con mucha frecuencia). Pero ocurrió algo muy curioso: su estómago no le incordiaba, se le secaron el eccema, el prurito y los diviesos, su corazón no tuvo palpitaciones y la saburra de su lengua desapareció. Se sintió mejor que nunca en meses, en años. Se sentía humano, rejuvenecido; se sentía como un hombre que nunca ha sentido la desesperación que causan unos intestinos destrozados, un órgano flácido o un pavo muerto por la mano del destino.

Cuando anocheció, la condesa Tetranova y la señora Teitelbaum se dirigieron precipitadamente al trineo, pero Will tuvo que hacer un gran esfuerzo para irse de allí. Los perros le lamieron las manos, los niños le besaron y la señora Graves le dio un paquetito con una docena de *pfeffernüsse* para cuando se pusiera bien. De vuelta a casa, hendiendo una noche que aunaba tierra y cielo de una forma tan completa que no podía asegurarse si los trotones iban por el suelo o por el aire, Will se instaló sensualmente bajo las alfombras, pieles y mantas, y aunque sabía que no era correcto, aunque ella era su enfermera y él un hombre casado, deslizó el brazo rodeando el hombro de Irene y lo mantuvo allí hasta que las luces del sanatorio se alzaron en medio de las frías calles para engullirlos.

Y ahora volvía a estar fuera. Al aire libre. Por su cuenta. Andando por la avenida Washington con el billeteo a buen recaudo, mientras la nieve le acariciaba las mejillas y pestañas con sus suaves alas, sentía que los olores de la tierra eran nuevos para él, como si acabara de destapar el frasco que los contuviera. Faltaban dos días para Navidad, y se dirigía a una joyería a ver si encontraba algo que fuera del gusto de Eleanor. Ésa era su intención consciente. Pero en las profundidades de su mente albergaba otra idea, un pensamiento al que no podía aproximarse muy directamente por miedo a que saliera a la superficie: también pensaba comprar algo para Irene. Un detalle, por supuesto, nada que pudiera dar lugar a malentendidos: ni anillos, ni medallones, ni nada por el estilo. Un broche, quizá, o un colgante. Algo para el pelo, una gargantilla, un brazalete. Un detalle. Algo que significara: *Gracias por su amabilidad, sus cuidados, su atención personal*. No veía nada malo en ello. Él siempre daba aguinaldo al cartero, a las doncellas, al chico que hacía el reparto de la

tienda de Offenbacher's. Las navidades eran una época para dar.

Mientras cruzaba la calle Champion, el aire pareció congelarse súbitamente y un sencillo y electrizante olor que salía de un lugar indeterminado hizo que Will se detuviera en seco. Lo reconoció inmediatamente: era el inconfundible aroma de la carne chisporroteando en la sartén —de una hamburguesa, para mayor exactitud— y procedía del restaurante de la esquina. THE RED ONION, decía el rótulo, y Will recordó que era la perversa guarida en la que se refugiaban los granívoros y comedores de yogur del sanatorio cuando ya no podían soportar más el régimen de Kellogg. Will había oído que el doctor tenía espías allí, y se decía que en cierta ocasión había despedido a un médico al que habían pescado *in fraganti* en un reservado con una ración doble de chuletas en salsa de tomate. Will no recordaba haber olido nunca algo con tanta intensidad, ni siquiera de niño, y se quedó en medio de la calle, traspuesto, maravillado por aquella manifestación de la agudeza de su sentido olfativo. ¿Sería aquello una especie de reacción orgánica al entumecimiento que el régimen de leche provocaba en sus sentidos?

Sí, seguro que era eso. Pero ¡qué olor!

Su estómago dio señales de vida por primera vez en mucho tiempo, y Will tuvo una súbita e inefable visión de sí mismo sentado confortablemente a una mesa con mantel de cuadros ante una cerveza mientras el camarero le servía un plato de patatas fritas y una hamburguesa con guarnición de cebolla y pepinillos en vinagre. La visión fue tan real, que estaba a punto de lanzarse sobre el plato cuando un hombre que iba en un coche de caballos le devolvió a la realidad. Will vio las patillas del tipo y sus dientes, oyó el gemido de las ruedas y el estrépito de los cascos de los caballos.

—¡Apártate de la calzada, imbécil! —vociferó el hombre, y a continuación el coche de caballos desapareció balanceándose indignado calle abajo.

Will subió a la acera con los ojos fijos en la ventana del restaurante. Vio a un hombre con patillas llevándose un tenedor a la boca, movimiento, un camarero con bigote, delantal y tirantes, pero siguió andando. *No*, se dijo, él era un hombre con voluntad de acero, *no*. Estaba haciendo verdaderos progresos —los doctores Kellogg y Linniman le habían prometido que por navidades pasaría a la dieta de uva, si las cosas seguían como hasta entonces— y no podía arriesgarse a tirarlo todo por la borda por un simple impulso, por muy subyugante que fuera. ¿Estaba mal de la cabeza? ¿Era un lunático? ¿Un loco? ¿Quería poner en riesgo su vida por una simple hamburguesa? La respuesta le rondó por la cabeza como un cojinete flojo: ¡Casi, casi!

Pasó frente a una lechería en la calle West Michigan y no quiso ni mirarla —había tomado suficiente leche para seis vidas—, pero el despliegue navideño de frutas, frutos secos y dulces en el escaparate de Whalen le hizo aflojar la marcha, y los gansos de largo cuello y los redondeados jamones de la carnicería y charcutería Tuckerman le hicieron detenerse. Un jamón, pensó, sería un regalo fantástico; pero ¿para quién? No conocía a nadie a quien regalárselo. Excepto su padre, o Ben

Settember, el del Ben's Elbow, pero estaban tan lejos de él, tanto en el espacio como en el tiempo y en la actitud vital, que era como si vivieran en otro planeta o en otra galaxia. ¡Qué lejos había llegado! ¡Y qué lejos —era una interminable, agotadora e imposible lejanía— tenía que llegar aún!

Pero ya estaba bien de pensar aquellas cosas. Era Navidad, y nada podía destruir su alegría. Andaba con paso gallardo, con el bombín ligeramente caído hacia un ojo y los extremos de la bufanda agitándose tras él con la brisa. Para los naturales de Battle Creek ofrecía una estampa curiosa, un tipo dando saltitos y agitando los codos como si hiciera gimnasia, una enorme y larguirucha mantis humanoide avanzando por las heladas calles como en un desfile unipersonal. Se tocaba el sombrero para saludar a las señoras, felicitaba las fiestas a jóvenes y mayores por igual y, a su pesar, permitió que la idea de comprarle un regalo a Irene pasara a ocupar el primer lugar de su lista de intenciones caritativas.

La joyería —Casaubon, la mejor de la ciudad según la opinión generalizada— estaba exactamente donde Homer Praetz le había dicho, en la calle McCamly, justo enfrente del Post Tavern, otro antro de iniquidad. Will se detuvo un momento en la puerta de la joyería y se volvió para contemplar el enorme edificio de ladrillo y granito que se alzaba al otro lado de la calle, en el que, sin ningún género de dudas, los descarriados y los dichosos ignorantes estarían dando buena cuenta de piernas de cordero, bistecs o tajadas de lomo de cerdo mientras regaban toda aquella delicada e indigesta carne con jarras de cerveza y vasos de excelente whisky de malta. Soltando un suspiro, dio media vuelta y entró en la tienda acompañado por el sedante tintineo mercantil de una campanilla.

Al instante, Will se sintió transportado. El calor le envolvió. Un murmullo de voces hablaba en tono sacerdotal de piedras y engarces, de Vever, Gaillard y Lalique. Una hermosa joven, que se estaba probando un anillo con un ópalo en el extremo más cercano a él de un reluciente mostrador, le miró y le sonrió. En una especie de ensueño, Will sintió que le era arrebatado el abrigo de los hombros, descubrió el lujo de una butaca de terciopelo interpuesta entre sus magras nalgas y la vacuidad del espacio que le rodeaba, abrió las manos para recibir una humeante y aromática taza del más fino *chocolat chaud* de París, y permitió que el joyero le mostrase un espectacular despliegue de las joyas en boga y sus engarces en oro, plata y esmaltes. Compró demasiado y pagó excesivamente por sus compras. Pero no importaba. En absoluto. Patrick Henry Casaubon era la encarnación de la hospitalidad y su tienda el palacio de un raja, y todo ello le permitió a Will darse un agradable respiro de tanta asepsia y tanta vida fisiológicamente correcta.

Will sorbió el chocolate como un renegado, un forajido, mientras movía la cabeza con imperiales gestos de negación o asentimiento ante tal o cual objeto rutilante. Y cuando salió, cuando se arrebujó para afrontar de nuevo el frío y emprendió el camino de regreso al sanatorio por aquellas calles iluminadas, llevaba consigo una ostentosa gargantilla de zafiros de Ceilán y diamantes rosados para Eleanor, y un



broche en forma de estrella de perlas cultivadas con un pequeño diamante, nada ostentoso y absolutamente perdonable, para Irene. Dos diminutos y elegantes estuches forrados de terciopelo. Iban guardados en el bolsillo interior de su chaqueta, palpables y gratificantes, y formaban un bulto apenas perceptible bajo el lujoso paño de su abrigo. Mientras subía la colina hacia el sanatorio, se sintió más ligero que el aire, como si se hubiera desprendido de alguna pesada carga, y no pudo evitar — aunque la gente lo miraba como si estuviera borracho, o loco, o como si flotase tras haber ingerido una buena dosis de licor Sears' White Star— ponerse a cantar:

Llegó la Navidad,  
toquemos el tambor,  
para reunir a los vecinos a nuestro alrededor.  
Y cuando estemos juntos  
armemos tal jarana  
que el frío y el mal tiempo no crucen la ventana.

Su voz se alzó, hueca como el viento en una cañería, desafinada, insulsa, sin ritmo, pero contagiosa a pesar de todo. Primero fue un perro, que empezó con un aullido intermitente, enloquecido y agudo que hizo irremediablemente añicos el silencio de la noche, y luego otro y otro, hasta que a lo largo de la avenida Washington todo el vecindario acabó cantando con él.

Pero su buen humor no duró mucho tiempo. ¿Cómo podía ser de otra manera? ¿Cómo iba a permitir aquel maldito purgatorio de piedra, ladrillo y mármol cualquier clase de alegría que no estuviera conectada directamente con las tripas?

Ella no aceptó el broche. La enfermera Graves, claro. Irene.

—Lo siento mucho, señor Lightbody —susurró. La habitación de Will estaba tan silenciosa como un velatorio; no se oían los radiadores, ni las tuberías, ni el pasillo, ni llegaba ningún rumor de la habitación de al lado—, no nos está permitido aceptar regalos de los pacientes. Lo tenemos terminantemente prohibido.

Will estaba desconcertado.

—¿Prohibido? ¿Prohibido aceptar un regalo de Navidad? ¿Un regalo desinteresado y en recuerdo de las fiestas? —Se sintió indignado—. ¿Prohibido? ¿Prohibido por quién?

La extática luz de la postulante brilló en los ojos de Irene mientras decía:

—Por el doctor Kellogg.

—¡Por el doctor Kellogg! —repitió Will, pero su tono fue completamente distinto—. ¡Por el doctor Kellogg! ¿Acaso es gobernador? ¿Es presidente? ¿Es Dios? ¿Acaso tiene que decidir todo lo que sucede aquí, desde el movimiento de nuestros intestinos hasta el de nuestras emociones? —Will estaba echado en la cama, en batín y camisón,

con los tobillos cruzados. De pronto se incorporó, con la voz tensa de rabia—. Y ¿qué me dice de mí? ¿Qué me dice de mi derecho a expresar mi afecto y mi gratitud a mis hermanos los hombres... y las mujeres? A la gente, quiero decir a la gente que considero amiga mía...

Ya estaba, ya lo había dicho: *amigos*. El término yacía ante ellos como el tronco de un árbol caído. Y en sus ramas estaban enzarzados términos aún más complicados: *gratitud*, *afecto*. La enfermera Graves prefirió ignorar todo aquello.

—Cuando nos contratan —dijo, alargando la mano para enderezar su cofia, que por otra parte estaba impecablemente colocada en su sitio—, nos comprometemos con el sanatorio a cumplir sus normas y principios, y a no confraternizar con los pacientes más allá de lo que exige nuestro deber.

*Confraternizar*. El tono de la enfermera le irritaba. Seco, frío e impersonal: parecía que estuviera citando un texto médico. A continuación, Will se embuchó su último decilitro de leche del día, sin protestar, sólo por complacerla; ahí le tenía, lleno de gratitud y de sincero espíritu de generosidad, y ella llamaba a aquello *confraternizar*. La observó mientras le preparaba su enema nocturno convirtiendo en espectáculo el acto de calentar la parafina sobre el hornillo y llenar la pera con minuciosa precisión al tiempo que evitaba mirar el estuche forrado de terciopelo que había en la mesilla, con su lazo rojo y la tarjeta escrita de su puño y letra que llevaba prendida.

—¡Pero eso es ridículo! —protestó Will—. Yo soy el paciente y usted la enfermera, sin duda, pero también somos personas, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¿Somos personas?

Ella murmuró un reticente «Sí» mientras se dirigía al cuarto de baño y abría el grifo del lavabo. Will la observó a través de la puerta abierta, observó la turgencia de sus hombros y los firmes y compactos tendones que sobresalían mientras abría los grifos; observó sus piernas, los tacones de sus zapatos perfectamente alineados. Luego, Irene volvió a la habitación, ruborizada pero decidida.

—Bueno, ¿es que ni siquiera va a abrirlo? ¿No quiere ver cómo es aunque no vaya a aceptarlo? Lo he escogido personalmente. Para usted. Pensando en usted.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de la enfermera.

—Un regalo desinteresado, ¿eh? —dijo—. ¿Por qué no les ha hecho regalos desinteresados a la enfermera Bloethal y a la señora Stover? ¿Por qué no a Ralph...? Me parece, señor Lightbody, que usted se engaña...

—¿Por qué no me llama Will?

Ella tenía la pera en las manos, lubricada, caliente, la catarsis envuelta en un recipiente de caucho. Se la pasó nerviosa de una mano a la otra. Entre el pelo le brillaba un pasador.

—No —dijo—. No puedo.

—¿Es porque el doctor Kellogg no lo aprobaría? —Will se sentó bruscamente, y

sus pies buscaron a tientas las zapatillas de fieltro por el impoluto, helado y desinfectado suelo de la habitación—. ¿El hombre que lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo?

—Es porque no está bien. Porque va contra las normas.

—¡*Las normas!* —Will se puso de pie, alto y demacrado, con la ropa colgándole a los lados como una vela desinflada golpeando contra el mástil—. ¿Las normas de quién? ¿Qué normas? ¿No se creerá usted todo ese discursito tan rimbombante? ¿Todas esas tonterías santurronas acerca de las dietas, los enemas, las mascarillas de barro y la pérdida sensorial? ¿Qué es lo que nos espera? ¿Otros seis meses de comer gachas o uvas o semillas de zaragatona? ¿Otro año? Nos vamos a morir igual, todos, incluido el excelso doctor Kellogg. ¿Es verdad, o no?

Irene tenía el mismo aspecto que si la hubieran abofeteado. Mostraba una expresión de dureza y de rabia, y estaba tan pálida, que Will se asustó. Pero cuando habló, lo hizo con tranquilidad, dominándose.

—Sí —dijo—. Yo creo en todas esas cosas. Creo en cada una de esas palabras, en cada tratamiento, en cada principio. Lo creo de todo corazón, pero también con el cerebro, gracias. Usted es un hombre enfermo —añadió—. No sabe lo que se dice.

—Sí que lo sé —insistió Will, aunque sin tanta energía—. Yo no creo que su doctor Kellogg sea Dios, y tampoco creo que tenga derecho a controlar su vida, ni la de cualquier otra persona.

Pero la discusión había terminado. Irene, más calmada, le miraba como una iluminada, una cruzada, una mahometana en vísperas de la guerra santa.

—Hay un Dios en el cielo, señor Lightbody, y yo creo en Él de una forma que, mucho me temo, usted nunca comprenderá, un Dios que se preocupa de nuestra esencia inmortal; pero en cada uno de nosotros también hay un dios, y si Dios utiliza a un hombre como el doctor Kellogg para ofrecernos la verdad, ese hombre también pasa a formar parte de lo divino. —Su tono de voz era etéreo, y tenía la mirada perdida en la distancia—. Cuando pienso lo que el doctor ha hecho por la humanidad, aunque sólo sea en lo que se refiere a la alimentación, digo que sí, que es un dios, mi dios, y también debería ser el suyo, señor Lightbody. —Se volvió hacia él y le miró acusadora con unos ojos que ardían con el fuego del que se sabe en posesión de la verdad—. Y debería sentirse avergonzado después de todo lo que ha hecho por usted, avergonzado de verdad.

Will estaba derrotado. El broche no significaba nada. Ni siquiera se atrevía a mirar la cajita. Quizá fuera consecuencia de la frustración, el disgusto, la desesperación, pero lo que Will hizo a continuación fue una sorpresa incluso para él: se abalanzó y cogió torpemente entre sus brazos a la enfermera Graves, a Irene, la estrechó contra él como a una amante y acercó sus labios a los suyos. La besó, la abrazó, volvió a estrecharla contra su cuerpo hasta que sintió algo cálido y húmedo en el pecho. Luego, ella se apartó y la pera de goma negra cayó al suelo entre ellos como una especie de pajarraco espectral.

—¡Señor Lightbody...! —Casi no podía respirar. Retrocedió un paso—. Esto es... yo no...

—Will —dijo él. ¡Ella le había besado, le había devuelto el beso!

—Señor Lightbody, yo...

—Will.

—Will... señor Lightbody... estoy muy confundida, lo siento. Yo... no puedo hacer esto. Esta noche no.

¿Esta noche no? ¿No podía hacerlo aquella noche? ¿Significaba eso que...? El corazón le iba como una turbina. ¿Si no podía ser aquella noche, a lo mejor podría ser otra? Ya no necesitaba dieta de uvas o corrientes sinusoidales para recuperar la virilidad, estaba preparado, levantaba el tejido, su camisión se alzaba igual que una carpa de circo, como si aquél fuera el momento y aquélla la pista central.

Pero ella miraba más allá de Will, miraba hacia la pera del enema vacía en el suelo.

—No puedo —repitió ella sin mirarle, y tampoco miraba el broche de la mesilla, ni los pies de Will, ni sus manos, ni la erecta estaca de su entrepierna, ni sus ojos enfermos y hambrientos—. La enfermera Bloethal —susurró, con una voz que de repente se había vuelto muy distante—. Tengo que ir a buscar a la enfermera Bloethal.

Así que se ocupó de él la enfermera Bloethal, la de las manos callosas y los puños de hierro, y su erección, su gloriosa, rejuvenecedora y vivificante erección, se convirtió en nada. Y si Irene creía en sus dioses y le aplicaba la jeringa como si se tratara de un sacramento, la enfermera Bloethal se la introducía como un asesino a sueldo.

Por la mañana apareció otra vez la enfermera Bloethal, y volvió a ocuparse de él la enfermera Bloethal antes y después de la comida. ¿Dónde estaba Irene? No se encontraba bien. Pero ¿era algo serio? No, sólo una pequeña indigestión.

Indigestión. ¿No era irónico? El estómago de Will también volvía a las andadas. Desde hacía algún tiempo, había conseguido una especie de tregua. Según le dijeron, las algas marinas y la zaragatona habían hecho su trabajo, y el continuo y analgésico flujo de leche había inundado aquel órgano hipersensitivo hasta dejarlo muerto a toda sensación. A su pesar, había empezado a sentirse cautelosamente optimista. Pero ahora, de pronto, a punto de pasar al régimen de uvas, el estómago de Will se convirtió otra vez en una caldera de ácidos. Lo notaba en la parte inferior de la garganta, en el paladar, en los labios, en la lengua: la acidez del rechazo, de la rabia y la desesperación. Se había despertado con una erección, soñando con los labios de Irene, con su cuerpo apretado al suyo, con el milagro de sus pechos libres de trabas, y su primer pensamiento fue para Eleanor. Era un pensamiento sucio, egoísta y lujurioso, pero no podía evitarlo.

El reloj del escritorio marcaba las cinco y cinco de la mañana, y la mariposa brillaba suavemente. Will echó hacia atrás su respirador exterior, se puso el batín y las zapatillas, y salió a los esterilizados pasillos del sanatorio. Si el día del pavo se había mostrado muy sigiloso, esta vez se escabulló con más cuidado aún, culpable de un montón de delitos, de los cuales no era el menos leve su presente intención de forzar a su enferma esposa. *Dame una hija*, Will, le había susurrado. Bueno, pues ahora estaba dispuesto, y todo el debilitamiento, todo el sufrimiento, todas las nociones de continencia y las apelaciones a la razón no podían nada ante un hecho tan trascendental.

Bajó tres pisos y entró en un pasillo idéntico al que había dejado. Luces brillantes. Suelo frío. Habitación 212. Llamada a la puerta —un toquecito—, mirada a la derecha, mirada a la izquierda, ni una enfermera a la vista.

—¿Eleanor? ¿Estás ahí? —Una mano en el pomo, conteniendo un eructo, un giro de muñeca, la habitación iluminada suavemente—. ¿Eleanor? Soy yo, Will.

Nada, ni un suspiro. Se deslizó en la habitación como un ladrón y cerró con mucho cuidado la puerta tras de sí. Eleanor no estaba en su cama. Las cinco y diez de la mañana y su mujer no estaba en la cama. Un primer pensamiento frenético le llegó como una flecha, como una exhalación, y se clavó en su cerebro: *Linniman*. Pero no. Había dormido allí. La almohada estaba arrugada, la ropa de cama estaba amontonada. Las cinco y diez de la mañana: ¿dónde demonios estaría? El cuarto de baño no le proporcionó ninguna pista: cepillo de dientes, maquillaje, colorete, una toalla húmeda y un camisón de seda que le recordó días más felices. De vuelta a la habitación, se puso a buscar en los cajones de la cómoda: ropa interior —aquellas prendas le electrizaron—, pañuelos, guantes, alfileres de sombrero. En la mesilla de noche, dos libros encuadernados en piel y con títulos dorados: *El libro de la naturaleza*, de la señora Asenath Nicholson, que parecía tratar principalmente de zanahorias y chirivías, y *Freikörper Kultur*, de un tal Gerhardt Kuntz. El cultivo del cuerpo libre parecía reducirse a tomar el sol en cueros. Will se entretuvo con este último libro, hojeando páginas y páginas de disquisiciones sobre la luz, el aire y las saludables propiedades de prados y playas, para más adelante descubrir una cautivadora descripción de un grupo de heliófilos de ambos sexos retozando alrededor de una fuente en la Selva Negra. Eran las cinco y media cuando levantó la vista del libro, y estaba aún más excitado que antes.

Todo aquel asunto hubiera podido acabar entonces si, al volver a poner el libro en su sitio, no se hubiera caído accidentalmente una cuartilla de la mesilla de noche. Era una «cita para rehabilitación» a nombre de la señora Eleanor Lightbody, a las cinco en punto, para un lavado de colon, baño de asiento y masaje en los baños de mujeres, seguido de calistenia y ejercicios con mazas en el gimnasio. A las cinco y media tenía «baño con barro de Silesia», o lo que fuera aquello, y veinte minutos de ejercicios respiratorios en la galería superior.

*La galería superior.* Antes de que el papel tocara la mesilla, Will ya había

cruzado la puerta y recorría el pasillo a grandes zancadas.

Por desgracia, cuando llegó a la galería superior estaba vacía, a excepción de una figura irreconocible abrigada como un esquimal contra la noche que se resistía a dejar paso al día. La figura se movía junto a la parte más alejada de la baranda, muy por encima de los durmientes tejados de Battle Creek, y parecía gemir o gruñir de pura agonía; agitaba impotente los brazos cubiertos de ropa y tenía las piernas pesadas como el plomo a causa de la voluminosa capa de mantas con que se las envolvía. Will estaba a punto de dar media vuelta, decepcionado, cuando creyó advertir algo familiar en el tono de aquellos gruñidos.

—Eleanor —susurró, cerrándose el cuello del batín.

Eleanor, si es que era Eleanor, no le contestó.

—Ocho... ¡Uf, uf! —gruñó una voz femenina; una capucha ocultaba su cabeza. Dobló la cintura y agitó los brazos—. Nueve... ¡Uf, uf! Diez... ¡Uf, uf!

—¿Eleanor?

La figura encapuchada se volvió hacia él y le mostró un rostro que no era el de su mujer: la máscara de la Muerte, horrorosa, paralizada, con los rasgos apretados como en un puño. Will dio un rápido paso atrás, sobresaltado, y los ojos, luminosos contra el contorno oscuro de la máscara, le reconocieron.

—¿Will? —La abultada figura había pronunciado su nombre, con la boca abierta en un rictus de sorpresa—. ¿Qué demonios...?

No pasaba nada, el hechizo se había roto. Aquél no era un enviado de ultratumba, no era la Muerte personificada, ni un lunático fugado del manicomio... era Eleanor, su mujer, embadurnada de barro de Silesia y entregada a ejercicios de respiración profunda sobre las heladas baldosas de la galería, dos horas antes del desayuno y en lo más negro de la noche. Era Eleanor, simplemente Eleanor. Al reconocerla recobró la confianza, y con la confianza el ardor. Avanzó hacia delante en zapatillas e intentó abrazarla, pero las mantas se lo impidieron. Cogido a lo que él pensaba que era un brazo, farfulló:

—Yo... yo he venido a ver cómo estabas...

—¡A las cinco y media de la mañana!

—Te echaba de menos. Es Nochebuena, bueno, la madrugada de Nochebuena.

(Aquél era un tema espinoso para ellos. Will hubiera querido irse a casa con ella por navidades, a su hogar de Parsonage Lane, con sus amigos y su familia, pero Eleanor se había negado. Ella no podía marcharse en medio del tratamiento, ni él. ¿Qué se había creído? Pero si sólo sería una semana, o como mucho dos, había argumentado Will, Pues si quería, podía irse solo —aunque, en su estado, era como jugarse la vida—; ella no pensaba moverse de allí. ¿Acaso la había tomado por una suicida? Claro que no, claro que no, dijo Will, que tras farfullar algo a modo de disculpa se había marchado a su habitación. Así que se quedaron, aunque la temporada de otoño ya había acabado y los pasillos del sanatorio estaban casi vacíos. Se habían quedado a comer menudillos de Nuttolene y ganso artificial en compañía

de extraños en los desolados e implacablemente helados desiertos del centro-sur de Michigan).

Eleanor no le contestó.

—Once... ¡Uf, uf, uf! —jadeó—. Doce... ¡Uf, uf! Trece...

Will estaba congelado. Un escalofrío le sacudió el cuerpo con tanta violencia como si le hubieran agarrado por el cogote y le hubieran agitado, vértebra a vértebra, hasta la rabadilla.

—Sólo quería decirte que tengo un regalo para ti, es muy bonito, te va a encantar, ya lo verás.

—... ¡Uf, uf! —Se agachó para ajustar las mantas que la envolvían, y Will vio un cable eléctrico que salía de su espalda, pasaba junto a media docena de sillas vacías y llegaba a un enchufe que había junto a la puerta—. Eres muy amable, Will —murmuró, y, mientras el aire caliente brotaba humeante de unas fosas nasales invisibles, Eleanor quebró la mascarilla para dedicarle una sonrisa—. Yo también tengo una sorpresa para ti.

—El cable está enredado —dijo Will, aunque no era verdad, y utilizó la distracción como un pretexto para avanzar hacia ella y agarrarse ardientemente a su capullo de mantas. Will bajó el tono de voz hasta convertirlo en un apasionado susurro—. Y también tengo una cosa para ti, la llevo encima... si quieres venir a mi habitación y probar cómo te sienta...

—No seas ridículo, Will. Esta noche intercambiaremos los regalos, como habíamos quedado, en la fiesta de Frank para el doctor Kellogg.

Aquello le irritó: «La fiesta de *Frank* para el doctor Kellogg». Pero no hizo caso y se agarró aún más fervorosamente a las mantas. Estaba helado. La ropa que llevaba puesta no le servía de nada. Un viento que anunciaba el amanecer silbaba sobre los tejados y se le metía en los oídos. Tenía la punta de la nariz insensible.

—No, no —susurró, sin poder evitar que le castañetearan los dientes—, n-no, no quiero decir eso, tú-tú-tú me dijiste que querías que te diera una h-hija, ¿no te acuerdas? Ahora estoy preparado. Y yo... yo... bueno, estoy listo. ¿No lo notas? Estoy preparado para hacerte una hija. Ahora mismo. En este instante. —Miró apasionadamente sus ojos cubiertos de barro—. V-ven a mi habitación.

—¿Es una broma? —Eleanor se apartó de él, y el frío aire de la mañana silbó por las aletas de su nariz—. Aquí están terminantemente prohibidas las relaciones conyugales, ya lo sabes. —Luego se rió y movió la cabeza—. Eres imposible, Will Lightbody. Imposible. No se te ha podido ocurrir en un momento más inoportuno... ¿Y qué haces en batín y zapatillas? ¿Estás loco? Te vas a morir.

Will empezó a retroceder hacia la puerta, con el miembro flácido y encogido por el frío, rodeándose los hombros con los trémulos brazos.

—F-feliz Navidad... —dijo estornudando—. Eleanor.

Pero ella no le oyó. Se encorbaba, se doblaba por la cintura y se volvía a levantar, una y otra vez. La oyó contar y jadear a medida que se acercaba a la pesada puerta

que daba al pasillo.

—Catorce... ¡Uf, uf, uf...! Quince... ¡Ah, ah, uf!

El resto de la mañana se consumió en las actividades habituales. A las siete, la enfermera Bloethal le dio los buenos días con el enema matinal y le acompañó al comedor para sus dos primeras tomas de las últimas diecisiete horas que le quedaban de dieta láctea. La orden había llegado de las alturas: todos los signos eran favorables y Will empezaría el régimen de uvas el día de Navidad. La noticia era emocionante, maravillosa, una especie de milagro. Con las campanadas de medianoche, con el inicio del día que conmemoraba el nacimiento de su salvador espiritual, el salvador corporal de Will le concedería la gran merced de la comida sólida. Uvas. Uvas abundantes, deliciosas, medicinales. Según había entendido Will, las uvas representaban el tercer peldaño de la escala alimentaria hacia la curación, y la dieta consistía en la ingestión de una ilimitada cantidad de esos frutos carnosos, esféricos, dulces y nutrientes. Doradas uvas moscatel, uvas reales Concord, las humildes Thompson y aquellas gruesas uvas rojas llamadas Tokay. Fletadas desde algún lejano y aún primaveral rincón del mundo, peladas primorosamente, una a una, por los ágiles dedos de las jóvenes dietistas de la señora Stover. Will estaba deseando que llegara aquel momento. Las uvas tenían sus limitaciones, y él nunca había consumido más de un racimo o dos al año, pero cualquier cosa era mejor que la leche. Por lo menos, las uvas se podían masticar.

Después del desayuno, la enfermera Bloethal le acompañó al gimnasio de hombres para su calistenia diaria, bajo la inexorable dirección del forzado sueco, tras lo cual Will soportó estoicamente una apagada sesión de ejercicios para la risa, para acabar instalándose en el trémulo olvido del departamento de vibroterapia. Con el paso del tiempo, todo aquello se había convertido en una aburridísima rutina. En vez de desarrollar una actitud positiva, Will se sentía cada vez más deprimido mientras retorció sus enclenques miembros y sacudía sus insulsas nalgas con el resto de sus sufridos compañeros. Siempre era lo mismo, un día sí y otro también, en un purgatorio de los estúpidos y los enfermos. Las únicas cosas que esperaba con ganas eran las apariciones de la enfermera Graves (y ahora estaba indispuesta, aterrorizada por un simple gesto de afecto) y su visita al departamento eléctrico, que se había convertido en uno de los pocos momentos divertidos de su rutina diaria.

Realmente, no podía explicar muy bien por qué. Quizá se debía a la sorpresa inicial del primer día, cuando descubrió que el baño sinusoidal no implicaba desnudarse en público, baños públicos, exhibición de vello corporal y despliegue de porciones de la anatomía masculina que más valía mantener ocultas. Todo era tan pulido y tan civilizado, que le impresionó. Había que enrollarse los bajos de los pantalones y las mangas de la camisa, y sentir el saludable cosquilleo de la electricidad en la piel, pero siempre decentemente vestido. Will no tenía ni la menor



idea de si el tratamiento le sentaba bien o no, pero le parecía relajante, y si no del todo agradable, por lo menos no era una tortura.

Aquel día en concreto, volvió a tocarle de pareja Homer Praetz, el magnate industrial. En el transcurso de las anteriores semanas, después de comer en la misma mesa y recibir juntos los baños sinusoidales, Will había llegado a conocer un poco mejor a aquel hombre. Incansable, decidido, dinámico, corpulento, Homer Praetz parecía cortado por el mismo patrón que el padre de Will, aunque era más joven, mucho más; era uno de esos hombres que se metía con tanta intensidad en su papel que resultaba imposible adivinar su edad. Podía tener entre treinta y cincuenta años. Era el rey de la industria de la máquina herramienta de Cleveland, y en muy pocos años había logrado aumentar cien veces su inversión inicial, a la vez que lograba arruinar a sus competidores. Por desgracia, en el proceso se había destrozado el estómago y minado el corazón.

Praetz se había mostrado simpático con Will en el comedor, donde se zampaba copiosos platos de glutinoso arroz a la Carolina y bizcocho borracho al estilo indio, mientras Will seguía con su ascético régimen de leche; en ausencia de la señora Tindermarsh y de Hart-Jones, que se habían ido a sus casas durante las vacaciones de Navidad, en la mesa se desarrollaban conversaciones muy interesantes. Will procuró corresponder a la simpatía de Praetz, lo que le resultó beneficioso, pues al poco empezó a mostrarse más alegre y a bromear con el profesor Stepanovich sobre la posible colisión de los anillos de Saturno, e incluso a coquetear, hasta donde llegaba su atrevimiento, con la señorita Muntz. Por otra parte, el horario de Praetz había variado, y ahora aparecía en el departamento eléctrico antes de su baño de vapor y no después, lo que le ahorra a Will la inquietante visión de su tumultuosa desnudez. Los días en que coincidían sus horarios, se sentaban codo con codo en sus sillas sinusoidales, con los pies en alto y las manos sumergidas, charlando como un par de banqueros en un salón de limpiabotas. Era algo que Will soportaba bastante bien.

—Bien, bien, bien, Lightbody —dijo Praetz sentándose pesadamente y empezando a despojarse de zapatos y calcetines—, esta Navidad será para usted... Me han dicho que va a empezar a comer cosas sólidas como todo el mundo, ¿no?

Alfred Woodbine, el asistente vestido de veintiún botones, con su impecable pajarita, su cuello inmaculado y el pelo engominado, ayudó a Will a sentarse en la silla al lado de Praetz. Will sonrió. Su vista iba de Homer a Alfred, y viceversa.

—Al cabo de tanto tiempo, no sé si recordaré para qué sirven los dientes.

—¡Dígamelo a mí! —suspiró Praetz, acariciándose los inmensos pies como si de la mejilla de una amante se tratara—. Al doctor Kellogg le gusta volver humilde a la gente, hacerla volver al principio, hasta convertirla en rubicundos y berreantes bebés que quieren la teta... Supongo que persigue con ello un efecto psicológico. Desde luego, sabe lo que se hace, que Dios le bendiga, porque ha salvado muchas vidas, ¿no, Alfred?

Pero antes de que Alfred tuviera la oportunidad de asentir, Praetz dejó escapar

una carcajada.

Will sonrió.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Ah, estaba pensando... —Praetz se había inclinado hacia adelante, con el rostro congestionado por la risa—. Y ahora que puede masticar, ¿cuál va a ser el menú? ¿Gachas? ¿Pulpa de maíz? ¿Uvas? —Su sonrisa era socarrona y los ojos se le salían de las órbitas—. Uvas, ¿verdad?

A Will no le importaba que le tomase el pelo. Era un rito de iniciación, una tradición de Battle Creek, y estaba secretamente complacido por pasar a la siguiente fase del tratamiento.

—Sí —reconoció—. Uvas, aunque hubiera preferido langosta.

Aquello fue gracioso, muy gracioso y las paredes de azulejos reverberaron con las risotadas.

—No nos escuche, Alfred. No habrá oído esto último, ¿verdad?

Praetz movió la boca como si tuviera algo entre los dientes, intentando en vano contener la risa, una especie de relincho, que emitía por la nariz.

El ayudante sacudió la cabeza y apretó los labios, pero los ojos le delataban. Él también se divertía con aquellas extravagancias, con la hilaridad y el espíritu festivo que reinaba entre los tres cuando se sentían libres de trabas, y que les hacía portarse como niños corriendo en torno al árbol de Navidad con las primeras luces del amanecer. Will estaba encantado.

Homer Praetz se recostó en la silla sinusoidal y se puso a darse golpecitos en la rodilla.

—Lo siguiente que hará el jefe, Will, será pasarle a los filetes de Protose, y eso le pondrá tan cachondo como un joven vaquero el día de su primera cita.

Will se atragantó. Miró a Alfred, que se inclinaba a arremangarle la camisa, y se puso colorado.

—No se ponga colorado, Lightbody —cacareó Homer exultante, dejando caer los pies pesadamente en las grandes cubetas blancas galvanizadas que tenía ante sí—. Vamos, viejo zorro, ya me he fijado en cómo se trabaja a la señorita Muntz en la mesa... ¡Ja, ja, ja, no lo niegue! No le hubiera dicho nada si a mí no me hubiera pasado lo mismo. ¡Dios mío, cuando me trajeron aquí, en octubre, no tenía fuerzas ni para levantarme de la silla! Y por lo que respecta a las mujeres... bueno, mi esposa era la mujer más hambrienta de la tierra —al decir esto se inclinó hacia adelante y guiñó un ojo—, ya me entiende.

Will le entendía. Le entendía demasiado bien. Cerró los ojos y pensó en Eleanor, Irene, Ida Muntz, la mujer anónima de la sala de espera, y dejó escapar un suspiro. No se sentía muy cómodo hablando de cosas íntimas, sobre todo delante de Alfred, que podía ser perfectamente uno de los espías del doctor, aunque lo que Homer había dicho se refería única y exclusivamente a él: *si a mí no me hubiera pasado lo mismo*. La idea le hizo sentirse mejor; todo aquello formaba parte integral de Battle Creek, y

él apreciaba la confianza, la apreciaba de verdad. Abriendo perezosamente los ojos para comprobar si Alfred había conectado la corriente —tenía las manos en el conmutador—, Will emitió un gruñido de asentimiento.

—Le comprendo, Homer —dijo con voz somnolienta—, le comprendo perfectamente. —Y volvió a cerrar los ojos.

Volvió a escuchar la voz de Homer, tenue como un finísimo hilo.

—Ya no pasa hambre.

Will esperó entonces que el familiar mordisqueo de la corriente se aproximara a sus miembros con su delicada hilera de dientes para luego volver a liberarlos. Se produjo una débil vibración, una especie de tintineo, como el de una cuchara chocando contra una taza, y su mente se dejó llevar por la rutina. Tardó un momento en darse cuenta de que no había pasado nada.

—¿Es que no va a conectarla, Alfred? —murmuró, y en aquel preciso instante comprendió que pasaba algo. El tintineo del que había sido consciente durante los últimos diez segundos se iba haciendo cada vez más alto, más firme. Era ya el insistente chocar de dos palillos de tambor, un sonido como el de un juguete de cuerda que hubiera enloquecido de pronto. Abrió los ojos bruscamente. Se sintió como si el tiempo se hubiera congelado. Allí estaba Alfred, impecable, y todavía con una mano en el conmutador. Pero se movía: agitaba los miembros y arrastraba los pies como si de repente hubiera sido transportado a un baile popular con orquestina, y su mano libre saltaba como un pez sobre la pared, que también tintineaba y temblaba, y los frondes de la palmera de la esquina habían empezado a ondear, como por simpatía. Desconcertado, Will se volvió a Praetz. Pero Homer también se agitaba, con la cara agarrotada, los ojos en blanco y los miembros dando sacudidas como si la silla fuera un potro sin domar y él un vaquero del salvaje Oeste. Todo aquello era muy extraño y totalmente inesperado, sí, y ¿qué era aquella espuma roja en los labios de Homer, y aquella *cosa* rosada y húmeda que le colgaba del cuello como una segunda corbata?

*Su lengua, Will, su lengua.*

Eso era. La comprensión le quemó como si le hubieran aplicado unas tenazas al rojo, y se levantó de la silla de un salto, salpicando agua. Alfred bailaba, los ojos de Homer Praetz parecían dos huevos duros, el estante de los instrumentos temblaba, la corriente chisporroteaba. *¡No toques ese conmutador!* El pánico se apoderó de Will. *¡Corre!*, gritó una voz en su cabeza, pero la reprimió. No. No. No. Y entonces puso manos a la obra; no había tiempo para pensar, así que sus pies buscaron apoyo en aquel suelo resbaladizo y, bajando los hombros, golpeó a Alfred en el pecho, justo debajo de los aleteantes brazos, y rompió la conexión.

Al cabo de un momento estaban en el suelo en una maraña de miembros mezclados. Un furtivo olor a orina emanaba de los impecables pantalones de Alfred; pero por lo menos respiraba, tenía arcadas, vomitaba algo... y luego, detrás de ellos, Will oyó un estallido violento y repentino, el salpicar húmedo y pesado del agua, las

tinias volcadas: Homer Praetz se había caído, arrastrando la silla sinusoidal, presa del furioso abrazo de la gravedad. Will lo vio entonces, horriblemente tendido entre los restos del desastre, con sus grandes pies, semejantes a lajas de piedra blanca, todavía sacudiéndose espasmódicamente, y comprendió que por mucha abstinencia, por mucha vida fisiológica o por mucha alimentación científica que hubiera practicado, nada podría ya hacerle revivir.

A la una de la tarde del día de Nochebuena el cielo parecía una tumba solitaria, y Will Lightbody, vestido a toda prisa y aún trémulo, avanzaba por la avenida Washington por segunda vez en aquella semana. No canturreaba villancicos ni pensaba en regalos. Eleanor estaba fuera, en un festival de patinaje —o, por lo menos, eso le habían dicho—, e Irene se hallaba indispuesta. Se miró los pies y no pensó nada, absolutamente nada.

Cuando llegó a la esquina de Washington y Champion cruzó la calle sin mirar y se dirigió directamente al Red Onion. *¿Está cansado de salvado y verdura?*, preguntaba un cartel en la fachada. Sí, lo estaba; y más que cansado: hartó. La puerta se abrió como si estuviera perfectamente engrasada, el camarero se inclinó, mostrando una brillante calva, y los olores le invadieron como un recuerdo del paraíso antes del pecado original. Le acompañaron a una mesa junto a la ventana con un mantel de cuadros y una vela chorreando cera. El camarero revoloteaba a su lado.

—Whisky —dijo Will, y su voz sonó extraña en sus propios oídos—. Doble. Y una jarra de cerveza.

—Sí, señor —dijo el camarero—. Un whisky doble y una cerveza. ¿Alguna marca en concreto?

Will negó con la cabeza.

—De acuerdo, señor. Muy bien. ¿Desea comer algo?

—¿Comer? —repitió Will como si nunca hubiera oído aquella palabra. Miró a su alrededor el penumbroso interior, las llamas que crepitaban sobre las brasas, el muérdago, el pino y las caras alegres de los bebedores de cerveza apiñados en la barra—. Una hamburguesa —dijo por fin.

—Una hamburguesa —repitió el camarero, anotando el pedido en su libreta—. ¿Cómo la quiere?

—¿Perdone? —dijo Will.

—¿Cómo quiere que se la hagan?

Will tardó un momento en responder, y el camarero esperó, con sus bigotes, su calva brillante y una mirada fija y levemente ebria en sus ojos.

—Ah, no sé —dijo Will vagamente, agitando una mano—, poco hecha, más bien. No, espere, no simplemente poco hecha, sino fría por dentro.

---

## 4. EL JUEGO DE LA PUBLICIDAD

Anocheecía cuando Charlie Ossining entró tambaleándose en el Red Onion. Se había pasado las dos últimas horas bebiendo ponche caliente de ron en la fiesta que Bender había dado en honor de Stellrecht, el fabricante de papel, y de una serie de tenderos, asentadores, tratantes en granos y periodistas, además de algún que otro representante de la flor y nata de los transportistas locales («¡Inversores potenciales, Charlie, inversores potenciales!», le recordó Bender), y se sentía muy bien. Se sentía feliz, optimista y contagiado del espíritu del momento. Bender había contratado el Wee Nippy como barra abierta y había hecho colgar unas banderolas por toda la sala que decían: «¡Kellogg's Per-Fo, el alimento perfecto!» y «¡El último alimento de Kellogg!». Todo aquello parecía un poco osado —subversivo, incluso— para hacerlo en el Post Tavern, pero se había presentado un montón de gente dispuesta a engullir unas bolitas de carne ensartadas en un palillo y canapés de arenque escabechado con galletitas saladas. Charlie estrechó manos y bebió ponche a espuestas, y habló tanto de la Per-Fo, que empezó a creerse toda aquella historia.

—¡Publicidad! —había exclamado Bender por la mañana mientras observaban al camarero colgar las brillantes banderolas rojas y blancas de las vigas—. ¡No se puede vender ningún producto sin publicidad!

Charlie le recordó que todavía no tenían el producto, pero Bender no se inmutó.

—Crea la demanda, Charlie, y el producto aparecerá por sí solo. Tan seguro como que después de la primavera vendrá el verano.

Habían pasado seis semanas desde la llegada de Charlie con el cheque de la señora Hookstratten, y parecían tan alejados de su objetivo como el primer día. Habían sido rechazados por ambos Kellogg —Will Kellogg no les había dejado cruzar siquiera el umbral de su Toasted Corn Flake Company, y antes de que se pusiera el sol ya les había enviado a sus abogados— y, además, era imposible comprar una fábrica a ningún precio. Es decir, una fábrica en buenas condiciones. Había un montón de ruinas infectadas de ratas, parecidas a la fábrica de Malta-Vita, para alquilar, comprar, trocar o baratear, pero Charlie no tenía el don de podérselas imaginar en funcionamiento, y Bender, desde que George había entrado en escena, no había mostrado el más mínimo interés por ellas.

—La construiremos nosotros, Charlie —gritó blandiendo un montón de hojas con el organigrama de la futura empresa—, todo maravillosamente nuevo, desde el suelo hasta el techo. Al infierno con esos deprimentes montones de chatarra quemada. No los necesitamos para nada. ¡Ahora tenemos a George Kellogg con nosotros!

Sí. Claro. Seguro. Y aunque Charlie no quería ser un aguafiestas, se preguntaba

de qué les había servido contar con George. Hasta el momento, su nombre sólo había servido para despertar las iras de los dos hermanos fabricantes de cereales y para provocar un par de demandas legales por piratear una marca registrada, lo que había implicado el desembolso inmediato de una preciosa porción de la menguante inversión de la señora Hookstratten para hacer frente a los gastos legales (aunque para Bender aquello no significaba nada, absolutamente nada, era el precio de hacer negocios). Y por lo que respectaba al propio George, aunque Charlie había alquilado una habitación para él en casa de la señora Eyvindsdottir gracias a que uno de sus decréditos huéspedes se había ido al otro barrio, era imposible contar con él —si podían encontrarle— en el momento en que le necesitaban. No dormía nunca en su habitación, la ropa que le habían comprado estaba esparcida por el suelo, y lo más fácil era encontrarle borracho, tumbado en medio de sus orines en un callejón situado detrás de la tienda de ropas, o en un catre de la cárcel. En dos ocasiones Charlie había tenido que coger un coche de punto y recorrer los treinta kilómetros de distancia hasta la cárcel de Marshall para pagar la fianza y sacarle de allí. ¿Por qué no había cárcel en Battle Creek? Era un misterio. La primera vez, el juez le dejó en libertad, pero la segunda —George se había emborrachado y había causado desórdenes— le condenó a diez días de cárcel. Sí, tenían a George Kellogg con ellos, pero ¿de qué les servía? Para colmo, le pagaban una habitación que no utilizaba, y unas comidas que no comía, mientras su distinguido socio se dedicaba a hacer trabajos forzados en las carreteras del condado.

Pero aquella noche se había olvidado de todo aquello. La fiesta le revitalizó y recuperó todo su entusiasmo. Bender sabía lo que se hacía. Charlie sólo tenía que mirarle mientras se trabajaba a algún tontaina local en una esquina y podía sentir el dinero brotándole entre los dedos. Y lo de Kellogg podía parecer una locura, pero Bender encontraría la fórmula para que funcionase, con la misma certeza con que Ford construía sus coches y Rockefeller sacaba petróleo del suelo. Además, era Navidad, y el paseo hasta el Red Onion le hubiera revigorizado el espíritu a cualquiera. Las campanas de las iglesias tañían, los niños cantaban villancicos, los extraños se felicitaban, una vela ardía en cada ventana y había una rama de muérdago en todas las puertas. Charlie cruzó el umbral y media docena de personas le llamaron por su nombre.

Se tomó una copa en la barra con John Krinck, uno de los pacientes de menor edad del sanatorio, que de vez en cuando hacía una escapadita a escondidas para echar un trago. Luego intercambió chistes acerca del sanatorio con el camarero y se tomó otra copa por cuenta de la casa. Más tarde apareció Harry Delahoussaye e invitó a una ronda en la barra. (Charlie le había perdonado hacía mucho tiempo por haber intentado timarle la noche de su llegada. Después de todo, no era nada personal). Charlie le devolvió el favor. Cuando descubrió la figura desgarbada y de hombros caídos de Will Lightbody hundida en una mesa junto a la ventana, Charlie ya estaba tan alegre que parecía al borde del delirio. Impulsivamente, decidió felicitarle las

fiestas a su reciente compañero de viaje, y se acercó tranquilamente a su mesa con una cerveza en una mano y un platillo de huevos duros a la vinagreta en la otra.

—¡Will! —exclamó Charlie, y en un exceso de entusiasmo le dio una palmada en la espalda—. ¡Soy yo, Charlie Ossining! ¿Me recuerda? ¡El del tren!

Will Lightbody levantó la vista de una mesa llena de platos, huesos, vasos sucios, botes de ketchup, servilletas manchadas, raspas de pescado y frituras a medio comer, amén de un cenicero lleno de colillas de puro. Sus ojos parecían moverse por separado, y el que le bizqueaba giraba en su órbita como la bola en la ruleta. Parecía trastornado, alicaído, consumido como una manzana del año anterior que se hubiera secado en la despensa. Si ése era el efecto que el sanatorio producía en la gente, Charlie no se lo deseaba ni a su peor enemigo.

—¿Se acuerda de mí? —repitió sin convicción.

Llevándose un vaso de whisky de color ámbar oscuro a los labios, Will Lightbody empezó a sonreír, y su sonrisa se fue extendiendo hasta que tuvo que concentrarse en ella y perdió el control del vaso. El whisky le chorreó por la barbilla y se le metió por el cuello, que llevaba desabrochado y manchado de ketchup, mostaza y jugo de filete.

—¡Claro que me acuerdo! —tronó. Pero no articulaba bien las palabras, y tenía los ojos turbios—. ¡Charlie Ossining! ¡Claro! Amelia Hookstratten, ¿verdad?

—Sí —dijo Charlie satisfecho. Aunque estaba borracho, conservaba la conciencia de lo importante que era mantener buenos contactos—. Le he visto, y se me ha ocurrido acercarme a felicitarle las fiestas, las navidades.

—Felices fiestas —farfulló Will, y pareció que su voz llegara a todos los rincones de la habitación, como si tuviera tentáculos. Algunas cabezas se volvieron desde la barra. El camarero (Charlie sabía su nombre, Frank Loquatto) parecía avergonzado—. Claro. Sí. Felices fiestas. ¿Por qué no me hace compañía? Bébase una copa a mi salud. Venga, Charlie Ossining. Bebamos por el nacimiento de Jesucristo. —Volvió la cabeza e hizo una seña al camarero—. Otra ronda —bramó—. ¿Puede limpiar un poco este... este follón? Y bien —dijo volviéndose hacia Charlie Ossining, que había dejado el plato de huevos en la mesa y se acercaba una silla—, Charlie Ossining, ¿qué tal se encuentra? ¿Cómo demonios le va el negocio de los cereales? Eran cereales, ¿verdad? ¿Sí? Bueno, ¿qué tal le va?

Charlie le respondió que bien, que las cosas iban a las mil maravillas.

—Tenemos a Kellogg con nosotros, George Kellogg. Es hijo de los Kellogg, ¿lo conoce?

Will se llevó uno de los huevos duros de Charlie a la boca, pero lo volvió a dejar en el plato con todo cuidado, como si todavía tuviera cáscara y no estuviera cocido. Entonces enfocó los ojos; es decir, el recalcitrante, el que bizqueaba, volvió a quedar fijo en su órbita.

—Ese nombre es anatema para mí. Kellogg —escupió las silabas— es un farsante, un taimado, un charlatán, un secuestrador de mujeres casadas, y un estafador y... —Su voz se desvaneció, y agitó laxamente una mano en señal de disgusto—. Es

un asesino —dijo por fin.

Charlie no sabía muy bien cómo tomarse todo aquello, de modo que dijo:

—Sí, ya, pero hay mucho dinero en juego. Y mucha gente no compartiría su opinión. Mi socio, Goodloe H. Bender, afirma que el nombre vale su peso en...

—Para mí está muerto, tan muerto como este huevo.

—Vale su peso en oro —dijo Charlie, sin hacer caso de la interrupción—. Sólo Dios sabe la de millones que vale ese nombre. La clave está en la publicidad, ¿lo sabía?

Will lo sabía. Agachó la cabeza y se rascó la nariz en mudo homenaje al poder de la publicidad.

—Homer Praetz —dijo, y echó la cabeza hacia atrás para vaciar su vaso.

A Charlie le gustaba aquel tipo, le gustaba de verdad. Tal vez en el tren se hubiera comportado como un príncipe idiota, pero ahí lo tenía ahora, bebiendo como cualquier otra persona. De pronto quiso hacer algo por él, ofrecerle un regalo, un detalle. La inspiración le llegó de repente:

—¿Qué le parecería un plato de ostras? Yo invito y nos las comemos a medias.

—Carroñeras... —empezó Will, pero se interrumpió, se golpeó el esternón y se inclinó hacia adelante para escupir algo en su vaso. Cuando se recuperó apenas le salía un hilo de voz—... del... mar.

—Sí, lo sé —sonrió Charlie—. Ya me informaron usted y su mujer. Pero no hay nada más exquisito, ni el pez más sabroso que nada en los océanos, ni el langostino más gordo, ni la langosta más jugosa. ¿Está de acuerdo conmigo?

Will hizo una pausa antes de contestar, como si estuviera considerando los distintos grados de lo delicioso. Luego se puso a balancear la cabeza como si se concentrara en algo, o como si fuera un títere de madera y alguien moviera sus hilos. Se le dibujó una sonrisa en la cara.

—No hay nada tan delicioso —asintió, y en aquel instante su brazo huesudo se disparó en el aire y golpeó sin querer al ceñudo Frank Loquatto.

Mientras se tomaban las ostras, fueron pasando de un tema a otro, de las preferencias de la señora Lightbody en materia de comida o de ropa interior (no usaba corsé y llevaba camisolas sencillas y transparentes que dejaran pasar los saludables rayos del sol) a alguien llamado Homer Praetz (Will insistía en hablar de él; decía algo sobre corrientes sinusoidales y baños), Peterskill, la vida en Nueva York, los automóviles y la señora Hookstratten. Cuando el camarero se llevó la bandeja y les sirvió más bebida, Charlie condujo la conversación hacia el tema de los cereales en general, y de Per-Fo en particular.

—Hemos obrado con rapidez y eficacia —dijo, encendiendo un cigarrillo y aspirando el humo con auténtica delectación—, pero, para serle sincero, pensamos ampliar nuestro planteamiento inicial y estamos algo... bueno... faltos de capital. En fin, creo que ésta es una gran oportunidad para un inversor... No sé si usted estaría interesado, pero puedo ofrecerle un paquete de acciones, Will. Si quiere, ahora



mismo.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa le miraba con aspecto de no poder tenerse en pie. Si media hora antes parecía sujeto por hilos invisibles, ahora era como si esos hilos se hubieran roto. La cabeza se le tambaleaba. Le temblaban las manos. Sus ojos vagaban erráticos por la habitación.

—¿Necesita dinero? —dijo de repente, como si la idea acabara de penetrar en su cerebro—. Yo se lo daré. —Se puso a buscar en el bolsillo de la chaqueta—. No hay ningún problema, estoy contento de ayudar a, a... un amigo. ¿Cuánto quiere?

A pesar de lo que había bebido, a pesar de que parecía decirlo en serio y a pesar de su aire desprendido, Charlie se quedó clavado en la silla. Observó cómo Will abría el talonario, lo dejaba en la mesa y alisaba las hojas, observó cómo pedía arrogantemente una pluma y cogía la que le entregó Frank Loquatto casi sin mirarle.

—Bueno... lo que usted quiera invertir, claro. Mis socios y yo estaremos encantados. Lo que usted quiera, claro, lo que usted quiera...

Will Lightbody ya estaba escribiendo. Charlie observó cómo los huesudos nudillos escribían arriba y abajo los sorprendentes, maravillosos e insuperables ángulos y curvas de aquellas dos palabras: *Mil dólares*. Will arrancó el cheque, se arrellanó y escribió en la parte superior: *Páguese a Charles Ossining*.

Alguien cantaba en la barra, desafinando, *Somos los tres reyes de Oriente, oro, incienso y mirra*. Luego se le unió otra voz, sonora y exaltada. Charlie cogió el cheque aturdido, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, sin atreverse a hablar por miedo a romper el encantamiento. Suerte. Siempre había tenido mucha suerte.

Will Lightbody eructó. Fue un eructo prolongado, y, cuando acabó, alzó un dedo largo y huesudo.

—¡Charlie! —exclamó, con voz demasiado alta y demasiado hueca, una voz que se estremecía de un modo tan vibrante e insondable que parecía a punto de quebrarse.

Charlie se quedó helado. ¿Le iba a pedir que le devolviera el cheque? ¿Qué quería? Se le secó la garganta. Se movió nervioso en la silla.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Will?

—¿Sabe de algún sitio donde podamos tomarnos una copa de verdad?

Charlie se despertó al gris vacío de una hora indeterminada, acurrucado bajo la ropa de la cama y sobre un colchón relleno de acciones sin valor alguno. A sus oídos llegaban unos ruidos ahogados de alegría reprimida que se colaban por las grietas de las maderas del suelo, y tuvo una borrosa visión de la señora Eyvindsdottir y sus huéspedes celebrando el día con vino caliente y especiado y un pastel de frutas que debería haberse aprovechado para usos más adecuados; como ladrillo, por ejemplo. Vacío la vejiga en el orinal que había en un rincón, y advirtió con imparcialidad clínica que el líquido que vertía era exactamente del mismo color que el que había

introducido en su cuerpo. Luego acercó sus vacilantes miembros y su delicada cabeza al espejo para un afeitado en frío. Tenía el cerebro un poco espeso —recordaba haber acompañado a Will al Bathrick a tomarse una copa, y luego a un reservado en un tugurio, en la calle Calhoun—, pero desde el mismo momento en que había abierto los ojos, tenía conciencia del cheque. Del hecho en sí. De su existencia. De su presencia en la habitación. De su vital importancia. Era un regalo de navidades para la Per-Fo, doblado en el bolsillo interior de su chaqueta. Miró desde el espejo el perchero donde la colgó, y se puso a silbar. Mil dólares. No estaba mal para una sola noche de trabajo. ¿Qué diría Bender cuando se lo contara?

Pero, un momento... ¿por qué se lo tenía que contar a Bender? El cheque estaba extendido a su nombre, a nombre de Charles Ossining. ¿Quién se iba a enterar si...? Pero no, no podía quedarse con el dinero de aquel tonto así como así. Por un lado, era ilegal: engaño, fraude, incluso estafa. Y, además, era un dinero que tenía que germinar, un dinero que se centuplicaría. Lo sabía, y también sabía que debía ser paciente. Pero podía ocultárselo a Bender, guardarlo como reserva, conservarlo hasta el momento en que la empresa Per-Fo abriera sus puertas y necesitaran dinero extra para untar a alguien, para la publicidad o para pagar a los proveedores de papel, cartón o lo que fuera. O para dar una fiesta. Mil dólares. Casi no podía creérselo. Su padre habría tardado más de dos años en ganar aquel dinero trabajando para la señora Hookstratten, abriendo y cerrando las grandes puertas de hierro forjado cada vez que entraba o salía el Oldsmobile...

No podía contenerse. Dejó la navaja y cruzó la habitación para acercarse a la chaqueta y coger el cheque. Sólo quería contemplarlo, mirarlo satisfecho, acariciando como hubiera hecho un piel roja con su cabellera favorita. Cerró los dedos sobre él... Allí estaba, no era un sueño... La sensación táctil de aquel pedazo de papel, crujiente y doblado una sola vez, era como tocar dinero contante y sonante. Luego se puso a deletrear la orden, generosa y escueta, garabateada en una de sus caras: *Páguese a Charles Ossining. Mil dólares, The Old National & the Merchants Bank, Battle Creek, Michigan.* El júbilo se apoderó de él, y sintió que su corazón echaba a volar. Estaba a punto de ponerse a bailar por la habitación, con el cheque de Will Lightbody como pareja, cuando notó algo raro: no había firma en la parte inferior del cheque. Nada. Ni un rasgo.

Toda su alegría se desvaneció. Se le encogió el estómago. *¡Al muy idiota se le había olvidado firmarlo!* Y él, Charlie Ossining, era doblemente idiota por no haberlo comprobado. ¿Qué le habría costado decirle, con afectada indiferencia?: «¡Ah, Will, por cierto, me parece que se le ha olvidado firmar aquí! ¡Ja, ja, ja! No tiene importancia, da igual. ¿Otra copa?». Pero ahora... —pegó un puñetazo en la pared y observó que una vena se formaba en el yeso, con capilares incluidos—, ahora tendría que ir al sanatorio, con todos aquellos gilipollas engreídos y devoradores de salvado mirándole boquiabiertos, y plantearle el problema a Lightbody ante un bol de sopa de apio. Y ¿qué pasaría si se negaba a firmar? ¿Qué pasaría si ya no se acordaba de

nada, o había cambiado de idea, o se disculpaba diciendo que la otra noche estaba tan borracho que no sabía lo que se hacía? ¿Qué pasaría si estaba su mujer por allí? O el viejo Kellogg...

Daba lo mismo: no había tiempo que perder. Se enfundó los pantalones del traje de sarga azul, trató de quitarles los sempiternos hilillos que colgaban del tejido, se colocó un cuello más o menos potable y un par de puños que cogió de la maleta, se abrochó los botines amarillos y bajó corriendo la escalera, poniéndose el abrigo por el camino. Vio fugazmente a la señora Eyvindsdottir, a Bagwell y a algunos otros huéspedes sentados alrededor de la mesa, engullendo tristemente queso de cabra fundido con pan tostado y unas «exquisitas» ancas de rata almizclera, rana o lo que el intrépido enamorado de la señora Eyvindsdottir hubiera logrado cazar con sus trampas aquel fin de semana, y luego salió a la calle. Y echó a andar. Echó a andar otra vez. No funcionaba el tranvía interurbano porque era fiesta, y los coches de punto, si es que había alguno, debían de estar congregados en el Post Tavern, al otro extremo de la ciudad.

Tardó veinte minutos en llegar al sanatorio, y cuando entró en el iluminado e inmenso vestíbulo le silbaban los oídos y tenía los pies muertos por la caminata. Había poca actividad, al contrario que en su anterior visita, cuando se vio obligado a esperar siglos a la puerta del despacho del viejo, con George y Bender. Ante ellos había desfilado todo un ejército de enfermeras, médicos, mujeres vestidas como en las revistas, mujeres guapas, mujeres no tan guapas, fisioculturistas, vegetarianos que tomaban leche y huevos, y una multitud de millonarios sin afeitarse y en batín. (Bender dijo haber reconocido a media docena de ellos. «El hábito no hace al monje, Charlie, es la manera que tienen de comportarse, el porte, de arriba abajo, recuérdalo»). Pero era el día de Navidad, y el vestíbulo estaba muy tranquilo. Mejor así. A Charlie no le entusiasmaba la idea de encontrarse con el doctor o con alguno de los gorilas que les habían puesto de patitas en la calle en aquella aciaga visita.

Se concentró en el hombre que estaba tras el mostrador de recepción. Intentó parecer natural, ignorando las miradas inquisitivas de los botones vestidos de verde y de un immaculado ordenanza al que vigilaba por el rabillo del ojo, y avanzó muy decidido, igual que si estuviera en su casa, igual que si conociera aquel lugar como la palma de su mano; pero estuvo a punto de arrollar a una mujer flaquéisima que iba en silla de ruedas, con la pierna escayolada y estirada hacia adelante como un ariete. Disculpas profusas, elevación de sombrero, inclinación de cintura y felices fiestas tenga usted, señora, sin dejar de vigilar a diestra y siniestra por si aparecía Kellogg, listo para encogerse mientras le cogían del cuello y le daban una patada en el culo. Se enderezó, miró al botones que tenía más cerca y llegó al mostrador sin incidentes.

El hombre que estaba tras el mostrador tenía la cara puntiaguda y los brillantes ojos aduladores de un perro faldero. Permanecía de pie en su puesto como si estuviera clavado al suelo, con la espalda tan rígida como una tabla de planchar.

—¡Feliz Navidad! —le dijo con una sonrisa empalagosa, babosa, insípida—.

¡Bienvenido a la universidad de la salud! ¿En qué puedo servirle, señor?

Charlie preguntó por el señor Will Lightbody.

—Lightbody... Lightbody... —murmuró el empleado, mirando el registro—. Aquí está, habitación 517. ¿Quiere que le avise?

Charlie miró a su alrededor. Había un pintoresco anciano con bastón al pie de la escalera, y un par de señoras mayores que parecían estatuas en la sala de estar. No se veían ni ordenanzas, ni médicos, ni tampoco se adivinaba la presencia de Kellogg: la cosa parecía bastante fácil.

—Sí, claro, si no es molestia...

El conserje cogió el teléfono y pidió que le pusieran con la 517. Se quedó mirando a Charlie sonriente mientras la centralita pasaba la llamada. Luego preguntó por el señor Lightbody con una voz pomposa y almibarada que parecía salir de él como por una espita recién abierta. Hubo una pausa mientras le contestaban, y Charlie observó cómo cambiaba la cara del hombre: desapareció su artificial sonrisa, dejó caer el labio inferior y se le escapó un suspiro de sorpresa.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿De veras? ¿Desde cuándo?

Otra pausa. Charlie notaba los latidos de su propio corazón. Finalmente, colgó el teléfono y se volvió hacia él.

—Lo siento —dijo—. Acabo de hablar con la enfermera del señor Lightbody y me ha dicho que está indispuesto... bueno, que está muy enfermo, ésa es la verdad. Parece que ha empeorado repentinamente. ¿Es usted... pariente suyo?

—¿Yo? ¡Oh, no! ¡No, no! Tengo negocios con él... bueno, somos conocidos. ¿Le ha dicho la enfermera si la cosa va para largo? Quiero decir... ¿Cuándo podrá recibir visitas?

Los ojos del perro faldero se fijaron en él con una mirada enternecida y lacrimosa. El conserje tardó un instante en responderle, y lo hizo con un tono de voz muy ceremonioso.

—De momento, me temo que no podemos saberlo. Hasta que no tengamos un diagnóstico no podremos saber si... —Hizo una pausa—. Parece que su estado es crítico. Lo siento.

A Charlie le empezó un tic debajo del ojo izquierdo que se movía al compás de los acelerados latidos de su corazón. ¡Mil dólares, mil dólares, Per-Fo arruinada, el cheque un trozo de papel inservible! Pero ¿cómo podía ser? Lightbody no tenía tan mal aspecto. O quizá sí que tenía mal aspecto, tal vez incluso terrible, cetrino, derrengado, con un pie en la tumba, pero se comportaba con normalidad. Se lo comió todo con verdadera voracidad. Rió, bebió y gritó como un irlandés en un funeral. Charlie no sabía qué decir. Aquello estaba acabado, agotado, arruinado, había llegado el momento de volverse andando cansinamente a la pensión. Pero no podía moverse. Se quedó con las manos pegadas al mostrador, igual que si estuviera cubierto de brea. Sentía que el cheque le quemaba la camisa y la piel. Sus pies se negaban a moverse.

—Lo siento —repitió el conserje—. Lo siento mucho, señor. No hay que perder la

esperanza. Y piense que su amigo está en el mejor de los templos de la salud.

En aquel momento, una nueva voz se introdujo en la conciencia de Charlie, un gorgojeo sarcástico que canturreaba a su oído una broma infantil.

—¡Pero si es el señor Charles P. Ossining, el rey de los cereales!

Se volvió y vio a Eleanor Lightbody, resplandeciente con su vestido de terciopelo verde, con el pelo recogido por encima de dos pendientes escarlatas y una gargantilla de piedras preciosas ciñendo su blanca, blanquísima garganta. Le dedicaba una de aquellas exasperantes sonrisas tan suyas con los labios levemente fruncidos, que parecían ordenar al mundo entero que se arrodillara a besarle los pies. O el trasero.

—¿Qué es lo que le trae a nuestra pequeña ciudadela de la salud?

El cheque seguía en su bolsillo, su marido tenía un pie en el otro barrio y Per-Fo todavía estaba en mantillas. Pero Charlie tenía bastante sangre fría —le venía de nacimiento—, cierto encanto, buena planta y una simpática sonrisa. Respiró hondo.

—Bueno, bueno, bueno, Eleanor, ¿cómo está? —Le enseñó los dientes—. He venido a preguntar por un amigo... Tiene usted un aspecto maravilloso.

Había dado en el clavo al decírselo.

—Oh, ¿lo dice por esto? —murmuró, posando una mano sobre la parte delantera del vestido—. Sí, todo el mundo asegura que me siento muy bien el verde.

—Hace juego con sus ojos. —Charlie la miró a los ojos al decir esto, y luego apartó la vista como si se sintiera repentinamente interesado en una viuda que bajaba por la escalera, y por fin volvió a mirarla a los ojos. Su sonrisa se desvaneció de repente y se puso serio, muy serio, todo compasión y simpatía—. Creo que su marido ha empeorado de repente.

La sonrisa se esfumó de la cara de Eleanor, sustituida por una expresión preocupada alrededor de la nariz y el labio superior. (Charlie observó que tenía las aletas de la nariz ligeramente enrojecidas. ¿Habría estado llorando?). En aquel momento sintió lástima de Will —¡pobre imbécil!— y de sí mismo y del cheque inservible, y también de Eleanor. Se la imaginó viuda, rica como un pavo real en un nido de plumas, necesitada de apoyo, el apoyo de un hombre más joven, alguien que alegrase sus días, alguien a quien poder consentir, mimar y llevarse a la cama por la noche...

—Me temo que sí —dijo ella con un hilo de voz.

En torno a ellos había cierto movimiento. La viuda dobló una esquina y desapareció entre el follaje de las palmeras, una enfermera revoloteó por allí, el conserje de la recepción volvió sus acuosos ojos hacia un hombre de mediana edad vestido de tweed que se había materializado repentinamente junto al mostrador. Sonó el teléfono. Llegaron unos equipajes. Un empleado se metió en el ascensor con un carrito lleno de platos cubiertos. Incluso el día de Navidad, la tarea de sanar seguía su curso.

—¿Es... es serio? —preguntó Charlie.

—Todo es serio —repuso ella, con los brazos en jarras, taladrándole con la

mirada. El vestido se le levantó levemente y mostró unos brillantes zapatos de charol rojo—. El mundo es serio. La vida es seria. Oiga, es Navidad, mi marido está... —su mano cayó como la cuchilla de una guillotina—, indispuerto, y no es muy educado por mi parte tenerle a usted aquí, en el vestíbulo, como si fuera una especie de buhonero o vendedor puerta a puerta o algo así. Le ruego que me perdone. —Arqueó las cejas y le dirigió aquella mirada meditabunda que ya le era familiar—. ¿Ha comido, señor Ossining?

Se estaba preguntando si debía sacar a colación el tema del cheque, pero en aquel preciso momento decidió que no. Estaban charlando como si fueran viejos amigos. La reina había bajado de su pedestal y Charlie empezaba a elevarse a su altura, como el magnate en el que estaba destinado a convertirse. El cheque sólo habría ensuciado las cosas, les habría hecho volver a la situación anterior. Volvió a sonreírle.

—¿Por qué? No, no he comido todavía.

—¿Le importaría comer conmigo?

Charlie se sintió perdido. Se le congeló la sonrisa.

—¿Quiere decir... aquí?

—¡Claro! —Eleanor se rió, con una risa de conspiradora, cálida y amistosa, la risa que le hubiera gustado oír cuando se la encontró en las escalinatas del Post Tavern—. Comer racionalmente no le causará ningún mal, señor Ossining, tiene que probarlo. Pero le aviso, tenga cuidado, nunca se sabe adónde podría conducirlo.

El comedor era grandioso, empequeñecía cualquier cosa que pudiera ofrecerle el Post Tavern de Bender. Era una enorme sala con columnas que podría haber albergado muy bien unos baños romanos o un gimnasio de gladiadores, con osos, leones, toros y todo lo demás. Cada diez pasos había palmeras, los fulgurantes candelabros relucían, un mar de mesas elegantemente puestas llenaba el pulido suelo de mármol hasta llegar a unos grandes ventanales que daban a la pequeña ciudad más grande de los Estados Unidos. La sala era impresionante —por decirlo de una forma pomposa y cursi—, pero a excepción de alguna mesa aquí o allá, estaba prácticamente desierta; aparte de Eleanor y Charlie, no habría allí más de cincuenta personas.

—Son las vacaciones de Navidad —dijo Eleanor mientras una mujer muy enérgica y con una frente muy amplia les acompañaba a la mesa y les retiraba las sillas—. La mayor parte de los pacientes se han ido a sus casas. O están comiendo en sus habitaciones, en privado.

Charlie desplegó la servilleta y se la colocó en el regazo.

—¿Y ustedes?

—Me pone enferma viajar. Me temo que soy la típica neurasténica, por lo menos eso dice el doctor Linniman. Demasiado sensible y susceptible, demasiado involucrada en todo, demasiado preocupada por cualquier cosa que afecte a este triste y viejo mundo. El hecho más nimio me emociona: la lluvia contra el cristal de una

ventana, una mujer mayor cruzando una calle, mi propia cocina. Toda de régimen, por supuesto. —Se rió—. Y Will. Él quería irse a casa. A Peterskill. La ciudad más triste del mundo. Y mírele ahora.

Charlie hubiera querido profundizar en el tema —muy bien, pensó, hablemos de él, ¿qué le pasaba?—, pero una chica vestida de azul y blanco, con una cofia que parecía una servilleta doblada en la cabeza, se acercó a ellos.

—¿Cómo está, señora Lightbody? Buenas tardes, señor. Feliz Navidad a los dos. ¿Quieren que les traiga algo de beber? —preguntó, y le pasó una carta a cada uno.

—Agua, gracias Priscilla —dijo Eleanor, y Charlie observó cómo los pendientes chocaban con la curva de su mandíbula cuando inclinó la cabeza para estudiar la carta. Luchó contra el impulso de inclinarse a su vez y coger uno de los pendientes con la boca.

—¿Y usted, señor?

—Whisky con soda —murmuró, antes de darse cuenta de lo que había dicho. Eleanor se llevó la mano a los labios para reprimir una risita; sus ojos se apoderaron de él como aquella primera noche en el tren, se le clavaron como alfileres, le socavaron, le sopesaron con una mirada rápida y sagaz.

La camarera estaba escandalizada. Por un momento, se quedó sin habla. Luego, con un atisbo de sonrisa, y pronunciando cada palabra como si la leyera de un texto, le dedicó un breve discurso:

—Lo siento mucho, señor, lo siento de verdad; pero éste es un templo de la vida correcta y del pensamiento correcto, y aquí no se sirven esas bebidas tan dañinas. De hecho, creemos de todo corazón que semejantes venenos tendrían que estar proscritos en cualquier sociedad civilizada y que llegarán a estarlo.

Charlie levantó las manos en burlón gesto de rendición.

—De acuerdo, mea culpa, lo siento, perdóneme.

Eleanor se rió. La chica intentó sonreír, pero no pudo.

—Déjeme que le ayude —dijo Eleanor, que se inclinó sobre la mesa, apoyó una mano en la muñeca de Charlie y volvió suavemente el menú hacia ella—. Aquí —dijo—, al final: *bebidas*. El doctor le ofrece té de sorgo, Health Koko, nueces malteadas calientes, cumis, leche, por supuesto, y ponche de huevo especial de Navidad con copos de naranja y arándanos y aromatizado con canela. Yo que usted, tomaría el cumis.

La mano de Eleanor seguía en su muñeca. Podía oler su perfume. De repente se sintió un poco mareado, y recordó que no había comido nada desde la noche anterior, y que había sido un solo bocadillo de hamburguesa, perdido como una balsa agitada por las olas en medio de un tifón de alcohol. Le dolía la cabeza. Sentía leves náuseas.

—¿Cumis?

Eleanor retiró la mano y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla.

—Le encantará, créame.

La camarera se retiró y Charlie se dio cuenta de que estaba mirando los ojos de

Eleanor. Había leído en alguna parte que los ojos verdes eran sinónimo de naturaleza apasionada... ¿O eran los castaños? Tanto daba. Había estado viviendo como un eunuco en la pensión de la señora Eyvindsdottir, y la presencia de Eleanor le excitaba.

—Sí, bueno —dijo—, estoy seguro de que me aconsejará bien. Pero estábamos hablando de su marido, de Will. ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha sido?

Eleanor apretó los labios. Se puso a jugar con la cuchara de plata. Al cabo de un momento le preguntó:

—¿Le ha visto últimamente?

—No —mintió Charlie.

Ella soltó un suspiro.

—Estaba mejorando de una forma increíble. Todo el mundo lo decía. Hoy iba a empezar el régimen de uvas.

Charlie enarcó las cejas.

—Su primera comida sólida. El doctor Kellogg le tuvo al principio con una dieta voluminosa, para limpiar su sistema... No sonría con esa afectación, señor Ossining, y no se burle de una esfera del conocimiento que le es totalmente desconocida por más que se dedique usted a los cereales para el desayuno... Bueno, el caso es que después estuvo a dieta láctea, en un esfuerzo por revitalizar su flora intestinal y mejorar su sistema digestivo, y hoy tenía que pasar a las uvas.

En aquel momento, un espigado hombre de nariz ganchuda, vestido con las galas multicolores de un elfo o un bufón, entró tumultuosamente por las puertas que había en un extremo de la estancia tañendo una mandolina. Tocaba una melodía de Sousa<sup>[28]</sup>, *Bonnie Annie Laurie*, y, todos a una, los comensales se echaron a reír y se pusieron a dar palmas. Eleanor se volvió y también se echó a reír, con una risa pura y sencilla. Charlie sonrió. No podía controlarse, se sentía aturdido en presencia de Eleanor, comiendo solos, en la intimidad, casi como marido y mujer. Ella era tres o cuatro años mayor que él y, por añadidura, estaba casada. Pero tenía clase, mucha clase. Cuando la Per-Fo funcionase, cuando él fuera un magnate reconocido por todo el mundo, con coche propio, trajes de sastre y mesa de billar, aquélla era la clase de mujer que se imaginaba a su lado. Exactamente aquélla.

—¿Sí? —apuntó—. Y ¿qué es lo que ha pasado?

Ella frunció el ceño y cualquier rastro de alegría se borró de su rostro.

—Ayer, por la noche, Will tuvo una recaída. Sucedió una cosa terrible en los baños sinusoidales, creo que un accidente. Todavía no estoy al tanto de los detalles, pero Will se desquició. Mire —dijo inclinándose hacia adelante y bajando la voz para hacerle una confidencia—, mi marido tiene una naturaleza adictiva.

El bufón se paseaba por la sala, tocando villancicos y cantando con una voz afligida, nasal y plañidera que hizo brotar lágrimas de los ojos de la anciana sentada a la mesa de al lado. Algunos comensales se pusieron a dar palmas rítmicamente y a corear las canciones.



Eleanor seguía inclinada, muy cerca de él.

—Primero fue adicto a la carne, luego al alcohol, y por fin, aunque no quiero ni pensarlo, creo que al opio. Eso le arruinó. Ésta es su última oportunidad, estoy totalmente convencida, señor Ossining.

Levantó la vista buscando comprensión, compasión, ánimos.

Charlie le dio todo aquello y mucho más, poniendo su mejor expresión de *la comprendo, la entiendo, la compadezco en lo más profundo de mi corazón*, pero se sentía aliviado y regocijado. Así que era eso: Will Lightbody tenía resaca. ¡Resaca! Charlie también tenía resaca; no era para tanto, aparte del dolor de cabeza habitual y cierto malestar en el estómago. ¡Joder, aquella pandilla de masticadores de salvado no eran más que un hatajo de idiotas grandilocuentes! ¡Resaca! ¡Cualquiera hubiera dicho que le habían rajado la barriga, o que un par de estibadores le había propinado una paliza descomunal! ¡Que tenía cáncer de estómago, o que estaba paralítico! ¡Vaya cuento! Se le ocurrió volver por allí un par de días más tarde con el cheque y quizá con una botella de Old Overholt para alegrar un poco al pobre hombre, cuando llegó la camarera con un vaso de agua para Eleanor y el cumis —un brebaje espumoso de aspecto blanquecino— y los dejó sobre la mesa.

—¿Quieren pedir ya la comida? —preguntó.

—Sí, claro —murmuró Eleanor—. Si no le importa, señor Ossining, yo decidiré por los dos, puesto que estoy más familiarizada con dieta antitóxica.

Charlie soltó un pequeño gruñido y asintió con la cabeza. Claro, ¿por qué no? Siempre estaría a tiempo de tomarse algo en el Red Onion, de vuelta a casa.

Eleanor encargó la comida. El nombre de los platos brotaba de sus labios como si se los estuviera inventando, en una especie de enloquecida improvisación culinaria. Luego la camarera se marchó y Eleanor le preguntó por la Per-Fo.

—Siento curiosidad —dijo—. ¿Han empezado ya la producción? Bueno, supongo que será difícil, con tanta competencia...

Charlie le contestó con la perorata de siempre, poniendo mucho cuidado en no abusar de la terminología cuyo desconocimiento ella le había echado en cara antes. Le habló de un torrente de nuevos accionistas para la empresa —todo mentira— y de la decisión de sus socios de construir una fábrica de nueva planta para un producto totalmente nuevo en vez de contentarse con quedarse las instalaciones de una empresa en bancarrota.

—¿Y cómo se proponen evitar una suerte semejante? —preguntó, todavía irónica, todavía tomándole el pelo, pero no obstante con cierta sinceridad. Charlie advirtió que su relación había cambiado, que Eleanor no se mostraba tan altiva. Parecía contenta de estar con él, mientras el mandolinista seguía con sus gorgoritos tiroleses y sus sandeces y el ganso artificial se asaba en sus jugos no menos artificiales. La estancia se encogió hasta reducirse al tamaño de una sola mesa, sólo contaban ellos dos. Su inapreciable médico no estaba allí para consolarla, y su marido debía de estar inclinándose sobre algún orinal; así pues, se sentía contenta de tener compañía.

—Ofreceremos un producto superior —le respondió—, y lo anunciaremos. La publicidad es la clave. Es lo más moderno —gesticulaba exageradamente, animándose a medida que hablaba de aquel tema, regurgitando las lecciones de Bender—. Hay que crear la demanda, da igual que el producto sea bueno o no, morirá antes de nacer si el público no está preparado para recibirlo. ¿Sabía usted que C. W. Post se ha gastado el año pasado un millón de dólares sólo en publicidad? ¡Un millón de dólares!

Eleanor tenía las manos cogidas sobre la mesa, y la alianza se destacaba entre sus dedos entrelazados. Estaba muy tiesa, inmóvil, observándole como un naturalista observaría un ejemplar de una especie exótica en la selva, con una leve sonrisa de burla en los labios.

—¿Qué? —dijo Charlie—. ¿Qué pasa?

Hubo una pausa.

—No ha probado su cumis.

Era verdad. Se le había olvidado. Allí estaba, escarchando el vaso con una espuma de aspecto mucoso que le recordaba la corriente a orillas del río Hudson. Cogió el vaso y bebió un trago.

El sabor del cumis era horrible, y estuvo a punto de escupirlo. Fuera lo que fuese, estaba podrido, literalmente. Olía a perro mojado y sabía a mantequilla rancia, sidra enmohecida y polvo.

—¿Qué...? —se atragantó—. ¿Qué es esto?

A Eleanor le brillaban los ojos.

—Originalmente, leche de yegua fermentada. Pero nuestro chef usa la variedad vacuna.

Charlie la miró sin decir nada. No podía.

—Leche de vaca. Fermentada. Sirve para producir el cultivo de *Lactobacillus* que su castigado sistema necesita a fin de reparar los daños que usted le ha infligido. Si es que no es demasiado tarde. *Ostras* —dijo burlona—. Filetes. Champán francés. Usted lleva toda la vida envenenándose, señor Ossining, es como si le hubiera echado una gota de cianuro a su café todas las mañanas, por no mencionar el veneno que es el café en sí mismo. Siga —le apremió—. Acábeselo. No le va a matar.

Y así, a la salud de Eleanor Lightbody, a la salud de su marido, del cheque que llevaba en el bolsillo y del futuro de la Per-Fo, Charlie Ossining echó hacia atrás la cabeza y dejó que aquel líquido viscoso le llenase la garganta hasta casi ahogarle. Luego llegó la comida propiamente dicha: ganso de Protose relleno de hijiki y avellanas, con salsa de gluten de soja, ensalada de Nuttolene y manzanas, sorpresa de arándanos y buñuelos de ostras vegetales. Eleanor comió alegremente. Charlie tuvo que hacer un esfuerzo. Cuando ya estaba hasta las narices de aquello, fuera lo que fuese, cuando sintió que otro bocado más le sentaría como un puñetazo en el plexo solar, apareció la camarera con el postre. Protestó, pero Eleanor insistió. La camarera les sirvió dos raciones de pastel de cumis, con una generosa guarnición de helado,

también de cumis.

Cuando se estaban tomando el pastel de cumis, Eleanor le confesó lo desgraciada que era. Lo deprimida que estaba. Lo derrotada que se sentía. El doctor Linniman, el rubio individuo con el que la había visto por la calle, se había ido a Nueva York para asistir a una conferencia y no volvería hasta dentro de dos semanas. Y Will estaba hecho una ruina. La noche anterior se había perdido la fiesta de despedida de Frank (es decir, del doctor Linniman) para irse de juerga, como ya le había contado. ¿Quién podía ser feliz con un hombre así? ¿Con un hombre que prefería las bebidas baratas y las compañías vulgares a su propia esposa? ¿Con un hombre que no podía resistir la tentación de zamparse una hamburguesa, aunque supiera que podía matarle? Ella lo había intentado todo, y ahora se sentía desesperada.

Charlie murmuró las trivialidades habituales mientras Eleanor recitaba su patético discurso, chasqueó la lengua como si se imaginara lo vulgares que debían de ser aquellas compañías y mostró sincero pesar cuando le habló de las horribles consecuencias de comer carne. Se sentía incómodo. No sabía qué decir. Pero disfrutó del momento, disfrutó de cada temblor de sus labios y cada pestañeo de sus ojos.

Ella le explicó que nunca había creído en el divorcio —fueran bien o mal las cosas, hasta que la muerte los separara—, pero Will la estaba hundiendo. Y ella tenía que pensar en su salud. Era una mujer enferma, muy enferma. ¿Debía sacrificarse por él, arrojarse a la pira funeraria como una de aquellas fanáticas viudas de la India? ¿Formaba eso parte de los lazos matrimoniales?

No, Charlie negó con la cabeza. ¡Claro que no!

Ella se echó a reír repentinamente, con una risa quebrada y amarga, llena de compasión hacia sí misma y de una pena demasiado honda para traducirla en palabras. Era la tristeza de los ricos, de los mimados y malcriados. Charlie se inclinó hacia adelante, con una expresión convenientemente afligida.

—Pero no debería cansarle hablándole de estas cosas, señor Ossining, Charles. Estoy segura de que usted tiene sus propios problemas. Y, en realidad, apenas nos conocemos...

—Sí —dijo—. Bueno, no. No, no estoy de acuerdo, Eleanor. Somos amigos, ¿no? Todo el mundo necesita de vez en cuando un hombro en el que apoyarse. —Clichés, aquello era lo que pedía el momento, tópicos y convencionalismos—. Para eso están los amigos.

Estaba a punto de lanzarse a un discurso sobre el tema de la amistad y sus implicaciones más profundas (la deseaba, la necesitaba en todos los sentidos, deseaba que firmara el cheque y ansiaba sentir su piel contra la suya, sus pechos desnudos, su lengua, sus labios, su pelo), pero no tuvo la oportunidad. En aquel preciso instante, cuando intentaba quitarse el regusto de la peor comida de su vida y poner sus ideas en claro, notó una mano en el hombro. Mientras se volvía advirtió que el rostro de Eleanor se iluminaba de alegría, y acto seguido vio la barba algodonosa y los ojos enmarcados por gafas de Santa Claus en persona.

Bajo, barrigudo, con la expresión astuta del comerciante yanqui dibujada en las comisuras de los labios y el brillo del fanático en los ojos, aquel Santa Claus de la salud se quedó plantado junto a ellos, envuelto en terciopelo rojo y calzado con las altas botas holandesas, como el Santa Claus de la leyenda.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó el doctor Kellogg, que disfrutaba representando el papel de Santa Claus—, ¿habéis sido buenos este año? ¿Os habéis abstenido de comer cerdo, filetes, chuletas y venado? ¿Del alcohol, la cerveza, el tabaco y el café? ¡Jo, jo, jo! ¡Claro que sí, por supuesto que sí! —Buscó en el saco y sacó un par de piñas amarillas—. Una para usted, querida. —Y le entregó una a Eleanor, como si fuera la última y más exquisita joya del rey Salomón, y luego se volvió a Charlie—: Y ésta para usted, señor.

Charlie la cogió, sorprendido, y la sostuvo con ambas manos. Todas las personas que había en la sala les estaban mirando. Incluso el mandolinista había enmudecido.

—¡Jo, jo, jo! —insistió Kellogg. Estaba a punto de dar media vuelta, a punto de irse a otra mesa, cuando se detuvo—. ¿Le conozco de algo, señor?

Charlie trató de parecer otra persona, un vegetariano integral, un devorador de salvado, un visitante de Cleveland.

—No —tartamudeó—, creo que no.

—¡Yo creo que sí, creo que sí! —exclamó el doctor volviéndose con una exagerada inclinación de hombros y un bufonesco arrastrar de botas—. Santa Claus conoce a todo el mundo en el sanatorio, a todos sus huéspedes, grandes o pequeños... —Todo el mundo estalló en carcajadas. Se inclinó hacia adelante y le guiñó un ojo—. ¡Ayúdeme, ayúdeme! ¿El señor Hodgkins, de Dayton? ¿No? Bueno, señor, dígame una cosa... Usted no es uno de mis pacientes, ¿verdad?

—No, yo...

—¿Un visitante?

—Bueno, yo...

—¡Jo, jo, jo! ¡Lo sabía, lo sabía!

Fue Eleanor quien, sin querer, acudió en su ayuda. Se reía con ganas, de todo corazón, sin el menor disimulo, se reía como una niña con coletas en primera fila de un espectáculo de marionetas.

—Doctor... —dijo tratando de recobrar el resuello, entre risitas e hipos—, doctor, déjeme que le presente... —se echó a reír otra vez—, que le presente a mi amigo de Nueva York, Charles...

—Tarrytown —dijo Charlie abruptamente, intentando distraer la atención de su apellido por miedo a que se hiciera la luz en el cerebro del hombrecillo y montase una escena desagradable.

—... Ossining —dijo Eleanor.

Pero Kellogg no les escuchaba. Estaba completamente inmerso en las estrafalarias posibilidades de su papel.

—¡Sí, sí, el señor Tarrytown-Ossining! —exclamó, actuando para su público, y

todos se rieron, alegres, pletóricos de alimentación vegetariana, libres de vicios e irradiando salud, todos desde las grandes damas a las camareras y los lavaplatos, que se habían agrupado, como si estuvieran en trance, a la puerta de la cocina—. Es un placer, señor, un placer —ululó el doctor, y al cabo de un instante ya estaba dando saltos por la estancia en medio de un rugido de admiración. Charlie seguía con la piña entre las manos, como un anarquista con una bomba que no hubiera estallado.

---

## 5. LA RESECCIÓN INTESTINAL DE KELLOGG

Will ya había tenido resaca otras veces. En realidad, como consecuencia de la lenta muerte espiritual de su posición directiva en la fábrica de su padre, combinada con el hundimiento de Eleanor en la ciénaga del vegetarianismo, la neurastenia, la frigidez y la fe en el curanderismo, había llevado una vida de crápula durante la mayor parte de los cinco últimos años. Pero nunca había tenido una resaca como aquélla. Era diferente, un flagelo que le torturaba de punta a punta de su aparato digestivo, como si hubiera bebido ácido clorhídrico en lugar de whisky, o hubiera comido trozos de hierro en vez de carne, pan y encurtidos. Estuvo vomitando dos días una agria masa sanguinolenta. Y por el otro extremo evacuaba una cascada de gachas acuosas, también teñidas de sangre. Le hormigueaban las yemas de los dedos, sus pies eran bloques de hielo, tenía la lengua pastosa. Estaba echado en la torturante cama fisiológica, rezando por recobrar el equilibrio, y cada vez que contenía la respiración para olvidar el dolor durante diez segundos, le parecía que se había tragado una larga serpiente de alambre fundido.

No recordaba cómo había vuelto al sanatorio, ni cómo encontró su cama y atravesó el muro de la conciencia para entrar en el mundo del olvido. Sólo sabía que ya era el día siguiente, la mañana de Navidad, y el viejo y reincidente dolor había renacido como un demonio vengador; sólo sabía que iba del retrete al lavabo. Aquel primer día tuvo únicamente dos visitantes: la enfermera Bloethal y Eleanor. Con un vistazo, la enfermera Bloethal se hizo cargo de su estado y se olvidó piadosamente de la glicerina caliente y el cultivo de suero, y canceló su cita para los ejercicios de gimnasia sueca, los de la risa y el baño sinusoidal. Si sabía algo de Homer Praetz y de los acontecimientos del día anterior, no lo demostró. Will vomitó, se estremeció y tembló. No dijo nada de que había salido del sanatorio, de Charlie Ossining, de los huevos duros o del Red Onion, aunque la enfermera podía contar las tomas de leche que se había saltado y hacerse una idea aproximada.

Eleanor apareció a las nueve, furiosa y con las orejas y las aletas de la nariz enrojecidas. ¿Dónde había estado? Le buscó por todas partes, hasta que se cansó y se fue sola a la fiesta de Frank, o, mejor dicho, acompañada por la señora Rumstedt, para guardar las apariencias. Pero a Will no parecían preocuparle mucho las apariencias. ¡Nada más y nada menos que su marido! ¡Y precisamente el día de Navidad! ¿Bueno? ¿Dónde había estado?

—Estoy enfermo —gruñó. Fuera, el día era oscuro como la boca de un lobo, las nubes habían bajado del cielo y daba la sensación de que no había segundos términos, ni árboles, ni casas, ni vida.

Eleanor se paseó por la habitación y lanzó su bolso sobre la mesa. Iba vestida de verde y rojo, festiva como las navidades.

—Yo también estoy enferma —exclamó, mientras el bolso alcanzaba su blanco con el áspero y molesto sonido de un martillo o una maza—. Enferma por esta actitud tuya. ¿Dónde estabas? ¡Contéstame!

¿Dónde estaba? ¿Adónde había ido? Mientras ella se lo preguntaba, mientras exigía una respuesta, una vívida e inconexa sucesión de imágenes desfiló por su cerebro, tambaleándose atropelladamente, desde las rígidas plantas blancas de los pies de Homer Praetz al brillo ambarino del whisky de su vaso y el gesto de los labios de Charlie Ossining sorbiendo una ostra. Homer Praetz, pensó, Homer Praetz. Estaba seguro de que por eso empezó todo. ¿O había sido porque Irene les había vuelto la espalda a él y a su gratitud?

—Homer Praetz —murmuró, encogiéndose de hombros y volviendo la cabeza en la almohada—. Está... está muerto.

Eleanor estaba mirándole, con los brazos en jarras. Tenía una arruga entre los ojos, un pliegue vertical que se le formaba allí cuando estaba enfadada.

—Has bebido —le acusó—. Es eso, ¿no? Después de todo lo que he hecho por ti, después de todo lo que han hecho Frank y el doctor Kellogg, esas abnegadas enfermeras y dietistas, y no sé cuántos más, todos los que te han ayudado, a ti solo... tú, ¿qué haces? Te vas a *beber* —escupió la palabra, llena de disgusto—, a empapuzarte de whisky, cerveza y ginebra como un degenerado de la calle, vuelves a tus viejas costumbres como si fuera una broma. Pero ¿en qué estabas pensando? ¿En qué? «Echaré un traguito para celebrar las navidades». ¿Eh? ¿Era eso? ¿Un poco de alegría navideña? —No le dio tiempo a negarlo, a suplicar, a protestar, ni tan siquiera le dejó abrir la boca—. ¡Contéstame, Will Lightbody! ¡Y no te atrevas a mentirme, no te atrevas!

Will confesó. Era un estúpido por reconocerlo, pero no pudo evitarlo.

Eleanor no podía estarse quieta. Rabiosa, bramó, protestó, le sermoneó y le reprendió. Estalló en lágrimas y al cabo de un momento, en un frenético arrebato de odio y frustración, golpeó sus trémulos y frágiles huesos, ocultos bajo las mantas, con los abultados nudillos de sus fisiológicos puños. Era el día de Navidad, Will estaba postrado en su lecho de dolor, y caía sobre él una lluvia de puñetazos envueltos en terciopelo verde.

—¡Estoy harta de ti, Will Lightbody! ¡Me rindo, de verdad! ¡Me lavo las manos!

Dio media vuelta y cogió el bolso, pero cuando estaba a punto de cruzar la puerta Will se levantó sobre los codos y la llamó suplicante.

—Homer Praetz —repitió—. Fue Homer Praetz, Ayer. En el baño sinusoidal... lo siento, lo siento. —Se derrumbó, y los roncossolozos que salían de su pecho se le ahogaban en la densa y amarga flema de su bilis. Se sintió como si midiera más de trescientos metros de estatura y estuviera tan vacío como una cañería de desagüe. Y lloró por él, por Eleanor, por la enfermera Graves y por toda la raza humana, ilusa y

condenada a la destrucción—. Está muerto, te lo aseguro, está muerto.

Eleanor se había detenido en la puerta y se quedó allí, inmóvil y llena de vida, como un ciervo sorprendido en medio de la carretera. Apretaba el rojo bolso navideño contra su vestido verde y, como un ciervo, parecía dispuesta a huir.

—¿Muerto?

Will se sentó en la cama y un mechón de pelo le cayó sobre la cara. Cerró los ojos, se echó el pelo hacia atrás con un gesto mecánico y asintió.

—Pero Will, querido... —Su voz era más suave ahora—. Me da mucha pena saberlo. Era aquel magnate de la maquinaria, de Cleveland, ¿no? —continuó, sin esperar la confirmación—. Pero, de verdad, no tienes que tomarte estas cosas tan a pecho... sí, ya sé que eres de una naturaleza hipersensible, como yo, de hecho, eso fue lo que más me atrajo de ti al principio, y me encanta que seas compasivo y solidario y todas esas cosas, pero tienes que darte cuenta, Will, de que cuando uno llega tarde a la vida biológica, como el señor Praetz, no hay ninguna garantía de que seis meses o un año de vida correcta puedan cambiar los efectos de todos esos años de excesos y dieta suicida...

Aquello no era lo que Will quería oír. Si Praetz había muerto, ¿qué esperanza le quedaba? Y, además, no necesitaba sermones, necesitaba compasión, y aquella complaciente y terca santurronería vegetariana le ponía furioso.

—No creas que cerró los ojos y se murió mientras dormía —exclamó Will de forma sonora, cortándola en medio de su arenga—. Le mataron, le asesinaron, tu doctor Kellogg y su método Battle Creek. Es como si ese pequeño chivo embaucador hubiera apretado el interruptor personalmente.

La arruga había vuelto a la frente de Eleanor. ¿Cómo se atrevía? ¡Había atacado al propio templo! Clavó los ojos en él y cuadró los hombros, impaciente.

—¿Cómo te atreves a llamarle...? ¿De qué demonios estás hablando?

—De electrocutar a alguien, eso de que se le aflojan a uno los intestinos y se le fríe la carne. De la muerte, estoy hablando de la muerte. —Apartó la mirada, disgustado, y se acarició las doloridas sienes—. Me podría haber pasado a mí.

Eleanor no se había movido. Seguía en la puerta, exasperada y furiosa otra vez.

—Todavía estás borracho, ¿verdad? —le acusó.

La miró, sintiéndose muy desgraciado. Notó que se le tensaba la mandíbula, y se preguntó cómo había podido enamorarse de aquella mujer exigente, fría e intransigente, hasta el punto de cortejarla y casarse con ella. ¿Acaso no podía intentar comprenderle, aunque sólo fuera una vez?

—No estoy borracho —dijo—. Aunque ojalá lo estuviese. ¿No lo comprendes, Eleanor? Ese hombre murió electrocutado en el maldito baño sinusoidal. Electrocutado, frito, como si fuera un convicto, uno de esos maníacos de Sing Sing. Alfred también hubiera muerto, pero pude desconectarlo... gracias a Dios.

Sin embargo, ella no parecía dispuesta a creerle.

—No sabes lo que te dices —insistió, y la arruga se le marcó más y más, hasta



que Will tuvo la sensación de que la cara se le iba a partir en dos—. Estoy segura de que el doctor Kellogg no permitiría nunca...

—Murió, Eleanor. Yo lo vi todo. Con mis propios ojos.

Ella no sabía qué decir. Will se dio cuenta de que la había desconcertado. Siguió allí unos instantes, mientras las nubes se pegaban a la ventana y la Navidad desplegaba una lóbrega y nada redentora mano sobre el sanatorio y todas sus instalaciones y sus elegantes alrededores, hasta que, finalmente, le espetó:

—Sí, de acuerdo, a lo mejor está muerto, pero eso no es excusa para que bebas hasta casi entrar en coma.

Sus tacones resonaron con fuerza en el suelo, abrió la puerta y salió.

Al día siguiente le tocó el turno al doctor Kellogg.

Era un poco después de las cuatro de la tarde cuando el doctor se presentó sin anunciarse, al acabar sus consultas. Estaba animado y nervioso, y llevaba puesta la máscara de patriarca ofendido. Su jadeante secretario le seguía por la habitación con las manos unidas ante sí, cabizbajo, como un sacerdote que asistiera a una ejecución.

—Veamos, señor Lightbody —exclamó el doctor, que acercó la mano a la boca de Will para mirarle la lengua, le golpeó el pecho como si fuera un barril medio vacío de vino de Sauternes y le cogió la muñeca para tomarle el pulso—, supongo que ahora me contará qué es lo que ha pasado.

Will no dijo nada. Tenía la mente muy clara y estaba muy agitado. Aceite de serpiente. Vudú. También podría haber acudido a la cabaña de paja de un hechicero. Todo aquello, desde las sillas vibradoras al masaje de gachas saladas, pasando por el baño sinusoidal, era, pura y simplemente, curanderismo. Y aquel pequeño charlatán era la causa y el origen de todo lo que ocurría. Will estaba agitado, sí, pero también asustado, aterrorizado. Tenía muy mal aspecto, y lo sabía. No había uvas en su futuro, eso era evidente, y aunque tampoco tenía muchas ganas de comer, aunque se sentía peor que en toda su vida, había vuelto al hijiki y a las semillas de zaragatona, había vuelto al punto de partida. Miró aquellos ojos azules acerados y tuvo una premonición que le produjo escalofríos: iba a morir en aquella cama, en el sanatorio, iba a morir bajo las manos de aquel curandero, le iba a mandar a la tumba para siempre, con los demás fracasos, con Homer Praetz y con la mujer tuberculosa y con la indefensa ave agradecida.

—Ayúdeme —dijo con voz ronca.

—¡Vaya! —bufó el doctor—. Ayudarle, ¿eh? —Se había apartado de la cama y paseaba a grandes zancadas. Se acarició la barba, contorsionando hombros y brazos y sacudiendo los dedos como si acabara de salir de la ducha. Se quitó las gafas sin dejar de pasear, echó vaho en los cristales, sacó un pañuelo immaculado para limpiarlas, luego dio media vuelta y volvió a recorrer la habitación—. Yo no puedo ayudarle si usted no quiere ayudarse. —Se detuvo, se puso otra vez los anteojos, que enmarcaron

sus ojos con la frígida montura blanca—. Me han dicho que ha desobedecido flagrantemente las órdenes de sus médicos, las mías y las del doctor Linniman.

Will apartó la mirada. Sentía los latidos del corazón en la garganta, en las sienes, en las yemas de los dedos.

—No aparte la mirada, señor Lightbody. Usted ha contravenido mis órdenes, ha puesto en peligro su vida, se ha lanzado a temerarios excesos. Tengo entendido que ha comido carne. Ha bebido alcohol. Ha tomado encurtidos, especias, ketchup. Y café, supongo. Señor Lightbody, me sorprende que no se haya oxidado los intestinos con Coca-Cola, para acabarlo de arreglar. ¿Y bien? Contésteme, por favor. ¿Tiene algo que alegar en su favor?

Will se había vuelto hacia él, obediente. Aquellos ojos tan serios le clavaron a la almohada. Aquel hombre era implacable y cruel, tan persistente e inhumano como la propia Furia. Will se decidió a mentir.

—No —dijo dándole un poco de dimensión a su voz—, no es verdad.

El doctor Kellogg se detuvo en seco, se quedó helado, con los músculos rígidos; su expresión era aniquiladora.

—¡No me mienta, señor Lightbody! —gruñó—. No me engañará. ¿Cree que soy tonto? ¿Me toma por idiota? Aunque yo no tuviera un espía en el Red Onion, sí, en el Red Onion, tendría que estar ciego para no ver el estropicio que ha hecho usted consigo. ¡Carne! —gritó de repente—. ¡Animales muertos! ¡Carne roja y sangre!

Temblaba, y el estoque de su perilla se clavaba en el aire como si se enfrentara a unos invisibles adversarios.

Pero en aquel momento Will sintió que una furia similar emergía de su interior. ¿Quién era aquel pequeño tirano para sermonearle como si todavía llevara pantalones cortos? ¿El inventor del baño sinusoidal? ¿El asesino de Homer Praetz?

—¿Y qué? —dijo Will.

—¿Y qué? —rugió el doctor—. Dab, Dab, ¿ha oído eso? Este hombre yace ahí destrozado, en el que podría ser su lecho de muerte, autoenvenenado, arruinado, absolutamente arruinado por sus propios vicios, y se rebela contra mí. «¿Y qué?», dice. Muy bien. Bueno, señor Lightbody —añadió, volviéndose otra vez hacia Will—, ¿por qué no me autoriza a que le ponga una buena dosis de cloral o de estricnina y acabamos con esto de una vez? ¿Eh? ¿Eh?

El secretario estaba al rojo vivo, ruborizado, hinchado, echando humo. Tenía el mismo aspecto que si le hubieran metido en una tina de agua hirviendo en el matadero. Y el médico —aquel pálido y descolorido champiñoncillo— estaba casi tan rojo como su ayudante. Inflado de rabia y santa indignación. A punto de estallar. Will los observó a ambos, dos fanáticos recalcitrantes refunfuñando sobre la esencia de su dogma. Aquello le irritó. Aunque se sentía enfermo, débil y culpable, aunque la alusión al lecho de muerte le había helado hasta la médula, decidió pasar al ataque.

—Sí, de acuerdo, pero si yo estoy en mi lecho de muerte, ¿por qué no hablamos de cómo está Homer Praetz? Vamos, explíquemelo, explíqueme de qué le ha servido

su valioso tratamiento.

Como una burbuja que se hinchara e hinchara hasta reventar, así estaba el doctor Kellogg. Era ciego, sordo, era un dios en una nube: el nombre de Homer Praetz no se había pronunciado. Tal impudicia no merecía respuesta.

—¡Enfermera Bloethal! —rugió y la puerta se abrió. Will vislumbró a una cenicienta Irene Graves mirándole con ansiedad mientras la enfermera Bloethal cruzaba el umbral de la puerta en todo su contundente esplendor—. Lleve a este, a este —el doctor bajó la voz a un susurro— *devorador de carne* al departamento de colon, y póngale en la máquina del enema hasta nueva orden. ¿Me ha entendido?

La enfermera Bloethal dio un respingo.

—Sí, doctor —ladró. Por un instante, Will pensó que iba a hacerle un saludo militar.

—Sí —dijo el doctor pensativo, hablando para sí, aunque miraba a Will a los ojos—, merece una buena purga.

A última hora de la tarde —debían de ser las ocho, las ventanas estaban negras, el silencio se había apoderado de los despoblados pasillos del sanatorio, y ya se habían retirado las cuñas y se habían lavado las peras para los enemas—, Will tuvo otra visita. Después de una violenta irrigación a manos de la enfermera Bloethal, que había chasqueado la lengua sin parar de regañarle en todo el rato, había ingerido su cena (o lo que fuera) solo en su habitación. Cuando escuchó la llamada en la puerta, estaba echado y afligido, mirando al techo, con aquel familiar sabor a marea baja de las algas en el paladar, las semillas hinchándose en su barriga y los intestinos lavados y tan limpios como un arroyo de la alta montaña. La lamparita que había junto a la cama estaba encendida y proyectaba una luz amarillenta y enfermiza en los huecos de sus mejillas y en el caballete de su nariz. En la mesilla de noche había una jarra de agua y un vaso. En el suelo, al lado de la cama, había un número del *Atlantic Monthly*, con la cubierta lisa y de color marrón, así como un ejemplar, con el lomo hacia arriba, de *Camping and Tramping with Roosevelt*<sup>[29]</sup> y el número de Navidad de *Harper's*.

—Entre —dijo débilmente.

La puerta se abrió y una cara sin cuerpo apareció en el umbral. Un guiño. Una mueca. Y luego, Charlie Ossining estaba en la habitación, y la puerta se cerró suavemente a sus espaldas.

—Hola, Will —susurró, acercándose de puntillas a la silla que había en el rincón. La levantó agarrándola por sus fisiológicos listones y la acercó a la cama—. Tiene un aspecto... —Bajó la voz, mientras se acomodaba en la silla y sacaba una bolsa de papel del bolsillo de su abrigo—. Iba a decirle que tiene un aspecto fantástico, pero mentiría si lo hiciera. Tiene un aspecto horroroso, amigo, realmente horroroso.

Will casi no levantó la vista, pero se alegraba de verle. Los dos últimos días

habían sido infernales, había padecido incesantes dolores de cabeza y abdominales, interrumpidos sólo por las visitas de una fría Eleanor, un sádico Kellogg y una tosca pero eficaz enfermera Bloethal. Irene, aunque ya no estaba «indispuesta», le evitaba: la había visto sólo esporádicamente durante las interminables horas de su recaída. En resumen, estaba dolorido y aburrido. Exasperadamente aburrido.

Charlie Ossining le miró con aire de complicidad.

—Resaca, ¿eh? —dijo—. Fue una noche memorable, ¿eh? ¡Diantre, me sentía como si me hubiera atropellado un tren y me hubiera arrastrado un buen trecho!

Dejó escapar una carcajada.

La habitación quedó en completo silencio. Charlie le estaba observando. A Will se le había planteado una duda: ¿tenía resaca? Era una pregunta ingenua y esperanzadora, y podía ver la preocupación en la cara de su amigo. Una resaca era algo que tenía explicación, algo cotidiano y normal, un mal del que el paciente podía esperar recuperarse. ¿Cómo contarle la verdad? ¿Cómo explicarle que estaba perdido, condenado y sentenciado a morir por culpa de un intestino perverso y de una naturaleza hipersensitiva?

Pero Charlie no esperó la respuesta. Sus ojos recorrieron la habitación, para posarse finalmente en el ejemplar de la obra de Burroughs.

—Veo que ha estado leyendo acerca del presidente y sus osos —dijo—. Es magnífico, ¿verdad?

—Magnífico, sí —corroboró Will.

Charlie se encogió de hombros.

—No sé —dijo blandiendo la bolsa de papel marrón—, para mi gusto, esos libros acerca de personajes fuertes e individualistas, como los de Jack London, son un poco cargantes. Me gustan las historias urbanas, de hombres y mujeres de la buena sociedad, esa clase de cosas. También las novelas picantes. ¿Cómo se llama ese...? Dreiser. ¿Lo ha leído? Ese libro acerca de una chica provinciana pero que no tiene escrúpulos. Real como la vida misma. ¡Mujeres! —Alzó las cejas para poner más énfasis, y luego, como aquel que no quiere la cosa, sacó una botella de whisky de la bolsa, rompió el sello con un movimiento de muñeca y le quitó el tapón de corcho—. ¿Sabe? ¡Vi a Olga Nethersole en *Safo* hace unos años, antes de que la prohibieran! ¡Eso sí que era picante, diantre! ¡De verdad! ¡No vea, amigo!

Los ojos de Will se quedaron fijos en la botella: oro líquido, sueño y olvido, quitapenas. Se sentó en la cama.

Charlie cogió el vaso que había en la mesilla de noche.

—¿Me acompaña? —dijo—. Sólo un traguito, para matar el dolor. —Ya se lo estaba sirviendo. Will observó cómo el dorado líquido iba llenando el vaso: dos dedos, tres, cuatro—. No sé qué le duele —le miró de una forma muy significativa—, pero me juego lo que sea a que esto le ayudará a superarlo.

Le pasó el vaso a Will, chocó la botella contra él a modo de brindis y bebió a morro.

Frágil y palpitante, su estómago empezó a saltar como un ascensor desbocado. El sudor comenzó a brotar de su frente. Will agarró con fuerza el vaso, como si temiera que se le fuera a escurrir entre los dedos. Vio cómo la nuez de su amigo subía y bajaba, a la vez que el nivel de la botella descendía unos dos centímetros. Lo único que quería hacer en aquel momento era beber. Ya no le dolía nada, ya no tenía miedo. ¡Abajo la tiranía de los elegidos! Sólo contaba el vaso que tenía en la mano y la cálida textura de miel que reflejaba la luz de la lamparita de noche. Acercó el vaso a la luz. Ora era tan pálido como el aire, ora tan denso como el humo. Lo acercó a su nariz y olió todos los aromas de las flores del campo, del roble ahumado, de la malta, de las propias y excitantes emanaciones del licor. Por el rabillo del ojo vio que Charlie le observaba. No necesitaba que le apremiaran. Como si estuviera en trance, se llevó el vaso a los labios y lo vació de tres tragos.

—Era lo que necesitaba, ¿verdad? —susurró Charlie intentando acomodarse en la fisiológica silla del doctor—. ¡Joder! —exclamó, girando el cuello y mirando por encima del hombro para examinar la estructura de la silla—. ¿De dónde han sacado esto? ¿De una cámara de los horrores de la Inquisición española?

De repente, Will se echó a reír. Y, para colmo, Charlie montó un numerito al levantarse de la silla, como si se estuviera quemando, pasar una pierna por encima del respaldo y sentarse al revés, lo que no hizo sino intensificar las carcajadas de Will, hasta que se le saltaron las lágrimas y le dolió el pecho.

—Es la idea que tiene Kellogg —dijo ahogándose—, el Gran Sanador, de la comodidad.

Charlie se reía con él, era una risa que le salía de la barriga y terminaba en una serie de gritos y tartamudeos. Se inclinó hacia adelante para rellenar el vaso de Will.

—¡Por Kellogg y su silla para comedores de hierba! —propuso, sosteniendo la botella en alto. Bebieron otra vez, y se rieron con tantas ganas que el licor estuvo a punto de derramarse. Al cabo de un rato, Charlie se puso serio.

—Creo que este sitio le está matando, Will. No me importa lo que diga Eleanor, y no es mi intención faltarle al respeto. No es normal comer todo el día nueces, brotes y esas porquerías. Un hombre necesita carne, tabaco, alcohol... Si son cosas tan dañinas, ¿cómo es que seguimos con vida? ¡Demonios, nuestro amigo Adán se habría derrumbado antes de que nacióéramos todos nosotros!

Will había alcanzado un estado de equilibrio. En algún lugar de su cerebro se había encendido una luz de alarma, pero la ignoró. Tras dos días de miseria y humillación, había conseguido un poco de tranquilidad gracias a Charlie y a la ambrosía que le había llegado en forma de botella.

—Charlie —dijo con voz espesa—, debería ser mi médico, ¡maldita sea!, en serio. Tiene mucho más sentido común que nuestro pequeño Napoleón y todos sus médicos, enfermeras y dietistas juntos. «*Todo con moderación*», ¿de acuerdo? *Todo*. —Hizo un gesto vago—. Póngame otro trago de eso, ¿quiere?

Charlie se lo sirvió. Will se lo bebió. La habitación, que media hora antes parecía

un mausoleo, estaba llena de color y textura. Había esperanza en la pintura de las paredes, promesas en las vetas de la madera, espíritu y energía en la forma en que las lámparas lanzaban sus sombras contra la cómoda. No había mejor amigo ni mejor persona que Charlie Ossining.

—¿Will?

Charlie se estaba dirigiendo a él.

—¿Will? —repitió. Will despertó de su ensoñación. Charlie estaba echado hacia adelante, tan cerca que sus frentes casi se tocaban, y cogió suavemente a Will de la nuca, abrazándole como en un partido de rugby. Will podía oler la respiración del otro hombre, cálida, intoxicante. Tenía la cara velada—. ¿Se acuerda de la otra noche? ¿El día de Nochebuena?

—Claro que sí —dijo Will—, claro. El Red Onion. Hamburguesas. El antro al que fuimos de madrugada. Para mí, lo mejor del mundo.

Charlie estaba allí todavía, abrazado a él, todo lo cerca que se podía estar. Era extraño. Pero no pasaba nada. Había una especie de aura en todo ello, una intensidad, una especie de fervor masculino que ninguna mujer podía entender. Will pensó en campos de hierba, en tacos, la pelota de lona y la superficie sólida y lisa del bate de fresno.

—Eso es —dijo Charlie, y ahora hacía de entrenador—, ¿se acuerda de esto? —Se apartó de Will y se sentó. Parecía que sostuviera un trozo de papel en la mano, ¿un billete de banco? No, un cheque. Un cheque de aspecto muy familiar...

—¿Es mío?

—¡Ajá! —Charlie le dedicó una mirada solemne—. La otra noche, gracias a su generoso corazón, y a la gran visión que tiene para los negocios, se convirtió en uno de los privilegiados accionistas de la Per-Fo.

—Sí —corroboró Will—. Claro, claro. —Estaba aturdido. Aquel whisky era mágico, caliente en el estómago y frío en el cerebro. ¿Por qué Kellogg no servía un poco en sus mesas?

—Se le olvidó firmarlo.

—¿Qué? —Will cogió el cheque y lo examinó bajo la lámpara. Estaba claro, se le había olvidado estampar su firma. De pronto se sintió avergonzado. ¿Qué pensaría Charlie de él? Soltó una carcajada y su voz volvió a hacerse hueca—. No crea que chocheo, Charlie, perdóneme. Es culpa de este maldito lugar. —Movié una mano que quería abarcarlo todo, desde la pera para los enemas, que descansaba en su estante en un rincón, a la silla de ruedas, pasando por los cuatro pisos que había debajo y el que tenían encima—. También estaba un poco borracho, claro —añadió con una risita de conspirador—. ¿Se acuerda?

La risa de Charlie fue clara y rotunda. Se golpeó la rodilla, luego se inclinó hacia adelante y llenó el vaso. Will buscó en el cajón de la mesita de noche, cogió la Waterman y estampó su firma en el cheque.

Charlie le dio las gracias y Will le dijo que no tenía importancia. Se quedaron

sentados, en el resplandor crepuscular del momento, los dos satisfechos. Los problemas habían quedado atrás. Al cabo de un rato, Will se aventuró a preguntar cuánto había invertido, y reconoció con una carcajada que no se había molestado en mirar la cantidad.

—¡Ah! —dijo Charlie, contestando a la carcajada de Will con otra aún más sonora—, quizá para usted no sea mucho, pero para nosotros, la gente de Per-Fo, que estamos empezando, es una cantidad verdaderamente generosa. Quiero darle mis más sinceras gracias, y también las de mis socios. —Hizo una pausa y se encogió de hombros. Bajó la voz—. Un millar.

Mil dólares. Una sombra de duda asomó en lo más íntimo del estómago de Will, pero se llevó el vaso a los labios y volvió a tranquilizarse.

—Me alegro mucho —dijo, pero se le pegaron los labios y no se le entendió muy bien. Charlie no pareció darse cuenta. Miraba a Will rebosante de alegría, balanceándose sobre las patas de la silla, en sus ojos había una mirada de pura gratitud y de auténtica satisfacción.

—Bueno —dijo Charlie levantándose de la silla—, se está haciendo tarde y tengo que irme, de verdad. Me gustaría que pudiera reunirse conmigo en el Red Onion. Quédese con la botella y eche un trago de vez en cuando para quitarse el sabor de los brotes de soja, ¿de acuerdo? —Estaba en medio de la habitación, justo en el lugar donde había estado Eleanor, con la sonrisa impertérrita—. ¿De acuerdo? —repitió.

Y todo habría ido a las mil maravillas —todo habría salido bien, desde el calor en el estómago de Will a la laxitud de sus miembros y la buena sintonía que existía entre ambos— si el doctor Kellogg, la pequeña dinamo blanca, no hubiese escogido aquel momento para cruzar intempestivamente la puerta, como un tumultuoso y arremolinante fenómeno meteorológico, con palabras de admonición, de elogio, de esperanza y de mando en los labios.

—... Régimen estricto —estaba diciendo, con el secretario pegado a sus talones—, descanso y limpiezas regulares, cada hora, siguiendo las instrucciones al pie de la letra... —Pero se detuvo en seco. Por segunda vez desde que Will le conocía, el santón de la salud se quedó sin saber qué decir—. ¿Qué? —dijo mirando de Will a Charlie, y a la inversa—. ¿Quién...?

—Buenas noches, Will —dijo Charlie rápidamente—. Espero que se mejore —e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Usted! —gritó repentinamente el doctor, cerrando la puerta tras de sí y apoyándose contra ella para cerrarle el paso a Charlie—. Le conozco, señor, le he reconocido. ¡Es usted el peor de los rufianes!

—Un momento... —empezó a decir Will, pero el doctor le cortó.

—¡Usted a callar! —exclamó colérico el hombrecillo, señalándole con un dedo amenazador—. Dab —sus ojos se clavaron en los de Charlie—, llame por teléfono a Rice y a Burleigh. Los quiero aquí ahora mismo.

Era un cuadro plástico: Will en la cama, Charlie apoyado contra la pared, el

doctor en la puerta y Dab a su lado. Luego, el secretario rompió el encantamiento al avanzar pesadamente hacia el teléfono para requerir la presencia de los ordenanzas. Todos callaron mientras Dab alzaba la voz, agitado, y de repente el doctor pronunció una sola palabra, ronca por la sorpresa:

—¡Whisky!

La botella de Old Overholt estaba allí, en la mesita de noche, incontrovertible, con el vaso medio lleno al lado. Will intercambió una mirada con Charlie, pero el doctor había entrado en acción; ágil como un felino, saltó por la habitación, cogió el vaso y la botella y los estampó contra el borde de la mesita, de tal modo que estallaron en el suelo, inundándolo de brillantes cristales, mientras el mellado cuello de la botella, firmemente asido, sobresalía de su puño.

—Tome —dijo con voz aguda, luchando por controlarse, mientras cortaba el aire a dos dedos de la acobardada cara de Will—, córtese usted mismo el cuello, ¿o prefiere el toque de un cirujano?

No se movió un alma. Dab tenía todo el aspecto de estar a punto de desmayarse. Charlie tenía los ojos iluminados por la excitación y un aire de absoluta indiferencia. Will tenía la sensación de que la cabeza le flotaba, independiente del cuerpo.

Lo que ocurrió a continuación fue breve. Llegaron los ordenanzas y condujeron a Charlie fuera del sanatorio. Se llevó consigo la advertencia del doctor de no volver a pisar su templo bajo la amenaza de una denuncia con todas las de la ley. Una enfermera barrió los cristales rotos. El doctor siguió paseándose de arriba abajo. Will mantuvo la cabeza gacha. Por fin, cuando se fue la enfermera y el doctor se recompuso, ordenó a Dab que saliera de la habitación, cerró la puerta tranquilamente, acercó la silla a la cama y se sentó en el borde.

—Señor Lightbody —empezó, y Will notó la tensión que flotaba en el aire mientras el doctor luchaba por mantener la compostura—, mientras siga usted bajo mis cuidados, y en su estado, salir de aquí sería casi suicida, aunque la verdad es que su vida parece importarles un pito. ¿Quiere vivir, verdad?

Will asintió.

—Como le estaba diciendo, mientras esté bajo mis cuidados, no dejaré esta institución por ningún motivo y no se le permitirán visitas, a excepción de grupos de pacientes de la propia institución previamente seleccionados, si su estado lo permite. Por el momento, sin embargo, sus movimientos se limitarán a esta habitación, el comedor, el gimnasio y los baños. Seguiré con la dieta laxante y empezará de nuevo su régimen de ejercicios mañana por la mañana. ¿Ha quedado claro?

Había quedado claro. A Will le habían cogido con las manos en la masa y no tenía ganas de luchar.

El doctor le miraba como si fuera una curiosa motita que estuviera examinando al microscopio. La habitación estaba en silencio.

—¿Ha oído hablar de sir Arbuthnot Lane? —dijo finalmente—. ¿No? Ya me lo imaginaba. —Contempló sus uñas un momento y luego le miró con severidad—.



Bueno, verá, es uno de los médicos más eminentes del mundo, miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres. Ha perfeccionado una técnica quirúrgica para mejorar la movilidad peristáltica y corregir las fatales consecuencias de la autointoxicación. Para los profanos, la operación consiste en extirpar una porción del intestino delgado donde suele producirse la estasis, intervención que se conoce como «resección intestinal de Lane». ¿No ha oído hablar de ello?

Will sólo pudo pestañear. Todavía estaba borracho, borracho como una cuba, pero su alegría se había desvanecido. No le gustaba el cariz que tomaba la conversación. De pronto se sintió muy asustado, y un fiero puño interior le agarrotó el estómago con su presa.

—No importa —dijo el doctor, y levantó las manos para volver a admirar sus uñas. Las tenía impecables, perfectas, y sus dedos eran ágiles y flexibles: dedos de cirujano—. Yo he ideado mi propia solución para la estasis —añadió, divertido—, aunque nadie la llama todavía «resección intestinal de Kellogg», que yo sepa, pero ya lo harán, ya lo harán... Mi técnica ha curado a muchos autointoxicados e incluso a pacientes moribundos de la misma enfermedad que le afecta a usted. Lo que quería decirle, señor Lightbody —y el doctor se puso de pie y le dedicó una mirada sagaz e incluso afectuosa—, es que pienso operarle después de Año Nuevo.

Se inclinó, alargó la mano hacia el interruptor con una sonrisa serena y complaciente en los labios, y apagó la lámpara.

—Que duerma bien —dijo.

---

## 6. HUMILDES COMIENZOS

Era un sótano. Piedra y mortero, suelo de tierra, un olor como el del corcho de una botella de vino que se hubiera pasado. Había allí la mezcla típica de trastos viejos: un desvencijado cochecito de niño, herramientas de jardinería oxidadas, un cubo para carbón con un asa rota. La tierra, granujienta y vetusta, se había desmenuzado hasta convertirse en polvo, y en el centro de la habitación, sobre un montoncito, yacía el cadáver momificado de un ratón, un patético amasijo de patitas desnudas. Charlie tuvo que agachar la cabeza y hundir los hombros como un jorobado para no golpearse con las vigas, que eran muy bajas. Apartó el ratón con el pie, asqueado, y miró hacia lo alto de los escalones, donde estaban Bender y Bookbinder, recortados contra el triste cielo de enero.

—Es un sótano —dijo Charlie.

—Es muy barato. —Bender se arrebujaba en el abrigo para protegerse del viento. Llevaba el sombrero pegado a la cabeza y un pañuelo de seda alrededor del cuello. George estaba en cuclillas en el último escalón, con medio cuerpo en el sótano y el otro medio fuera y una expresión entre sorprendida y alcoholizada. Tenía una hinchazón amarillenta sobre el ojo izquierdo, porque se había caído —o le habían empujado— en la calle.

Charlie sacó una caja de cerillas y encendió una de las velas que llevaban. La colocó sobre una pila de madera que había en el rincón más alejado y efectuó una somera inspección del lugar. Era grande, de eso no había duda, pero el techo no medía más de un metro setenta y cinco centímetros, y el lugar era frío, mugriento, un vertedero de basuras. Oyó unos pasos por encima de su cabeza, sordos y como si arrastraran algo, que se repetían una y otra vez, igual que si alguien estuviera llevando sacos de patatas de un lado a otro.

—¿Quién vive en el piso de arriba? —preguntó, y vio el vaho que formaba su aliento al condensarse en la fría humedad del sótano.

—La madre de Bart —contestó Bender señalando a Bookbinder—. Es su casa.

—La pobre está muy enferma —añadió Bookbinder—. La última embolia le paralizó el lado izquierdo y tuvimos que contratar a una sueca para que la cuidara.

Pero Charlie no le escuchaba. Pensaba en la señora Hookstratten —su «tía Amelia»— y en la confianza que había depositado en él. Por no mencionar su expresión tangible en dinero y cheques. Apremiado por Bender, Charlie le había escrito para describirle el nuevo e immaculado cuartel general de Per-Fo, y había incluido una lista ficticia de prestigiosos inversores. También había exagerado el carácter honrado y voluntarioso de los trabajadores del Medio Oeste, hombres y

mujeres por igual, y el original diseño de los envases de Per-Fo, así como la misión real y permanente de Per-Fo, que consistía, claro está, en ofrecer a las buenas gentes de los Estados Unidos unos cereales para el desayuno verdaderamente milagrosos, vegetarianos, impregnados de apio, digestivos, peptonizados e instantáneos. En suma, un alimento destinado a salvar el estómago de los estadounidenses. Sus cartas tenían veinte y treinta páginas, y durante la hora aproximada que le llevaba escribirlas por lo menos sentía que la ficción se hacía realidad en su mente y veía las instalaciones de la fábrica en su versión idealizada y la mesa de su despacho tras la puerta de cristal ahumado, y conocía, admiraba y animaba a los trabajadores, en especial a las chicas, que llevaban faldas estrechas y se dirigían a él mientras inspeccionaba la cadena de producción con un: «Buenas tardes, señor Ossining», una tras otra, y una tras otra apartaban la mirada ruborizadas.

Las cartas resultaron eficaces. Habían recibido dos mil quinientos dólares adicionales de la tesorería de los Hookstratten. Dos mil quinientos dólares que Bender había destinado a la adquisición de mil envases, mercancía que habían llevado, junto con un cargamento de retortas usadas, tinas para hacer las mezclas, escurridores para colada y una gran cocina económica de leña Sears, a aquella covacha de las afueras de la pequeña ciudad más grande de los Estados Unidos. Los envases, diseñados por el propio Bender, estaban realmente bien, eso había que reconocerlo. Rojos, blancos y azules, con una ilustración que mostraba a dos niños angelicales y a su madre, una mujer estirada pero que, no obstante, parecía un tanto rijosa, sentados alrededor de una mesa de cocina, sin el cabeza de familia, y con la siguiente leyenda: KELLOGG'S PER-FO, EL ALIMENTO PERFECTO, impresa en la parte superior. Debajo había una línea dedicada al apio y al resto de los componentes, luego la ilustración, centrada, y en la parte inferior, en grandes letras rojas, una leyenda parafraseada ni más ni menos que de una autoridad como C. W. Post: ACTIVA LA CIRCULACIÓN. (El anuncio original decía que Postum volvía la sangre más roja, pero no podían reproducirlo en su paquete, aunque a Bender le gustaba cómo sonaba). Lo mismo se repetía en el anverso, pero el dibujo era más pequeño y habían añadido un parrafito destinado a los chiflados por la vida sana para atraer a todas las Eleanor Lightbody y Amelia Hookstratten del mundo.

—El suelo está asqueroso —dijo Charlie—. Hay polvo por todas partes. Todo lo que hagamos aquí sabrá a polvo.

Bender había bajado un escalón y observaba el frío y desangelado sótano.

—Pondremos una alfombra —dijo—. Media docena de alfombras. Y la cocina calentará el local. ¿Verdad, Bart?

El ex encargado de C. W. Post asintió con un gruñido.

—He visto triunfar empresas que empezaron en lugares más humildes que éste —dijo con voz nasal mientras paseaba unos ojillos pequeños y asustados por la habitación—. La primera fábrica del doctor, por ejemplo. Y su hermano empezó hace dos años en una choza, ya ven dónde está ahora.

—Claro —añadió Bender conciliador— que de momento tendremos que trabajar con velas, porque hasta aquí todavía no llega la electricidad, pero recuerda, Charlie, que por ahora sólo necesitamos una muestra, lo suficiente para llenar los mil envases, y ya estaremos en marcha.

George, que había tomado asiento en el borde de un cajón de embalaje roto que había en un rincón, soltó un bufido de desdén.

—Nos tocarán la marcha fúnebre, querrás decir.

Bender no le hizo caso.

—¿A ti qué te parece, Charlie?

¿Qué pensaba? Pues pensaba que todo aquello era deprimente y pobre como las ratas, pensaba que era una farsa, un crimen, una puñalada trapera. Pero era un comienzo. Y era mejor que andar persiguiendo a Bender por toda la ciudad, y que estar consumiéndose en aquella nevera que tenía por habitación en la pensión de la señora Eyvindsdottir o bebiendo en el Red Onion hasta alcanzar el estado habitual de George. Se encogió de hombros.

—Servirá —dijo por fin—. Pero sólo hasta que tengamos algo con que llenar esos envases y estemos en marcha. Luego quiero una fábrica de verdad, y no me importa que se sepa.

Bender asintió y sonrió. Su plan, según lo entendía Charlie, era utilizar los envases con las muestras como medio publicitario en algunas ciudades del Medio Oeste, cuidadosamente seleccionadas, junto con vallas publicitarias, anuncios en los periódicos y cosas así. Con su estilo temerario de siempre, le aseguró a Charlie que utilizaría aquellos envases de muestras como cebo para conseguir un montón de encargos. Los interesados tendrían que abonar el cincuenta por ciento por adelantado, en cheque o en efectivo, a la firma del pedido. Con aquel dinero empezarían la producción a toda máquina —en una fábrica con todas las de la ley—, y así dispondrían de más dinero para invertir en publicidad. Lo que no le dijo a Charlie fue que esperaba que antes de que tuvieran que llegar a aquel punto Will Kellogg se decidiera a comprarles la empresa.

Charlie se abrochó el abrigo y se puso los guantes.

—Bueno, George —dijo con un suspiro—. Creo que será mejor que descarguemos el carromato.

Dos días después ya estaban trabajando.

Fiel a su palabra, Bender compró unas alfombras, media docena de malolientes alfombras de lona pintadas y unas cuantas esteras de paja descoloridas y grasientas que apestaban a moho. La cuestión del olor hubiera podido mejorarse, pero por lo menos había algo que tapaba el suelo y ocultaba el polvo. Bookbinder había levantado un entoldado en el helado patio exterior para resguardar las tres carretadas de una partida de maíz de primera calidad que Bender había conseguido desviar de la

Will Kellogg's Toasted Corn Flake Company mediante una maniobra que, por lo retorcida, resultaba digna de los mejores adversarios de Sherlock Holmes. Charlie, que durante los últimos años había llevado una vida bastante cómoda entrando y saliendo de tabernas y de timbas mientras se iba introduciendo en el negocio de la estafa, se pasó los primeros días cortando leña para la cocina económica. Se pasaba el día en aquel patio yermo, con los dedos ateridos de frío, levantando y dejando caer el hacha, una y otra vez, mientras Bartholomew Bookbinder hacía un agujero en la pared del sótano para instalar la chimenea de la cocina y su inválida madre, desde la ventana del segundo piso, contemplaba aquel espectáculo tranquilamente, considerando todo aquello tan normal en su rutina diaria como ir al retrete, situado fuera de la casa. Según lo acordado, George debía ayudar a Charlie a cortar la leña, pero su presencia era sólo física. Bookbinder tuvo que echarle una manta encima para evitar que se muriera de frío.

A la mañana del segundo día, la cocina estaba ardiente como una parrilla y empezó a calentar los tóxicos y nauseabundos olores de todas clases que salían de alfombras, paredes, techo y vigas. Era el olor de la historia, rancio e inmemorial. Charlie se ahogaba con él. Experimentaba el mismo dolor que un atleta en su primer día de entrenamiento, la amargura de un esclavo condenado a galeras recién sujeto a los grilletes de los remos. Tenía la espalda como una masa en carne viva, sin fibra ni sustancia, y hombros, codos y antebrazos agujerados por dolores agudos, punzadas, espasmos y calambres pertinaces. Había pasado la noche acurrucado junto a George en la alfombra que había frente a la cocina —no tenía ningún sentido pegarse la paliza de ir hasta la pensión de la señora Eyvindsdottir—, y comió lo que Bookbinder le proporcionó. Que no fue mucho. Un poco de panceta y tortas de maíz, y un aguado té sin azúcar para ayudar a tragarlo, tanto para la cena como para el desayuno. No era exactamente la clase de vida —ni el menú— que se había imaginado para el presidente de Per-Fo Company, pero a pesar de todo estaba entusiasmado. ¡Por fin iba a iniciarse en los secretos de la producción de copos de maíz!

Resultaba que Per-Fo iba a hacer un producto casi idéntico a los demás cereales que había en el mercado. Su única singularidad consistiría en su sabor particular y en la impresión que causaría el aluvión de publicidad en el público, pero en los demás aspectos no se distinguiría gran cosa de los cereales tostados de Kellogg o los más recientes de C. W. Post. Sus fabricantes (Charlie, Bender y Bookbinder, que a cambio de sus conocimientos había sido generosamente recompensado con las reservas de la señora Hookstratten y con la promesa de una participación en la empresa) seguirían el proceso convencional de fabricación, cuyo pionero había sido el doctor Kellogg trece años atrás, cuando produjo su primer copo de trigo, proceso perfeccionado en 1902 por aquel mismo mago del arte culinario mediante la fórmula de los copos de maíz tostados.

En primer lugar, había que moler los granos de maíz para separar la cáscara y el germen oleaginoso de los granos de almidón (demasiado germen podía hacer que los

copos se volvieran rancios en las estanterías de las tiendas, como había ocurrido con el ya difunto Korn Krisp). Los granos de maíz se calentaban al vapor hasta que se rompían, después de lo cual se separaban las vainas y el germen, y los granos de almidón se calentaban al vapor en hornos giratorios. En ese momento se les añadían los aromatizantes, casi siempre sal, azúcar y malta. Luego se secaban los granos de almidón y se volvían a cocer para ablandarlos con el fin de que desarrollaran el sabor y pudieran formar los copos correctamente (este último paso había sido un feliz descubrimiento del doctor Kellogg, quien después de tratar hornada tras hornada sin ningún éxito, se distrajo y, sin querer, dejó que una tina de granos de almidón se enmoheciera, y los granos enmohecidos formaron unos copos perfectos). Después de dejar que se enfriaran, los granos de almidón doblemente cocidos se transformaban en copos sometidos a la fuerte presión de un molino de rodillos refrigerados con agua, y, finalmente, se tostaban. Y nada más. Tal era el proceso de principio a fin. Lo único que tenía que hacer Per-Fo para apoderarse de su cuota de mercado era dar a los copos un poco de sabor a apio y variar la proporción de extracto de malta para conseguir un gusto ligeramente distinto de los demás copos que había en el mercado (muy ligeramente, tampoco había que arriesgarse).

A media tarde del segundo día, Charlie se encontró a cargo de un par de tinas de escaldar puercos llenas de granos de almidón enfriándose, que Bookbinder iba «impregnando» de extracto de malta, sal que tiraba con un salero y un misterioso fluido verde bilioso obtenido por la cocción del apio, hojas incluidas, hasta conseguir una esencia. Al mismo tiempo, Charlie tenía que ayudar a George y a un obrero a manejar unos escurridores de colada para producir los copos. Tres enormes marmitas de hierro cocían la siguiente hornada en la cocina, mientras la anterior se tostaba en una bandeja en el horno. El sótano era un caos: George acarreaba leña y avivaba el fuego, Charlie volaba del horno a la tina refrigerante, Bookbinder repartía órdenes con su voz nasal, como un general sitiado. Una capa resbaladiza de maíz hervido crecía bajo sus pies, el ruido de los escurridores y de las bandejas que recogían los copos definía el tiempo que hacía allí, y el vapor empapaba el aire hasta que el sótano empezó a parecerse a un baño turco. El producto acabado —unos copos verdosos, quemados por los bordes o no, según la vigilancia del cocinero, es decir, de Charlie— se amontonaba en unas canastas de recoger melocotones que habían apilado junto a la pared del fondo.

El ritmo era tan frenético que Charlie no tenía tiempo para pensar en lo que estaba haciendo, pero estaba contento de poder ocuparse en algo. Y cuando Bookbinder le ordenaba que partiera más leña, obedecía sin rechistar, y cuando llegó el carromato con las lisas cajas de cartón, las descargó sin titubear. Y así continuaron las cosas a lo largo de los dos días y las noches siguientes.

Al acabar el cuarto día, Bender se presentó para probar el producto terminado. Por supuesto, Charlie había ido probando los copos de las distintas hornadas, y Bookbinder había ido variando periódicamente la fórmula para conseguir unos

cereales más crujientes y de mejor sabor, pero nadie se había sentado con un cuenco, una cuchara y una jarra de leche para emitir un juicio. Las hornadas estaban numeradas y etiquetadas, y ya tenían veintisiete canastas llenas hasta los topes apiladas contra el muro de piedra, aunque su contenido variaba considerablemente. Algunas contenían un cereal con demasiado aceite que ya se estaba volviendo rancio; en otras, los copos estaban tan tostados que tenían el color y la textura del hollín de una chimenea. Otras hornadas habían sido peptonizadas (predigeridas gracias a una mezcla rica en pepsina que había preparado Bookbinder, destinada a facilitar su asimilación por los estómagos estadounidenses), y una de ellas parecía supurar y olía tan mal que tuvieron que sacarla fuera y colocarla bajo un olmo desnudo, en el rincón más alejado del patio. Las alfombras estaban tiesas, llenas de pastosos residuos de maíz que se habían congelado, y las vigas del techo goteaban a causa del vapor condensado.

—¡Bueno, bueno, vamos progresando, vamos progresando! —exclamó Bender quitándose el sombrero y agachándose para entrar en aquella covacha. Estaba rebosante de alegría, y se puso a contarles que ya tenía pedidos que sumaban más de quinientas cajas, sólo con mostrar su diseño. Su cara cambió cuando cayó del techo una enorme gota pardusca de agua sucia y le manchó la blanca bufanda de seda, pero murmuró algo sobre «condiciones difíciles» y recuperó la sonrisa. Dio una palmada con las manos enfundadas en unos guantes de cabritilla grises y rugió—: ¡Qué demonios, muchachos, subamos a hacer una prueba de sabores!

Y así lo hicieron. Bender abrió la comitiva hacia el exterior, hacia la fría noche estrellada; subieron por la escalera trasera y entraron en la cocina de la señora Bookbinder, iluminada por una vela, donde había un fregadero seco y una nevera marca Puritan. George bebió un trago de una botella de algo y golpeó con un hombro el marco de la puerta al entrar. El hombre que habían contratado —se llamaba Hayes, así, a secas— iba a continuación, seguido de Charlie, y Bookbinder cerraba la marcha. La mesa de la cocina era de roble, inmensa, y estaba cubierta con un grasiento hule. La vieja señora Bookbinder, más arrugada que una pasa, estaba sentada en un taburete, muy sonriente.

—Yo haré de juez —dijo, con una voz que parecía el silbido de un loro y enseñando unas encías desdentadas y grises—. Si puedo masticarlos, es que lo han conseguido.

La mesa estaba puesta para seis comensales: había seis boles de cerámica, seis cucharas estañadas y seis servilletas de color gris. Se sentaron sin ninguna ceremonia, agotados, aturdidos, contentos de salir de aquel espacio tan cerrado y antinatural, que ahora yacía bajo sus pies como uno de los nueve círculos del infierno. Bender había cogido muestras de las cuatro canastas más prometedoras y las había colocado en unos cuencos que tenía al lado. El primero estaba etiquetado como *Hornada número 13C, peptonizada, impregnada de apio, 50 gramos de sal, seis dosis de extracto de malta*, Charlie observó cómo Bookbinder servía solemnemente un bol a cada uno de

ellos de lo que parecían cortezas verdes de árbol con los bordes estriados. Bender dijo en broma que tal vez deberían bendecir la mesa, George rezongó algo ininteligible, se pasaron la leche y las cucharas empezaron a trabajar.

Se quedaron en silencio. Fuera había empezado a caer una ligera lluvia helada que golpeaba de forma insinuante las ventanas. George fue el primero en reaccionar. Con un agudísimo rugido emitido con el paladar, los senos nasales y el esófago, regurgitó el Per-Fo número 13C y lo escupió en la palma de la mano.

—¡Joder! —jadeó, al tiempo que un espasmo le recorría todo el cuerpo—. ¡Me he envenenado! —y al punto se llevó la botella a los labios para aliviar su malestar.

Cada uno de los degustadores, la señora Bookbinder la primera, escupió en silencio lo que se había llevado a la boca sobre la servilleta, la palma de la mano o el propio bol. Bookbinder se levantó ceremoniosamente, recogió los boles y los vació, uno tras otro, en los cubos de basura para los cerdos. Entonces probaron la hornada 21 A.

Las velas fulguraban. Llovía. La noche fue muy larga. Probaron las muestras de las cuatro hornadas con distintos grados de repulsión, y cuando Bookbinder bajó al sótano para coger muestras de las hornadas que no le habían parecido tan prometedoras, nadie pronunció la más mínima palabra de ánimo. Esta vez fueron cinco muestras, y las cucharas se hundieron perezosamente en los boles. Al final, todo fue para los cerdos, las veintisiete hornadas de la primera partida de Kellogg's Per-Fo; lo más triste fue que ni los puercos quisieron comerse aquello.

Aunque estaba disgustado, Charlie no se dejó llevar por el desánimo. Era un pequeño tropezón, un contratiempo sin importancia, estaba seguro de que Bender lo conseguiría. No confiaba mucho en Bookbinder —corría el rumor de que se había ido de Post Foods atraído por otra empresa, que luego había quebrado, y decían que había sacado un montón de dinero de aquel cambio de trabajo, pero ¿quién podía saberlo? —, pero tampoco era el fin del mundo. Si Bookbinder no conseguía que Per-Fo sacase al mercado un producto atractivo —o por lo menos comestible—, tendrían que cargar las pérdidas en la cuenta de experiencia y contratar a alguien más capaz. Era un retraso. Un chasco. Pero siempre había una salida.

A sus veinticinco años, Charlie Ossining era esencialmente optimista. ¿Por qué no? La suerte le había sonreído y la mayor parte de su vida había sido un camino de rosas. Nacido Charles Peter McGahee en la ciudad de Ossining, a orillas del Hudson, hijo de unos inmigrantes irlandeses que dedicaban más esfuerzos a descorchar botellas de whisky que a buscar los medios de conseguir menudencias como pan, carne y un techo con que cubrir sus cabezas. Charlie hubiera podido ir a parar a los peores ambientes y sufrir una niñez sombría y llena de privaciones. Pero no fue así. Su divinidad tutelar, encarnada en su benefactora, la señora Amelia Hookstratten, se encargó de ello. Su padre, Cullum, gracias a una labia prodigiosa y a la fuerza de una



imaginación febril e hiperactiva, convenció a la viuda Hookstratten de que le contratara como portero, chico para todo y mayordomo de su propiedad de Tarrytown, además de contratar a su madre, Mary, como cocinera y doncella. En aquella época, Charlie tenía cuatro años, era muy precoz, simpático, espabilado, y siempre tenía a punto la sonrisa atractiva del estafador nato (o del pastor protestante, el magnate de las finanzas o el senador, que vienen a ser lo mismo).

Desde el principio, la señora Hookstratten se tomó mucho interés por él, y le vestía con elegantes zapatos de piel y chaquetas inglesas de tweed, que su propio hijo (que en aquella época tenía veintitantos años y ocupaba un puesto importante en la Bolsa de Nueva York) había llevado de niño. Estaba encantada con el muchacho. La había hecho volver a sentirse útil, imprescindible, la había rejuvenecido. Había dado un aliciente a sus mañanas y regularidad a sus tardes. Y lo que era más importante, la había ayudado a llenar el vacío provocado por la muerte de su marido.

Se ocupó personalmente de la escolarización de Charlie, y aunque era tan demócrata como la que más, en el fondo la escuela pública le parecía un nido de palurdos, rufianes y extranjeros. Así pues, Charlie cursó la enseñanza primaria en el colegio de la señora Partridge en Briarcliff Manor, una institución para jovencitos de buena familia, donde aprendió urbanidad, música y latín, así como a leer, a escribir y a contar, y la secundaria en la Academia St. Basil, en Garrison. Cuando la señora Hookstratten se trasladó a una casa más cómoda al sur de Peterskill, indudablemente lo hizo para presumir de la posición que había alcanzado gracias a las inversiones de su marido, acrecentadas por su sagaz hijo, pero también —aunque ella no se lo hubiera confesado a nadie, ni siquiera a sí misma— para estar más cerca de Charlie, por si quería ir a casa algún fin de semana. Y también por Charlie se llevó a Cullum y a Mary con ella, aunque en aquella época el padre de Charlie bebía tanto que ni siquiera era capaz de abrir la puerta cochera cuando la ocasión lo requería, y la madre de Charlie estaba afectada por una multitud de misteriosas enfermedades, desde pitidos en los oídos hasta palpitaciones en las yemas de los dedos, que la hacían inútil como cocinera o doncella y la incapacitaban para fregar platos o cambiar sábanas.

Sí, Charlie había tenido todas las ventajas, pero, como a veces sucede en tales circunstancias, las había rechazado. No abiertamente, claro, pero sí a la larga, mostrando un creciente rechazo de las expectativas que la sociedad había depositado en él y una correspondiente fascinación por la vida de quienes carecen de dichas expectativas, de los que viven de su ingenio, su instinto, su cara dura y su frescura. En St. Basil descubrió esta nueva forma de mirar las cosas. Tenía quince años, era un experto con los puños, un buen corredor, un atleta mediocre y un alumno vulgar. Las actividades intelectuales no le interesaban. Los exámenes, las redacciones, el esfuerzo de llevar los hechos a la memoria y las palabras al papel, eran una tortura para él, trabajos forzados, una tarea de parias y esclavos, una actividad que ni siquiera era remunerada. La señora Hookstratten tenía que *pagar* —al doctor Van Osburgh y a los demás profesores— para que le atormentasen con fechas y números, con geometría

plana e historia antigua. Charlie quería irse de allí. Soñaba con escaparse y establecerse por su cuenta; con convertirse en un magnate de los negocios, de cualquier negocio; con adquirir los signos externos de la riqueza: una casa, un coche, una mesa de billar... Todo aquello le diría al mundo que era algo más que el hijo de unos porteros. ¿Cómo podía ayudarle la Academia St. Basil a conseguir lo que ambicionaba?

Una noche, mientras hojeaba un número del *Scribner's Magazine* porque no soportaba la idea de tener que memorizar los nombres y las fechas de reinado de todos los gobernantes de Inglaterra, desde Eduardo de Wessex y Etelredo II hasta la reina Victoria, un anuncio le llamó la atención:

¡SEA BRILLANTE Y EMINENTE! Intelectuales. Todo el mundo. El nuevo descubrimiento fisiológico: PASTILLAS RESTAURADORAS DE LA MEMORIA. Incrementan rápida y permanentemente la memoria de dos a diez veces, aumentan enormemente la capacidad intelectual; dificultades en los estudios, etcétera; sin efectos secundarios. Realmente magnífico. Eficacia probada. Precio: 1 dólar, gastos de envío aparte. Enviar por giro a PASTILLAS DE LA MEMORIA, Quinta Avenida, 114, Nueva York.

Ahí tenía una salida fácil. Un milagro. De pronto vio un camino para convertirse en el alumno modelo, tener contenta a la señora Hookstratten y dar el salto hacia lo que consideraba su vida real, en los negocios, las finanzas o cualquier otra cosa. Y todo ello sin el más mínimo esfuerzo. Miró subrepticamente por encima del hombro para ver si su compañero de cuarto, Wapner, le estaba mirando, arrancó la página de la revista, la dobló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo.

Charlie invirtió un dólar y solicitó las pastillas. Cuando las recibió, se tomó una, pero no pareció ayudarle mucho con las declinaciones latinas, y le suspendieron. Al día siguiente se tomó dos, creyendo que el incremento de la dosis le ayudaría a memorizar el discurso de Porcia<sup>[30]</sup> y lo fijaría indeleblemente en su memoria, pero cuando se levantó para recitarlo en clase, sólo consiguió recordar una frase. Se quedó clavado, como un engranaje con un diente roto, hasta que la clase estalló en risas y el profesor le dijo que se sentara. Probó con tres pastillas, cuatro, cinco, se las tomó con el estómago vacío, después de las comidas, antes de irse a dormir, al despertarse... Tuvo que gastarse seis dólares y tragarse trescientas pastillas para darse cuenta de que le habían engañado. Las píldoras eran inútiles, no servían para nada, no eran más eficaces que masticar cortezas de árboles o hierba del campo.

De modo que él, listo entre los listos, buscando una salida fácil a las exigencias de St. Basil, buscando una manera de burlarse del sistema, había malgastado el dinero de su asignación en una impostura, un fraude, una estafa por la que no se había dejado engañar ni el más débil y tonto de sus compañeros. Le habían sacado el dinero porque

era vulnerable, porque tenía una necesidad, una debilidad, la esperanza del tonto. Aquello fue una lección. Una lección mucho más valiosa que todo lo que el señor Petrusi o el doctor Van Osburgh le habían enseñado. ¿Quién era aquel hombre al que se le había ocurrido la idea de las pastillas para la memoria, que había puesto el anuncio y había visto cómo llegaba el dinero a costa de una legión de incautos y mentecatos que se extendía de costa a costa? ¿Quién sería? Aquello sí que demostraba genialidad, aquél era el personaje a quien debían estudiar.

La señora Hookstratten se disgustó mucho cuando Charlie dejó el colegio un año antes de acabar sus estudios. No volvió a casa, ni le escribió ninguna carta, ni le explicó nada. Una noche cogió sus cosas, hizo autostop hasta Peterskill, adonde llegó en el carro de la leche, y se dedicó a estudiar el billar en serio. Al cabo de una semana se presentó en la casita del portero, muerto de hambre. Su padre se quejó, con los ojos llorosos y de un modo chapucero; su madre se lamentó de sus males y sus ataques nerviosos; la señora Hookstratten le suplicó. Pero todo fue en vano. A los diecisiete años decidió vivir por su cuenta y se instaló en una habitación que estaba encima de una mercería, en Tarrytown; se ganaba la vida a salto de mata, con las cartas o los dados. Bebía, aunque no como su padre, y encontró mujeres que le consolaban y divertían, pero no se comprometió con ninguna. Cuando maduró un poco, empezaron a hartarle las busconas de cuarto de dólar, las tabernas, las peleas y las mujeres que escribían «vaca» con «b», y decidió volver al redil Hookstratten. Pero, en realidad, fue sólo porque había conocido a Bender y porque tenía un objetivo a la vista: Per-Fo

Una semana después del trágico fracaso de sus esfuerzos en el sótano de Bookbinder, Bender envió a Ernest O'Reilly a casa de la señora Eyvindsdottir para decirle a Charlie que fuera al Post Tavern. Charlie entró por la puerta de servicio y subió, según su costumbre, por la escalera trasera, para evitar al portero y al jefe de botones (aunque no se le había olvidado que tenían una pequeña deuda con él, y algún día pensaba cobrársela con intereses). Bender estaba espléndido con su pijama de seda roja, y la nariz le goteaba a causa de las frecuentes y medicinales inhalaciones de Otard Dupuy. Testarudo y fiel a su objetivo, Charlie había dejado de preocuparse hacía tiempo de la disparidad entre los estilos de vida de Bender y el suyo. Bender era Bender, y punto. Cuando Per-Fo funcionase, ya habría lujo de sobra para todos.

—¡Charlie, Charlie, muchacho, muchacho! —exclamó Bender, repitiendo las palabras y cruzando la habitación para estrujar a Charlie con su volcánico abrazo de magnate de los negocios. Se apartó, fragante de coñac, y le señaló una silla con ademán principesco—. Siéntate, quiero comentar una cosa contigo.

Charlie se sentó. ¿Quería un coñac? Sí. ¿Un puro? No, gracias.

Charlie acunó la copa de coñac entre las manos.

—¿Y bien? —dijo. Llevaba siete días de espera impaciente en casa de la señora

Eyvindsdottir, leyendo novelas baratas e intentando no pensar en lo que su ahorrativa patrona estaría preparando en la enorme marmita de la cocina, y cada vez estaba más nervioso—. ¿De qué se trata?

Bender apoyó sus enormes pies en la silla que tenía enfrente y dejó que se hundieran en el mullido terciopelo.

—Pues verás, Charlie... —dijo rascándose un lado de la nariz y posando sus ojos veteados de gris sobre los de Charlie—. Resulta obvio que tenemos un problema con la fórmula de Per-Fo. Bueno, aprecio el esfuerzo de todos, no me quejo de eso, pero creo que no vamos a poder salir adelante en el sótano de esa anciana.

Charlie empezó a protestar, pero Bender levantó la mano.

—Mira, Charlie, ya sé lo que vas a decir, que hemos metido mucho dinero allí: el maíz, el sueldo de Bart, el horno... Pero es una minucia si piensas en los millones que estaremos ganando el año que viene. Podemos aprovechar la cocina, las tinas y algunas otras cosas. Y, a pesar de las apariencias, tantos esfuerzos no han sido en vano. —Se detuvo y olió el coñac—. Por lo menos, hemos aprendido algo.

—¿Qué es lo que hemos aprendido?

Charlie estaba enfadado. Se había deslomado para conseguir aquella porquería, y lo había hecho poniendo los cinco sentidos. Por supuesto, las condiciones no habían sido las que él hubiera querido, pero había sido Bender quien le había convencido para que se quedaran allí, y tenía la sensación de que habían conseguido algo. Después de ocho semanas de frustración, por lo menos avanzaban, por lo menos hacían algo... y ahora Bender le decía que había sido una pérdida de tiempo, esfuerzos y dinero, pero que habían aprendido algo. *Aprendido algo*. ¡Pues sí que habían avanzado!

—Hemos aprendido que yo estaba equivocado, Charlie. Tenías razón. Estuviste contra ese sótano desde el principio. Yo creía que podríamos poner el negocio en marcha, encontrar una fórmula y llenar las muestras. Sólo necesitábamos eso, esas mil cajas, y ya hubiéramos estado en marcha. Pero no funcionó. Fuimos demasiado ambiciosos. Nos pusimos en marcha antes de tener el espacio adecuado, los equipos, las tinas, las retortas y los hornos apropiados. ¡Canastas para recoger melocotones, demonios! Es normal que no funcionase. —Se detuvo para disfrutar del sorbo de coñac que le descendía por la garganta—. No, Charlie, yo estaba equivocado.

Charlie quería protestar, quería volver al sótano de Bookbinder y empezar de nuevo, pero antes nunca había oído a Bender reconocer que se había equivocado, ni siquiera cuando Kellogg le expulsó sumarísimamente del recinto del sanatorio. Así que se contuvo para ver lo que vendría a continuación.

—Supongo que te estarás preguntando cuál va a ser el siguiente paso —dijo Bender con voz suave y meditabunda, una voz llena de aplomo y confianza, la voz de un hombre que tiene un as en la manga. Bender siempre tenía un as en la manga. Se echó para atrás y se estiró, mientras el humo del cigarro flotaba perezosamente a su alrededor. Fuera, más allá de las elegantes cortinas y las ventanas de doble hoja, hacía

el típico clima de Michigan, severo y gris—. Bueno, pues te lo voy a decir. Tengo un plan, Charlie, no sé cómo no se me ocurrió antes... nos habría ahorrado... *te* habría ahorrado... un montón de gastos y de complicaciones. Bueno, el caso es que todo está en marcha otra vez, no te preocupes. —Hizo una pausa. ¿Por qué no iba al grano?—. Bueno, vamos al grano. Quiero que tú, George y el tipo ese, Hayes, vayáis al muelle de carga del Grand Trunk Railroad, ¿sabes dónde está? Al este de la ciudad. Esta noche, a las doce.

—¿A las doce?

Bender asintió.

—A primera hora de la mañana van a salir catorce vagones de los más auténticos y crujientes copos de maíz de Will K. Ya he quedado con un hombre de la estación, no os tenéis que preocupar de nada...

—¿Preocuparnos? ¿Qué es lo que vamos a hacer, robarlos?

Bender se limitó a sonreír. Era una sonrisa amplia y paternal, la sonrisa que luciría un profesor en el momento de entregar el diploma al mejor alumno de la clase.

Charlie no podía creérselo.

—¿No estarás hablando en serio? —exclamó.

¿Qué demonios iban a hacer con catorce vagones de cereales Kellogg's Toasted Corn Flakes? *Catorce vagones*. ¿Dónde iban a esconderlos? ¿Cómo iban a transportarlos? Necesitarían un centenar de hombres, carros, caballos, luces, guardias de uniforme para dirigir el tráfico, ¿cómo demonios...? Pero mientras observaba la cara de Bender, su sonrisa astuta, su nariz luminosa, sus ojos grises contraídos como si se rieran, empezó a comprender: no necesitaban catorce vagones de cereales, no, no... sólo necesitaban mil cajas.

---

## 7. DESCANSO ORGANIZADO SIN ABURRIMIENTO

Era una fresca mañana de principios de enero, el viento soplaba a cuarenta kilómetros por hora, el termómetro se mantenía indolente veinte grados bajo cero, una masa negra de nubes se extendía por el cielo como una mancha en el agua. Las manecillas del enorme reloj de nogal que había en el salón de la Residencia señalaban las siete menos cuarto, y el doctor, vestido ya con su traje blanco de estambre, sentado en su sillón, con los pies calzados de blanco cruzados sobre la alfombra turca que tenía delante, repasaba las citas del día y terminaba sus admoniciones acerca del colon perezoso para el siguiente número de la revista *Vida Saludable*, de la que era director. Llevaba trabajando desde las cinco, y había empezado el día media hora antes, con el enema matinal, un baño frío y veinte minutos de flexiones y saltos en su gimnasio privado. Algunos niños mayores ya estaban levantados y ocupados en sus quehaceres domésticos, y uno de ellos —había estado tan absorto en la tragedia del colon apático que ni se había fijado en cuál— le había llevado el desayuno. Aquella mañana consistía en galletas de salvado untadas con mantequilla pura, procedente de sus pulidas e inmaculadas vacas, y con miel de las colmenas del sanatorio, pastelillos de guisantes con compota de fruta, una manzana, una naranja, un plátano y una humeante jarra de Sanitas Koko.

Comió con buen apetito, como siempre, incluso cuando estaba irritado; y últimamente, entre unas cosas y otras, siempre estaba irritado. El círculo se cerraba cada vez más, todo el mundo esperaba que él metiera la cabeza en la soga para poder colgarle y vaciar sus bolsillos. En primer lugar tenía el asunto de George, fuente constante de irritación, y aquel bribonzuelo con el que estaba asociado, Charlie no sé qué, que era detestable y malévolo. ¡Alcohol en el sanatorio! Era ultrajante. Bueno, había llamado al jefe Farrington para contárselo, y si aquel tal Charlie tenía la osadía de volver a aparecer por el sanatorio, lo iba a sentir, lo iba a lamentar de verdad, John Harvey Kellogg y las leyes del condado de Calhoun y del estado de Michigan se ocuparían de ello. Sólo pensar en toda aquella basura humana hizo que se le revolvieran en el estómago las galletas de salvado y la miel. Sí. Y luego estaba lo del personal del sanatorio: querían un aumento. ¡Un aumento! Parecía que no tenían bastante con ser unos misioneros de la medicina, mesías de la dieta, jóvenes privilegiados que podían trabajar con la flor y nata de la profesión y adquirir —gratuitamente, además— los conocimientos necesarios para realizar su misión por el mundo. ¡Y querían dinero, sucio dinero! Movié la cabeza ante la ironía de todo aquello, pasando las páginas de su agenda para ver cuándo tenía la reunión con ellos —ah, a las dos en punto—. De paso, revisó también su programa de intervenciones

quirúrgicas. Tenía que operar a ocho pacientes. Todos necesitaban que les repararan unos esfínteres perezosos o, según decidiría en el quirófano, que les extirparan lo que ya empezaba a considerar como la «estasis de Kellogg» del intestino. Pero ¿qué era aquello?

*Lightbody, William F.*

Una línea recta tachaba el nombre. ¿Habían cancelado la intervención a la que había de someterle aquella mañana? Pues no le habían avisado. Frunció el ceño, malhumorado. Aquel hombre era un caso especial, el paciente más recalcitrante y descarriado que había visto nunca, y uno de los más enfermos. Sin lugar a dudas. Pero probablemente sólo era un cambio de programa, no podía operarlos a todos a la vez. Tendría que operarle al día siguiente, o al otro. No tenía importancia. Pero, pese a todo, mentalmente tomó nota de que tenía que comentárselo a Dab cuando le viera.

Mientras masticaba la manzana y volvía al texto, corrigiendo una frase aquí y allá —cambiando «putrefacto» por «pútrido, hediondo y moribundo»—, no podía quitarse de la cabeza la irritación que sentía. George. Charlie no sé qué. El chivo de la barba teñida que les había metido en todo aquello. McMickens, el ordenanza que había alborotado al resto de la plantilla con ideas sin sentido sobre sueldos y sindicatos. Lightbody. Las conferencias. Los periódicos. Los pequeños detalles de dirigir el sanatorio día tras día. ¡Señor, Señor, si ni siquiera sabían encargarse de la chimpancé cuando él no estaba! A veces, todo aquello parecía arrastrarle, atormentarle hasta que sentía los nervios tan tensos como si sufriera la neurastenia del café.

Dando vueltas a la manzana y hundiendo los fuertes y níveos dientes en aquella carne perfecta, no pudo evitar añorar los días de su juventud en Bellevue. La vida era mucho menos complicada entonces y tan estimulante o más que en el presente. ¡Aquéllos sí que eran días felices! No había ningún George, ni empleados desabridos, ni chimpancés agresivos. No. Entonces sólo había textos médicos, cadáveres, conferencias, pacientes sanos y agradecidos. También vivía frugalmente y no le hacía ningún daño. Ni pizca de daño. En dos años había engordado ocho kilos, a base de un régimen de gachas de avena, manzanas, pan integral y agua pura, y a un coste de dieciséis centavos diarios. Sí, pensó, acabando de comerse la manzana con un suspiro, ¡qué días aquéllos! Pero no tenía mucho sentido revivir el pasado cuando tenía tantas cosas por hacer. Había sido un soldado raso en la lucha por salvar el canal alimentario, mejorar la raza humana y preservar al populacho de la carne de matadero, y ahora era un general, y no había nadie que pudiera pararle, a excepción de sí mismo. John Harvey Kellogg se levantó de la silla, se estiró con fuerza y le pidió a uno de los niños que le trajera su bicicleta de la cochera.

Dab llegó puntualmente a las siete, acompañado por un nuevo empleado, A. F. Bloese, un hombrecillo rígido y saturnino con cara de niño (o un niño con cara de hombre) que era titulado en estenografía, mecanografía y taquigrafía. Una verdadera adquisición, sí, señor. Dab contrastaba enormemente con él, hinchado y jadeante,

envuelto como una momia egipcia en bufandas, sobretodos, mitones, jerséis y fajas. Era un desastre de hombre, una vergüenza. El doctor, de pie en el vestíbulo del sanatorio, le observaba minuciosamente: a aquel hombre había que obligarle a seguir un régimen fisiológico. Por su bien y también por las apariencias. Allí estaba él, el doctor Kellogg, la encarnación de la vida y la energía, ensombrecido por aquel sudoroso amasijo de carnes, por aquel, aquel... bueno, ya estaba bien de pensar en Dab. Era una pérdida de tiempo.

—Buenos días, Poult —dijo el doctor, poniéndose un par de guantes blancos y una bufanda blanca al cuello con gesto desenvuelto. Él no llevaba abrigo ni hacía caso de todas aquellas tonterías acerca del frío ártico. A menos que la temperatura bajara otros diez grados y la pared de hielo que había bloqueado el lago Michigan volviera a formarse.

—Buenos días, jefe —le respondió Dab, que ya empezaba a sudar.

—Bloese —dijo el doctor, y saludó a su nuevo subalterno con un leve gesto.

—Señor —dijo Bloese. El doctor se fijó con satisfacción en que tenía un porte impecable, así como los dientes y la estructura ósea, y también el pelo, peinado con raya en medio y recortado sobre las orejas con pulcritud.

—¡Vamos, señores! —exclamó el doctor. Salieron al exterior, donde soplaban electrizantes ráfagas de viento—. A trabajar, ¿eh? —Uno de los niños, ¿no era el pequeño Calvin Smoke, el muchacho al que habían encontrado viviendo entre los nez percé<sup>[31]</sup>, en una tienda inmunda y subsistiendo con una dieta de cecina de ardilla y comadreja?, esperaba pacientemente en el camino con la bicicleta. Sí, era Calvin, claro. ¿Qué le ocurría? ¿Ni siquiera podía reconocer a sus propios hijos? Aquel pensamiento le asustó, era muy molesto, pero lo apartó de su mente—. Gracias, hijo —susurró, montando en la bicicleta y lanzándose rápidamente por el camino helado, con Dab y Bloese corriendo tras él.

—Poult —exclamó el doctor por encima del hombro, echando vaho por la boca y propulsando los pedales con sus pequeños zapatos blancos—. Tenemos que solucionar unas cuantas cosas de camino al sanatorio, prepare el lápiz, y usted también, Bloese. —Allí le tenían, un trueno vestido de blanco, haciendo malabarismos en la bici con más de cincuenta y cinco años, levantando la rueda delantera del pavimento mientras daba vueltas para esperar a sus secretarios, haciendo tiempo para que preparasen papel y lápiz. Subía el bordillo helado y volvía a bajar, describiendo un ocho, y otra vez estaba frente a ellos. Las palabras volaban al viento al paso de Kellogg—. Lo primero es lo primero, la nota dedicada al sanatorio que saldrá en el próximo número de *Vida Saludable*. Por cierto, he introducido algunas correcciones en el artículo del colon y habrá que pasarlas a máquina en cuanto lleguemos. Estoy buscando una frase pegadiza, pero no una vulgaridad como las que ese charlatán de Post usa para anunciar sus tostaditas o sus galletitas y etcétera. Recuerden, caballeros, que esto no es un anuncio, sino una nota, un texto que, por su naturaleza, tiene una dignidad que esos mercachifles no comprenderían



nunca... bueno, el caso es que he encontrado la frase para colocar bajo el titular acerca del sanatorio de Battle Creek. —Inclinó la bicicleta para esquivar a un perro, pero pasó casi rozándole. Miró por encima del hombro a su resoplante secretario y al nervudo hombrecillo que corría a su lado. Ambos escribían frenéticamente y corrían por las heladas calles como refugiados en pos del último tren—. Es una frase muy adecuada y eficaz, llena de dignidad, pero la encuentro incompleta, como si... —Vuelta atrás y otra vez el ocho, para ponerse a su altura—. Bueno, dice lo siguiente: «Sanatorio de Battle Creek. Descanso organizado».

Bloese no parecía cansado; buen tipo. Dab, en cambio, resultaba patético, resollaba como un caballo de tiro y el doctor tenía que describir círculos con la bicicleta constantemente para esperarle.

—¿Comprenden lo que quiero decir? —gritó por encima del hombro el ciclista Kellogg, sin dejar de gesticular—. Un descanso que no resulta aburrido, o algo así. No quiero que demos la impresión de un geriátrico, en absoluto, es lo que menos me gustaría... al contrario, desearía hacer hincapié en la gran actividad que hay en el sanatorio de Battle Creek. —Atención, venía un carro por la izquierda—. Por cierto, Poul... ¿Poul?

El doctor dejó escapar un suspiro de desesperación. Dab se había quedado rezagado, estaba una calle más abajo. ¡Maldito inútil! El doctor giró bruscamente a la derecha y retrocedió.

—Lo de Lightbody —gritó, dirigiéndose a Dab y desviándose en el último momento. Por lo menos así se entretenía un poco, ¿por qué no?—. Han anulado la operación. ¿Hay algún motivo?

Las pesadas piernas de Dab le arrastraban a ciegas por las heladas calles. Parecía aturdido. Respiraba entrecortadamente.

—No, no hay ninguna razón especial —jadeó—. Pero es que... nosotros... bueno, con la asamblea de trabajadores y todo eso... nosotros...

El doctor se le acercó por la izquierda.

—Muy bien, de acuerdo. Pero vuelva a apuntarle. Y avise al doctor Linniman. Ese hombre es un auténtico desastre, cuanto antes acabemos con él, mejor.

Bloese se puso a su derecha. Avanzaba sin esfuerzo, como un atleta que se acerca a la cinta de llegada.

—Y sin aburrimiento —dijo con tono de deferencia y respeto. Al principio, el doctor no entendió a qué se refería, pero luego lo comprendió: había completado el eslogan. Y de una forma hermosa. Había dado en el clavo: «Sanatorio de Battle Creek. Descanso organizado y sin aburrimiento». ¡Perfecto!

—¡Sí! —exclamó el doctor—. ¡Eso es, Bloese, excelente! —Retrocedió a buscar a Dab—. ¿Lo ha oído, Poul? ¿Sí? Bien, si le parece, empezaremos con el dictado. Necesito una nueva versión del programa del sanatorio de Battle Creek para el libro acerca del sanatorio que voy a escribir. ¿Está al quite, Poul? Bien. De acuerdo. Empecemos: «Primero: Principios fundamentales y curativos. Sólo la naturaleza

puede curar. El Poder que crea es el Poder que puede curar. Los médicos, las enfermeras y las medicinas no curan; lo único que pueden hacer es dirigir el proceso curativo y favorecerlo. Hay que curar a los pacientes, no las enfermedades, eliminando las causas de éstas y no únicamente sus síntomas. Segundo: Una dieta natural...».

Mientras dictaba, el doctor se olvidaba del mundo que le rodeaba. Se concentraba, pelando las capas de su cerebro como si su mente fuera una cebolla, escarbando en sus profundidades, en la esencia de Kellogg, y el mundo ordinario retrocedía necesariamente a un segundo plano. Así, la mujer con el cochecito de niño tuvo que apartarse corriendo, y Bloese se convirtió en un objeto, un útil que se movía a la velocidad precisa, y Dab —¡pobre Dab!—, un útil más torpe, se quedó rezagado. El doctor tardó un buen rato, casi dos manzanas enteras, en darse cuenta de que Bloese intentaba comunicarle algo, algo vital y urgente, dada la vehemencia de sus gestos. Hombre de decisiones, general de su tropa, Kellogg pisó los frenos.

Bloese se detuvo a su lado. No había perdido el resuello, tenía el pelo perfectamente peinado, y el frío tampoco parecía afectarle. Pero había algo en sus ojos que hizo detenerse al doctor, una mirada de desesperación, desconcierto, temor.

—Bueno, Bloese. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Dab, señor. —El nuevo empleado volvió la cabeza en la dirección de donde venían—. Me parece que se ha caído.

Todo se aclaró en un instante. Los agudos ojos del doctor vieron la escena inmediatamente: el corpachón de Dab tirado en la calle como un montón de trapos, la joven del cochecito inclinada hacia él, los árboles desnudos irguiéndose hacia la lápida funeraria del cielo. El doctor Kellogg actuó con gran celeridad, recorrió el tramo de calle en un periquete. Pero a pesar de su rapidez, era demasiado tarde para que pudiera hacer algo por su caído amanuense.

La cara de la mujer, la de Bloese, la de Dab. Se detuvo un carruaje. La gente había empezado a salir de sus casas, a abrir las puertas, a mirar desde los porches, a contemplar la escena con fascinación y temor. El pequeño doctor levantó la cabeza del pecho de su secretario, dejó caer la muñeca que había cogido entre el pulgar y el índice. Los rasgos de Dab estaban atrapados por la presa de la muerte; tenía la boca abierta, la lengua hinchada, los ojos fijos en el cielo, en ciega contemplación. John Harvey Kellogg se levantó del suelo frotándose las manos con energía, para librarse de cualquier materia contaminante que se les pudiera haber adherido.

—Paro cardíaco —dijo solemnemente, y su mirada se endureció de pronto—. No hay nada que hacer. —Hubo un ruido apagado de pies arrastrándose, llantos contenidos y susurros—. ¡Pobre Dab, pobre Poult! —continuó al cabo de un momento, dirigiéndose a la multitud que les rodeaba, y el tono de su voz comenzó a alzarse, como si comprendiera el significado de aquel golpe, el contexto histórico de la vida de su secretario y su significado en el marco más amplio de la vida en general—. Aquí yace un hombre, un buen hombre y un buen secretario, un hombre caído en

la flor de la vida. —Levantó la cabeza y miró a los ojos a cada uno de los componentes de la atónita y pálida multitud—. Pero también —movió la cabeza con tristeza— un hombre que ignoraba los dictados de la vida fisiológica.

Se hizo el silencio. Nadie abrió la boca. La joven madre intentó contener un sollozo de sincero dolor. Finalmente, el doctor se volvió a Bloese:

—Lo siento, Bloese —dijo—. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Aloysius, señor.

—Aloysius —repitió con voz sombría, como si estuviera meditando el significado profundo de aquel nombre—. Aloysius —y alargó una mano para darle una palmada en el hombro—, tiene un día muy largo por delante.

El buen doctor Kellogg, director del sanatorio de Battle Creek, no era un hombre sin corazón, todo lo contrario. Una hora después, en su despacho, con la visera bajada, cuando el cuerpo de Dab ya estaba en el depósito, derramó una lágrima silenciosa. Se sentía culpable. ¿Cuántas veces se había dicho que tenía que ponerle a régimen, simplificar su vida, llenar hasta lo más profundo de su ser con el elixir vital del bienestar fisiológico? Pero también estaba enfadado. ¡Maldito Dab! Era un patán. Un tragaldabas, una desgracia. *Hay que curar a los pacientes, no las enfermedades.*

Estaba dando vueltas a aquel desastre en su cabeza —lo había presenciado media ciudad, después de todo—, cuando sonó el teléfono. Lo cogió mecánicamente.

—¿John?

Allí estaba, la voz de su propia sangre, la del acento rural, la de la gorra de campesino, la de aquel negociante astuto, cicatero y traidor, aquella voz que le había hablado desde una litera tantas mañanas en la granja, la voz que había recibido sus órdenes con un sí, un seguro y un lo haré aunque me cueste la vida, la voz de su hermano Will.

—Sí, soy yo.

—Ya sé que no hay afecto entre nosotros, John, así que iré directo al grano. Se trata de esos nuevos cereales...

El doctor le cortó.

—¡Estoy hasta las narices de ti y tus cereales! —exclamó—. Tienes todo lo que querías, mi nombre, mi esfuerzo, mi invento y el cuchillo que me clavaste en la espalda, así que no me llames para hablarme de cereales.

Will estaba muy tranquilo, siempre estaba tranquilo, había nacido tranquilo.

—John —dijo—, te hablo de nuestro apellido. Se llaman *Kellogg's Per-Fo*. ¿Los conoces?

¿*Kellogg's Per-Fo*? ¿Qué era aquella estupidez? Pero ¿de qué le estaba hablando? Y de pronto, en medio del malhumor del doctor, como un caballero negro con la lanza en ristre, apareció la imagen de George.

—¿Me escuchas, John?

La réplica del doctor fue un suspiro, como si hubiera interferencias en la línea.

—Es tu hijo George. Está detrás de ese negocio y legalmente puede utilizar el apellido, igual que yo, quieras reconocerlo o no...

El doctor se puso a la defensiva. George, Dab, McMickens... era demasiado.

—¿Sí? ¿Y qué? Me lavo las manos de lo que haga el muchacho, me las lavé hace ya muchos años.

Volvió a escuchar la voz de su hermano, apacible, sin irritación, sin estridencias, llena de tranquilidad.

—Es una pejiquera, John. Para mi negocio, claro, y aunque supongo que a ti no te importa un pito...

—Has dado en el clavo, tienes toda la razón.

—... espero que te des cuenta de cómo puede afectar a tu querido sanatorio. Lo de Per-Fo no es más que una patraña, John. Lo único que quieren es que les compremos la empresa y su silencio. Tengo a mis abogados trabajando...

—*Tus* abogados. Claro. Los mismos picapleitos que utilizaste para robarme la licencia de la marca Sanitas. Son éstos, ¿verdad? Esos chupasangres, esos vampiros, esos... *Tus* abogados. ¡Ja!

—No llamo para pelearme contigo, John. Nuestras diferencias las dilucidaremos en los tribunales...

—Te arrepentirás del día...

—Esto puede ser perjudicial para los dos, y te diré más, es un atentado contra mis negocios y los tuyos. Es tu hijo, digas lo que digas, y se correrá la voz de que el hijo del todopoderoso doctor es un embaucador. ¿Cómo crees que les sentará a tus distinguidos y estreñidos pacientes?

La conversación terminó ahí. El doctor Kellogg colgó el aparato con rabia. Las caras flotaron ante sus ojos: la de su hermano, la de Dab en su agonía final, y la de George, siempre George. Se quitó la visera e inclinó la cabeza sobre el escritorio.

Un porcentaje considerable de la plantilla le esperaba en el comedor principal. Cruzó la puerta con Bloese a su lado. Los conocía a todos, con todos se había mostrado amable y para todos había tenido atenciones personales. Enfermeras, botones, cocineras, conserjes, electricistas, friegaplatos, limpiabotellas, camareras, estaban todos, más de doscientos, mientras que los otros, los que eran leales, a él y a la institución y a su misión filantrópica, se mantenían al margen. Vio a McMickens encabezando el grupo mientras se abría camino hacia la tribuna. Era un irlandés de cara descolorida, cabeza plana, nariz bulbosa, con gran profusión de vello en el dorso de las manos. ¿Qué pasaba con aquellos irlandeses?, pensó enfadado, nunca estaban contentos con su suerte, siempre lloraban como cochinitos recién destetados. Aquel hombre era un buscapleitos, una amenaza, y en cuanto se acabara todo aquello, le despediría.

Se hizo el silencio cuando el doctor subió a la tribuna e inclinó la cabeza.

—Amigos míos —empezó sin levantar la vista—, empleados y compañeros de vegetarianismo. Tengo trágicas noticias, noticias que entristecerán vuestros corazones. —De pronto alzó la mirada y sus ojos se empañaron de lágrimas—. Uno de vosotros, uno de los hombres más queridos e indispensables de esta empresa única, grande y altruista en la que todos, incluidos los más humildes y los más nuevos, todos, estamos comprometidos, ha muerto. Sí, amigos, mi colega y secretario, el bueno de Poultney Dab, ha fallecido.

Alguien soltó un resuello. Hubo un murmullo, una confusión de voces, toses de sorpresa, y se hizo un silencio afligido.

—Ha pasado esta mañana, esta misma mañana, mientras cumplía con su deber. Poultney Dab estuvo trabajando para esta empresa hasta el último momento, copiando un dictado mientras se lo llevaban a un lugar muy lejano y mucho más feliz que éste. Su muerte ha ocurrido de forma inesperada, pero ¿qué muerte no es inesperada, la de un hombre, la de una mujer, la de un niño? El buen Dios, en su sabiduría, nos hizo imperfectos, sujetos a los caprichos y designios de nuestros organismos, pecadores, expuestos a la muerte.

No se oía un alma en la habitación. Todos los ojos estaban clavados en la tribuna. El doctor se detuvo para quitarse las gafas y secarse los ojos con un pañuelo.

—Sí —continuó, subiendo el tono de su voz, señorial y dramático—, Poultney Dab está muerto. Sacrificado. Muerto inesperadamente. ¿Quién de nosotros será el próximo?

No hubo respuesta.

—Decimos que su muerte ha sido inesperada, pero es sólo una manera de reconfortarnos, una especie de letanía. Quiero decir una cosa: la muerte de Dab era algo previsible, evidente para todos los que no estamos ciegos, visible en el resplandor de sus mejillas, en el fulgor de sus ojos, en la palidez de su piel y la corpulencia de su cuerpo... Era uno de los desafortunados, uno de los impíos, uno de los millones de hombres, mujeres y niños de este país, del *mundo*, que no saben qué hacer con sus cuerpos, esos valiosísimos templos, símbolos de la fe que Dios ha depositado en nosotros. Todos conocéis las funestas consecuencias de una dieta incorrecta, la debilidad de los comedores de carne, de los borrachos, de los adictos al café, y todos sabéis lo implacable que puede ser la naturaleza. Os digo todo esto, amigos míos, trabajadores, compañeros, camaradas misioneros: Dab ha sido víctima de la autointoxicación.

Una sola lámpara ardía en el rincón más alejado del comedor. El viento helado hacía vibrar los cristales de las ventanas, y las nubes rodeaban el sanatorio como si fuera un arca en medio del mar. El doctor extendió los brazos hacia la luz, se puso de puntillas en la tribuna y miró a los ojos a todos y cada uno de los presentes.

—¡Sí! —exclamó al fin—. ¡Autointoxicación! Y él era miembro de este equipo, conocía hasta la última sílaba todo lo que conduce a la luz y la reforma. ¿Y los

demás? ¿Qué decir de la legión de ignorantes, de los que trabajan en la oscuridad, condenados a morir anticipada y brutalmente, sin que nadie les avise, en el momento de mayor fertilidad? ¿Qué será de ellos? —De nuevo agachó la cabeza. Cuando volvió a levantarla, las lágrimas brillaban en sus mejillas—. Y vosotros... —aquí se le quebró la voz—, y vosotros me habláis de dinero. De lucro. De beneficios. Estáis reunidos aquí, entre los muros de esta fortaleza de la reforma sanitaria, de este bastión de la verdad, y me pedís que os dé, simplemente, dinero. Vosotros que gozáis de la salud y la inteligencia, que sois capaces de mantener la disciplina en los años dorados de vuestras vidas armoniosas y productivas. —Levantó las manos—. Os lo daría si pudiera, creedme. Ya sé que pagamos muy poco, incluso a los más experimentados. Sé que durante el primer año las enfermeras llevan una vida monacal, que sólo les pagamos con un techo, un uniforme y los medios para adquirir el conocimiento. Pero ¿tan difícil es soportar una vida así? ¿Puede alguien poner precio al saber, a un saber que salvará nuestras vidas y las de miles y miles de personas menos afortunadas que nosotros? Vosotros sois misioneros, yo soy misionero, y la humanidad es nuestra misión. ¿Se puede poner precio a eso? ¿Se puede?

La voz del doctor se extendió por la estancia. La mitad de los asistentes lloraba, y los pañuelos se agitaban como banderas de rendición. Una enfermera del segundo año que estaba en primera fila alzó la cara hacia él, con los ojos borrosos, las mejillas húmedas y un brillo reverente iluminando sus sencillas facciones. El doctor carraspeó y bañó a su público con la más compasiva de las miradas.

—Yo no me quedo con nada —dijo bajando el tono de voz—. Ni un centavo. Nada. Ya lo sabéis. El tiempo que paso aquí, y todos vosotros sabéis la cantidad de tiempo y energía que dedico a esta institución, es totalmente gratuito. Y lo hago contento, de buena gana, por prestar un servicio a la humanidad. Ésta es mi vida y... confío, deseo fervientemente, que también sea la vuestra. No os pediré que recéis por vuestro camarada caído, Poultney Dab tampoco os lo habría pedido. Yo le conocía bien, no hay nadie, hombre o mujer, aquí, entre nosotros, que pueda decir que le conociera mejor, y os aseguro que os habría exhortado a llevar su nombre en la batalla, como un regimiento que sigue a su estandarte. No derramáis vuestras lágrimas por Poultney Dab, amigos míos, pero pregonad su nombre. Utilizadlo como estandarte, como lanza, como resplandeciente símbolo de nuestra santa tarea común...

Al acabar, el hombrecillo de blanco se puso a cantar con una voz sin artificios y llena de pesar, una voz solitaria en el primer verso, pero que antes de que pudiera detenerse para tomar aliento se había acrecentado con el acompañamiento atronador de todos aquellos espíritus afines:

Adelante, soldados de Cristo,  
marchemos como si fuéramos al combate,

con la cruz de Jesús  
ante nosotros...

Y con este cántico bajó de la tribuna, marcando el compás con el brazo en alto mientras el himno se elevaba hasta el techo. El doctor se abrió paso hacia la puerta entre un mar de rostros descompuestos y de manos entrelazadas.

La noche cayó sobre el San. Era la noche de la muerte de Poultney Dab, y el doctor Kellogg y su nuevo secretario, A. F. Bloese, estuvieron trabajando hasta tarde. El doctor había triunfado, como siempre, pero ¿a qué precio? Tenía acidez de estómago, le dolían las articulaciones y sentía los ojos cansados. Eran demasiados problemas, demasiadas presiones, demasiadas manos queriendo meterse en sus bolsillos. A pesar de los rigores de la vida fisiológica y de la fortaleza de cuerpo y mente que proporcionaba, el doctor estaba deprimido. Cansado. Agotado. Y se encontraban en el hondo, negro y helado nadir del año.

Bloese estaba sentado a la máquina de escribir, bajo la lámpara, con las facciones endurecidas por la concentración, retocando el dictado que el doctor le había hecho antes. El viento seguía soplando con fuerza y el doctor, momentáneamente distraído, escuchaba cómo se aferraba a los árboles con el lúgubre aullido de un demoníaco amante levantado de su tumba para llevarse lo que era suyo. Se puso a jugar con su pluma. Con unas tijeras recorrió el puño del secante, de arriba abajo. En aquel momento se acordó de Florida. Miami Springs. El sol dorado, el sol omnipresente. Palmeras. La brisa del mar. Arena. Miami Springs. Qué hermoso sería...

Llamaron a la puerta.

Bloese levantó la cabeza como un perro guardián.

—No estoy, Aloysius —dijo el doctor.

Bloese se levantó y contestó a la llamada, sosteniendo la puerta de roble con su cuerpo y hablando a través de la rendija que había dejado abierta.

—El doctor no está —dijo—. Se ha ido a casa. —Y luego salió rápidamente al pasillo, cerrando la puerta tras de sí. Aun así, el doctor pudo escuchar el alboroto que había fuera. Se oyó alzarse una voz, una voz que le irritó como si le estuvieran hurgando por dentro con un rastrillo: era la voz de Lionel Badger. ¡Badger! Ya casi le tenía olvidado. Ah, sí, ahora que lo pensaba, recordaba haber leído en su agenda que Badger había ido al sanatorio a dar una conferencia y se quedaría una temporada. Sólo Dios sabía lo larga que sería...

—Sé que está ahí —dijo la voz irritante y áspera de Badger.

—Le aseguro que no, señor —respondió Bloese.

El doctor se imaginó la inmensa cabezota de Badger, coronada por un plumón rojizo de la consistencia del vello púbico, sus ojos saltones, y aquella mandíbula sombría. La última vez que le visitó había tenido la osadía de criticarle por llevar

zapatos de piel mientras que él, Badger, siempre llevaba sandalias de tela, en invierno y en verano. Lionel Badger era un fanático de la peor especie, la encarnación del radicalismo vegetariano. El doctor se acobardó ante la idea de tener que enfrentarse a él, de agasjarle, de llevarle la corriente. *Ahora no, suplicó, esta noche no.* Se oían voces discutiendo en el pasillo, el viento chocaba contra las ventanas, y en aquel momento, con más fuerza que antes, surgió ante él la visión de Miami Springs, con todo su verdor y su cerúlea inmensidad. *Descanso organizado sin aburrimiento.*

Tardó un minuto. Sesenta segundos, nada más. John Harvey Kellogg cogió el teléfono y pidió que le pusieran con Nichols, el de recepción.

—¿Nichols? —preguntó en voz baja para que no le oyera Badger, que tenía los oídos tan finos como un conejo.

Oyó la voz hipócrita de Nichols.

—Dígame, doctor Kellogg.

—Llame a mi casa, Nichols, y avise a la señora Kellogg, y también a mi hermana, de que hagan el equipaje, y que preparen una maleta pequeña con el mío.

—¿Señor?

Se había dejado llevar momentáneamente por la ilusión, con el rumor del oleaje en los oídos.

—¡Ah, sí! Haga una reserva para tres, con tres compartimientos privados... Sí, en el tren, el Michigan Central Line... Nos vamos a Miami.



---

## 8. EL DÍA DE LA MARMOTA

El tiempo era desapacible. Si un tibio y pálido sol despuntaba un momento entre las nubes para iluminar débilmente los jardines del sanatorio, al momento siguiente las nubes se cerraban sobre él, preñadas y truculentas. Todo el mundo se preguntaba si la marmota del doctor Kellogg vería su propia sombra y volvería asustada a su madriguera para seguir durmiendo otras seis semanas, pero después de soportar casi tres meses de frías y monótonas tardes de Battle Creek, Will Lightbody, por lo menos, rezaba para que el cielo se nublara por última vez. No es que creyera mucho en aquellas supersticiones, pero ¿quién sabía? Las criaturas de la pradera tenían formas insólitas de predecir el tiempo: el pelaje de las pezuñas de las mofetas y los mapaches aumenta conforme se acerca un invierno más severo de lo habitual, las golondrinas hacen sus nidos a mayor altura avanzándose a una temporada de grandes lluvias, los gusanos y las lombrices de tierra se entierran más profundamente cuando se acerca la sequía, y otros muchos animales realizan actos semejantes. Las predicciones de los almanaques destinados a los agricultores dependían de ellos.

Will contempló desde su ventana los ciervos domesticados del doctor, que vagaban por el jardín en pequeños grupos. La débil luminosidad plateaba unas veces sus lomos y otras los eclipsaba, de tal modo que parecían parpadear como imágenes en una película. Recordó el día en que él y la señorita Muntz estaban echados en la terraza, envueltos como esquimales, y observaban a aquellos mismos ciervos empeñados en la dura tarea de cocear la tierra helada en busca de un bocado aquí o allí. A la señorita Muntz, pobre muchacha, le parecían encantadores, pero Will los seguía viendo igual que entonces, como meros instrumentos de la propaganda del doctor. Y lo mismo le sucedía con la sarnosa chimpancé y con el alicaído lobo que el doctor tenía en una jaula en el sótano y al que alimentaba exclusivamente a base de migas de pan, para ilustrar la docilidad de los carnívoros privados de la capacidad de matar. O los blancos conejos que saltaban de matorral en matorral, felizmente dedicados a sus pacíficos quehaceres, y el ganso de Navidad, que se las había arreglado para sobrevivir al régimen del doctor y al que se podía oír graznando feliz en un estanque del Jardín de las Palmeras. Y, por supuesto, la celebridad del día, la marmota.

En honor de aquel roedor, el doctor Kellogg había cercado cierta extensión de terreno en el sector meridional del jardín del sanatorio, y un cartel escrito a mano con letra clara y sencilla identificaba el lugar para los curiosos: «Cañada de la Marmota». En aquel espacio de terreno, acotado por una valla de tela metálica de un metro veinte de altura, se suponía que profundamente hundida en el suelo, había un montón de

rocas y troncos, para darle más realismo, y un bebedero de cemento que llevaba mucho tiempo helado. Al parecer, la madriguera propiamente dicha había sido diseñada por su ocupante, criatura a la que Will nunca había visto. Cuando llegó, en noviembre, la madriguera estaba silenciosa y oculta, una masa de barro frío, un agujero negro. De niño había cazado docenas de marmotas en la casa de campo de su padre, en Connecticut, y nunca se había parado a pensar acerca de ellas. Pero aquella marmota en concreto había adquirido un significado especial y casi mítico, parte esencial del recién anunciado proyecto de «Descanso organizado sin aburrimiento» (cada fiesta era una ocasión, así como una admonición a respetar los derechos del reino animal). A su pesar, Will no podía evitar sentir un interés real y apremiante por ver cómo el desierto agujero volvía a tener vida. No importaban los atavíos, era una señal de renovación, de renacimiento, la llegada del sol. Y también sentía curiosidad por saber cómo se lo había montado el pequeño empresario de blanco. ¿Estaría electrificado el terreno? ¿Habría colocado un despertador en el agujero? ¿O bien uno de los ordenanzas sacaría al bicho excavando en su madriguera?

Los ciervos se movieron. El sol atravesó las nubes. Will apoyó las puntas de los dedos en la ventana y eructó suavemente, un eructo que sabía a leche, siempre a leche. Sintió que el estómago se le contraía bruscamente, y se le contrajo a causa de un pensamiento, de una aprensión que llevaba acompañándole varios días, todo el tiempo, minuto tras minuto. El caso era que ni él ni el doctor Kellogg estarían presentes en el espectáculo protagonizado por la marmota, programado, según el boletín del sanatorio, para las doce del mediodía, en medio de la tradicional parafernalia del lugar, con un almuerzo de etiqueta al aire libre y un «baile de la marmota y cotillón» a continuación. No, ellos estarían enzarzados en una íntima actuación pronóstica. Will estaba citado a las doce en punto para ser pasado por el bisturí.

Lo habían aplazado durante más de un mes, un mes durante el que había sido visitado interminablemente por Linniman y aquel hatajo de imbéciles que formaban el personal del departamento de colon, que se limitaban a mesarse las barbas, pellizcarse el labio, sonreír cuando no tocaba y murmurar respuestas evasivas. Se habían repetido las pruebas una y otra vez. Volvió a la dieta láctea, le suprimieron la zaragatona y las algas. Se quedó sin uvas. Pero el doctor Kellogg no estaba. Había desaparecido, sus quehaceres médicos le habían llevado a algún lugar remoto, del que finalmente había vuelto hacía poco, moreno como una nuez envuelta en la immaculada servilleta blanca de su traje de estambre.

Durante todo aquel tiempo —todo el mes de enero—, el estado de Will permaneció estacionario. Ni mejoró, ni empeoró. Su rutina era inalterable, se le aplicaron inflexiblemente los tratamientos habituales (con la excepción del baño sinusoidal: Will se negó en redondo). No volvió a salir en trineo, ni tampoco visitó las joyerías, ni el Red Onion (cada vez que salía por la puerta para dar una vuelta, le vigilaban de cerca a fin de que no cayera en la tentación). Su estómago era un foso de

acidez, sus deposiciones inexistentes, los enemas incesantes. Lo único que quería era volver a su casa de Peterskill, alejarse del San y del doctor Kellogg y su obsesión por la boca y el ano, pero en la institución se rebelaban ante la idea de que se fuese. Los médicos y las enfermeras hacían piña con Eleanor: sería un suicidio. Y, por lo que respectaba a Eleanor, tenía pensado quedarse otros tres meses. O quizá un poco más.

Y de ahí, al bisturí. Y así, el estómago que no funcionaba y los intestinos que no funcionaban se verían invadidos, agujijoneados, examinados en su húmedo y sanguinolento cubil, sopesados, vueltos del revés, y si al doctor, al todopoderoso doctor, le parecía bien, se extirparía, cortarían y mutilarían. Aquello era lo que esperaba Will Lightbody en aquella ventosa y desapacible tarde del Día de la Marmota.

A la hora del desayuno (el doctor Linniman y Kellogg habían insistido en que Will tomara sus comidas en el comedor, aunque sólo fuera para llevarse un vaso de leche a los labios junto a sus compañeros seguidores del ideal fisiológico o, como en el caso de aquel día, para no tomar nada porque tenía que pasar por el quirófano), Eleanor se había unido a él. Will estaba entusiasmado. Allí estaba su mujer, una auténtica obra maestra con su cuello de encaje y sus joyas, un adorno y una fuente de inspiración, abandonando la brillante compañía de su selecto grupo para mostrar su preocupación por él, su marido, que se enfrentaba a los riesgos de una operación. Cuando ella ocupó el sitio del profesor Stepanovich (que había vuelto a Rusia, a mirar por su telescopio para intentar devolver la credibilidad a los anillos de Saturno), Will sintió que los ojos se le empañaban de gratitud.

—Eleanor —dijo ruborizado de orgullo—. ¡Qué sorpresa! —Y la presentó a sus compañeros de mesa, aunque descubrió que ya los conocía a todos, por sus actividades sociales y porque era la directora del Club de Respiración Profunda del sanatorio.

Durante treinta segundos, Eleanor se mostró solícita y tierna, le preguntó cómo se encontraba, le tranquilizó, le preguntó si podía ayudarle en algo, pero luego pidió el desayuno, miró a otra parte y se enfrascó en una conversación general. Cinco minutos después, Will se empezó a poner de mal humor. Ella no le hacía caso. En realidad, había dejado de lado a casi toda la mesa —a Hart-Jones con sus rebuznos, a la señora Tindermarsh, y a la menguante señorita Muntz— para concentrarse en el comensal que había llegado más recientemente a la mesa de Will, un tal Badger, un tipo engreído y fanfarrón. Tal y como les repitió el propio Badger una y mil veces, era presidente de la Sociedad Vegetariana de los Estados Unidos y un personaje muy importante e influyente. A Will se le revolvió el estómago al ver como Eleanor le adulaba (y a su estómago sólo le faltaba aquella clase de emociones). Aquél era uno de los defectos de Eleanor: no tenía el menor sentido de la medida.

Estaban hablando de los eminentes vegetarianos que conocían en común. Badger soltaba su perorata, Eleanor soltaba nombres, y Hart-Jones seguía el hilo de la

conversación, con sus tartamudeos y relinchos, intentando desesperadamente decir algo inteligente. Will miraba por la ventana, hacia la penetrante luz del sol y las esponjosas nubes del Día de la Marmota, observando cómo pasaban las copas de los árboles de la luminosidad a la sombra y luego a la inversa, hasta que no pudo soportarlo más. Se volvió hacia la señora Tindermarsh, que estaba sentada como una montaña, a su izquierda, con las manos cruzadas sobre un plato tan yermo como el de Will.

—¿No desayuna hoy, señora Tindermarsh? —murmuró, por decir algo, para distraerse de las sandeces de la conversación de Eleanor con Badger.

La señora Tindermarsh se tensó. Abrió los dedos, uno a uno, y habló sin levantar la cabeza.

—Hoy me operan.

El pánico recorrió las venas de Will. Su irritación por la actitud de Eleanor había conseguido hacerle olvidar la terrible sentencia que pendía sobre su cabeza.

—A mí también —dijo con voz un tanto artificial, con un tono demasiado alto, casi un chillido.

La contundente cabeza de gárgola de la señora Tindermarsh se volvió hacia él y un leve matiz de interés solidario iluminó sus ojos.

—¿De verdad? —dijo sin animación—. ¡Qué coincidencia! Estoy citada a las once y media, por una estasis intestinal. Estoy un poco nerviosa, claro. Pero, por otro lado, pienso que es lo mejor para mí... para mí... bueno... —intentó sonreír—, será mejor que no sigamos hablando de esto o caeremos en la sintomitis.

Will sonrió y le dedicó una cansina sonrisa.

—A mí me operan a las doce —dijo—. También por una estasis intestinal. Por lo menos, eso es lo que cree el doctor. Claro que no lo sabrá hasta que me vea... —Fue perdiendo voz. Tuvo una súbita visión del doctor con la mascarilla de operar puesta y practicando la incisión, un agujero profundo y oscuro, y luego hurgando dentro para extraerle una marmota tirándole de las orejas, como un mago de feria. Cerró los ojos y se frotó las sienes. Luego, cogió su vaso de agua, tembloroso.

—... conocí a los Alcott<sup>[32]</sup> personalmente —estaba diciendo Badger—. Yo era un crío, por supuesto, pero aprendí algunas lecciones inapreciables en Dove Cottage...

Will sabía que a continuación describiría minuciosamente aquellas lecciones, tal como lo había hecho durante el desayuno, la comida y la cena todo el último mes, encontrando energía para proseguir en la tautología e inspiración en su propia voz, que era ronca, áspera, irritante e insondable. Aquel tipo llevaba alpargatas incluso en invierno y desdeñaba la lana, por lo que se paseaba en camisa de algodón por mucho frío que hiciera. Y presumía de no consumir otra cosa que un pan ázimo integral y rústico que había traído consigo, manzanas desecadas y agua pura de arroyo y sin filtrar, traída de Concord, Massachusetts, donde Amos Bronson Alcott tenía su casa. El régimen Kellogg, les había explicado ya en numerosas ocasiones, se quedaba a

medias. ¡Miel, leche, mantequilla, patatas! Él despreciaba todo aquello. Por su parte, Will le deseaba la paz y el sosiego de la tumba, y rezaba porque se ahogase con sus mendrugos acartonados.

Eleanor respondió al discurso de Badger con algo igualmente estúpido, y Will, temblando por el esfuerzo de contenerse, volvió su atención a la señorita Muntz, que estaba sentada a la izquierda de la señora Tindermarsh.

—Señorita Muntz, ¿qué tal van sus dibujos? —dijo hendiendo los labios en lo que pretendía ser una sonrisa.

No se atrevió a preguntarle por su estado, ni siquiera cómo se encontraba. La alta y magnífica mujer de rasgos verdosos que había conocido hacía dos meses estaba ahora encorvada y arrugada, era toda pellejo, tenía bolsas bajo los ojos y escamas junto a las orejas. Estaba tan pálida, que parecía víctima de una de aquellas criaturas de Bram Stoker; era como si le hubieran chupado la sangre, incluso su brillo verde como se había difuminado hasta convertirse en un verde cremoso y apagado. Pero lo peor de todo, lo más terrorífico, era el pelo. Se le había vuelto gris, gris como el de una bruja, y se le había empezado a caer a puñados. La miró y vio cómo le brillaba el cuero cabelludo a la luz de los candelabros.

—Muy bien, creo —sonrió—. Estupendamente. He hecho dos retratos, uno del doctor Kellogg y otro de Hart-Jones. Me encantaría hacerle uno a usted, un boceto al carboncillo, muy sencillo. ¿Querrá posar para mí algún día, Will?

¿Posar para ella? Claro que lo haría. Por supuesto. Will se sintió halagado y, sin darse cuenta, se irguió en la silla. Durante otro precioso instante, olvidó el peso de la sentencia que pendía sobre él.

La voz de Badger, de natural irritante, abrasiva para los oídos, se interpuso entre ellos.

—Me avergüenza que lleve usted zapatos de piel, señora Lightbody —pronunció con voz áspera—. Me avergüenza y me disgusta. Raras veces he conocido a una mujer tan bien informada sobre nuestra causa, tan devota y tan activa. Creo sinceramente que usted debería abrazar el vegetarianismo con todas sus consecuencias. Sólo entonces alcanzará una armonía fisiológica completa.

Will se desconectó mentalmente de él.

—Estaría encantado —le dijo a la señorita Muntz—. Después... bueno... —titubeó. ¿Podría posar? ¿Respiraría y ocuparía un espacio en el mundo de los vivos? Tuvo una visión de la señorita Muntz inclinada sobre él como el hada de la muerte, presionando con sus fríos dedos la máscara sin vida de su rostro—. Hoy me operan.

—¿A usted también? —exclamó. Parecía extrañamente excitada—. El mismo día a usted y a la señora Tindermarsh. Bueno —dijo inspirando profundamente—, felicidades.

Will la miró estupefacto.

—Se pondrá bien en seguida, eso era lo que le quería decir. ¿No le parece maravilloso? —Dio palmadas como una colegiala, dobló los dedos y se mordisqueó

pensativa los nudillos verde pálido.

A raíz de su empeoramiento, había sido sometida a curas progresivamente más radicales, en un intento desesperado de devolverle la salud, y quizá aquello le hubiera provocado ciertos trastornos mentales. En aquel momento estaba sometida a una de las más modernas y —si había que creerse todo aquel autobombo de Kellogg— eficaces curas contra la clorosis y otras muchas enfermedades, desde la erisipela y la obesidad hasta las uñas de los pies que crecen hacia dentro: las inhalaciones de radio. El radio, tal como Will lo entendía, era una especie de piedra que emitía unos rayos o vibraciones curativas. Los esposos Curie lo habían descubierto, junto con el polonio, y por ello habían recibido el Premio Nobel de Física en 1903, como reconocimiento a su capacidad de aislar tan milagroso elemento. El doctor Kellogg se apuntó en seguida al descubrimiento. Una piedra. Una piedra curativa. Parecía casi pagano.

—Sí —dijo Will, incómodo ante aquella sonrisa radiante y verdosa de la señorita Muntz. Tenía que pasar por el quirófano, pero se sobrepuso y le devolvió la sonrisa—. Será maravilloso. La señora Tindermarsh y yo tendremos que celebrarlo y dirigir el cotillón... Pero me temo que no será esta noche. Para el aniversario de Lincoln<sup>[33]</sup> ... ¿Qué le parece, señorita Muntz?

La señorita Muntz sonrió con serenidad. La visión de la corpulenta señora Tindermarsh abrazada a Will iluminó brevemente sus cadavéricos y amarillentos ojos. Estaba enferma, pero que muy enferma. Will se levantó con brusquedad.

—Eleanor —anunció, interrumpiendo a su mujer, que estaba en plena narración de una anécdota acerca del día en que había organizado en la estación de Peterskill un discurso de Lucy Page Gaston, la activista en contra del tabaco—, tenemos que irnos. —Miró con disgusto a Badger—. Me operan dentro de tres horas.

Badger soltó una risotada e hizo un comentario despectivo sobre el doctor Kellogg y sus habilidades quirúrgicas. Se despidió de ellos con un gesto de la mano. Eleanor se levantó dócilmente para unirse a su marido.

—Ha sido un placer hablar con usted, Lionel —dijo—, y, sobre todo, ha sido muy esclarecedor.

—Lo mismo digo —gruñó el príncipe de los vegetarianos, y mordió con fruición su rústico pan.

Cuando llegó el momento, fue la enfermera Graves la que preparó a Will para la operación, y Will dio gracias a los dioses de que fuera ella y no la enfermera Bloethal, quien, como supo más tarde, estaba ocupada irrigando los recalcitrantes intestinos de otro paciente con ayuda de la máquina de enemas del doctor. Irene estaba hermosa y radiante, y aunque intentó parecer profesional e indiferente, Will notó que estaba preocupada por él. Muy preocupada. Preocupada más allá del deber y de las limitaciones normales en la relación paciente-enfermera. La traicionaban la forma de moverse y de hablar, cierto sofoco en la voz y cierta exageración en sus más

mínimos movimientos. Estaba preocupada por él. Y aunque no hubiera aceptado el broche y se hubiera enfadado con sus recaídas, se habían reconciliado en las últimas semanas y parecían encontrarse en la misma situación que al principio. Era emocionante haber vuelto a lo de antes, verla sonreír, bromear con ella, participar junto a ella en el esfuerzo común que les unía íntimamente: la lucha para salvar su cuerpo y su alma del desastre.

Fue a buscarle a las once en punto y le encontró meditando junto a la ventana. Hablaron un momento de la marmota y de si volvería a su madriguera. Luego, ella le tomó la temperatura, le auscultó, le aplicó el esfigmomanómetro y anotó los resultados en la ficha. Le dio una poción para que se relajara, la cual le produjo un efecto curiosamente parecido al del licor curativo Sears' White Star, un calor que se extendió desde su vientre por todos sus miembros, hasta las puntas de los dedos y de la lengua. Después le ayudó a echarse en una camilla con ruedas. Y Ralph, el musculoso y responsable Ralph, le llevó al ascensor y de ahí al quirófano.

A las doce menos cuarto estaba en una antesala del quirófano, esperando a Eleanor, con la enfermera Graves a su lado. Eleanor estaba ocupada en su rutina matinal y no pudo acompañarle durante la larga espera, pero le había prometido que saldría pronto de la terapia de posturas para estar con él en el último momento. La voz de Irene, suave como una brisa templada por el sol, flotaba sobre él. Le cogió la mano y le distrajo con las aventuras de sus hermanos; el pequeño Philo se había caído a un estanque helado y se le había congelado el pelo; Evangeline se había amoratado dos uñas al pillárselas con la mantequera; los perros habían cazado un zorro en el granero. Will se sentía indolente, como flotando. Por su cabeza desfilaron distintos momentos de su vida, se vio como un niño intrépido, mens sana in corpore sano, devorando ansiosamente un pollo asado en la fiesta del Día de los Caídos, montando en bici por un bosque de abedules blancos, pescando bajo el puente, saliendo de casa en una mañana nevada. El estómago volvió a contraérsele. La realidad era que iba a ser pasado por el bisturí. ¡El bisturí! Se imaginó a la señora Tindermarsh, aquel monumento a la carne, con su pronunciada barriga y sus pechos caídos, desnuda y expuesta al sondeante escalpelo del doctor Kellogg, un escalpelo que cortaba, excavaba y seccionaba.

—Sáqueme de aquí —gruñó, y se sobresaltó al oír su propia voz—. Irene, lléveme a mi habitación, sáqueme de aquí... yo no... no puedo...

La enfermera le tranquilizó. Le habló, le arrulló para ahuyentar sus temores. ¿Conocía la *Canción de cuna* de Brahms? Sí, Brahms. Ella hablaba y hablaba, y mientras Will yacía inmóvil, con sus partes pudendas envueltas en una toalla esterilizada, le enjabonó el abdomen y le afeitó el pequeño matorral de vello que le crecía allí, fuera del alcance del sol. Tuvo una vaga conciencia de que Eleanor había entrado en la habitación, vio su rostro colgando sobre él como una lamparita, escuchó un intercambio de palabras irritadas entre su mujer y su enfermera, ¿*Qué le está haciendo a mi marido?*, y luego Eleanor se fue, la camilla se puso en movimiento, se

abrieron las puertas, y allí estaba el doctor Kellogg, con su higiénica barba oculta tras la mascarilla.

Todo estaba muy iluminado. Desagradablemente iluminado. Will intentó apartar la cabeza, pero allí estaba Ralph para sujetarle. Le ataron los tobillos, las muñecas y los codos. Había gente con mascarillas, y sus ojos tenían un brillo desalmado. Él era la víctima del sacrificio, echado en una antigua ara de piedra. Luego, la máscara se acercó a su propia cara, goma negra, olor a éter, dulce y nauseabundo, mucho más intenso que el aire... La voz del doctor se dirigió a él, vacía, canturreante, lisonjera, reconfortante... *No se resista, señor Lightbody, pronto acabará todo, muy pronto, muy pronto... Volverá a estar bien... Relájese, relájese...*

¿Cómo podía resistirse a semejante requerimiento? Se relajó. Sintió que iba a la deriva...

Pero, de pronto, la barba de chivo del doctor se liberó de sus ataduras, crespas y desnuda, y su solemne rostro adquirió una expresión rijosa. Los peludos corvejones del sátiro se desprendieron de la bata dando coces, y allí estaba la primitiva herramienta del galeno, enorme, roja, hinchada, un arma en sus manos, arremetiéndolo, arremetiéndolo...

Al fin, la escena se desvaneció y todo se hizo oscuro.

En la zona sur del jardín, reconfortada por braseros de carbón y humeantes jarras de Sanitas Koko y té de sorgo, una multitud, formada por más de trescientos pacientes, acompañantes y gente de la ciudad, se había reunido alegremente para presenciar el acontecimiento del día. Había cierto aire festivo, propiciado por la presencia de la banda del sanatorio, que se pondría a tocar una vibrante marcha en el momento en que el roedor mostrara su bigotuda cara y tomara la importante decisión, y por el olor a castañas asadas y Protose a la brasa que flotaba en el ambiente. Los niños rodearon la cerca de la marmota gritando con sus voces delicadas y alegres, llenos de la excitación de aquella diversión que agitaba sus cuerpos y arrancaba gritos de regocijo juvenil de sus gargantas. Bailaban, chillaban y jugaban al corre que te pillo y al escondite. Los adultos los miraban con condescendencia y gritaban con la misma falta de inhibición mientras comían, bebían y bromeaban como si el invierno se hubiera acabado definitivamente.

Eleanor estaba allí, entre Lionel Badger y Frank Linniman. J. Henry Osborne, el rey de la bicicleta, estaba solo con una jarra de cacao en la mano. Ida Muntz, en silla de ruedas, iba flanqueada por Adela Beach Phillips, la campeona de tiro con arco, y el almirante Nieblock y su esposa; los cuatro que estaban casi al final de la multitud, se desternillaban de risa con las payasadas de Horace B. Fletcher, que daba saltos mortales por el césped con una expresión de marmota en la cara. El reloj dio las doce.

En aquel preciso instante —y nadie supo cómo pudo conseguirlo el doctor— algo se agitó en la boca helada de la madriguera. Se apagaron las risas, cesaron las



conversaciones y el silencio se apoderó de la multitud. ¿No era aquello un poco de tierra que salía despedida? Sí, era tierra. Y luego un segundo terrón, y un tercero, volaron desde el agujero de la madriguera. La gente esforzó la vista.

Entonces surgió aquel ser —así, por las buenas—, salió de la madriguera sin ninguna ceremonia. Era delgado, de grueso trasero, con la nariz hendida y bigotes brillantes. La multitud contuvo la respiración cuando el roedor se rascó una oreja con una poderosa pata trasera y miró al cielo. En aquel momento, y como respondiendo a una orden, las nubes se abrieron y un solitario y sencillo rayo de luz cayó sobre el reluciente pelaje del animal y proyectó su sombra sobre la hierba amarillenta. Sólo fue cosa de un instante. El roedor miró a la multitud con unos ojos como perdigones grises, metió la cabeza entre las patas como si hubiera recibido una descarga eléctrica y volvió a desaparecer por el agujero.

Las nubes se cerraron en el cielo como un solo puño.

TERCERA PARTE

## Pronóstico

---

## 1. PREGUNTAS, PREGUNTAS, PREGUNTAS

Aquel año la primavera llegó tarde a Battle Creek. Durante la primera semana de abril cayó más de medio metro de nieve, que casi alcanzó los amentos de los sauces, dejó a las ranas de zarzal estupefactas sobre sus zapatillas de barro y proporcionó a Bjork Bjorksson un aluvión de zorrinos desconcertados, puercoespines, castores y zarigüeyas que caían en sus trampas. Las vacas y las cabras se quedaron atrapadas en los pastos; la gente se apresuró a sacar otra vez los trineos; en la resbaladiza calle Washington chocaron dos carromatos y un Ford T recién estrenado. El día dieciocho, después de un deshielo que animó falsamente a los azafranes y a los azúmbares, hubo una helada fortísima seguida de una lluvia glacial que convirtió los árboles en estatuas de cristal y las calles en una enorme pista de patinaje. Los pájaros también llegaron tarde. Los comederos del sanatorio estaban atestados de gorriones y grajos, y también de estorninos, que estaban empezando a establecerse en la zona, pero no había señales de petirrojos, charlatanes u oropéndolas. Hasta mayo no crecieron los simplocarpus en el limo de los pantanos, ni los ruibarbos enrojecieron la parte posterior del jardín, ni las ranas de zarzal emergieron y empezaron a raer los bordes de las noches con su vibrato amoroso.

Como todo el mundo en Battle Creek, con la posible excepción de Bjork Bjorksson y algún aficionado al trineo, John Harvey Kellogg estaba muy contrariado. Tenía ganas de ponerse en movimiento, de combatir el aburrimiento con meriendas en el campo, expediciones de pesca, baños al aire libre y la fiesta de coronación de la reina de mayo. Se tiñó su blanca barba de negro y se puso chistera el día del aniversario de Abraham Lincoln, y soltó un centenar de conejos blancos por Pascua. Todo aquello constituyó la diversión de la temporada. Pero para un hombre que creía en los poderes curativos de la luz, la helada permanente representaba una prueba muy dolorosa. Tenía todas las flores que quería, cultivadas en la atmósfera artificial de los invernaderos del sanatorio, tenía el Jardín de las Palmeras y el solárium artificial, pero hacía tiempo que había perdido la morenez de Florida, y empezaba a sentirse débil como un esquimal o un lapón, privado durante tanto tiempo del auténtico Helios, del cálido y nutritivo sol del equinoccio vernal.

En aquella noche concreta, un lunes de principios de mayo, se estaba preparando para dirigirse a sus fieles a propósito del tema de los demonios ocultos del consumo de carne. Nadie le había pedido que hablase de ese tema, nadie había dejado ninguna nota interesándose por aquella cuestión en el buzón de preguntas durante la semana, pero no por ello se desanimó. Con los años, había descubierto que las preguntas de los pacientes tendían a ser demasiado concretas («¿Qué puedo hacer con un juanete

en el dedo gordo del pie, aparte de ponerme un calzado más amplio?». Señorita M. S. «¿Puede estar relacionado un tumor en la nuca, justo debajo de la oreja izquierda, con un hígado apático?». Señor R. P. P. «¿Se puede corregir el estrabismo en un niño mediante la aplicación de compresas de hierbas?». Señora L. L.), y aunque se complacía en contestarlas y dirigir la discusión hacia temas más generales, en realidad no se sentía obligado a hacerlo. Si nadie había preguntado por la triquina o la *Taenia saginata*, la solitaria vulgar, pero a él le parecía que ésa era una cuestión vital, pues muy bien, hablaría de aquellos parásitos y de sus horrores. Al fin y al cabo, el buzón de preguntas no podía ser demasiado democrático; él y sus médicos tenían que hablarles a los pacientes de cosas verdaderamente importantes. Lo que *ellos querían saber* era una cosa completamente distinta, que unas veces coincidía de forma clara con las intenciones del doctor y otras no. Aquella noche era una de las ocasiones en que no. Pero les tenía preparada una demostración, ¡oh, sí!, una demostración que jamás olvidarían.

Bloese fue a avisarle a su despacho a las ocho menos cinco. El doctor cruzó el pasillo, atravesó el vestíbulo y entró en el ala sur, saludando y sonriendo a sus pacientes y a los miembros del personal a cada paso. Cuando entró en el salón de actos, la gente estalló en aplausos, estallido que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una sonora ovación en el momento en que todos los asistentes fueron conscientes de su presencia. Discreto e impecable, vestido con uno de sus trajes de verano —blanco, por supuesto; ¿por qué no adelantarse a la temporada?—. Alzó sus cortos brazos solicitando silencio.

—Sean bienvenidos, damas y caballeros, distinguidos invitados, todos —exclamó, e hizo una pausa para juntar las manos y mirarles con santa benevolencia. Ellos eran su rebaño y ningún mal podía acecharles. Ellos no sufrían de arteriosclerosis, ni de palpitaciones, tumores, úlceras, temblores o vértigo. Ellos eran los elegidos, los escogidos, los virtuosos, y resplandecían en su presencia—. Bueno —dijo, cortando bruscamente aquellos pensamientos—. Bajo los auspicios de *la vie simple*, abordemos el tema de esta noche. —Se aclaró la garganta y se ajustó los anteojos de montura blanca—. Sí, aquí tenemos una pregunta del señor... —desdobló una hoja de papel—, de... veamos, sí, el señor W. B. J., sobre los peligros de comer carne. Dice textualmente: «Hemos aprendido que consumir alimentos animales encierra graves peligros; además de ser antinatural e ir contra las leyes de Dios y del hombre, conlleva el peligro de la autointoxicación y de otras muchas enfermedades asociadas a dicho consumo, a menudo mortales si no se tratan a tiempo. ¿Hay otros peligros ocultos resultantes del consumo de carne? Y, si los hay, ¿cuáles son?» —El doctor alzó la vista del papel—. Una pregunta excelente, señor W. B. J., le felicito. Bueno, aparte de las preocupantes y deplorables condiciones de los mataderos de este país, que creo que ya comenté desde esta tribuna hace dos semanas... ¿Son dos semanas o tres, Frank?

El doctor se detuvo, con una mirada de consternación en el rostro, para plantear la

pregunta a Frank, que estaba sentado en primera fila, con las piernas impecablemente cruzadas.

—Dos semanas, doctor —le dijo como respuesta.

—Sí, muy bien. A los que no estuvieron con nosotros entonces, permítanme que les aconseje consultar *La jungla*, la excelente novela de Upton Sinclair<sup>[34]</sup> sobre el tema. A propósito, quisiera comentarles que fue nuestro invitado el otoño pasado, lo que supuso un gran privilegio para el sanatorio. Y por supuesto, mi libro *¿Hay que matar para comer?*, publicado y distribuido por nuestra editorial un año antes que el encomiable volumen del señor Sinclair y que, por cierto, está disponible para todos ustedes, a un precio muy asequible, con lo que ayudarán a la manutención de nuestra institución y de su obra... Sea como fuere, no es necesario que les regale esta noche, o debería decir aterrorice, con historias de desperdicios animales, excrementos, sangre, orina e incluso vómitos tratados y convertidos en salchichas o en latas de carne en conserva, o de la práctica de picar la carne de los animales tuberculosos con los infecciosos tubérculos incluidos, como para darle más sabor, para enmascarar su mala calidad... Salta a la vista la repulsión que sienten todos ustedes ante la mera mención de estos hechos, que son hechos probados. ¿Qué persona civilizada no se espantaría ante tales horrores? Intenten imaginarse por un momento los gritos desesperados de terror de terneros, ovejas, cochinitos, pollos, ánades y pavos al verse conducidos al matadero, al ver la sangre de sus primos, de sus hermanos, la sangre de sus propios progenitores, manando de sus orificios nasales. —Alzó las manos en un gesto de rechazo—. Pero no es mi intención enumerar esta noche todas las blasfemias y ofensas contra la vida y la salud, ofensas que se siguen perpetrando mientras estamos aquí sentados, a pesar de los esfuerzos del señor Sinclair, del doctor Wiley, de las autoridades sanitarias, y de todos nosotros, los que perseguimos una vida sana, progresista, pura e ilustrada. No es mi intención contestar a la pregunta del señor W. B. J. con pelos y señales, porque podría revolverles el estómago. —Sus ojos vagaron por las caras que se alineaban ante él, oleada tras oleada de pacientes, y siguieron hasta las enormes puertas de roble que había al fondo de la estancia y aún más allá, pues debía de haber unas veinte o treinta personas apiñadas en el pasillo—. Esta noche, señoras y caballeros, me gustaría explicarles algo de los parásitos, los gusanos, que bullen en cada bocado de carne que, consciente o inconscientemente, ustedes se habrán llevado alguna vez a la boca. Antes, claro está, de su conversión a la vida biológica.

Se produjo un momento de deleite para el diminuto doctor, el momento por el que vivía, aquél en que tenía a su público en un puño. No se oía ni un murmullo, ni un bostezo, ni un suspiro. Los tenía totalmente atrapados.

—De acuerdo —dijo—, para empezar, tomemos la triquina. La *Trichinella spiralis*, para ser más exactos. Este flagelo del hombre y de los propios animales, recientemente incluso de animales como el oso negro americano y el hipopótamo africano, debe su hedionda existencia a las prácticas carnívoras, en particular las

humanas, al consumir carne de cerdo. No es de extrañar que, en el antiguo Oriente, tanto hebreos como árabes desterraran de sus mesas a esas bestias inmundas... Ojalá hubieran desterrado también el carnero y el buey —añadió, con un suspiro melancólico—. En cualquier caso, el cerdo cocinado y condimentado de forma incorrecta, al ser ingerido, libera las larvas de la triquina en sus cápsulas o quistes, quistes en los que viven durante períodos indeterminados, años en muchos casos, en la fibra muscular de sus receptores. Cuando se consume la carne, las larvas se liberan de sus cápsulas y crecen dentro del sistema digestivo, y cada lombriz produce más de mil retoños. Las crías taladran las paredes intestinales y son conducidas por la sangre a sus destinos finales, las fibras musculares del cuerpo. Una vez allí, se aposentan, incrustadas en los pétreos quistes que fabrican, hasta que, a su vez, éstas son devoradas. En el caso de los seres humanos, esto es muy improbable, a menos que uno caiga en poder de una tribu de caníbales de los mares del Sur. No, esos quistes son permanentes. No hay cura para ellos. —Se detuvo, esperó. ¿Quién entre el público no recordaba haberse comido una lonja de tocino, un filete de cerdo o unas chuletas? Media docena de mujeres ya se estaban retorciendo en sus asientos—. No quiero contarles —dijo con voz sombría—, las innumerables agonías que he presenciado por culpa de esos parásitos, impotente para poder ayudar a aquellos pacientes, a pesar de los medios fisiológicos que me ha dado el Todopoderoso. ¡Oh, esos hombros triturados y esas rodillas temblorosas, esos músculos respiratorios infectados y esos corazones flagelados! Una vez tuve un paciente que vino a verme tras varios años de excesos. Era un granjero de Iowa que había sacrificado un cerdo cada otoño de su vida. Pues bien, aquel pobre ser angustiado no podía levantar los brazos a la altura de los hombros por culpa del flagelo del quiste de la triquina. Era descorazonador. Intentaba levantar los brazos y no podía, sobrecogido por un terrible dolor... —El doctor se interrumpió, vencido. Tenía los ojos nublados y luchaba por mantener firme el tono de voz—. Nunca olvidaré el sonido de aquellos quistes rechinando contra huesos y tendones. Era un ruido como de nueces al romperse, amigos míos. Sólo con levantar los brazos. Nueces al romperse. ¿Se imaginan el dolor que atormentaba a aquel sufriente esqueleto? —Hubo un silencio de consternación—. Por suerte, amigos míos, no tuvo que sufrir durante mucho tiempo, murió a los cuarenta años. Fallaron los músculos de su corazón, invadidos por aquellos pérfidos parásitos, lombrices. *Lombrices*, señoras y caballeros. —Movié la cabeza con tristeza—. Y todo porque le gustaba el cerdo.

El doctor continuó ilustrando su punto de vista con una artimaña parecida a la que había empleado con el ejemplo del filete de la señora Tindermarsh. De una nevera, colocada estratégicamente detrás del escenario, sacó una pata de cerdo de la carnicería Tuckerman («Fresco del día, según garantizan», anunció alegremente), envuelta todavía en el blanco y crujiente papel de Tuckerman y atada con el bramante de Tuckerman. Le ordenó a Frank Linniman que hiciera tres finos cortes y los colocara en los portaobjetos de los microscopios que había en la parte de atrás del

escenario. Pidió tres voluntarios del público para que examinaran las muestras y descubrieran las peligrosas espirales en las estrías del tejido muscular.

John Hampton Krinck, el réprobo, reincidente y nihilista, agitó las manos enérgicamente, pero el doctor le ignoró. Lo que la ocasión requería era la pulcritud femenina, el tobillo bien formado y el pecho atlético. El doctor sintió no poder recurrir a Ida Muntz, y, durante una milésima de segundo, sintió una punzada de duda. Nunca la hubiera admitido en el sanatorio de haber sabido la gravedad de su estado. Clorosis. ¡Ahí es nada! Con todo, había sido uno de sus fracasos más estrepitosos y le había proporcionado la peor publicidad posible. En el entierro, sus padres —gente odiosa, pese a todo su dinero— casi le habían culpado, como si no hubiera hecho todo lo que estaba en sus manos para contrarrestar los años de vida carnívora que la joven arrastraba. Y, sin embargo, todavía se preguntaba si el tratamiento con radio no habría sido excesivo... o insuficiente. ¿Era aquel elemento tan bueno como lo pintaban?

Pero no tenía ningún sentido llorar por la leche derramada, así que apartó aquel pensamiento y escogió a Eleanor Lightbody. Era una mujer elegantísima, guapa de verdad, aunque estaba muy delgada. ¿Estaría ayunando por su cuenta? Eligió también a una joven señora de Hohokus, Nueva Jersey, que tuvo que decirle al doctor cómo se llamaba. Aquello le incomodó. ¿Qué le pasaba últimamente con los nombres? ¿Estaba perdiendo memoria? Y, por último, a Vivian DeLorbe, una actriz de Broadway. Las tres descubrieron la prueba evidente, los demoníacos gusanillos se retorcían como caracoles en sus conchas, dispuestos a saltar e invadir el confiado cuerpo. La señorita DeLorbe emitió una serie de expresiones de disgusto muy teatrales y satisfactorias.

Fue una actuación encantadora, pero nada comparado con lo que vendría a continuación. Una vez que el escenario quedó libre y el público tuvo tiempo de reflexionar sobre la calidad de la carne servida por el mejor carnicero de Battle Creek, lo que llevaba implícito preguntarse cómo sería la carne que servían en otros sitios, el doctor volvió a la pregunta del anónimo W. B. J. y se extendió hablando de la tenia. Puso especial énfasis en la descripción de su forma adulta y de los garfios mediante los que adhería sus escólex a las paredes del intestino humano, y cuando hubo impresionado lo suficiente a su audiencia, le pidió a Frank Linniman que circulara entre ellos con un bote que contenía un ejemplar de más de siete metros.

—Recuerdo muy bien al paciente —empezó a decir el doctor, mientras la tenia hacía su ronda en manos del doctor Linniman—. Era un hombre próspero, un abogado que había alcanzado la cúspide de su profesión como socio fundador de uno de los más prestigiosos bufetes de Nueva York. Estoy seguro de que aquí hay unas cuantas personas que han oído hablar de él. En aquella época, yo trabajaba como interno en Bellevue. El hombre expiró rápidamente y sin previo aviso, a causa de las complicaciones surgidas a raíz de una autointoxicación aguda. Por lo que se sabía, era un asiduo de tabernas y restaurantes especializados en chuletones. Durante la

autopsia, que tuve el dudoso honor de supervisar, apareció este ejemplar, en perfecto estado y completamente vivo. —No hubo ni una sola cara en la estancia, incluida la de Krinck, que no palidiese—. He pensado que tenía que compartir esta historia con ustedes —continuó el doctor—, por si alguno se sentía tentado en algún momento a volver a la dieta carnívora. ¿Alguien quiere una salchicha? ¿Una chuleta de cerdo?

Hubo un alud de preguntas, todas ellas planteadas con voz desanimada y susurrante, sobre varios platos y distintos tipos de carne.

—¿Venado? —gritó el doctor en un momento determinado—. ¿Por qué no se come directamente los huevos de la tenia y así acabará antes?

También tuvo que responder a una exhaustiva serie de preguntas acerca de los síntomas individuales como reacción a los efectos del organismo en cuestión. Media docena de ellas, por lo menos, empezaron con el hipotético «Y si...».

El doctor Kellogg se mostró muy paciente con ellos. Después de todo, exponiendo los defectos del selecto cerdo de Tuckerman y mostrándoles aquel horrible platelminto sin cara y de cabeza ganchuda que contenía el frasco, había conseguido su propósito: despertarlos, asquearlos y reforzar su intención de rechazar para siempre los productos cárnicos. Después de una media hora, contestó a una serie de preguntas inconexas sobre helioterapia, *Naturkultur* y nudismo (el doctor aprobaba todas esas prácticas, incluso el nudismo, siempre que hubiera una estricta separación por sexos), las causas fisiológicas del bostezo y el poder de la sugestión. Luego, cuando todo el mundo estuvo emocionalmente vencido, debilitado, agotado, intentando mantener la postura adecuada en sus sillas fisiológicas, el doctor dio un golpe teatral.

La pregunta acerca de los bostezos había dado paso a una epidemia de preguntas sobre dicho fenómeno oral, y el doctor Kellogg estaba finalizando sus comentarios...

—Mojarse la cara con agua fría, beber un vaso de agua, fría o caliente, o alguna bebida refrescante, ayudará a vencer la tendencia a bostezar...

Pero el doctor Linniman, que se había desembarazado de la tenia encurtida, entró como si tal cosa en la estancia con Fauna, la loba gris, atada a una correa.

El público se reanimó inmediatamente. Fauna quizá no complacía tanto a los asistentes como Lillian, la chimpancé, pero su aparición anunciaba la puesta en práctica de algún truco del doctor. Las cabezas se volvieron. Cesaron los bostezos. Un susurro de voces llenó la estancia. El doctor Kellogg rebotaba de alegría mientras Frank, con su pelo rubio y su fisiológica mandíbula, avanzaba por el pasillo, con la loba andando dócilmente a su lado. Ante los perspicaces ojos del doctor, los defectos del animal saltaban claramente a la vista: zancada desigual, caderas displásicas, la opacidad de sus ojos y la descolorida mata de pelo de su vientre, que Murphy se había olvidado de empolverar. La cuestión de la dieta de la loba había sido realmente endemoniada desde el principio. El doctor la alimentaba con cacahuets y leche vegetal, Protose, harina de maíz y gluten de trigo, y procuraba que tuviera las tripas



rigurosamente limpias, pero le faltaba algo. Inspeccionándolo más de cerca, el animal no parecía muy sano. De todos modos —el doctor soltó un leve gruñido de satisfacción—, nadie se daría cuenta. No, los demás la veían como una magnífica criatura, una gran loba vegetariana, rescatada de los bosques cuando era un cachorro y criada hasta llegar a la edad adulta según el régimen dietético del sanatorio.

Frank la condujo hasta el escenario y le entregó la correa al doctor. La loba, que conocía su papel tan bien como Lillian el suyo, y además era mucho más pacífica, miró tranquilamente a los allí congregados. Era un símbolo de la naturaleza tan selvático y tan puro como pudiera serlo cualquier cosa que hubiera podido ocurrírsele a Jack London. Lamió la mano del doctor y se sentó sobre sus cuartos traseros, tan a sus anchas como un perdiguero ante una chimenea. El doctor esperó hasta que Frank Linniman bajó del escenario y salió de la estancia, y empezó su comentario con cierto aire de improvisación.

—Todos ustedes conocen a Fauna —dijo apoyando una mano en la ancha y blanca cabeza—. La han visto jugar en los jardines del sanatorio, retozando y haciendo cabriolas con los ciervos y los conejos que soltamos por Pascua. Pero lo que nunca han visto es su naturaleza de loba salvaje. Por si no lo recuerdan, damas y caballeros, Fauna no es un perrillo faldero, no es un *collie* ni un perro pastor, sino un lobo, de una voracidad tal que ha supuesto un peligro para el hombre desde tiempos inmemoriales, un lobo salvaje auténtico cazado en los territorios desolados del noroeste, en el extremo más remoto del lago superior. Pero ¿se atrevería a tocar uno solo de mis cabellos? ¿O de los suyos? ¿Osaría atacar a los gamos o a los conejos? —Volvió a darle unas palmaditas, y la loba le lamió la mano (anotó mentalmente que en cuanto bajara de la tribuna tenía que lavárselas)—. No, amigos míos y fieles seguidores del ideal biológico, ¡claro que no! Y todos ustedes saben a qué es debido: a que nunca ha visto nada rojo entre sus dientes o sus garras, no ha matado nunca, no ha probado nunca la carne. Cuando nos la trajeron, estaba aún sin destetar, y la hemos alimentado desde entonces con la misma clase de comida que consumen ustedes; es un verdadero ejemplo de dieta vegetariana.

En aquel momento, la gente que estaba junto a la entrada se apartó para dejar pasar al doctor Linniman. Esta vez iba acompañado por un par de corpulentos empleados que llevaban una jaula, de cuyas profundidades salía un aullido salvaje, una antífona retumbante de odio y rabia, rota tan sólo por los gruñidos emitidos al inspirar aire. Por la habitación se extendió una sensación de peligro. El público lo notó. Era algo como una punzada en la columna, algo que hacía brotar sus fluidos ancestrales, que les erizaba el vello de la nuca... Fauna también lo sintió. Tensó las orejas y emitió un gemido apenas audible, pero el doctor la hizo callar con una discreta patada.

Cuando dejaron la jaula en el escenario, su ocupante quedó a la vista de todo el mundo: era otro lobo, negro como el sueño en lo más hondo de la noche, agazapado contra los barrotes. Sus ojos lanzaban destellos amarillentos, las babas le caían entre

los fulgurantes y blancos dientes. El doctor tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—Calma, señoras y caballeros. Créanme, esto es sólo una demostración. No permitiremos que sufran ningún daño.

El público estaba agitado. No era un simple murmullo, sino un clamor tenso, exclamativo, incluso cacofónico. El doctor tuvo que dar unas fuertes palmadas para atraer su atención.

—Señoras y caballeros, cálmense —repitió.

Aunque la gente se había callado, el doctor esperó un poco. Se quedó inmóvil unos momentos, con el lobo de pelaje descolorido echado tranquilamente a sus pies y su compañero mordiendo los barrotes de la jaula, a fin de permitir a los asistentes el beneficio de una prolongada contemplación del cuadro plástico que había preparado para ellos. Por fin, el doctor habló:

—En estos últimos minutos, todos ustedes han tenido la oportunidad de contemplar la radical disparidad de temperamentos entre estas dos bestias, bestias de la misma especie, aunque a juzgar por las apariencias les será difícil creerlo. El segundo lobo... Sí, es un macho... Vamos, sé buen chico y aúlla un poco para nosotros... Como les decía, el segundo lobo hasta hace siete días no conocía otra cosa que el reino de terror impío que rige los bosques día y noche, y no piensen que hablo de algún perdido asentamiento del Lejano Oeste, sino de aquí, de los pantanos y claros del bosque de Michigan. Sí, de aquí. Este ejemplar me lo ha traído Bjork Bjorksson, un trampero local, que lo atrapó con un cepo en un lugar situado a menos de treinta kilómetros de donde están ustedes sentados. —Dueño de la situación, el doctor hizo una pausa para dejar que la información causara su efecto—. Supongo que nadie pondrá en duda que *esta* loba no representa un peligro para ninguno de ustedes. Y supongo que nadie creerá que *este* lobo podría retozar con los ciervos en el jardín. —Como para confirmarlo, el lobo enjaulado elevó el nivel de sus aullidos un par de decibelios, confirmando así la aseveración del doctor—. ¿Cuál es la diferencia entre los dos? Uno se alimenta de sanguinolentos trozos de carne cruda que arranca de sus víctimas, y el otro de comida vegetal. ¿Le gustaría a alguno de ustedes experimentar las emociones de esta bestia enjaulada? ¿Sí? No he oído bien. —Silencio general, excepto por el aullido del lobo, cada vez más malhumorado—. Bueno, pues aliméntense de carne, cafeína, bourbon, whisky y tabaco, y conocerán la rabia que anida en ese corazón. ¿Quieren que les hagamos una demostración? ¿Frank? ¿Dónde está, Frank?

Frank Linniman, tan diligente y servicial como siempre, estaba allí para ayudarle. Se levantó de una silla que había al pie del escenario como si el doctor lo hubiera movido con una palanca.

—¿Sí, doctor?

Perfecto. No les habría salido mejor aunque lo hubieran ensayado.

—¿Me puede traer el otro paquete de la carnicería Tuckerman, por favor?

En aquel momento, Frank subió al escenario, se inclinó ante la nevera y sacó un

segundo paquete envuelto con el papel de la carnicería: en su interior había un excelente filete, moteado de sangre y grasa, un filete no muy distinto del que había ido a buscar a la Post Tavern, el que había servido para la demostración de noviembre. Pero ¿quién se acordaría ahora de aquello? Desde entonces el sanatorio había renovado por lo menos a la mitad de sus clientes, y tampoco importaba mucho que alguno lo hubiera visto. Cuanto más los previniera acerca de los peligros de comer carne, más estaría contribuyendo a salvar sus vidas, y las de sus hijos, y las de sus nietos. Luego se enfundó unos guantes. Aquél era el peligro, aquella roja y goteante bomba de relojería, y no el animal de la jaula. El doctor liberó el filete de su envoltorio y lo depositó en el suelo, a los pies de Fauna. La loba lo olfateó dos veces. Luego miró desvalida al ilustre doctor, gimió y retrocedió hasta donde le permitía la correa.

—¿Lo ven? —exclamó el doctor mientras veía numerosas cabezas asintiendo solemnemente—. Ella no se comerá este alimento repugnante y antinatural, ni por gusto ni por elección, ni siquiera si, aun a riesgo de ofender a la Sociedad Protectora de Animales, la obligáramos por la fuerza.

El doctor se guardó muy bien de decirles que la loba había sido adiestrada para que adquiriera una serie de reflejos condicionados negativos, de modo que para ella la visión de la carne era un aviso de que iba a ser golpeada. Si se atrevía a rozarla apenas con la lengua, la azotaban. Tampoco les dijo que la dieta vegetariana la había debilitado tanto, que el animal ni siquiera habría tenido fuerzas para masticar aquel filete.

Haciendo una mueca, se inclinó para recuperar el trozo de carne, y, después de darle la correa de Fauna a Frank Linniman, cruzó el escenario y balanceó cuidadosamente el filete sobre la jaula. Mientras se aproximaba, el aullido fue creciendo en intensidad, pero cesó de repente, y por primera vez desde que la jaula con el lobo había cruzado la puerta, el salón de reuniones quedó en completo silencio. El silencio se prolongó durante un largo instante, y luego el lobo arremetió aullando contra la carne y se la tragó como si no hubiera comido en una semana. (Así era, de hecho). ¿Dio las gracias? Ni por asomo. En el momento en que la garganta del animal quedó libre, empezó a aullar de nuevo, con más odio y ferocidad que antes. El doctor hizo ademán de acercarse a la jaula, y el animal se lanzó, rabioso, contra los barrotes.

—¿Ustedes creen que esto es gratitud? —preguntó, y uno o dos de los asistentes dejaron escapar una risita inquieta. Luego, el doctor saludó como si fuera un director de orquesta, esbozando una reverencia y una sonrisa de agradecimiento hacia sus compañeros de representación, la loba blanca y el lobo negro. Un estruendoso aplauso se apoderó de la sala. La función había terminado. O, por lo menos, eso creía el público. Pero el teatral empresario de la salud, el preceptor desde el escenario y revitalizador de la raza humana, tenía aún otra sorpresa que ofrecerles—. Les doy las gracias, señoras y caballeros, por la atención que me han prestado esta noche. La charla acerca de las preguntas depositadas en el buzón ha llegado a su fin, pero

volveré la semana próxima, a la misma hora y en el mismo sitio, con mi fiel ayudante, el doctor Frank Linniman —salva de aplausos— para contestar a sus preguntas sobre la salud. Y ahora, antes de que se vayan corriendo a la recepción de esta noche en el Jardín de las Palmeras, me gustaría dejarles algo, un pensamiento para la velada, si se me permite la expresión... —Se aclaró la garganta y se ajustó los anteojos—. Es un poema que he escrito con ocasión de esta charla-demostración... Lo he titulado *Matusalén*:

Nunca pescado comió,  
jamás sangre derramó,  
y siempre la comida con medida ingirió.  
Y por eso es fácil imaginarse  
que nunca tuvo motivo para quejarse  
de filetes pequeños o muy duros.  
De la carne de buey asquerosa,  
verdosa, mohosa y viscosa,  
de los pavos de cámara y los bistecs pútridos,  
con millones de gérmenes fecales,  
de los jamones llenos de triquinas  
y de las reumáticas salchichas.  
El viejo Matusalén comía  
ambrosía, y bebía  
el agua pura y cristalina que del cielo caía.  
Siempre alimentos naturales había masticado,  
porque, demostrando ser espabilado,  
prefirió el maná del Paraíso a lo envasado.

Su calva cabeza se alzó de nuevo, y una sonrisa histriónica revoloteó por su rostro.

—¿Cuánto tiempo vivió Matusalén, amigos míos?

Will Lightbody estaba de pie bajo el banano del Jardín de las Palmeras, con una taza de té de sorgo en una mano y una galleta de salvado y nueces en la otra. El té olía a un producto que se tiraba a las leñeras para impedir la putrefacción de la madera, y la galleta, aunque ligeramente dulce, tenía la consistencia del forraje. A pesar de todo, Will estaba contento de que su organismo admitiera aquel líquido y aquel sólido, cualquier líquido y cualquier sólido, daba igual, con tal de que no pareciera leche o uvas, ni olera ni supiera a leche o uvas, ni contuviera, aunque fuera en una proporción mínima, leche ni uvas. En realidad, la leche era un recuerdo casi olvidado, aunque la garganta se le agarrotaba sólo de pensarlo. En aquel momento, lo que más

presente tenía era el recuerdo de las uvas. Había seguido el régimen de uvas hasta hacía ocho días, comiendo sólo uvas, uvas de todas las variedades y en todas las presentaciones, desde la jalea Concord sobre uvas moscatel partidas por la mitad al pudín de uvas Tokay con casis cocido y los largos e interminables vasos de zumo de uva bendecido por el sanatorio, ligeramente turbio y repetidamente colado. Vino no, por supuesto. Ni una sola gota de la única forma en que las uvas volverían a parecerle aceptables aunque viviera el doble que Matusalén.

Uvas. Sólo pensar en ellas —la forma en que estallaban entre los dientes para liberar su pulpa, una carga mucosa, la amargura de sus semillas, la visión de su repugnante forma tan parecida a una pera para enemas, cuando penden de la vid como pequeñas balas de cañón, masas de plomo, mucilago, veneno—, bastaba para enviarle al cuarto de baño dando arcadas. Cada vez que vislumbraba a una pobre alma engañada picoteando de un plato de Perlettes peladas en un rincón solitario del comedor, tenía que volver la cabeza. No podía evitarlo. Hacia el final del régimen, se despertaba por las noches convencido de que era prisionero de una cepa viscosa, de que las hojas brotaban de sus orejas, de que los zarcillos trepaban por su garganta para estrangularle, y al fin tenía que saltar de la cama buscando aire para respirar. Por la mañana, se escurría en el baño antes de que apareciese la enfermera Bloethal y depositaba largas ristras de perfectas esferas púrpura en la blanca porcelana del lavabo.

Pero ahora estaba bebiendo té de sorgo y comiendo galletas. No había engordado nada —de hecho, había perdido seis kilos—, y allí estaba, vestido para la cena, con un aspecto de perchero viviente. Bajo la pechera almidonada, a la que se abrochaba el cuello con botones de ónice, sujeta por la cintura con una faja negra de satén, llevaba una camiseta de verano, y debajo de ésta lucía una pulcra y limpia cicatriz de quince centímetros, una vía de ferrocarril de un solo raíl que le recorría el abdomen. Era la obra del doctor Kellogg. Él había practicado el corte y la excavación, había hurgado y extirpado, y también le había cosido. Entre los pacientes, se decía que en sus ratos perdidos, mientras viajaba o dictaba cartas, el doctor practicaba a menudo la costura en prendas de ropa de los niños, para conservar la vista aguda y los dedos ágiles y hacer las puntadas tirantes. Will no soportaba hablar de aquello, pero tampoco podía quejarse: la herida había cicatrizado perfectamente. Ahora bien, por lo que había observado, no había servido para nada. Quizá el fuego de su estómago había remitido un tanto, como si hubieran disminuido la intensidad de la llama bajo una tetera en un fogón de gas, pero seguía allí, ardiendo y ardiendo.

Por supuesto, tenía muchas preguntas que hacer sobre aquel tema, preguntas que le hubiera gustado plantear en alguna de las absurdas conferencias del jefe —lo del lobo enjaulado había sido demasiado, aunque tuvo que reconocer que era divertido—, pero no se atrevía. Y en privado, cuando le visitaban Linniman o el pequeño santón barbudo, Will había aprendido a no quejarse, a fingir que ya estaba bien. Era eso o volver al régimen de leche o de uvas. Su padre le había dicho que siguiera adelante y

se quedara todo lo que fuera necesario —hacía tiempo que había encontrado un sustituto para él en la factoría de la calle Water, y de todas formas el puesto de Will siempre había sido meramente decorativo—, y Eleanor, después de seis meses de estancia, no parecía dispuesta a marcharse. Así que allí estaba, en Battle Creek, en el sanatorio, ingresando en las arcas de Kellogg un estipendio mensual que habría llevado a la bancarrota a más de un país sudamericano. Y, además, mejoraba a un ritmo glacial. Will calculaba que si seguía allí hasta bien entrada la década de los años veinte, la llama de su estómago se extinguiría por fin (hasta que él volviera a encenderla con alcohol, tabaco, café y carne; no tenía mucho sentido vivir si había que renunciar definitivamente a todas aquellas cosas), pero pesaría menos que al nacer. Era un asunto realmente difícil de resolver, y le estaba dando vueltas, mientras intentaba quitarse con la lengua un obstinado trozo de galleta de salvado y nueces que se le había colado entre las muelas, cuando Eleanor entró en la estancia en compañía del doctor Frank Linniman.

Eleanor se había quedado rezagada en el comedor principal con un grupo de entusiastas, derramando alabanzas sobre la actuación del doctor. Will estaba solo, esperándola bajo las dentadas frondas del platanero, remojando su aburrimiento en aquel té tan repugnante como si fuera una corteza de pan duro. Se le acercó con un crujido de sedas y emitiendo una especie de cloqueo como un arrullo, que a Will le producía dentera, y sin previo aviso le soltó una ráfaga entusiasta sobre algo: restos de cerámica, fragmentos de cráneos, una especie de expedición que había planeado con Frank, su querido Frank, que estaba a su lado, sonriente.

—Sólo una mañana y una tarde —dijo ella, mirándole a los ojos y apartando la mirada en seguida, como si ya supiera lo que iba a encontrar allí y fuera algo que no le interesara—. También vendrá Virginia Cranehill. Y quizá Lionel.

—¿Expedición? —repitió Will, pero ella ya se había girado, distraída por una oronda matrona vestida de tafetán amarillo que había organizado su propio club de respiración profunda en Milwaukee y sería la persona más feliz de la tierra si lograba introducirse en el grupo de Eleanor. Otro rumor de faldas y habían desaparecido. Will se quedó solo con Linniman. Como no se le ocurrió otra cosa que hacer, le sonrió débilmente.

Linniman le estaba examinando con mirada profesional.

—Últimamente estamos en buena forma, ¿no? —preguntó—. ¿Ha empezado ya el nuevo régimen?

—¿Quiere decir si como? —dijo Will—. Sí, claro. Es muy conveniente para la dieta humana, vital incluso, ¿no le parece? Lo dicen los expertos en salud y los investigadores, según creo.

Linniman no mordió el anzuelo. Se limitó a sonreírle y a asentir, respirando rítmicamente, con las facciones sosegadas y la mente en otra parte. Will sintió el impulso de lanzarle un puñetazo a su fisiológica barriga y dejarlo retorciéndose en el suelo, pero se contuvo.

—¿De qué expedición estaba hablando Eleanor?

—¡Ah, sí! —Linniman, que estaba observando a alguien al otro lado de la estancia, se volvió hacia él—. Mis estudios frenológicos. Se han hecho muchos estudios con cráneos modernos, pero apenas hay nada sobre los antiguos. Acabamos de encontrar un yacimiento indio, anterior a los potawatomi<sup>[35]</sup>, según todos los indicios, en la zona de Springfield, al oeste de la ciudad. El profesor Gunderson... seguro que le ha visto por aquí, es un hombrecillo raquítico que cojea de una pierna, ha venido para combatir una autointoxicación grave... es arqueólogo. Él fue quien descubrió el yacimiento, y me ha ofrecido la oportunidad de hacerme con algunos cráneos.

—¿Y Eleanor?

Linniman le miró directamente a los ojos.

—No quiero decir que esté aburrida, pero ha sido un invierno muy largo para ella. He conseguido que se interese por mi trabajo, o más bien debería decir mi afición. Mi trabajo es la salud, claro.

—Claro —corroboró Will.

—Deseo determinar la capacidad intelectual y las inclinaciones afectivas de esos indios olvidados, por motivos de curiosidad científica, y me quedaré los cráneos para mi colección, no hay ni que decirlo. Y a ella le sentarán bien el aire fresco y el sol.

—¿Quiere decir que ella también excavará?

—¡Oh, no, no! —Linniman dejó escapar una risita rígidamente controlada—. ¡No, por Dios! Hemos contratado a un par de obreros para que hagan el trabajo físico. Ni el profesor Gunderson ni Eleanor están en condiciones de realizar unas tareas tan duras, todavía no. Ya debería usted saberlo, hombre de Dios. ¿Cree que sometería a su mujer a tareas para las que no estuviese preparada?

A Will no le gustaron nada cómo sonaban aquellas palabras: *someter a su mujer*. Porque, desde luego, era su mujer. A él le hubiera gustado someter a aquella hiena sonriente a alguna actividad agotadora, y no precisamente a la de excavar. Estaba sulfurado, irritado, pero intentó calmarse. ¿Qué podía hacer? Sentía ya el dedo de metal fundido hundiéndose en la galletita en la sartén de su estómago, y, además, nunca se había sentido inclinado a la violencia física. Y, para colmo, Eleanor haría lo que le diera la gana, tanto si a él le gustaba como si no. Iría a la expedición, y Will tendría que apretar los dientes de rabia.

Por supuesto, la impotencia de los pacientes en situaciones como aquélla formaba parte del sistema del sanatorio. Homer Praetz tenía razón, era el método que utilizaba el doctor para hacerlos dependientes, para hacerles vivir una segunda infancia, y si querían desprenderse de los pañales tenían que tolerar que les mimaran con uvas, con corrientes sinusoidales o con, el eterno vaso de leche, por no mencionar las estúpidas charlas y la rígida segregación de parejas legalmente casadas. Pero mirando a Linniman erguido junto a él, fuerte y desdeñoso, símbolo y baluarte de todo lo que representaba el sanatorio, sintió un ramalazo de independencia: Will tenía un secreto.

Y estaba relacionado con eso... con la impotencia. Pero no la impotencia psicológica, la que había sufrido pensando en Eleanor y su «dudosa» expedición en compañía de tres hombres, dos de los cuales eran solteros, ni la clase de impotencia que imponía el personal del sanatorio, sino la impotencia real y física que había experimentado aquella fría noche de noviembre en que Eleanor le había invitado a inseminarla.

Se había asustado. Estaba aterrorizado. Se sentía viejo, gastado, y también muy avergonzado. El Gran Curandero no le había servido de nada, se había vuelto contra él, le había hecho sentirse un depravado y le había prohibido incluso pensar en satisfacer sus necesidades conyugales. Se había alegrado, se había puesto muy contento al saber que Will era impotente. Aunque aquel estado parecía afectarle de forma caprichosa e intermitente, en las tres o cuatro ocasiones en que se había acercado a Eleanor y ella no le había rechazado, siempre había tenido el mismo problema. Se preguntaba si todo aquello no estaría relacionado con el funcionamiento de su estómago.

—¿Le gustaría tomarse una taza de té de sorgo? —le preguntó Linniman, buscando una excusa para marcharse.

—No, gracias —dijo Will agitando la taza vacía ante las narices de Linniman—. Ya me he tomado una. Ya es bastante. Demasiado, en realidad.

Linniman se limitó a gruñir.

—Ha sido un placer hablar con usted —dijo alejándose hacia la zona de los refrescos.

Lo que no sabía aquel joven rubio, ni tampoco el doctor Kellogg, era que Will había empezado a actuar por su cuenta. Intrépido. Animoso. Había tenido que superar su aversión hacia los productos Sears y, por añadidura, hacia la electroterapia. Pero estaba desesperado, se sentía un medio hombre, un eunuco, progenitor de nada ni de nadie, y una tarde, hojeando en la biblioteca del hospital un catálogo de Sears, se encontró con un anuncio del Cinturón Heidelberg. El anuncio mostraba a un caballero con mostachos y un cuerpo decididamente fisiológico, desnudo a excepción de unos calzoncillos y un cinturón eléctrico que llevaba atado por encima del ombligo y del que salían numerosos rayos en miniatura. Los rayos —potentes, vitales, emblema de Thor, de Zeus, de Caballo Loco— se arracimaban en su frente y sus caderas, y, además, el producto prometía la curación de «trastornos nerviosos, estomacales, hepáticos y renales». Pero lo que llamó la atención de Will fue una representación más detallada del cinturón que había al pie de la página. Allí se veía claramente el aparato —«el suspensorio eléctrico»— con una bolsa para los órganos sexuales. Los mismos rayos, aunque más delicados, para no alarmar al comprador potencial, danzaban alrededor de la bolsa en radiante despliegue.

Will estudió el anuncio durante una hora. *No sufra en silencio, decía, no lo lleve en secreto. Sólo 18 dólares le permitirán comprar el auténtico y genuino Cinturón Eléctrico Heidelberg, el Gigante. Sólo 18 dólares que le proporcionarán fuerza y bienestar, virilidad y vigor juvenil.* Virilidad y vigor juvenil... eso era lo que él



quería. Pero ante él se alzaba la imagen de Homer Praetz, con el rostro deformado por la muerte, los ojos como dos huevos escalfados y el colgajo inservible de la lengua seccionada adherido al cuello de la camisa como una medalla. Aquello lo hizo la electricidad. Aquello fue su cura. Pero lo que había contribuido a la tragedia no había sido exactamente la corriente —más bien el agua—, y el Cinturón Heidelberg no funcionaba con agua; ni tampoco era un aparato para usarlo en el baño. Will se lo pondría en la cama por la noche y se lo quitaría de madrugada, para que no lo descubrieran Irene o la enfermera Bloethal. Y también era bueno para el estómago, según decía el anuncio: *El Cinturón Heidelberg es mejor contra los trastornos nerviosos, estomacales, hepáticos y renales que cualquier fármaco, píldora, tableta, lavativa, inyección o remedio de la clase que sea.* Y a lo mejor... a lo mejor mataba dos pájaros de un tiro. Tardó una hora, pero al final decidió invertir los dieciocho dólares y pedir el cinturón.

Y funcionaba, o eso parecía. Por lo menos, en presencia de la enfermera Graves. Todavía no lo había intentado con Eleanor —el aparato había llegado sólo hacía dos semanas—, pero la primera mañana, mientras Irene le ponía el enema matinal, notó que su miembro se ponía duro, embarazosamente duro, como una barra de acero, un bate de béisbol, un rígido roble clavado en la tierra. El momento no era el más adecuado, y se había puesto rojo como la grana, pero no pudo evitar sentirse exultante. Se preguntó si Irene lo habría notado y, en caso afirmativo, qué habría pensado. Ella no había dicho una palabra, y él tampoco podía preguntarle. ¿O sí? Ella le había besado, después de todo, intensamente, se había derretido entre sus brazos, y había reconocido su afecto por él. ¿Qué debería venir después del beso, sino caricias, y luego el acto carnal? Estaba rumiando la situación, plantado todavía bajo el banano, asiendo distraídamente la taza vacía con la mano, cuando se produjo una ligera conmoción en la estancia —incluso el árbol del caucho pareció erguirse al advertirlo— y el doctor Kellogg, rodeado por media docena de huéspedes distinguidos y seguido por Lionel Badger, hizo su entrada.

Eleanor fue una de las primeras que avanzó hacia él, como atraída por una fuerza magnética, dejando a la matrona vestida de tafetán abandonada a su suerte. Will no pudo evitar sonreír al ver al doctor, exultante por su triunfo gracias a los lobos y a las lombrices, acosado por aquel fanático irritante que parecía haberse elevado hasta las más elevadas cimas morales en el contexto de la práctica vegetariana. Mientras el pequeño doctor Kellogg saludaba a sus admiradores, pasando de un grupo de sonrientes pacientes a otro, Will casi sentía lástima de él. Tal vez hubiera construido un imperio, tal vez hubiera hecho de la salud una religión y de la longevidad un sacramento, pero era incapaz de sacudirse a chalados como Badger y a competidores como Post, MacFadden y los hermanos Phelp. Y, a pesar de todos sus tratamientos, a pesar de todos sus utensilios vibratorios, de todas sus friegas de gachas saladas y de todos sus enemas, a pesar de todos sus mares de té de hierbas y de todas sus montañas de Nuttose, no podía ni soñar en competir con el Cinturón Heidelberg.

Will fue sacado de sus reflexiones por la condesa Tetranova, que puso una mano en su brazo, le miró miopemente con sus vagos ojos rusos y le pidió que fuera a buscarle una taza de té de sorgo. Era una mujer pequeña, no más alta que un niño de doce años y, por lo que veía Will, de la misma complexión. Sus facciones tenían la palidez y la suavidad de la estepa. Desde la excursión navideña a casa de Irene le consideraba un gran amigo, y a menudo interrumpía los paseos de Will por el sanatorio para concederle el privilegio de ir a buscar cosas para ella. Educado, eternamente educado, él la obedecía sin rechistar, pero no se mostraba muy entusiasmado con su amistad. No le caía demasiado bien. No era la señorita Muntz, aunque —Will se lo repetía para sí— la señorita Muntz ya no estaba entre ellos. Si podía decirse de ella que existía, era en forma de cadáver calvo enterrado en una cripta de tierra en Poughkeepsie, Nueva York, alimento para los gusanos, una colección de huesos para el caldo que se habían vuelto rancios en la nevera. Will asistió a los funerales que se oficiaron por ella en la capilla del sanatorio. Apenas los habían anunciado. Después de todo, la muerte era mala para el negocio.

Will le llevó a la condesa su taza de té y observó cómo daba pequeños sorbitos, hundiendo la cabeza en la taza como un gorrión en su bebedero.

—Es una infusión muy rica —dijo apuntándole con la barbilla mientras la taza se balanceaba limpiamente en su platillo—. Nunca dejaré de sorprenderme la capacidad del doctor para inventar cosas saludables y agradables al paladar. ¿No está de acuerdo?

Will no estaba de acuerdo. En realidad, estaba en total desacuerdo. La trementina hervida no habría sabido peor. Pero hubiera sido una grosería decirlo y la condesa parecía muy feliz viviendo en el engaño, así que Will salió del paso con un gruñido evasivo. Ella no insistió en aquel tema, sino que hizo un comentario banal sobre el corte del vestido de la señora Tindermarsh.

—Encantador, ¿no le parece?

Will, obediente y correcto, le contestó con otra banalidad. En aquel momento se les acercó el grupito que rodeaba al doctor. El Gran Sanador se movía por la sala como un político en plena campaña electoral, repartiendo abrazos, pellizcando mofletes, susurrando confidencias en oídos atentos. Eleanor iba a su izquierda y Badger a su derecha. La condesa se sentía muy halagada. Will intentó parecer saludable y contento de verle.

—Condesa —ronroneó el doctor haciendo una profunda reverencia y cogiéndole la mano delicadamente—, es un placer. Espero que el problema del que hablamos la semana pasada se haya corregido solo.

La condesa le dio las gracias. Sí, estaba mucho mejor, tal como él había anunciado, pero como no quería que la acusaran de sintomitis, se interrumpió. El doctor se dirigió a Will.

—Lightbody —susurró. Sus gafas lanzaron destellos de luz mientras su rostro adoptaba una expresión complaciente y astuta—, recuperándose, ¿no?

La réplica de Will, muy alegre, se perdió bajo la insistente y chirriante perorata de Badger sobre una petición que había hecho para que cerraran una curtiduría de Michigan City, Indiana. Badger le había soltado su arenga a Eleanor, pero ahora se coló entre Will y el doctor, explayándose sobre el mal olor de las pieles, la barbaridad que aquello representaba... ¿Por qué no volvían a vivir en cavernas y así se arreglaría todo? Le olía el aliento a ajo —era la última moda, mejoraba la circulación de la sangre y mantenía fuerte el corazón—, y aquel hedor parecía llenar toda la estancia. Will notó que el doctor estaba irritado, que no soportaba que le desairasen, ni siquiera un minuto: leonino, virtuoso, jefe todopoderoso de todo, no sabía muy bien qué hacer con aquel puritano de los vegetales a su lado. Will disfrutaba observando su mirada de disgusto, y azuzó a Badger con una pregunta malintencionada sobre el mitin antiviviseccionista de Cleveland. Y como Badger se tomó la pregunta en serio y se puso a explayarse acerca de aquel tema, el doctor hizo ademán de excusarse.

No tuvo la oportunidad.

De pronto, el murmullo de conversaciones civilizadas, que había mantenido la estancia dentro de un tono festivo, se apagó con brusquedad. Hubo un impresionante silencio de unos cinco segundos de duración, durante el cual la única voz que se oyó, desnuda e inconsciente de su desnudez, fue la de Badger. Todas las cabezas se habían vuelto hacia la puerta trasera, donde el quinoto forcejeaba con un puñado de parras y aves del paraíso. Había un hombre allí, de estatura mediana, sin afeitar, con el pelo desgredado, que llevaba un traje de tela barata y lucía en la piel visible unas manchas de mugre y suciedad que parecían profundos moretones. Llevaba bajo un brazo un montón de hojas de periódico arrugadas y manipulaba una caja de cerillas entre sus manos temblorosas. ¿Por qué le pareció tan familiar a Will? ¿Dónde le había visto?

Antes de que volvieran a empezar los murmullos, antes de que nadie pudiera decir nada, el hombre —podía ser un muchacho, en realidad no debía de haber cumplido los veinte años, pero la mugre y el desaliño hacían difícil juzgarlo— encendió una cerilla, hizo una bola con una hoja de papel y le prendió fuego. Alguien dio un grito. La bola de papel ardiendo voló como un cohete por encima de las cabezas de la multitud, con la suave exhalación de las llamas sosteniendo su vuelo. Luego el hombre encendió otra, y otra, y los gritos se generalizaron. Un instante después, mientras el pirómano danzaba jubilosamente por la habitación, lanzando sus proyectiles al viento, un pánico infernal se apoderó de los reunidos.

—¡George! —rugió el doctor. El doctor le conocía, conocía a aquel anarquista estúpido con sus bombas de papel. Se había iniciado un tímido fuego en las cortezas de las palmeras de un rincón, y la mujer vestida de tafetán amarillo intentaba apagar una pequeña joya de fuego que ardía en su corpiño. La gente se había puesto a correr. El olor a quemado asustó al aire. Un hombre que iba en silla de ruedas, sentado al lado del estanque de los peces, se desmayó y cayó sin decir esta boca es mía en su oscuro fondo cubierto de cañas. Las plantas exóticas eran pisoteadas. Las salidas estaban atascadas.

—¡George! —exclamó el doctor—. ¡George!

Will estaba clavado en el suelo, pero alargó una mano para coger a Eleanor y la estrechó contra sí.

—¡Dios mío! —suspiró ella hundiendo los hombros contra el pecho de su marido mientras las demás mujeres chillaban.

Badger estaba boquiabierto, y el doctor Kellogg, Linniman y un pequeño ejército de ordenanzas se lanzaron al combate, persiguiendo al intruso como sabuesos.

—¿Qué pasa? —inquirió Eleanor.

Era una buena pregunta. Will no lo sabía, no tenía ni la más mínima idea. Pero, a juzgar por la mirada del doctor, no pudo evitar la sospecha de que el galeno lo sabía muy bien.

---

## 2. LA CARTA Y LA NOTA

Junto a su martilleante corazón, en el bolsillo interior del mismo traje que había transportado los 3849 dólares de la señora Hookstratten desde Nueva York, Charlie Ossining llevaba la carta que había llegado a la pensión de la señora Eyvindsdottir dos días antes. Llevaba la carta en un lugar donde pudiera sentirla contra su piel, la llevaba como un monje habría llevado un cilicio, tembloroso y lleno de temor. Desde el momento en que la recibió, sus expectativas, que habían sido escasas desde un principio, se habían vuelto superfluas, como un sueño que había que desechar, envolver y tirar a la basura igual que los trapos que utilizaban para limpiar las escupideras en el Red Onion. No se fijó en el sol, ni en los árboles que empezaban a brotar, ni en los narcisos, las azaleas y los cerezos silvestres, ni en los campos reverdecidos y las abejas ebrias de polen. Por lo que a él concernía, podría haber seguido siendo invierno. Y, de hecho, en su corazón era invierno, lo más crudo del invierno... ¿Qué iba a hacer?

Para empezar, iba a ver a Bender. A pie. Con la cabeza gacha, avanzando con el vivo paso atolondrado de un alma atormentada, y no, no llevaba las carteleras de hombre anuncio, y no, no se sentía culpable por ello, desde luego. ¿Qué sentido tenía anunciarse cuando el mundo se desmoronaba a su alrededor? Por supuesto que había ido a ver a Bender en cuanto llegó la carta, y otra vez el día anterior. Bender le había arrullado, susurrado, ronroneado, asegurado, jurado, palmeado con la mano y servido anestésicas dosis de Otard Dupuy, razonando y protestando. ¿De qué había servido? De nada. Absolutamente de nada. ¿Qué le iba a decir a la señora Hookstratten? ¿Cómo la iba a mirar a la cara? Estaba doblando la esquina de McCamly, a paso rápido, cuando se le ocurrió una alternativa: no enfrentarse con ella. Desaparecer. Huir de la ciudad. ¡Zas!: esfumarse. Lo único que tenía que hacer era seguir andando hasta la estación, subir a un tren y viajar hasta donde el sol se desvaneciese.

Pero incluso mientras consideraba la posibilidad de huir como un cobarde, notaba el borde agudo del sobre clavándosele a través de la camisa, y se dio cuenta de que no podía hacer una cosa así y menos a la señora Hookstratten. A ella no. Nunca. De pronto se detuvo, sacó la carta del bolsillo y la releyó por enésima vez, esperando, contra toda razón, que lo que decía y lo que implicaba hubieran cambiado, aunque sólo fuera un poco.

Pero no era así.

Se quedó plantado en medio de la acera, con la cabeza caída sobre el pecho y los hombros hundidos, leyendo. Sus labios se movían y su voz subrayaba las palabras con una especie de gemido. La gente tenía que rodearlo al pasar. Una mujer con un

sombrero tan ancho como una rueda de tren lo miró alarmada, y el hombre que estaba delante del estanco, holgazaneando en una mecedora junto a la figura de madera del indio, clavó en él los ojos descaradamente. Pero ¿qué le importaba a Charlie...? ¿Era un inversor? ¿Era acaso la señora Hookstratten? Charlie leía y gemía, deletreando una vez más la sentencia que le condenaba:

Twin Oaks  
Lounsbury Pond,  
Peterskill

Lunes, 4 de mayo de 1908

Querido Charles:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, y que nuestra maravillosa y floreciente fábrica de cereales (me encanta la caoba, me parece la elección perfecta para las oficinas; demuestras haber adquirido un magnífico gusto, y no puedo dejar de pensar que tu tía Hookstratten ha contribuido a ello). ¡Que Per-Fo haya alzado el vuelo...! ¡Es tan emocionante!

Pero esta carta me precede, eso es lo que quería decirte. ¡Buenas noticias, querido muchacho! Voy a ir a visitarte. La tía Hookstratten, que te montaba a caballito en sus rodillas, que hacía que te olvidases de todos tus males, está en camino. ¡Sí! ¡A Battle Creek!

¡Sí, Charles, es verdad! Y no para una visita de médico, como se suele decir, sino para quedarme una temporada. Resulta que he estado en contacto con Eleanor Lightbody, de Peterskill (la conoces, ¿verdad?, es una mujer encantadora), y me ha hecho ver algo que sentía en mi corazón, pero que no me atrevía a confesar... y que el doctor Brillinger ya sabía desde hacía dos años...

Bueno, son los nervios. Así de claro. El doctor Kellogg me admitirá en el sanatorio para hacerme unas pruebas dentro de una semana, a partir del día de la fecha, y aunque no podemos saber qué es lo que me van a encontrar, ni cuánto tiempo tardaré en curarme, lo he arreglado todo para quedarme como mínimo hasta finales de junio.

¡Estoy muy nerviosa, querido! ¡Estoy encantada y entusiasmada! Ahora que ya he tomado la decisión, parece que hasta me encuentro mejor y más tranquila... Sé que verte, y contemplar todo lo que has conseguido, será la guinda para que acabe de ponerme bien.

Con todo mi amor.

Sinceramente,  
(tía) Amelia

¿Eleanor Lightbody? La maldijo en voz alta llamándola perra entrometida, y el

hombre del estanco bajó la vista de pronto, súbitamente absorto en sus meditaciones. ¿Qué más le habría contado a la anciana señora? ¿Que había visto por la calle al presidente de Per-Fo haciendo de hombre anuncio, proclamando las excelencias de un producto inexistente como si fuera un vendedor puerta a puerta, un pobre hombre? ¡Santo cielo! Al recordarlo tenía que cerrar los ojos y frotarse las sienes.

Fue Bender quien le metió en aquello. Después del fracaso absoluto, total y sin paliativos del intento de fabricar cereales en el sótano de Bookbinder, Bender emprendió un largo viaje para promocionar el producto, y, a fin de ocupar el tiempo de su socio, convenció a Charlie de que la clave del éxito estaba en la publicidad local: si podían introducirse en Battle Creek, el núcleo de la industria de los cereales estadounidense, luego sería mucho más fácil hacerlo en otros sitios. Aquello sería dar en el blanco. Realmente en el blanco. Y ¿cómo podían anunciarse —cubriendo toda la ciudad— de la forma más barata? Y, además, ¿es que Charlie pensaba estarse mano sobre mano mientras Bender iba repartiendo sus muestras por esos mundos de Dios, rompiéndose el espinazo y acumulando encargos?

Y así, mucho antes de que cambiase el tiempo, antes de que el hielo grisáceo resbalara por los bordillos de las aceras y los campos nevados se convirtieran en barro, antes de que la gente sintiera el impulso de dejar el calor acogedor de sus casas y sus trabajos para salir a dar una vuelta por la calle, Charlie Ossining hollaba las aceras emparedado entre dos rígidas planchas de madera contrachapada que decían, por delante y por detrás: ¡PER-FO, LA ÚLTIMA Y MÁS SALUDABLE GOLOSINA DE KELLOGG! ¡ACTIVA LA SANGRE! ¡CÓMPRESE UNA CAJA HOY MISMO! Por supuesto, no había ninguna caja que comprar, aparte de las de muestra que habían llenado con el producto de Will Kellogg, pero que estaban en posesión de Bender, Dios sabía dónde. Charlie protestó, pero Bender le tranquilizó diciéndole que si el público no podía comprar el producto, la demanda de éste sería mayor. Según Bender, aquélla era la mejor idea publicitaria desde la de las muestras gratuitas. La gente no encontraría los cereales, decía, adoptando su expresión retórica. Y si la gente no encontraba los cereales, ¿qué pasaría? Pues que se sentiría frustrada. Bender sonrió durante un largo momento. Su propuesta era muy evidente, hasta un tonto se habría dado cuenta. Cuando la gente viera las cajas en las tiendas, continuó, acudiría como moscas y se las llevaría de tres en tres, para no correr el riesgo de que se acabaran.

Charlie se rindió. Paseó por las calles convertido en una valla viviente, un pregonero, un gancho de garito, sintiéndose como un idiota. El primer día, una ventosa tarde de marzo, el polvo, fragmentos de hojarasca, papeles y excrementos de caballo brincaban por el aire en miles de remolinos. Cada vez que veía acercarse uno de esos ciclones de suciedad, se refugiaba en una callejuela. Pero luego intentó animarse —quizá Bender tuviera razón, tal vez estuvieran creando una demanda que multiplicaría cien veces las ventas— e insistió en su cometido, haciendo un esfuerzo para superar la vergüenza que sentía y mostrando sus eslóganes a cualquiera que tuviera ojos en la cara y unos conocimientos suficientes del idioma. La idea no

resultó un éxito apabullante. Los niños se asustaban al verle, los peatones ni se fijaban en él, y los tenderos apartaban la vista. A los perros, simplemente, no les hacía caso.

Pero al final de la semana aquella actividad se había vuelto como una segunda naturaleza para él, y no era más consciente de aquellas dos planchas de contrachapado que del abrigo o los zapatos: las dos carteleras eran parte de él, y se sentía incompleto sin ellas. Por la noche, cuando volvía a la pensión de la señora Eyvindsdottir, con los pies doloridos y las manos ateridas de frío, se quitaba las carteleras y tenía la sensación de que iba a salir volando. Le parecía extraño subir las escaleras hacia su habitación y no tener que pasear de un lado para otro, comer sentado teniendo que aguantar tan sólo su cabeza sobre los hombros. También resultaba extraño poder tumbarse en la cama y fumarse un cigarrillo sin su caparazón de madera. Las semanas pasaban borrosas, y le era completamente imposible distinguir un día de otro. Realizaba su monótona tarea mecánicamente, como un esclavo. Paseaba por las calles de Battle Creek desde el amanecer hasta la puesta del sol, sin pensar en lo que hacía.

Es decir, hasta que se tropezó con Eleanor. Era un día desapacible, a primeros de abril, las calles estaban desiertas y caía una espesa lluvia neblinosa que hacía el aire casi palpable. Charlie estaba calado hasta los huesos, el sombrero se aplastaba informe contra su cabeza, como una esponja, y algunos mechones de pelo mojado se le pegaban a la frente mientras que una cascada de agua le caía de la nariz y resbalaba por la cartelera delantera formando una especie de tenue abanico de afluentes. Se había acurrucado bajo la marquesina de la tienda de comestibles de Sherwin, y estaba intentando encender un cigarrillo húmedo, cuando levantó la vista y descubrió aquellos ojos inquisitivos que no veía desde la comida del día de Navidad.

—¡Señor Ossining! —gorjeó Eleanor—. ¿Es usted? ¿Sí? ¡Qué sorpresa verle! Está empapado.

Se protegía con un paraguas, y a su lado iba un tipo alto, enjuto, de ojos hundidos y cabellos rojizos, a juzgar por el mechón que asomaba bajo el ala de su sombrero. Charlie no le había visto en su vida.

—¡Eleanor! —Charlie se aclaró la garganta. La cerilla chisporroteaba, el cigarrillo se le había deshecho en la mano. Se preguntó si sabría lo de los mil dólares de su marido, y especuló por qué habría utilizado el convencional «señor Ossining» en lugar del familiar «Charlie» (¿no eran camaradas, buenos amigos, compañeros de mesa, íntimos?), pero de pronto recordó que era un hombre anuncio. La cosa no habría sido tan grave si ella también se hubiera dedicado a esa modalidad publicitaria, y su acompañante, y el hombre que acababa de bajar de un coche de punto, y todos los habitantes de Battle Creek y de América y Europa, pero no era ése el caso. Él era el único hombre anuncio que había allí, el único que llevaba encima aquella estructura incómoda y sin gracia. Aquella silenciosamente llamativa vestimenta de madera había llegado a formar parte de su ser hasta el punto de que Charlie había



tardado más de un minuto en tomar conciencia de que la llevaba puesta. Su sonrisa vaciló. Se llevó una mano a la cabeza, sacudió el sombrero contra su pierna, y, como no se le ocurrió otra cosa, hizo con él un saludo entre galante y burlón antes de encasquetárselo en su empapada cabeza—. Cuánto tiempo, ¿verdad? —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo mantener una conversación llevando las carteleras de hombre anuncio.

—Veo que hace usted de hombre anuncio —señaló Eleanor.

—Sí —respondió, intentando mostrar indiferencia.

Hubo una pausa embarazosa. La lluvia goteaba de la marquesina. Un cabriolé pasó calle arriba. A medio metro de ellos, tras la luna del inmenso escaparate, se levantaba una pirámide de cajas de Post-Toasties alta como un hombre. Charlie sintió de repente que era un tonto, que se había dejado tomar el pelo, que no era muy diferente de cualquier vendedor ambulante de palomitas de maíz o de un tullido cubierto de cepillos para la ropa que vagaba por las calles como un fantasma. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso C. W. Post se paseaba haciendo de hombre anuncio?

—Es una forma de hacer publicidad —dijo Eleanor, aunque no muy convencida. Charlie notó cómo le sorbían sus ojos, brillantes sanguijuelas verdes que chupaban el color de su cara—. ¡Ah! —añadió ella como si de repente hubiera recordado algo—, perdóneme —dijo, y le presentó al engendro que tenía a su lado, un hombre de formas inarmónicas, con la cabeza demasiado grande para los hombros, las manos que parecían aletas, la nariz apenas visible y dientes por todas partes. Badger, se llamaba Badger.

—Usted trabaja en el negocio de los cereales —comentó Badger. En el tono de su voz no había melodía, sólo ritmo. Seco, gutural, salvaje, era como el gruñido de un perro cuando se abalanza sobre un hueso, con la diferencia de que conseguía articular palabras con él. Pero era muy astuto, evidentemente, y sabía leer. Sí, señor. De eso no cabía la menor duda.

La lluvia continuaba cayendo. Charlie no dijo nada.

Badger no pareció darse cuenta. Ya se había adentrado en el tema de los cereales, de su valor social como correctivo y ejemplo para los carnívoros, y su voz era cada vez más áspera y seca, hasta que llegó a ser tan seca como el sonido del viento barriendo los campos de maíz. Charlie observó a Eleanor mientras Badger hacía rechinar adjetivos y adverbios; no apartaba los ojos de su acompañante, con una expresión entre la adoración y el arrobó, y Charlie se preguntaba qué vería en aquel tipo. ¿Sería una especie de salvador del sanatorio? ¿El mesías de los comedores de salvado? Desde luego, encajaba en el papel: trastornado, cetrino, con las muñecas delgadas y los ojos brillantes del fanático.

—Pienso para animales, los llaman —dijo con un bufido de desdén—, creen que pueden rechazarlos como si, como si...

El paraguas se cerró sobre sus cabezas, y mientras intentaba liberarse, se le fue el

santo al cielo. No pudo completar la comparación.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Charlie, viendo una salida—. Los cereales son el desayuno ideal, peptonizados y con sabor a apio. Muy bien. Eleanor... —Volvió a llevarse la mano al empapado sombrero—. Señor Badger... Ha sido un placer.

Y echó a andar como un pato, torpe como una tortuga en su concha de contrachapado, con sus eslóganes bamboleándose, gritando en silencio tras él: ¡ACTIVA LA SANGRE! ¡ACTIVA LA SANGRE! ¡ACTIVA LA SANGRE!

Al día siguiente decidió suspender la publicidad, al menos hasta que volviera Bender. Estar empapándose bajo la lluvia, haciendo el ridículo ante Eleanor Lightbody, mientras los auténticos magnates de los cereales se sentaban, calentitos y secos, en sus oficinas o en sus yates, y ordenaban a sus lacayos que construyeran pirámides con sus productos en los escaparates de las tiendas de alimentación, le había hecho ver las cosas claras. Lo que más le irritaba era que todo aquello no servía para nada. Esperaba a Bender aquella misma semana. Le había escrito dos veces —desde Gary, Indiana, y Galena, Illinois— para informarle de que los pedidos se multiplicaban. Bueno, de acuerdo. Dentro de una semana tendrían el capital necesario para montar una fábrica de verdad, con un auténtico experto, no un impostor fracasado y lameculos como Bookbinder, y empezarán a producir. Charlie decidió que entonces se preocuparía de la publicidad, cuando tuvieran algo que vender. ¡Que Bender hiciera de hombre anuncio, si tanto le gustaba!

Bender volvió a finales de semana y se instaló de nuevo en el Post Tavern como si hubiera sido Julio César de regreso de la guerra de las Galias. Todo habían sido éxitos, por descontado, y celebró su regreso a casa con una espléndida cena en el Wee Nippy a la que invitó a Charlie y a media docena de los comerciantes más sugestionables de la ciudad, gente a la que llevaba cortejando desde el otoño. Les soltó un discurso antes de la comida —tres cuartos de arenga y un cuarto de cháchara publicitaria— en el que esbozó las líneas maestras de Per-Fo e hizo hincapié en las cantidades que había recibido por adelantado como inversión en los cereales más revolucionarios de la historia de Battle Creek y, por tanto, de los Estados Unidos. Y explicó a sus íntimos amigos y asociados, que ahora estaban reunidos con él, cuánto iban a subir sus acciones en cuanto se cotizaran en Bolsa.

Charlie no había visto nunca a su socio en tan buena forma. Bender despoticaba y lanzaba improperios contra sus competidores y contra los cenizos que afirmaban que el mercado de los cereales estaba saturado, contra los pacatos y cortos de vista que insistían en seguir viviendo en el siglo pasado, los mismos que no habrían invertido en la Ford o en la Standard Oil, en los tranvías o en los teléfonos. Pero no se limitó a despoticar, ¡qué va! Era demasiado sutil para eso. Era un maestro en el arte de la persuasión, un virtuoso del lenguaje de la venta. Una vez que consiguió reblandecerlos, en cuanto vio asomar la duda en sus ojos, moduló el tono de su voz, dulce, seductor, e incluso hizo circular los justificantes que demostraban que tenían

pedidos por valor de treinta y dos mil dólares. Cuando los invitados se acabaron los cuencos de Per-Fo que les había servido de aperitivo (es decir, los cereales Kellogg envasados en brillantes cajas nuevas de Per-Fo) y empezaban a degustar la langosta y la carne, ya había conseguido compromisos de todos menos uno, y tres de ellos le habían extendido cheques que había guardado en su cartera doblándolos cuidadosamente.

Fue una noche gloriosa para Charlie. Una noche de redención, de promesa, de esperanza, de vindicación. ¡Treinta y dos mil dólares! Y, además, los nuevos cheques. En comparación, la contribución de la señora Hookstratten parecía una nadería, una nadería que ahora estaba más segura. Después de tantos meses de dudas y frustraciones, de tanto patear las calles, de tantas horas solitarias en la pensión de la señora Eyvindsdottir, de tanta sopa de cabeza de pescado y del descorazonador fracaso en el sótano de Bookbinder, por fin había sucedido: Per-Fo estaba a punto de levantar el vuelo. Aquella noche, Charlie hubiera erigido una estatua a Bender, le hubiera adorado con incienso, velas y sangrientos sacrificios.

Pero luego no pasó nada. Tres semanas transcurrieron con lentitud. Bender adoptó una actitud inescrutable y se mostraba vago sobre el lugar donde levantarían la fábrica, el constructor, los planos. La noche de la cena, en medio de tanta alegría y delirio, Charlie, henchido de emoción, estuvo a punto de hablarle a su socio del cheque de Will Lightbody, que estaba produciendo intereses en una cuenta a nombre de Charles P. McGahee en el Central National Bank, en la esquina de las calles Capitol y Michigan. Estuvo a punto, pero no lo hizo. Un resto de aprensión, una última brizna de precaución, le hicieron contenerse. Y ahora aquel resto y aquella brizna habían empezado a hincharse e hincharse en el caldo de cultivo de su irritación ante la indiferencia de Bender, sus tácticas dilatorias, su paso de tortuga a lo largo de los días. ¿Qué hacía? ¿A qué esperaba? «Todo a su tiempo», le decía. «Todo en su momento. ¿Te he llevado en la dirección equivocada alguna vez?».

Y entonces llegó la carta, y la vida de Charlie se hundió.

El sol pendía en lo alto sobre su cabeza, orondo como un melón, salpicando la calle de luz. Mujeres con sombreros de paja entraban y salían de las tiendas, los vecinos hablaban unos con otros frívolamente, un viejo correteaba en bicicleta por la calle ofreciendo un espectáculo mágico de luces y sombras. Aunque era temprano —las once y cuarto de la mañana en el reloj de Charlie—, hacía calor, era el día más caluroso del año hasta entonces, lo cual a Charlie le parecía muy irritante. Cuando dobló la esquina enfrente del Post Tavern iba jadeando y tenía la camisa empapada en las axilas.

Dadas sus malas relaciones con el personal subalterno del hotel, evitaba entrar por el vestíbulo principal y lo hacía por un callejón situado detrás del Wee Nippy, donde se colaba por la entrada de servicio. Y ése era su plan en aquel momento. Cuando

hubo pasado por delante del hotel, cruzó la calle esquivando el tráfico, una bandada de palomas que picoteaba en la cuneta y un gato moteado que echaba la siesta en la acera, frente a la joyería. Acunaba la carta que llevaba en el bolsillo con el brazo izquierdo doblado y avanzaba rápidamente, convulso y preocupado (por otra parte, ¿qué podía esperar de Bender: una maniobra dilatoria, una fábrica de mentira, levantada de la noche a la mañana en honor de la señora Hookstratten, un discurso, milagros?), por lo que no pensó en asegurarse de que no le hubieran visto hasta que fue demasiado tarde. Le habían visto. El portero, implacable, inamovible, eternamente vigilante, estaba situado en el sitio de costumbre, con los ojos clavados en Charlie. Charlie desvió la mirada.

Notó los ojos de aquel hombre sobre él mientras subía a la acera, doblaba a toda prisa la esquina del hotel y desaparecía de su vista. Pero cuando pasaba frente a la entrada del Wee Nippy y el callejón trasero, se le ocurrió mirar por encima del hombro. Fue una buena idea. Allí estaba aquel hijo de perra, en la esquina, a unos cincuenta metros, esperando con los brazos cruzados. Charlie siguió andando calle abajo. Pasaron diez minutos antes de que diera media vuelta y se aventurara a subir hacia el hotel. En aquella ocasión el portero no estaba a la vista. Colándose en el callejón, Charlie se dirigió a la entrada de servicio preguntándose si debería intentar dinamitar la línea de ferrocarril de Michigan o sería mejor enviarle un falso telegrama a la señora Hookstratten diciéndole que su hermana había muerto de repente. Cruzó la puerta y se encaminó a las escaleras antes de darse cuenta de que la figura sentada en la silla que había junto a una de las paredes, y que ahora se materializaba entre las sombras, era la de su viejo antagonista, el jefe de botones. El hombre ocupaba la silla como si fuera una res, un trozo de carne pegado al hueso. Iba en mangas de camisa y descalzo, y su uniforme colgaba de un gancho en la pared que tenía detrás. Tenía un bocadillo en la mano, y resultaba difícil saber dónde terminaba el bocadillo y dónde empezaba la mano.

—¡Que me aspen! —exclamó con un gruñido sordo, y se levantó de la silla con sorprendente rapidez.

Charlie se había peleado con tipos más fuertes, o por lo menos tan fuertes como aquél. Pero entonces sólo pensaba en Bender. Bender, el de las palabras sosegadas, la sangre fría, la capacidad de hacer frente a los acontecimientos según se presentaban, de librarse de las calamidades... Lo único que quería era que Bender le dijera que todo iba a salir bien, sólo una vez más. Se tocó el sombrero en ademán de saludo al robusto jefe de botones, dio media vuelta, salió por la puerta y se volvió a meter en el callejón.

A continuación probó la entrada del bar, pero estaba cerrada, pues el Wee Nippy no abría hasta las cuatro de la tarde. Frustrado —tenía que ver a Bender, tenía que verle—, paseó arriba y abajo por la calle hablando solo, contemplando la fachada del hotel bañada por el sol, y llamó de nuevo la atención del portero, que encorvó los hombros y le amenazó con un puño. En aquel momento se acordó de Ernest O'Reilly.

¡Claro que sí! ¡Por supuesto! Podía mandar al muchacho con una nota a la habitación de Bender, quedarían para comer en el Red Onion y volverían a hablar de lo de la señora Hookstratten. Hubiera podido llamarle por teléfono, pero no quería saber nada del altivo recepcionista, y menos tener que escuchar que la línea de Bender estaba ocupada, o que se había ausentado o cualquier otra respuesta desagradable. No, la solución era Ernest O'Reilly. Pero ¿dónde estaría? Era día de colegio, ¿no? Charlie no había vuelto a ver el patio de un colegio desde que dejó St. Basil, y no tenía la más mínima idea de dónde aprendían a leer y escribir los vástagos de los tostadores, envasadores y jefes de la industria de los cereales, pero instintivamente avanzaba en la dirección correcta, deprisa, deprisa, y unas pocas preguntas le encaminaron al edificio de ladrillo de tres pisos de la calle Green.

Eran las doce y diez. Se quedó de pie a la sombra de un árbol, al otro lado del patio, sintiendo que llamaba la atención. Encendió un cigarrillo, sacudió la cerilla y miró la hora. Se había hecho un silencio sobrecogedor sobre el edificio y sus alrededores, como si el lugar estuviera encantado. Nada se movía. Se preguntó si se sentirían como él los corruptores de menores, y volvió a mirar el reloj. Empezó a entrarle sueño.

Y entonces sonó un timbre, y el patio se llenó de movimiento, acompañado de un enloquecedor estrépito ululante que parecía una carga de los comanches. De repente aparecieron niños por todas partes, piernas, brazos, gritos, crujido de zapatos, rebotar de balones. Todos los niños parecían iguales. Charlie avanzó hacia ellos, pero eran como un ejército en formación y le rodearon, se lo tragaron y siguieron su marcha hacia otros frentes de batalla. El grupo había empezado a desintegrarse, y Charlie ya estaba perdiendo la esperanza de encontrar a Ernest O'Reilly, cuando notó un golpe en el brazo igual que el que había notado en la estación aquella noche que ya le parecía tan lejana en el tiempo.

—¡Hola! —dijo Ernest O'Reilly.

Charlie observó que seguía igual de delgado. Tenía una costra del tamaño de un dólar de plata bajo el ojo derecho, y otra a juego en el codo. La camisa, los pantalones y los zapatos le iban muy grandes. Le miraba con suspicacia.

—¡Hola! —dijo Charlie—. ¿Quieres ganarte diez centavos?

—Veinticinco —dijo Ernest O'Reilly.

—Quince.

—¿Qué tengo que hacer?

Charlie esperó en la esquina mientras Ernest O'Reilly corría como una flecha y se metía por la puerta trasera del hotel. Tenía que ir directamente a la habitación de Bender y darle el mensaje. *¡Nos vemos en el Red Onion a las 12.30, es URGENTE!*, había garabateado Charlie en el papel. Si Bender no estaba, Ernest tenía que dejar el mensaje en recepción. Ya habían pasado quince minutos, y a Charlie empezaban a dolerle las yemas de los dedos de tanto abrir y cerrar su reloj, cuando al fin apareció el muchacho.

No iba solo. Charlie se quedó estupefacto al ver al jefe de botones y al portero sujetando con sus carnosas y abultadas manos a Ernest O'Reilly, uno a cada lado, mientras el muchacho daba patadas al aire, como si intentara salir corriendo. Charlie tuvo fugaces impresiones —un atisbo de las blancas rodillas desnudas del chaval, un sobre agitándose en su mano, la mirada malévola del jefe de botones y el portero cuando le vieron, y la luz del sol, alegre e incongruente— hasta que, de pronto, la escena cobró vida.

—¡Corra! —gritó Ernest O'Reilly con voz aflautada, y en aquel momento se soltó de los dos hombres y echó a correr por el callejón hacia Charlie, sosteniendo el sobre ante sí como si fuera una batuta. Charlie también se había puesto en movimiento, aunque estaba confuso e indignado. ¿Por qué corrían tras Ernest? Sí, eran sus enemigos declarados, pero la calle era un lugar público, ¿o no? Sin embargo, era innegable que aquellos dos iban tras el muchacho, pisándole los talones por el callejón con sorprendente rapidez para ser dos personas tan corpulentas. Charlie se puso en marcha, intentando medir la distancia hasta el sobre —¿sería un mensaje de Bender?— a fin de burlar a los gorilas en el momento en que estuvieran más cerca de Ernest.

No dio resultado. Como comprendió luego, no estaban interesados en el muchacho ni en el sobre. No, iban por él. Con las caras coloradas como tomates, resoplando, golpeando el suelo con las botas como si fueran martillos, alcanzaron con gran facilidad a Ernest O'Reilly y pasaron de largo. A Charlie no le quedaba otra opción que correr, correr con toda su alma. Cruzó la calle de estampida, giró a la izquierda, pasó ante una manzana de casas llenas de tiendas y se metió en un callejón que había a mano derecha. Allí había una carretería, y media docena de carruajes esperando ser reparados bloqueaban el paso. Charlie no dudó ni un instante. Esquivó a un enorme caballo alazán, subió de un salto a un coche que tenía la capota bajada, saltó al suelo y siguió corriendo, agitando las rodillas y sacudiendo los hombros, siguió corriendo porque le perseguían.

Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho? No era el momento de ponerse a razonar, con el ruido atronador de las pisadas de sus perseguidores a diez pasos de él, pero la terrible semilla de una retorcida explicación empezó a germinar en su cabeza: Bender. Algo había pasado. Alguna cosa mala. Inadmisible. Algo que arrancararía las entrañas de Charlie, Per-Fo y la señora Hookstratten y las colgaría de un alambre para que se las merendaran los cuervos.

Siguió corriendo, con una sensación de miedo y rabia en la boca del estómago y la vista atenta a los obstáculos que tenía delante: una puerta abierta, un barril, una carreta. A la mitad de la manzana siguiente se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro y vio que el portero había dejado de perseguirle. Ya sólo quedaban él y el ex luchador. Desde aquella distancia podía escuchar la respiración jadeante de su perseguidor, unos suspiros ásperos que más bien parecían sollozos, como el llanto quejumbroso de un bebé, como un signo de debilidad y de fatiga. De improviso,

Charlie clavó los talones, se volvió hacia el hombretón y le pegó un puñetazo. El jefe de botones se derrumbó en el suelo como si estuviera muerto. Se quedó tendido, gimoteando, y cuando trató de incorporarse con los ojos ausentes, Charlie vio en él a Bender y sólo a Bender. Sus pies se ocuparon del resto. Una patada por el Otar Dupuy, otra por el teléfono en el saloncito privado, otra por Bookbinder, otra por las cajas de muestras, y un fuerte e hiriente puntapié final por las esperanzas creadas y las esperanzas perdidas. *¡Lo sabía, lo había sabido desde el principio!*

Se oyeron unos gritos. Una cara apareció al final del callejón, luego otra, y luego un montón. Charlie abandonó el lugar casi a ciegas y corrió otras tres manzanas antes de empezar a recobrar la calma. *Un teléfono, pensó, tengo que llamar por teléfono.* Sudando, frenético, con la corbata torcida y el sombrero calado hasta las cejas como un casquete, entró en una farmacia y preguntó si podía utilizar el teléfono. El viejo que había tras el mostrador se mostró encantado de serle útil.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, con la cara arrugada por la preocupación.

Charlie le hizo un gesto indicándole que sí y le pidió a la telefonista que le pusiera con el Post Tavern. Se oyó un clic, y después oyó la voz afectada del recepcionista, que le daba las buenas tardes.

—Con el señor Goodloe H. Bender —dijo Charlie. El corazón le martilleaba como un tambor.

Hubo un silencio, y luego el crepitar de interferencias de la línea.

—Lo siento, pero el señor Bender ya no se aloja en este hotel. ¿Me hará el favor de decirme su nombre?

—¡No es posible! —dijo Charlie como un autómatas, notando los latidos del corazón en el cuello, bajo los párpados, agitándose en su cráneo—. El señor Goodloe H. Bender. Compruébelo otra vez.

—¿De parte de quién?

Era como si las montañas se derrumbaran sobre el mar y la lava fluyera por todas partes.

—¡Maldita sea, hombre, póngame de una vez!

Otra pausa. Cada una de las palabras rebosaba veneno:

—El señor Bender ha... desaparecido, por decirlo de alguna manera, nos lo acaba de comunicar la camarera de la cuarta planta. Ha dejado una cuenta bastante sustanciosa. ¿No será usted su socio, por casualidad?

Charlie colgó el teléfono.

Cuando encontró a Ernest O'Reilly en el patio del colegio y le entregó el sobre de Bender, ya se imaginaba lo que decía su nota, ya sabía lo que había ocurrido con los treinta y dos mil dólares en pedidos por adelantado, con los cheques de los comerciantes locales y con las desafortunadas inversiones de la señora Hookstratten en el negocio de los cereales, y también se imaginaba quién cargaría con el mochuelo: el tonto, el estúpido del señor Charles P. Ossining, presidente del consejo de administración de Per-Fo Company, Inc., Battle Creek. Hubiera podido leerlo en

su tarjeta. Aturdido y con manos temblorosas rasgó el sobre y sacó la nota ante un sorprendido Ernest O'Reilly y cien niños chillones que desfilaban de vuelta a clase. Estaba escrita infantilmente en mayúsculas, la típica caligrafía de Bender, como si no le hubiesen enseñado a enlazar las minúsculas, como si toda su mundana elegancia fuera tan espuria como sus patillas teñidas:

CHARLIE, POR LA PRESENTE TE COMUNICO QUE ME HE IDO, Y QUE NO QUEDA NADA EN LA CUENTA DEL NATIONAL & MERCHANTS CONSIDÉRALO COMO MIS HONORARIOS POR TU EDUCACIÓN. CON MI CONDOLENCIA Y MIS MEJORES DESEOS, TUYO GOOD.

Charlie se quedó mirando la nota, embobado. Era como estar leyendo su propio epitafio.

La tarde era apacible, callada, la brisa de algún fragante lugar austral envolvía la estación como una bendición. Las sombras rayaban las vías, y los árboles que había detrás de la estación parecían fundidos en bronce. En algún sitio, una campana dio las horas. Aunque la gente había empezado a agolparse en el andén, las conversaciones se desarrollaban en voz baja, y el único sonido que llegaba hasta Charlie, sentado en un banco junto al muro exterior, era el murmullo de las golondrinas que entraban y salían de sus nidos en los aleros. Las golondrinas no le parecieron encantadoras. La suavidad de la temperatura y el juego de la luz en los árboles no le animaron, ni le llenaron de sentimientos de reverencia por la tierra, la creación y la pura alegría animal de estar vivo. Todo lo contrario. Esperaba el pitido del tren de la señora Hookstratten como un condenado espera en la celda los pasos del verdugo que le conducirá al cadalso.

Las tres últimas noches había dormido vestido; sentía miedo de acercarse a la pensión de la señora Eyvindsdottir antes de medianoche, y salía furtivamente al despuntar el alba. De pronto, parecía que todo el mundo quisiera hablar con él. El mismo día en que escapó de los dos sicarios del Post Tavern, la correspondencia de Per-Fo pareció desviarse misteriosamente a la pensión de la señora Eyvindsdottir, adonde también llegó, como por casualidad, la cuenta del hotel de Bender. (La cuenta, que además de los cargos del último mes incluía el descubierto de una cuenta de crédito que llegaba hasta el mes de octubre, daba testimonio de una marcada propensión al sibaritismo, era una crónica paso a paso de excesos y caprichos. Un día cualquiera, Bender podía haber pedido que le sirvieran mariscos en su habitación, podía haber dado una fiesta por todo lo alto en el Wee Nippy, podía haber pedido que subieran a su habitación *coq au vin*, bacalao frito y *escalope de veau à la Guennoise*, podía haber bajado al comedor para hartarse de caviar y champán francés, podía haber encargado tres pares de zapatos y seis camisas, o podía haber pedido un coche, flores y ropa de cama con sus iniciales bordadas).



Pero la cuenta del hotel no era la mayor de sus preocupaciones; por lo menos, estaba a nombre de Bender. Lo que sí era inquietante, lo que no permitía que Charlie se acercara a su casa, su habitación ni su cama, era el aluvión de cartas de irritados y estafados comerciantes, frustrados inversores, iracundos corredores de fincas y preocupadas instituciones encargadas de hacer cumplir las leyes, de todo el Medio Oeste y el Noroeste, dirigidas a Charles P. Ossining, presidente del consejo de administración, Per-Fo Company, Inc., habitación 414, Post Tavern Hotel. ¿Había suplantado Bender la personalidad de su socio mientras distribuía las falsas cajas de Per-Fo y robaba sus pensiones a pobres viudas? ¿Había sido capaz de caer tan bajo? Desde luego, todo parecía indicar que sí. Era evidente. Y aquello sólo era el principio: también había diversos acuciantes problemas legales que Bender se había cuidado mucho de revelar. Por lo visto, se habían incoado varios procesos independientes en los juzgados del condado de Calhoun para suspender la producción, venta o distribución de los cereales Kellogg's Per-Fo y para exigir daños y perjuicios por apropiación indebida de marca. También había recibido tres cartas de su propio abogado, un tal señor Barton Noble, de la calle Woolhough, que quería hablar de una cuenta que tenían pendiente con él. Urgentemente.

Charlie estaba conmocionado. Habían pasado cuatro días. Debería haberse dado cuenta... *tenía* que haberse dado cuenta... de que le estaba engañando, como había engañado a los del Post Tavern y a todos los que se cruzaban con él, dando un soborno aquí y allá con el dinero que sacaba de su cuenta de crédito, birlando, estafando, embaucando y timando. Charlie era un incauto. Un bobalicón. Un palomo. Le habían cazado, pelado, destripado, rellenado, asado, masticado, digerido y cagado. Creía que estaba en camino de convertirse en un magnate, y ahora resultaba ser un vulgar criminal. George Kellogg, un vagabundo, un borracho harapiento, estaba acurrucado la mar de contento en su habitación pagada por adelantado en la pensión de la señora Eyvindsdottir, ajeno a todo, mientras Charlie no podía acercarse a menos de cien metros de aquella casa. Había gente esperándole. Servidores de la justicia. Cobradores. Matones.

Y si aquél era el peor momento de su vida, sentado impotente en el mudo y libre de cuidados banco de madera mientras los chavales empezaban a pregonar sus mercancías sin valor y Harry Delahoussaye se escurría entre las sombras en un extremo del andén, todo indicaba que las cosas iban a ponerse mucho peor. Porque en aquel momento apareció la gran sombra en movimiento del tren de la señora Hookstratten. Charlie oyó la entrada del convoy y la sintió en el suelo, un temblor que se extendía por el andén y se metía en la suela de sus zapatos, una poderosa acometida que en su implacable avance agitó el cartel que Charlie tenía delante como si le gastara una especie de broma sádica: RECUPERE LA SALUD EN BATTLE CREEK.

Charlie se puso de pie, sonó el silbato, y un viento áspero le azotó la cara.

---

### 3. FREIKÖRPER KULTUR

Realmente, no había mucho que ver: un vago montecillo en forma de herradura que mostraba una especie de mordisco donde le habían arrancado la tierra y un amasijo de rocas, fragmentos de cerámica sin vidriar y algo que podían ser restos humanos. Eleanor no sabía muy bien qué era lo que había esperado encontrar... Esqueletos de bravos guerreros y sus mujeres, enterrados juntos en sobrenatural abrazo, con los huesos perfectamente articulados, como el que Frank tenía en su despacho, quizá con su perro favorito al lado. Jarras. Tocados. Abalorios. Joyas. Aquella especie de pipas que tenían plumas... ¿cómo las llamaban? De todas formas, era una suerte poder estar al aire libre, bajo el sol, embebiéndose de sus saludables rayos, echada en un lecho de flores silvestres y contemplando cómo el pergamino del cielo se enrollaba sobre sí mismo.

Eleanor tenía ciertas dudas respecto al sol, y se había llevado su sombrilla para no tomarlo en exceso. Le habían enseñado —y lo sabía por instinto— que las mejillas tostadas, la piel cetrina y las manos coloradas eran algo vulgar y antiestético, el signo distintivo de los extranjeros y los jornaleros. Pero el doctor Kellogg le había enseñado la vital importancia de la fototerapia, y ella se había pasado todo aquel pálido invierno fortaleciendo su cuerpo bajo los salutíferos rayos del baño de luz eléctrica, el fotóforo, el termóforo, la lámpara de arco voltaico y la de cuarzo actínico. Y tenía la piel más fresca y más tersa que nunca. La naturaleza la había dotado de un cutis perfecto. Había sido la envidia de todas sus compañeras de colegio, aquellas chicas que habían encontrado marido y habían instalado sus hogares y cuidaban de sus hijos en aquellas casas tersamente pintadas y adornadas con torrecillas que engalanaban las ondulantes colinas de Peterskill. ¿Qué harían ahora aquellas muchachas? May Boughton, Christine Peckworth y Lucy Strang... Por supuesto, envenenar a sus maridos y a sus niños con creatina, con carne putrefactiva, con chuletas y asados. Lucy, por lo menos, no debería haber sido tan tonta...

Peterskill. Sus pensamientos se quedaron revoloteando allí un momento y vio las rosas amarillas que trepaban por el emparrado junto a la ventana de la cocina, las madre selvas que subían por encima de la valla y caían en el jardín de los Van Tassel, la sonrisa de su padre, relajada y melancólica, y la forma como le cogía las manos igual que si fueran bollos recién salidos del horno... ¡Santo cielo, hacía semanas que no le escribía!

—Vaya, vaya, vaya, vaya... Disfrutando de nuestro viejo amigo el sol, ¿eh?

Entornando los ojos, levantó la vista hacia la cara soleada de Lionel Badger. Llevaba un panamá y unos pantalones cortos de lona con tirantes de cáñamo, y

sonreía. No llevaba camisa, y Eleanor hubiera debido mostrarse un tanto avergonzada al ver su piel apenas cubierta por los tirantes, el vello corporal, las marcas de sus costillas y el blanco corte de una cicatriz en el hombro. Pero a lo largo de la semana Badger ya se había quitado dos veces la camisa en su presencia, y ella empezaba a acostumbrarse. Después de todo, Badger sólo tomaba el sol siguiendo los preceptos de Kellogg, aunque, eso sí, dándoles, como siempre, un toque personal (Badger ponía en práctica los preceptos del doctor Kellogg multiplicándolos por diez).

—Sí —murmuró lánguidamente. El sol, como una gigantesca espátula dorada, apretaba su espalda contra la sensual y adormecida tierra—. La verdad es que llevo media hora tratando de levantarme para ir a hacerle compañía a Virginia.

Lionel se rió, con una risita que era apenas un leve cosquilleo en el fondo de su garganta, y se acuclilló a su lado; su sombra cayó sobre ella como una mano helada.

—La verdad, Eleanor —ella percibió el ajo en su aliento, potente y vulgar— debería abrirse a la radiante energía del sol, desabróchese la blusa, súbase las mangas, levántese la falda...

Eleanor escrutó su cara buscando alguna señal de deseos deshonestos o lascivos, pero no vio nada raro. Hablaba en serio, hacía proselitismo, divulgaba las ideas nuevas, era un profeta de la salud.

—En realidad —dijo ella ruborizándose un poco—, ya lo he hecho. Con las Mujeres Auxiliares del Club de la Respiración Profunda... bueno, ya sabe que desde hace dos semanas nos reunimos al aire libre, donde tenemos intimidad, por supuesto, junto a la piscina de mujeres...

Una luz extraña brilló en los ojos del preceptor de la salud, como si se imaginase liderando a aquel grupo de mujeres en deshabillé.

—¿Sí? —dijo—. Y...

Ella apartó la mirada.

—Bueno, hemos estado experimentando, como según tengo entendido hacen los hombres habitualmente, quitándonos la ropa...

—¡Sí! —exclamó de pronto Badger, apretando los puños y alzando los brazos en un gesto de triunfo propio de un guerrero—, ¡de eso se trata, de eso exactamente! La reforma de la indumentaria, Eleanor, empieza liberando al cuerpo de sus ataduras artificiales, pero no hablo de corsés de ballenas, aunque esas cosas son tan apropiadas para las mujeres modernas como los huesos atravesados en la nariz de los caníbales de Nueva Guinea. No, Eleanor, y usted se ha dado cuenta desde el principio. —La miró a los ojos—. ¿Sabe lo que llevo debajo de estos pantalones?

A Eleanor no se le había ocurrido ni remotamente pensarlo, pero lo adivinó al instante.

La sonrisa de Badger, amplia y dentada, se posó sobre ella durante un momento demasiado largo.

—¿Conoce *Freikörper kultur*, la obra pionera del profesor Kuntz sobre el movimiento nudista en Alemania?

¿Por qué se le había acelerado el pulso? Se sentía como una muchachita que espera que la saquen a bailar.

—Sí, claro.

Si unos instantes antes Badger parecía interesado, en aquel momento estaba transportado. Tras él, a no más de treinta metros, Frank y el profesor Gunderson dirigían a un par de trabajadores que manejaban picos y palas, y Virginia Cranehill, corpulenta y cuarentona, estaba sentada muy tiesa en una manta; a su lado tenía una cesta con bocadillos procedentes de la cocina del sanatorio.

—¿De verdad? ¿Qué le ha parecido?

Todavía protegiéndose los ojos, Eleanor se incorporó sobre un codo y arrancó una brizna de hierba para mordisquearla.

—Es algo realmente revolucionario —respondió sin vacilar—. Y lógico. Si uno piensa en los inicios de la humanidad, se da cuenta de que tomar el sol desnudo es la cosa más sensata del mundo. Es algo natural y puro. Pero la sociedad, por desgracia, nos hace llevar estos odiosos vestidos.

Y, para dar más énfasis a sus palabras, tiró de los pesados pliegues de su falda.

—Pero es encantador —protestó Lionel, poniéndose de rodillas e inclinándose un poco más—. Llevo toda la mañana deseando decirle lo atractiva que está hoy. Ese conjunto le sienta muy bien, la favorece, y ese sombrero de ala ancha hace que sus ojos se fundan como dos trocitos gemelos de mantequilla...

¿Qué podía contestarle? Le dio las gracias por los cumplidos.

—Pero sé muy bien lo que quiere decir —continuó Badger—. La ropa es opresiva, esclava de las modas, es un derroche, y resulta realmente absurda en un tiempo como éste. No puedo evitar imaginarme lo encantadora que estaría sin ella, *au naturel*. El profesor Kuntz le quitaría toda esa ropa, incluyendo el pantalón, en menos que canta un gallo. —Se echó hacia atrás, se apoyó sobre los talones y abrió los brazos para recibir el sol, la suave brisa, el paisaje silvestre que se extendía hasta el horizonte—. ¡Y con un día así! Ningún claro de un bosque de Baviera, ningún risco ni ninguna cascada de la Selva Negra, pueden compararse con esto, ¿no está de acuerdo conmigo?

—Sí —dijo Eleanor, mordisqueando la brizna de hierba—, pero si ahora mismo fuéramos miembros de la rama local de *Freikörper Kultur*, Lionel, no podría disfrutar de su compañía, ni de la de Frank y el profesor Gunderson, y mucho menos de la edificante presencia de nuestros dos excavadores. Tendríamos que estar solas Virginia y yo, lo que me parecería una estupidez, aunque pudiéramos disfrutar de todo el sol del mundo.

—¡Ah, no, no, no es así, mi querida Eleanor! Por más que el obstinado y puritano director del sanatorio se empeñe en separar a hombres y mujeres, como si hubiera algo de vergonzoso en mostrar el cuerpo humano, como si fuera un montón de estiércol en vez del templo que él no cesa de proclamar, Gerhardt Kuntz, como usted ya sabrá, deja que ambos sexos se mezclen libremente. ¿Por qué no habría de ser así?

A Eleanor no se le ocurrió ni una sola razón. Había leído las descripciones de Kuntz de las reuniones de gente que retozaba desnuda con el corazón a cien por hora, y se había imaginado a los hombres como sátiros peludos que se zambullían en helados torrentes y se calentaban después en tronos de granito, mientras las mujeres, de cuerpos recatados y suaves y con los pechos liberados a la caricia de la gravedad, se sentaban junto a ellos para mantener conversaciones alegres e ingeniosas. No había conocido más varón que Will, y le quería, le quería de verdad, pero había algo más en su interior, algo que latía con fuerza y secretamente en sus venas, y que luchaba por salir al exterior. Miró a Lionel a los ojos.

—¿Por qué no habría de ser así? —respondió.

Más tarde, después de comer pan integral y bocadillos de mantequilla de cacahuete y pepino, y de beber agua de Concord de una botella que había llevado Lionel, todos se sentaron en círculo en la manta de Virginia, Lionel a un lado de Eleanor y Frank al otro, el profesor Gunderson junto a él y, completando el círculo, Virginia. Hablaron de arqueología, de salud, de frenología y de nudismo, con el ruido de fondo de picos y palas. Acerca del último de los temas, Frank se mostró muy cauteloso (aunque defendió las ideas de Kellogg sobre la luz del sol y el cuerpo libre de trabas), Virginia, muy entusiasta, y el profesor, evasivo. Lionel le dirigió a Eleanor una mirada bastante significativa cuando Frank se concentró en sus tortitas y el profesor mostró un súbito interés por sus notas. Virginia llegó a desabrocharse el botón superior de la blusa, se enrolló las mangas y se levantó un poco la falda, dejando a la vista el blanco inmaculado del dobladillo de su pantalón (Eleanor no la imitó; siempre había sido partidaria del todo o nada), y luego volvieron a hablar de arqueología. El pequeño profesor discursó acerca de la tribu que había precedido a los potawatomi en aquellas colinas. Frank terció en el discurso del doctor con sus teorías frenológicas sobre los indios en general, y sobre aquellos en particular. Eleanor no pudo evitar pensar que últimamente se había convertido en un pelmazo, en un experto obsesionado por su especialidad. Por suerte, un poco más tarde uno de los trabajadores lanzó un grito de emoción, Frank y el profesor dieron un bote para correr a curiosear en el distante agujero de color pardo rojizo, y la conversación tomó un giro más interesante.

—Hablando de liberar el cuerpo, Lionel —susurró Virginia, acercándose para estrechar el círculo—, quiero agradecerle que me enviara al doctor Spitzvogel. Nunca me he sentido tan bien en mi vida, aunque al decir eso no quiero menospreciar los métodos del sanatorio. Me han ayudado mucho, y no tengo intención de abandonarlo, pero ¡oh, el doctor Spitzvogel!

Hizo girar los ojos teatralmente, irguiendo su vacuna figura. Luego sonrió a Eleanor.

Eleanor había oído hablar del médico en cuestión. Todo lo relacionado con él se llevaba muy en secreto, y la mención de su nombre entre las señoras del sanatorio provocaba invariablemente risitas disimuladas, miradas de complicidad y expresiones

arrobadas.

—He oído hablar de él, por supuesto —dijo Eleanor—, pero no sabía que usted...

—Hace tres semanas —la interrumpió Virginia.

Eleanor sintió los ojos de Lionel sobre ella. Badger raras veces guardaba silencio durante más de dos segundos, y sintió su silencio como un peso palpable que se cernía sobre ella. No sabía que él estuviera relacionado con todo aquello, pero podía habérselo imaginado. El tratamiento —se llamaba «terapia de movimiento» y estaba especialmente dirigido a las mujeres, eso era lo único que sabía Eleanor— no se ofrecía en el sanatorio. El tal doctor Spitzvogel, un hombre enigmático al que nadie reconocía abiertamente haber recurrido, había instalado su consultorio en Battle Creek aquel otoño. Eleanor buscó los ojos de Virginia, brillantes de excitación.

—¿Y sirve de algo ese tratamiento? —preguntó, esperando que le explicaran en qué consistía.

—De mucho —respondió Lionel—. Sobre todo para las naturalezas hipersensitivas, para las personas neurasténicas, Eleanor. No soy su médico —levantó las manos expresivamente y le dirigió una de sus significativas miradas—, pero puedo asegurarle que he enviado a varias mujeres a Siegfried y no he recibido ni una sola queja.

—Yo lo confirmo —dijo Virginia asintiendo con aire de complicidad—. Cada vez que salgo de su consultorio voy como flotando en una nube, me quedo tan relajada, que todos los poros de mi cuerpo rezuman... Las dos últimas veces entré de tal forma en sintonía con mi naturaleza interna, que el doctor tuvo que ayudarme a subir al coche. Estaba tan débil, Eleanor, que creí que me iba a derretir.

Eleanor no entendía nada. ¿Por qué había de querer alguien sentirse débil? ¿Acaso la vida fisiológica no pretendía fortalecer la naturaleza para prolongar la vida?

—¿Débil? —repitió.

—Relajada, querida.

Virginia intercambió una mirada con Lionel. Fue una mirada de complicidad, amistosa y engreída, que irritó a Eleanor.

—Mire, Eleanor —la voz de Lionel era muy suave, persuasiva. A lo lejos, los hombres que escudriñaban la excavación lanzaron exclamaciones—. El doctor Kellogg emplea métodos muy avanzados, eso no lo discuto, pero ya sabe usted que no lleva las cosas hasta el final, que no le gustan los extremos. Y yo soy partidario de los tratamientos radicales para los estados radicales. Y ahora, présteme atención. Este tratamiento no implica ningún riesgo, especialmente para usted, que ha llegado valerosamente adonde otros no se atrevían, para usted, una pionera de la vida vegetariana y progresiva, y sólo sería una continuación de lo que ha estado haciendo hasta ahora. Pero resulta que queda fuera de los parámetros de lo que el doctor Kellogg considera conveniente imponer rígidamente a sus pacientes. Y, la verdad sea dicha, Eleanor, es un gran hombre, pero no es Dios.

—Yo estoy de acuerdo —confirmó Virginia, que se había acercado tanto a Eleanor, que ésta podía oler la mantequilla de cacahuete en su aliento; al mezclarse con el hedor a ajo de Lionel, resultaba mareante.

Eleanor sonrió y dejó escapar una risita, pero la sangre se aceleraba en sus venas.

—Hablan de ese tratamiento como si fuera algo ominoso. No hace falta andarse con tantos rodeos, Lionel, Virginia. Ya saben que yo soy muy progresista. —Se detuvo—. ¿En qué consiste exactamente?

Virginia clavó la mirada en Lionel, y éste se volvió hacia Eleanor.

—Es muy sencillo, de verdad. El doctor le hace ponerse a la paciente un vestido suelto, en realidad para cubrir las apariencias, y le dice que se eche en una camilla acolchada...

—En una habitación muy acogedora —terció Virginia.

—Sí, claro. El ambiente es lo más relajante... Tiene que serlo, porque ésa es la idea.

—Y el doctor Spitzvogel tiene las manos más cálidas del mundo, mucho más cálidas que el guante caliente del sanatorio. Es como si irradiara su propia energía...

Sí, muy bien, pensaba Eleanor. Pero ¿qué era lo que *hacía*?

—Eleanor... —Lionel adoptó un tono de voz más neutro—. Seré franco con usted, ¿no le parece? Somos amigos, ¿verdad? Y, además, no hay que avergonzarse de nada relacionado con el cuerpo humano.

Se oyó a lo lejos un grito de Frank.

—¿Sí? —dijo Eleanor—. Adelante.

—En alemán el tratamiento se conoce como *die Handhabung Therapeutik*.

—Terapia de manipulación —susurró Virginia.

—Bueno —dijo Lionel—, el doctor manipula el útero...

—Y los pechos —puntualizó Virginia meciéndose en la resonancia de aquella palabra, como si no pudiera despegarse de ella.

—Sí —resopló Lionel, a quien el tema empezaba a animar—, porque ahí residen las pasiones histéricas de la anatomía femenina, y la clave, según muchas opiniones, de los trastornos neurasténicos. Mediante la manipulación del útero...

—Y de los pechos —siseó Virginia.

—... Y de los pechos, el doctor aumenta el flujo de sangre hacia esas regiones para liberar los humores nocivos que se forman en ellas, del mismo modo que las tomaínas y otros venenos se forman en los intestinos en caso de autointoxicación. Es el tratamiento más moderno, completamente inocuo, y está haciendo furor en toda Europa. —Lionel le dedicó la mirada más profunda de sus ojos de color caramelo—. Y sólo el puritanismo del doctor Kellogg... Que conste que no quiero criticarle, me ha ayudado mucho y creo que sus ideas van en la dirección correcta, pero sólo su puritanismo le ha impedido hasta ahora ofrecerle a Spitzvogel un puesto en el sanatorio. Ahora bien, eso no es ningún problema; si quiere, puedo presentárselo.

Lionel y Virginia la miraban atentamente, respirando anhelantes, y el sudor

brillaba en sus caras. El sol calentaba con fuerza y Eleanor se sintió súbitamente incómoda y advirtió que el dorso de sus manos había enrojecido levemente. Estaba a punto de decir que sí, que probaría el tratamiento del doctor Spitzvogel —si la gorda de Virginia Cranehill había experimentado resultados positivos, seguro que ella también podía obtener algún beneficio de aquella terapia—, cuando Frank Linniman les interrumpió.

Frank estaba ahora inclinado sobre ellos; tenía una mancha de tierra en los blancos pantalones de lona y otra en la cara.

—¡Miren! —gritó—. ¡Miren lo que hemos encontrado!

Eleanor percibió vagamente al profesor Gunderson, agazapado detrás de Frank como una gárgola, con una mueca tan exagerada en la cara que parecía que se le fuera a dividir en dos. Al parecer, Frank quería mostrarles algo, una piedra cubierta de tierra negra, pero se dio cuenta en seguida de que no era una piedra.

—Por lo menos tiene cuatrocientos años de antigüedad —dijo Frank, y su voz traslucía la profunda emoción que sentía—. Creemos que es de una mujer. Miren esto —señaló con una uña ennegrecida la grieta donde tal vez hubiera estado una oreja, donde hacía mucho tiempo los dedos de un amante tal vez se hubieran detenido en una larga caricia—, ¿lo ven? ¿Ven este órgano en la base del cráneo, detrás del mastoide?

Eleanor vio huesos blanquecinos, roídos por el tiempo, vio que la mandíbula inferior pendía inerte y las cuencas vacías de los ojos, vio la muerte contenida en una mano viva.

—Sí —dijo Eleanor—, ¿qué es, Frank?

—La amatividad —dijo—. Es su órgano de la amatividad. ¿Ve lo desarrollado que está en comparación con éste, que es el del cálculo? ¿O con éste, que es el del orden? ¿Ve lo pequeña que es esta placa? Es el órgano de la espiritualidad.

Su dedo acarició el globo desnudo del cráneo, deteniéndose aquí y allá, como si fuera un puntero.

—¿Tiene algún significado? —preguntó Lionel cambiando de posición en su esquina de la manta.

Frank se tomó su tiempo, recreándose en el momento. Tras él, las mariposas volaban por el aire como recortes de papel de colores, y los dos trabajadores se apoyaban en sus palas, satisfechos.

—Significa lujuria —dijo—. Significa que no se reprimía en lo más mínimo. Significa que era un pozo de sensualidad. —Sacudió la cabeza—. No me extraña —dijo por fin— que estos indios no llegaran a ser nada.

Hacia el final de la semana, el viernes, llegó la lluvia, una cálida lluvia, propia de la estación, que repiqueteaba en el suelo y caía musicalmente por los canalones de desagüe. Eleanor había terminado su rutina diaria hacia las cuatro de la tarde, y se



estaba vistiendo para salir cuando Will se presentó en su habitación.

—Hola, querida —dijo, sin atreverse a cruzar el umbral—, vengo a ver cómo estás. ¿No pensarás salir con este tiempo...?

Eleanor se había maquillado, y tras abrocharse la esclavina del abrigo de cachemir dio los últimos retoques en el espejo a su toca de terciopelo azul. La pregunta de Will, aunque ingenua, contenía una queja velada —¿se había vuelto ciega?, ¿no se daba cuenta de que estaba lloviendo?—, y aquello la irritó. Sobre todo en aquel momento, en aquel día concreto. Tenía los nervios de punta, estaba un poco mareada, rara, como si no tocara con los pies en el suelo. Aunque se había puesto uno de sus trajes sastre más elegantes (a la última moda inglesa, cruzado, azul marino, con un cuello de tafetán de seda para contrastar) y una de sus mejores blusas francesas de satén, no llevaba nada debajo de las enaguas, y nada sujetaba sus pechos. Era una sensación extraña y liberadora al mismo tiempo; sus pezones rozaban de vez en cuando el suave tejido, y sentía un poco de frío entre las piernas, pero lo consideraba parte integrante de la experiencia. A las cuatro y cuarto había quedado con Lionel, que la acompañaría a ver a Spitzvogel para la primera sesión de su tratamiento, y no quería que la consideraran poco progresiva.

—Sólo voy a dar una vuelta —dijo observando a Will en el espejo.

—¿Una vuelta? ¡Pero si está lloviendo, querida!

Se volvió hacia él, cruzó la habitación y dejó que la cogiera de los codos mientras depositaba un beso fugaz en su mejilla.

—Ya sabes cómo me gusta pasear bajo la lluvia, a causa de mi naturaleza artística. Dejo que mi alma se eleve como una alondra alzando el vuelo.

De pronto Will sonrió, radiante.

—¡Se me ocurre una cosa! —exclamó—. ¡Te acompaño! Me vendrá bien un poco de ejercicio. Y, además, el doctor Kellogg se sentirá orgulloso de mí, ¿verdad?

—No, Will —le respondió, un tanto turbada—. Sí, claro, el doctor Kellogg se sentiría muy orgulloso, y yo me alegro mucho de que hayas tomado una actitud más positiva respecto a la vida fisiológica, pero me gustaría pasear sola. No te lo tomes a mal, por favor. Necesito estar a solas con mi naturaleza interior, nada más.

Will pareció ofendido.

—¿Nunca podré volver a dar un paseo contigo? ¿Qué te pasa, Eleanor? He hecho todo lo que me has pedido... he comido uvas hasta que me salían por las orejas, he estado dando botes y riéndome con una pandilla de magnates gordos en el gimnasio, y he dejado que me extirparan un pedazo de intestino como si fuera una verruga. ¿Por qué no nos vamos a casa, Dios mío? ¡Vámonos a casa!

—Nos iremos —repuso Eleanor, apartándose de él— cuando llegue el momento.

—No me vengas con ésas, El, siempre me dices lo mismo.

En realidad, Eleanor no podía soportar la idea de volver a Peterskill después de las emociones de la vida en el sanatorio. ¿Qué haría allí? ¿Jugar al bridge, participar en las actividades parroquiales, ver cómo las vides crecían en los emparrados? No se

podía quedar para siempre en el sanatorio. Sabía que, en cierto modo, lo único que hacía era aplazar lo inevitable; evitaba volver a la vida real, evitaba la tumba de su madre y la desolación de su padre, y evitaba la habitación rosa con la cuna de mimbre que había sido preparada para su hija en el piso alto de su casa. Pero todavía estaba enferma, era una mujer muy enferma, y no podía irse todavía. Todavía no.

—Te lo digo en serio, Will —le dijo—. Te lo prometo.

Will tenía todo el aspecto de estar muy ofendido, parecía como si fuera a derrumbarse y a echarse a llorar. Cuando se acercó a consolarle, alarmada, él rechazó sus manos.

—No —dijo áspero, amargado, sintiéndose menospreciado—. No hace falta. Vete a pasear bajo la lluvia —dijo—. Deja que tu alma se eleve.

Dio media vuelta y se marchó.

Eleanor se encontró con Lionel en el vestíbulo y subió sin decir palabra al coche que les esperaba junto a la acera. Iban un poco apretados, y fue muy consciente de que la rodilla de Lionel oprimía las suyas mientras intentaba acomodar sus piernas en el estrecho compartimiento.

—Está haciendo lo que debe —le dijo—. Siempre me lo agradecerá.

Eleanor hubiera deseado mostrarse alegre e ingeniosa, hubiera querido dominar la situación, pero no estaba de humor. Escuchó el golpear de las pezuñas de los caballos contra el suelo, observó el movimiento de los árboles al acercarse a ellos por encima de los hombros del cochero, se alisó una arruga del guante.

—Seguro que sí —murmuró.

El consultorio de Spitzvogel estaba en su domicilio, una mansión Tudor de aspecto absolutamente respetable situada en el elegante West Side, no muy lejos de la residencia del propio Kellogg. Eleanor pensó un momento en su jefe y mentor. ¿Qué pensaría *él* de lo que estaba haciendo? Se sintió una traidora. Pero la visión de la casa de Spitzvogel la tranquilizó, al igual que la presencia de Lionel a su lado. El presidente de la Asociación Vegetariana de los Estados Unidos no la guiaría por el camino erróneo, eso era indudable. Y, además, aunque el doctor Kellogg se enorgullecía de estar al corriente de todos los avances médicos del mundo, desde los descubrimientos del Instituto Pasteur hasta los del Real Colegio de Cirujanos, ni siquiera él podía saberlo todo. Y, por otra parte, eran muchas las mujeres del sanatorio que consideraban muy eficaces y satisfactorias las innovaciones de Spitzvogel. ¿Qué podía perder? Eleanor bajó del coche de caballos con la mente totalmente abierta, determinada a recibir por completo el tratamiento de Spitzvogel, fuera el que fuese, y a juzgar sin ningún tipo de prejuicios, como correspondía a un espíritu progresista y de amplias miras.

El enigmático médico resultó ser un hombre bastante corriente, de estatura media, pelo liso, oscuro y aceitoso, bigote engominado, y con un monóculo en el ojo izquierdo que parecía exigir de él un considerable esfuerzo de dominio muscular. Su acento era marcado, pero no tenía la aspereza que Eleanor solía asociar con los

germano-parlantes. Llevaba un traje de mezclilla, y le rodeaba un oloroso halo de humo de madera y regaliz. A Eleanor le cayó bien desde el primer momento.

El doctor Spitzvogel los condujo a una sala de estar decorada en el estilo «estético» de finales de los setenta, en la que había un biombo japonés cuyo diseño combinaba el ébano con los dorados y una vitrina llena de chucherías que hacía juego con él, obra de los hermanos Herter. Se sentaron alrededor de una mesa baja y charlaron mientras comían galletas de salvado y bebían un té de hierbas aromatizado con almizcle que sabía a lugares remotos y a países exóticos. Al cabo de un rato, Lionel se levantó y se excusó. Cuando la puerta se cerró tras él, Spitzvogel cogió lápiz y papel e interrogó a Eleanor sobre su estado. Al principio eran preguntas generales, pero progresivamente, a medida que avanzaba el diálogo, se fueron volviendo más profundas e íntimas. Le explicó sus repentinos arrebatos de emoción, le contó que la visión de una horca de tres puntas o de un cuello deshilachado la llenaban de una alegría desbordante o de una tristeza igualmente incontenible, le dijo que se despertaba temblando en medio de la noche y corría descalza sobre el rocío, le habló de la muerte de su madre y de los problemas de su marido, y de su convicción de que los únicos asuntos a los que valía la pena dedicarse eran la belleza, la verdad y la búsqueda de la vida fisiológica.

El médico la comprendió perfectamente.

—¡Pobre amiga mía! —murmuró, tirándose del labio con gravedad y asintiendo con el engominado bulbo de su cabeza mientras ella iba desgranando su creciente letanía de desgracias. Cuando el doctor se quedó satisfecho, le hizo un guiño tan amplio y simpático que estuvo a punto de hacer saltar el monóculo, y se metió detrás del biombo. Salió al cabo de un momento con la bata blanca convencional, aunque incongruentemente seguía llevando los pantalones de mezclilla, y Eleanor se preguntó por qué se habría molestado en cambiarse la chaqueta y no los pantalones.

—¿Quiere seguirme, por favor?

Una puerta situada detrás del biombo conducía al consultorio propiamente dicho, que consistía en un par de habitaciones con paredes forradas de madera, tan tenuemente iluminadas, que los ojos de Eleanor tardaron bastante en adaptarse. Había un escritorio, varias sillas de respaldo recto y el habitual equipo médico. A través de una puerta abierta que daba a la otra habitación, distinguió débilmente una mesa de reconocimiento y las paredes repletas de pinturas al óleo. De pronto, el corazón le empezó a latir con fuerza. Por decir algo, hizo un comentario sobre los diplomas enmarcados que colgaban de la pared detrás del escritorio, aunque con aquella iluminación no se podía leer ni una sola palabra.

—Supongo que se ha doctorado en Alemania —dijo señalando los diplomas.

—¡Oh, sí! —respondió el médico—, en la Universidad de Schleswig-Holstein, y también en Württemberg. Pero no en medicina, querida señora, que, como usted ya sabe, es un campo muy determinado y reducido, sino en filosofía de los sistemas fisiológicos y, por supuesto, en masaje terapéutico, y más concretamente en *die*

*Handhabung Therapeutik.* Pero, por favor, permítame.

La cogió del brazo suavemente y la condujo a la otra habitación.

Allí el olor a regaliz que había percibido antes era más penetrante, como si hubieran aromatizado el aire con su esencia. Aquella habitación estaba mucho más caliente que la otra. La única luz provenía de un par de titilantes candelabros oscilantes de pared; allí no había ventanas, ni siquiera un cristal ahumado que filtrase la luz del día. Le pareció muy extraño. Sin embargo, aquel lugar tenía un ambiente íntimo y retirado, y provocaba una sensación de seguridad invulnerable al día exterior, lo cual la tranquilizó. El efecto fue instantáneo, se sintió más lánguida y su corazón recobró el ritmo habitual. Mientras tanto, el doctor Spitzvogel había atravesado la habitación para abrir un armario que había en un rincón, y Eleanor, siguiendo sus movimientos, miró los cuadros que pendían de las paredes ahora que podía distinguirlos con mayor claridad. Casi todos representaban temas bucólicos: retazos de cielos nubosos, ovejas pastando, ninfas, faunos, querubines alados, hadas fundiéndose con las sombras de los bosques, todo lo cual daba un aire aún más irreal a la estancia. Inexplicablemente, la palabra «serrallo» iba y venía de la cabeza de Eleanor. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Por favor —le dijo el doctor Spitzvogel, que había vuelto a su lado, con el bigote y el pelo brillándole débilmente a la luz de los candelabros, y le ofrecía un fantasmagórico vestido de seda blanca—. Desvístase y póngase esto. Puede dejar su ropa en el armario. Luego échese en la camilla y relájese, sueñe, imagínese cosas agradables. —Sonrió. ¿Le había vuelto a guiñar un ojo, o era un efecto visual provocado por la escasa iluminación? El médico se dirigió a la puerta—. Vuelvo en seguida y empezamos, ¿ja?

Se cambió rápidamente, preocupada por la posibilidad de que el médico apareciese antes de que hubiera terminado, sintiéndose un poco idiota por haberse presentado sin ropa interior. Hubiera podido llevar un corsé de hierro y nadie se habría enterado. La prenda que le había dado el doctor estaba abierta por los lados y se le pegaba al cuerpo desnudo como la blusa, era una sábana de sensaciones. Se echó de espaldas en la camilla acolchada, cerró los ojos y esperó. No estaba bien, se sentía muy tensa. ¿En qué consistiría el tratamiento? ¿Qué le haría? Se concentró en relajar los músculos, uno a uno, empezando por las puntas de los pies y siguiendo hacia arriba. Cuando llegó a las caderas ya estaba bastante relajada, y entre aquello y el calor, el incienso y la languidez de las ninfas acuáticas que se bañaban perennemente en las paredes, no se enteró de que el médico había vuelto a entrar en la habitación hasta que sintió sus manos en el abdomen.

Las manos se quedaron allí, sin más. No hubo movimientos, ni presión, ni un intento de masaje. Eran cálidas, ardientes, tal como Virginia le había explicado. Eleanor mantuvo los ojos cerrados e intentó permanecer quieta, tranquila. Pasó una eternidad. No ocurría nada. Pero luego, como por arte de magia, aquellas manos estuvieron en sus pechos, en sus pezones... Aquellas manos eran cantos rodados de

río calentados al fuego, y sus dedos empezaron a moverse lentamente.

Después, mucho después, tanto que no sabía si llevaba en aquel lugar horas, días o semanas —ni si había nacido allí, ni si se fundía con el acolchado, la camilla, el suelo—, fue consciente de que la estaba tocando en un lugar en el que nunca la habían tocado antes. Lo hacía de un modo tan delicado, tan concienzudo, con una paciencia y una profunda sabiduría tan exquisitas, que el resultado era una sensación que nunca hubiera podido conjurar o imaginar. No se le ocurrió resistirse. Se dejó llevar, soñando con aquellos claros del bosque, con hombres y mujeres que retozaban en los prados de Baviera, tan desnudos como Dios los había traído al mundo, y notó que ella también se movía, notó la suave fricción de sus caderas contra la piel acolchada al moverse hacia adelante y hacia detrás, terapéuticamente, bajo aquel toque firme y seguro.

---

#### 4. CONTROL ESTRICTO Y OTROS ASUNTOS

Eleanor no comía. Desde que de modo más o menos habitual se sentaba a la misma mesa que Will, éste tenía la oportunidad de observarla durante las comidas, y se asustó al ver que se limitaba a jugar con el tenedor y la comida, como si fuera una artista mezclando los colores. Había adelgazado, y de un modo alarmante. Sus pómulos, siempre prominentes, sobresalían tiesamente de sus ojos, y la carne que bajaba por sus mejillas hasta las comisuras de los labios tenía la tensión membranosa del cuero puesto en la horma. Sus muñecas eran un par de dedos unidos por un cordel de piel, y sus ojos parecían hechizados y se volvían más grandes y luminosos cada día. Una noche, durante la cena, Will se dio cuenta de que ya no llevaba la alianza, y se sintió ofendido, aunque no dijo nada en la mesa a causa de los demás comensales. Cuando iban por el pasillo la hizo detenerse y le preguntó por ella, y Eleanor sacó el anillo de diamantes del bolso y le mostró la causa de que no se lo pusiera: le iba tan grande como si su dedo hubiera sido un lápiz.

—¿Qué te pasa, El? —le preguntó Will—. Estás aquí para engordar, no para adelgazar.

Ella se encogió de hombros y le dirigió una mirada huidiza. Era como si en la cara sólo tuviera ojos.

—Pues como —dijo.

—Estás en la piel y los huesos.

—¡Mira quién habla!

—De acuerdo, pero yo he tenido trastornos estomacales, ya lo sabes, y, además, hace poco que he empezado a ingerir comida sólida, aunque se trate de gachas de salvado, cartón húmedo o lo que sea lo que sirven aquí, pero, por lo que puedo ver, tú no comes nada.

Eleanor estaba apoyada en la pared, con los labios fruncidos, mientras jugueteaba con su gargantilla.

—No tengo hambre —murmuró y sonrió más allá de él haciendo una completa demostración de lo blanca que era su dentadura a una pareja elegantemente vestida que pasaba por allí.

—¿No tienes hambre? —repitió Will, incrédulo. Estaba dolido, ofendido—. ¡Pero si eres la encarnación de la vida biológica, la princesa del vegetarianismo, la convencida de que las ostras falsas y el fricasé de Sanitas son la cúspide del arte culinario!

Ella ya había echado a andar, con el rostro otra vez tranquilo, y avanzó por el pasillo como si no hubiera escuchado una sola palabra de lo que él le había dicho.

Pero sí que se había enterado. No había dado apenas diez pasos, cuando se volvió hacia él.

—Es algo temporal, te lo aseguro —dijo—. Desde hace unos días tengo poco apetito, eso es todo. ¿Por qué no me dejas en paz?

Aquella misma noche, después de arrastrarse por los pasillos en zapatillas para hacer ejercicio y de haber intentado en vano pasar de la primera página de *El despertar de Helena Ritchie* (le entraba sueño cada vez que empezaba a leer), se confesó con Irene.

—Estoy preocupado por Eleanor —le dijo, interrumpiendo sus abluciones en el cuarto de baño, mientras ella ordenaba la habitación y le preparaba la cama—. No come nada.

Irene apareció en la puerta.

—Sí, ya lo había notado —dijo observando cómo se limpiaba Will los molares con el cepillo de dientes—. He visto algún otro caso en mujeres de carácter fuerte, es decir, mujeres parecidas a su esposa.

Will se detuvo y se quitó el cepillo de la boca.

—¿Ya lo ha visto antes? ¿Y eso qué quiere decir?

Hizo gárgaras; hablaba con la boca llena de espuma de polvo dentífrico, y se agachó para enjuagarse la boca. Si Eleanor había perdido peso en las últimas semanas, Irene lo había ganado, redondeándose gloriosamente donde más se notaba. Siempre había sido bastante robusta, pero ahora parecía que fuera a reventar las costuras de sus uniformes con sus hombros anchos y sus pechos contundentes, y sus firmes muslos se destacaban en relieve contra la presa blanca y firme de la tela.

—No creo que sea patológico. No vomita, ¿verdad? A propósito, quiero decir.

—No, claro que no. O por lo menos, que yo sepa.

Irene estaba en el extremo más apartado de la habitación, arreglando por segunda vez cosas que ya había arreglado. Nunca más había vuelto a estar tranquila cuando se quedaba a solas con él en la habitación, aunque la puerta siempre se mantenía abierta por decoro y porque así lo ordenaba el jefe. Desde aquella remota noche del beso, había evitado el contacto físico con él, a menos que fuera por estrictos motivos médicos: control de su estado, administración de uvas, lactobacilo o enemas, o los cuidados durante el trauma postoperatorio. Eran amigos, ella se mostraba más amistosa que nunca, pero ya no hubo ni más regalos ni más besos. Will deseaba que todo volviera a ser como antes.

—Ya sabe, señor Lightbody —susurró, y se volvió cuando él entró en la habitación, se acomodó en el sillón de orejas y cogió perezosamente *El despertar de Helena Ritchie*—, que la vida fisiológica exige un tremendo valor y un gran esfuerzo de la voluntad.

—Dígamelo a mí.

Will sonrió y cruzó las piernas.

La enfermera Graves le devolvió la sonrisa. Era una sonrisa que reconocía la

magnitud del sacrificio de Will en su guerra personal por la consecución del equilibrio fisiológico. Después de todo, llevaba en su abdomen las cicatrices de la batalla.

—Claro que sí —dijo ella con voz ronca—, era sólo una figura retórica... lo que quiero decir es que, a veces, las personas con una gran voluntad pueden llevar su lucha demasiado lejos y, a partir de las sensatas prácticas encaminadas a conseguir el bienestar, en ocasiones llegan a negar a su cuerpo las necesidades esenciales. Si uno logra prescindir de la carne, el tabaco, el alcohol, el café, el té, las medicinas... puede que su voluntad le apriete las clavijas para ir más allá, ¿comprende?

Will no lo comprendía, en absoluto. Había renunciado a todo su mundo, y ¿qué había obtenido a cambio? ¿Un estómago parcialmente arruinado en vez de estar totalmente arruinado? Y ¿para qué? ¿Para poder comer pulpa de avena y gachas?

Irene cambió de táctica.

—Las mujeres somos especialmente sugestionables. Si una dieta controlada puede curar la autointoxicación y la neurastenia, así como casi todas las enfermedades que puedan ocurrírsele, las personas muy radicales creen que cuanto más rígido sea el control de sus apetitos, más completa será la curación.

Will levantó la vista del primer párrafo de la novela, párrafo que había leído ocho veces durante la última hora sin enterarse de una sola palabra, y se preguntó en voz alta si no sería eso lo que le pasaba a Eleanor. Y si lo era, ¿cuál sería el remedio?

Irene empezó a moverse con rapidez; tenía otros pacientes a los que irrigar y meter en la cama, y por otra parte, no simpatizaba mucho con Eleanor, que había intentado apartarla de todo contacto con Will, hasta que éste se dio cuenta y logró contrarrestar sus maquinaciones. Así que tardó en contestarle. Estaba tan concentrada calculando las dosis de los ingredientes del enema, que tenía el ceño fruncido. Will se echó hacia atrás y se puso a admirarla. Últimamente, se sentía cada vez más rijoso; de hecho, había limitado el uso del Cinturón Heidelberg a tres horas por la noche en lugar de llevarlo puesto hasta la mañana, como hacía antes. La enfermera Graves le excitaba como nunca, sobre todo dada la nueva opulencia de su figura y el triste hecho de que Eleanor ya no mostraba el menor interés por él. En cuanto Will asomaba la cabeza por su puerta, se llevaba las manos a las sienes y exclamaba: «¡No, Will, ahora no, por favor...! ¡Soy una mujer destrozada!».

Irene se volvió hacia él con el venerable instrumento en la mano y una sonrisa oficial. Sólo con verlo, Will sintió que se le aflojaban los intestinos.

—Hablaré con el médico de su mujer —dijo con su voz más suave y susurrante—. Y ahora —y aquella voz tan agradable y relajante hizo que Will sintiera un hormigueo como si por sus venas corriera sifón y no sangre—, ¿está preparado para la irrigación?

Otra comida.



Y otra.

Will se preguntaba de cuántas comidas estaría constituida una vida completa mientras ingería sus chuletas de macarrones con salpicón de Protose, de cuántas raciones de cien gramos de gachas, pasta, papillas y avena cocida. Fuera hacía un día precioso, los ángeles susurraban en la brisa, había brotes en cada árbol, en cada arbusto, las flores y la maleza lanzaban su perfume al viento, los pájaros cantaban, pero allí, en el comedor, la vida biológica seguía su curso imperturbable. Todo era muy elegante, grandes señores con barbas y bigotes y trajes ingleses, mujeres vestidas a la última moda de Nueva York y París, un cálido murmullo de conversaciones intrascendentes y de discusiones elevadas, pero ¿era aquella vida, vida como debía ser vivida, natural, indómita y estimulante, o un simple experimento de laboratorio? Will se llevó el tenedor a la boca, se tragó un insípido bocado de fibra vegetal, y suspiró.

Eleanor, sentada a su izquierda, removía con desgana un montón de habas bañadas en yogur, atenta sólo a la conversación. La señora Tindermarsh estaba sentada a su lado, y Badger en la silla que ocupó la señorita Muntz. Hart-Jones, con su cara de color ladrillo y tan inoportuno como siempre, estaba sentado a la derecha de Will, y su nueva compañera de mesa ocupaba el lugar de Homer Praetz. Lo cual era muy agradable para Will, estupendo, pues la señora Hookstratten era como una carta llegada de su casa. Mucho mejor. Vivía y respiraba, y le hablaba del lugar del mundo donde más deseaba estar. Le había contado un montón de noticias, desde la pletórica salud (vibrante) de su padre a la calidad del pan del horno de Shapiro (en declive), pasando por las esperanzas para la próxima temporada del Club Náutico de Peterskill (ambiciosas). La buena sociedad de Peterskill había sentido su ausencia, le aseguró, y todos les deseaban una rápida recuperación a Eleanor y a él, y esperaban que estuvieran de vuelta para la temporada teatral. La duración de su propia estancia era una incógnita; no le gustaba estar separada de sus flores, pero sería el doctor Kellogg quien decidiría, por supuesto.

Le estaba contando que habían abierto una tienda nueva en la calle División, cuando Hart-Jones la distrajo y fue engullida por la conversación general. Will no trató de retener su atención. Perdido en el recuerdo de Peterskill, se quedó mirando su plato, con el tenedor suspendido sobre la ensalada de nenúfares, recordando cómo entraba el sol del atardecer por las ventanas del salón de la casa de Parsonage Lane, y cómo, en días más felices, se sentaba bajo la lluvia dorada de sus rayos a leer *Collier's* o *The Saturday Evening Post*, mientras se deleitaba con los pequeños y reconfortantes ruidos de la casa y Dick, el terrier de pelo duro, permanecía sentado a sus pies. Se preguntó cómo lo estaría pasando Dick. ¡Pobre perro! Solo en compañía de los criados, sin nadie que le acariciase la barriga ni le tirase una pelota en la inmensa y ondulante lengua de hierba color esmeralda del jardín.

—¿Los Sinclair? —preguntó de pronto la señora Hookstratten, y Will volvió al mundo para ver cómo alzaba las manos en un gesto de sorpresa y disgusto—. ¿Han

estado aquí? ¿De verdad? —Era una mujer pequeña, más pequeña de lo que Will recordaba, de ojillos astutos y penetrantes, y con un cutis que parecía bañado en leche. Tenía sesenta años, por lo menos, y no había ni una sola arruga en su cara—. ¡Oh! —Y apretó las manos contra su pecho—. No puedo creerlo. ¿Qué le pareció *ella*, Eleanor?

A continuación siguió una descripción de Meta Sinclair a cargo de Eleanor, una descripción que alababa su belleza al tiempo que la menoscababa con adjetivos como «agitanada», «moruna» y «exótica» aplicados a sus rasgos y formas corporales, y lo mismo hizo con su guardarropa.

—Bueno, supongo que habrán oído hablar de los escándalos que provocaron en Nueva Jersey —les confió la señora Hookstratten bajando la voz—, en aquella colonia, comuna o como quiera que la llamasen.

Aquello era chismorreo puro, succulento y de primera mano, y dejó el tenedor en su plato de ragú de nueces para concentrarse mejor en la conversación.

Hart-Jones, que no sabía nada del tema, y que no hubiese reconocido al novelista ni a su mujer aunque los hubiera tenido delante de las narices, soltó uno de sus típicos comentarios bruscos y estúpidos, pero Badger le cortó con gran indignación:

—Yo estuve en Helicon Home, y puedo asegurarle, señora, que aquel experimento de vida en comunidad fue algo noble y progresista.

Eleanor guardó silencio, pero le dedicó a Badger una sonrisa de felicitación.

—Pues hubo acusaciones de que allí se llevaban a cabo toda clase de prácticas deshonestas —contraatacó la señora Hookstratten—: culto al sol, nudismo, amor libre...

*Amor libre.* El término se quedó allí, suspendido como algo visible, palpable, luminoso. Durante un momento, no se oyó un suspiro, y Will se estrujó el cerebro tratando de recordar lo que sabía sobre la experiencia de vida comunitaria de los Sinclair, que empezaba y terminaba con lo que había leído en los periódicos. En su momento ocupó los titulares de todos los periódicos. Los Sinclair compraron una propiedad enorme en Englewood, un antiguo colegio, fundaron una colonia basada en los principios del socialismo, mancomunando los recursos de sus cuarenta miembros: dentistas, vegetarianos, partidarios del impuesto único, sufragistas, una variada colección de profesores universitarios, fustigadores de la corrupción política y socialistas de todas las tendencias. Las informaciones sensacionalistas de la prensa acerca de la práctica del amor libre, que al parecer los Sinclair defendían, encandilaron a los lectores del valle del Hudson y de otros muchos lugares con visiones de citas a medianoche y de esposas siempre complacientes. Todo aquello era muy excitante en un sentido voyeurista, pero al poco tiempo la colonia fue misteriosamente destruida por las llamas, y Will se olvidó del asunto hasta que él y Eleanor llegaron al sanatorio y encontraron a Meta Sinclair vagando por los pasillos como Ofelia, deslizándose con una gracia natural e inconsciente, con su mata de pelo desgreñado cayéndole sobre los hombros y sus ojos de gato fijos en algún remoto y

fulgurante punto. Will intentó imaginarse a la señora Sinclair, Meta, en brazos de otro hombre, liberada de los amplios vestidos y los pañolones a los que era tan aficionada, y su fantasía le ofreció un abanico tan sugerente de posibilidades, que la cabeza le dio vueltas.

—Eso es una tontería —dijo Badger con su voz áspera—. Upton es un progresista, un auténtico vegetariano, y tan respetable como cualquiera de los que estamos en esta mesa. Sí, es heliófilo, mejor dicho, lo es Meta, y él practica la heliofilia por influencia de su mujer, pero ¿quién no lo es? Yo lo soy, desde luego, y una autoridad como nuestro doctor Kellogg también es un gran defensor de los baños de sol. Y por definición, los baños de sol deben tomarse con el mínimo de ropa posible, al igual que cualquier otra terapia en que intervenga la luz. Y no creo que al doctor Kellogg pueda achacársele ni remotamente el menor asomo de conducta escandalosa.

La señora Tindermarsh se había puesto pálida. Estaba tan agitada, que no podía ni mirar a Badger, así que se concentró en su plato.

—Pero, señor Badger —dijo con una voz que parecía no querer salir de su garganta—, ¿qué me dice de las acusaciones de practicar el amor libre? En una sociedad civilizada, ciertamente...

No pudo continuar.

Badger continuó impertérrito.

—No habría que contemplar el amor libre con una actitud peyorativa, de ningún modo, señora Tindermarsh. En realidad, sus raíces son puramente feministas. ¿Ha pensado usted alguna vez que el matrimonio convencional es una especie de prisión para las mujeres? —En aquel momento, sus ojos turbios se detuvieron en Will, pero los retiró rápidamente—. El hombre es libre de entregarse a sus caprichos, pero si una mujer se atreviera a reconocer públicamente que tenía un amante, hasta el mismísimo presidente perdería el sueño.

Eleanor aplaudió aquel discurso grandilocuente con una carcajada desbordante y Hart-Jones se unió a ella con retraso, lanzando una de sus típicas risotadas de campesino.

—¡Mujeres esclavizadas! —exclamó, atragantándose con su gracia—. ¡Trata de blancas!

Badger no le hizo caso y continuó:

—Los Sinclair, a quienes conozco y admiro, como ya he dicho, y considero compañeros y amigos íntimos, creen que la gente debería dejarse llevar por el amor, y que lo indecente son los celos, no el amor. El amor da todos los derechos, y el verdadero matrimonio, el matrimonio progresista, no priva de ninguno.

Mientras decía aquello, Badger no quitaba los ojos de Will, que se sintió súbitamente irritado. ¿Qué quería decir con aquello? ¿Que él retenía a Eleanor? ¿Que debería compartirla como si fuera una hembra reproductora?

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo —gruñó Will, y el tono de su voz

sobresaltó a sus compañeros de mesa. Antes de darse cuenta de lo que hacía, les soltó un apasionado discurso en defensa de la fidelidad matrimonial, del amor ofrecido como un regalo, total y completo, tanto por parte de quien lo da como de quien lo recibe. Sin embargo, sentía cierto pánico, porque mientras hablaba en quien pensaba era en Irene.

—Hipocresía —dijo solemnemente Badger, rechazando las opiniones de Will con un movimiento de la mano—. Mera hipocresía. Tonterías.

La señora Tindermarsh estaba sentada muy tiesa, con la cabeza gacha, como si acabara de mantener un agotador combate. Hart-Jones había perdido interés —tenía tanta capacidad de concentración como un mosquito— y había vuelto a dedicarse a su comida. La señora Hookstratten, que estaba apoyada en el respaldo de su silla, se había llevado a la barbilla un contemplativo pulgar, y sus ojos saltaban de un comensal a otro. Will, por su parte, se sentía personalmente ofendido, y hubiera deseado continuar la discusión en la calle, le hubiera gustado quitarse la chaqueta y darle de puñetazos a Badger hasta que sus ojillos de color pardusco se quedaran tan inexpresivos como dos canicas, pero no tuvo la oportunidad. En aquel momento, Eleanor lanzó un grito y se llevó la mano a la boca.

—¡Dios mío! Lionel... voy a llegar tarde a mi cita —exclamó levantándose apresuradamente de la silla—. Les ruego que me perdonen —murmuró dirigiéndose en general a todos los comensales y parapetándose tras una sonrisa, mientras los hombres se levantaban y las mujeres adoptaban un aire de leve sorpresa.

Eleanor empezó a retirarse de la mesa con la sonrisa pegada a la cara, como prendida con alfileres.

—Terapia, ya saben —dijo, intentando encogerse de hombros y hacer una reverencia al mismo tiempo, como una especie de artista de circo—. Para eso estamos aquí.

¿Cómo afectó todo aquello a Will? Su mujer había caído bajo el hechizo de Badger y estaba recibiendo algún misterioso tratamiento fuera del sanatorio —al menos, eso suponía, aunque aún no se lo había preguntado directamente—, y, además, estaba ejerciendo un control muy rígido sobre su apetito. Will nunca había sido partidario de los controles rígidos. El cuerpo le pedía más bien buenos filetes a la brasa y vasos de curalotodo Sears' White Star... Pero ejercía un rígido control sobre sí mismo simplemente para no prenderle fuego al sanatorio y coger el primer tren a Nueva York. Y ¿por qué lo hacía? Por Eleanor, sólo por ella. Porque la quería.

Pero una semana después, una soleada tarde, mientras se introducía subrepticamente en un coche de caballos, justo detrás del de Eleanor, no pudo evitar preguntarse si aquel amor no habría empezado a descubrir sus límites. La estaba espionando. Estaba siguiendo a su propia esposa como si fuera una delincuente. No quiso detenerse a analizar lo que estaba haciendo, aunque sabía que era horrible. El

coche arrancó con una sacudida y los sorprendidos árboles del camino pasaron borrosamente. A Will se le encogió el estómago.

—¿Adónde? —preguntó el cochero, inclinándose hacia la ventanilla. Era un hombre enjuto, con el pelo blanco, bajito como si le hubiesen cortado por la mitad, con una nariz de globo y dos ojillos cínicos que brillaban como dos diminutos caramelitos. Will, con el estómago más encogido que nunca, le dijo al cochero que siguiera al coche que iba delante. Entonces el hombrecillo le dirigió una mirada de complicidad, volvió la cabeza para escupir a la calle e hizo chasquear ligeramente el látigo contra las nalgas del caballo.

Torcieron a la derecha en Washington y a la izquierda al llegar a Manchester. A medida que avanzaban, las casas eran cada vez más grandes y lujosas, y las sombras galopaban ligeramente por delante de ellos. De vez en cuando veían algún automóvil aparcado junto al bordillo o bajo un cobertizo, como si los exhibieran. Giraron a la izquierda por Jordan, lo que les permitió ver el turbulento río Kalamazoo. El coche de Eleanor se detuvo ante un edificio color mostaza de estilo Tudor, con relucientes vigas de madera pintadas de marrón y postigos a juego.

—Siga —le dijo Will al cochero, echándose hacia atrás contra la cabina—, pero despacio, muy despacio.

El hombrecillo obedeció, y el coche de Will pasó junto al de Eleanor, que estaba parado en la acera, frente a la casa. Cuando pasaban, Will vio a su mujer. Eleanor estaba de perfil y le pagaba al cochero. Éste bajó del pescante para abrirle la portezuela. El movimiento del coche empujó a Will hacia adelante, lo que le obligó a volverse en su asiento para mirar por encima del hombro y ver a su esposa enmarcada en la ventanilla posterior, avanzando por el camino.

—Más despacio —siseó en dirección al cochero. Vio abrirse la puerta y a un hombre que retrocedía para dejar pasar a Eleanor, un monóculo, la pincelada de un bigote... y eso fue todo. Ella había desaparecido.

Will le dijo al cochero que diera media vuelta al final de la calle, para poder ver otra vez el edificio. El coche aflojó la marcha y Will escrutó la casa con tanta intensidad como si hubiera sido capaz de ver a través de las paredes. Pero no era más que un edificio: piedra, mortero y madera. Cuando la casa desapareció de su vista, Will se inclinó hacia adelante y le preguntó al cochero si sabía quién vivía allí.

Revolviéndose en su asiento, el hombrecillo consideró la pregunta un momento, escupió rítmicamente tres o cuatro veces por encima del hombro, como si hacerlo le ayudara a recordar, y luego, hablando al viento, dijo:

—Un médico.

—¿Sabe cómo se llama?

Una nueva ráfaga de ruidos y expectoraciones, la cabeza que se balanceaba sobre su cuello de pájaro, el trote del caballo, los árboles y las farolas moviéndose rápidamente como las cartas de una baraja.

—No. Lo único que sé es que traigo aquí a esas señoras enfermas del sanatorio, y

que a veces también vengo a buscarlas, depende, y bueno...

(Más escupitajos, la manga de la camisa en la boca, un rápido restallido del látigo).

—¿Sí?

—No sé qué les hacen ahí dentro, pero lo cierto es que las señoras salen mucho más tranquilas que cuando entran; sea lo que sea, da resultado. Y son bastantes. Las señoras, quiero decir.

Will rumió aquella información mientras el coche se dirigía calle arriba, pero no le sirvió de ningún consuelo. Si aquél era otro de los entusiasmos «progresistas» (el término «gilipolleces» le parecía más adecuado) de Eleanor, no había por qué preocuparse. Seguro que no era peor que los baños sinusoidales. Pero ¿y si era algo realmente peligroso, adictivo y subversivo? Que otras señoras recibieran gustosas aquel tratamiento no quería decir nada... Se trataba de habituales del sanatorio, veteranas de las más disparatadas aventuras en su búsqueda de la salud, tan predispuestas a hacerse visitar por el «doctor» como si las hubieran atado, amordazado y llevado hasta su puerta. Y ¿quién era aquel misterioso «doctor»? Y si ejercía legalmente, ¿por qué no trabajaba en el sanatorio o en cualquiera de los establecimientos que le hacían la competencia? Y peor aún, ¿qué motivos tenía Eleanor para ocultárselo a su propio marido? Aquello olía mal. Muy mal.

Absorto en sus pensamientos, Will no se dio cuenta de que el cochero le había llevado de vuelta al sanatorio hasta que entraron en el paseo circular. Levantó la vista y lo vio de nuevo, irguiéndose magnífico e inexpugnable ante él, el Templo del Curanderismo, una Idea y un Modo de Vida hechos realidad, tallados, modelados y levantados en piedra. Las ruedas del coche resbalaban por la calzada, el sol barría las ventanas, los pacientes paseaban por los jardines. Y Will, suspendido en su carruaje, tuvo una inquietante revelación: había llegado a casa. Ya no era William Fitzroy Lightbody de Parsonage Lane, Peterskill, sino un talonario de cheques siempre abierto, un miembro con carné de la Sociedad Americana de Comedores de Salvado, un siervo del santuario del rígido control.

—Cochero —llamó, y en su voz había un ligero tono de pánico, como si acabaran de sacarle a la superficie desde las profundidades de una laguna—, lléveme lejos de aquí.

Le contestó una orden proferida en tono gutural y rechinante y un tirón de las riendas. Las ruedas se detuvieron, aunque tenían otro coche de caballos y un automóvil Buick detrás.

—¿Adónde, amigo? —preguntó el cochero mirándole de reojo.

—No lo sé. A cualquier sitio. Lléveme al centro.

El cochero le llevó hasta la esquina enfrente del Post Tavern y Will bajó a estirar las piernas y echar un vistazo. Aunque ya no le seguían los espías del doctor (ahora que

le habían extirpado la maligna estasis intestinal debían de considerarle inofensivo), raras veces iba a pasear por el centro, sin saber muy bien por qué. Quizá porque se había habituado como un sonámbulo a la rutina del sanatorio, en la que todos los placeres de la vida social estaban concentrados como en un microcosmos, o quizá porque la ciudad tenía muy poco que ofrecerle si no podía comer a su antojo ni entrar en una taberna, apoyar un pie en el reposapiés de latón y tomarse una copa en la barra. Así que se aburría, aunque hacía un día espléndido y todo Battle Creek se extendía ante él como los pétalos de una flor abriéndose al sol.

Entró en una librería, compró unas galletitas saladas en una tienda de ultramarinos, observó a dos hombres en mangas de camisa que cavaban un hoyo en el jardín situado frente al ayuntamiento para plantar un pimpollo. Más tarde, debían de ser las cinco, se sentó en un banco y leyó un artículo de C. W. Post en el *Morning Enquirer*. Mientras estaba allí, preguntándose si Eleanor habría terminado el tratamiento diario y pensando que ya empezaba a ser hora de que volviera andando al sanatorio, a ver qué sucedáneo de comida le servirían en la cena —no porque tuviera hambre, sino sólo por la comodidad de la rutina—, levantó la vista del periódico y se fijó en un hombre que en aquel momento pasaba a su lado.

El hombre apartó la mirada y aceleró la marcha, pero bajo aquellas patillas irregulares, aquellas gafas de cristales ahumados y aquel abrigo que le iba muy grande, había algo que le resultaba familiar. No era un extraño, era...

—¡Charlie! —exclamó Will de pronto, como si aquel hombre hubiera tomado vida en la punta de su lengua—. ¡Charlie Ossining!

Charlie se detuvo en seco. Con la cabeza oculta en el hueco que formaban sus hombros hundidos, parecía un esquirolo señalado con el dedo por los miembros de un piquete. Tenía un aspecto huidizo, nervioso, agotado, llevaba los zapatos sucios y contraía el cuerpo en un gesto defensivo. Se apartó las lentes ahumadas y le dirigió una mirada por encima del hombro con sus ojos que no parecían esperar ninguna alegría, y mucho menos clemencia.

—¡Charlie! —repitió Will, levantándose del banco y estrechando la mano inerte que sobresalía del abrigo igual que un adorno—. ¿Cómo está? ¿Qué tal va Per-Fo? Decididos a conquistar el mundo, ¿eh? ¿No es así?

Charlie le dedicó una tibia sonrisa. ¿Era aquello un bigote? Era tan ralo, que podían contarse los pelos.

—Por cierto —continuó Will, contento de poder hablar con alguien—, a su amiga, la señora Hookstratten, la han colocado en nuestra mesa, y se pasa todo el tiempo hablando de usted. Pero probablemente ya lo sabía, ¿no? —Hubo una pausa. Ni un gesto de estímulo por parte de Charlie. Nada—. Bueno, ¿qué tal? Me alegro de verle.

—Lo mismo digo —murmuró Charlie. Tenía la mirada en otro sitio, recorría la calle de arriba abajo, del banco a los árboles que tenía detrás y de allí al edificio de la esquina.

—Eleanor está muy bien —dijo Will, colocándose el periódico bajo el brazo y dejando escapar un eructo que olía a fruta—, y yo como siempre, ni bien ni mal, ya me entiende. Usted tiene un aspecto... —iba a decir «estupendo», pero cambió de idea en el último momento— diferente. ¿Se está dejando patillas? Muy elegante. De joven yo llevaba bigote, ¿se lo había contado?

—No, creo que no —dijo Charlie, y se quitó las gafas ahumadas, dobló las patillas y se las guardó en el bolsillo. Ahora parecía menos huidizo y casi volvía a ser el Charlie de siempre, el jovial compañero y el negociante emprendedor al que Will había entregado un cheque de mil dólares—. La señora Hookstratten... —empezó a decir como si acabara de iniciarse la conversación, pero el nombre pareció desvanecerse en sus labios y titubeó.

Allí pasaba algo, pero Will no tenía idea de qué era. Le dedicó a Charlie una mueca tranquilizadora. El sol descendió un poco y la sombra se intensificó. Los pájaros revoloteaban entre los árboles. Los dos se volvieron a mirar a un ciclista que pasaba por la calle.

—Lo que quería decir es que me alegro mucho de que esté aquí —pero no había ninguna alegría en su cara—. La señora Hookstratten, quiero decir. Precisamente estoy preparando su visita a Per-Fo.

—¿Ah, sí? ¡Estupendo! Estoy seguro de que lo pasará muy bien. Y, por curiosidad, ¿dónde está situada la fábrica? Un día de éstos me gustaría ir a visitarla, ¿sabe?

Will sonrió, para darle a entender que, si bien era prerrogativa suya como accionista, no quería que se sintiese presionado en ningún modo, no quería obligarle a que le invitara. Bueno, en parte sí.

—En la calle Raeburn.

—¿Raeburn? No me es familiar ese nombre...

—Está al este de la ciudad... bueno, más bien al sur. Al sudeste. —Charlie había vuelto a mirar de un lado para otro; escudriñaba la calle en todas direcciones por encima del hombro de Will y empezaba de nuevo por el edificio de la esquina—. Mire, Will —otra vez la sonrisa cálida de siempre—, tengo prisa. Negocios, ya sabe. Pero un día de éstos hemos de comer juntos, ¿de acuerdo? Sin whisky, se lo prometo.

Will se echó a reír.

—Es lo que más me apetece en el mundo, pero tenemos que controlar nuestros apetitos, ¿verdad? ¿Quiere que lleve a Eleanor? ¿Y a Amelia? Podríamos ir los cuatro.

—Sí, desde luego —dijo Charlie con un tono de voz muy poco convencido.

—¿Sabe una cosa? —dijo Will, reteniéndole. Reteniéndole porque no tenía otra cosa que hacer salvo arrastrarse a su celda del sanatorio—. Es curioso que no nos hayamos conocido en Peterskill... siendo usted el protegido de la señora Hookstratten, quiero decir. Aunque es amiga de mi madre, sobre todo; Eleanor y yo tenemos nuestro propio círculo de amistades... ¿Cuántos años me ha dicho que tiene?



Era una pregunta muy sencilla, sincera, directa, pero que pareció plantearle problemas a Charlie. Sacó las gafas ahumadas del bolsillo, se las limpió con la manga y se las puso primero en una oreja y luego en la otra, antes de contestar.

—En julio cumpliré veintiséis años.

Veintiséis. Era conmovedor. Hermoso y triste. No hacía mucho, Will también tenía veintiséis años, era feliz y estaba sano, disfrutaba de su matrimonio y el resplandor de la inmortalidad brillaba a su alrededor como una segunda piel. De pronto sintió el impulso de coger a Charlie del brazo y llevárselo al Red Onion, sentarse ante unos vasos de whisky y unas espumeantes jarras de cerveza y comparar sus recuerdos de infancia en Peterskill, los conciertos de la banda en el parque Depew, el patinaje sobre hielo en el río, el colegio, el béisbol, las chicas a las que habían conocido los dos y a las que quizá habían cortejado y con las que habían bailado, pero se lo quitó de la cabeza.

—Sólo nos llevamos cinco años y medio —dijo en cambio—. O seis. Es raro que no nos hayamos conocido... supongo que frecuentábamos círculos diferentes.

—Sí, eso debe de ser. Bueno, Will, me tengo que ir, de verdad. —Charlie le extendió la mano—. Ha sido un placer hablar con usted.

—Lo mismo digo.

Will contempló a Charlie hasta que dobló la esquina y luego se dirigió hacia el sanatorio. Pronto servirían la cena, y aunque la perspectiva de aquel ágape no le seducía demasiado, Eleanor estaría allí, y eso ya era algo. Aunque tendría que compartirla con Linniman, Badger, el doctor Kellogg y la mitad de las matronas, comedores de salvado y amas de casa que había allí, y aunque la había seguido hasta la puerta de aquella casa misteriosa de la calle Jordan como un cornudo y se sentaba a su lado como un mono amaestrado, Eleanor era todavía su mujer, y se conformaba con lo que ella quisiera darle.

Además, le encantaba la expresión de su cara cuando volvía de recibir aquel tratamiento.

---

## 5. LA FÁBRICA PER-FO

La única solución que le quedaba era mentir.

El tren entró resoplando en la estación, los mozos saltaron al andén, los muchachos de Push, Grano-Fruto y Vita-Malta luchaban por hacerse sitio entre la gente que había acudido a saludar a parientes o amigos, y la señora Hookstratten —la tía Amelia— estaba sentada tras una de aquellas ventanillas débilmente iluminadas, contemplando la ciudad de la leyenda vegetal con la misma expectación que Charlie había sentido la noche de su llegada. ¿Cómo iba a explicarle que todo había sido un fracaso absoluto? ¿Cómo iba a explicarle que los seis mil quinientos dólares que había invertido en Per-Fo, junto con los mil dólares que había desembolsado para poner en marcha la empresa, habían desaparecido, se habían desvanecido en el insaciable gazarate de Bender, igual que una piedra se hunde en un pozo? ¿Cómo podía reconocer que no tenía felices trabajadores silbando junto a crujientes montañas de cereales dorados, que no había despachos con muebles de caoba, ni cinta transportadora, ni producto? ¿Cómo explicarle que lo único que había producido Per-Fo eran pleitos y requerimientos judiciales?

No podía hacerlo, y no lo hizo. De alguna forma, cuando se levantó de aquel banco y se mezcló con la multitud que se acercaba, encontró el ánimo para combatir los temores y la rabia que corrían por sus venas como una enfermedad. En aquel mismo instante logró sobreponerse. Notó cómo le volvía la sonrisa a los labios, sintió el dulce sabor de la mentira en la punta de la lengua y, por primera vez en mucho tiempo, volvió a ver las cosas claras. Nada de lo que había experimentado en su vida podía compararse con la tensión y el frío sudor que le invadieron en aquel momento, ni la estafa más arriesgada, ni la trampa más osada con las cartas, ni la carambola más afortunada en la mesa de billar, ni siquiera la artimaña con que había conseguido la firma de Will Lightbody. Hasta entonces, todo había sido muy fácil. Aquél era su bautismo, su prueba de fuego.

En el bolsillo de su chaqueta, pulcramente dobladas y dentro de un sobre enorme, estaban las acciones de Per-Fo, doradas y azules, preciosas y sin el más mínimo valor, a nombre de la señora Hookstratten —la misma emisión que le había entregado a Lightbody a cambio del cheque— y en la mano derecha, como un ramillete de flores, llevaba la última caja de muestra —con sus franjas rojas, blancas y azules— de falsos cereales. Ya no tenía ninguna posibilidad de volverse atrás. No era el momento de quejarse de Bender, ni de cubrirse el flanco, sólo tenía que dar un salto adelante. Sonriente, exaltado, con los ojos brillantes y la espalda arqueada, permaneció de pie en el andén como un enamorado hasta que avanzó decidido al encuentro de su

destino.

Igual que Eleanor Lightbody tiempo atrás, la señora Hookstratten bajó del tren en medio de una nube de mozos y equipaje. Llevaba un vestido de viaje de un tejido azul brillante, encorsetado, un sombrero con unas plumas como chispas y una estola de visón muy larga. Enérgica y bajita —no era mucho más alta que una niña, aunque era tan sólida como una boca de riego—, se sumergió en una vorágine de actividad y Charlie la perdió de vista. Empujó con el hombro, para abrirse paso, a un hombre que llevaba un baúl del tamaño de un ataúd, esquivó hábilmente a un par de monjas que iban del brazo y, con un golpe de caderas, envió rodando a un chico de Vita-Malta contra las rodillas de un hombre que pregonaba las excelencias del tónico del doctor Pettibone.

—¡Tía Amelia! —gritó, aunque se le atragantaron las palabras en la boca. Y al cabo de un momento ya la estaba abrazando.

—¡Charles, mi Charles! —exclamó con voz arrulladora al tiempo que le daba unas palmaditas en los hombros, en medio de una explosión de perfume y polvos. Su abrazo era sorprendentemente firme y tenaz—. Déjame que te vea —le dijo mientras retrocedía un paso para observarle mejor. Sus ojos, aumentados por los gruesos cristales de sus gafas, se movían a toda velocidad, como peces en un acuario. Le dijo que tenía buen aspecto, aunque estaba un poco delgado—. Y este traje... —añadió, chasqueando la lengua—, parece que hayas dormido con él puesto.

—Sí, bueno —tartamudeó, repentinamente perdido, pero manteniendo la sonrisa artificial (llevaba durmiendo con él tres noches seguidas)—, el trabajo, ya sabe. No me deja tiempo para nada. Y, hablando de negocios, esto es para usted —dijo con gesto solemne al tiempo que le entregaba la única muestra de Per-Fo que quedaba en el mundo.

La señora Hookstratten se quedó boquiabierta. Se le humedecieron los ojos. Y mientras empezaban a rodearla los viajeros, los jóvenes mercachifles y los abuelos de Ohio, cogió el llamativo envase de cartón y lo apretó contra su seno como si fuera un valioso tesoro. Los tres mozos que cargaban con su equipaje los miraban aturridos, observando la ceremonia con la inmovilidad de un faquir.

—¡Charles! —suspiró, tomando aliento para poder expresar sus atropelladas emociones—. ¡Oh, Charles, estoy tan orgullosa de ti...!

En el coche que los llevaba al sanatorio, mientras Charlie se devanaba los sesos a fin de encontrar una excusa mínimamente verosímil para no acompañarla al interior del sanatorio, ella no paró de hablar.

—Estoy muy orgullosa de que hayas elegido el campo de la salud, Charles —jadeó, y sus ojos brillaban de excitación en la oscuridad que los iba envolviendo—. Quiero decir, del hecho de que te dediques al bienestar general al mismo tiempo que te sitúas en el mundo... Es casi una cruzada. Piensa en la cantidad de aparatos digestivos que Per-Fo salvará de la más absoluta ruina... ¡Ojalá todos esos Morgan y Rockefeller que tanto admiras tuvieran objetivos tan humanitarios! Pero me temo que

la mayoría de nuestros grandes empresarios y hombres de acción sólo piensan en el dinero. Es una vergüenza, de verdad. Una vergüenza.

Charlie asintió y consiguió emitir un rumor inarticulado de aprobación con la laringe. Él también pensaba en el dinero en aquel mismo momento. Se preguntaba si podría arreglárselas para demorar todo lo posible la inevitable revelación de la verdad y sacarle mientras tanto más, pese al amor, la gratitud y el octavo mandamiento. Si algo había aprendido de Bender, era que uno no debe dejar que los escrúpulos se interpongan en su camino. Bender le había arrebatado algo tierno a Charlie, algo débil y maleable, algo humano, y lo había sostenido sobre la llama de su cinismo hasta que se ennegreció, se encogió y se volvió duro como un lingote.

—Y ¿cómo está el señor Bender? —le preguntó la señora Hookstratten dándole unas palmaditas en la mano e inclinándose hacia adelante para mirar por la ventanilla, embebiéndose de su nuevo entorno como el peregrino recién llegado al templo—. ¡Qué hombre tan honrado, y qué visión para los negocios...!

Visión. Sí, desde luego, tenía una gran visión para los negocios. A su lado, el hombre de las pastillas para la memoria era un simple aprendiz. Desde el principio, desde el momento en que se lo habían presentado a Charlie en una de las raras veladas que pasaba en casa de la señora Hookstratten, un amigo de un amigo de alguien de la buena sociedad de Filadelfia, Bender había visto la endeble estructura de Per-Fo levantándose ante él en medio de un andamiaje de maderas podridas, se había imaginado la hilera de pardillos que a partir de la puerta jalonarían todo el país hasta Battle Creek, Charlie el primero, y se había refocilado imaginando el momento en que las ganancias serían suficientes para desaparecer y desmontar el tinglado. ¡Qué no hubiera dado Charlie por un poco de aquella visión!

—¿Charles?

—¿Eh?

Ella soltó una risita.

—El trabajo te ha vuelto muy despistado. Te estaba preguntando por tu socio, el señor Bender. ¿Cómo está?

—Muy bien —le soltó Charlie—. Cada día más próspero. No podría sentirse mejor. Pero ahora está fuera de la ciudad —dijo mientras el mundo se le venía encima—. En San Luis, promocionando nuestro producto.

—¡Qué pena! —dijo la señora Hookstratten mientras el carruaje entraba en la avenida Washington y empezaban a vislumbrarse las primeras luces del sanatorio, ostentoso y audaz, una llamarada de seis pisos de luz eléctrica que prendía fuego a la oscuridad crepuscular—, tengo muchas ganas de volver a verle. ¿Crees que volverá pronto?

—¿Pronto? Sí, claro, por supuesto, no tardará. Un par de días... quizá una semana. Nunca se sabe lo que pueden durar estos viajes de promoción. Pero volverá, eso seguro.

Respondía con evasivas, pero la señora Hookstratten no parecía darse cuenta. Ya

había divisado el sanatorio y emitía un leve gorjeo de admiración, buscando a ciegas el brazo de Charlie para agarrarse a él.

—Es aquí, ¿verdad? —exclamó, sin esperar respuesta—. Lo he visto muchas veces en fotos y en postales. «Un templo divino sobre la colina». Sí, es un verdadero santuario.

Se distrajo a causa de la excitación, y se puso a pensar en voz alta en su glositis, su herpes y su prurito nervioso («me rasco las piernas y los brazos hasta que parezco un salvaje despellejado atado a un poste totémico o como quiera que se llame»), y eso le dio a Charlie unos momentos preciosos a fin de inventar una excusa para no acompañarla al interior del sanatorio y ayudarla con el papeleo, ir a ver su habitación, quedarse a cenar, cotillear un rato y esperar a que se fuera a dormir. El coche tomó una curva. Se oyó el estrépito de los cascos de los caballos. Las luces se acercaron.

—... y el doctor Kellogg —estaba diciendo la señora Hookstratten— es un santo. Desde luego, has tenido mucha suerte asociándote con una familia tan ilustre. ¿Es su hijo o su hermano?

Hizo una pausa. El abismo se había abierto a los pies de Charlie, que no tuvo más remedio que lanzarse a él.

—Su hijo —dijo con voz lúgubre—. El hijo del doctor.

—Creo que me dijiste en una de tus cartas que se llama George, ¿verdad?

—Sí —dijo Charlie con un hilo de voz.

—¡Es imponente! ¿Es mármol italiano? —preguntó la señora Hookstratten cuando el coche entró en el paseo circular, frente al sanatorio. Al ver todo aquello se emocionó como una turista, y, volviéndose hacia él, le dijo—: George, sí, tengo muchas ganas de conocerle, y también a su padre. ¿Te he contado que conocí al doctor Kellogg hace tres años, en Manhattan? ¿O fue hace cuatro? Dio una conferencia sobre los adictos a la comida, me acuerdo como si fuera ayer, Meg Rutherford y... ¡Oh, ya hemos llegado!

Allí estaban. El carruaje se detuvo y el cochero bajó. El portero del sanatorio y un par de botones que parecían gemelos se lanzaron sobre ellos como chacales.

—Oiga, tía, tengo que decirle una cosa —dijo Charlie tirando de las palabras como si las tuviera pegadas a los dientes.

—¡Oh, mira! Pero si es la encantadora señora Cormier, a la que he conocido en el tren viniendo de Chicago. —Sacó la cabeza por la ventanilla—. ¡Eh, Winifred!

—Bueno... ejem... yo... tengo que irme, no puedo entrar. Me encantaría, pero tengo que volver. Me esperan en la empresa, los libros de contabilidad...

No se movió nadie. El portero, los botones, el cochero, todos parecían petrificados. Fuera, los grillos parecían haberse callado al unísono, y Winifred Cormier, una mujer de figura convexa con un vestido muy sobrio, se detuvo ante la portezuela del coche, frente a ellos, perpleja. La señora Hookstratten le miraba atónita, con un leve temblor en las comisuras de los labios.

—¿Que no puedes entrar? —repitió—. ¿Qué quieres decir con eso de que no

puedes entrar?

Charlie tenía una sonrisa estúpida, engreída, una sonrisa desafiante, pero incapaz de ocultar su pánico.

—Tengo trabajo —dijo sin convicción.

—¿Trabajo? ¿A estas horas?

Los sustantivos comenzaron a salir de la boca de Charlie como succulentos frutos: «deber», «competencia», «aroma», «maquinaria», pero no surtieron efecto. La señora Hookstratten le interrumpió en medio de una disculpa muy complicada.

—¿Me estás diciendo que después del viaje que he tenido que hacer para llegar hasta aquí, y después de todo lo que he hecho por ti desde que eras un bebé en pañales, y también por tus padres, no te olvides de ellos, no quieres hacerme compañía? ¿Cómo es posible? ¿Es que me estoy volviendo sorda?

—Tía, yo...

—¡No me llames «tía»! Quiero una respuesta, sí o no: ¿vas a entrar conmigo, sí o no?

—Por favor, no se enfade, pero tengo un negocio del que ocuparme. Durante años ha estado insistiendo en que me dedicase a algo concreto, en que me abriese camino en la vida, y ahora que he...

—¿Puedes pararte a pensar por un minuto en lo agotada que estoy? ¿Puedes? Una mujer en mi estado, después de días y noches en tren, con un servicio pésimo y una comida que ni los cerdos tolerarían...

Charlie se encogió de hombros. Miró las caras del portero del sanatorio y de los botones, embutidos en sus uniformes de color verde brillante que llevaban bordadas hojas de higuera a la altura del corazón, y decidió arriesgarse.

—Bueno, de acuerdo —dijo levantándose del asiento y bajando del coche para ofrecerle la mano—, pero sólo me quedaré un minuto.

Aquella noche, la suerte le acompañó. Pasó inadvertido en medio de la agitada actividad del vestíbulo del sanatorio, con sus idas y venidas, el deslizarse de las sillas de ruedas, los corrillos de las personas vestidas de etiqueta y las charlas amistosas bajo las hojas de las palmeras. Nadie se fijó en él, y, por otra parte, tampoco vio a ningún ordenanza musculoso, ni a ningún médico bajito y arrogante, ni a ninguno de los Lightbody, marido o mujer. Además, la señora Hookstratten se distrajo con el aluvión de atenciones que le dedicaron: la sentaron en una silla de ruedas, se encargaron de llevar su equipaje a su habitación y le preguntaron si le apetecía un tentempié vegetariano. De modo que no tardó en dejarle en libertad. De momento. Pero justo cuando Charlie se marchaba, con el sombrero calado hasta las cejas y sintiendo que la sangre volvía a circular por sus venas, le tiró de la manga.

—Hasta mañana, Charles —dijo, cogiéndole la cara y mirándole de hito en hito. Se había apaciguado un poco, era evidente, pero sus ojos eran como agujas que le

escudriñaban y le picoteaban—. Mañana, y me da igual lo cansada que yo esté o lo ocupado que estés tú, quiero que te dediques a mí. Todo el día. —Rozó su mejilla con la de Charlie y le dio un sonoro beso—. Y lo primero que quiero hacer es ver esa maravilla de fábrica.

Desde el sanatorio, Charlie se dirigió directamente al Red Onion, abrió bruscamente la puerta, se precipitó sobre la barra y se tomó dos vasos de whisky y dos cervezas para aclarar sus ideas. *Mañana*. ¿Qué iba a hacer? Cada vez le quedaban menos opciones. Por supuesto, podía ir al banco a primera hora, retirar los mil dólares de Will Lightbody y desaparecer como Bender. Cerrar todo aquel asunto como si fuera un libro y largarse. Ya no habría preguntas que contestar, ni reglas que seguir, ni abogados que esquivar, ni tías Hookstratten a las que aplacar... Pero entonces volvería a estar donde estaba al principio, se vería condenado a una vida de pequeñas estafas y ningún futuro. Tendría mil dólares más, claro, pero eso duraría poco, y siempre debería vigilar que no le apuñalaran por la espalda.

No. Lo que necesitaba era capital, más capital. Per-Fo había muerto —violada y asesinada por aquel hijo de puta de Bender—, pero eso no significaba que Charlie también tuviera que rendirse y dejarse morir. Ahora que ya conocía el negocio de los cereales, lo único que necesitaba era empezar de nuevo, escoger otro nombre. Joder, se le ocurrían a cientos!: *Zip, Flash, Fruto-Fruto, Flakies, Crunchies, Chewies...* Sí, claro... Necesitaba dinero desesperadamente. Suspiró. Pidió otro whisky. Tenía que encontrar algo.

Cuando levantó la vista, Harry Delahoussaye estaba a su lado, con un pie en el reposapiés de latón y el codo apoyado en la barra, observándole con una sonrisa. Iba vestido como siempre, de forma elegantemente informal. Llevaba un traje de un nuevo tejido recién importado y una corbata de seda a cuadros. Charlie lo miró y se vio retratado, un hombrecillo que por más que utilizara su encanto y su ingenio sólo conseguiría arrastrarse de bar en bar. Por cada C. W. Post o Will Kellogg había un millón de Delahoussaye.

—¿Qué te cuentas, Charlie? —dijo Delahoussaye—. ¿Cómo va el negocio de los cereales?

¿Eran imaginaciones tuyas, o Delahoussaye hablaba a gritos?

—¡Chitón! —le advirtió Charlie, cogiéndole del brazo. Escudriñó el local, nervioso, buscando empleados del hotel fuera de servicio, abogados o irritados inversores. No vio nada sospechoso. Las conversaciones se multiplicaban a su alrededor. El camarero le dijo algo de un caballo al hombre que estaba a la izquierda de Charlie, y se volvió para servir una cerveza.

—No va muy bien, ¿eh? —dijo Delahoussaye, y su sonrisa se hizo más amplia, como si todo aquello fuera muy divertido, como si fuera una broma—. Venga, deja que te invite a una copa. ¿Qué bebes?

Charlie bebía whisky. Delahoussaye pidió las bebidas; el camarero limpió la brillante superficie de la barra, sirvió dos vasos y observó ausente a los dos hombres

mientras se llevaban el licor a los labios antes de arrastrar los pies para ir a servir a otro cliente.

—He tenido algunos problemas —reconoció Charlie, dejando el vaso vacío, y ahora él también sonrió, como una demostración de valor—, pero no es nada que no se pueda arreglar. ¿Y tú?

Delahoussaye bajó la vista a la barra, aparentando modestia.

—El tren fue muy bien ayer, realmente bien —murmuró apretándose la nariz, pensativo—. Estabas allí, ¿verdad?

Charlie asintió.

—Vendí setenta y cinco de Push y más de veinte de Vita-Malta, aunque incluso los moribundos recién llegados en el tren saben que está por los suelos.

—¿Qué? ¿Vita-Malta? ¡Pero si abrieron la fábrica en septiembre...!

—Las empresas nacen y mueren, Charlie. Ya deberías saberlo. —Charlie se preguntó qué rumores habría oído, pero Delahoussaye no dijo nada en un sentido ni en otro. Se limitó a fruncir el ceño y a dejar caer los hombros—. Una dirección fatal, y, además, los cereales saben a cartón.

—¿Y Push? ¿Cómo les va? He oído que venden todo lo que fabrican.

Delahoussaye hizo una pausa para encender un cigarrillo y le dirigió una mirada enigmática mientras sacudía la cerilla y exhalaba el humo.

—Sí, les va de maravilla. Son listos, eso es lo que son. Mi primo Garth trabaja allí, de ayudante del encargado, y te diré una cosa, tienen la fábrica tan limpia como una patena. Ahora han abierto otra, y eso ayuda bastante. ¿La conoces? Está en South Union, enfrente de Post.

Charlie la conocía, era un edificio de ladrillo pintado de verde y rojo, los colores de Push, que ocupaba casi toda una manzana. Siempre que pasaba por allí, lo contemplaba admirado. Aquello era lo que se había imaginado para Per-Fo, algo sólido, algo de lo que sentirse orgulloso, la clase de edificio que parecía estar diciendo: *Aquí estoy, cógeme*. Y entonces, mientras la imagen de la fábrica de Push aparecía en su mente como una fotografía viviente, se le ocurrió una cosa. Fue una idea, una inspiración, un plan que cayó sobre él como un golpe de viento, como una bofetada en la cara. Tuvo que respirar hondo y apoyar las dos manos en la barra para mantenerse firme. Se volvió hacia Delahoussaye esperando que su mirada no le delatase, y, tan despreocupadamente como pudo, le dijo:

—Un primo tuyo, ¿eh?

La parte más difícil era conseguir que la señora Hookstratten se lo creyera. El resto no es que fuera cosa de coser y cantar, pero por lo menos era algo claro, simplemente, cuestión de distribuir el dinero de Will Lightbody en los lugares precisos y en las proporciones adecuadas. Le costó menos de cien dólares de la inversión de Lightbody retribuir a Delahoussaye, su primo, el vigilante de noche y unos cuantos elementos



escogidos por convertir la planta de Push en la fábrica Per-Fo durante dos furtivas e ilusorias horas. La mayor parte fue a parar a manos del rotulista, un artista con aspiraciones que no soportaba prostituir su talento en algo tan efímero. Al final, consiguió realizar una obra bastante satisfactoria, aunque no dejó de rezongar. KELLOGG'S PER-FO, decían unas letras enormes, de un metro de alto, distribuidas regularmente en unas sábanas cosidas por los extremos y aunque no le había resultado barato, Charlie tampoco podía quejarse: cuando las colocaron sobre el rótulo de Push, no se notaba la diferencia. Sobre todo de noche.

No, el problema era la señora Hookstratten. Era una mujer a la que no le gustaba que le dijeran que no. Desde su niñez, cuando era la única heredera de la fortuna de las ladrillerías Van der Pluijm, hasta sus últimos años como mujer de Adolphus «Dolph» Hookstratten, el león de Wall Street, y su posterior viudedad, siempre había conseguido lo que quería y cuando quería. Pero Charlie había tardado en satisfacer su deseo ocho interminables días, el tiempo que llevó hacer todos los preparativos y esperar hasta el domingo, cuando la fábrica estuviera vacía. Push, al igual que Post y Kellogg, trabajaba las veinticuatro horas, y Charlie sólo podía llevar a cabo su impostura en el Día del Señor, cuando los hornos estaban en reposo y las cadenas de envasado desiertas.

La señora Hookstratten no entendía nada. Charlie la llamaba por teléfono dos o tres veces al día, en teoría desde su oficina forrada de caoba, aunque en realidad lo hacía desde una tienda o desde la lavandería china, donde el ruido de la plancha de vapor confería un aire de autenticidad al artificio. ¿Por qué no podía llamarle ella?, preguntaba la señora Hookstratten. Las líneas estaban estropeadas, le contestaba, sólo se podían hacer llamadas al exterior, lo cual, como podía imaginarse, era un verdadero desastre para el negocio, así que Charlie tenía a los de la telefónica trabajando día y noche. Pero ¿por qué nadie del sanatorio había oído hablar de Per-Fo y de sus benéficos efectos? ¿Por qué no había cereales Per-Fo en los estantes de Offenbacher's, en Peterskill? Los había buscado por todas partes. Por eso tenía tanto trabajo, le respondía Charlie, con un rumor de fondo de interferencias; ésa era la razón, precisamente aquella semana, de que casi no pudiera ni salir a la calle. Ella insistía en que abandonara la fábrica por unas horas, y su tono de voz era imperioso. Tenía que pasearla por la ciudad, calmar sus nervios, ayudarla a aclimatarse a todo aquello, que le resultaba tan nuevo y extraño, y, sobre todo, tenía que enseñarle su fábrica, a la que ella había contribuido con una pequeña fortuna.

—Una pequeña fortuna, Charles —repitió, para darle más énfasis.

Había llegado un viernes y Charlie consiguió desembarazarse de ella hasta el lunes, día en que la invitó a comer en un restaurante vegetariano que acababan de abrir en el centro para no tener que hacerlo en el sanatorio (cualquier cosa antes que el sanatorio). En el ínterin, se había dejado crecer patillas y bigote, llevaba gafas ahumadas y había alquilado una habitación, sin derecho a comida, por un dólar y medio a la semana. La habitación estaba en la parte sur de la ciudad, a medio camino

del lago Goguac, en un callejón cubierto de hierbajos que parecía estar aún en estado salvaje y esperando la llegada de la civilización. Era un lugar apartado y silencioso, y Charlie se sentía a salvo allí mientras todo siguiera igual. Mandó a Ernest O'Reilly a buscar sus cosas a la pensión de la señora Eyvindsdottir, y le dio instrucciones de que utilizase la escalera trasera y cada vez siguiera un camino diferente. Era una locura, una desesperada locura, sabía que vivía al borde del precipicio, pero no le quedaba otra alternativa. Aquélla era la vida de los visionarios, los audaces, los genios, los magnates: sin riesgo no se podía conseguir nada.

El Café Nonpareil (Comida Nutritiva sin Carne) era una réplica en miniatura del comedor del sanatorio; lo regentaba una devota ex paciente que atribuía su curación a las recetas del doctor y a una revelación cuasirreligiosa en la que se le había aparecido un cordero antropomorfo con el diagrama del despiece de la carne estampado en los cuartos traseros. El menú ofrecía platos como «ensalada de puntas de remolacha» y «alcachofas tiernas hervidas Jerusalén». La señora Hookstratten se pasó toda la comida quejándose, preguntándose por qué demonios su niño, a quien había llevado a los mejores colegios y ayudado en los negocios, la trataba de una forma tan desconsiderada, dejándola sola y abandonada en manos de extraños.

—No me digas que no te queda tiempo para mí, Charles, no me lo digas — resopló mientras se llevaba a la boca una pegajosa bola de arroz sin descascarillar.

Charlie suplicó, engatusó, mintió. Utilizó todas sus habilidades de aprendiz de estafador y profesional del cinismo para aplacarla, cediendo en todo, prometiendo cosas a troche y moche y tejiendo un entramado de mentiras digno del programa político de cualquier partido de ámbito nacional. El viernes volvieron a salir, y ella le sermoneó de manera implacable. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué no la había llamado por teléfono? ¿Por qué no le había mandado una nota? Llevaba allí casi una semana y Charlie aún no había visto su habitación del sanatorio. ¿Le importaba saber cómo se encontraba o cómo la habían acomodado? ¿Le importaba saber si se sentía a gusto? ¿Le importaba su salud? ¿Sus nervios? ¿Sus picores? ¿Y la fábrica? Empezaba a pensar que no era más que un castillo de arena.

Pero esta vez, por fin, Charlie estaba preparado.

—¿Qué le parece el domingo, tía? Es el único día que tienen libre los trabajadores, y, créame, no le gustaría nada ver la fábrica en pleno funcionamiento, con todo aquel ruido y confusión, sobre todo teniendo en cuenta sus nervios...

La luz se heló en las gafas de la señora Hookstratten. Cogió el tenedor como si fuera un arma, y el diamante que llevaba en la garganta brilló en toda su inexorable pureza.

—¿A qué hora? —preguntó, poniendo mucho énfasis en aquellas tres palabras.

—A las siete.

—¿A las siete? ¡Pero si es muy temprano! Tengo gimnasia sueca y he de ir al servicio religioso.

Charlie le sonrió abiertamente, le sonrió hasta notar que la piel de la nuca se le

fruncía como un visillo.

—A las siete de la tarde —le dijo.

Aquel domingo la noche llegó temprano, acompañada de una lluvia persistente que llenó las aceras de lombrices y oscureció los contornos y los rasgos reconocibles de la capital de los cereales de los Estados Unidos. Para los planes de Charlie, era el tiempo perfecto. Una vez subieron al coche frente al sanatorio, la señora Hookstratten no pudo saber si se dirigían hacia el norte, el sur, el este o el oeste, ni si habían volado al cielo en uno de los aeroplanos de los hermanos Wright. Estaba visiblemente emocionada. Y aunque no dejaba de hablar ni siquiera para tomar aliento, su tono era menos combativo y Charlie se dio cuenta de que se había suavizado. ¿Podría pedirle cinco mil dólares?, se preguntó. ¿Diez mil? No quería sorprenderla con la cifra, pero tampoco quería quedarse corto.

En la puerta de la fábrica encontraron al primo de Delahoussaye, un hombre calvo, con un traje barato pero decente y una sonrisa zalamera. Veinte dólares eran mucho dinero, pero le proporcionaron a Charlie una visita exhaustiva de las instalaciones, desde la sala de molienda a la de tueste, así como de la cadena de envasado y de la sala de plegado y etiquetado, donde se preparaban las cajas de cartón (por supuesto, habían cambiado de sitio las cajas para no desconcertar a la señora Hookstratten). También le proporcionaron, en alquiler, un oráculo que podía contestar a la más recóndita pregunta con una exactitud que habría dejado patidifusos a un equipo de ingenieros. De hecho, el primo lo hacía tan bien que casi había convencido al propio Charlie de que aquella fábrica enorme e inmaculada era suya, después de todo. Charlie decidió que le recompensaría con otro dólar cuando salieran.

El problema se presentó al llegar a las oficinas. Charlie se las había apañado para colocar papel con membrete de Per-Fo y una placa con su nombre en el escritorio, y también se había preocupado de desinfectar el lugar de cualquier señal que revelase su verdadera identidad. Teléfono, máquina de escribir y secante descansaban sobre el escritorio, junto con lápices, plumas y gomas de borrar en hogareño desorden.

—Y aquí, tía —dijo Charlie abriendo una puerta—, está mi santuario.

A la señora Hookstratten se le puso la cara larga. Se mordió el labio. Sus ojos devoraron la habitación y la escupieron.

—Tía... —gruñó Charlie, escudriñando frenéticamente el lugar en busca de algún rastro de la parafernalia de Push, de un cuerpo del delito, de alguna prueba acusadora—. ¿Le pasa algo? ¿No le gusta mi despacho?

Tenía los ojos helados, y una mueca implacable en los labios. La señora Hookstratten podía ser muy dura, lo suficiente para poner en fuga a todo un ejército.

—¡Pero esto no es caoba, Charlie! ¡Hasta un niño se daría cuenta!

Le lanzó al primo una mirada capaz de fundirlo, como si fuera de algún modo responsable de haber embaucado a su niño en aquel punto tan esencial.

—Madera de cerezo, señora —dijo el primo.

—Barnizada de caoba —apuntó Charlie, moviendo los dedos como si se los hubiera quemado—. ¿No es así, Garth?

—Sí, señor.

Pero la señora Hookstratten no se había aplacado.

—Es un crimen, eso es lo que es —bufó—, utilizar una madera corriente, que no es ni la mitad... ni siquiera la mitad... de elegante que la caoba, y encima me has querido hacer creer... pero seguro que te han engañado, ¿verdad, Charles? Si hubieras sabido que no era caoba, habrías sido el primero en decírmelo, ¿no es así, Charles?

Charlie intercambió una mirada con el primo.

—Sí, tía, claro. Pero...

—Bueno —retiró la mano del escritorio como si quisiera olvidarlo—, es terrible, es una vergüenza. Si no sabes distinguir una madera de otra, cosa que haría hasta un niño, no me extraña que tengas dificultades para que tus productos lleguen a Offenbacher's.

Siguió un momento un poco embarazoso, durante el cual Charlie adoptó una mueca de honradez burlada, expresando su rabia contra los decoradores y sus mentiras baratas, luego se humilló y pronunció una imprecación en voz alta, lamentando que su tía Hookstratten no hubiera estado allí desde el principio para impedir que le engañaran. Luego le prometió, con la mandíbula tensa, que obligaría a la empresa que había realizado los trabajos de carpintería a cambiarlo todo, incluidos los paneles de madera, por auténtica caoba malaya. Ella dio su aprobación, y las aguas volvieron a su cauce. Después de despedirse del primo, recogieron sus cosas y salieron a la lluvia, bajo el brillante e impresionante cartel de Per-Fo.

En aquel preciso instante, cuando Charlie se escapaba indemne, mientras abría el paraguas y hacía acopio del valor necesario para sacar a colación el tema de las necesidades acuciantes y la conveniencia de nuevas inversiones, surgió una amenaza mucho más peligrosa. ¿Cuánto habrían tardado en llegar al coche sin incidentes, veinte, treinta segundos? ¿Por qué no se quedaron charlando medio minuto más con el presunto encargado de Charlie o permanecieron otros cinco minutos en el granero, absorbiendo el aroma dulce y harinoso del maíz desecado? Pero no, habían tenido que salir en aquel momento crucial, en aquel horrible instante.

—¡Charlie! —gritó alguien a voz en cuello desde la empapada oscuridad—. ¡Charlie Ossining!

Caía la lluvia, crecían los charcos, la señora Hookstratten se acurrucó bajo el paraguas y miró sobresaltada a su alrededor. Charlie se quedó helado.

—¡Soy yo, socio! —gritó la voz, que empezó a tomar forma saliendo de la oscuridad, una forma raída, vagamente familiar, una criatura de sombrero roto y abrigo vomitado, dispuesta a asestar un golpe mortal a las mermadas esperanzas de Charlie. George Kellogg, con toda su rancia gloria, les bloqueaba el paso.

—¡George! —exclamó Charlie, y le hizo una seña para que se largase. Cogió con fuerza el brazo de la señora Hookstratten e intentó pasar de largo, pero George fue más rápido que él. De pronto, se introdujo bajo el paraguas y le rodeó los hombros a Charlie con el brazo, mientras un miasma de olores humanos y terrenales les envolvía como un fétido sudario en medio de la noche.

—He visto el rótulo —farfulló George. Luego pegó su cara a la de la señora Hookstratten y le susurró—: Buenas noches, señora.

—Mira —dijo Charlie, intentando librarse del abrazo de George mientras al mismo tiempo sostenía el paraguas y a la señora Hookstratten—. Ahora no tengo tiempo para tonterías...

—¿Quién es este hombre tan horrible? —exigió saber la señora Hookstratten. La lluvia golpeaba la tela del paraguas; el agua caía por los desagües de la fábrica con un canto triste e hipnótico.

—He dicho que te largues, George —gruñó Charlie.

Pero George no se marchaba.

—¿Marcharme? ¡Qué estupidez! ¿Hombre horrible? —repitió repentinamente sobrio—. Me siento insultado, Charlie. Profundamente herido. ¿Te parece que es ésta la forma de tratar a tu socio, a la persona que ha prestado su valioso nombre a esta... —señaló con el brazo el rótulo agitado por el viento, que se recortaba contra el techo de la noche—, a esta empresa?

Charlie notó que la señora Hookstratten se iba poniendo cada vez más tensa a causa de lo ultrajante de la situación.

—¿Qué está diciendo? —exigió saber—. ¿Quién es este hombre?

Charlie no tuvo oportunidad de contestarle. George se soltó en aquel momento, con sus rasgos cincelados por la luz, y se quitó el sombrero con una burlona reverencia.

—George Kellogg, a su servicio, señora. Por cierto, ¿podría dejarme un par de dólares?

---

## 6. UNA ESPADA DE FUEGO

Era una noche para dormir, el viento soplaba suavemente entre los árboles, la lluvia medía el tiempo sobre el tejado de madera, y la casa había caído presa del suave y palpitante abrazo de sus latidos y crujidos. Pero para John Harvey Kellogg el sueño no llegaba. Yacía en la cama, rígido como un cadáver, limpio por dentro y por fuera, envuelto en crujientes sábanas blancas y mantas recién lavadas, como si le hubieran metido y sellado en un sobre, y estaba deseoso de relajarse. Cerró los ojos haciendo un esfuerzo y escuchó los sonidos que había a su alrededor. Todo estaba tan silencioso, y la lluvia era tan suave, que oía los sordos y ocasionales ronquidos procedentes de la habitación de Ella, un sonido muy débil que sin saber por qué le llenaba de tristeza.

Eran las dos de la mañana y necesitaba dormir. No lo necesitaba del modo que lo necesita un hombre normal, ni tampoco le era necesario dormir mucho, pero aun así lo necesitaba. Por lo general dormía unas cuatro horas, y toda su vida había contemplado la idea del sueño con cierta reserva. Le parecía una pérdida de tiempo, un pecado, un desperdicio, y siempre le había sorprendido que hubiera quien lo deseara con ansia. Pero, como médico, comprendía y apreciaba la necesidad corporal de descansar de los esfuerzos de la vida de vigilia, y se entregaba a él una vez al día como parte de su pauta de comportamiento. Igual que no podía ni imaginarse prescindir de sus enemas, su gimnasia sueca o su salvado de avena, tampoco podía pasar sin sus horas de sueño, era un componente vital de la vida fisiológica. Y, normalmente, gracias a su fuerza de voluntad, era capaz de dormir de una forma eficaz y económica. Después de una taza de Sanitas Koko o un té de hierbas, y una lectura tranquila de la *Revista de la Sociedad Americana de Excretología* o los *Avances en Hidroterapia*, se deslizaba en su blanco pijama de batista, con las iniciales J. H. K. bordadas en plata a la altura del corazón, y se quedaba dormido nada más apagar la luz.

Pero no aquella noche. Tenía muchas cosas en la cabeza. Era domingo, generalmente el día de la semana más tranquilo para él, gracias a los ratos que pasaba meditando en la iglesia y a la media hora que solía dedicar a tocar el piano con alguno de sus hijos. Pero en aquel momento estaba lejos de la tranquilidad. Le preocupaba, entre otras cosas, la reunión del día siguiente, en la que contestaría a las preguntas dejadas en el buzón. No por su contenido, aquello nunca había sido un problema para él. Últimamente le rondaba por la cabeza el tema del azúcar blanco, que era un producto tan pernicioso y debilitante como la harina refinada. Hablaría de eso. No, su preocupación —miedo, en realidad— tenía que ver con George. Habían

pasado dos semanas desde su brutal asalto a la reunión tras la conferencia sobre las lombrices, y aunque desde entonces no había intentado nada, el doctor estaba convencido de que planeaba nuevas fechorías. Y ¿qué mejor momento encontraría el pequeño ingrato para actuar que cuando él ocupaba la tribuna? Así era como funcionaba la mente putrefacta de George.

No le habían podido echar el guante aquella noche. ¡Pobre George si lo hubieran hecho! Si le hubieran cogido —y el doctor abrió los ojos sólo de pensarlo—, no sabía si se habría podido contener, no sabía si habría habido una repetición de aquella terrible noche en la escalera, cuando George empezó a vivir con ellos. El muchacho había quemado las cortinas y aterrorizado a un centenar de pacientes, cuyos nervios no estaban para aquellos sobresaltos. De paso, había quemado parcialmente el vestido de tafetán de la señora Cornish, a la que además había provocado una horrible quemadura de segundo grado en el pecho izquierdo, pues uno de los proyectiles aterrizó en su escote. ¿Cómo había conseguido escaparse? Era un misterio. Después de poner en estampida a los pacientes con aquel arrebatado de pirómano, se las había apañado para esquivar al doctor, a Frank Linniman y a media docena de ordenanzas; y sin duda, aprovechando los momentos de confusión, se había colado por alguna de las salidas posteriores. Conocía muy bien el edificio, el doctor no podía menos que reconocerlo.

Pero había sido algo execrable. Un ultraje. No era simplemente una cuestión embarazosa, ya no se trataba de pedir limosna o gritar obscenidades en la calle; era un hecho delictivo, un acto incendiario, un intento de asesinato. Farrington, el jefe de policía, y doce de sus agentes habían peinado las calles en su busca, y escudriñaron el «refugio» de vagabundos bajo el puente de la calle South Jefferson y los alrededores de Kalamazoo, Olivet y Albion. Esta vez George iría a la cárcel y se le trataría sin la más mínima clemencia, no se consideraría ningún atenuante en su favor.

—Bill —le había dicho el doctor al policía—, me equivoqué con el muchacho, me equivoqué del todo, siento tener que reconocerlo. Tiene la sangre envenenada, es un signo de la degeneración que se está apoderando de la raza humana, y quiero verlo entre rejas para que no vuelva a hacer daño a nadie. Tiene que detenerlo, Bill —añadió con voz gélida y firme—, y hágalo rápidamente y sin meter ruido, y, por favor, recuerde todos los favores que les he hecho a usted y al alcalde durante estos últimos años.

Farrington no era tonto. Había captado el mensaje, de acuerdo, estaba muy claro, pero al día siguiente se cumplirían dos semanas y George seguía sin aparecer. Y no era un asunto trivial. El muchacho había dejado muy a las claras cuáles eran sus intenciones: la guerra abierta contra John Harvey Kellogg, el hombre cuyo único crimen era haber sido compasivo, generoso y confiado, el hombre que le había vestido, cobijado y alimentado, que le había dado educación y le ofrecía un lugar en el mundo que estaba a su alcance sólo con hacer un esfuerzo por conseguirlo. Era un misterio insondable, algo que estaba más allá del entendimiento humano. Pero habían

llegado a un punto en que la paciencia del doctor se agotó y lo único que le importaba era detener al muchacho. Se había convertido en su enemigo por alguna razón —o sin razón—, y el doctor sabía muy bien cómo tratar a sus enemigos. George no volvería a ver la luz del día.

Sin embargo, lo que le asustaba en plena noche, tenso en la cama, lo que impedía que el sonido de la lluvia le arrullara y que la almohada aflojara los agarrotados músculos de su nuca, lo que mantenía sus ojos pegados a la cambiante, fantasmagórica y semiinvisible cenefa del papel de pared, era la forma en que el muchacho había hecho llegar su mensaje, las bolas de papel surcando el aire como cohetes flamígeros, como el brillante semáforo de la destrucción. Aquello le paralizaba hasta tal punto, que casi no podía ni recordarlo. El fuego era su bestia negra, la que más temía de todas las cosas, lo único que no podía controlar. Y George lo sabía. ¿Cuántos años tenía cuando el sanatorio había sido pasto de las llamas? ¿Trece, catorce? No importaba la edad, el caso era que había aprendido la lección. Aquél era el sistema de atacar al mundo, era la manera de humillar a sus superiores y de hundir el cuchillo en el corazón de su padre adoptivo, aquella chispa secreta, aquella llama en la oscuridad, *aquello*.

Tendido en el abismo de la noche, con la mirada perdida, el doctor podía ver el sanatorio, su precioso sanatorio, tal como estaba el día en que volvió de un ciclo de conferencias y lo encontró en ruinas, el 19 de febrero de 1902. Nunca olvidaría aquel día, que había sido el más aciago de su vida, y nunca se perdonaría haber estado ausente en un momento tan crítico. Las llamas, que se habían apoderado del hospital por la mañana, le quitaron la vida a un paciente y redujeron a cenizas el sanatorio y todas sus instalaciones, las cocinas experimentales, los taburetes vibratorios, las bañeras calientes, las sillas fisiológicas... Aún veía los restos esqueléticos de las chimeneas asomando entre las ruinas, como si se burlaran de él con su solidez, y la capa de cenizas de un metro de altura brillando con satánica intensidad; todo lo que había construido, todo aquello por lo que había luchado y en lo que había creído, había quedado borrado de un solo golpe. Y también podía ver la cara de George como era entonces, la ponzoña coagulada en sus ojos, su boca de babosa, su afectación, su mueca, la abierta satisfacción que enrojecía la punta de sus orejas y hacía que su cabeza se balanceara sobre el tallo marchito de su cuello.

El muchacho estaba encantado con aquel incendio, encantado de ver cómo había afectado al doctor y al concepto que éste tenía de sí mismo. El doctor Kellogg recordaba a George de pie, al borde del ennegrecido amasijo de ruinas, con los hombros hundidos y una odiosa y significativa sonrisa en los labios, mientras los otros niños gritaban desalentados y se sostenían unos a otros, como si estuvieran a punto de caerse por el borde del mundo.

Nunca se descubrió el origen de aquel fuego. Pero había algo sospechoso. Olía a chamusquina. ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! El doctor no había pensado en George en aquella época, e incluso entonces, tendido en la cama, a pesar de todo lo ocurrido, no creía



que el muchacho hubiera participado activamente en el incendio. Podía haberlo deseado mentalmente, podía haber rezado para que se iniciara el fuego y podía haberse alegrado interiormente cuando el techo se derrumbó sobre el hueco del ascensor, pero en aquella época no era todavía lo bastante maligno para haber concebido el incendio en sí. No, el dedo señalaba a la hermana White y a sus fanáticos seguidores adventistas.

La profetisa y cofundadora, con su marido, del establecimiento predecesor del sanatorio, la Institución para la Reforma de la Salud del Oeste, la hermana Ellen White<sup>[36]</sup>, era en aquellos años la voz de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Sus visiones, muy frecuentes y sorprendentemente concretas, se adaptaban a los intereses de su Iglesia con la misma exactitud que la horma al zapato. Durante la mayor parte de la década anterior había luchado con el doctor por el control del sanatorio, pero él siempre le había pasado la mano por la cara. Cuando la hermana White le exigió que contribuyese al sostén de sus sanatorios —estéres y mal dirigidos— en lugares como Spokane, Peoria y Moline, de sus misiones de ultramar y de las imprentas que vomitaban su superabundante literatura, el doctor hizo que el sanatorio fuera declarado no sectario y benéfico, evidentemente para ahorrarse impuestos, e insertó una cláusula en sus estatutos por la que se disponía que los ingresos que obtuviera sólo pudieran desembolsarse dentro de los límites del estado de Michigan.

La maniobra podía haber apaciguado a los inspectores de Hacienda, pero a Ellen White no le gustó. Había tenido una visión, y se la había comunicado a todos sus fieles desde el púlpito: a Dios Nuestro Señor tampoco le gustaba la idea. El sanatorio se había convertido en una institución impía, afirmaba, que defendía el pensamiento «evolucionista» y anteponía el vil metal a la caridad cristiana. Había despertado la cólera de Dios. Lo que la hermana White había visto, retorciéndose imprecadora en el firmamento de Battle Creek, era la refulgente espada de aquella ira: una espada de fuego.

Fue una visión profética. En julio de 1898 un incendio arrasó una empresa de alimentación adscrita al sanatorio, y al año siguiente un nuevo incendio, de origen bastante sospechoso, acabó con Alimentos Sanitas, otra de las empresas del doctor. Luego se incendió el sanatorio. Mientras el doctor lo reconstruía (los miembros dirigentes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día no podían imaginarse la cantidad de contactos que tenía, ni las posibilidades económicas de sus amigos), tuvo que enfrentarse a un montón de amenazas, profecías y rumores de más intervenciones divinas, todos ellos canalizados a través de la páfida imaginación de la hermana White. Pero esta vez lo construyó de piedra, aunque los establos, vacas aspiradas incluidas, fueron misteriosamente destruidos por el fuego menos de un año después de que levantaran la nueva estructura. John Harvey Kellogg no tenía ninguna duda de quién era el responsable.

Hasta aquella noche.

Pero no, y sacudió la cabeza sin darse cuenta contra la almohada, no creía que

George hubiera sido capaz de hacerlo; a los catorce años, no. No, había sido Ellen White. Tenía que haber sido ella. Era una demagoga de la peor especie, una charlatana evangélica cuyas prédicas atraían a los seres más crédulos e ignorantes. Sus seguidores, gente simple y rústica en su mayoría, hubieran hecho lo que fuera por ver materializarse la palabra de Dios. Sin embargo, George había causado muchos problemas aquel año, sin duda. Se había vuelto aún más conflictivo; la adolescencia le sentaba tan mal como una camisa dos tallas más pequeña.

Un buen día decidió no comer. Se le metió en la cabeza que no iba a volver a comer, eso fue todo. Sin razón alguna, sin ninguna explicación. Una mañana de aquel otoño se levantó, se sentó a la mesa con los demás niños y se negó a tocar la comida. Esos problemas debían solucionarlos las enfermeras, y aquello nunca hubiera llegado a oídos del doctor de no haber concurrido circunstancias extraordinarias. Normalmente, el doctor y Ella comían en sus aposentos, pues la irregularidad de las actividades del médico impedía que pudiera comer con sus hijos, cosa por la que tampoco sentía demasiada inclinación. Los modales de los niños, su afición a manosear la comida y a limpiarse la boca furtivamente con la manga, su involuntario babeo y su tendencia a acumular restos de salsa en las comisuras de la boca, le alteraban la digestión. Pero en aquella época, el otoño de 1901, unos meses antes del incendio, el doctor había estado experimentando con nuevos productos alimenticios, y solía presentarse en el comedor de los niños para observar sus reacciones al ingerirlos.

Estaba en la fase del cuscús-colinabo; intentaba mezclar la sémola y la fibra vegetal en una masa que, como los cereales de los que había sido pionero, pudiera cocerse dos veces y ser desecada y dextrinizada para facilitar la digestión y una conservación prolongada. Los niños lo habían probado hidratado, en forma de gachas, pero el colinabo infundía a la mezcla resultante un extraño tinte verdoso y un sabor a tierra que hacía resistirse a ingerirla incluso al niño más dócil. En las siguientes comidas la mezcla fue horneada en forma de obleas, disuelta en un caldo concentrado de verduras, triturada y espolvoreada como si fuera salvado en la ensalada, y también moldeada con berenjena y chayote. Aquella noche en particular, a sugerencia del doctor, el cocinero había rellenado con ella una hogaza de Protose para servirla como entrante, acompañada de una salsa de yogur y mostaza con un picadillo de verduras y encurtidos.

Cuando el doctor entró en el comedor, los niños alzaron la vista todos a una y entonaron un «¡buenas noches, padre!», antes de que con una seña les indicara que debían reanudar la cena. Se sentó en un rincón, abrió un periódico e hizo ver que lo leía para que se relajaran. En realidad, se veían brillar sus anteojos a la luz del candelabro mientras inclinaba la cabeza de un lado a otro, estudiándolos, atento al menor mohín, mueca o sonrisa. Observaba los oscilantes tenedores, las dóciles mandíbulas «fletcherizantes», el subir y bajar de las nueces de sus cuellos. Los niños mayores —los Rodríguez, Lucy DuPlage y Nathaniel Himes— mantenían solícitos la

postura correcta para comer y un adecuado silencio mientras acababan sus raciones y esperaban pacientemente el plato de sopa —Saniterrapus— y las gachas de pan integral con grosellas hervidas que les servirían de postre. Los más jóvenes tenían ciertas dificultades con los cubiertos y el comportamiento en general, como era normal, pero allí estaban las enfermeras para ayudarles. En general, los niños parecían complacidos con el nuevo plato.

George, la única excepción, se negó a comer. Se limitó a sentarse muy tieso en su sitio, mirando la mesa como si estuviera en trance. Hannah Martin, que era su enfermera desde que llegó al sanatorio, cuando tenía seis años, se agachó para preguntarle qué le pasaba, y él se negó a contestar. El doctor, que le observaba parapetado tras el periódico, notó que le empezaba un tic en la mejilla izquierda: George, siempre George.

La cara de George mostró una expresión de furia cuando Hannah Martin se inclinó sobre él, susurrándole halagos y palabras de ánimo. George no contestó. Siguió sentado, como muerto, con los puños apretados en el regazo. Al cabo de varios minutos, el doctor dobló el periódico, irritado, y le habló:

—George —dijo en tono autoritario. Los niños alzaron la vista hacia él con caras inocentes, suspendiendo los tenedores sobre los platos—. ¿Qué es lo que pasa?

No hubo ninguna reacción.

—George Kellogg —salmodió el doctor, conteniéndose para no ponerse de pie—, te estoy hablando, George. ¿Qué es lo que pasa?

Hannah Martin se enderezó y miró al doctor con cara de aflicción.

—Yo... eh... me parece que no se encuentra bien, señor...

El doctor Kellogg maldijo al niño en silencio por su obstinación tenaz, terca y pueril. Era un pensador negativo nato, y no había forma de hacerle cambiar. Y eso era lo peligroso: esa actitud era contagiosa y subversiva. Si le dejaba infringir las normas, los otros también caerían y reinaría el libertinaje. El doctor se fijó en las orejas simiescas del niño, observó su cabeza en forma de cuña con una orla de pelo irregularmente cortado (evidentemente, había cogido las tijeras para destrozar el perfecto corte de pelo que le hacían dos veces al mes en la barbería del sanatorio), y no pudo evitar un arrebato de odio. ¿Cómo había podido entrar aquel despojo humano en su vida? ¿Cómo podía ser tan cruel el Destino? Todavía sentado, dirigió su respuesta a la enfermera:

—Si no se encuentra bien, tal vez debería examinarle. O a lo mejor necesita un purgante.

Hannah Martin no dijo nada. George estaba sentado muy tieso. Colectivamente, los niños contenían la respiración.

Por fin, dando un suspiro, el doctor se puso de pie, dejó el periódico y avanzó hacia la mesa hasta quedar directamente detrás del niño.

—Bueno, George —dijo apoyando su mano en el hombro del niño. Hannah Martin perdió el color y los niños temblaban a causa de la tensión—, ¿qué podemos

darle? ¿Calomel? ¿Aceite de ricino? ¿O prefieres dejar de hacer tonterías y comer?

Parecía que George se hubiera encogido por dentro, como si el tacto del doctor se abriera paso a través de su epidermis igual que un ácido. Todos los ojos estaban fijos en él y la casa se había sumido en un profundo silencio. Muy lentamente, milímetro a milímetro, la pequeña y puntiaguda barbilla fue alzándose hasta alcanzar el nivel de los hombros, y por fin el oscuro pozo de sus ojos se enfrentó a los del doctor.

—¿Comer? —le espetó George—. ¿Se atreve a llamar comida a esto?

El doctor se quedó sin habla. Tuvo que contenerse para no golpearle en la cara con toda la fuerza de sus músculos, tendones y huesos.

Pero George no había terminado todavía, ni mucho menos.

—¡Lo que nosotros queremos es carne con patatas! —gritó. Su voz informe se había convertido en un chillido, y le volvió la espalda al médico en señal de desprecio al tiempo que lanzaba una mirada fiera, veleidosa y triunfante a sus hermanos adoptivos—. ¡Carne con patatas! —dijo, golpeando el plato con el tenedor—. ¡Carne con patatas! ¡Carne con patatas!

Los demás levantaron la vista, pálidos, atónitos, excepto uno de los nuevos, un niño de cinco o seis años, de Virginia Occidental, pelirrojo y de aspecto descarado. Aquel niño cogió su tenedor y, como si fuera un juego, se puso a dar golpes siguiendo el ritmo de George, gritando con su angélica vocecita: «¡Carne con patatas! ¡Carne con patatas!».

Nadie le hubiera reprochado al doctor que hubiera acabado violentamente con todo aquello, pero él no era un hombre violento —no era un hombre violento y tampoco se dejaba llevar por arrebatos de brutalidad— y se contuvo. Tallado a cincel, impertérrito, con los anteojos acerados por la luz, se quedó impassible hasta que el niño pelirrojo fue consciente de su presencia y ahogó la salmodia a media frase. Hannah Martin cogió a George por el brazo y los demás niños palidecieron al ver la mirada del doctor, que dio media vuelta, con la burla desafiante de George resonando aún en sus oídos, y salió de la habitación.

George. Aquél era George. Se había pasado más de un mes sin probar bocado, y el doctor se había ocupado de que le vigilaran mañana y noche. Le obligaban a sentarse a la mesa con los demás niños y le servían la comida como a todos. No quería comer. Daba igual lo que le sirviesen o cómo se lo sirviesen. Se sentaba con aire ausente ante el plato mientras le servían huevos escalfados, ensaladas, lacticinios, cereales predigeridos y sabrosas salsas, y así todos los días y en todas las comidas. No era un niño fuerte, sus articulaciones eran muy delgadas y tenía los músculos alargados, y, además, se le marcaba mucho el cráneo. En sus momentos de lucidez, Ella intentaba convencer al niño, y cada vez que Hannah Martin le miraba, las lágrimas afloraban a sus ojos. El doctor estaba preocupado y la culpa se movía en su interior como una roca arrastrada por las corrientes en las profundidades de un vasto océano. Pero no se rendía, ni soñarlo. O George comía lo que le daban, o se moriría de inanición. Y punto.

La noche fue envolviendo al doctor en sus circunvoluciones hasta que, cuando ya eran las cuatro de la mañana y estaba cerca el amanecer, se rindió. Sintió que se amodorraba, la cara de George se convirtió en la de su mujer, en la de su padre, ya muerto, en la de un paciente anónimo, y ya estaba a punto de dormirse cuando por toda la casa retumbó un ruido sordo y reverberante, como el redoble de tambor de la calamidad. Se incorporó en la cama, totalmente despierto, y aguzó los oídos por si se repetía aquel ruido. ¿Qué había sido aquello? ¿Un trueno? La lluvia caía con un ruido chisporroteante y constante, parecía que estuvieran friendo algo en la lejanía, como si hubiera un millar de chefs yanquis inclinados sobre sus sartenes de tocino y tortas con sus estómagos de hierro, y se tensó para oír el más débil de los sonidos, la áspera fricción de un fósforo al ser encendido en la oscuridad.

En aquel momento recordó la cara de George el día en que finalmente volvió a comer, sin dar ninguna explicación ni ofrecer la menor disculpa. Se sentó ante un desayuno de gachas de taro y galletas de gluten y se lo zampó como si tal cosa, como si hubiera cenado la noche antes, y antes hubiera comido, y hubiera llevado a cabo toda la larga sucesión de comidas y cenas que conducían al pasado, como si hubiera sumado tantos kilos de carne humana a su libro de contabilidad, como si hubiera realizado tantas evacuaciones intestinales y tantas micciones. Enrojecida por la excitación, mordiéndose la lengua, Hannah Martin corrió en busca del doctor, que meditaba acerca de sus notas y disfrutaba del desayuno en sus aposentos privados. Le acompañó por la casa hasta el ala de los niños y su comedor, y allí estaba George, usando la cuchara y cogiendo el vaso como cualquier otro niño. No levantó la vista cuando el doctor entró en la habitación: se quedó sentado, sin cuello, delgado, con unos huesos como cañas en el fondo de un estanque desecado. Y comió. No levantó la vista, pero la cara le delataba. Demacrado, ojeroso, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas, tenía la expresión de un héroe, un conquistador, un hombre —ya no un niño— que había logrado su objetivo.

Una noche de insomnio no iba a perturbar a una maravilla fisiológica como John Harvey Kellogg, pero hacia las tres de la tarde tuvo la sensación de que perdía algo de energía, como si una invisible trailla le impidiera moverse. Estaba sentado a la mesa de su despacho, refocilándose en el gozo que le había causado una extirpación de estasis intestinal particularmente satisfactoria, y mientras se bebía una taza de zumo de remolacha caliente a fin de reponer fuerzas hacía los esbozos de un nuevo aparato para colgar de los talones a pacientes con trastornos circulatorios; entonces llamaron a la puerta. No pudo evitar una mirada de disgusto, pero Bloese saltó como un sabueso desde su mesa, en un rincón, y anunció:

—Es la visita de las tres y cuarto, doctor. La señora Lightbody.

Colocándose la visera en su sitio, el doctor se levantó a saludarla mientras Bloese abría la puerta. ¿Visita?, pensó, preguntándose cuándo la había examinado por última

vez y quién le había dado aquella hora, y por qué, pero no estaba preparado para la visión que le esperaba. Era Eleanor Lightbody la que estaba en el umbral, de eso no cabía ninguna duda, pero era una especie de caricatura de sí misma, pálida y demacrada, con la mirada apagada y la ropa mostrando a las claras la necesidad de meter las costuras. Al doctor se le difuminó la sonrisa de bienvenida. Bloese bajó los ojos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había visitado, visitado de verdad? ¿Una semana? ¿Dos? Sintió un aguijonazo de temor —¿iba a perder otra paciente?—, pero lo disimuló y salió de detrás del escritorio para darle la mano y ofrecerle asiento.

Eleanor se sentó muy estirada, inquietantemente hermosa pese a su considerable pérdida de peso. La aguda mirada del doctor Kellogg no la abandonaba ni un instante, tratando de averiguar qué le ocurría. ¿Era cáncer? ¿Marasmo? ¿Tuberculosis? ¿O sería un caso de esfínteres obstruidos, una obstrucción del intestino delgado, algo que precisara el uso de escalpelo y grapas? Sí, ahora lo recordaba, Frank Linniman le había manifestado su preocupación por el estado de la señora Lightbody, pero él no le había hecho mucho caso. Eleanor era una de sus mejores pacientes, una de las más sanas y con más ganas de cooperar, en franco camino hacia la recuperación y con un pronóstico brillante. Observó sus afilados pómulos, sus hombros cortados a cuchillo y la reducida línea de su tibia bajo la falda, y no pudo reprimir un silbido.

—Ha adelgazado —observó.

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—Bueno —dijo, y empezó a pasearse arriba y abajo, como una pantera de la salud que midiera la jaula de su conocimiento—. Tendremos que probar otro régimen, más taro, tapioca, leche de nuez y cosas por el estilo.

Eleanor le dirigió una serena mirada.

—No, no, doctor —murmuró con apatía—, no lo comprende. He estado ayunando.

—¿Ayunando?

—Sí. —Sacó un folleto del bolso—. Leí el libro del señor Sinclair *La curación por el ayuno*, y se me ocurrió... bueno... que lo probaría.

El doctor sacudió la cabeza. Un dedo admonitorio se alzó de su mano como si tuviera vida propia y se puso a agitarse ante ella.

—¿Quiere decir que ha estado ayunando sin consultármelo? Me deja mudo. ¿O sea, que viene usted a esta institución a ponerse en mis manos y decide arbitrariamente y por su cuenta abandonar el régimen, y nada menos que para ayunar?

—Pero doctor Kellogg —protestó—, han sido sólo doce días, es como un experimento. El señor Sinclair es tan convincente, yo... bueno, pensé que podía intentarlo. Después de todo, ¿hay alguna forma mejor de controlar los propios apetitos que negándolos?

El doctor se sintió secretamente aliviado. Ayunaba, sólo ayunaba. Aquello no le

había causado ningún daño. Por la noche empezaría con yogur y leche caliente, le prescribiría salsas con fécula en las verduras, pan integral y espaguetis italianos, y volvería a la normalidad en una semana. Pero no podía exteriorizar su alivio, no podía permitir que ella creyera que toleraba que un paciente se automedicase, no quería ni pensar a qué extremos podía conducir una cosa así.

—No se trata de eso —dijo el doctor.

Eleanor estaba pasando las páginas del folleto que tenía en el regazo.

—Con todos mis respetos, doctor, me siento mucho mejor. Y con esto no quiero establecer ningún tipo de comparación entre usted y Sinclair, que, al fin y al cabo, sigue sus directrices. Estos once días han permitido que mi organismo se limpiase, han sido una especie de vacaciones de mis intestinos, por decirlo así.

—Ya. —El doctor estaba molesto. Quería mostrarse generoso y comprensivo, receptivo con los puntos de vista progresistas y las ideas nuevas, pero lo único que sentía era irritación. Puso cara de conferenciante del mismo modo que un guerrero habría levantado su escudo—. El ayuno puede ser de gran ayuda en un régimen fisiológico, por supuesto —dijo—, y aunque no debe olvidar que el señor Sinclair es un profano, sus ideas tienen cierto valor según el pensamiento médico más avanzado. Seguro que recordará que yo mismo he hablado de la curación por el ayuno en mi columna de *Vida Saludable*.

Eleanor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Muy bien —el doctor se frotó las manos vigorosamente—, ¿le importa que vea el libro en cuestión? Debo confesar que no lo conozco.

—Está escrito a máquina, doctor —murmuró Eleanor pasándole el texto—. Todavía no se ha publicado.

Apoyándose en el borde del escritorio con gesto indiferente, el doctor se puso a hojear el libro hasta que llegó a un capítulo titulado «Algunas notas sobre el ayuno», donde sus ojos cayeron casualmente sobre un párrafo que le pareció muy inquietante: *En el curso de mi búsqueda de la salud, me he gastado en médicos, medicinas y sanatorios más de quince mil dólares en los seis u ocho últimos años, Pero durante el año pasado, desde que descubrí el ayuno, no he tenido que pagar nada.* Aquello era muy peligroso. Era un panfleto de la peor especie, mojigato e hipócrita. Cerró el libro haciendo chocar las tapas con fuerza, y se lo devolvió.

—¿Y dónde dice que lo ha conseguido, señora Lightbody?

Eleanor se puso colorada y buscó torpemente las palabras.

—Bueno... yo... bueno... a decir verdad, he estado viendo a otro médico... fuera del sanatorio, quiero decir. Me lo ha dado él. A través de Lionel, es decir.

Aquello sí que era algo nuevo... un verdadero golpe, sin ningún género de dudas. ¿Un médico de fuera? ¿Lionel? El doctor frunció el ceño. Bloese, que estaba inclinado sobre su mesa, dio un respingo.

—Estoy asombrado —dijo el doctor por fin—. Sinceramente, señora Lightbody. Eleanor. Éste es uno de los asuntos más graves a los que me he tenido que enfrentar

en los años que llevo al frente de esta institución. ¿Es que no se da cuenta de lo peligroso que es hacer caso de tantas voces, aunque sean bienintencionadas? Y, peor aún, ¿no se da cuenta de la cantidad de profesionales mal informados, peor equipados y desaprensivos que hay por ahí, todos deseosos de caer sobre cualquier hombre de negocios con los intestinos destrozados o cualquier ama de casa con los nervios de punta? A pesar de sus buenas intenciones, ni Lionel Badger ni el señor Upton Sinclair son médicos, y no tienen ningún derecho a dirigir el programa médico de mis pacientes. Es un ultraje, ése es el nombre: ultraje. ¿Cómo es que usted, precisamente usted...?

No pudo continuar. El desconcierto había dejado paso a la rabia, y le preocupaba lo que podía decir a continuación.

Eleanor Lightbody miraba al suelo. Su cabellera era una masa de rizos, recogida en lo alto de la cabeza como el plumaje de algún pájaro exótico. Estaba triste y muy hermosa, mucho más hermosa en su tristeza.

—Lo siento —murmuró.

—¿Lo siente? —exclamó el doctor. Otra vez se paseaba arriba y abajo, incapaz de estar quieto ni un instante—. ¿Sentirlo? ¿Por qué? No lo sienta por mí, querida señora. Yo vivo y pienso de forma recta cada minuto de mi existencia. Siéntalo por usted, usted es la única que está en peligro, es usted la que está atormentada por la neurastenia y las consecuencias de la autointoxicación, es usted la que se juega sus progresos y su felicidad futura por culpa de un capricho, de una idea errónea. —La miraba acusador, temblando de santa indignación. Ella no se atrevía a levantar la cara—. ¿Le importaría decirme quién es ese «médico», ese genio al que usted ha confiado su salud renunciando para ello a todo lo que perseguimos aquí? ¿Quién? ¿Quién es?

Dijo un nombre, pero lo hizo en voz tan baja que el doctor no la oyó.

—¿Quién?

Eleanor le dirigió una mirada de soslayo, llena de pesar. Había lágrimas en sus ojos y tenía las aletas de la nariz enrojecidas. Se llevó un pañuelo a la cara.

—El doctor Spitzvogel —dijo, sofocada, y un temblor de emoción recorrió todo su cuerpo.

—¿Spitzvogel? No le conozco. ¿Me permite que le haga una pregunta como responsable de esta institución? ¿Cuál es su especialidad?

Tardó en contestarle. Parecía como si le estuviera dando vueltas a la pregunta en su cabeza, y la demora enfureció al doctor. ¿Se atrevería a ocultárselo? Pero al fin Eleanor se mordió los labios y le miró directamente a los ojos.

—Terapia de manipulación. *Die Handhabung Therapeutik*. Me manipula el... el... —miró a Bloese, luego al doctor y por fin bajó los ojos hacia el libro que tenía en el regazo—, el útero.

—¿El útero? —El doctor se quitó la visera y la arrojó sobre la mesa. Pensaba que había oído todo lo imaginable en lo referente a debilidades, pecadillos e intrigas, y que conocía todos los arcanos de la ignorancia y la depravación, pero estaba



equivocado. La sorpresa acentuó sus palabras—: ¿Le... le... manipula... el... útero?

Hubo un momento de silencio, un silencio tan profundo que el doctor casi podía oír el zumbido de la sangre corriendo por sus venas. Bloese estaba como muerto. Todos contenían el aliento.

—¡Sí! —exclamó Eleanor de pronto, poniéndose en pie de un salto, con la voz áspera por la pasión, la vergüenza y el desafío. Tenía las mejillas húmedas y los miembros rígidos—. ¡Sí! —repitió con dureza guerrera—. ¡Y nunca me he sentido mejor en mi vida!

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta, que cerró tras de sí al salir con un ruido parecido al del primer trueno lejano que presagia la llegada de la tormenta.

El doctor se quedó mirando la puerta estupefacto, luego intercambió una mirada con Bloese y empezó a sacudir la cabeza muy despacio. Estaba agotado. Completamente agotado.

---

## 7. EL LAGO GOGUAC

Will silbaba sin querer. Se sentía eufórico, transportado, tremendamente animado por aquellas melodías tan pegadizas del mejor director de banda del mundo, el sin igual, el rey, el emperador de la marcha: John Philip Sousa. Llevaba una hora a la moteada sombra de un olmo del sanatorio, observando las evoluciones de la banda sobre el césped. Los músicos movían las piernas con precisión fisiológica y hacían oscilar los codos rítmicamente mientras la luz se reflejaba en los instrumentos. Estaban ensayando para la gala principal de las festividades del Día de los Caídos, que incluía también una merienda en la parte sur del jardín, una parodia de los conjuntos musicales negros en la que intervendrían el «profesor» Sammy Siegel y media docena de talentos reclutados en el sanatorio, varios cuadros plásticos protagonizados por Vivian DeLorbe y una obra de teatro muy original representada por miembros del Club de la Respiración Profunda del sanatorio. Aunque sentía añoranza de su hogar, aunque su mujer era una extraña para él y sus desgracias se multiplicaban como moscas de la fruta en un plátano pasado, Will se rindió ante Sousa. El aire emitía un silbido al atravesar la hendidura de sus dientes frontales como el agua hirviendo en una tetera demasiado caliente, y una versión bastante floja de «The Free Lunch Cadets» resonó por los pasillos del sanatorio mientras Will avanzaba marcialmente hacia el despacho del doctor Kellogg.

Aunque no podía imaginar por qué quería verle —el secretario de cara pétrea del doctor le había abordado antes del desayuno para preguntarle si le parecía bien a las once de la mañana—, tampoco le preocupaba. Después de seis meses en el sanatorio, ya conocía la rutina: sonrírte hasta que te duelan las encías, di que te encuentras muy bien y hazte el tonto, no confíes nada. Y, por encima de todo, no hagas preguntas y no esperes respuestas. Si Will había vacilado alguna vez, si alguna vez había albergado la esperanza de que los métodos del dictadorzuelo de blanco sirvieran para algo, la pérdida de un fragmento de sus intestinos, el distanciamiento de Eleanor y la suerte que habían corrido la señorita Muntz, Homer Praetz y el sudoroso amanuense del doctor bastaban para desequilibrar la balanza permanentemente. Seguía siendo un paciente, su estado de salud era estacionario, y lo aguantaba todo con la punzante esperanza de que Eleanor recuperara el juicio y volvieran a su casa de Parsonage Lane y recuperaran la normalidad. No quería hacerse ilusiones. Ni la más mínima.

Pero aquel día concreto el doctor incluso pareció contento de recibirle, lo cual era extraño, tremendamente extraño. Su relación se había convertido en una continua amonestación por parte del Gran Sanador y en la perpetua contricción de Will. Will había llevado alcohol al sanatorio, había deseado a su mujer, se había resistido a

seguir su régimen alimenticio y a tomar los baños sinusoidales, se mostraba indiferente con la calistenia y muy poco entusiasta con los ejercicios de risa. No masticaba correctamente la comida, y tampoco se sentaba como era debido. ¿Y qué decir de aquella tontería de no querer desnudarse para meterse en la piscina? El doctor estaba muy disgustado con Will y no se andaba con paños calientes: Will era un reincidente, un pensador negativo y un mal ejemplo para los demás pacientes. Y por eso fue una sorpresa para él que cuando Bloese le introdujo en el despacho el doctor se levantara a saludarle con una benevolente sonrisa y un cálido apretón de manos.

—¿Cómo está, señor Lightbody, Will?

Will se encogió de hombros y sonrió.

—Mejorando —respondió.

—Sí, claro. —Los ojos asépticos del doctor le recorrieron de arriba abajo, como si quisiera comprobar si mentía—. Me alegra oír eso —dijo por fin—, no me negará que la estricta vida científica está surtiendo su efecto, ¿verdad?

Will no se lo negó.

—¿Va bien el nuevo régimen?

Desde que había terminado con las uvas, a Will le estaba permitido pedir el menú normal, aunque las dietistas regulaban de manera muy estricta su ingestión de las únicas cosas que le resultaban remotamente apetecibles: panecillos con arándanos, pan de maíz o tortitas. Podía comer todo el sucedáneo de pescado o de carne y toda la pulpa de maíz que quisiera. Es decir, nada.

—Muy bien —dijo. Todavía notaba el espíritu de Sousa en su cuerpo.

El pequeño doctor se había puesto en movimiento, había cogido unas cuantas cuartillas de la mesa, se había quitado la visera y la había depositado cuidadosamente en la bandeja de madera reservada para ella. Su calva brillaba bajo el chorro de luz solar de mayo, que iluminaba la habitación convirtiéndola en un invernadero acristalado.

—Pero no es de usted de quien quiero hablar —dijo, dirigiéndole una mirada astuta.

Confuso, Will arrastró los pies por el frío suelo de baldosas.

—¿No?

—¿Quiere que vayamos a dar un paseo? —preguntó el doctor, que rodeó el escritorio y se dirigió a la puerta sin esperar su respuesta. Simultáneamente, Bloese hizo que Will le siguiera como si hubiera sido un pastor conduciendo a sus ovejas—. Yo no puedo estar sentado detrás de una mesa en un día tan glorioso como éste, ¿y usted?

Antes de enterarse de lo que pasaba, Will ya estaba en el pasillo, redoblando el paso para permanecer a la altura del brioso genio de la salud. Bloese, siempre en sintonía con su jefe, avanzaba sin esfuerzo junto al médico. Llegaron al familiar vestíbulo y el doctor saludó a un paciente aquí y allá, alegre o con expresión de

preocupación, mientras los blancos faldones de su chaqueta se agitaban tras él. Se dirigió a la salida que había en el extremo septentrional del edificio y, por una vez, parecía no tener nada que decir. Cuando alcanzaron la puerta, Will empezaba a preguntarse si el doctor se habría olvidado de él. Estaba aturdido —*No es de usted de quien quiero hablar*— y bastante irritado. El doctor Kellogg abrió la marcha y Will le seguía.

Bloese abrió la puerta, y al cabo de un instante quedaron atrapados por la brillante fragancia del día, de las plantas en plena floración, del mundo en marcha, con las vigorizantes notas de Sousa todavía resonando en el aire.

—Bueno —graznó el doctor, que se volvió hacia Will al tiempo que saludaba a una pareja que tomaba el aire junto a los rododendros—, seguramente se estará preguntando de qué quiero hablarle, ¿no?

Will no tenía ni la más mínima idea. Pero un súbito destello de conciencia surgió en su esternón, salió disparado como una pelota de ping-pong hacia su cerebro y después rebotó hasta instalarse en su lengua:

—¿El-Eleanor? —tartamudeó.

—Sí, así es —cloqueó el doctor asintiendo gravemente con la cabeza.

La luz hizo brillar su pelo, infundiéndole una triste dignidad médica. El doctor permaneció firme, de pie en la hierba, sin acobardarse. Will se quedó helado de miedo.

—Pero caminemos, hablemos mientras andamos —dijo el doctor adoptando un tono de voz más alegre—. Ayuda a estimular la circulación y fortalece las piernas, ¿eh? —Así que echaron a andar moviéndose de una manera rara, pues el doctor llevaba a Will por el codo, como si le iniciara en los movimientos de una danza ritual. Rodearon parterres de flores, pasaron junto a pacientes con muletas o en silla de ruedas, vieron a una enfermera muy joven montada en bicicleta y con la falda recogida—. Me temo que tiene un problema muy serio —dijo por fin el doctor, volviéndose a Will.

Will no pudo contenerse. Retrocedió un poco y asentó los pies en el suelo.

—¿Qué quiere decir? —graznó—. ¿Quiere decir que... ha empeorado?

El doctor también se detuvo, aunque siguió moviendo piernas y hombros, marchando sin moverse de sitio. Bloese estaba de pie junto a ellos, silencioso.

—¿Es que está usted ciego, señor mío? —gritó de repente el doctor—. Estamos hablando de su mujer. ¡No me diga que no ha notado nada!

—Ha... bueno... ha adelgazado, ya lo sé, pero pensaba que formaba, parte del programa, de su régimen...

—¡Bah! —le espetó el doctor, aún moviendo las piernas, llenándose los pulmones de aquel aire puro y vigorizante—. No es mi régimen. ¿Cree que me gusta que mis pacientes se mueran de hambre? —No esperó la respuesta de Will—. Está haciendo una cura de ayuno. Por su cuenta. Es como si se hubiera convertido en su propio médico, como si fuera ella la que hubiera trabajado de interna en Bellevue y hubiera

guiado a miles de personas por el camino de la salud y el bienestar, como si todo esto... —movió la mano para señalar edificios y jardines, la gran fábrica de la salud, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista—, como si todo esto no fuera más que una ilusión, un juego. ¿Qué me dice de eso, señor...? ¡Y precisamente su mujer!

Will no sabía qué decir. Ciertamente, Eleanor había acudido a Battle Creek a aumentar de peso y no a perderlo, pero con la clase de comida que daba el doctor, ¿quién podía culparla por declararse en huelga de hambre?

—¿Es... grave?

—¡Grave! —El pequeño doctor parecía a punto de estallar, y jadeaba como si se hubiera tragado su propia barba. Dio dos vueltas sobre los talones como un peso gallo fintando a su adversario—. Eso es lo de menos. Es mucho peor de lo que usted se pueda imaginar. Por lo menos, el ayuno tiene algunas virtudes, es decir, si lo prescribe y supervisa un médico calificado... pero no, parece que su mujer ha obrado temerariamente. —Se detuvo, puso los ojos en blanco y curvó hacia arriba las comisuras de la boca—. Está siguiendo un tratamiento con alguien ajeno a esta institución.

De golpe, Will se acordó de la imponente mansión estilo Tudor y del hombre de la puerta, el del monóculo y el mostacho.

—Sí, ya lo sé —murmuró.

El hecho de que ya lo supiera pareció dejar helado al doctor. Hizo ademán de hablar, pero no salió de su boca ni un solo sonido. Will observó cómo el brillo del sudor cubría su fisiológica frente.

—¿Lo sabe? —dijo el doctor por fin.

Muy por encima de sus cabezas, una nube se fundió con el sol. Will asintió.

—Ese hombre es un charlatán —gritó el doctor Kellogg—. Un estafador. Un peligro público. Se hace pasar por médico... ¿Cómo se llama, Bloese?

—Spitzvogel, jefe.

—Spitzvogel. —El doctor pronunció ese nombre como si estuviera masticando algo podrido. Las venas se destacaban en sus sienes, y aquellos ojos que todo lo veían refulgían de rabia—. ¿Sabe lo que le hace, tiene usted la menor idea? ¿No le importa lo que le ocurre a su propia esposa?

Will estaba muy alarmado. Tenía que ser algo malsano, sensual, una liberación de los apetitos primitivos. Sólo algo así podía sacar de sus casillas de aquel modo al Gran Sanador.

—Sí, sí que me importa —dijo débilmente—. ¿Qué es? ¿Qué es lo que...? —Casi no podía encontrar las palabras, y se tragó el resto de la frase como un vaso de agua en un día de mucho calor—. ¿Qué le hace ese hombre?

—Terapia de movimiento —le espetó el doctor desdeñosamente—. *Die Handhabung Therapeutik*. —Lo dijo como si fuera algo sucio, casi depravado—. Le manipula el útero.

Will tardó un momento en comprenderlo. ¿Manipular el útero? ¿Qué demonios

podía significar aquello? Y entonces se puso a pensar en lo que significaba, en el útero de Eleanor, en su entrada, en aquel lugar íntimo que era privilegio del marido, y sólo del marido... pero no, no... no podía ser. Will estaba anonadado. Notó que se ponía colorado.

—¡Y precisamente su mujer! —dijo el doctor—. Eso es lo que pasa cuando los pacientes juegan a ser médicos, cuando se creen más listos que las mentes médicas más preclaras de su época, cuando tratan de curarse a sí mismos, señor Lightbody. — Un matiz nuevo afloró en su cara, una sombra de malicia. Chasqueó los dedos—: ¡Bloese!

Will, vagamente, vio avanzar al secretario con una bolsa de tela, y entonces se dio cuenta de que la había llevado todo el rato. Se sentía hundido, en el fondo de la sima más honda del más profundo de los océanos, y el peso le aplastaba, sus pulmones luchaban por conseguir aire... Mientras tanto, Bloese hurgó en el interior de la bolsa y sacó un aparato que a Will le era familiar, un cinturón eléctrico, ligeramente usado pero todavía en perfecto estado, con el suspensorio genital que lo acompañaba.

Los dos hombres, el doctor y su factótum, como paladines de la virtud, se cruzaron de brazos y clavaron en él una mirada furibunda. Pasó un instante, tenue y mezquino, y una milésima parte de otro.

—La enfermera Bloethal ha encontrado esto debajo de su cama, señor Lightbody —dijo por fin el doctor—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Will agachó la cabeza. Sólo podía pensar en Eleanor, Eleanor y Badger, Eleanor y aquel curandero. Eleanor y su útero.

Blandiendo el Cinturón Heidelberg, el doctor se le acercó un poco más y comprimió sus palabras para darles más énfasis:

—Esto es el azote de mi profesión —siseó—, esto es lo que pone en peligro la vida de su mujer. La automedicación. Prestar oídos al primer mercachifle o embaucador que se presente. Complacerse en lo más enfermizo y frágil de los apetitos sensuales. ¿No se da cuenta de que esto le puede matar? ¿No se da cuenta de lo enfermo que está? ¿Cómo es posible? ¡Un hombre en su estado...! —Se interrumpió, atónito—. Una simple descarga de fluido seminal podría ser mortal para usted. Pero lo que más me asombra es que mientras usted intenta en secreto desarrollar sus órganos reproductores, su mujer está en grave peligro por culpa de los suyos. Le aconsejo que fortalezca su voluntad y no sus genitales, señor.

Aunque no podía seguir muy bien el razonamiento del doctor, Will se sentía igualmente mortificado, mortificado como no había estado nunca en su vida. Le hubiera gustado que se lo tragara la tierra, perderse en el jardín, pisotear los macizos de flores, lanzarse al río y acabar con todo. Miró aturdido el fulgor de los anteojos del doctor.

Pero el Gran Sanador, como si adivinara sus pensamientos, volvió a cogerle el brazo con una mano que parecía de hierro.

—Yo no puedo hacer nada por ella —dijo bajando el tono de voz, mortalmente

serio—. No soy su marido, sólo soy su médico. Pero le diré una cosa, señor, y se la digo de todo corazón: ¡vigile a su esposa!

Eleanor no estaba en su habitación. Ni en el Jardín de las Palmeras, ni en el salón, ni en el gimnasio de señoras. Will arrastró sus débiles miembros escaleras arriba y abajo, llamó a una docena de puertas de otras tantas habitaciones donde Eleanor tenía amigas por si había ido a visitarlas, interpeló a Virginia Cranehill y a la señora de Zachary Cornish, la del tafetán amarillo. Pero nadie la había visto. Abatido y enojado, bajó a comer temprano, esperando coincidir con ella, y se tiró dos horas escuchando a Hart-Jones contar emocionado la vida de los pájaros en el Distrito de los Lagos inglés, donde, para perpetua consternación de todo aquel que pudiera oírle, había nacido y crecido. Ni Badger ni Eleanor hicieron acto de presencia.

A las tres, Will se saltó una sesión de ejercicios con balones medicinales dirigida por el forzado sueco y acudió al ensayo de *El almuerzo fatal*, la obra de teatro que habían preparado los del Club de la Respiración Profunda. Tomó asiento en el salón envuelto en las frías sombras de la tarde, con el corazón latiéndole en los oídos, a la espera de que Eleanor hiciera su aparición. La obra, cuyas autoras eran su mujer y la señora Tindermarsh, trataba de un hombre con el estómago destrozado que tenía que luchar contra los demonios del alcohol y el abuso de la carne. La señora Tindermarsh, vestida con pantalones y caracterizada con unos bigotes pintados, interpretaba al protagonista y se paseaba por el escenario lanzando frases como: «¡Qué craso error ha sido, con mi pobre aparato digestivo y mi atribulado estómago, comer tantas chuletas y filetes!». Eleanor interpretaría al principal personaje femenino, una sufrida esposa que luchaba desesperadamente por llevar a su inconsciente marido por el camino redentor de la vida fisiológica. El estómago de Will se contraía sólo de pensarlo. La obra no era más que un eslabón en la interminable cadena de humillaciones que había comenzado la noche de su llegada, cuando el doctor Kellogg le examinó la lengua tratándole como si fuera un caballo semental. Se hundió en las sombras.

La obra era bastante difícil de seguir, y, en cualquier caso, Will estaba tan nervioso que incluso Wilde o Ibsen le habrían resultado insoportables. Al cabo de una media hora se dio cuenta de que otra mujer interpretaba el papel de Eleanor. Estaba en escena desde el principio, dándole la réplica a la señora Tindermarsh, pero Will supuso que era la doncella o una pariente lejana, hasta que comprendió que se había equivocado. Eleanor tampoco estaba allí.

Se levantó bruscamente en la penumbra y se dirigió al escenario para preguntar por ella, pero empezaron a sisearle por todas partes para que no hiciera ruido. Hundiéndose nerviosamente en un asiento, justo debajo del escenario, aguardó hasta que terminó el ensayo y se acercó a la señora Tindermarsh.

—¡Hola, señor Lightbody! —cacareó—. ¿Qué le ha parecido? ¿Cree que

tendremos éxito?

A su alrededor se había congregado un montón de caras llamativamente maquilladas. Will las miró, incómodo.

—Sí, sí, claro —dijo con voz vibrante, que hizo tintinear la licorera colocada junto al sillón del supuesto marido—, es espléndida, conmovedora... y real como la vida misma.

Batir de pestañas, labios fruncidos. Detrás del telón estalló un tumulto de voces, y alguien se rió al fondo del escenario. Will torció el cuello e hizo pantalla con la mano sobre los ojos.

—Pero ¿dónde está Eleanor? Pensaba que hacía el papel de la esposa.

La mirada de la señora Tindermarsh voló a los rincones más alejados de la habitación; luego se acarició el bigote y se ensució las yemas de los dedos.

—¿No se lo ha dicho? —murmuró, mientras buscaba una toalla—. Renunció hace quince días, su tratamiento no le deja tiempo para nada. Gloria Gephardt hace su papel. Pero es una pena, porque su mujer tiene un talento natural para el teatro.

Por fin pescó a Eleanor en su habitación a última hora de la noche. Tampoco había aparecido en el comedor a la hora de la cena, aunque sí Badger, que había estado parlotando de plantas suculentas y tubérculos y enumerando a toda la gente famosa que conocía. Eleanor ya estaba en la cama, leyendo, y cuando la sorprendió —no se molestó en llamar a la puerta— le miró con expresión culpable y escondió el libro bajo la almohada.

—¡Hola, Will! —murmuró con voz lánguida, artificial, llena de venalidad e hipocresía—. ¿Cómo estás? —Dejó escapar una pequeña carcajada—. Casi no nos vemos, ¿eh?

Will no iba a dejar que le distrajera con una conversación trivial.

—He hablado con el doctor Kellogg —dijo. Se acercó a la cama, medio tambaleándose, con los brazos caídos a los lados.

—¿Sí? Y ¿qué te ha dicho? —Su indiferencia resultaba hiriente. Le estaba tomando el pelo, jugaba con él, fingía—. Ven, dame un beso.

—No quiero besos. —Will seguía rígido—. Quiero hablar del doctor Spitzvogel.

Le lanzó aquel nombre a la cara como un latigazo, pero Eleanor no perdió la calma.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

¿Cómo podía ser tan fresca? Aquel hombre le estaba manipulando el útero y todo el mundo lo sabía.

—He visto su casa —fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿A qué viene todo esto, Will? —dijo como si le arrullara. Sus ojos eran intensos y fluidos—. ¿Estás preocupado por algo? ¿No tendrás celos de mi médico? —Volvió a reírse, como si todo aquello le pareciera muy gracioso—. Resulta que ahora eres tú el defensor del sanatorio de Battle Creek. Voy a un médico de fuera y te parece el fin del mundo. Venga, Will —dijo, y volvió a soltar una carcajada.



—¡Un médico de fuera! —replicó él—. ¡Es tan médico como yo!

Los ojos de Eleanor se endurecieron repentinamente, y la arruga que le era tan familiar apareció entre sus cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho el doctor Kellogg. *Tu* doctor Kellogg. El único y el más grande. Y también me ha contado en qué consiste el «tratamiento» de Spitzvogel, y es un escándalo. Creo que me debes una explicación, Eleanor. Mejor dicho, te exijo una explicación, ahora, en este preciso instante. No quiero más excusas, ni que te escondas tras esa estupidez de la «vida biológica». Ese hombre te manipula el útero, ¿verdad? ¿Es cierto?

Se había puesto pálida debajo del bronceado. Se sentía culpable, la habían descubierto, pero a pesar de todo no se acobardó ni bajó los ojos.

—Sí, es verdad. ¿Y qué? Es algo totalmente respetable y un tratamiento muy eficaz para un estado como el mío, y, además, no es lo único que me hace, ni mucho menos.

—¿Ah, no? ¿Qué más te manipula? ¿Las tetas? ¿El culo?

Le sorprendió la rapidez con que saltó de la cama, y retrocedió confundido para esquivarla. Eleanor iba en camión, uno nuevo, que Will no había visto antes, de amplio y provocativo escote, pero no tuvo la oportunidad de admirarlo. Le golpeó en la cara con la mano abierta, dos, tres veces, hasta que él la agarró de las muñecas.

—¡Suéltame, hijo de... suéltame! —chilló debatiéndose en sus brazos. Will sintió que el codo de Eleanor se le clavaba en un costado como un cuchillo y entonces se soltó—. ¡Vete! —le gritó. Will oyó movimiento en el pasillo.

—No me iré —jadeó Will; la rabia se había apoderado de él y era incapaz de dominarse. La habría abofeteado, la habría atado, le habría gustado hacerle daño—. No dejaré que sigas con esto. Se acabaron los curanderos, se han acabado los Kellogg, Spitzvogel, Badger y gente por el estilo. Te vienes a casa conmigo.

Eleanor estaba hecha una furia, sus ojos brillaban de rabia y le rechinaban los dientes.

—¡Ja! —exclamó con un tono de voz rayano en la histeria—. ¿Crees que soy tuya? ¿Crees que eres mi amo y señor? ¿Crees que estamos en la Edad Media?

En aquel momento no le parecía guapa ni tierna, aquélla no era su mujer. Los ojos se le salían de las órbitas, estaba agazapada como si fuera un luchador, dando vueltas alrededor de Will, llena de rabia. La poseía un instinto asesino. Will pensó que su amor por ella se había acabado.

—Dejaremos que sea la justicia quien lo decida —dijo.

—¿La justicia? —chilló Eleanor.

Llamaron a la puerta y se oyeron voces en el pasillo.

—¿Está ahí, señora Lightbody? ¿Le ocurre algo?

—¡Amenazarme con la justicia! ¡Calzonazos...! ¡Vete! —chilló—. ¡Vete o llamo a los ordenanzas!

—No, no pienso irme. A menos que vengas conmigo. Ahora. Esta noche.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Señora Lightbody?

Ella le miró tranquilamente durante un momento y de repente perdió el dominio de sí misma y su voz se elevó con un chillido:

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro, socorro, socorro!

Bajo tales circunstancias, ¿quién podía culpar a un hombre por intentar buscar consuelo en otra parte?

Will aceptó la invitación de la enfermera Graves para dar un paseo en barca el Día de los Caídos por la tarde sin pensárselo dos veces. No quería saber nada más de enemas y mantequilla de nueces; de chiflados y matasanos; de la tiranía del cuchillo, el tenedor y la cuchara; de Eleanor. Por él, como si quería poner hasta el último pliegue de su anatomía en manos de toda la profesión médica alemana. Y para demostrárselo a sí mismo se había ido a la estación de la Michigan Central para sacar un billete a Nueva York: un solo billete, de ida.

Mientras estaba frente a la taquilla, cerró los ojos y se imaginó la casa familiar en Parsonage Lane, con sus habitaciones, pasillos y muebles, el sofá de piel de potro del salón trasero, que se amoldaba perfectamente a su espalda, la cama con dosel del dormitorio principal, con cortinas para poder aislarse del mundo, sus librerías y la lámpara de lectura, y la forma en que el vestíbulo principal recogía la luz matinal y se la quedaba como un regalo, pero no vio a Eleanor por ningún lugar. Vio a Dick, el terrier de pelo duro, y a la señora Dunphy, el ama de llaves, vio al jardinero y al repartidor de Offenbacher's... y ¿a quién más? ¿A quién más veía? A la enfermera Graves. Irene. En la cocina, mirando las rosas, en la despensa, el salón, el baño —*oh, el baño*—. Se le ocurrió un plan, un plan espontáneo y perfectamente elaborado. Se divorciaría, eso era lo que iba a hacer, e Irene treparía con él hasta el lecho conyugal, suave donde Eleanor era dura, dulce donde Eleanor era amarga, y él la tomaría entre sus brazos, y ya no habría ni Cinturón Heidelberg, ni régimen, y ninguna teoría ni ninguna razón tendrían nada que ver con lo que vendría después...

Aquella visión se quedó en su interior, acosándole e inspirándole, y el resto de la semana se lo pasó como flotando en una nube. Sólo veía a Eleanor en las comidas, y le era totalmente indiferente. Era un sentimiento mutuo, porque ella ni le miraba y, por supuesto, tampoco le dirigía la palabra. Había dejado de ayunar y comía melocotones, manzanas, pulpa de pera, una cucharada o dos de sopa y pasta de huevo, como preparación para ir pasando progresivamente al pan y a los budines, y a las fibrosas y voluminosas pero purgantes verduras. Will la observaba comer con el distanciamiento de un científico, con total indiferencia, le daba igual que comiera o se muriera de hambre, y la escuchaba hablar con Badger, Hart-Jones y los demás como habría escuchado un idioma que no hubiera podido identificar. Al tercer día después

de su pelea Eleanor volvió a su antigua mesa y se llevó a Badger con ella.

Pero el problema no era Eleanor, Eleanor no le preocupaba: le preocupaba Irene. Irene, la de la voz acariciadora y las manos suaves, la campesina, la enfermera, el ángel: *Irene*. Ella no podía aceptar regalos —no, iba contra las normas— pero las flores eran diferentes. Eran como pedacitos de sol, solía decir poniendo los ojos en blanco, eran un regalo de Dios. Ella no podía rechazar las flores. Y así, todas las mañanas de aquella semana, Will fue paseando hasta una granja avícola al final de la avenida Washington, enfrentándose a la fiebre del heno, a los mosquitos, al hedor de las gallinas y al sol que le quemaba la nuca, sólo para comprarle un ramito. Lilas, malvas, miosotis y cincoenramas; dejaba que las escogiera la mujer del granjero, cada día distintas, y cuando aparecía Irene para llevarle a su sesión de vibroterapia de las once, las flores la esperaban en un jarrón en la mesilla de noche. Will no le dijo nada del billete de tren que tenía en la cartera, ni tampoco que pensaba dejar a Eleanor y que necesitaba una enfermera, una amiga, una compañera, una amante, un alma gemela que le acompañase a Nueva York, se quedase con él y se convirtiese en su esposa. No le había dicho nada todavía. Sólo le sonreía y la halagaba, diciéndole que era más hermosa que cualquier ramo, y ella se miraba las manos y se ruborizaba. No, pensaba guardarse los discursos para el domingo, en la barca, mientras navegaran meciéndose sobre las profundidades del lago Goguac, con la brisa primaveral agitando sus orillas y los cisnes nadando cómplices a su lado; allí no habría ningún sitio adonde ir, ni ninguna cita a la que acudir, ni ningún régimen que seguir; allí no habría médicos ni ordenanzas, ni tampoco ojos vigilantes.

Por puro azar, el jueves descubrió que la condesa Tetranova y la señora de Solomon Teitelbaum también irían con ellos, igual que en la expedición navideña a casa de los Graves, y la noticia le hizo recoger velas, o, más bien, le quitó los remos de las manos. La noticia —Irene la dejó caer indiferente mientras le cambiaba las sábanas— le deprimió. Ya no había nada romántico en la excursión, todo había sido producto de su imaginación. Para Irene sólo era un asunto de caridad, un deber, una salida terapéutica más con una pandilla de enfermos y autointoxicados. Eso era todo. Herido, afligido, ofendido en lo más íntimo, Will rumió durante toda una tarde su disgusto y sus planes echados a perder. ¿Acaso ella no se había dado cuenta de sus sentimientos durante todo aquel tiempo? ¿Acaso estaba ciega? ¿Era timorata? ¿Sentía vergüenza?

Fuera lo que fuese, Will no estaba dispuesto a rendirse así como así. A la hora de comer ya había conseguido hablar con la señora Teitelbaum. La encontró en el Jardín de las Palmeras, tan pálida como un huevo pelado, leyendo una novela y luchando por relajarse en las garras de una silla fisiológica. Se permitió ciento veinte segundos de charla trivial, luego se lanzó a una discusión sobre la vida de los insectos en la región del lago Goguac. Estaban hablando sobre la señora Tindermarsh y su viril presencia en el escenario, en el papel del marido de *El almuerzo fatal*, cuando Will cambió de tema.

—Le picaron durante el ensayo, ¿sabe? —dijo.

—¿Picaron? —la señora Teitelbaum parecía confusa.

—¡Oh, sí! —le aseguró Will, moviendo la cabeza—, justo debajo de la oreja, se le ha hinchado tanto, que tal vez no pueda continuar ensayando. Uno de esos horribles mosquitos del lago Goguac, cabezas verdes, creo que los llaman. He oído que abundan en esta época del año, y forman unas nubes tan densas que apenas se puede ver el agua.

Con la condesa empleó la aproximación directa.

—Quiero estar solo con ella —dijo.

Estaban en el pasillo que había junto a la sauna de señoras, algún que otro paciente pasaba lánguidamente junto a ellos, y se oía el débil siseo del vapor de fondo. La condesa levantó una ceja. Sus ojos reflejaban la chispa del cotilleo: el domingo lo sabría todo el sanatorio. Pero ¿qué importancia tendría entonces? Ya se habría ido, y no volvería nunca. Nunca.

—¿Con su enfermera?

Él no quería hablar del tema, pero le dio un poco de carnaza obsequiándola con una mirada lasciva.

—Un hombre tiene ciertas necesidades —dijo.

Ella le miró con su cara blanca de muñeca de porcelana.

—Sobre todo si su mujer está enferma, claro. Así pues, usted se ha recuperado *de verdad*... —ronroneó, y posó su manita en el brazo de Will.

El instinto le decía que se marchara, pero no lo hizo. Era un amante ardoroso, un tenorio, un hombre de mundo. Le dedicó una sonrisa libidinosa.

—Sí, ya entiendo —le dijo ella, apretándole el brazo—. ¿Sabe una cosa? Acabo de recordar que le prometí a Amelia Hookstratten que la ayudaría a preparar su almuerzo. Tendría que hacer algo con mi cabeza, tengo una memoria fatal..., ¿no le parece, Will?

El día era perfecto, límpido y glorioso, sin nubes que filtraran el sol, cálido pero no opresivo. Hacía aire, y a Will le voló el sombrero de paja justo cuando salía por la puerta para subir al coche que Irene había dispuesto para ellos. Aquello representaba una pequeña molestia, pero no se puede tener todo, ¿verdad? El caso fue que uno de los botones del sanatorio se lo devolvió. Will se lo colocó firmemente con una mano, mientras con la otra ayudaba a Irene a subir al automóvil, un Züst italiano donado por uno de los mecenas del sanatorio pero que, por desgracia, estaba abierto a los elementos. Aquello fue una batalla. Will no quitó la mano de su sombrero en todo el camino hasta el lago, y la ansiedad que le producía aquel estado de alerta impidió que se sintiera a gusto y que iniciara la ingeniosa cháchara y creara el ambiente romántico que había previsto. En contraste, Irene, con un panamá de ala ancha decorado con flores artificiales y mariposas de seda, parecía perfectamente a gusto. A pesar de la

fuerza del viento, no se llevó la mano al sombrero ni una sola vez. Misterios de la condición femenina, pensó Will, a él le dolían los brazos de sujetar el sombrero tanto rato y en la misma postura. Tal vez, simplemente, lo llevara sujeto con horquillas.

La visión del lago le animó. Pasaron a través de los árboles y llegaron a una playa pública, donde había un tropel de gente sentada en mantas, merendando. Los niños correteaban a su alrededor con sano estrépito. El lago devolvía la luz del sol en ráfagas ondulantes y destellos incendiarios, y se estrellaba contra la orilla como si estuviera probando sus límites, y, a pesar del viento, había un buen número de barcas en la superficie. Will vio remos, barcas y media docena de velas, así como, a lo lejos, uno de los vaporcitos que transportaban turistas a Picnic Island y Jennings Landing. Se sentía animado. Excitado. Nada le hubiera apartado de aquellos remos.

Desgraciadamente, el viento había peinado los campos durante toda la mañana cargándose de polen, y aquello le desanimó un poco. Le picaban los lagrimales, estornudaba sin parar y veía un punto sobre el caballete de su nariz, entre los ojos, que le latía como si le hubieran pegado con una porra. También tenía dificultades para respirar —cierta contracción de la tráquea—, pero eran unos síntomas que le resultaban familiares, en primavera y otoño, desde la pubertad. ¿Y qué si tenía los pies planos, fiebre del heno y un estómago destrozado? ¿Habría detenido aquello a Roosevelt o a Peary? Aquélla era su mejor oportunidad y no estaba dispuesto a desperdiciarla por culpa de una nariz goteante y unos ojos escocidos. No olvidaba, por supuesto, el problema de la barca de remos; se había pasado más de la mitad de la noche despierto intentando recordar exactamente dónde se sentaba uno cuando remaba. ¿Era dando la espalda hacia delante o hacia atrás?

Aunque él titubeaba —otra vez el sombrero, ¡maldición!, aunque aquella vez por lo menos lo recuperó él—, Irene no pareció darse cuenta. Estaba muy serena, con una sonrisa de expectación en los labios, dispuesta a entregarse a aquel momento, espontánea y libremente, dispuesta a cualquier cosa. El lago Goguac hoy, y Peterskill mañana. ¡Qué mujer! ¡Qué joya de mujer! Pero parecía que le estaba diciendo algo mientras la ayudaba a bajar del coche e intentaba sujetarle torpemente la sombrilla sin soltar su sombrero. Tuvo que repetírselo, porque el viento les estaba jugando una mala pasada a los oídos de Will:

—¿Le importaría coger la cesta, señor Lightbody?

La cesta. Sí, por supuesto. Y también era muy práctica. No se podía merendar sin una cesta de mimbre repleta de golosinas del sanatorio: bocadillos de pasta de judías verdes, ensalada de endivias y galletas integrales, y, para regarlo todo, cumis espumoso y zumo de uva. ¡Pero qué vestido tan bonito, y qué bien le sentaba! Tenía que comentárselo. Un tejido realmente precioso.

El chófer, un hombre flacucho y antediluviano, de pelo blanco y con mostachos, manipulaba la cesta en el asiento delantero.

—Ya puedo yo —dijo Will, quitándosela en medio de sus protestas—, no hay ningún problema, de verdad, gracias.

Will se quedó meciendo la cesta, vigilando mientras Irene le daba instrucciones al chófer para que volviera a buscarles a las cinco y media y añadía, con un guiño para Will, que no quería que su querido paciente se perdiera la cena. Luego se marcharon camino del embarcadero, donde las barcas de alquiler se mecían y sacudían en los amarres como objetos vivientes. Las olas provocadas por el viento acarreaban espuma hasta la orilla. Era un momento precioso e íntimo, casi doméstico, y Will quiso cogerla del brazo, y hubiera sido lo más natural del mundo, pero se dio cuenta de que no tenía ningún brazo libre, en uno llevaba la cesta y con el otro se sujetaba el sombrero. Así que, a su pesar, tuvo que abandonar la idea.

El barquero insistió en que Will se metiera primero en la barca, para contrarrestar el peso de la señora, y Will, sin saber lo que hacía, se acuclilló al borde del embarcadero y puso un pie en la parte de atrás de la barca. En cuanto tocó el entablado, aquel trasto cabeceó, y sólo se volvió a equilibrar cuando plantó todo el peso y retiró el otro pie del embarcadero. Hubo un momento difícil, en equilibrio entre lo seco y lo húmedo, y cuando creyó que había conseguido mantener el equilibrio, notó que se iba hacia atrás y estiró ambos brazos como un equilibrista. Logró recuperar el equilibrio por un milagro, y cayó pesadamente contra el banco mientras las olas, de labios negros y horribles, golpeaban y se enredaban por debajo de él. Estaba sano y salvo, seco, y se había ahorrado la vergüenza de un chapuzón no planeado, pero por desgracia el sombrero de paja escogió aquel momento para separarse de su cabeza, navegó sobre las aguas agitadas como un disco y desapareció a más de cien metros. Casi no se dio cuenta. Sin sombrero, con el pelo azotado por la brisa, metiéndosele en los ojos, se agarró frenéticamente a los remos, intentando estabilizar la embarcación para Irene, y le habría salido bien si hubiera estado orientado en la dirección adecuada.

En cualquier caso, y siguiendo las instrucciones del barquero, logró dar la vuelta y quedarse mirando a Irene, que se colocó en el banco sin el más mínimo aspaviento. Sus rodillas prácticamente se tocaban, un arreglo que a Will le pareció satisfactorio, desde el punto de vista romántico y desde el náutico.

—¿Preparada? —dijo enseñándole todos los dientes. Luego, el hombre les empujó con una pértiga de bambú y ya estaban en el lago, remando.

Al principio las cosas no fueron demasiado bien, no eran en absoluto como Will se las había imaginado. Luchó con los remos, que parecían haber crecido absurdamente de longitud desde que la barca saliera del embarcadero, como enormes y recalcitrantes troncos que se perdían en las profundidades hasta que, de repente y sin previo aviso, emergían para duchar a la pobre enfermera Graves con espuma y trozos de algas. Y tampoco podía sincronizarlos, tiraba de uno y el otro se demoraba en la superficie, y cuando tiraba éste, entonces la barca giraba perversamente en sentido contrario, haciendo que se le escapase el primer remo. Estuvieron quince minutos navegando en círculo antes de que Will, con la ayuda y las instrucciones de Irene, empezara a aprender. Para entonces, el viento ya se los había llevado y la orilla

era un recuerdo lejano.

Pero Irene se lo tomaba muy bien, y él no podía fallarle. Parecía muy dispuesta, contenta, llena de una alegría interior que a Will le llenaba de esperanza. ¿Era tan feliz porque estaba con él? ¿Era por eso? Y, además, ella era muy paciente con él cada vez que se ponía a estornudar y tenía que dejar los remos para llevarse el pañuelo a la nariz.

—Parece muy contenta —dijo, con los remos por fin en reposo, mientras la barca avanzaba a la deriva, empujada por el viento—. Quiero decir, más contenta de lo habitual. No es que los otros días no parezca contenta, pero quiero decir que hoy, bueno... esto... —Y acabó encogiéndose de hombros—. Ya sabe a lo que me refiero.

Irene mantuvo la sonrisa largo rato. Su cara era un óvalo perfecto bajo el ala del sombrero, y tenía un mechón de pelo atrapado en la comisura de los labios.

—Sí —dijo ella por fin, en un susurro, seguido de un suspiro de satisfacción—. Es usted muy observador, señor Lightbody, o mejor, *Will*. Me parece absurdo ser tan ceremoniosa con usted. Usted es mi paciente, claro, y siempre lo será, pero también es mi amigo. Lo he notado ya hace tiempo, en mis labios usted será el señor Lightbody, pero en mi corazón —bajó la mirada— siempre será Will.

Will no pudo contenerse. Sus palabras le habían acelerado la sangre, y comprendió que ya no necesitaría ni el Cinturón Heidelberg, ni los estímulos de Eleanor, ni nada. La barca se hundió un poco bajo sus pies, otra vez en movimiento. Un par de gansos se deslizaron por la superficie dando agudos chillidos y levantando pequeñas olas en el agua.

—Es muy amable eso que ha dicho, Irene. Para mí es muy importante —dijo, notando cómo se le aceleraba el corazón. Aquél era el momento, el momento que tanto había estado esperando—. Es usted adorable, de verdad, ya sabe lo que siento por usted, lo que he sentido desde el principio...

Ella le cortó con un gesto. Sus rodillas se tocaban. El viento acariciaba el pelo de Irene. Los ojos le brillaban. Will recordó el día en que habían discutido sobre el doctor Kellogg y sus métodos, y su mirada de reverencia y entrega ante la mera mención del nombre de su jefe. Ahora tenía la misma cara, pero esta vez no era el doctor Kellogg quien la inspiraba, ¡oh, no! Pero ¿querría dejar el sanatorio? ¿Podría convencerla? No había pensado en eso, podía ser un verdadero obstáculo, y, sin embargo, sabía que podía conquistar su voluntad, sabía que...

Pero ¿qué estaba diciendo Irene?

—Quería que usted fuese el primero en saberlo.

Las olas golpearon la proa. Will notó que se le encogía el estómago.

—¿Saber qué?

Irene tardó un instante en contestarle, y por fin se lo dijo, en medio del sol y del viento, de aquel cielo glorioso que existía sólo para enmarcarla, para destacarla, para envolver su tierna belleza y la intensidad del momento:

—Me voy a casar.

—¿Casar? —La palabra estalló en sus labios como un eructo verbal, autónoma, apenas formada—. ¿Qué quiere decir? —preguntó estúpidamente.

Ella había levantado un dedo, el dedo anular de la mano izquierda, y Will vio el anillo, una cosa pequeñita con una piedra minúscula, tan pequeña que apenas se veía. Pero ¿cómo no se había fijado? ¿Cómo podía haberse engañado tanto? ¿Cómo había podido ser tan estúpido, tan ciego? De pronto, en un destello, lo vio todo claro, como si estuviera escrito para él: el novio de la niñez, el patán, el palurdo, los pollitos picoteando en el patio, los pechos de Irene pesados y llenos de leche, sus pies torpes, su figura echada a perder, su rostro arrugado, fruncido y con pliegues hasta parecer un charco de lodo desecado... ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

Irene curvó los labios en un ligero mohín.

—Se llama Tommy Reardon.

Will no podía hablar. Tommy Reardon. Pero ¿en qué había estado pensando? ¿Qué le pasaba? Ella se iba a casar. A *casar*. Y él ni siquiera lo había sospechado, nunca se había preguntado qué hacía ella fuera del sanatorio... ¡oh, qué desgracia, qué pérdida de tiempo!

Soplaba el viento y la barca se mecía. ¿Y yo?, hubiera querido gritar, ¿y Peterskill, mi padre, mi estómago y Dick, el terrier de pelo duro? Irene era cruel, eso estaba claro, una irresponsable que había estado jugando con él desde el principio. La miró con amargura. Además, ¿qué se había creído? No era más que una campesina ignorante, demasiado ancha de caderas y con demasiado pecho, una mujer que reverenciaba al charlatán que había arruinado su vida. Aquello la retrataba. Era una fanática, una comedora de salvado, una enfermera. Pero él la había amado, sí..., ¡cómo la había amado! El dolor y la amargura se unían en su interior. Se cubrió la cara con un pañuelo.

—¿Will? —dijo ella amablemente, y a él no le gustó nada oír su nombre pronunciado por ella. ¿Por qué no le llamaba señor Lightbody? Él era un cliente de pago, ¿no?—. ¿Will? ¿No va a felicitarme?

La pregunta pareció revolotear en torno a él, enorme e hinchada como un globo inmenso, pero no contestó. De pronto pensó en Eleanor, Eleanor con aquel curandero, con Badger y Virginia Cranehill y el resto, bautizada en el nudismo, el amor libre y el éxtasis vegetariano, y una especie de pánico se apoderó de él mientras el fuego volvía a la vida rugiendo en lo más profundo de sus intestinos. En aquel momento, aquel momento abismal, aquella sima depresiva y desesperanzada que le escocía en los ojos y le lanzaba a merced de las olas, en aquel momento, comprendió que amaba a Eleanor más que a nada en el mundo. A Eleanor, sólo a Eleanor.



---

## 8. EL ALMUERZO FATAL

Era una sensación muy extraña estar sentado en un salón a oscuras a las once y media de la mañana, contemplando a una pandilla de matronas que deambulaban por un escenario lanzando consignas sobre alimentos dietéticos. Terriblemente extraño e incómodo. Para Charlie Ossining, era una especie de tortura semejante a que le aplicaran hierros candentes en las plantas de los pies. Por lo menos, podrían haber incluido en el reparto a alguien medianamente atractivo. O de menos de sesenta años. ¿Dónde estaba Eleanor cuando la necesitaban? No le hubiera importado verla allí, bajo los focos, paseando afectadamente por el escenario y declamando su papel sobre la carne putrefacta y el demonio del alcohol con absoluta convicción. Aquellas mujeres eran simples aficionadas, y, además, no resultaban agradables a la vista.

Pero allí estaba, en el gran salón de actos del sanatorio, en campo enemigo, sufriendo, y todo por complacer a la señora Hookstratten. Estaba sentada a su lado, con los ojos brillantes, tan absorta como si estuviera viendo a Sarah Bernhardt y a David Warfield. Había invitado a Charlie a asistir a las festividades del día, que empezaban con la obra de teatro, a la que seguiría un almuerzo privado y luego el resto del programa de fiestas del sanatorio: orquesta, cena fría, fuegos artificiales y más cosas que desconocía. La invitación había sido una especie de atraco. Había insistido, había exigido, había requerido su presencia. Y Charlie no había osado poner ningún reparo, porque ella le había ofrecido un estímulo mucho más llevadero que el mero deber: dinero. Contante y sonante. Los medios para salvar el pellejo y volver a situar en el camino de la prosperidad financiera, del primer millón y de muchas más cosas. Todavía podía ser un magnate. ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡De verdad!

Lo que había ocurrido era lo siguiente: la señora Hookstratten había doblado su inversión. Y ¿por qué? Porque creía en él, porque era su niño, y porque él había utilizado todos sus poderes de persuasión, hablándole hasta quedarse con la laringe dolorida y sin saliva. *Es una inversión inteligente, muy sólida*, le aseguró el día después de la excursión a la fábrica espuria, *ya sé que es una de nuestras mayores accionistas, pero el hecho es que necesitamos capital para abrirnos camino*. Le había dado cifras, inventadas pero verosímiles, y le había explicado que los gigantes, Kellogg y Post, les estaban ahogando. Ella se había mostrado solidaria y más tranquila después de la visita a la fábrica, pero seguía conteniéndose, precavida y vacilante, y no se comprometió de manera firme. Charlie empezó a perseguirla. Si antes de la visita a la fábrica se había mostrado esquivo, ahora estaba siempre a su lado. Desayunaban, comían y cenaban juntos, la llevaba de excursión al campo y a pasear por el parque, sin parar de suplicarle. Y, por fin, había accedido: aquel día, a la

hora del almuerzo, le entregaría un cheque adicional por valor de siete mil quinientos dólares.

¡Siete mil quinientos dólares! La cantidad le estremecía, le hacía fluir la sangre a gran velocidad. Charlie no había tenido el valor de pronunciar una cifra, pero cuando llegó la hora de la verdad, sintió que sus labios se movían. *¿Cuánto necesitas?*, le preguntó. *Siete mil quinientos dólares*, había contestado sin dudarle; era una suma elevada, pero no imposible; rezaba por conseguir la mitad y estaba dispuesto a regatear si se terciaba: Bender le había enseñado muy bien. Por supuesto, tendría que abandonar el nombre Per-Fo, y la fábrica de verdad sería mucho más pequeña que la de ficción, pero eso ya se lo explicaría más adelante. Mucho más adelante.

Pero de momento era un invitado más del sanatorio. Le habían crecido las patillas, llevaba raya en medio y unos anteojos —que no necesitaba— con unos cristales tan claros como la luz del día, y confiaba, dentro de lo razonable, en que el pequeño tirano que dirigía el lugar no le reconociera. Sin embargo, mientras observaba a la vieja señora de anchas espaldas y bigotes pintados agonizando a causa del almuerzo fatal que daba título a la obra —ostras y vino espumoso, precisamente—, no podía evitar echar algún que otro vistazo por encima del hombro.

Y si él se sentía un tanto incómodo, la señora Hookstratten tampoco estaba a gusto. Parecía extrañamente distante, como si hubiera un muro entre ellos, y en los pocos momentos cómicos de la obra, cuando se reía, parecía como si la risa se le agarrotara en la garganta. Además, cuando le había saludado por la mañana, su sonrisa era vacilante, y había algo en su forma de comportarse, de mirarle, que no le gustó. ¿Sospechaba algo? ¿Habría pasado por alguna desgraciada casualidad junto a la fábrica y habría descubierto la verdad? ¿Habría hablado con alguien? Podía ser culpa de George Kellogg —había estado a punto de echarlo todo a perder aquella noche bajo la lluvia, borracho como una cuba y apestando, pidiendo limosna y haciendo comentarios malintencionados bajo el paraguas—, pero Charlie se lo había explicado todo con pelos y señales. (Aquel tipo les había engañado, eso era todo, embaucado, les había liado con su apellido y la filantrópica misión a la que estaba dedicado su padre, hasta que descubrieron su debilidad por el alcohol. Bueno, él y sus socios habían discutido el asunto y decidido que no podían consentir aquella conducta, y por eso habían decidido eliminar el nombre de Kellogg. De ahora en adelante se llamaría «Per-Fo», así de fácil. ¿No le parecía mejor también a ella? Después de todo, los consumidores dependerían de ellos para comer de una forma racional, y tenían que dar ejemplo; por lo tanto, era triste reconocerlo, pero no había lugar para borrachines en sus filas. La honestidad era la mejor política, ¿no estaba de acuerdo?).

Sin embargo, algo fallaba. Lo notaba en el aire, como habría notado una caída en el barómetro antes de una tormenta con aparato eléctrico. Lo sentía mientras la mujer fornida con los bigotes pintados caía desplomada sobre el plato, por culpa de las ostras y el vino, lo sentía mientras el público mostraba su aprobación con aplausos,

los actores saludaban y se acercaba la hora del refrigerio de la señora Hookstratten. La mujer de anchas espaldas bajó del escenario y él la felicitó aturdido, con los ojos fijos en su benefactora, intentando averiguar qué le pasaba, desentrañar aquel misterio, descifrarlo: ¿qué ocurría?

Nada, se dijo, nada en absoluto. Tenía que controlarse. Estaba ansioso por culpa del cheque, nada más. La señora Hookstratten no sería capaz de hacerle daño, no importaba lo que supiera o lo que él hubiera hecho. Él era su proyecto, su gran experimento, lo sentía más hijo suyo que a su auténtico hijo. No le habría invitado si hubiera sospechado algo, no le hubiera ofrecido el cheque si hubiera cambiado algo entre ellos. ¿O sí?

Salieron al pasillo con paso glacial, los hombres, rígidos como cadáveres, las mujeres revoloteando y cacareando como las gallinas viejas que eran. Por si Charlie no se sentía ya bastante incómodo, para acabarlo de arreglar todos los presentes eran por lo menos veinte años más viejos que él. Sin embargo, estrechó sus manos con gesto simpático, intentando por todos los medios parecer uno más y tratando de conquistar a la gente como habría hecho Bender. Nunca se sabía. Le importaba un pito el sanatorio y todo lo referente a él, pero todos los presentes eran unos maniáticos de la comida, del primero al último, y si aquél no era el público natural de Per-Fo (o comoquiera que fuera a llamarse), no sabía cuál podría ser. Y tenían dinero. Dinero para invertir.

Se encontró hablando de cereales mientras avanzaba por el pasillo y entraba en el vestíbulo con aquel grupo repentinamente sociable, mientras todos sus vagos temores se disolvían en la creciente conciencia de lo que aquellos contactos podrían reportarle. Y entonces lo comprendió todo: la tía Hookstratten había preparado aquel pequeño refrigerio para él, claro, y si parecía algo tensa era porque estaba ansiosa de que causara buena impresión. Charlie sintió una oleada de afecto hacia ella. ¿Dónde estaba? Allí, a la cabeza del grupo, con la condesa a la que le había presentado antes, acompañando a sus invitados al Jardín de las Palmeras, donde se iba a celebrar el almuerzo bajo la claraboya. Era muy buena con él, y se prometió a sí mismo que algún día la resarciría por todo aquello.

La gente se agolpaba en la entrada del invernadero, la mayoría se dirigían a los ascensores para almorzar en el piso superior, y unos cuantos elegidos avanzaban entre helechos y enredaderas para sentarse a la larga mesa con mantel de hilo que podía verse desde la entrada. Charlie se demoró un momento mientras se despedía de unos y charlaba amistosamente con otros, sin prisas, en un ambiente general pausado y ocioso. Mientras le estrechaba la sebosa mano a un anciano señor de Mississippi —«Lo mío es el algodón, jovencito; ¿usted qué hace?»—, vio a Eleanor Lightbody. Estaba al pie de la escalinata principal, con un vestido de muselina blanca y un enorme sombrero de paja adornado con flores artificiales. A su lado había otra mujer,

vestida de forma similar, con una cesta de mimbre entre los brazos y unos prismáticos colgándole del cuello. No se movían; estaban apoyadas en el pasamanos con la mirada sobre el gentío, como si esperaran a alguien. Charlie se excusó y se abrió camino hacia ellas.

—Eleanor —dijo acercándose y cogiéndola de la mano, sin quitarse de la cabeza lo del hombre anuncio y la humillación de haberse pateado las calles bajo la lluvia, como un buhonero ambulante proscrito de un plumazo.

—¡Ah! —suspiró Eleanor bajando los ojos, como si la hubiera interrumpido en un momento íntimo—. ¡Hola! —Parecía confundida, despojada por un momento de aquel aplomo que excitaba e irritaba a Charlie al mismo tiempo.

De repente se sintió incómodo, ¿no iría a desairarle? Retiró la mano y la ocultó en la espalda.

—He venido a ver a la señora Hookstratten, a la tía Amelia, y se me ha ocurrido acercarme a saludarla...

—Ah, sí, claro, el almuerzo...

—¿Lo sabía? —Charlie estaba sorprendido.

Los ojos de Eleanor eran fríos, translúcidos, vítreos.

—Pues claro... me hubiera gustado asistir, pero tengo otro compromiso. Virginia y yo vamos a observar a los pájaros... ¿Conoce a Virginia?

La compañera de Eleanor le tendió la mano y Charlie se la estrechó. Aparentaba unos cuarenta años, tenía la piel cetrina, unos pechos inmensos y unas caderas que parecían a punto de cortar como guadañas las costuras del vestido.

—Virginia Cranehill —dijo Eleanor—, Charlie Ossining.

—¿El dueño de Per-Fo? —dijo Virginia con una sonrisa maliciosa. Eleanor dirigió una significativa mirada a su amiga—. Es un placer.

—Lo mismo digo —replicó Charlie, preguntándose qué se llevarían entre manos. ¿Por qué le conocía aquella mujer? ¿Se lo habría contado Eleanor? ¿La señora Hookstratten? ¿Qué sería lo que dirían de él? Nada bueno, a juzgar por su sonrisa maliciosa. Después de todos aquellos meses, Eleanor se seguía riendo de él. Sintió una oleada de resentimiento. ¿Quién se creía que era para considerarse tan superior? ¿Qué había hecho, aparte de casarse con un hombre rico? Ya le enseñaría, ya les enseñaría a todos.

—Amelia me ha dicho que su nueva fábrica es una maravilla —dijo Eleanor. Los ojos le brillaban con la sorna de siempre—, muy moderna y eficaz. Estará contento de haber llegado tan lejos y tan rápidamente.

Su tono no dejaba lugar a dudas y le dejó helado. ¿Cuánto sabía? ¿Cuánto sabían los demás? El sentimiento de malestar que le había acompañado durante toda la mañana se hizo aún más fuerte. Allí pasaba algo, algo terrible.

Miró a su alrededor, vio los adornos dorados que había por doquier, y aquellos hombres y mujeres vestidos con ropa cara y hablando con acento refinado y de pronto se sintió furioso. Eleanor era uno de ellos, y para ella, él no era nada, sólo un juguete,

una diversión. No había habido nada romántico en aquella comida navideña, ninguna intimidad. Ella era millonaria y aquel día se aburría, su marido estaba enfermo y medio sanatorio se había marchado de vacaciones, por eso se había agarrado a él, como podría haberse agarrado a un perrito faldero o a una novela barata. Él no valía nada, nada en absoluto.

—Está más delgada —observó, devolviéndole la ironía—. ¿No le gusta la comida del sanatorio?

No había ni un destello de humor en aquellos ojos gélidos. Charlie miró hacia la entrada del Jardín de las Palmeras. Ya no había tanta gente.

—He ayunado —dijo ella por fin—. Es lo más moderno en curas, pero hoy ya empezaremos a comer, ¿verdad, Virginia?

Virginia dio unos golpecitos a la cesta y emitió una carcajada nasal.

Charlie apenas si la miró. Mantuvo los ojos fijos en Eleanor.

—Y su piel... —dijo—. ¿Toma baños de sol?

Parecía que había puesto el dedo en la llaga. Eleanor se llevó la mano a la garganta en un gesto instintivo, y Charlie se dio cuenta de que el color de la mano contrastaba enormemente con el cuello blanco del vestido. Estaba muy morena, morena como una gitana.

—Sí, claro —dijo, y entre sus ojos surgió una arruga de irritación—. Los rayos del sol son algo natural y saludable, deberíamos tomarlos cada vez que tuviéramos ocasión, y llevar ropa blanca, como hace el doctor Kellogg, permite que esos rayos saludables penetren por todas partes y lleguen a los lugares de nuestro cuerpo que jamás ven la luz del día. Es una verdad científica de lo más elemental, señor Ossining —todo volvía a ser muy formal entre ellos, volvían a ser casi desconocidos—, es algo que usted debería saber.

Le hubiera gustado contestar con alguna frase hiriente, decir algo a propósito de las lavanderas y las vendimiadoras, y de lo mucho que disfrutaban tomando el sol, pero no tuvo la oportunidad. En aquel momento, tambaleándose, insolente y llamativo, cayó sobre ellos el compañero de Eleanor en aquella tarde lluviosa de abril, el de la cabeza afechinada y la voz áspera y espasmódica.

—Eleanor, Virginia —chirrió. Les dio la mano por turnos e ignoró por completo a Charlie—. ¿Están preparadas?

Lo estaban. Se dispusieron a salir, unos pasitos, un movimiento de hombros, un alisarse el vestido, un toque al sombrero, mujeres a punto de ponerse en marcha.

—Están encantadoras —gruñó el cabezón, dándole la espalda a Charlie y tendiendo un brazo para llevárselas fuera—, perfectamente encantadoras. Las dos.

Charlie sintió que algo emergía de su interior. No iba a consentir que le trataran de aquella manera, que le despreciaran. Era el presidente del consejo de administración de Per-Fo, daba igual que todavía no existiera, y estaba destinado a hacer grandes cosas.

—Me alegro de haberla visto, *Eleanor* —dijo poniendo todo el veneno que pudo

en sus palabras.

El grupito se detuvo, atento, volviéndose hacia él. El cabezón —¿se llamaba Badger?— le miraba como si hubiera visto un montículo de tierra levantarse ante sus ojos, tomar forma humana y empezar a hablar. Virginia Cranehill bajó la barbilla con un gesto defensivo. Eleanor endureció la expresión de su cara. Miró a su alrededor y luego, sin previo aviso, se inclinó hacia Charlie, le cogió del codo con fuerza y le llevó aparte.

—Sé lo de los mil dólares —siseó, y su aliento cálido rozó la cara de Charlie—. Se aprovechó de mi marido cuando estaba más débil, de un pobre hombre enfermo que luchaba por su vida...

—Fue una inversión legal.

—¿En qué? —Tenía la cara tan cerca como si se estuvieran abrazando. Un empleado del sanatorio, vestido de blanco, observaba la escena cruzado de brazos, al otro lado de la habitación—. ¿En una empresa imaginaria? ¿En una farsa, un fraude, una ilusión? ¿En el Fondo de Pensiones de Charles P. Ossining? ¿Dónde está ahora esa «inversión»? —Temblaba. Sus ojos se clavaban en él. Le apretó el brazo con más fuerza y luego lo soltó, como si fuera algo que hubiera recogido del suelo—. Mire, hay leyes para darle su merecido a la gente como usted.

Hubiera querido explicárselo, razonar con ella, engañarla, convencerla —Charlie quería gustarle contra todo pronóstico, que le admirase—, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde, y aquello le asustó. Si ella lo sabía todo, ¿qué había de los demás? ¿Y de la señora Hookstratten?

Notó que alguien le tocaba el brazo, y allí estaba su benefactora, atenta, con los pies muy juntos.

—Charles —dijo—, Charles, querido —y su voz pareció temblar mientras intercambiaba una mirada con Eleanor—, vamos dentro... todo el mundo está esperando.

Charlie se volvió para acompañarla, pero Eleanor todavía no había acabado.

—Ah, Charlie —dijo, cogiéndose del brazo de Badger y mirándole con acritud por encima del hombro—, si no le vuelvo a ver, que disfrute del almuerzo.

Había una veintena de invitados, una rutilante colección de patillas acicaladas, pelo engominado, sombreros, seda, pendientes de brillantes y áureos relojes de bolsillo. Ya estaban todos sentados, se escuchaba un apagado murmullo de educadas conversaciones y algunos empezaban a picotear el apio, los biscotes y las galletas de salvado que había ante ellos. Cuando apareció la señora Hookstratten con Charlie, levantaron la mirada todos a una de sus cuchillos para la mantequilla y de los tallos de apio, como un festín de ojos agudos y penetrantes. Charlie lanzó una rápida ojeada a todos los comensales, murmuró unas disculpas, y se sentó en la silla que había a la derecha de la señora Hookstratten, el lugar presidencial. Un par de camareras del

sanatorio con cofias azules y faldas almidonadas iban de un extremo a otro de la mesa sirviendo zumo de frutas y agua del manantial del sanatorio. Había helechos por todas partes, plantas trepadoras, flores, hojas de palmera, como si la selva se hubiera trasladado a Michigan. Charlie sonrió nervioso al hombre que tenía enfrente y tímidamente se quitó la pelusa de las solapas de su humilde pero servicial traje de sarga azul.

Luego se hicieron las presentaciones. El hombre que estaba a la derecha de Charlie era un juez de Detroit, y a su lado estaba la señora Tindermarsh, la actriz aficionada, liberada ya de su bigote pintado y del maquillaje. Justo enfrente de él estaba el señor Philpott, el comisario jefe de Baltimore, y la señora Philpott, una mujer pequeñita y ajada, con el cutis como papel de periódico viejo y una elástica y exagerada sonrisa. A su izquierda había un hombre corpulento y rubicundo de orejas muy pegadas, con un nombre que Charlie no pescó —era miembro de la Asociación de Instituciones Correccionales de Michigan—, y un poco más allá, que era hasta donde podían llegar las presentaciones, estaba la diminuta condesa, cubierta de joyas y discutiendo sobre el tema de los movimientos intestinales.

Charlie dedicó a cada uno de ellos una sonrisa franca y contestó a la inevitable pregunta de si se dedicaba al negocio de los cereales. Pero ¿por qué tenían aquel brillo sus miradas cuando hablaban con él? ¿Por qué había en la mesa tantos hombres relacionados con la ley? ¿Era casualidad? ¿O allí estaba pasando algo sombrío, desagradable y definitivo? Pero no. Estaba tenso, nada más. Eran gente decente, chiflados por la comida de régimen, de estómagos nerviosos e intestinos atascados, y que por pura coincidencia trabajaban en la policía. Lo único que tenía que hacer era impedir que invirtiesen en su empresa. De hecho, ya había tomado buena nota de ello.

Las camareras habían empezado a servir la sopa, y Charlie estaba enzarzado en una conversación con los Philpott sobre las cualidades de los distintos cereales. De pronto, levantó la mirada y vio sentado a la mesa a un individuo que le resultaba muy familiar, un tipo delgaducho, muy elegante, ligeramente bizco, con un mechón de pelo rebelde cayéndole sobre la frente: era Will Lightbody en persona. Le sobresaltó verle después del encuentro con su mujer, ¿cómo no le había visto antes? Charlie le dedicó una mirada parpadeante. ¿Le exigiría que le devolviese su dinero? Pero Will no dio señales de haberle reconocido. Parecía sombrío, preocupado, como un barco a la deriva. El primer pensamiento de Charlie fue evitarle cuando se acabase el almuerzo, pero comprendió que era imposible. Seguro que la señora Hookstratten le había invitado precisamente por su relación en Peterskill. Charlie tenía que poner la mejor cara que pudiese.

Estaban con los entrantes —el cartón hervido de siempre y verduras pastosas— cuando Charlie tuvo una segunda sorpresa. En realidad, un trauma de primera magnitud. Frente a Will Lightbody, en el rincón más alejado de la mesa y hasta aquel momento oculto por las rumiantes cabezas y las atareadas manos de los invitados que había en medio, estaba la erguida e inconfundible figura de Bartholomew

Bookbinder. *Bookbinder*. ¿Qué demonios hacía allí? La respuesta, demasiado horrible para pronunciarla, se extendió como una toxina por sus venas, y se volvió hacia la señora Hookstratten asustado y estupefacto.

—Tía... —suplicó—. Tía... —Pero ella apartó la mirada, y Charlie vio que le temblaba el labio. Tenía que salir de allí, tenía que salir enseguida...

Era demasiado tarde.

En aquel momento, mientras los invitados engullían pensativos las últimas porciones de lo que les habían servido, fuera lo que fuese, y las camareras de las cofias azules ponían los platos de postre, el generalito de blanco en persona, el empresario, el jefe, el señor del castillo, irrumpió por la puerta desde el pasillo, acompañado de seis ordenanzas también de blanco y de un hombre con cara de sabueso y los hombros caídos, con una insignia en la camisa y una porra colgando casualmente de su mano derecha: no cabía la menor duda de quién era. Charlie se quedó helado. Había otras dos salidas —una llevaba al gimnasio de hombres y otra al de mujeres— y los ordenanzas se apresuraron a cubrirlas. Paralizado, mirando la mesa porque no se atrevía a levantar la vista, Charlie se quedó inmóvil, encogido, como un hombre al que golpean con un palo. En aquel momento se vio bajando del tren, lleno de sus patéticas e ingenuas esperanzas y sueños, se vio en el sótano de Bookbinder, recorriendo las calles como hombre anuncio y brindando con Bender y su Otard Dupuy en su elegante suite del Post Tavern. *Y todo para acabar así*, pensó. *Todo para acabar así*.

—Buenas tardes, amigos míos —rugió el doctor, frotándose las manos como un trabajador dispuesto a coger sus herramientas, avanzando a lo largo de la mesa hasta llegar al extremo, para girar sobre sus talones y volverse a mirarlos a todos de nuevo—. Espero que lo estén pasando muy bien y les apremio a que disfruten de las actividades que hemos preparado para lo que queda del día, que incluyen los coros y los fuegos artificiales de esta noche. Por último, quiero darles las gracias por haber asistido a este pequeño refrigerio. Yo le pedí a la señora Hookstratten que lo organizase, espero que lo encuentren instructivo, así como satisfactorio para el paladar. Ah, sí, quiero agradecer en especial a la señora Hookstratten el haber participado. Sé que ha sido muy difícil para ella, considerando lo que revelaré en breve...

Hubo una ovación para la señora Hookstratten, pero ella casi no se dio cuenta. Se mordió el labio y apretó las manos. Evitaba mirar a Charlie.

Por su parte, Charlie miraba tan fijamente su plato que hubiera podido recordar de memoria cada una de sus rayas y sus concavidades. No movió ni un músculo. No podía. Le inmovilizaba el olor de aquel lugar, rancio y tropical, el olor de la putrefacción, de la descomposición, de la fatalidad, de la traición y de la muerte de la esperanza. Aquello le atascaba de tal forma las fosas nasales que ya no podía oler nada más. Reprimió un sollozo. Apenas podía respirar.

El doctor se volvió como un torbellino, hizo una pirueta, bailó sobre la punta de



los pies... Sin duda estaba disfrutando del espectáculo. Se detuvo frente a Charlie, enmarcando los pesados hombros y la cabeza de un hombre que asentía juiciosamente, Philpott, el jefe de policía de Baltimore, y unió las manos por las puntas de los dedos.

—Entre nosotros se encuentra un impostor y criminal de la peor especie, un hombre tan infame y sin escrúpulos que yo he robado tiempo a mi apretada agenda y he preparado este encuentro para tenderle una trampa y dejarle en evidencia, pero también para prevenirles contra él y los de su especie. —Se detuvo, sin apartar la vista de Charlie—. Este hombre ha violado todos los principios de la decencia humana, ha sido capaz de defraudar a su protectora, a la mujer, Amelia Hookstratten, que le sacó de la pobreza, le vistió, le educó y le ayudó a empezar una nueva vida... un hombre al que no le ha importado robar con falsos pretextos al señor Lightbody, un paciente modélico y hombre ejemplar, y eso después de debilitar su voluntad con alcohol, introducido clandestinamente en esta institución, contraviniendo todo lo que nosotros consideramos más sagrado. Un hombre que, sin el menor atisbo de conciencia moral, ha estafado a una legión de honrados comerciantes de todo el condado, hasta apropiarse de la asombrosa cifra de treinta y cinco mil dólares, robada a los ciudadanos más dignos de esta decente y esperanzada ciudad, nuestra Battle Creek, y, lo que es aún peor, ha traicionado la confianza del público en nuestra desinteresada misión para salvar los estómagos de los norteamericanos y garantizar a cada uno de nosotros el pleno disfrute de la vida y de la longevidad que nos corresponde, y si eso no es un crimen, no sé qué podría serlo. —El doctor se detuvo, moviendo la cabeza sobre su cuello con su carga de pesar, ira, congoja y reprobación—. Quiero decirles una cosa, señoras y señores, esto es cinismo del peor calibre, es negativo y criminal; sin exagerar, diría que es el peor peligro al que se enfrentan los Estados Unidos hoy día.

Charlie estaba como muerto, aturdido, con todos sus receptores del sentido y el dolor paralizados en el umbral de lo soportable. Agachó la cabeza. Se encogió. Rezó para que se acabase todo aquello, anheló el chasquido de las esposas y el estrépito metálico de la puerta de hierro.

—Per-Fo —añadió el doctor, y aquel nombre otrora tan anhelado, un nombre que había hecho enorgullecerse a Charlie, se había convertido en el peor de los insultos en labios de su acusador—. *Kellogg's Per-Fo*. ¿Han oído hablar de esa empresa? No. Bueno, eso está bien. Es una suerte. Seguro que la señora Hookstratten, el señor Lightbody y nuestro Bartholomew Bookbinder no pueden decir lo mismo. Igual me ocurre a mí. Sí, incluso a mí. Por este individuo vicioso y venal. Y ahora pronunciaré su nombre y seré el primero en levantar un dedo acusador, el señor Charles P. Ossining, sentado aquí ante ustedes en toda su desgracia. Este hombre intentó envolverme en su telaraña de mentiras, utilizando sin ningún pudor el nombre de uno de mis desafortunados hijos para chantajearme y obligarme a «invertir» en su inexistente empresa de cereales. Yo lo calificaría de ultrajante, señoras y caballeros.

Es malsano, retorcido y perverso.

De la mesa se levantó un murmullo reprensivo e incriminador. La señora Hookstratten sollozó enterrando la nariz en su servilleta.

—Tía —susurró Charlie, suplicando, contra toda esperanza—, ayúdeme, por favor, yo no... Lo siento, lo siento...

Ella alzó la cara para mirarle, y Charlie apenas la reconoció. Tenía los ojos húmedos, la nariz colorada, su rostro era un pozo de vejez y tristeza; había envejecido en un instante.

—La fábrica... —Sollozó. Toda la mesa estaba pendiente de ellos—. Tus cartas... ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Qué he hecho para merecerlo? ¡Dímelo!

Charlie miró desatinadamente alrededor de la mesa.

—¡No fui yo, fue Bender! —gritó—. ¡Bender, fue Bender!

El doctor se acercó y se interpuso entre él y la señora Hookstratten, como queriéndola proteger con su cuerpo.

—Su cómplice, señor, está detenido en Detroit, así me ha informado el juez Behrens, y pagará por sus delitos —observó el doctor secamente, antes de alzar la vista para mirar a los presentes. El juez le dirigió a Charlie una mirada maligna, y su mujer le hizo una mueca de desprecio—. Yo soy una persona caritativa —anunció el doctor, tras un momento de reflexión, mientras daba golpecitos en los agitados hombros de la señora Hookstratten con su mano rechoncha y reconfortante—, y creo en la rehabilitación y en la perfección última del hombre. Sin embargo —gesto de enjugarse el sudor en la frente, respiración atronadora—, algunas cosas me disgustan hasta lo más profundo de mi ser. Este hombre, y no malgastaré su precioso tiempo en él, se lo prometo, Charles P. Ossining, representa tal amenaza a nuestra buena obra, tal subversión y perversión de los valores de la verdad dietética, a la que he dedicado toda mi vida y mis energías, que mi corazón no puede apiadarse de él ni tan siquiera un instante.

Se hizo el silencio. El doctor había terminado. La señora Hookstratten, la delatora, se fundió en el terapéutico abrazo del doctor, hipando entre tremendos sollozos. Arriba, las frondas de las palmeras acuchilladas por la luz y unas alienígenas enredaderas colgaban sus lazos y espirales. Los invitados permanecían inmóviles en sus sillas. Charlie miraba desesperado de una cara a otra —había sido Bender, ¿no se daban cuenta?—, pero no encontró nada, sólo aversión y desdén.

—Bill —gritó el doctor con firmeza en medio del silencio, y el hombre de la insignia avanzó hacia adelante. Charlie sintió que le levantaban de la silla, sintió el frío beso del acero en sus muñecas y oyó el chasquido de las esposas como desde una distancia lejanísima, como si hubieran esposado a otra persona, como si hubieran apaleado, humillado y machacado en público a otra persona. El doctor Kellogg estaba muy atento, con los labios comprimidos en gesto de triunfo—. Hágase cargo del preso —dijo—, y ocúpese de que caiga sobre él todo el peso de la ley.

---

## 9. FUEGOS ARTIFICIALES

Will estaba deprimido. Otro día de fiesta y él seguía en el sanatorio, todavía apartado de su mujer, todavía afligido, todavía solo. Eleanor se había marchado a observar a los pájaros —aquello era algo nuevo, *observar a los pájaros*— con aquella amiga suya que parecía una vaca y Badger, por supuesto. Los tres eran prácticamente inseparables, aunque a Will no se le ocurría cuál podía ser el motivo de tal atracción. Badger era como una piedra en el zapato y Virginia Cranehill absolutamente vulgar, así de claro. *Observación de pájaros*. No le hubiera sorprendido nada que también les acompañara su médico, el manipulador de úteros. Aquel hombre sin duda disfrutaba de sus días libres, como cualquiera. Los dedos también se le debían de cansar, seguro que se le entumecían. Sí: ¡ja, ja, ja! Bromas, bromas patéticas. Era lo único que le quedaba.

Estaba tumbado en su cama fisiológica, en su fisiológica habitación de la quinta planta del sanatorio, contemplando el fisiológico techo. En algún lugar, al otro lado de las ventanas, la orquesta tocaba, los niños jugaban, las mujeres envolvían bocadillos y los hombres se reunían a charlar, lanzaban herraduras, bebían cerveza en conmemoración de los muertos por la Unión y de las víctimas de la guerra contra España. Había flores y mariposas, perros que correteaban, aroma de salchichas, pollos cuarteados y chirlos a la brasa, al aire libre, el sonido de los pájaros, de los grillos, la sensación de la hierba calentada por el sol y el tacto frío y curvado de una herradura en la mano. Pero en el sanatorio sólo había enemas y bocadillos de berro.

¡Qué deprimido estaba, Cielo Santo! La enfermera Graves —nunca más volvería a llamarla Irene, no tenía sentido— se había ido, se había ido a algún sitio con el palurdo de su prometido, a remar, a montar en bicicleta, de excursión, a echarse en una manta extendida sobre un prado. Pensar en todo aquello era una forma de tortura, pero no podía evitarlo. Se los imaginaba abrazados a la sombra, pensando nombres para sus hijos, contando pollitos, vacas, campos arados y campos sembrados, besándose, tocándose, susurrándose deseos secretos por encima del suave zumbido de los insectos. Todas aquellas cosas. Él también lo había hecho, más o menos, cuando Eleanor y él estaban enamorados, en una época anterior a las clases de masticación, las galletas integrales y las hijas perdidas. La enfermera Graves estaba viviendo aquel momento, disfrutando de la vida, de la caricia del sol y el lento y dulce transcurrir del día, mientras él había tenido que asistir en solitario a aquel melodrama mortal del marido reincidente, que había reconocido sin ninguna dificultad, y al horrible almuerzo que siguió a continuación.

Y aquello era en parte el peso que le abrumaba; el almuerzo le había resultado

bastante duro de tragar, mucho más absorbente y más fuerte que la insípida obra de teatro. No le gustaba ver humillar a nadie, aunque lo mereciera en mayor o menor grado. Kellogg le había apretado las tuercas a Charlie, y parecía haber disfrutado de verdad soltando aquel discurso lleno de mojigatería mientras el jefe de policía esperaba entre bastidores con la porra y las esposas. Y aquello también era deprimente. Charlie era un ladrón, un estafador, un timador, y Will mil dólares más pobre. Pero no era la pérdida de dinero lo que le atormentaba, era la idea de que Charlie le hubiera visto desde el principio como un objetivo, desde el momento en que él y Eleanor le habían conocido en el restaurante del tren. Aquello le dolía, le dolía de verdad. Le caía bien Charlie, le gustaba su forma de reírse y la confianza que tenía en lo que hacía. También le gustaba que fuera un consumidor normal de carne, cerveza y cigarrillos, y no un monje del sanatorio. Aparte de Homer Praetz y de la señorita Muntz, cuyo estado actual estaba empezando a envidiar, Charlie era el único amigo que había tenido allí. O que había creído tener.

Estaba rumiando amargamente todas aquellas cosas cuando apareció por la puerta la enfermera Bloethal, severamente eficaz, con los artilugios para el enema de después de la comida.

—¿Descansando para los actos de la tarde, eh? —observó, enorme y enérgica, con sus zapatos de suela de corcho. Pasó junto a la cama como un nubarrón, entró en el cuarto de baño y abrió el grifo—. Hay mucha gente ahí fuera, escuchando a los gemelos Tozer y esperando a la banda de música, pero usted es el más listo, no merece la pena arriesgarlo todo por unos pocos minutos de placer, ¿eh?

Will no la escuchaba. Estaba pensando en la cadena de acontecimientos que le habían llevado a encontrarse con aquella mujer y en aquella habitación, en cuál había sido su grado de participación, en cómo había perdido la voluntad, el espíritu, sus derechos humanos básicos a controlar su propio cuerpo y sus funciones. Se sentía como una puta, como una concubina del sanatorio, un juguete del doctor Kellogg. Aquella enfermera —no había más que mirarla— era una charlatana estúpida, idiota, tosca e inculta, muy inferior a él en todos los aspectos. Will la odiaba, a ella y a todo lo que representaba, y allí estaba él por enésima vez, a punto de ponerse boca abajo y someterse a un acto sucio y degradante en lo más íntimo de su persona. ¿Quién era él? ¿En qué se había convertido?

¡Ah, pero tenía un arma con la que poder derrotar a los Bloethal, Fletcher, Linniman y Kellogg! Un billete de tren. Su medio de salida y de transporte, la espada de su liberación. Y lo hubiera utilizado, lo hubiera utilizado aquel mismo día, de no haber sido por una cosa, algo que se había aposentado en su pecho como la gran rueda de piedra que se usaba en la Edad Media para aplastar a los transgresores, *peine forte et dure*: el billete no le servía. Ahora no, ni nunca. Sobre todo después de lo del lago Goguac. No pensaba ir a ninguna parte si Eleanor no iba con él. Y ¿qué probabilidades tenía?

—De acuerdo, pues, señor Lightbody, buen chico, así, ya puede entrar, dentro de

un momento —estaba diciendo la enfermera Bloethal, colocada en la puerta del baño como una bestia que acabara de llegar de lo más profundo de las ciénagas, con la pera del enema sujeta en una mano carnosa, y rascándose ociosamente con la otra una porción innombrable de su anatomía. Aquélla era la situación, la enfermera Bloethal llamándole por señas y Will boca abajo en la cama, abrumado por el peso de la depresión, cuando sonó el teléfono. Estridente e imperioso, el timbrazo le impulsó fuera de la cama, para advertir a la enfermera con un aullido admonitorio:

—¡No lo toque, estoy esperando una llamada!

Y así era. Aunque no le gustaba e iba contra su forma de comportarse. Estaba avergonzado de haberlo preparado así, pero era cierto que esperaba una llamada. Era el chófer del sanatorio, el que había llevado a Eleanor y Virginia a «observar a los pájaros».

—¿Sí? —dijo jadeante.

Desde el otro lado de la línea, la voz le llegó con tal claridad y volumen, que parecía más próxima que la de la enfermera Bloethal, por mucho que ella estuviera allí, a su lado, esperándole con el ceño fruncido.

—Es lo del grupo por el que ha preguntado antes...

Will estaba sin aliento. Le dio la espalda a la enfermera y se acurrucó sobre el receptor.

—¿Sí?

—Bueno, iban las dos señoras de las que hablamos antes, y se les unió un hombre en las escalinatas de entrada al sanatorio, un señor pelirrojo, que no ha parado de hablar en todo el camino...

—¿Adónde...? ¿Adónde han ido?

—Bueno, déjeme que le diga una cosa, había una persona más en el grupo.

*Uno más.* Will sintió la embestida de aquellas dos palabras donde más le dolía, y se acarició inconscientemente la cicatriz del abdomen. Sabía lo que iba a suceder a continuación, lo sabía como si estuviera pasando las páginas de un libro.

—Otro caballero, parecía extranjero. Llevaba monóculo, y andaba como si llevara un palo en el culo, si me perdona la expresión. Le recogimos de una casa en la calle Jordan.

Will notó los ojos de la enfermera fijos en él, y se llevó la mano a la nuca como para protegerse de ellos.

—Señor Lightbody, ya está preparado —dijo ella con voz monótona.

Will se volvió a medias hacia ella y le soltó abruptamente:

—¡Un momento! ¡Un momento, joder! ¿Dónde están? —gritó por el teléfono.

—¿Conoce la carretera de Kalamazoo? ¿La que queda a unos ocho kilómetros de la ciudad hacia el oeste? Me han hecho dejarles junto al mojón de la carretera, y luego les he visto marcharse a campo través, cerca de Onderdonk. Supongo que irían hacia el río. Llevaban una cesta de mimbre y cosas de ésas, supongo que eso era lo que iban a hacer, hace muy buen día.

Will cortó la comunicación sin decir nada. Onderdonk, muy bien. Se había levantado de la silla, la sangre le latía en las orejas. Se palpó los bolsillos, buscando la chaqueta y el sombrero, cuando la enfermera Bloethal asomó en el horizonte. Estaba frenético, desesperado, devorado por la prisa, y allí estaba ella, tan voluminosa como un barco, una montaña en movimiento, ochenta kilos de impedimento fisiológico.

—Le he dicho que ya está preparado —repitió.

—¡Ahora no! —gritó Will poniéndose la chaqueta—. Es una emergencia. —Y se dirigió a la puerta.

La enfermera Bloethal no tenía ninguna prisa. Se quedó en la puerta bloqueándole el paso, cruzada de brazos, inflexible, con un mensaje grabado a fuego en la cara: no se admiten excepciones.

Will se irguió con dignidad. La adrenalina le corría por las venas, temblaba, estaba rabioso.

—¡Fuera de mi camino! —tronó.

Los dedos de la enfermera apretaron con fuerza la pera del enema. Tenía la mirada perdida, embotada, sin el menor brillo o simpatía.

—Lo siento —dijo.

Era una mujer, aunque las apariencias estuvieran en contra, era frágil, era una representante de aquel sexo débil que cualquier caballero estaba obligado a servir y proteger, y, a pesar de todo, en lo que sucedió a continuación no hubo ni la más mínima porción de civismo o moderación.

—¡Se va a enterar! —rugió Will de repente, poniendo todo su peso en su brazo rígido y extendido, que hizo estallar la pera del enema y provocó una explosión de parafina caliente, agua y suero, y envió tambaleándose a la enfermera Bloethal a un rincón, como un bolo alcanzado de pleno. Will no se quedó para presenciar su caída de culo, pero oyó el porrazo y el ruido subsiguiente, oyó también cómo se partía y se astillaba, con un crujido agudo, el jarro de cerámica de la cómoda, mientras él desaparecía por el pasillo, desollándose las espinillas en una carrera desenfadada, en la que tuvo que esquivar sillas de ruedas y potentados en zapatillas de fieltro, y fue lo único que pudo hacer para contenerse, para no gritar a voz en cuello el nombre de Eleanor.

Alcanzó el vestíbulo, las escalinatas bañadas por el sol, el camino circular, el coche.

—¡A la carretera de Kalamazoo! —le rugió al cochero mientras cerraba la portezuela con tal fuerza que el carruaje saltó sobre sus ballestas. Will se sentía excitado, frenético y violento. El paseo en el coche de caballos no le tranquilizó en absoluto. Parecía que el caballo tenía problemas para mantenerse en pie, por lo que era impensable que corriera, y el cochero —el mismo gnomo obstinado que le había llevado aquel día en que espío a su mujer— permanecía tranquilo e impassible, indiferente a la cantidad de dinero que le ofrecía Will.

—Llegaremos cuando llegemos —dijo escupiendo una bola de flemas, como para darle más énfasis—, usted tranquilo.

Will se tranquilizó, aunque sudaba copiosamente bajo el forro de su chaqueta de tweed y se llevaba continuamente un pañuelo a la frente, bajo el sombrero de fieltro, un pañuelo que llegaría a su destino totalmente empapado. Will siempre llevaba camisa, cuello duro, corbata, chaleco y chaqueta. Después de todo, aun en las situaciones más extremas, seguía siendo un señor.

Cuando el coche se detuvo al fin, Will tardó un tiempo en darse cuenta. ¿Cómo iba a darse cuenta de nada, con aquel calor y la ansiedad que le embargaba? El cochero no dijo una palabra. En un punto aparentemente casual de aquel recorrido interminable, el hombrecillo frenó al caballo y ya no se movieron más, si es que podía considerarse que antes se movían. Will se quedó inmóvil un momento, aturdido —no sabía qué quería hacer, pero ya iba de cabeza hacia lo que fuera, echando chispas, espoleado por la imagen de Badger y el curandero sin cara del monóculo, el médico manipulador y masajeador de úteros de mujeres casadas— hasta que finalmente el cochero preguntó, escupiendo con gran cuidado al suelo, entre los cuartos traseros del caballo:

—¿Se va a quedar ahí todo el día, amigo? Corríjame si me equivoco, pero ¿no era usted el que tenía tanta prisa?

Will le ignoró. Bajó del coche a la tierra blanda y oscura del borde de la carretera, se ajustó el cuello de la camisa y la corbata, y le pagó la carrera. Vio campos abiertos, una hilera de árboles, colinas ondulantes rastrilladas por un brioso pelaje de vegetación oscura e inmóvil. Aquel lugar no se distinguía en nada de cualquier otro lugar de la carretera.

—¿Es aquí? —preguntó. Tenía los ojos febriles y le entraron ganas de estornudar.

El cochero señaló a un lado de la carretera. Desde el suelo, era un hombrecillo subido a un alto promontorio. Al principio, Will no vio nada entre la maraña de hierbas altas y flores silvestres que cubrían el suelo casi hasta la altura de sus rodillas, pero allí estaba el mojón indicador, una superficie lisa de piedra, casi oculta por la vegetación.

KALAMAZOO, 30/BATTLE CREEK, 10

—¿Me esperará? —preguntó Will, mirando a los campos y luego, bizqueando, al cochero.

—Claro —dijo el hombrecillo, que tenía la cara como un limón estrujado—, claro que sí, amigo.

Will le hizo un gesto desganado con la mano, saltó la valla y echó a andar por el campo, molesto por las malas hierbas que se le pegaban a los pantalones y que le llenaban los puños de la camisa de polvo y polen. Estornudó cuatro veces en rápida sucesión, y sacó el pañuelo húmedo, se sonó la nariz furtivamente y siguió andando.

Había recorrido unos cien metros cuando le sobresaltó un ruido a sus espaldas, se volvió y vio cómo el coche de alquiler giraba en redondo haciendo sonar los arneses y avanzaba lentamente por la carretera de Battle Creek. Lo miró estúpidamente durante un largo instante, como si nunca en su vida hubiera visto un coche de caballos, escuchando el quejido de las ballestas, y después observándolo bambolearse grácilmente al salvar un bache. Luego sintió que le crecía un odio tan violento que podría haber cogido a aquel enano deforme y haberle estrangulado hasta que la lengua se le hubiera hinchado en la garganta y la cara se le hubiera puesto morada. Si le llegaba a poner las manos encima... Le habría gustado gritar, pero se contuvo, por miedo a delatarse. Según sus cálculos, Eleanor y los otros podían estar holgazaneando en una manta al otro lado de la hilera de árboles. Impotente, se quedó parado viendo cómo se alejaba el coche de caballos.

Bueno, ¿qué le importaba cómo iba a volver? O si iba a volver. ¿Qué le importaba? Eleanor era lo único que importaba, y ella debía de estar en algún lugar entre los arbustos, con Badger y el manipulador de úteros. Con la boca seca, el corazón latiéndole muy deprisa y el siguiente estornudo punzándole las fosas nasales, Will avanzó decidido. Los saltamontes levantaban el vuelo a su paso y las mariposas se ponían en fuga. Un pájaro sabanero le embistió y luego batió alas hacia el cielo. Cabizbajo, intentando controlar la respiración y protegerse de los efectos del sol y de los miasmas del polen que circulaban por el aire formando una nube impresionante, escudriñó las matas de tréboles y fleos en busca de algún indicio de que seguía la pista correcta. ¿Qué pasaba si no era en aquel punto del campo? ¿Y si habían cruzado la carretera y se habían ido al otro lado? Se detuvo para secarse el sudor de la cara, mirando a su alrededor, aturdido, con los oídos alerta al más mínimo ruido. Todo era silencio.

Cuando llegó a la hilera de árboles —pinos plantados como cortavientos— encontró lo que estaba buscando. Había una senda muy clara —o dos sendas— donde estaba aplastada la hierba, y la puerta de la tosca valla de madera estaba abierta. Allí estaba la prueba, física y real, el engaño en forma de hierba aplastada —estudiar a los pájaros, claro—, y aquello le dio risa y le deprimió al mismo tiempo. Ella le había mentado. Eleanor le había mentado, y no sabía qué significaba aquello, ni lo que pensaba hacer. Pero mientras se deslizaba por la puerta, sabía que iba a hacer algo, algo decisivo y final, algo dramático, y ya no había vuelta atrás.

El sol se abatía sobre él. Los insectos revoloteaban por el aire. Se frotó los ojos y ahogó un estornudo. Luego se puso otra vez en movimiento, furtivo, cauteloso, con todos los sentidos alerta. Unos metros más adelante vislumbró el río por primera vez: un brillante reflejo líquido atrapado entre las ramas de la siguiente hilera irregular de árboles. Contuvo la respiración, se observó los pies, avanzó cautelosamente, a campo abierto, como un piel roja con el tomahawk entre los dientes. Pero ¿qué era aquello, a su izquierda, tras las ramas de un abedul? ¿No había algo que avanzaba? ¿O era algo que se agitaba sin desplazarse?



Se acuclilló, pegado a la delgada corteza de los árboles, y avanzó muy despacio, paso a paso, cada vez más cerca, aproximándose a aquel destello de movimiento, ora oscurecido, ora desvelado por entre la pantalla de hojas. De pronto, la causa de aquel movimiento quedó perfectamente enfocada y Will vio que era un hombre, un hombre vuelto de espaldas, desnudo, y con el brazo y el hombro derechos moviéndose en dirección al centro de su cuerpo, como si se estuviera, si se estuviera... Will no estaba preparado para lo que vio a continuación, ni en el peor de sus pensamientos, y se quedó helado, paralizado.

Vio que había dos hombres y dos mujeres en la orilla del río, y estaban desnudos, los cuatro. Completa, entera y totalmente desnudos, de la cabeza a los pies. Las mujeres estaban echadas boca arriba, apoyadas sobre dos troncos colocados a la altura de la cintura, y uno de los hombres estaba entre ellas; la masa blanquecina de sus nalgas miraba al punto donde Will seguía oculto. El hombre tenía ambos brazos extendidos lateralmente, y con las manos manipulaba a las mujeres entre las piernas. El otro hombre —era Badger— estaba justo detrás de ellos, masturbándose. ¿Y las mujeres? Una de ellas, la de la derecha, era Virginia Cranehill, con sus enormes ubres colgantes desparramadas sobre sus costados, los ojos cerrados y el rostro transportado en éxtasis. La otra mujer era Eleanor.

Eleanor. Su Eleanor. Su esposa. Su amor. La mano en movimiento se agarraba a ella, sus pezones se alzaban erectos, tenía los ojos firmemente cerrados, y gemía: ¡gemía! Como un animal. No pudo soportar aquella visión. Sintió que reventaba algo en su interior, algo primitivo y horrible, y sus manos hurgaron entre las hojas en busca de un arma, el arma del hombre de Neanderthal, un palo, un garrote, el firme y rugoso instrumento de la muerte. El palo estaba allí, roble, nogal, haya, hecho a la medida de su mano y con la forma de un bate de béisbol. En un instante Will se abalanzó sobre ellos.

Vio dos pares de ojos sobresaltados —los de Eleanor y Virginia— y, acto seguido, blandió el palo ante Badger, apuntando contra aquella odiosa protuberancia inflamada de carne que colgaba entre las piernas del hombre, un pedazo de vello púbico oxidado, verrugas, granos y... ¡zas!, había conseguido un blanco perfecto. Y, a continuación, la función pasó a tener música, chillidos de cerdo, lamentaciones, ayes y dolor; luego el bate golpeó las teutonas nalgas, lanzándoles estocadas de esgrima, azotándolas. Aquel hombre volvió la cara bruscamente y recibió el siguiente golpe en el caballete de la nariz, y el disco plateado de su monóculo aterrizó en el río tras un luminoso vuelo. Virginia Cranehill se puso a gritar. A Will le hubiera gustado golpearla también, le hubiera gustado azotarle la carne hasta que sangrara y se cerrara el agujero de su boca, pero se contuvo.

Badger estaba en el suelo, retorciéndose, con una flor de sangre floreciéndole entre los nudillos, que oprimían su entrepierna. El manipulador de úteros estaba acuclillado, sujetándose la cara. Virginia Cranehill, oronda en su traje de carne, gritaba sin parar. Will no había dicho una sola palabra. Seguía allí, jadeando, con el

palo sujeto fuertemente entre las manos, y miraba a Eleanor. Ella no chillaba, ni lloraba, ni se movía. Pero Will vio algo en sus ojos que no había visto hasta entonces: miedo. Le tenía miedo. Miedo de su mirada, y miedo del palo que tenía en la mano, miedo de que el mundo se le viniera encima. Sus ojos saltaron de Badger al curandero, y de éste a Virginia, y luego volvieron a fijarse en Will. Había un sentimiento de culpabilidad y de temor en la mirada que le dirigió, era una mirada de súplica, de promesa, pero, sobre todo, de aquella nueva emoción: miedo. Will dejó caer el palo al suelo.

—Coge tu ropa —dijo, pero no esperó su respuesta; su mente iba demasiado deprisa para esperarla, así que la cogió de la muñeca, apretando su ropa, pantalón, vestido, medias, zapatos, sombrero, contra el pecho, y se la llevó de allí, descalza y desnuda, hasta el camino, a través de la hilera de abedules, lejos.

Cuando habían recorrido aproximadamente cien metros —a Will le importaba un pito que a Eleanor le sangraran los pies— le soltó la muñeca, tiró su ropa al suelo y le ordenó que se vistiera.

—Lo siento, Will —susurró ella, inclinándose a recoger la ropa, con el pelo cayéndole por la cara, y su cuerpo flaco y moreno, bronceado hasta el más mínimo pliegue, maduro como un fruto—. Estoy avergonzada.

Él no quería oír nada, no quería saber nada. Nunca había sentido una rabia y un dolor semejantes. Temblaba, le castañeteaban los dientes, le recorría el cuerpo una sangre nueva, como si fuera combustible... nunca más volvería a dejar que se le quedase en el estómago, allí no, nunca más. Virginia Cranehill chillaba a lo lejos. El sol se filtraba entre los árboles. Will sentía la rabia y el pesar acumulados en su garganta, y los regurgitó y los masticó y los rumió como si fueran el bolo alimenticio.

Eleanor se vistió a toda prisa. No se atrevía a mirarle a los ojos, repentinamente ocupada, muy ocupada. A pesar de sí mismo, a pesar del trauma y el disgusto, y de la hirviente oleada de celos que le corroían como ácido —nunca más la volvería a tocar, nunca—, notó que tenía una erección mientras la miraba, una erección mucho más intensa de la que nunca le provocaría un cinturón comprado por correo o una enfermera rolliza. Sus piernas, se fijó en sus piernas mientras ella se apoyaba en una y otra sucesivamente para ponerse el pantalón, y sus pechos, que oscilaban por la atracción de la tierra hasta que quedaron encerrados por la tela del vestido, y aquello también le excitó: no llevaba nada debajo, nada excepto el pantalón.

—No sé qué me ha pasado, Will... —empezó, todavía sin mirarle a los ojos, alisándose el vestido en la cintura, luchando con el cuello, con la voz apagada, enterrada—. Era *Freikörper Kultur*, era terapia, era... era un error, un profundo error... —Se le ahogó la voz. Tenía los ojos húmedos.

Él la tranquilizó. Le cogió la mano, pero esta vez suavemente, muy suavemente.

—No volveremos a hablar de esto —dijo, casi sin poder respirar. Los árboles se inclinaban sobre ellos, complicados, tenebrosos; ramas, dígitos, hojas—. No hablaremos de esto nunca más, nunca —dijo, y la condujo por el camino hasta salir

del bosque.

A la misma hora, en el otro extremo de Battle Creek, Charlie Ossining estaba sentado, acurrucado en su miseria en las escalinatas de la casa de tinglado gris y blanca del jefe William Farrington. El sol también le azotaba, pero casi no se daba cuenta. Tenía las manos esposadas por delante, la cabeza inclinada como un postulante, y miraba fijamente al suelo. Los zapatones de gruesa suela negra de los dos policías que estaban junto a él, uno a cada lado, eran los únicos objetos que entraban en su línea de visión, aparte de las hormigas que avanzaban distraídas por las escalinatas, y, a medida que iban pasando los minutos, Charlie se iba hundiendo cada vez más. En lo único que podía pensar, en lo único que su cuerpo y su cerebro podían centrarse, a pesar de las circunstancias y contra todo pronóstico, era en escaparse. Si los policías —personas de aspecto franco, reacios a todo aquello, y casi tan agobiados por la situación como el— le dejaban solo un segundo y se iban a tomar un café o un trozo del pastel de ruibarbo de la señora Farrington... Charlie miró los zapatos, las hormigas, y se vio a sí mismo corriendo, saltando vallas y escurriéndose por callejones, con el pelo agitado por el viento. Battle Creek, Per-Fo, Kellogg, la señora Hookstratten y el resto desaparecían detrás de él. Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse: sólo tendría una oportunidad y no podía permitirse el lujo de desperdiciarla.

El jefe Farrington estaba dentro, hablando por teléfono, intentando arreglar su traslado a la cárcel del condado, en Marshall. Un lugar que a Charlie le era muy familiar por su relación con George: dos celdas sin ventanas, gruesas puertas de hierro que se cerraban con un sonido fatal e irrevocable. Charlie oía la voz del jefe, paciente, con su acento rústico, mientras hablaba preguntando por Walter o Isaiah o Clinton, intentando conseguir un vehículo un día en que toda la ciudad iba a presenciar el desfile. Ninguno de los ayudantes decía una palabra. El sol pegaba con fuerza. A lo lejos, retazos de música llenaban el aire de gloria.

Cuando por fin Charlie levantó la mirada, a causa del aburrimiento y la tristeza, pero también porque aún estaba despierto y alerta a cualquier posibilidad, pese a la expresión de derrota que fingía para sus captores, se encontró mirando a los ojos de un niño de pie en el jardín de al lado. El niño tendría unos seis o siete años, llevaba una camisa muy limpia y almidonada, pantalones de pana hasta las rodillas y chaqueta del mismo tejido. Por la forma en que miró a Charlie, la forma en que el foco de su mundo pareció estrecharse hasta incluir sólo la entrada de la casa del jefe de policía, uno habría pensado que Charlie era Jesse James o el propio William Bonney. El niño no apartó la mirada cuando Charlie levantó los ojos, y aquello le entristeció, y le dolió de una forma que Kellogg nunca hubiera podido imaginar. ¿Acaso se había convertido en un monstruo, un espectáculo emocionante, una curiosidad más para un chico que iba camino del desfile? Charlie tuvo que apartar la

vista, recordando cómo era él a aquella edad, cuando sus amigos y él se reunían los domingos después de misa, para mirar cómo sacaban de la cárcel a los borrachos del sábado por la noche, y la emoción que le producía estar tan cerca de aquellos desesperados, aquellos parpadeantes criminales con barba de dos días y ropa arrugada, hombres desconcertados por la luz del sol. Claro. Y ahora Charlie era uno de ellos.

Pasó una hora. Dos. El jefe ya no hablaba por teléfono —de hecho, la casa estaba en silencio y Charlie sospechó que el jefe se había ido a echar una siesta—, y la señora Farrington, de tobillos gordos, con bolsas bajo los ojos y la cara colorada y recelosa, había salido dos veces a ofrecer a los agentes «un vasito de agua fresca» o «un vasito de limonada fría», que los dos habían aceptado. A Charlie no le había ofrecido nada. Estaba sentado en las escaleras de entrada como si hubiera brotado de una semilla mientras el sol avanzaba por encima de sus cabezas, y los agentes conversaban en murmullos incoherentes. Por fin, a eso de las cuatro —era una mera suposición, porque a Charlie le habían quitado el reloj, la cartera y los anillos—, un carromato abierto, tirado por un par de caballos escuálidos y asustadizos, se detuvo frente a la casa.

Casi al instante, se abrió la puerta de tela metálica y el jefe Farrington salió de la casa, se agachó a coger del brazo a Charlie tan distraídamente como si hubiera cogido un cubo camino del pozo, y le levantó de las escaleras de la entrada. Avanzaron por el jardín formando un grupito, Charlie y el jefe delante y los dos agentes siguiéndoles pesadamente.

El que tiraba las riendas del caballo llevaba un sombrero de copa y una chaqueta anticuada que brillaba de puro gastada. Estaba claro que era un campesino, iba vestido de domingo y los miraba severamente bajo el ala del sombrero.

—Isaac —dijo el jefe, saludándole con una inclinación de cabeza.

El hombre le devolvió el saludo de idéntica manera y sólo pronunció una sílaba:

—Bill.

El jefe condujo a Charlie a la parte trasera del carretón, que estaba lleno de heno, tierra y sacos rotos. El policía más alto, que tenía una cara como el culo de una vaca, le ayudó a subir. Farrington subió al pescante, junto al cochero, los dos agentes se amontonaron en la parte de atrás con Charlie, instalándose sobre la paja con unos gruñidos de placer apenas contenidos. Se pusieron en marcha. Cuando se alejaban de la casa, Charlie vislumbró al niño del jardín de al lado, inmóvil y paciente, todavía mirando.

Los árboles se movían en lo alto. Las sombras les perseguían, soplaba una ligera brisa, y el sol aparecía y desaparecía entre las ramas. Unos pocos metros más adelante vieron a un perro echado en el jardín de una casa muy cuidada, que levantó la cabeza para dedicarles una mirada somnolienta y luego volvió a dejarla caer. Las calles estaban en silencio. Totalmente silenciosas. Y aquello era una suerte, porque Charlie conocía aquellas calles, conocía la impasible y sedante hilera de casas recién

pintadas y las vidas ordenadas de los que las habitaban. Le hubiera gustado tener una pizca de aquella prosperidad, hubiera deseado el Daimler y la mesa de billar, y una mujer como Eleanor Lightbody. ¿Era aquello tan perverso? ¿Era un crimen?

El carromato dio un bote y luego volvió a recuperar la estabilidad; tenía las ballestas flojas. Charlie se hizo daño en la rabadilla y cambió de posición con dificultad por culpa de las esposas. Los dos policías estaban absortos. Iban echados en la paja, con los ojos semicerrados, la papada prominente, tan cómodos como si estuvieran en sus propias camas. ¿Qué les importaba a ellos? A ellos no les iban a meter en la cárcel, a ellos no les había abandonado el mundo a su suerte. Pensando en todo aquello se le contrajo el estómago. Durante un terrible momento compuso todo el cuadro en su cabeza, los abogados con sus elegantes trajes, los enfurecidos testigos clamando contra él, la pena en años y meses de la vida de un hombre joven, la oscuridad de la cárcel, el mundo estanco y quemado de un ex presidiario. ¿Quién podía ayudarle? ¿A quién le importaba? Desde luego, la señora Hookstratten, no, su tía, no, eso estaba claro. Charlie recordó la expresión del rostro de su tía mientras le traicionaba, recordó cómo se había lavado las manos, dejando que se lo llevaran al matadero como si no hubiese nada entre ellos, como si todos aquellos años que habían compartido no fueran nada más que un mal recuerdo. En aquel momento se dio cuenta de que nunca tenía que haberle mentado. Desde el principio, desde el momento en que ella se bajó del tren, debería haberle dicho la verdad echándole las culpas a Bender, que era el responsable de todo.

Bender. El muy hijo de puta. Al final le habían cogido, por lo menos eso. ¿Cómo había podido hacerle caso? ¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Por qué no había huido con el dinero de Will Lightbody? Pues porque le preocupaba la señora Hookstratten, ésa era la razón, ¡y para qué le había servido!

Charlie echó una mirada a Farrington y al siniestro cochero, que tenían la espalda encorvada y balanceaban las cabezas como si asintieran. Los dos parecían muy distraídos y Charlie pensó en saltar, en aquel preciso instante, saltar al arcén y correr esposado por las calles como un esclavo hasta que le cogieran, hasta caerse muerto o hasta lograr escapar, pero la imposibilidad de conseguirlo abortó el impulso en el mismo momento en que se le ocurrió, y Charlie se quedó sentado, sentado y mecido por el carromato, que avanzaba, tambaleándose inestable, con un débil y traqueteante ruido de ejes y ballestas, interminable y repetitivo, agotando a Charlie como si estuviera atado a la rueda que tenía por debajo.

Giraron por la avenida Lake. Allí ya había más tráfico, granjeros con calesas y coches de un solo caballo que llegaban del campo para presenciar el desfile y los fuegos artificiales, y todos los demás sencillos placeres que a Charlie le estarían negados durante Dios sabía cuántos años. Iba camino de la cárcel. Era un criminal. Un paria. Los granjeros y sus esposas se colocaban a la altura del carromato y apartaban la mirada con temor, como si pudieran contaminarse sólo con su vista. Eleanor Lightbody le había mirado como a un insecto, y ella lo sabía, sabía lo que iba

a suceder a continuación. Y Kellogg, aquel fanfarrón, él sí que se lo había pasado por las narices. Aquello no tenía nombre. Aquel viejo chivo no podía soportar que le detuvieran discretamente, no, tenía que montar todo un espectáculo, darle una lección. ¡Cómo le hubiera gustado vengarse, una sola vez, cómo le hubiera gustado atizarle a aquel chivo mofletudo, hacer desaparecer de su cara hasta el último atisbo de superioridad, lograr que aquel pez gordo cayera de rodillas y suplicara e implorara...!

Pero Charlie no pudo completar su fantasía. Porque, en aquel momento, el coche que intentaba pasarles por la izquierda —un Cadillac azul noche, tan azul que parecía negro, con los altos asientos al descubierto y los relucientes faros delanteros— explotó. No fue culpa del conductor, un tal Rudolph Jenkins, de Albion, que se dirigía, junto a la señora Jenkins —con su sombrero, su velo y su vestido de satén—, al sanatorio para asistir al concierto y presenciar los fuegos artificiales. Fue algo que ocurre a veces, una mezcla demasiado rica en gasolina, una chispa que se adelanta o que se atrasa. De pronto, la llamarada de la explosión, paralizante, ruidosa como un disparo dentro de un armario, hizo abrir los ojos a los dos agentes, el jefe Farrington agachó la cabeza en un acto reflejo y el granjero, Isaac, el de la chaqueta gastada y el sombrero de copa, dejó caer las riendas entre las piernas. Y esto, a su vez, provocó que los caballos intentaran girar en redondo, levantando el extremo del carromato medio metro por encima del suelo en un rápido y alocado giro, hasta que por fin chocó con el parachoques trasero del reluciente Cadillac del señor Jenkins.

Diez segundos después todo había acabado. El Cadillac quedó espachurrado contra un decorativo muro de piedra que había veinte metros más allá, los Jenkins y su equipaje quedaron esparcidos delante del jardín que había frente al muro, y el carromato del granjero quedó volcado en medio de la calle, con las ruedas girando sin sentido bajo la cálida y tamizada luz de última hora de la tarde y sus ocupantes atrapados bajo los tablones astillados. Es decir, todos sus ocupantes excepto Charlie. Con las manos atadas, no había podido agarrarse cuando el carromato chocó violentamente con el coche, y salió despedido en medio del resplandor deslumbrante de la puesta de sol como una pelota de voleibol que rebotara por todas partes.

Había sido un accidente, lo vio desde donde estaba sentado, indemne, sobre la suave y gruesa alfombra de césped, evaluando la escena. Sólo tardó un minuto. Vio cómo giraban las ruedas, escuchó los gemidos de los Jenkins, vislumbró la pulpa blanca de un brazo, la camisa rota que se movía a intervalos debajo del carromato. Un minuto, nada más. Y luego se puso en pie y echó a andar disimuladamente por la calle, con los brazos cruzados bajo la chaqueta para que la cadena de las esposas, que le colgaba del pecho, pareciera la cadena de un reloj de bolsillo.

¿Qué iba a hacer?

Giró por una calle y aceleró el paso, escrutando con los ojos las entradas de las casas que había en el camino, rezando porque las puertas se mantuvieran cerradas y las ventanas vacías. Se coló por un camino particular, atravesó un jardín, saltó una

valla y se quedó en un solar vacío cubierto de maleza y flores silvestres. Se acurrucó entre la vegetación, con la espalda apretada a los desnudos talones de la valla, tardó un momento en recuperar la respiración y empezó a considerar la situación.

A lo lejos sonó la campana de los bomberos. Charlie sabía que sólo era cuestión de minutos: Farrington y sus hombres saldrían de entre los restos del carromato, se sacudirían la ropa, se contarían los dientes, los dedos, las extremidades y las orejas, y se darían cuenta de que les faltaba alguien. Los bomberos pondrían boca arriba el carromato y verían que Charlie no estaba allí. Luego empezaría el infierno. Se pondrían a llamar a todas las puertas, reclutarían a todos los palurdos que pudieran encontrar y a tiradores aficionados, y harían venir a todos los sabuesos disponibles. Tenía una hora, quizá menos. Necesitaba dinero, cambiarse de ropa, un lugar para esconderse. No podía volver a su habitación —la señora Hookstratten ya les habría avisado— y no debía acercarse a la estación del ferrocarril. Lo más inteligente —se prometió que a partir de aquel momento no volvería a hacer ninguna estupidez— sería mantenerse oculto en la ciudad un par de días, en algún sótano, granero o cochera, y encontrar la forma de deshacerse de las esposas. Eran las esposas lo que le hacía parecer un criminal, eran las esposas lo que hacía apartar la mirada a los campesinos y a sus ajadas mujeres, y si no podía liberarse de ellas, lo mejor sería que se rindiera y se entregase.

La campana de los bomberos se oía ahora más cerca, chillona y urgente, y también oía las voces provocadas por el tumulto. Tenía que moverse. Empezarían por aquellas casas, por aquel barrio, aquel solar. Lo que necesitaba era poner tierra de por medio, y pronto. Se levantó, salió del solar y subió a la acera, haciendo esfuerzos para no echar a correr. Justo en aquel momento, la visión de algo que se movía le dejó paralizado; dos chicos salieron de no se sabía dónde y pasaron a su lado a la carrera para ir a ver el incendio. Fue un momento duro —pensó que le habían cogido— y tuvo que quedarse un rato allí, encogido de hombros, hasta que consiguió dominar el pánico. Cuando notó que las piernas recobraban el movimiento, se arriesgó a un rápido reconocimiento de la espléndida calle con su bóveda de árboles, y tuvo que cruzar una mirada con una mujer que estaba en un porche frente a él. Llevaba una escoba entre las manos y el pelo sujeto con horquillas en forma de casco, y le dedicó una larga mirada fija que le royó hasta los huesos. Continuó andando, mirándose los pies, con los puños apretados en las axilas para ocultar las esposas, pero siguió notando los ojos de la vieja hasta que llegó a la esquina.

Aquello era peligroso. La ansiedad empezó a apoderarse de él. Quería correr, tenía que correr, no había razón ni propósito en la existencia que no implicase piernas y pies, el rápido y seguro vuelo de una flecha, escapar, libertad, seguridad. No podía pasearse por las calles como si fuera invisible, le cogerían en diez minutos. ¿En qué estaba pensando? ¿Se había vuelto loco? Seguro que en aquel momento la vieja estaba llamando por teléfono. Parecía sospechoso, lo sabía, el sudor le caía por la cara, llevaba el traje manchado de grasa y pelusa, las mangas del abrigo le colgaban,

y había perdido el sombrero. Aquello sí que le traicionaba, le traicionaba con toda seguridad. ¿Quién sino un delincuente fugado se pasearía por las calles sin sombrero? Iba medio corriendo, volviendo la cabeza a derecha e izquierda para mirar atrás, como una vaquilla enloquecida en medio de una estampida, perdido, definitivamente perdido.

Fue en aquel preciso momento, a punto de desmoronarse, cuando apareció ante él la arquitectura de su salvación. Justo cuando estaba a punto de perder el control y lanzarse calle abajo profiriendo alaridos, vislumbró algo familiar: vago, alto, dorado por la luz del sol, con una empinada y gran escalinata y recortándose contra el cielo como una pirámide de perfil. ¿Qué era aquello? Charlie conocía aquel lugar. Tropezando, corriendo, sin nadie a la vista, dobló la esquina y allí estaba: la ruinosa fábrica de Malta-Vita.

Una confusión de ladrillos, paredes sin techos, vigas caídas, los restos oxidados de los hornos de tres pisos que le llamaban por encima de las copas de los árboles. Nada había cambiado desde aquella amarga tarde de noviembre, cuando Charlie había estado allí clavando el primer clavo en el ataúd de sus esperanzas. ¿O sí? Mientras cruzaba la calle desierta, con el corazón latiéndole a toda prisa, intentando no perder los nervios y pasar inadvertido, como un ciudadano honrado que hubiera salido a dar una vuelta, el lugar le resultó algo diferente, más agradable, casi sugestivo. En seguida comprendió el motivo: había llegado la primavera. Donde antes las paredes ennegrecidas por el fuego se levantaban áridas en un suelo yermo, como un monumento a la futilidad, ahora estaban suavizadas por follaje, brotes, pecíolos y trepadoras. Una explosión de flores silvestres decoraba la desnuda puerta de la entrada, unos retoños de más de dos metros se levantaban entre las grietas de lo que antaño fuera el suelo de la sala de envasado. Hacía seis meses, aquel lugar le había deprimido, estremecido, pero en aquellos momentos le pareció un santuario. No había ninguna razón para seguir filosofando: se coló tras los muros y se puso a salvo.

Durante largo rato permaneció echado boca arriba sobre un montón de anacardos, viendo revolotear a las golondrinas entrando y saliendo de sus nidos en los hornos, con los latidos de su corazón ya más pausados, el sol suavizándose al caer la tarde. Allí no le buscarían. Buscarían en las carreteras, en las zanjas, rastrearían las estaciones del ferrocarril, husmearían entre los desperdicios del Red Onion y colocarían un hombre de guardia ante el edificio donde tenía alquilada la habitación. Allí estaba a salvo. ¿Quién habría reparado en aquel lugar? ¿Conocía alguien su existencia? Era algo que ofendía a la vista, un monumento al fracaso, la clase de lugar que la pequeña ciudad más grande de los Estados Unidos sólo quería olvidar.

De momento estaba a salvo, pero ¿en qué situación? Tenía las manos esposadas, estaba a más de mil quinientos kilómetros de Nueva York, no tenía cartera, ni dinero, ni reloj, ni comida. Y estaba hambriento, incluso en aquellos momentos sentía una violenta necesidad de comer. Aquella mañana sólo había tomado un huevo con tostadas en una taberna, demasiado excitado con sus nuevas expectativas para comer



demasiado, y lo mismo le había ocurrido con el almuerzo en el sanatorio, se había limitado a remover en el plato aquella comida que parecía relleno para colchones. *El almuerzo*. Sólo de pensar en ello se le cortó otra vez la respiración, el cuero cabelludo le empezó a temblar de forma incontrolada y algo empezó a palparle en la garganta. ¡Cómo había cambiado el mundo desde la mañana, cómo se había convertido en mierda todo aquel esplendor! Pero ¿había sido aquella mañana? Charlie tenía la sensación de que habían pasado diez años.

El sol le atrapó en su escondite, conteniéndole y sosteniéndole, y, a su pesar, se quedó dormido. Cuando se despertó, era como si no hubiese pasado el tiempo, el sol asomaba firme por encima de la pared que había detrás de él, y supuso que serían las cinco y media o las seis. Los pájaros almibaraban el aire, los grillos conspiraban, no se oían ni policías, ni sabuesos, ni nada, pero todo seguía igual. Estaba todavía esposado, todavía tenía hambre y todavía seguía libre. Si salía de allí, sería a cubierto de la oscuridad y sólo con un propósito: robar un martillo y un cortafrío en un garaje. Se imaginó volviendo a aquel sitio —saliendo para robar comida, a lo mejor de una nave de ahumado o de una cocina abierta, de la basura, quizá—, pero siempre volviendo allí a sentarse entre aquellas ennegrecidas paredes, a esperar y esperar hasta que se olvidaran de que alguna vez había existido...

Pero ¿qué era aquello?

Se agazapó en el suelo. Contuvo la respiración.

Una voz, una voz humana, estridente y susurrante, hablando para sí... o no, cantando:

Con los pájaros y los árboles,  
y la brisa dulce y suave,  
buen y viejo verano,  
cuando se acaba la jornada  
vives en la abundancia  
y la vida es una hermosa rima.

Aquella voz de chiflado, de borracho, aquella voz repugnante, se elevaba por encima de la letra como si la estuviera violando, destripándola, volviéndola del revés, hacía una pausa y vuelta a empezar, una, dos, tres veces. Charlie siguió agazapado, envuelto en una crisálida de terror, sin atreverse siquiera a respirar, pero hasta la cuarta repetición no empezó a darse cuenta de que su suerte había cambiado. No estaba disfrutando de un concierto normal, ni de un borracho normal. *George*, era *George*. Claro que sí. Como nadie pagaba su pensión, la señora Eyvindsdottir le había puesto en la calle, y había vuelto a su cobijo junto al horno. ¿Adónde iba a ir, si no?

El descubrimiento animó a Charlie, le infundió nueva vida. *George* le ayudaría. Si había una persona en toda aquella depravada ciudad, loca por el dólar y la vida sana, capaz de contribuir a que se arreglaran las cosas para él, era *George*. Charlie se

levantó vacilante de su escondite y se acercó de puntillas entre los cascotes en dirección al sonido. Encontró a George repantigado encima de un montón de maquinaria destrozada, con una botella entre las piernas y la cara mirando al sol.

—¡Y la vida es una hermosa rima! —aullaba las palabras como una perra en celo, y luego estalló en una carcajada.

—George —susurró Charlie—. George Kellogg.

George apenas reaccionó. Al principio, Charlie pensó que no le había oído, pero luego la figura encorvada de raído abrigo se volvió lentamente en su pedestal —una vieja retorta tan oxidada como un ancla marina— y sus ojos negros y su boca adusta adoptaron un gesto de leve alegría.

—Charlie Ossining —dijo. Casi parecía que le hubiera estado esperando.

Charlie dio un paso hacia adelante y levantó las manos. La cadena se tensó entre ellas. El sol seguía firme por encima de las copas de los árboles.

—Estoy metido en un lío, George —dijo.

—¡Y quién no lo está! —exclamó George a voz en grito, y luego se rió, con un ladrido breve e impregnado de whisky que puso muy nervioso a Charlie. Estaba poniendo todas sus esperanzas en un loco, un borrachín. George le sería de tanta ayuda como su propio padre.

—Ha sido tu padre —dijo Charlie, repentinamente inspirado. No había movido las manos. Se quedó inmóvil, en muda apelación, mientras la cadena atrapaba la luz del sol en separadas y quebradas cuentas de luz.

La cara de George cambió repentinamente. Ya no había rastro de alegría en sus ojos y se le torcieron las comisuras de la boca. Bajó de la enorme retorta cilíndrica enarbolando una botella.

—¿Qué estás diciendo? ¿Mi padre? ¿No te estarás refiriendo a aquel hombre tan bondadoso? ¿Al santo de la ermita? —Apenas podía conservar el equilibrio y echó la cabeza atrás para beber un trago. Charlie estaba impaciente, furioso. Quería librarse de las esposas, y quería conseguirlo en aquel mismo instante—. Toma —le dijo George pasándole la botella—, necesitas un trago.

¿Qué podía hacer? ¿Negarse? George le miraba de reojo, tenía los dientes podridos, el aliento le olía a rayos y las miasmas de su cadavérico hedor le envolvían mientras la botella se agitaba en el aire. Síguele la corriente, se dijo, síguele la corriente. Charlie agarró la botella —era una botella de medio litro y de una marca desconocida— y bebió. Sintió el instantáneo calor del licor dentro de él, la embestida del alcohol, pero también había algo más, algo amargo y terroso, que enturbiaba el sabor. Echó otro trago por encima del brillo de los ojos de George, del asentimiento aprobador de su cabeza, y se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba.

—¡Joder! —dijo.

George sonreía como un cadáver.

—Tengo una caja entera escondida en ese horno. Esta noche vamos a beber para olvidarnos de todo, Charlie, solos tú y yo. —Cogió la botella, apuntó la barbilla al

cielo y dejó que su garganta murmurase—. Estoy celebrando —dijo mientras se secaba la boca con el dorso de una mano llena de porquería— que esta noche me marcho de Battle Creek para siempre.

Charlie seguía bajo el grueso y meloso astro solar, con las manos encadenadas, sus sueños desvanecidos y charlando con un borracho. A falta de algo mejor, alargó la mano hacia la botella.

—¿Sabes una cosa? Necesito quitarme estas esposas, George —dijo y echó un trago. Y después, inexplicablemente, empezó a reírse. Todo era demasiado ridículo.

—Claro —dijo George, pero parecía ausente—. ¿No me preguntas adónde pienso irme?

—¿Adónde te vas?

La risa de George resonó como el ladrido de un perro y mostró sus dientes amarillentos mientras dejaba escapar aquel aliento nauseabundo.

—No lo sé. Pero que me aspen si paso una noche más en esta mierda de sitio. —Se tambaleó hacia adelante, se enderezó—. Pero antes de marcharme tengo que hacer una visita —murmuró, y su mirada volvió a endurecerse—. ¿Dices que llevas esto por culpa de mi padre? —farfulló, golpeando las esposas y liberando a Charlie de la botella con un solo y rápido gesto.

Le llevó un rato explicarse, y estaban ya en la segunda botella cuando George pareció comprender plenamente el papel que su padre adoptivo había tenido en aquella complicación de la vida de Charlie, aunque éste había intentado superar su miedo y su rabia y se lo contó todo con la máxima sencillez que pudo. Charlie había estado hablando un buen rato, mientras George, en silencio, a excepción de algún epíteto lanzado a modo de puntuación, miraba a lo lejos en tanto que las sombras se colaban venciendo a las paredes y los últimos rayos solares iluminaban las plantas que crecían en el suelo de la sala de envasado. Estaban echados uno al lado del otro sobre la hierba. Cuando Charlie acabó su narración, hubo un largo momento de silencio, y lo llenó echando otro trago. Finalmente, George se levantó, tosió y observó:

—Él es todo un actor, ¿no? El santo de la ermita. Un verdadero actor.

Se levantó de la hierba con un suspiro y se metió entre los arbustos para orinar.

Charlie escuchó a los pájaros, a los grillos y el fiero estrépito de la micción de George, un sonido más de la naturaleza, una naturaleza que iba a conocer más íntimamente ahora, por lo menos durante un rato, y apretó la botella contra su pecho. Había empezado a olvidarse de sí mismo, dejando pasar los minutos con el calorcillo del alcohol, casi sin notar las esposas, que se habían convertido en una pequeña molestia, un inconveniente menor —¿no las llevaba todo el mundo?—, cuando George volvió con un hierro oxidado en la mano. Medía cerca de medio metro de largo, y su capa de óxido le daba un color rojo oscuro. En su momento debía de haber sido una palanca, o una varilla de conexión de alguna pieza vital de maquinaria, una trilladora, un tamiz, quizá incluso uno de los gigantescos hornos.

—Ven por aquí —le ordenó George, y guió a Charlie entre los escombros hasta la base del más próximo de los dos hornos. Entonces, mientras Charlie tensaba la cadena que unía sus manos, George levantó el hierro oxidado y la golpeó con una furia implacable y constante, la golpeó y la golpeó hasta que todo aquel lugar empezó a llenarse de los ecos de aquel estrépito. Y la cadena reculó, saltó, se encogió y por fin se rindió. Tomaron un trago para celebrarlo.

—Eres un hombre libre, Charlie —dijo George bebiendo de la botella. Parecía que el ejercicio le hubiera serenado—. Oye, tengo una cosa que hacer, algo por los dos. Espérame aquí, y ya sabes que puedes beber de la caja todo lo que te dé la gana, no me ha costado ni un centavo, digamos que me la encontré en la parte de atrás de un coche aparcado en la estación de Grand Trunk. Volveré tarde, después de los fuegos artificiales, y para entonces ya me estarán buscando... —Se calló y pareció saborear la idea—. Ten por seguro que me estarán buscando.

Charlie no puso objeciones. No tenía ningún sitio adonde ir y tampoco tenía la menor prisa por salir de allí. No hubiera rechazado algo de comer, pero el elixir de la botella le había quietado el estómago igual que había calmado sus heridas y le había rellenado el cráneo de algodón. Bebería, bebería hasta perder el mundo de vista. Se acomodó entre la maleza.

—¿Qué dijiste que era esto? —preguntó, mirando la etiqueta.

George estaba a su lado, recortándose con sus harapos contra el cielo iluminado. El pelo sobresalía alocadamente del globo oscuro de su cabeza, y los faldones de su chaqueta colgaban hechos jirones. Parecía siniestro, viejo, más viejo que Charlie, más viejo que nadie.

—Lee la etiqueta —le dijo cuando se marchaba, cuando se ponía en movimiento para hacer lo que tuviera que hacer antes de decir adiós a la ciudad de los cereales. Charlie no se lo preguntó, no quería saber nada, pero George dio un paso atrás, se detuvo un momento en el borde de la oscuridad y añadió—: Es un timo increíble. Piden un dólar por cada botella de esa basura, ¿qué te parece?

Las sombras se lo tragaron, y desapareció.

Charlie apoyó la botella contra su pecho y estudió la etiqueta: *Compuesto vegetal de Lydia E. Pinkham*, decía, *Un remedio seguro contra el prolapso uterino y las molestias femeninas*. Se quedó estupefacto. Atónito y aturdido (o, por lo menos, tan atónito y aturdido como cabía esperar de un ex magnate ebrio en sus tres cuartas partes, perseguido por la justicia y con un par de brazaletes de acero a juego, recientemente separados). Había estado bebiendo una medicina que podía expendirse sin receta durante la mayor parte de la última hora y sin haberlo siquiera sospechado, como no fuera por el débil sabor a raíces, que no era mejor ni peor que el matiz de roble chamuscado que uno encuentra en cualquier bourbon de Kentucky. *Contiene un 15 por ciento de alcohol*, leyó, echando otro trago de la botella. *Añadido sólo como conservante y preservante*.

Sí. Seguro que sí. Echó otro trago. Treinta grados, lo comercializaban como un

remedio contra las molestias femeninas y, para colmo, costaba un dólar la botella. Aquello sí que era digno de un genio, pensó, mientras Venus aparecía por el este y el cielo empezaba a adquirir rápidamente una tonalidad cobalto oscuro; aquél era un genio como el de las pastillas para la memoria. Echó otro largo y meditativo trago, mientras la noche se cerraba en torno a él, cálida como una manta, y, en algún punto entre el momento en que sus labios rodearon la abertura de cristal y el momento en que aquel líquido caliente reencendió la chimenea de su estómago, experimentó un instante de gracia e inspiración.

*Per-To*, dijo para sí, y lo dijo en voz alta. *El Tónico Perfecto*. Impregnado de apio, por supuesto. Se preguntó si también podía calificarlo de «peptonizado»; consideró brevemente qué diantre quería decir «peptonizado», y luego lo descartó. Bueno, de acuerdo, quizá no debía peptonizarlo; a lo mejor había descubierto otra cosa, algo mejor. Activaba la circulación igual, ¿no? Y ¿por qué asustarse por treinta grados, cuando podían ser sesenta... u ochenta? *Per-To*. Le gustaba cómo sonaba, era pegadizo, original. Casi irresistible.

Más tarde, cuando los insectos ya habían tomado posesión de la noche y todas las estrellas familiares y las constelaciones se extendían ante él como joyas en un tapiz tachonado, el primer cohete lejano salió disparado hacia la nada dejando el rastro de una pluma de oro. Llegó alto, más alto de lo que Charlie imaginaba que pudiera llegar, arqueándose en el cielo como un látigo de fuego, y cuando murió, otro siguió su camino, y luego otro, y otro.

---

## 10. EL DÍA DE LOS CAÍDOS

Las sombras se alargaban en la zona sur del jardín y las voces de los pacientes y el personal del sanatorio, unificadas en una canción, llegaban flotando por una ventana abierta hasta el escritorio donde el doctor Kellogg, en medio del habitual caos de papeles, preparaba varios asuntos sin importancia que no quería posponer para el día siguiente. No era que no le gustasen las celebraciones. De hecho, ya había guiado dos veces a la banda del sanatorio en su paseo por el jardín, lanzando vigorosamente al aire el bastón a los estridentes acordes de «El Capitán», y había inaugurado la merienda poniendo la primera chuleta de Protose en la barbacoa mientras le contemplaban sus immaculados chefs y le animaban unos dos mil pacientes, miembros del personal y gente de la ciudad. Pero el tiempo era oro y la vida, aunque fuera fisiológica, breve. Sólo se había alejado temporalmente de las celebraciones, nada más, para trabajar un poco, aunque sólo fuese una hora.

Al anoecer, cuando el cielo se oscureciera del todo, pero ni un momento antes, había pensado en llevar a Ella, Clara y los ocho niños que todavía quedaban en la residencia a ver la exhibición de fuegos artificiales (la educación de los niños había sido su devoción principal en sus primeros tiempos, pero a medida que se adentraba en la madurez, no tuvo escrúpulos en ir reduciendo el número de mozalbetes de la casa, lo que a su vez mitigaba el omnipresente estado de excitación, ruido y suciedad que conllevaba la presencia de los niños). Le hacía ilusión ir. Fuegos artificiales. ¡Cómo le gustaban los fuegos artificiales! Aunque el Día de los Caídos no era su fiesta favorita, pues nunca había sido muy militarista (lo cual no era óbice para que entre sus íntimos abundaran los generales, los almirantes e incluso los ministros de la guerra), la ocasión le proporcionaba una maravillosa excusa para iluminar el cielo de Battle Creek con un espectáculo sin igual.

Continuó trabajando sin perder la concentración. Estaba muy orgulloso de su capacidad de aislarse del exterior dondequiera que estuviese, ya fuera un ondulante camarote de segunda clase en el estrecho de Gibraltar o un barco de vela en el golfo de Omán, y concentrarse en lo que tenía entre manos. Sin embargo, no podía resistirse a golpear el suelo con el pie en rítmica simpatía con «Mother Was a Lady», que el coro de dos mil voces estaba llevando a un emocionante final. Cuando el coro empezó con «Daisy Bell», otra de sus favoritas, no pudo resistir el impulso de tararearla.

A medida que se iba haciendo de noche y él trabajaba bajo el haz de luz proyectado por su lámpara de escritorio Handel, sintió vivamente la ausencia de Bloese, y por un instante, sólo por un instante, se arrepintió de haberle dado el día

libre. Pero todo el mundo necesitaba un descanso de la rutina, sobre todo alguien tan diligente y devoto como su secretario, y el doctor se reconfortó pensando que al menos había sido magnánimo. Mientras pensaba en Bloese, levantó brevemente la cabeza de sus papeles y se dedicó un momento a escuchar los latidos y murmullos del enorme edificio que se levantaba ante él, saboreando hasta su último crujido y suspiro. El sanatorio estaba en silencio, más silencioso que nunca. Casi todo el mundo, hasta los que estaban confinados en sillas de ruedas, se había reunido en el jardín a cantar y ver los fuegos artificiales que harían volar su imaginación. Y se dejó llevar por aquel silencio, más relajante para él que apoltronarse en un sofá familiar con los pies envueltos en unas cómodas zapatillas. Aquélla era su institución, aquel enorme edificio, aquella representación tangible de su voluntad y su clarividencia, y en aquel breve instante era todo para él, mientras las voces de aquellos a los que había logrado reunir dentro de sus muros se alzaban al otro lado de las ventanas, con júbilo y bienestar.

Fue entonces, mientras el doctor estaba sentado entre sus papeles y se permitía la pequeña indulgencia de enorgullecerse de los logros alcanzados, mientras se saciaba su espíritu y una sensación de profundo bienestar se filtraba en sus venas como un reconstituyente, cuando aquel olor invadió sus orificios nasales. Un olor químico, áspero con su carga de destilados del petróleo, el olor a combustible, a queroseno, a quinqués antiguos y a mechas quemadas y apuradas hasta el final. ¿De dónde venía? ¿Era alguna estratagema de la memoria, un eco nostálgico? No había vuelto a utilizar una lámpara de queroseno desde los tiempos del Instituto para la Reforma de la Salud en el Oeste.

Se levantó de la mesa instigado por la curiosidad, se echó atrás la visera de celuloide dejándola descansar en el nacimiento del pelo y atravesó la habitación hasta la puerta. Al coger el picaporte, se dio cuenta de que allí era mucho más intenso, y cuando abrió la puerta y salió al pasillo, casi le ahogaba. Aquello era muy extraño. El suelo, el suelo de mármol italiano que él mismo había escogido de un diseño de Favenucci, parecía húmedo, como si los de la limpieza no hubieran terminado de secarlo, como si... pero se detuvo, helado. *Estaba* húmedo. Puso el dedo en el suelo, se lo llevó a la nariz: petróleo. Queroseno. Lo hubiera reconocido en cualquier parte.

Y luego alzó la vista, desconcertado, para encontrarse con los ojos y los dientes del gran tormento de su vida, de aquella pesadilla viviente, aquel *cauchemar* hecho realidad: George salió de la oficina de al lado y se apoyó despreocupadamente en la pared. *George*. En la mano tenía una cerilla. Un simple e insustancial palito de madera con un toque de fósforo color rojo fuego fijado en el extremo. Aquella vez no había en su cara ninguna sonrisa artificiosa, ninguna mueca burlona. Sólo la crespas e irregular barba de aquel niño-viejo, aquella repulsiva hendidura que tenía por boca y los ojos negros como el borde del universo, tan negros que parecían absorber toda la luz disponible y extinguirla. Y aquello no era todo: tras él, en el extremo del pasillo, estaba volcada una lata de queroseno de veinte litros, colocada como por casualidad a

un lado, derramando su reluciente contenido sobre la superficie del suelo.

—Doctor Verdura —se burló George—. Doctor Ano. ¿Sabe por qué estoy aquí?

Todo el sosiego que había sentido en su oficina, toda la belleza de la noche y el dulce sentimiento de las canciones, toda la alegría que había experimentado tendiéndole la trampa a aquel degenerado de Ossining y liberando a Amelia Hookstratten de su hechizo, todo se evaporó en aquel momento. ¡Maldito Farrington!, pensó furioso, y se prometió hacer que le cesaran. ¿Cómo era posible que ni él ni sus doce sobrealimentados agentes hubieran sacado a George de debajo de la piedra donde debía haberse escondido? No se movió. No respiró. Mantuvo los ojos fijos en George, su hijo.

—¿Lo sabe? —dijo George.

Su voz resonó en el resbaladizo pasillo, un odioso gemido adolescente a pesar de los veinte inútiles años que le habían convertido en un joven adulto.

El doctor no dijo nada. Tensó los músculos. Que hablara, que desvariara. Él estaba preparado para saltar, para luchar por su vida y por la de Battle Creek, dispuesto a hacer algo, algo que hiciera callar a aquel insecto, que lo aplastara, que lo erradicara de una vez por todas. Cualquier cosa.

George retrocedió desde donde estaba con un violento e inesperado impulso, y sus ojos parecían a punto de estallar de rabia.

—Estoy aquí para darle una lección histórica, doctor Ano, para eso he venido. Estoy aquí para convertir su vida en la letrina en que ha convertido la mía, para hacerle tragar todos sus picatostes, sus enemas y toda su mierda. —Se llevó la carilla a la altura de los ojos y le apuntó con ella como si fuera un rifle—. Pienso quemar este lugar de arriba abajo. —Siseó, casi se ahogaba de rabia—. *Otra vez.*

*Otra vez.* Aquellas dos palabras cayeron entre ellos como una bomba, estallaron aullando en las paredes, eléctricas y mordaces.

Entonces el doctor avanzó, como un sonámbulo, ciego, agujoneado, con la sangre bulléndole en los oídos. George golpeó la cabeza de la cerilla con la uña del pulgar, y la rápida llama amarillenta brotó de su puño como si fuera un prestidigitador.

—Sí, *padre* —dijo burlón—, *otra vez.* —Y cuando el doctor avanzaba para embestirle, dejó caer la cerilla al suelo y las llamas la devoraron, saltando hacia arriba con una crepitante gracia mientras George bailaba entre ellas como una maligna criatura del infierno de ojos bituminosos y correosas alas—. ¡Fui yo! —gritó, esquivando la acometida del doctor, y las llamas avanzaron rápidamente hacia el bidón al final del pasillo—. ¡Yo, yo solo! No fue la hermana White, ni tampoco sus colaboradores, aquella pandilla de viejos eunucos, avinagrados y medio ciegos, ninguno de ellos. —Retrocedía por el pasillo, soltando lo que le hervía por dentro, haciendo cabriolas alrededor de los repentinos y agitados canales de fuego—. ¡Con trece años! —gritó, con un chillido áspero e irritante que pareció avivar las llamas—. ¡Fui yo, yo, yo!



Will Lightbody no dijo una sola palabra mientras conducía a su mujer por la vasta y ondulante pradera de vuelta a la carretera. Cuando llegaron, la cogió del brazo, y avanzaron en silencio por la superficie del firme de tierra prensada, sin prisa pero sin pausa, andando como en un paseo vespertino por Peterskill. Will iba muy tieso, con la cabeza erguida y sacando el pecho, con la corbata recta y el chaleco abrochado hasta el último botón, sin necesidad de ningún entrenador ni de ningún gráfico para saber qué postura debía adoptar. Aunque tenía la cabeza en ebullición, su cuerpo estaba relajado, tranquilo, lleno de esa paz interior que sigue a un gran esfuerzo, seguro de su propio físico. Avanzaba por aquella carretera como un atleta que ha ganado una prueba y se dirige a recoger el premio. Y aunque vehículo tras vehículo, desde las calesas a los birlochos y los coches de motor, se paraban a ofrecerles llevarles, Will rehusaba con firmeza. Tenía ganas de andar. Lo consideraba necesario.

Eleanor iba de su brazo, hacía un día magnífico, y aunque la escena que acababa de presenciar, la escena ancestral, llena de animalidad y de horror, amenazaba con introducirse en su conciencia, luchaba para rechazarla. Nunca más volvería a revivir aquella escena, se negaba, y cada vez que intentaba colarse en su cabeza, la expulsaba mediante un esfuerzo de voluntad. Tiempos mejores, pensó en tiempos mejores, cinco, seis años atrás, cuando su mundo era como Dios manda y la casa de Parsonage Lane, con su olor a pintura fresca y a papel pintado, era el reflejo de una aventura en común. Continuaron andando, pasaron granjas y alquerías, subieron y bajaron colinas, cruzaron los campos siguiendo la carretera de Kalamazoo a Battle Creek, iluminada por el sol. Y si dos horas atrás Will apenas sabía quién era, ni adónde iba, ni qué hacía, si se había mostrado inseguro y dubitativo, flotando por la vida como una pelusa en el aire, en aquel momento sabía muy bien quién era, adónde iba y por qué.

Por su parte, Eleanor andaba silenciosa junto a él, sin osar mirarle, con la vista al frente, sin protestar. Era como si se hubiera despertado de un sueño, como si se hubiera roto un encantamiento. No lo habían discutido, quizá no lo harían nunca, pero estaba claro que ella había ido demasiado lejos, que había rebasado los límites, que había ido más allá de lo razonable y lo decoroso. En su búsqueda de la salud, había caído en la enfermedad y la perversión. En el fondo de su corazón ella lo sabía, Will estaba seguro. Y también estaba seguro de que a partir de aquel momento las cosas serían distintas. Totalmente distintas.

A media tarde llegaron a las afueras de Battle Creek. Había sido una jornada larga y calurosa, repleta de polvo, sudor y las molestias derivadas de la polinosis. Will notaba la humedad alrededor de su cinturón, y Eleanor, abrochada hasta el cuello, con el pelo suelto y el sombrero ligeramente torcido, parecía estar deseando sentarse a la sombra. La primera casa que vieron —la primera casa de la ciudad, con jardín de césped, macizos de flores y dos inmensos olmos que daban sombra al jardín a modo de enormes parasoles— tenía un pozo a uno de los lados, junto al cual alguien había

colocado un banco de madera pintado de blanco. Will llamó a la puerta y pidió algo de beber. La anciana que les abrió, apoyándose en un bastón, tenía un aire perplejo e inseguro, y al principio no entendió lo que Will quería. Primero le miró a él, y luego a Eleanor, como si les estuviera evaluando.

—Se han ido todos —dijo, con una voz demasiado contundente para ella—. Se han ido al concierto y a ver los fuegos artificiales.

Cuando Will consiguió explicarse, la mujer se arrastró al interior de la casa y volvió con un cazo de estaño y les dijo que se sirvieran ellos mismos y que eran bienvenidos.

Se quedaron un buen rato sentados en el banco, junto al pozo de la anciana, contentos de haber dejado la carretera y de refugiarse del sol. Will bajó el cubo al pozo, llenó el cazo y se lo pasó a Eleanor. Ella bebió arqueando el cuello delicadamente, con los labios fruncidos, dispuestos a recibir el frío beso del cazo, y cuando miró a Will, sus ojos —en los últimos tiempos tan gélidos que Will empezaba a temer que se pusieran a gotear por la condensación— se habían vuelto acuosos y cálidos. Eleanor le pasó el cazo y sus manos se rozaron. La brisa encrespó los árboles. Todo parecía disolverse a lo lejos, y mientras bebía, Will la miró a los ojos.

—¿Crees que el jardinero se habrá acordado de podar mis rosas? —dijo Eleanor con una voz que apenas le llegaba al cuerpo.

Fueron directamente a la estación, y Will compró un segundo billete igual al que había llevado en la cartera durante los últimos diez días. Quedó entendido que pararían un día en Chicago para que Eleanor se comprara algo de ropa. Will también necesitaba una muda, por lo menos ropa interior, camisas y calcetines. El próximo tren salía a las ocho, y como ninguno de los dos tenía muchas ganas de andar después de todo lo que habían pasado, se sentaron en un banco de la sala de espera, en la estación Michigan Central, con dos horas por delante.

El lugar estaba casi desierto, toda la ciudad celebraba reuniones familiares o se congregaba en torno a las festividades nocturnas del sanatorio. Eleanor se refrescó en el lavabo de señoras y luego se sentó al lado de Will, perdida en sus pensamientos. Will tampoco tenía mucho que decir y estaba contento de sentarse simplemente junto a ella, pero al cabo de un rato empezó a experimentar una sensación que le había sido ajena durante mucho tiempo, y que al principio no reconoció. Era una presión en la región abdominal, una especie de dilatación y constricción, como si en su interior hubiera una boca que se abriera y se cerrara sobre nada. Tardó un rato en identificar la sensación.

Miró al cielo, escudriñó las copas de los árboles, dejó que su mirada contemplara el enorme y orgulloso cartel —la primera cosa con la que habían topado sus ojos al llegar a Battle Creek—, para luego seguir las vías hasta llegar al nebuloso punto en que se juntaban y desaparecían hacia el este. Y luego, como si fuera la cosa más natural del mundo, se volvió hacia Eleanor y le preguntó:

—¿No quieres comer algo?

George se volvió y huyó por el pasillo, abriéndose paso en dirección al bidón volcado de queroseno justo en el momento en que las llamas lo alcanzaban. Borracho como estaba, enajenado, degenerado y loco de nacimiento, lo había planeado todo, eso estaba claro. Había pensado escapar cuando el bidón se prendiese con un rugido y una sonora sacudida que hiciera temblar el edificio hasta sus cimientos, pero no había contado con una cosa: John Harvey Kellogg. Ágil, rápido, fisiológicamente tonificado y con la cabeza clara, no se preocupó por el fuego como George había previsto. No, lo que George no sabía ni podía sospechar era que el doctor había construido aquella estructura para que durase hasta la eternidad, de piedra y ladrillo, con muros refractarios de amianto y vigas de acero, la había construido para soportar tornados, inundaciones, incendios y toda clase de desastres, naturales o no. El fuego era un inconveniente, un ultraje, pero el mármol no ardía, y el ladrillo y la piedra eran impenetrables. Como mucho, las llamas podrían consumir algunos muebles de las oficinas de las plantas inferiores y producir un olor nocivo que habría que eliminar de las paredes poro a poro, pero el fuego no era la principal prioridad del doctor y, desde luego, no había conseguido postrarle como había calculado aquel sucio pirómano.

Y así, en lugar de escaparse impunemente cuando el muro de llamas se interpuso entre él y su padre adoptivo, George se volvió a contemplar la explosión, y el doctor, que iba pegado a sus talones, le cogió de las caderas lanzándose en plancha como un jugador de rugby. Los dos cayeron rodando en un marasmo de sudor, mugre y grasa, de hedor a ropa sucia y a pies infectados de hongos. Se sacudieron uno a otro. El doctor le sujetaba con firmeza, y a pesar de la diferencia de edad aventajaba claramente a aquel simio obscuro, aquel saco de basura. George le lanzaba puñetazos y patadas como si estuviera nadando en el aire, pero su padre no le soltaba, furioso y omnipresente como diez hombres, atacándole como una jauría de sabuesos, rasgándole la ropa y devolviéndole cada uno de los golpes con creces. *Ahora*, pensó el doctor, *ahora* veremos para lo que sirve la vida fisiológica y quién acaba con quién, el hombre de cincuenta y seis o el muchacho de veinti...

Pero en aquel momento estalló el bidón y un viento brutal barrió el pasillo. El doctor perdió la presa. Tenía agarrado al muchacho, y le estaba destrozando —ya no era un médico ni un sanador, no era un hombre caritativo, sino una fiera selvática enloquecida maltratando a otra fiera—, cuando George, tan reluciente de grasa como un cerdo en una feria, logró zafarse. Se incorporó, gateando, ya sin burlarse del doctor, pálido bajo aquella máscara de porquería. Rápido como un acróbata, el doctor también se puso de pie, y otra vez salieron a la carrera, continuando aquella jadeante cacería, mientras el infierno rugía negro y ardiente tras ellos.

George corría para salvar su vida. El doctor iba justo detrás, con sus breves piernas moviéndose velozmente, y seis palabras casi incomprensibles latándole en el cerebro, *¡Otra vez, pienso quemarlo otra vez!*

—¡George! —gritó con rabia—. ¡George! —No era una orden ni una maldición,

sino un grito de guerra, simple, terrible, desnudo hasta los huesos. Al final del pasillo, George se volvió hacia las escaleras en vez de intentar salir, y al doctor le dio un vuelco el corazón. Sabía que le cogería, sólo necesitaba tiempo y espacio suficiente. George alcanzó las escaleras de un salto y el rápido y asustado estrépito de sus pies reverberó en los escalones mientras se precipitaba hacia el sótano. El doctor saltó ágilmente la baranda, levantando las rodillas endurecidas por la bicicleta como si fueran muelles.

Llegaron al largo pasillo del sótano en el que se alineaban los laboratorios, un campo abierto sin obstáculos donde el doctor podría alcanzarle y derribarle, pero George se echó a un lado y se lanzó contra las baldosas como si hubiera caído agarrado por otro jugador en un partido de rugby. Con aquello ganó unos instantes, mientras el doctor, excesivamente concentrado en la persecución, le sobrepasó a toda velocidad. George se levantó a toda prisa, se volvió y corrió en dirección contraria.

—¡Ríndete, George! —gritó el doctor, braceando contra la pared, dándose la vuelta y saltando hacia adelante otra vez—. ¡No tienes ninguna posibilidad! —tronó, extrañamente alborozado, muy cerca de los estrechos hombros y de la nuca de aquella grasienta y odiosa cabeza. Ni siquiera estaba cansado.

Pero George le sorprendió. En vez de dirigirse hacia la escalera por la que acababan de bajar, y obligado a escoger entre el aire libre y las llamas, el muchacho reventó la puerta del primer laboratorio a su derecha. «Análisis fecales», leyó el doctor mientras entraba detrás de George. Pero luego el doctor se dio cuenta. Se detuvo. Justo allí, justo en el umbral de aquel cuarto a oscuras. Tal vez George no se hubiera dado cuenta, pero se había metido en un callejón sin salida. La habitación era larga y estrecha, dividida una y otra vez por estanterías con muestras. Sólo tenía una salida, y la estaba tapando John Harvey Kellogg. No dijo una sola palabra. Se limitó a escuchar. Luego, encendió la luz.

Nada. Si George pensaba que iban a jugar al escondite, estaba loco. Lo único que tenía que hacer el doctor era quedarse allí a esperar ayuda. Alguien habría visto el fuego, alguien del personal o uno de los congregados en el jardín. Ellos se ocuparían de todo —seguro que en aquel momento ya lo estaban haciendo— y estarían comprobando los pasillos, uno por uno. Se cruzó de brazos y esperó. Casi empezaba a sentirse a gusto cuando escuchó un ruido detrás de él, potente como el estallido de una llanta, y una jarra se estrelló contra la pared por encima de la cabeza. El olor le alcanzó en seguida, fétido, fecal, inmemorial. Tardó un momento en comprender lo que pasaba, y en aquel momento una segunda jarra se estrelló contra la pared, y luego una tercera: George estaba destruyendo las muestras. Profanando los archivos del sanatorio. Socavando el sistema en sus mismos cimientos. Un recipiente le alcanzó en el pecho y cayó al suelo, a sus pies. Descargó su contenido en una explosión suave, casi tímida. *¡George le estaba tirando mierda!*

No había nada que hacer. Aquello era el fin. El doctor perdió toda capacidad de razonamiento y entró en la habitación dando un grito. Fue un error. En aquel

momento, George se dejó ver tres filas de estantes más atrás, y cuando el doctor saltó hacia él, se enfrentó súbitamente con el fenómeno de toda una estantería en movimiento, una pared móvil de excrementos enlatados y encapsulados que se abatía sobre él, y que, al cabo de un momento, le había enterrado.

—¡Doctor Ano! —chilló George con voz burlona—. ¡El auténtico doctor Mierda! —Y aquella risa áspera e irónica se desgarró contra las paredes y se arrastró hacia el pasillo.

Su chaqueta ya no era blanca, sus muestras estaban destruidas, el laboratorio asolado y todo el edificio bañado en llamas, pero el doctor Kellogg no estaba derrotado, él no, todavía no, nunca. Se quedó parado un momento, evaluando la situación, envuelto en el olor gaseoso y opresivo, en los tristes secretos de todos aquellos intestinos autointoxicados, expuestos a la luz y diseminados por todas partes, mostrando todos los colores que uno pudiera imaginarse, desde el siena al crudo y del crudo al negro alquitrán. Luego, se quitó de encima la estantería como si fuera de papel. En un instante estaba de pie y salía por la puerta, pero no había nadie a la vista. Se detuvo un largo momento, secándose las gafas con su manchada y arruinada chaqueta, con las manos negras de mugre y excrementos y todos los sentidos aguzados. Le pareció que le sangraba un corte encima de la ceja y se había dislocado el hombro, pero no era nada. En aquel momento tenía un objetivo, un solo objetivo, y aquello era lo único que le importaba. Escuchó. Observó. ¿Se había escapado George escaleras arriba? No, no había tenido tiempo, y se oían voces gritando desde arriba, ruido de pasos, movimiento, agitación. ¡Estaba allí, el maldito George estaba allí!

En aquel momento, el doctor fue consciente de un suave y constante matraqueo, un sonido que había estado oyendo a baja frecuencia durante el último minuto más o menos sin tener conciencia de él, un ruido biológico, el ruido del aire rechinando al entrar y salir de una laringe rígida. Miró a su alrededor, cauteloso. Y entonces emergió una sombra del umbral de una puerta del final del pasillo. Reluciente, lupina, cercana al suelo: Fauna, la loba blanca vegetariana y pura. O, mejor dicho, la loba bicolor, más gris que blanca, ya que Murphy no tenía que ponerle polvos excepto para sus actuaciones. Pero ¿dónde estaba Murphy? ¿Y cómo se había soltado el animal? La pregunta se contestó sola, al cabo de un momento apareció detrás de la loba la figura desgarrada, de cabeza a pepinada y andares desgarrados de la chimpancé Lillian. ¡George! Estaba dentro. En el laboratorio de los animales. Él los había soltado.

—¡Lillian! —ladró el doctor con voz de mando—. ¡Niña mala, vuelve a tu jaula! —Y avanzó hacia los animales con los brazos extendidos para llevarlos al redil. La chimpancé levantó la cabeza al oír su voz, luego apoyó los nudillos en el suelo y le enseñó los dientes.

—¡Uuuuuuh, uuuuh! —chilló desafiante, y aquel sonido, rudo e insolente, hizo subir de tono los gruñidos de la loba.

—¡Échate, Fauna! —ordenó el doctor y avanzó por el pasillo, con los anteojos

brillándole, concentrado sólo en una cosa: la puerta abierta y el causante de todas sus calamidades y trabajos, que debía de estar al acecho en algún sitio. Pero Fauna no se acobardó. El gruñido se fue haciendo más tenso hasta que pareció que se ahogaba y tensó los músculos para saltar—. ¡Échate! —gruñó el doctor, y se llevó los brazos a la cabeza. No se iba a dejar intimidar por un simple animal, de modo que cargó contra ellos.

Sin embargo, a pesar de todo, se llevó un gran disgusto cuando Fauna le cogió la pierna derecha, justo debajo de la rodilla, con una presa tan feroz y repentina como la muerte —¿qué le había hecho al animal para que le atacase?—, y, simultáneamente, la chimpancé Lillian cayó sobre su garganta con un par de manos correosas, de dedos muy largos, capaces de destrozar los puños de John L. Sullivan con la misma facilidad que hubiera roto una nuez. Era un momento difícil. Uno de los momentos más descorazonadores de la vida del doctor. ¿Qué había hecho para merecer aquello, para ser derribado contra el suelo por el peso combinado de una chimpancé y una loba? ¿Cómo podía odiarle George de una forma tan pertinaz e incondicional? Y aquellos animales, ¿acaso no le apreciaban? Giró sobre sí mismo de forma instintiva, notó los incisivos soltándole y volviéndosele a clavar de nuevo, advirtió el frío húmedo de las baldosas italianas contra su espalda mientras le rasgaban la chaqueta hedionda de mierda, la camisa y la camiseta como si estuvieran hechas de arpillera, y, por primera vez en toda su vida fisiológica, sintió Saquear su fe.

Quizá, pensó, acurrucándose bajo el asalto de las demoledoras y correosas zarpas y retorciendo la pierna casi distraídamente bajo la presa de los dientes perforadores, estaba equivocado, quizá su vida no había sido más que un completo fraude. Vio desfilar de golpe todo el circo de su vida, los dirigentes adventistas y la hermana White, los cuarenta y dos expósitos, las incontables caras de sus incontables pacientes y las bocas sangrantes de las heridas que les había hecho; vio a George, a Charlie Ossining, a los Lightbody. Quizá se había mostrado demasiado obstinado, pensó, demasiado seguro de sí mismo, demasiado soberbio al considerarse su propio guía y su luz, y aquel pensamiento le hirió mucho más de lo que podía herirle ningún puñetazo, mordisco o hijo renegado. Le dolió tanto, que estuvo a punto de rendirse. Y una voz surgió en su interior, diciéndole: *Así son las cosas: deja que te desgarren la carne, dejemos que estrangulen el aire en tus pulmones, déjate morir.*

Pero entonces, en el nadir de aquel oscuro y abandonado momento, aquel momento de desesperación y enfermedad mortal, recordó un punto sobresaliente y significativo: él no era un hombre cualquiera. Era un hombre con una misión, estaba dotado de la fuerza de cientos de hombres, de miles, quizá, él era John Harvey Kellogg. Aquella información le dio nuevas fuerzas y arrancó su atormentada pierna de las fauces de la loba. La loba, con la excitación del momento, cerró sus mandíbulas sobre la delicada pezuña de color ébano de la chimpancé. Fue lo único que pudo morder. Lillian soltó un chillido blasfemo y cayó sobre la loba como si se estuviera quemando, con su brazo nervudo y retorcido pegado a la garganta de la loba

y el otro cerrado alrededor de los ojos. Las dos bestias rodaron por el pasillo en un cataclismo destructor de aullidos, chillidos, alaridos y gritos.

El doctor se sacudió y se puso de pie de un salto. Los jirones de su traje y de la camiseta se le arrollaban en la cintura y se arrastraban formando una cola, de tal forma que parecía un enorme plátano pelado. Tenía la pernera derecha perforada y empapada en sangre. Dio un respingo al apoyarse sobre la pierna que le había mordido la loba, avanzó cojeando por el pasillo y se agachó para coger los globos gemelos de luz que eran sus anteojos. Limpiándolos con uno de los jirones de lino que orlaban su cintura como una falda de bailarina de hula-hula, colocó con esfuerzo la montura retorcida en torno a sus orejas. Se enderezó y examinó el campo de batalla, más determinado que nunca a perseguir al provocador de aquel caos y hacerle pagar por ello.

Arriba: gritos, alaridos, el pulso y el latido de un vigoroso movimiento. En el pasillo: las dos bestias, todavía peleándose, agitándose y sacudiéndose contra las paredes como un par de alfombras de chimenea que hubieran cobrado vida. A sus espaldas: el olor a excrementos del laboratorio saqueado y el suelo de baldosas salpicado por el ilegible mensaje de sus muestras violadas. Y ¿qué tenía enfrente? La puerta del laboratorio de los animales permanecía abierta y George tenía que estar allí dentro, destrozando los acuarios, liberando a los cobayos, los sapos y los lagartos, perdido en una especie de repugnante fantasía infantil de aniquilamiento de sus juguetes. Bueno, dejémosle, murmuró el doctor para sí, y se aproximó sigilosamente a la puerta.

Silencioso, prudente, acechando a su presa con la fiera e intensa concentración de un pigmeo con su cerbatana o de un aborigen australiano con su bumerán, el doctor Kellogg se pegó a la pared y se arriesgó a mirar a hurtadillas desde el marco de la puerta. El laboratorio estaba como hacía un rato. Las luces estaban encendidas, lo cual era una buena señal, pero, por lo demás, todo estaba como debía estar. Había un leve olor a orina de roedor, tan débil que sólo el doctor, con su olfato hipersensible, podía detectarlo; incluso en aquel momento tan extremo, tomó nota mental para acordarse de decirle a Murphy que limpiase a los roedores minuciosamente. Las jaulas seguían en las estanterías, como siempre. El doctor escuchó las mudas carreras y el arrastrarse de patitas y rabos desnudos, escuchó atentamente a la espera de inoportunos pasos, de un chirrido de bisagras, de un estrépito de cristales rotos. Y de pronto sintió una mano en la cara, la mano de George, que le arrancaba las gafas, que intentaba arrancarle los ojos, los labios, la nariz, y la figura de George apareció en el pasillo ante sus ojos.

—Bueno, padre —se burló, levantando la voz para hacerse oír por encima del horrible estruendo de Fauna y Lillian—, ¿qué le parece ahora la vida fisiológica? Yo diría que huele a mierda.

Aunque sus anteojos estaban torcidos y tenía la pierna tiesa, el doctor arremetió contra él, pero George le esquivó, escapándose rápidamente de su alcance con una

carcajada de loco.

—Cójame si puede —le desafió, y salió corriendo por el pasillo, pasó junto a la loba furiosa y la histérica chimpancé, y desapareció en las cocinas experimentales, como Lillian había hecho antes. El doctor le siguió, con el paso aminorado por su pierna —parecía que no podía doblar la rodilla—, pero firmemente decidido a darle alcance. Aquélla era la batalla final.

Y entonces, por fin, la balanza se inclinó a su favor.

Cuando cruzó la puerta y entró en la oscura habitación, arrastrando la pierna, encontró a George desplomado en el suelo junto a la cuba de mantequilla de nuez. Se estaba agarrando el tobillo y gimoteaba. Era el mismo muchacho odioso e intransigente que había descubierto en la despensa de los tubérculos, el muchacho que no quería colgar su chaqueta en la percha, el que atormentaba a sus hermanastros, el que prendía fuego y se negaba a tratar a sus padres adoptivos con el respeto, por no hablar de la gratitud, que se merecían. El niño al que nadie podía tocar. El niño que vivía sólo para refutar y envilecer todo lo que defendía John Harvey Kellogg. Estaba herido. Lloriqueando. Agarrándose el tobillo.

En un instante, el doctor comprendió que se había acabado todo. George había irrumpido en la habitación, con afán destructor, pero débil en su esencia y en la más honda y corrupta fibra de su cuerpo, débil, débil, débil —y encima borracho, aturdido por el alcohol—, había tropezado con la palanca, situada a un metro de altura y que salía del fondo de la cuba, la palanca que ponía en funcionamiento las enormes palas mezcladoras para que batieran los rígidos pedazos hasta hacerles soltar su esencia. Por la forma en que George se sujetaba el tobillo, por el ángulo en que se torcía el pie respecto a la tibia, el doctor dedujo que se lo había roto y que la rotura era grave. George respiraba en rápidos y hondos jadeos, y el dolor le nublaba los ojos. Estaba encogido en las sombras, en la base de la cuba.

El doctor Kellogg no lo dudó ni un momento. Todo había llegado demasiado lejos; ya no había vuelta atrás posible y menos en aquel momento. Cruzó la habitación como una exhalación, en un solo y violento impulso, se agachó, agarró al muchacho y lo hizo ponerse en pie, ignorando su grito de agonía cuando su peso recayó sobre el tobillo roto y se tambaleó con la pierna buena hasta la pared inamovible de la cuba. El doctor le abofeteó, una y otra vez, abofeteó aquel rostro atormentado y arrogante que se había encogido y vuelto inexpresivo, la cabeza que le rodaba floja sobre los hombros, y ni un solo momento recordó aquella noche en el vestíbulo, ni titubeó un solo instante. Al doblar el espinazo del muchacho contra el afilado e implacable borde de la cuba, sólo pretendía hacerle daño, sólo eso, darle lo mismo que él había recibido, y le pegó hasta que las manos se le quedaron insensibles y el rancio hedor del muchacho dejó paso al intenso y condensado efluvio de la mantequilla de macadamia.

Quinientos kilos, media tonelada de suave, nutritiva y saludable mantequilla de macadamia, suficiente como para saciar tres cuartas partes de los estómagos de Battle



Creek y esperando sólo a los recipientes que la contendrían. En su superficie flotaba un mar de puro y dorado aceite, que brillaba con la luz filtrada por la puerta entreabierta, temblando y hundiéndose con el impacto oceánico de la rabia del pequeño doctor al golpear a George una y otra vez. Y entonces ocurrió una cosa muy curiosa. Al contorsionarse para evitar los golpes del doctor, George quedó doblado por la cintura, pero lacerado por el dolor del tobillo y la imperiosa necesidad de apaciguarlo, perdió pie y se abalanzó contra el interior de la cuba. Al principio, sólo se le sumergió el brazo derecho, y él manoteó para sacarlo, con la mano, muñeca y antebrazo relucientes de aceite y la camisa engrasada hasta los hombros, pero el doctor estaba inspirado, y, sin vacilar, forzó al muchacho a volver a la fragante, untuosa y chapoteante espuma, bautizándole, purificándole, y mantuvo allí su cabeza, hundiéndosela con cada gramo de su ultrajada fuerza fisiológica que pudo reunir, mientras George se impulsaba a la superficie en busca de aire para luego hundirse en el oleaginoso abrazo de la mezcla.

El doctor sujetó a George hasta que éste dejó de luchar. Al final, su presa se volvió casi blanda, y se imaginó bañando al muchacho en la enorme y reluciente bañera de porcelana cuando llegó al sanatorio, frotándole con esponja y jabón, quitándole la suciedad, lavando y ungiendo al hijo que George nunca pudo ser. En todo aquello había una tristeza infinita. Infinita. Pero George era un experimento que no había funcionado, y no había nada, ningún motivo, para avergonzarse, y todavía menos para un hombre de ciencia. Cuando salía mal un experimento, había que pasar al siguiente, y al que siguiera al siguiente, seguir adelante en el trémulo universo del descubrimiento y la revelación que se extendía brillante a los pies de Dios. George era un engendro. Una aberración. Nunca debió haber nacido, nunca debió haber cobrado aliento, nunca debió habersele permitido sumarse al conjunto de la miseria y la depravación humana que arrastraba a la raza irremisiblemente hasta su ruina.

El doctor Kellogg se irguió. Amablemente, con una caricia entrañable y la más exquisita gracia fisiológica, apretó el inerte e inanimado cuerpo del muchacho contra el suyo, levantando primero una pierna sobre el borde de la cuba y luego la otra. Después lo soltó, lo dejó caer boca abajo, resplandeciente en el preciado aceite. Era algo duro de hacer, lo más duro que había hecho en toda su vida. Pero incluso allí, en aquel momento, sangrando en silencio entre los andrajos de su ropa, incluso mientras George se mecía levemente ya fuera de su presa, supo que sacaría fuerza de ello. Porque él no era un enclenque, él no era George. Él era John Harvey Kellogg, y viviría eternamente.

# Epílogo

C. W. Post, el hombre que había difundido las marcas Postum y Grape-Nuts con una llamativa publicidad por todo el mundo, fue el primero de los apóstoles de la salud en sucumbir a lo inevitable. En realidad, nunca había superado del todo los trastornos estomacales que le llevaron a llamar a la puerta del doctor Kellogg en 1891, aunque el pensamiento positivo y la acumulación de una considerable fortuna personal, que le colocaba en los primeros lugares de la lista de los hombres más ricos del país, mantuvieron a raya durante algún tiempo aquellos trastornos. Alto, dinámico, el más fotogénico y oportunista de los barones de los cereales de Battle Creek, combatió su debilidad constitucional con panfletos y lemas (*Grape-Nuts: Hay una razón; Postum: La sangre circula mejor*), y en 1904 rejuveneció considerablemente al divorciarse de su mujer, la que había cosido tirantes en los malos tiempos, y casarse con su secretaria, una ingenua muchacha treinta años más joven que él. En 1914, cuando el apéndice se le deterioró definitivamente, le condujeron a toda prisa en un tren especial desde Santa Barbara a Rochester, Minnesota, donde los hermanos Mayo le practicaron una operación de urgencia, mientras medio mundo esperaba los resultados con los dedos cruzados. La operación fue un éxito, pero aquello era la punta de un iceberg. Charlie Post estaba enfermo, realmente enfermo del estómago. El 9 de mayo de aquel año, en su habitación con vistas al brillante estallido de las olas del Pacífico, se puso un rifle en el plexo solar y acabó con todo. Tenía cincuenta y nueve años.

Battle Creek se vistió de luto por el fallecimiento. Se colgaron crespones negros de las casas, cerraron tiendas y fábricas, y unos mil trabajadores de Postum formaron una guardia de honor mientras el cortejo fúnebre, miles y miles de personas apretadas hombro con hombro, recorría las calles. Fue un día triste para Battle Creek, aunque los hermanos Kellogg —en especial el doctor— no pudieron evitar sentir un pequeño estremecimiento de triunfo al enterarse de la noticia. El mundillo de la salud, en los últimos tiempos abarrotado de competidores, parecía haberse vuelto de pronto mucho más espacioso.

Pero si el doctor Kellogg no derramó una lágrima por el fallecimiento de su rival, Charlie Ossining sí. Supo la noticia en París, en Saint-Germain-des-Prés, donde vivía con su mujer, una suiza llamada Marie-Thérèse, hija de un embajador y que hablaba cinco idiomas, componía música y poesía y escribía para las revistas culturales más importantes del momento. Charlie también tenía una casa en Zurich y una propiedad de doscientos cincuenta acres en Westchester, donde pasaba seis meses al año, vigilando la marcha de la empresa Per-To protegido por su verdadero nombre, Charles Peter McGahee. Las dos casas eran grandes y espaciosas, como lo era también el piso de Saint-Germain-des-Prés, y los salones de las tres estaban exclusivamente dedicados al billar. De hecho, Charlie estaba inclinado sobre la mesa de billar, enfrascado en una amistosa partida con el barón Thierry de Villiers, cuando llegó el telegrama de Nueva York.

La noticia de la muerte de C. W. Post le dejó muy impresionado. El barón contó

más tarde que Charlie, tras abrir el telegrama, había dejado la copa de champán Pommery & Greno, depositándola cuidadosamente en una estantería, y había estallado en lágrimas. Junto con Lydia E. Pinkham y el anónimo proveedor de las pastillas para la memoria, Charlie Post había sido su guía y su inspiración y, más que ningún otro, la persona en cuya imagen había intentado mirarse. Estuvo trastornado e indispuesto durante varios días. Su primer impulso había sido comprarse un pasaje para Nueva York, para desde allí coger un tren a Battle Creek y asistir al entierro. Pero su mujer y el barón le hicieron desistir. El cuerpo del rey de los cereales tardaría en ser trasladado de Santa Barbara tres días como máximo, y cuando Charlie llegara ya estaría enterrado. Reticente, se dejó convencer. Pero muchos años después, cuando ya era viejo, Charlie hizo un peregrinaje a Battle Creek, la ciudad que le había inspirado y le había rechazado, y se acercó al enorme mausoleo de mármol del cementerio de Oak Hill para presentarle sus respetos.

No era un homenaje gratuito, porque Per-To había sido posible gracias a Post, como también lo eran todos los cereales que inundaron los Estados Unidos y Europa con el cambio del siglo. Cuando Charlie abandonó Battle Creek, a la mañana siguiente del Día de los Caídos de 1908, se había llevado con él sus esperanzas y proyectos, sin mencionar el par de pulseras de acero que tan generosamente le había regalado el jefe de policía de la ciudad y los novecientos dólares que le quedaban de la inversión de Will Lightbody en Per-Fo (o, mejor dicho, el acceso a la cuenta del Central National Bank donde estaban ingresados). Con ellos fundó la Perfect-Tonic Company, Inc., de Battle Creek, Michigan, con fábricas y oficinas en Nueva York, Chicago, San Francisco y Boston, y luego se dedicó a hacerla crecer hasta convertirla en un auténtico imperio. Se consideraba afortunado en muchos aspectos, pero, sobre todo, por haber podido escapar de Battle Creek en la madrugada de aquella mañana de junio, cuando la ciudad entera le estaba buscando y sólo le esperaban un catre de hierro y una celda húmeda.

Había pasado aquella larga noche festoneada por los fuegos artificiales esperando a George. Se había quedado dormido totalmente ebrio gracias al potente brebaje de Lydia E. Pinkham, pero George no apareció. Una hora antes de que saliese el sol, se levantó, se guardó en la cintura una botella del preciado licor para alimentarse, y recorrió un largo trecho por el oscuro lecho del arroyo que rodeaba la ciudad, siguió viajando hacia el noreste hasta que se hizo totalmente de día y entonces decidió quedarse a dormir entre la maleza. Viajando de noche y durmiendo de día, sobresaltando a los perros encadenados y a las gallinas en sus corrales, comiendo lo que encontraba y evitando el contacto humano, hizo un viaje de placer por los alrededores más remotos de la región hasta salir por fin del estado sin ningún incidente. Se dirigió a Indianápolis, donde le dieron trabajo en una destilería y donde encontró a un herrero que por una módica compensación le liberó de sus joyas oficiales. Canceló por correo su cuenta en el Central National Bank, y volvió a Nueva York por todo lo alto en el Twentieth Century Limited, comiendo ostras y gruesos

filetes sin sentir el más mínimo remordimiento.

Per-To fue un éxito inmediato. Los envases tenían una etiqueta muy atractiva e impactante, de papel brillante con relieves en oro y plata. Sabía a apio, activaba la circulación, fortalecía los músculos, saneaba los pulmones, y estaba recomendado contra la pleuresía, las dolencias cardíacas, la difteria, la gripe, los estados de debilidad, las molestias masculinas, las molestias femeninas y el prurito anal. Charlie bañó sus ingredientes activos —«Apio, genciana, arañuela, falso unicornio, hepática»— en una solución de alcohol del cuarenta por ciento («Añadido sólo como soluble y conservante») y descubrió que lo único que necesitaba para tener una fábrica era un cuarto trasero, una marmita de hierro colado, algunas raíces y semillas en polvo, y una fuente segura de energía eléctrica. Durante los tres primeros años se gastó hasta el último centavo de sus beneficios en publicidad.

Aunque con el tiempo se convirtió en uno de los más importantes ciudadanos de Westchester, reconocido por todos como filántropo y mecenas de las artes, fue siempre un expatriado, al menos en parte, y no se volvió a reconciliar con la señora Hookstratten. Cuando estaban en su hogar, Marie-Thérèse y él daban grandes fiestas, y muchos de los principales de la sociedad de Peterskill disfrutaban de su hospitalidad, pero la señora Hookstratten seguía ostensiblemente ausente. Tampoco invitó nunca a los Lightbody, aunque en la Navidad de 1911, cuatro años después de sus inversiones en Per-Fo, Will recibió un cheque de cinco mil dólares de un tal Charles Peter McGahee, de la empresa Per-To, agradeciéndole su generosidad y esperando que su desembolso hubiera quedado suficientemente recompensado. Por desgracia, Charlie engordó ostensiblemente durante sus últimos años, ahíto de los ricos patés, los chateaubriands y las salsas con mantequilla que le preparaba Marie-Thérèse, y murió en 1945, a los sesenta y tres años, por culpa de un corazón sobrecargado.

En todos aquellos años, Charlie nunca tuvo noticias de Bender, excepto ciertos rumores, aunque se decía que el hombre al que habían detenido en Detroit era un compinche —o mejor dicho, un primo— a quien Bender había pagado para que asumiese su nombre y lo pasara por el mejor hotel de la ciudad, presumiblemente con la idea de que las autoridades perdieran su pista. Para un hombre como Bender, la cantidad que había conseguido con la estafa de Per-Fo no era muy elevada, y se decía que había perdido gran parte en una mina de plata en Nevada. Volvió a aparecer años más tarde en Montana, con ochenta y tantos años y la barba todavía partida en dos y teñida, con el nombre de Smith «el Jabonero» y ganándose la vida con un par de cómplices practicando el truco del jabón. En una taberna, o junto a un comercio de cualquiera de los miles de pueblos del Oeste, atraía a la gente envolviendo visiblemente pastillas de jabón en billetes nuevos que iban desde un dólar hasta los cien, dejando a la vista muchos más de los segundos que de los primeros, para luego envolverlos con papel liso y meterlos en una cesta. Por cinco módicos dólares, invitaba a cualquiera de los mirones a hurgar en la cesta y coger cualquiera de las

pastillas —y su valioso envoltorio— que tuvieran a su alcance. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, los únicos participantes que siempre cogían las pastillas con los billetes de cien dólares eran un par de hombres bigotudos de aspecto astuto, a los que nadie recordaba haber visto por la ciudad. A Bender le salió muy bien el truco del jabón, como siempre le había sucedido con sus innumerables ardides. Era un hombre dotado de un perfecto sentido de la oportunidad y un conocimiento profundo y disoluto de sus presas. En el otoño de sus ochenta y cinco años, según contaban, un mal perdedor del juego del jabón le pegó tres tiros en la cabeza. Le enterraron, en ropa interior, en las afueras de Dawson, en el territorio de Yukon.

En cuanto a los Lightbody, Will y Eleanor, volvieron a Peterskill para encontrarse con su casa de Parsonage Lane en orden, aunque Dick, el terrier de pelo duro, no les perdonó nunca que le hubieran abandonado y se pasó el resto de su vida descargando su disgusto en las alfombras persas cada vez que le dejaban solo durante más de dos o tres horas. Las rosas del emparrado que había al exterior de la ventana de la cocina estaban en su apogeo, la pequeña y soleada habitación situada en el piso alto estaba preparada para recibir a su futuro ocupante, y la familiar y sombría ciudad, con sus pronunciadas cuevas y sus paseos primaverales, sus animosas vistas al Hudson y al monte Dunderberg al oeste, y a la montaña llamada Anthony's Nose al norte, pareció darles la bienvenida, y sobre sus vidas se extendió una atmósfera de tranquilidad y quietud. Hay que reconocer que durante las primeras semanas, la cuestión de su régimen de comidas fue un tema delicado, y la señora Dunphy, la cocinera, tuvo que trazar una fina línea entre el viejo orden fisiológico y el nuevo de moderación y laxitud, pero Eleanor se comía sin quejarse una tortilla de espárragos, un sábalo escalfado o una chuleta de ternera, y Will descubrió que el duro puño caliente de su estómago empezaba, aunque muy gradualmente, a desatarse de nuevo.

En el ínterin se había muerto el doctor Brillinger, y el nuevo médico de la ciudad, el doctor Morris Frieberg, de la Johns Hopkins School of Medicine, reconoció a Will sin darle demasiada importancia, le diagnosticó una úlcera de duodeno en franca recuperación y no le prescribió nada excepto un régimen razonable de comidas y bebidas, y algún que otro paseo por la avenida después de comer. A medida que transcurrían las semanas y los meses, Will descubrió que un vaso de cerveza antes de las comidas le ayudaba a hacer la digestión y que una o dos copas de coñac en la sobremesa le dejaban radiante. Comía verduras, comía también fibra y cereales, y de vez en cuando disfrutaba con unos huevos duros a la vinagreta o un trozo de cecina. Dormía a satisfacción por las noches, con Eleanor respirando suavemente a su lado en la cama con dosel y el terrier de pelo duro, Dick, a sus pies. Y cuando le apetecía, después de jugar dieciocho hoyos con alguno de sus antiguos compañeros de estudios o hacer una excursión al embalse de la Blue Mountain, dormía la siesta. El otoño de aquel mismo año volvió a la fábrica de Water Street, pero sólo para presentar la dimisión, aduciendo problemas de salud. En realidad, nunca se había sentido mejor, y se prometió dedicarse sólo a lo que le interesaba: leer las obras completas de Dickens,

construir barcos dentro de botellas, criar terriers de pelo duro y prepararse para la paternidad.

En febrero del año siguiente, Eleanor dio a luz a su primer bebé, una niña de tres kilos y doscientos gramos, con unos ojos como dos manchitas de esmeralda, a la que llamaron Elizabeth Cady e instalaron en una cuna en la habitación rosa y soleada que había en el piso alto. A los dos años le siguió Lucretia, y por fin, después de una interrupción de cinco años, llegó Julia Ward. Crecieron altas y patilargas, y comían lo que les apetecía, dentro de un orden. Will las adoraba.

Eleanor se suavizó con la maternidad. El pertinaz problema nervioso de su juventud pareció remitir y tuvo cada vez menos importancia con el paso de los años. Pero aunque se había suavizado, en parte como penitencia por su experiencia en Battle Creek, Eleanor no perdió nunca su sarcástica agudeza ni su celo reformista. Si antes había puesto todas sus energías en la dieta, ya que el control del apetito era la fuente y los cimientos de la conducta humana, ahora había abierto su perspectiva, lanzándose a la política local y nacional, obras de caridad, educación y el movimiento sufragista femenino, con el mismo fervor que antaño había dedicado a la Sociedad de Señoras de Peterskill para la Vida Biológica o al Club de la Respiración Profunda del sanatorio de Battle Creek. Era un cambio de énfasis, una especie de retractación. Mientras que antes las verduras iban a salvar al mundo, ahora eran los derechos humanos, la educación, con una devoción desinteresada y entregada a la causa. Se convirtió en presidenta de la organización local de la Asociación Nacional Norteamericana para el Sufragio de la Mujer. En 1919 se dedicó a viajar por todo el país buscando la aprobación de la enmienda constitucional que daría el voto a la mujer. Estaba tan dedicada a su actividad, que en muchas ocasiones era Will el que tenía que ocuparse de sus hijas, responsabilidad que asumía muy gustoso y sin que tuvieran que decírselo. Cuando Eleanor estaba en casa y cenaban juntos, ella aceptaba una tajada de pavo o una pieza selecta de ternera, y aunque nunca pareció reconciliarse del todo con la carne, tampoco parecía añorar cosas como Nuttose, el centeno a la brasa y el cumis. Y nunca, o casi nunca, mencionaba al doctor Kellogg.

En cambio, Will raramente viajaba. De hecho, raramente salía, excepto para su saludable paseo hasta el colegio de sus hijas, o para pasar un tranquilo anochecer en Mapes o Ben's Elbow (su límite eran dos copas... bueno... a veces tres). Cuando las chicas crecieron y los estragos de la Segunda Guerra Mundial empezaron a hacerse sentir, Eleanor se ofreció para acoger a refugiados, y la casa de Parsonage Lane se llenó de gente. Había judíos y lituanos, checos, franceses y polacos, que escribían, esculpían, tocaban el piano, daban discursos y discutían de política, comiéndose cualquier cosa que les pusieran delante. Fue una época feliz para Will, con la casa llena de música y de charla, sus tres hijas (dos de las cuales se habían casado) viviendo a unos metros de distancia, Eleanor brillando como la estrella polar de aquella brillante compañía, y él deslizándose tranquilamente en su sesenta y siete cumpleaños. Se sentía en paz consigo mismo, y si no especialmente heroico, sí como

un hombre que había sabido ponerse a la altura de las circunstancias y tomar las riendas de su vida en aquel soleado campo junto al río Kalamazoo, tantos años atrás. Murió mientras dormía, la noche en que Hitler invadió Rusia.

Eleanor sobrevivió a su marido una veintena de años, y cuando cumplió los setenta y se quedó sin causas por las que luchar, empezó, tantos años después, a pensar de nuevo en la comida. A los setenta y ocho, estaba en mejor forma, era más fuerte, tenía la mente más aguda y era más activa físicamente que muchas mujeres con veinte años menos. Las veía en Woolworth's, alimentando sus hinchadas y grasientas caras con cortezas de cerdo y palomitas de maíz con mantequilla, las observaba inclinar las cabezas sobre sus bocadillos de pollo frito e hincharse bajo sus pantalones de chándal con unos michelines que ningún humano tenía por qué soportar. Las veía, lo pensaba, y cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Kellogg tenía razón. (Tal vez Spitzvogel no, ni Lionel Badger, que se había muerto de apoplejía a los cuarenta y nueve años. A pesar del tiempo transcurrido, sólo de pensar en ellos, y en lo que había pasado, aún se ruborizaba y se le aceleraba el pulso. No, ellos tal vez no, pero el doctor Kellogg, sí).

Ante aquella conclusión, se sintió como un apóstata, de modo que renunció a la poca carne a cuya tentación había sucumbido a lo largo de los años, fortaleció su voluntad, rescató sus viejos panfletos, su fermento de levadura y las deterioradas páginas de *Las nueces pueden salvar a la raza humana*, del doctor Kellogg. En 1958, a los setenta y nueve años de edad, se asoció a su hija menor, Julia, y abrió la primera tienda de alimentos dietéticos de Peterskill, llenando sus estanterías de cápsulas de aceite de pescado, suplementos vitamínicos, tahini, masa para wángtang y enormes arcones de semillas de sésamo, maíz mellado, arroz sin descascarillar y brotes de soja desecados. Sobre el mostrador principal tenían una licuadora, y los amantes de la salud locales, trascendentalistas, unitarios y quiroprácticos, se paraban a tomarse un batido de yogur de lecitina o un vaso de zumo de zanahorias. Eleanor murió en 1967, a los ochenta y ocho años de edad, y nadie supo de qué.

¿Y el doctor Kellogg...? El doctor Kellogg, aquel sorprendente payaso, aquel animoso, evangelizador y tacaño transformador de la alimentación, aquel revolucionario tatarabuelo, creador y genio fundador de todo el negocio alimentario, ¿qué fue de él? Medró y tropezó como cualquiera, pero nunca bajó la guardia ni perdió la oportunidad de salir en una foto. Hoy todavía se le puede ver, pues su retrato está colgado en la famosa galería de celebridades, junto a Sylvester Graham, Bronson Alcott, Thomas Edison y el «Viejo» Parr, sonriendo eternamente con una boca plagada de dientes fisiológicos, y con su cacatúa blanca subida a su blanco hombro. O a los setenta años, en bicicleta, describiendo ochos en pantalón corto para la cámara, o lanzando mazas de gimnasia y levantando pesas, o ejecutando un triple salto mortal desde el alto trampolín de la piscina del sanatorio Miami-Battle Creek, situado en Miami Springs, Florida, en el año 1933, a los ochenta y un años.

Luchó en sus guerras y obtuvo sus triunfos. Pero la noche del Día de los Caídos



de 1908, mientras disparaban los cohetes al aire y todo el grupo de sus internos, asociados, pacientes, devotos y familiares lanzaban sus ¡oh! y ¡ah! y miraban a los cielos, tuvo algunos trabajos sucios que hacer, algunas mentiras que contar, algo de polvo que esconder bajo la alfombra. Apareció ante unos atónitos Murphy, Linniman y otras dos docenas de personas que habían saltado al estómago del fuego y lo habían reducido a nada, cojeando por el pasillo de la planta baja, lleno de jirones y andrajos. En su cara había rastros de sudor y sangre, y una brillante capa de aceite de macadamia se adhería a su orgullosa y protuberante barriga desnuda. Llevaba a su alrededor un vaho de secretos intestinales que hizo que dos de sus hombres, maduros y fisiológicamente saludables, se volvieran y vomitaran.

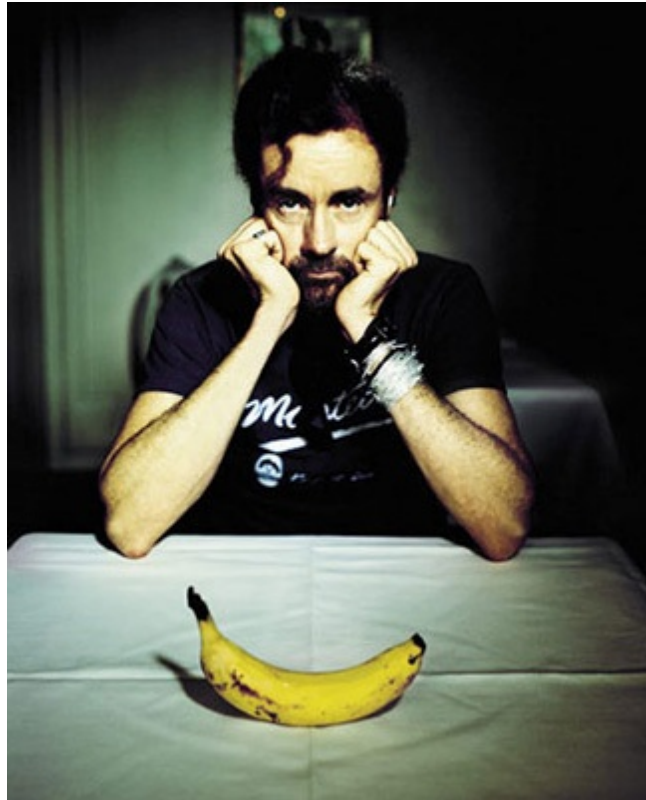
—¡Ha sido George! —gritó con voz trémula y el rostro ceniciento—, ¡él es el responsable de todo! ¡Me ha atacado, ha incendiado el sanatorio y ha soltado a los animales! —Y titubeó, vencido. Avanzaron hacia él, pero les hizo gestos de que se apartaran—. ¡He intentado salvarle! —se sofocó, y no dijo nada más.

Aquéllos fueron buenos años, los años de apogeo del sanatorio, los años en que todo el mundo acudía a él, John Harvey Kellogg, el único, el intachable, la autoridad, el rey. Los años diez dieron paso a los años veinte, los años de la guerra emergieron y cayeron como una marea podrida, las mujeres cambiaron sus vestidos y sombreros de plumas por faldas más cortas y sombreros acampanados, el ragtime dejó paso al jazz, y el sanatorio de Battle Creek ascendió más y más en la corriente, imbatible. Los ágiles dedos de John Harvey Kellogg y su afilado bisturí hurgaron miles de abdómenes, diez mil, y su máquina de enemas irrigó los intestinos más célebres del país, sí, y del mundo. Johnny Weissmuller pasó por allí a que le inspeccionaran las cañerías; Byrd, Amundsen, Grenfell y Halliburton le visitaron, así como J. C. Penney, Amelia Earhart, Battling Bob La Follette, Henry Ford. En 1928 el doctor construyó un suntuoso anexo de quince plantas, con mármol, cristal, tapices y murales, y se sentó a ver cómo se llenaban sus doscientas sesenta y cinco nuevas habitaciones de pacientes necesitados de la vida fisiológica.

Pero no pudo verlo. Llegó la Gran Depresión, los dispépticos empezaron a automedicarse con magnesia y la dieta consistía en lo que uno pudiera conseguir. El sanatorio quebró bajo el peso de sus deudas, y el glorioso edificio que había sido testigo de la conversión de tantos océanos de flora intestinal y de la masticación lenta de tantos cientos de toneladas de sémola y cereales, el santo templo en lo alto de la colina, fue vendido en subasta al gobierno federal y rebautizado Hospital General Percy Jones. Y el doctor Kellogg se retiró a Florida mientras sus enemigos —que eran legión— alzaban sus viejas y sedientas cabezas y olfateaban algo nuevo en el aire.

Al final, aunque recibió y administró más enemas que ningún otro hombre en la historia, aunque comió más verdura que nadie, fumó menos, durmió menos e hizo más ejercicio que la mayoría de los hombres de su época, ni siquiera el doctor Kellogg pudo vivir eternamente. El 14 de diciembre de 1943, como su némesis, C. W.

Post, había hecho antes que él, John Harvey Kellogg pasó a la eternidad.  
Murió, sí. Pero ¿qué más podía pedir?



THOMAS CORAGHESSAN BOYLE está considerado uno de los más importantes narradores americanos del momento. Nació en Peekskill, Nueva York, en 1948.

Se licenció en Inglés e Historia por la Universidad de Nueva York en Postdam, y se especializó en Literatura del siglo XIX en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa, donde terminó su primer libro de relatos, *Descent of Man* (1979). Más tarde publicaría *Greasy Lake* (1985), *If the River was Whiskey* (1989) y *Without a Hero* (1994). En 1999 recibió el premio Pen/Malamud por su volumen de relatos *T. C. Boyle Stories*. Entre sus novelas cabe destacar *Música acuática* (1981), que narra las aventuras del explorador escocés Mungo Park, descubridor del curso del río Níger; *El fin del mundo* (1987), que le valió el premio Pen/Faulkner; *El balneario de Battle Creek* (1993), exitosamente adaptada a la gran pantalla; *The Tortilla Curtain* (1997), galardonada con el Prix Médicis Étranger a la mejor novela publicada en Francia ese año; *Drop City* (2003); *Las mujeres* (2009), que narra la vida del arquitecto Frank Lloyd Wright a través del testimonio de cuatro de las mujeres que pasaron por su vida, o *El pequeño salvaje* (2010), *nouvelle* que recupera la historia del niño salvaje de Aveyron, que, conocedora de numerosas adaptaciones, puede considerarse un relato mítico de la narrativa moderna. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad del Sur de California. Sus obras han sido traducidas a más de una decena de idiomas, y sus relatos han aparecido en las más prestigiosas publicaciones del género en lengua inglesa, como *The New Yorker*, *Harpers Bazaar*, *Esquire*, *The Atlantic Monthly*, *Playboy*, *The Paris Review*, *GQ*, *Antaeus*, *Granta* y *McSweeneys*. Actualmente vive cerca de Santa Bárbara con su mujer y sus tres hijos.

Notas

[1] Ostra pequeña que se cría en el estrecho de Long Island, en Nueva York. (*N. de los T.*) <<

[2] Cadena de colinas que se extiende por los estados de Nueva Jersey y Nueva York, al oeste de la ciudad de Nueva York. (*N. de los T.*) <<

[3] Depew, Chauncey Mitchell (1834-1928). Abogado, político y orador estadounidense. (*N. de los T.*) <<

[4] Rama femenina de la Universidad de Columbia. (*N. de los T.*) <<



[5] Biólogo y embriólogo ruso (1845-1916), premio Nobel de Medicina en 1908. (*N. de los T.*) <<

[6] W. J. Bryan (1794-1878), escritor estadounidense que destacó como brillante orador. (*N. de los T.*) <<

[7] Horticultor estadounidense (1849-1926), creador de numerosas variedades de plantas y hortalizas. (*N. de los T.*) <<

[8] Reformador religioso inglés (1703-1791), fundador del metodismo. (*N. de los T.*)

<<

[9] Insuficiente secreción de ácido clorhídrico, síntoma de algunas gastritis. (*N. de los T.*) <<

[10] Los edificios que alojaron la Exposición Colombina Universal de Chicago recibieron el nombre de «Ciudad Blanca» a causa de sus fachadas de estuco blanco intensamente iluminadas con luces eléctricas durante la noche. (*N. de los T.*) <<

[11] El Fantasma de las Navidades Pasadas es uno de los tres espíritus del famoso cuento de Dickens *Canción de Navidad*. (N. de los T.) <<

[12] Deporte practicado originariamente por los indios iroqueses, que se juega con palos terminados en una especie de bolsas de malla y pelota de goma, en equipos de diez jugadores. (*N. de los T.*) <<



[13] Batalla de la guerra hispano-norteamericana de 1898. La colina de San Juan domina la ciudad de Santiago de Cuba, y su caída en manos de los voluntarios que mandaba Theodore Roosevelt provocó la rendición de la ciudad y el fin del conflicto. (N. de los T.) <<

[14] Alusión al breve poema de P. B. Shelley (1792-1822) «Ozymandias», en el que un viajero encuentra en un desierto una inmensa estatua rota, enterrada en la arena. (N. de los T.) <<

[15] Día dedicado a dar gracias a Dios por Sus favores. Se celebra el cuarto jueves de noviembre, y es tradicional que en él, para cenar, se coma pavo asado. (*N. de los T.*)

<<

[16] Derechos inalienables del hombre, recogidos en el preámbulo de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. (*N. de los T.*) <<

[17] Sebastian Kneipp (1821-1897), sacerdote e higienista bávaro, creador de un sistema medicinal basado en baños y lociones de agua fría. (*N. de los T.*) <<

[18] Boxeador norteamericano (1858-1918), campeón de los pesos pesados de 1882 a 1892. (*N. de los T.*) <<

[19] Asociación estadounidense de carácter filantrópico. (*N. de los T.*) <<

[20] El 2 de febrero, según la tradición popular estadounidense, es el día en que la marmota sale de su madriguera tras la hibernación. Si hace sol y ve proyectarse su sombra sobre el suelo, vuelve a su madriguera, pues el invierno aún no ha acabado. Si el día está nublado y, por lo tanto, no hay sombras, la marmota considera que la primavera se acerca y reemprende su vida normal. (*N. de los T.*) <<



[21] Sacerdote troyano que intentó evitar que sus conciudadanos introdujeran en la ciudad el caballo dejado por los griegos. Atenea y Apolo, enojados, enviaron contra él a unas serpientes que le mataron junto con sus dos hijos. (*N. de los T.*) <<

[22] En los Estados Unidos, el 30 de mayo, día en que se recuerda a los soldados muertos en acto de servicio. (*N. de los T.*) <<

[23] Joseph von Eichendorff (Lubowitz, 1788-Niza, 1857), poeta alemán contemporáneo de Heine. (*N. de los T.*) <<

[24] Prelado inglés (1613-1667), autor de varios libros de teología. (*N. de los T.*) <<

[25] La nefritis crónica, denominada también enfermedad de Bright porque fue descrita por el médico inglés Richard Bright (1789-1858), que destacó por sus estudios sobre la patología de los riñones. (*N. de los T.*) <<

[26] Theodore Dreiser (1871-1945), escritor estadounidense, autor de *An American Tragedy*, entre otras novelas, preocupado por temas sociales y considerado el mejor exponente del naturalismo en los Estados Unidos. (N. de los T.) <<

[27] Pastelillos de pimienta y nueces que suelen prepararse por las navidades. (*N. de los T.*) <<

[28] John Philip Sousa (1854-1932), director de orquesta y compositor norteamericano. (*N. de los T.*) <<



[29] Obra de John Burroughs (1837-1921), naturalista y ensayista norteamericano. (*N. de los T.*) <<

[30] La heroína de Shakespeare en *El mercader de Venecia*, que en una escena clave de la tragicomedia se disfraza de abogado para burlar las intenciones del judío Shylock. (N. de los T.) <<

[31] Tribu india norteamericana que originariamente ocupaba una gran zona del noroeste del Pacífico. Sus miembros tenían la costumbre de agujerearse la nariz para colgarse pendientes, y de ahí su nombre francés, que significa «nariz horadada». (*N. de los T.*) <<

[32] Amos Bronson Alcott (1799-1888), pedagogo y filósofo norteamericano trascendentalista, y su hija Louise May Alcott (1832-1888), famosa escritora, autora de *Mujercitas*. (N. de los T.) <<

[33] El 12 de febrero, aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln. Es fiesta oficial en algunos estados. (*N. de los T.*) <<

[34] Escritor norteamericano (1878-1968). *La jungla* (1906) es una obra maestra del naturalismo, inspirada en un reportaje que el autor hizo para un periódico socialista en una fábrica de conservas de Chicago. (N. de los T.) <<

[35] Tribu algonquina que pobló los actuales estados de Michigan y Wisconsin, en el Medio Oeste de los Estados Unidos. (*N. de los T.*) <<

[36] Ellen Harmon (1827-1915), casada con James White (1821-1881). Ambos fundaron en 1863 la Iglesia Adventista del Séptimo Día. (*N. de los T.*) <<